



BIBLIOTECA DE
CLASICOS CUBANOS

FELIPE
POEY
y ALOY



OBRAS



IMAGEN CONTEMPORANEA



BIBLIOTECA DE
CLASICOS CUBANOS



FELIPE
POEY
y ALOY



OBRAS



CASA DE ALTOS ESTUDIOS DON FERNANDO ORTIZ
UNIVERSIDAD DE LA HABANA

BIBLIOTECA DE CLÁSICOS CUBANOS

RECTORA DE LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA
Y PRESIDENTE

Miriam Nicado García

DIRECTOR

Eduardo Torres-Cuevas

SUBDIRECTORA

Yasmín Ydoy Ortiz

ADMINISTRADORA EDITORIAL

Yarianny Ortiz Silot

DIRECTOR ARTÍSTICO

Luis A. Gutiérrez Eiró

EDITOR CONSULTANTE

Luis M. de las Traviesas Moreno



Esta obra se publica con el coauspicio
de la Universidad de La Habana y la Academia de la Historia de Cuba



BIBLIOTECA DE
CLASICOS CUBANOS

FELIPE
POEY
y ALOY



OBRAS



Ensayo introductorio,
compilación y notas

Rosa María González López



IMAGEN CONTEMPORANEA

LA HABANA, 2019

Responsable de la edición:
Luis M. de las Traviesas Moreno

Diseño gráfico:
Earles de la O Torres

Realización y emplane:
Luis A. Gutiérrez Eiró

Composición de textos:
Equipo de Ediciones IC

Todos los derechos reservados

© **Sobre la presente edición: Segunda edición tomada de la primera de Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA, 1999; Colección Biblioteca de Clásicos Cubanos, No. 6.**

© **2019**

ISBN 978-959-293-044-5

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA
Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, L y 27, CP 10400, Vedado,
Ciudad de La Habana, Cuba
e-mail: yariortiz@ffh.uh.cu
yasminortiz@ach.ohc.cu

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN



El siglo XIX fue un siglo fundacional. En él surgió la cultura del pensar, conocer y hacer a Cuba. Como pocos procesos, el que se propusieron los descubridores y conquistadores del mundo físico y social cubano, se asentó en el principio vareliano de “pensar antes de hacer” y en su corolario lucista de “conocer para poder hacer”. Se trata no sólo de estudiar la forma en que interactúan las naturalezas humanas sino, también, las físicas y sociales. Sin esos estudios de fondo, el mundo social y político sólo se podría ver desde sus superficies; desde lo incomprensible o de lo ligeramente comprendido. La intrincada madeja debía ser despejada, separados sus componentes, clasificadas y estudiadas cada una de sus células, definidos sus contenidos para, entonces, efectuar diagnósticos y estudiar perspectivas.

La osadía intelectual no tuvo límites. No sólo importaba entender el proceso de transculturación, aún sin nombre, sino adentrarse en el descubrir sus simbiosis con un medio geográfico, ecológico, humano y social, que recreaba al hombre, transformándolo, independizándolo de sus ascendencias, en un nuevo y vital conjunto cultural. Ciencia y conciencia fueron las bases para ir aún más lejos: pasar de la *constatación transcultural* a la *culturación consciente*; de la observación y análisis a la creación. Paso a paso, con aciertos, incertidumbres y equívocos, el hacer de una cultura y sus expresiones intelectuales fue tomando forma en el ejercicio de la vida cotidiana, que en la selección y formación de elementos, dio contenido a una nueva calidad cultural, lo cubano. La búsqueda científica y la captación intelectual del movimiento de formación y modificaciones de esa nueva cultura constituyó la cima del reto. Y no importaron las incomprensiones y los ataques, las burlas soeces o la ignorancia atrevida. Cuba tenía que pensarse a sí misma, tenía que emprender su búsqueda científica para lograr el “conócete a ti mismo” del cubano. Por la formación enciclopedista de estos creadores de cultura no hubo segregaciones ni subestimaciones en el estudio y en el afán por captar la “totalidad cubana” —concepto cultural ajeno a todo totalitarismo político—. Es que, para comprender, todos los componentes

son necesarios. En un lugar, la ciencia que descubre; en otro, la literatura que recrea e imagina; más acá, la historia que explica; y allí, la política que hace. Sólo así, lo cubano adquiere sus dimensiones culturales; cultura como raíz sembrada en un medio social, humano y natural, que le da configuración al pueblo que la porta y que genera su propia expresión intelectual y artística singularmente universal. Éstas son las razones por las cuales las ciencias cubanas debían ser la base de la conciencia cubana, en tanto explicación y comprensión surgida y creada desde el interior de la sociedad. Cuba tenía que comprenderse a sí misma para llevar a cabo la deconstrucción de la sociedad y de la mentalidad coloniales; desde este punto de partida, efectuar la construcción de la sociedad cubana sobre la base ciencia-conciencia. Este proceso, como es lógico, nunca se concibe como algo acabado sino cambiante, constante, permutante, en tanto interactuado con la realidad y el desarrollo de las ciencias y el pensamiento; como una espiral ascendente de búsquedas permanentes. No es otra la sugerencia, la urgencia, con que nos impelen los padres creadores, los verdaderos descubridores —ausentes de las listas de los que llevan este rimbombante título—. Más aún, nos transmiten un espíritu que está más allá de sus propios logros y de sus propias limitaciones; de los prejuicios de una época ya superada. No escapan de su propio legado: crearon desde el análisis crítico y a éste se someten sus obras.

Fue una pentarquía fundadora la que se propuso esta obra de gigantes. Félix Varela, emancipador del pensamiento y creador del pensamiento de la emancipación; el fundamentador de la relación ciencia-conciencia, definiendo a esta última como patriótica y cubana. José Antonio Saco, quien introduce la historia como estudio y explicación de los problemas sociales, el estudioso de la naturaleza social y el político que representó a toda una generación en sus aspiraciones truncadas por la fuerza del poder. José de la Luz y Caballero, el filósofo, que supo traspasar la metafísica, la ontología y la puerilidad de las torres de marfil para que el pensamiento cubano continuara siendo cubano, crítico y creador de la emancipación cubana con todo lo que tiene, o debe tener, de ciencia y pensamiento de lo real o natural, ya sea físico, social o humano. Domingo del Monte, el ansioso buscador de una literatura cubana, con arquetipos, paisajes, y “terminitos” cubanos. Y Felipe Poey y Aloy, el científico riguroso que descubre —¡y éste si fue un descubridor!— la naturaleza cubana para darle a la conciencia el valor inalcanzable de su medio natural que naturalmente contribuía a la explosión del sentimiento de lo propio.

Pero no se piense que el afán creador de estos hombres se encerró en campos definidos y específicos. No hubo rama del conocimiento, no hubo expresión del arte o de la literatura, no hubo problema, más agu-

do o aparentemente insignificante, que les fuera ajeno y sobre los cuales uno u otro de ellos, o todos, no incursionaran para dejar sus huellas creadoras. De cualquier forma, en cualquier materia, bajo cualquier reto, desde sus juventudes hasta su muertes existió una constante en sus mentes. Ella motivaba y, a la vez, condicionaba actitudes y sacrificios: esa constante era Cuba y sus retos; la Cuba que se desconocía; la Cuba que había que crear desde sus propios componentes hasta entonces desarticulados y no pocas veces hostiles entre sí. Pero no quede el lector con la falsa imagen de un grupo reducido de hombres que pretendieron lograr lo que los demás no comprendían. Desde la labor pedagógica hasta las polémicas académicas, encontramos un tan amplio número de personas vinculadas a este ideal científico y patriótico, que algún día habrá que hacer un estudio más a fondo del *campo intelectual de la creación y culturación cubanas*. La pentarquía fundadora es sólo la cima del movimiento. De los nombres mencionados no hay duda que el de Felipe Poey es el menos asociado al mismo. Encerrados en la visión del naturalista, del ictiólogo, se nos ha perdido de vista su más amplia repercusión en la formación de generaciones de cubanos. Si bien es el más reconocido de los científicos cubanos, entre sus compatriotas del siglo XIX, y su renombre internacional acompaña al de Carlos J. Finlay y al de Álvaro Reynoso, las directrices de su vida y de su obra así como el alcance de toda la intensa actividad de una vida, son poco conocidas en estos albores del siglo XXI. Inmerso en la lógica de este grupo creador, Felipe Poey fue quizás la figura que con más ahínco vivió la esperanza de dar vida a una ciencia nacional, correspondiéndole sus mayores aportes a las ciencias naturales pero no exclusivamente a ellas.

El proceso de descolonización mental, que dicho de otra forma, es parte del proceso de formación de un pueblo que aspira a un destino propio, está, en el caso cubano, no sólo unido a una expresión política, sino también a un modo de ver e interpretar la propia realidad. Una larga polémica atraviesa el siglo XIX y tiene sus centros de irradiación en dos visiones contrapuestas: la que de América tiene Europa y la que América tiene de sí misma. Ello, si bien se proyectó en las expresiones intelectuales, tuvo en las ciencias naturales también el intento de rebajamiento de América frente a Europa, del Nuevo frente al Viejo Mundo. La historia natural se convirtió en otro campo de debate. Por la Europa decimonónica, incluyendo la académica, atravesaba la visión de una América débil, contaminada, de climas perniciosos, de suelos de fácil agotamiento; mas, si del trópico americano se trataba, era además de débil, perverso, mórbido e incapaz. Todos los peligros del salvajismo y la barbarie estaban en la naturaleza americana como componentes que incluso debilitaban al hombre culturalmente rebajado.

De este lado del Atlántico el descubrimiento era otro. Asombro presentan los pasos que poco a poco iban adentrando al hombre americano en su mundo natural. Quizás la primera manifestación de ese sentimiento que descubre en nuestra natura lo grandioso, lo oculto, lo que no podían ver los lectores de superficie de Europa: un ejemplo es el poema de Manuel Tiburcio de Zequeira y Arango *Oda a la Piña*; era una respuesta literaria al “buen gusto europeo” que apenas descubría el sabor del trópico y, por diferente, lo juzgaba “de mal gusto”. Fue una verdadera batalla intelectual y humana la proclamación y defensa de la inagotable sabia e insuperable hermosura que esta diversidad en lo distinto contenía; simplemente llevar a la conciencia de otros que en lo multifacético estaba la comprensión del mundo. El alemán Alejandro de Humboldt llega a ser catalogado como segundo descubridor, porque simplemente revela a los europeos lo que muchos descubridores y científicos cubanos habían encontrado para entendernos a nosotros mismos. Este desconocido trabajo-combate tuvo un triste corolario: los que, rebajados ante sí mismos, veían en todo lo que llegaba de la culta Europa —sin discernir entre, por una parte, instrumentos teóricos, métodos e ideas universales, y, por otra, interpretaciones sin enjundia— la expresión acabada de cómo verse a sí mismos y cómo despreciar cualquier intento creador en su propio medio; en estos colonizados, repetidores e imitadores, encontró nuestro movimiento concientizador los más fuertes opositores, sus arlequines con máscaras en el corazón.

Felipe Poey a quien el estudioso Pedro M. Pruna llama “el bardo científico de la fauna cubana”, fue uno de los que logró penetrar con más eficacia en el entramado del proceso de formación de la cultura nacional. Al cumplirse el doscientos aniversario de su natalicio, la Biblioteca de Clásicos Cubanos de la Casa de Altos Estudios se honra rescatando y publicando las obras del insigne científico. Lo hacemos buscando la integridad del creador de ojos bondadosos, corazón cubano y mente amplia y templada para el trabajo creador, el descubrimiento científico y la enseñanza pletórica de amor.

Esta edición de las obras de Felipe Poey se divide en dos partes. El presente tomo nos ofrece las dimensiones de un hombre y su obra que en muchos aspectos han sido hasta ahora desconocidas. Le da configuración al mismo la excelente biografía, temáticamente ordenada, de la historiadora Rosa María González López, investigadora del Museo Nacional de Historia de las Ciencias Carlos J. Finlay. Su trabajo está respaldado por largos años de investigación seria y rigurosa, por una vasta documentación hasta ahora en muchos casos inéditas, y que procede de archivos tan variados como los cubanos, españoles, franceses y norteamericanos. Es, sin dudas, la biografía más completa escrita sobre Don Felipe Poey hasta nuestros días. Ejecutada con amor, no sólo es el re-

trato humano del hombre sino también el estudio cuidadoso y lo más preciso posible de cada una de sus fases como científico, pedagogo y literato. Es, también, el descubrimiento de ese grande del profesorado cubano que “distribuye la ciencia por mano de la bondad”; del hombre de “benevolencia inagotable, sin más linde que el deber elevado y culto: inteligencia de sabio y corazón juvenil siempre, y todo coronado de una modestia inagotable”, según afirmara su alumno Juan Vilaró Díaz.

Si el estudio biográfico de Rosa María González llena a plenitud este vacío del conocimiento cubano, el trabajo de búsqueda y selección de los materiales que comprenden esta obra ya la convierten en un instrumento de indispensable consulta no sólo para comprender a Poey, sino también al proceso de formación de las ciencias de la cultura cubana. La autora ha seleccionado los trabajos más notables que nos permiten una visión acabada de la obra humana, cubana y universal de este grande de nuestra ciencia y conciencia. Se reúnen aquí sus *Obras literarias*, impresas en 1888 y nunca más reeditadas. Cuando esto ocurrió ya Poey frisaba los 90. Un joven intelectual de entonces, que llenaría alturas en el siglo xx, Enrique José Varona, valoraba así aquellas páginas que hoy reproducimos:

“Hubo un tiempo en que los pocos que por aquí leen nuestros periódicos literarios sabían muy bien que D. Felipe Poey era un sabio muy literato, tan amigo de Couvier como de Virgilio, y muy capaz de preferir el Buffon escritor al Buffon naturalista [...] Todo esto se había ido olvidando, a medida que los años y los dolores, que van a la par con ellos, iban concentrando la actividad del sabio en su gabinete y en su cátedra [...] Así es que para no pocos estas páginas serán una especie de descubrimiento o revelación. Verán con asombro qué variedad de aptitudes atesora aquel, a quien una labor gigantesca de más de medio siglo, en una sola dirección, parecía que debía haber atrofiado cuanto no fuera la visión interna de las formas típicas y la percepción de las diferencias específicas o individuales; qué vida tan compleja en el dominio de la inteligencia ha realizado quien permanecía absorto por un trabajo inmenso de especialista; qué diversidad de gustos y aficiones en la esfera del sentimiento ha movido a quien se creía embargado por la pasión exclusiva del clasificador [...] Ciertamente, el naturalista domina desde tan alto al literato y al poeta que estos nuevos aspectos no pueden añadir mucho a su mérito incontestable, pero completan por manera singular su fisonomía intelectual [...] Y atraídos por ese aroma de ingenio y sensibilidad que se desprende de estos escritos, sentimos que se mezcla al respeto y a la admiración antiguos algo como una corriente de interés y simpatía [...] No sabemos de muchos libros capaces de producir este efecto [...] Nada tenemos que agregar; sólo recomendar la adquisición del libro a los amigos discípulos y admira-

dores del venerable anciano que a pesar de sus años y de sus achaques trabaja sin cesar”.

Hoy me atrevo a suscribir esas mismas palabras; tanto montan, montan tanto en el ayer como en el hoy; tanto para el científico como para el literato, para aquellos que, hundidos en el conocimiento de su especialidad, olvidan que el mundo está más allá de esas paredes, y que en el interior de ellas no es posible conocer a plenitud la sensibilidad del universo por el que caminan. A la juventud cubana se dedicó Poey, la de hoy también tiene derecho a escucharlo en la intimidad de la lectura.

No haremos aquí una relación de los valores de este tomo. Pero sí merece destacarse la publicación en él de la primera edición del *Compendio de la geografía de la isla de Cuba* (1836), verdadera joya arqueológica de nuestro conocimiento. Baste aquí decir que las geografías de Cuba de Felipe Poey alcanzaron diecinueve ediciones, siendo ésta que se presenta la primera geografía de Cuba que se haya escrito y la primera de las diecinueve ediciones.

Si se analiza el contexto en que Poey escribió sus geografías, no sólo la de Cuba sino la universal para estudiantes hispanoamericanos, se puede observar que su intención es llenar el vacío que dejan las obras publicadas en Europa y que descuidaban las historias de lo que hoy llamamos el Tercer Mundo. Era, en suma, ver el mundo desde aquí, desde donde somos y a partir de la importancia que debe tener para nosotros la comprensión de nuestro medio. No hay duda que desde 1848 se trató de producir otras geografías que no tuviesen ese contenido nacional y continental. La sustitución de la geografía universal de Poey por la de Pelayo González tenía ese objetivo; por eso Poey, al hablar de geografías, escribe que para hacerlas no era necesario ingenio “sino juicio y conciencia”.

El estudio de la obra científica de Poey adquiere aquí especial destaque. Sus reflexiones, sus acercamientos a las nuevas teorías, la actitud intelectual, la capacidad para corregir y reconocer errores propios, la magnitud increíble de los resultados, aparecen en la lógica que explica una vida y la trascendencia de una obra: amor, sensibilidad, inteligencia, sencillez, honradez. Como es natural, los trabajos ictiológicos ocupan un lugar destacado en la misma. Pero para todo aquel que quiera relacionar logros y resultados, ver la ciencia cubana en sus dimensiones humanas y académicas, recibir un legado que nos enaltece y nos permite edificarnos a nosotros mismos, esta historia de ciencia, paciencia y conciencia —me apropio de una frase de Fernando Ortiz, otro grande de nuestras ciencias— es un referente obligado.

Un último aspecto. Se trata de la ubicación social y de los sentimientos nacionales de Felipe Poey. En una detallada investigación que realicé en los archivos de Pau, Francia, y en un cierto ordenamiento de los

datos sobre su familia, al margen de ciertos errores repetidos que rectifico en un trabajo sobre este tema (ver *Debates Americanos* N° 7) precisé algunas cuestiones que quiero repetir aquí. La familia paterna de Felipe Poey es de la zona de Bearn, cerca de la frontera franco-española. Es una familia de activos comerciantes que en tiempos del padre de Felipe ya estaban asentados en varias ciudades españolas. Atraído por el *boom* azucarero-cafetalero y esclavista cubano, su tío Simón Poey establece compañía en La Habana. Constituye un error pensar que el padre de Felipe era uno de los dueños de la compañía. Sólo fue traído por su hermano como hombre de confianza para *administrar* la empresa. A la muerte de ambos hermanos, los destinos de sus descendencias fueron distintos. La empresa de Simón siguió creciendo y asociando nuevos nombres —Hernández, Soler, Frías, y otros—, todos miembros de la oligarquía habanera que, al parecer, desplazaron a los socios franceses del negocio. Como los dos hermanos estaban casados con dos hermanas, los apellidos de los primos eran iguales. El más renombrado de los descendientes de Simón lo es su hijo Juan Poey y Aloy —dueño de uno de los ingenios, Las Cañas, más famoso de su época— al que, por error, se ha señalado como hermano de Felipe. Este aspecto tiene especial importancia por otra afirmación que se ha hecho. Felipe no fue heredero de una gran fortuna como sus primos. Por eso constituye un error ubicarlo dentro de la oligarquía azucarera. Otra cosa sería su colocación dentro de la llamada clase media que, en el caso cubano, fue más que todo una media clase que aspiró a ser lo que no podía ser y estaba condenada a ser lo que no quería ser. Felipe Poey vivió de su trabajo, de su sueldo, y del precario dinero de unas casas que tenía su esposa; y de unas escasas acciones en los ferrocarriles. Si se le quiere presentar como clase media, el valor de ello sólo estaría en la concepción de que los intelectuales, independientemente de sus recursos, forman parte de la misma.

Al presente tomo de las *Obras* de Poey lo continúan los volúmenes y el atlas correspondiente a su *Ictiología cubana*. Constituye un verdadero orgullo de la Biblioteca de Clásicos Cubanos de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz el haber logrado materializar, por primera vez después de 116 años de concluida y premiada, una de las obras más monumentales de las ciencias cubanas. Débese a la sabiduría y dedicación del doctor Darío Guitart Manday, el haber rescatado, ¡por fin!, la totalidad de tan magna obra.

Una constancia final. Si este tomo de las *Obras* de Poey se ha realizado con profesionalismo y excelencia editorial, ello se debe a Norma Suárez y al equipo editorial de la Biblioteca de Clásicos Cubanos que no escatimó esfuerzos para ofrecer este resultado. También hacemos constar la valiosa colaboración del Museo Nacional de Historia de la Ciencia

XIII OBRAS

Carlos J. Finlay, del propio doctor Guitart Manday y del Instituto de Investigaciones Marinas de la Universidad de la Habana, en particular de la doctora María Elena Ibarra.

Esta obra, cuyo público es la juventud cubana de hoy, se incluye en nuestra Biblioteca porque Poey, en su letra y espíritu, nos lega una filosofía, un pensamiento emancipador en tanto cultura universalmente cubana. Más aún, el espíritu de las ciencias y una actitud hacia el conocimiento y la vida.

EDUARDO TORRES-CUEVAS

Ciudad de la Habana, 29 de julio de 1999.

PRESENTACIÓN



Felipe Poey, Carlos J. Finlay y Álvaro Reynoso, los científicos cubanos de mayor renombre internacional en su tiempo, fueron las figuras cimieras de la historia natural, la medicina y la agronomía en Cuba. Poey, sin embargo, fue el único de los tres que obtuvo el reconocimiento pleno de sus compatriotas durante el propio siglo XIX. Finlay vio confirmada su trascendental teoría y precisados sus afanosos experimentos sólo desde 1901. Las ideas de Reynoso no se aplicaron al cultivo de la caña en su patria sino bien entrado el siglo XX. La actitud reticente ante concepciones radicalmente nuevas pudiera quizás explicar esta demora, pero no basta para entender la relativa rapidez con la cual Poey fue elevado al sitial que sus dos ilustres contemporáneos tardaron en ocupar.

Aparte de evidentes diferencias de método y propósito entre estos tres hombres, hay que tomar en cuenta que en Poey confluyó, más que sobre ninguna otra figura científica cubana de su tiempo, la esperanza de crear una ciencia nacional. Ello no tiene por que asombrarnos, puesto que el sentimiento patrio a menudo se confundía entonces con la admiración por las bellezas del país y hasta con la búsqueda de una imaginaria ascendencia aborigen, preconizada por la corriente “siboneyista”. La historia natural adquiriría una significación ideológica, que hoy puede parecernos poco comprensible, pues a veces se pierde de vista que la reafirmación de América como realidad, frente a la alteridad del Viejo Mundo, transitó —como lo mostrara Antonello Gerbi— por la revelación de la potencia natural del nuevo continente, contra la visión ajena, vigente aún en la Europa decimonónica, de una natura americana presuntamente rebajada, débil e impotente, contaminada, además, por incontables agentes morbíficos. Finlay, desde 1876, combate la idea de que la atmósfera tropical era de por sí perniciosa para los europeos. Reynoso demuestra que el “agotamiento de los terrenos”, presunto síntoma de debilidad de los suelos tropicales, no era más que la secuela de malas prácticas agrícolas. El trópico no era, por lo tanto, ni perverso, ni débil, sino distinto y multifacético. Cada nueva nación tuvo que demostrar este aserto por sí y para sí. A la teoría de la inferioridad de la natu-

raleza americana se opuso, en definitiva, la proclamación de su insuperable hermosura y diversidad.

Felipe Poey es el bardo científico de la fauna cubana. Ningún otro intelectual de su tiempo logró entreverar con mayor eficacia sus afanes cognoscitivos en la compleja trama de una cultura nacional en ciernes. Hombre de ciencia, pero también literato, pedagogo, y varón de fina idiosincrasia criolla, conjugaba armónicamente el temperamento vivaz, cierto desgarbo, mente abierta y una bien administrada erudición, con el propósito de engendrar una novedosa imagen de la naturaleza cubana. Su copiosa producción literaria es buena prueba de estos esfuerzos, que se extendieron a tertulias, debates, conferencias, discursos, y a la docencia misma. Tan perseverante y vasta dedicación confirmó al naturalista, a los ojos de sus compatriotas, la aureola de una leyenda viva.

Si nos atenemos a la conocida “ley de la cristalización”, toda institución científica verdadera se forja en torno a una personalidad capaz de atraerse colaboradores afines a su programa. A veces la institución no se “materializa” en un local determinado, sino permanece dispersa, a la manera de una red de corresponsales. Poey fue el centro de uno de estos “colegios invisibles”, con ramificaciones no sólo en La Habana, sino también en Matanzas, Vueltabajo, y hasta en Camagüey, Santiago y Sancti Spíritus. Como distaba de ser un habanero a ultranza, su actividad e influencia se difundió por toda la isla.

La biografía de Poey por Rosa María González tiene el aura del recuerdo amante y dilecto, que transpira a través del recorrido por la abigarrada actividad del personaje, sus aficiones científicas y literarias, sus extensas relaciones con naturalistas de varios países, su importante quehacer como autor de obras de texto, entre ellas las primeras de geografía publicadas en Cuba. Como era de esperar, la prolongada labor ictiológica de Poey recibe atención preferente —téngase en cuenta—, calificada y reveladora. Las investigaciones para esta obra, y su redacción, tomaron casi seis años, y al cabo emerge una biografía digna que sin duda supera, en monto y profundidad, a las muchas que la precedieron.

Queda poco por añadir a lo que el propio libro dice. Sólo cabría subrayar algunas características del pensamiento de Felipe Poey que no deben escapar a la atención del lector. En primer lugar, la actividad intelectual que mantenía, tan increíblemente receptiva a nuevas teorías y reflexiones, e incluso a la enmienda de sus propios errores, que su biógrafo norteamericano, David Starr Jordan, consideraba a Poey más joven a los ochenta y cinco años que muchos hombres a los cincuenta. Este rasgo de su mentalidad y carácter explica por qué transitó, con paradójica rapidez, hacia el evolucionismo. Su meditada declaración de 1868, durante la primera polémica pública sobre la teoría de Darwin, tuvo la singular importancia de mantener abierta la discusión en torno

al origen de las especies, en un medio mayormente hostil a tales debates. Su posición ante la esclavitud fue, por otra parte y por razones diversas y variables, francamente abolicionista. Timorata, si se la juzga con prisma político; osada, si se la examina dentro del medio social donde se desenvolvía. Su sentimiento nacionalista se manifestó, con la madura eficacia del protagonista notable, en la creación de una elevada cultura, profundamente enraizada en el acero popular. No lo olvida la autora de esta biografía, quien evita conscientemente el estilo hagiográfico y enaltece la terrenalidad de su personaje, aproximándolo a la sensibilidad del lector actual.

PEDRO M. PRUNA

La Habana, mayo de 1993.

GRATITUDES



Componer la presente biografía me llevó poco más de cuatro años, en los cuales revisé primero los trabajos dedicados a la vida de Felipe Poey que fueron escritos por sus más cercanos discípulos, o por otras personas interesadas en investigar algún tema histórico, científico, literario o filológico; por lo tanto, mi primera manifestación de reconocimiento la dirijo, precisamente, a aquellos autores que como Carlos de la Torre, Juan Vilar, Aristides Mestre, Luis Montané, David S. Jordán, Francisco Calcagno, Manuel de la Cruz, Pedro Valdés, Domingo Figarola Caneda, Juan M. Dihigo, Mario Sánchez Roig, Julián Vivanco, Luis F. Le Roy, Miguel L. Jaume, José Álvarez Conde, José López Sánchez, Mary Cruz, Rodolfo Alpízar y Gabino de la Rosa, dejaron constancia en sus obras de sus sentimientos de admiración hacia la figura del naturalista.

El trabajo con la bibliografía activa de Poey y con muchos de sus documentos dispersos en archivos y bibliotecas, me condujo a establecer relaciones con algunos especialistas a los cuales deseo expresar mi agradecimiento; ellos fueron William Gattorno, entonces referencista del Archivo Histórico del Centro de Estudios de Historia y Organización de las Ciencias (CEHOC) de la Academia de Ciencias de Cuba; Manuel Rivero de la Calle y Roberto Rodríguez, ambos profesores del Departamento de Antropología de la Facultad de Biología de la Universidad de La Habana; María de los Ángeles Calatayud, del Archivo del Museo de Historia Natural de Madrid, Michael L. Smith y Marie L. Bauchot, del Museo Americano de Historia Natural y del Museo Nacional de Historia Natural de París, respectivamente.

Deseo también expresar mi reconocimiento a los doctores Darío Guitart y Pedro M. Pruna, así como a los licenciados Emilio Valdés, José Vázquez y Raúl Mesa, quienes con consejos y sugerencias, sin dudas contribuyeron, sustancialmente, a enriquecer esta biografía. A todos ellos, a mis compañeros del Departamento de Historia de la Ciencia, y muy particularmente a Edilia García, deseo expresar, repito, mi más sincera gratitud.

ROSA MARÍA GONZÁLEZ

Ensayo introductorio
FELIPE POEY Y ALOY:
EL NATURALISTA POR EXCELENCIA



ROSA MARÍA GONZÁLEZ

De la vida de Felipe Poey

Cuando, en 1917, el destacado médico y antropólogo Luis Montané Dardé pronunció su discurso “Alrededor de la psicología de Poey” en una de las sesiones solemnes celebradas en la por entonces joven Sociedad de Historia Natural Felipe Poey,¹ expresó lo siguiente: “Nosotros, en verdad, ignoramos lo relativo a los primeros años de la infancia de Poey”;² y en realidad —aun hoy— poco se sabe de aquella época infantil del más grande de los naturalistas cubanos del siglo XIX.

A no ser algunos datos que aporta una copia de su partida bautismal:³ nació en La Habana un 26 de mayo del año 1799, y, sus padres

¹ La Sociedad Cubana de Historia Natural Felipe Poey se creó en 1913 y se mantuvo en activo hasta 1962. Escogió como fecha de fundación el 26 de mayo, el mismo día y mes del natalicio de Poey. En ella figuraron personalidades como las de Carlos de la Torre, su presidente; el antropólogo Luis Montané, el botánico Juan Tomás Roig y el médico y profesor universitario Aristides Mestre. Se dedicó a los estudios de zoología, botánica, antropología, mineralogía, geología, paleontología y agronomía, y dio a luz la publicación (1915-1961): *Memorias de la Sociedad Cubana de Historia Natural Felipe Poey*, de la cual existe un índice de autor y materia, impreso en 1981 por la Editorial Academia.

² Luis Montané: “Alrededor de la psicología de Poey”, *Memorias de la Sociedad Cubana de Historia Natural Felipe Poey*, 1917, no. 1, vol. III, p. 23.

³ La copia de la partida bautismal aparece reproducida en Mario Sánchez Roig: “Felipe Poey, el máximo naturalista de Hispanoamérica”, conferencia leída el 20 de enero de 1937, en el Palacio Municipal, correspondiente a la serie Habaneros Ilustres, y publicada en el no. 11 de los *Cuadernos de Historia Habanera*, Imprenta Molina y Cía, La Habana, 1937. La partida dice:

fueron el francés Juan Andrés Poey y Lacase,⁴ y la criolla María del Rosario Aloy y Rivera,⁵ la información que tenemos proviene de Francisco Calcagno. Éste nos dice:

“Pbro. D. Juan Bautista de Echániz y Landa, cura interino del Sagrario de la Sta. Iglesia Catedral de la Habana, Certifico que a f. 127 del Libro de Bautismos de Españoles está la siguiente partida núm. 458.

”Domingo dos de junio de mil setecientos noventa y nueve, yo D. Lorenzo Marrón Tte. de Cura B[eneficiado] Sagrario de esta Iglesia Cathedral de la Purísima Concepción de esta ciudad de San Cristoval de la Havana, bauticé y puse los Stos. Óleos a un niño que nació a veinte y seis de mayo próximo pasado, hijo legítimo de D. Juan Andrés Poey Natural de la ciudad de Oleron provincia de Bearn en Francia y de Da. María del Rosario Aloy, Natural de esta ciudad, abuelos paternos, D. Juan Poey y Da. Ana María Lacase y maternos D. Narciso Aloy y Da. María de la Merced Rivera; y en él exercí las sacras ceremonias y preces y le puse por nombre Felipe, fué su padrino D. Simón Poey, a quien el parentesco espiritual que contrajo, y lo firme. Lorenzo Marron. Es conforme a su original, Habana Octubre veinte y nueve de mil ochocientos ochenta y cinco años.

”Firmado. Juan B. de Echániz y Landa”.

⁴ Manuel Moreno Fragnals en su clásica obra: *El ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar*, vol. I, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, incluye a Juan Andrés Poey y a sus dos hermanos Simón y Juan Bautista entre los miembros que integraron la sociedad negrera Poey-Hernández-Fría, formada además por Gaspar, José, Francisco y Sebastián Hernández, y Antonio y Nicolás de Frías. Esta Sociedad —según Fragnals— unas veces como compañía y otras como firma independiente “importaron” no menos de 25 000 negros durante los primeros 20 años del siglo XIX en el país.

⁵ Una copia de la partida bautismal de la madre de Felipe Poey y Aloy existe en el Archivo Histórico del CEHOC “Carlos J. Finlay” [en lo adelante se citará A. H. Museo Finlay], Papeles de Felipe Poey, carpeta 4, documento 10.

“Don Pedro José de Ocampo Tete. de Cura Beneficiado de esta Parroq[ui]a del Espíritu Sto. de esta ciud[ad] certifico q[ue] en el li[bro] 14 de Bautismo de Esp.. S. a F. 11, está la siguen[te]. Jueves diez y seis de Octubre de mil set[ecientos] ochenta y tres años. Yo Do. Manuel José Rodríguez Hurtado Te[niente] de Cura B[eneficiado], en esta Parroq[ui]a del Espíritu Sto. de esta Ciud[ad] de la Havana Bautizé, y puse los Santos oleos a una niña que nació a seis de di[cho] mes y año: hija legítima de Dn. Narcizo Aloy, nat[ural] de Jerona en Cataluña y de D[oa] María de la Merced Rivera nat[ural] de ésta Ciu[dad]; y en esta niña exercí las Sacradas xermonia, y preces, y puse por nombre María del Rosario Ramona Anastacia fue su Madrina D. María [?] de Arango y Castillo, a q[uien] advertí el parentesco expiritual y lo afirmo Don Manuel José Rodríguez Hurtado.

”Conforme al su original. Hava[na] y Agosto dos de mil ochocientos y dos años.

”Firmado: Pedro José de Ocampo”.

Una copia de la certificación del matrimonio de los padres de Felipe Poey y Aloy existe entre sus papeles que se conservan en el departamento de Antropología de la Facultad de Biología de la Universidad de La Habana. A continuación reproducimos esta copia.

“Sacristán Francisco Font cura de la Iglesia Catedral de la Purísima Concepción de esta ciudad de Sn Cristóbal de la Habana: Certifico q[ue] en el libro octavo de matrimonios de Españoles, 97, partida No, 168 está la siguiente:

”En la ciudad de la Habana en beite de Sep[tiembre] de mil setecientos noventa y ocho: Habiendo procedido las diligencias ordinarias p. ante Dn Fran[cisco] Font, secre[tario] de S. S. y dispensando otro Ilust[rísimo] Sr. las tres canónicas amonestaciones. Yo Dn Loren-

“Su padre que era de Olerón, paso a residir en Pau [en] 1804, de modo que sólo contaba Poey cinco años cuando por primera vez pasó a Francia con su familia e ingresó para sus primeros estudios en un colegio de dicha ciudad; allí murió su padre, y su madre, habanera, volvió a Cuba, dejándole en el colegio donde estuvo tres años, justamente los de más difíciles comunicaciones por las guerras de Napoleón; quizás esto fue la causa de la enfermedad que allí contrajo y que le dejó [una] imperfección física para toda su vida”.⁶

Si damos crédito a los hechos señalados por Calcagno, pudiéramos presumir que estos primeros años de Felipe, separado de su familia, enfermo —posiblemente de poliomielitis— y además, sometido a un régimen de pupilaje en un país que se encontraba afectado por la guerra, no fueron, precisamente, los más felices de su vida. No obstante, como señala Montané:

“Lo que aprendió allí, en esa edad, lo adivinamos sin esfuerzos: leer, escribir, algunas nociones de Historia Sagrada, la recitación de tal o cual fábula de Florian, la lectura de éste o aquél trozo escogido de la pequeña ‘moral en acción’; y quizá, a la salida del colegio, a los ocho

zo Marron T[eniente] de Cura del Sagra[rio] de la Sta Yglesia Catedral de la Purísima Concepc[ion] de esta Ciudad de Sn Cristóbal de la Habana, desposé y vele segun ord[en] de Ntra Santa Madre Yglesia a Dn Juan Andres Poey, nat[ural] de la ciudad de Oleron, hijo legitimo de D. Juan, y de Da Ana Ma. Lacase, con Da. Ma. del Ros[ario] Aloy, nat[ural] de esta ciudad, hija legitima de Dn Narciso Aloy, y de da. Ma. de la Merced Ribera; y habiéndoles preguntado, tube p[or] respuesta su mutuo consentim[iento]; de lo qual fueron testigos Da. Franc[isca] Aloy, y Dn Felix Madrigal, y padrinos Dn Simon Poey, y Da Juana Aloy; y p[ara] q[ue] comte, lo firme: Lorenzo Marron.

”Conforme a su original, Habana y Marzo diez de mil ochocientos diez y ocho año.

”Firmado: Francisco Font”.

Según señala Francisco Xavier Santa Cruz en su *Historia de familias cubanas*, t. V, pp. 229-232, Editorial Hércules, La Habana, el matrimonio entre Juan Andrés y María del Rosario tuvo dos hijos, Felipe y María de las Mercedes, ésta a su vez casó el 30 de septiembre de 1820 con Gonzalo Luis Alfonso y Soler. Manuel Moreno Fraguinals (ob. cit., vol. I) indica que Gonzalo Luis Alfonso y Soler (hijo mayor de Gonzalo Luis Alfonso y González) en 1836 figuraba en el lugar 34 de las grandes fortunas de la Isla.

⁶ Francisco Calcagno: *Diccionario biográfico cubano*, Imprenta y Librería de N. Ponce de Leon, New York, 1878, p. 512.

Francisco Calcagno, al igual que Mario Sánchez Roig, Carlos de la Torre y otros biógrafos del naturalista, refiere a partir de fuentes cubanas que el padre de Felipe, Juan Andrés Poey, es natural de Olerón. Sin embargo, su testamento, fechado en Pau el 4 de febrero de 1806 —localizado por el doctor Eduardo Torres-Cuevas en el Archivo de los Pirineos Atlánticos, en Francia— indica que nació en Estos, un pequeño pueblo situado al norte de Olerón, y no Olerón, isla meridional de Francia, la mayor de su costa Atlántica.

Según la partida de defunción de Juan Andrés Poey, conservada en el referido archivo, éste murió en Pau el 26 de febrero de 1806, era propietario y negociante en La Habana, y esposo de la señora Rosario Aloy.

años, comenzó a balbucear las primeras palabras del texto clásico: ‘rosa, rosae’”.⁷

Pero al margen de toda información llegada a nosotros a través de fuentes secundarias, de aquel período de la vida de Felipe Poey se ha podido conocer, por los datos que arrojan un conjunto de notas y cartas personales halladas entre sus papeles en el Archivo Histórico del CEHOC “Carlos J. Finlay”⁸ que, entre 1810 y 1815, cuando se encontraba en Francia, solía pasar unos 40 días por año de vacaciones en el campo, y que por esta razón debía pagar alguna cantidad de dinero a la familia que lo alojaba. Esto se deduce de lo escrito por el propio Felipe Poey en 1816:

“He comido 8 veces con ellos en los dos primeros años (1810-1811) y 24 veces los 4 años últimos (1812-15) [...]

”He pasado 6 vacaciones con [...] en el campo, yo estuve 40 días por año [...]” [al dorso de la carta, agregó Felipe Poey]: “Con la familia St. Guily.

”Mi padre ha remitido a Mr. Laureagon 2 (cuadruples)? [...]”⁹

¿Fue la familia St. Guily (Sanguily)?, referida en la nota, la que lo hospeda durante sus vacaciones? ¿Vivía esta familia en Paule (Departamento de las Costas del Norte, distrito de Guingamp)? En definitiva, cualquiera que haya sido la relación de Poey con los St. Guily, y con Laureagon, hay un hecho cierto, Poey mantuvo cierto vínculo con ellos y debió estar al tanto, de vuelta en Cuba, de algún negocio de interés mutuo. Una carta escrita en Paule el 30 de junio de 1825 así nos lo indica:

“Mi amigo,

”Si tu silencio absoluto no nos indica indiferencia, al menos nos deja entrever que tu posición no te permite proceder por nosotros contra la familia.

”En tal caso, esperamos que no tomarás a mal que después de 18 años de sufrimientos hayamos recurrido al Sr. Angelucci, cónsul general de Francia en La Habana, para rogarle que consienta en hacerse cargo de nuestra preocupación.

”Queremos todavía creer, que en lugar de obstruir nuestros asuntos en La Habana, tu ayudarás al Sr. Angelucci a conducirlos, de manera amigable, a un resultado definitivo, brindándole los medios y las referencias necesarias que yo te comuniqué a tu paso por Burdeos, y que están consignados en la memoria que te dirigí a La Habana el 24 de marzo de 1819, de la cual tú no has acusado recibo hasta el momento.

⁷ Luis Montané: ob. cit., p. 23.

⁸ Las notas y cartas de las cuales se trata aquí, fueron traducidas del francés al español por Pedro M. Pruna. Dichos documentos corresponden a un período anterior a 1830, por su avanzado estado de deterioro, la mayoría de ellas, resulta ilegible.

⁹ A. H. Museo Finlay, Papeles de Felipe Poey.

”Adiós mi querido Felipe, si tú nos quieres tanto como nosotros te queremos, tanto como tú nos los has asegurado tanto, vendrás por efecto de tus cartas a curar nuestros corazones profundamente heridos.

”Adiós, te abrazamos

”Laureagon

”A. St. Guily”.¹⁰

Cómo y cuándo regresó Felipe Poey de Francia, no lo sabemos a ciencia cierta, sus biógrafos al respecto coinciden en decir que, una vez en la isla, comenzó los estudios en el Seminario de San Carlos.

Si tuvo o no preceptores, o en cual escuela cursó sus estudios antes de ingresar en el Seminario, también cae en el terreno de lo indeterminado. Tratando de encontrar alguna información acerca de esta etapa de la vida de Poey, hallamos una sugerente reflexión del propio naturalista, en la cual él nos proporciona ciertas claves relacionadas con el momento y las circunstancias en que se produce su iniciación en el aprendizaje y conocimiento sistemático:

“Cuando hablo de mi tiempo, entiendo el año 20 [...] cuando estudiaba con el P. Félix Varela y con el presbítero D. Justo Vélez, bajo el ala del ilustrado obispo Espada. Del día en que nací no me acuerdo, ni me quisiera acordar. Creo que he vivido un día; no vale la pena de nacer, condenado a morir por el delito de haber nacido, como dice Calderón. ¿Qué son cien años en el reloj del tiempo? Casi, dice Saavedra, se alcanzan los primeros a los últimos suspiros”.¹¹

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ Felipe Poey: *Obras literarias*, La Propaganda Literaria, La Habana, 1888, p. 160.

Los vacíos existentes en cuanto a la infancia y juventud temprana de Felipe Poey generaron una polémica en torno a las influencias que marcaron su vocación científica, cuyos protagonistas fueron el médico y antropólogo Luis Montané y el destacado malacólogo Carlos de la Torre. El primero, formado intelectualmente en Francia; el segundo, discípulo directo de Poey.

Así, en su trabajo titulado “Alrededor de la psicología de Poey”, el doctor Montané vierte la siguiente opinión:

”No lo dudeis; fue allí [en Francia], en el rincón bendito de aquel país admirable, que ha podido ser designado, sin exageración, como *le plus beau royaume sous le ciel*, el más bello reino bajo el cielo donde el niño Poey vio despertar en sí la curiosidad científica; y fue allí también donde inconscientemente hubo de acopiar incalculables tesoros de poesía que serán el consuelo y la fuerza de su edad madura; y que, después de muchos años transcurridos bajo el soplo de las tempestades de la vida, serán aún la alegría y la bendición de su lozana vejez”.

Carlos de la Torre contradice esta idea de Montané. En su discurso biográfico “Don Felipe Poey”, pronunciado el 27 de diciembre de 1940 en un ciclo de conferencias sobre figuras cubanas de la investigación científica, publicado dos años más tarde por el Ateneo de La Habana, manifiesta: “Aceptamos con el doctor Montané, la poderosa influencia que hubieron de ejercer aquellas primeras impresiones recibidas por el niño Poey en el desarrollo del amor a la patria de sus antepasados y en aquel acento francés que conservó toda la vida [...]”

”Pero en lo que no estamos conformes es en que fuera allí, ‘donde aquel niño vio despertar en sí la curiosidad científica’ [...] la curiosidad científica del naturalista nació con él y se despertó desde las impresiones recibidas por el niño Poey, que no fueron ciertamente las de ‘aquel paso admirable, que ha podido ser designado sin exageración, como *le plus beau royaume sous le ciel*’; sino de ‘la tierra más hermosa que vieron ojos humanos’; la misma que pintó con vivos colores, veinte años después, en su *Égloga a Silvia* y en *El Arroyo*, el poeta Poey. E investigando en los orígenes y en la evolución del amor a la naturaleza, de la clara inteligencia y del juicio sano en el joven Poey, hallamos dos factores decisivos en la suerte futura de aquel pobre adolescente, herido ya por la terrible parálisis del lado derecho [...]

”Los dos factores a que aludimos fueron, a no dudarlos, la educación ejemplar del Seminario de San Carlos, y la cultísima y benemérita Sociedad Patriótica de Amigos del País, que por aquellos años dedicó la mayor atención al fomento y estudio de las ciencias Físico-químicas y Naturales, habiéndose fundado entonces, 1817, el Jardín Botánico de la Habana, bajo la dirección de D. José Antonio de la Ossa, botánico distinguido que estaba en correspondencia con Augusto P. de Candolle y escribió una obra titulada *Flora habanense*.

”D. Felipe Poey debió participar de aquel movimiento científico, bajo la influencia de su maestro el Lcdo. D. Justo Vélez, quien, secundando los propósitos del intendente Alejandro Ramírez y del obispo Espada, recomendaba a sus alumnos y al clero la conveniencia de que se dedicasen al estudio de las ciencias naturales; como, en efecto, hubo de hacerlo Poey, siendo miembro de la Sociedad Patriótica desde 1820, y habiendo comenzado ya a formar sus colecciones botánicas y zoológicas y a dibujar objetos de historia natural.

”En el mencionado Seminario de San Carlos y San Ambrosio, cursó filosofía con el venerable P. Felix Varela, del que con razón se ha dicho que ‘él abrió en Cuba las puertas de la verdadera filosofía’; derribó la escolástica, iniciando aquel desarrollo intelectual que tanta influencia ha tenido en nuestra cultura, a sus incesantes afanes se debe la brillante pléyade de hombres científicos de aquellos días, y no sólo fue el primero que cultivó las ciencias y enseñó física experimental, sino que fundó el gabinete del Seminario, haciendo venir del extranjero las primeras máquinas y aparatos aquí llegados, lo mismo que las obras más modernas sobre ciencias naturales [...]”

De la Torre concluye esta parte de su discurso afirmando que “Indudablemente, fueron el padre Varela y Justo Vélez los primeros espíritus superiores que modelaron el cerebro de Poey, y lo prepararon para recibir, en Francia, la influencia definitiva de los más sabios naturalistas de su época, de Cuvier y de Latreille que bajo su inspiración y con su ejemplo, acabaron de templar el espíritu investigador del naturalista cubano Felipe Poey”.

Por su parte, el propio Poey, nos sorprende en el texto de una de las cartas enviadas a su amigo Tranquilino Sandalio de Noda relacionada con el descubrimiento de los llamados “peces ciegos”, con una declaración autobiográfica. Así escribió Poey a Noda: “Mi apreciable amigo: he recibido sus dos cartas instructivas y pintorescas sobre el pez ciego de las Cuevas del Cajío. Su lectura me ha gustado mucho: no he leído con más interés *Los misterios de París*. Por ellas veo que cuando un hombre nace con cierto signo, ha de vivir bajo su influencia. ¿Por qué entre tantos que se hallaban en el ingenio de La Morenita, solo uno tomó con entusiasmo una idea indiferente, tal vez despreciable para otro? ¿Y por qué cuando yo andaba a gatas, me quedaba una hora entera [cuenta mi madre] boca abajo contemplando las hormigas? ¿Quién dio educación al hombre de las cañas? [en este lugar nació Noda RM 6.] ¿No fue u[sted] mismo el que se mandó a la escuela? ¿Abrió u[sted] una escuela para sí mismo? Esa son las mejores escuelas”.

De sus palabras pudiéramos deducir cierta intención a dejar expresada su temprana vocación por el conocimiento de la naturaleza, y aun más, el carácter autodidacto de sus primeros estudios. (La cita anterior está tomada de: Felipe Poey, ob. cit., p. 191.

En 1818, con 19 años de edad, se incorporó a las clases de Derecho Patrio, y asistió a los cuatro cursos requeridos para obtener el grado de Bachiller en Leyes. De esta etapa de sus estudios, al menos conocemos dos trabajos. En ambos casos, éstos constituyen el desarrollo de sendas proposiciones redactadas por el presbítero Justo Vélez, quien además de ser el catedrático propietario de Derecho Patrio, fue el profesor de Poey en la clase de Economía Política.

El primero de los trabajos responde a un discurso alusivo a los llamados crímenes de lesa majestad; la proposición había sido formulada en estos términos: “¿Cuáles son los verdaderos límites de los crímenes o delitos públicos y cuáles sus puntos de contacto con los delitos o crímenes privados?” Dicho discurso quedó recogido —conjuntamente con uno de José Antonio Saco y otro de José Agustín Govantes— en una publicación impresa por los propios estudiantes, que fue publicada en 1819 bajo el título de *Memorias de la clase de Derecho Patrio del Real y Conciliar Seminario de la Habana*.

El segundo trabajo, cuyo contenido debía satisfacer varias interrogantes, entre ellas, la de si en Cuba convenía o no fomentar los cultivos menores que requerían pequeños capitales, o la del aumento de la población blanca en nuestros campos, fue elaborado por Poey tomando como patrón las ideas que Melchor Jovellanos había adoptado en su “Informe sobre la ley agraria”. El joven estudiante Poey abogó por las facilidades a los colonos blancos, por el establecimiento de la pequeña propiedad agrícola y por los beneficios del comercio libre.

La Sociedad Económica de Amigos del País, institución que había creado en 1818 la clase de Economía Política, situó al frente de la misma a Justo Vélez, profesor que la impartió “como una ciencia vigente y activa, estudiando los problemas reales y propugnando soluciones”,¹² quien creyó oportuno reconocer los méritos del trabajo de Poey, por lo que hizo una impresión del mismo en el año 1820.

Felipe Poey concluyó los cuatro cursos de Derecho Patrio, y por carta del 22 de marzo¹³ se dirigió al rector universitario para que éste lo autorizara a pasar el examen final que le daría el grado de bachiller en leyes.

¹² Felipe Pazos Roque: “La economía cubana en el siglo XIX”, *Revista Bimestre Cubana*, 1941, t. XLVII, p. 96.

¹³ La referida carta se encuentra en el expediente de alumno de Felipe Poey que existe en el Archivo Histórico de la Universidad de La Habana. Conjuntamente con ésta aparecen cuatro certificaciones firmadas por Justo Vélez, catedrático propietario de Derecho Patrio del Real Colegio Seminario de San Carlos de la Habana, que corresponden a los años cursados por Poey en dicho establecimiento educacional.

En el mismo 1821, el joven Poey, graduado de bachiller viajó a España,¹⁴ para obtener el título de abogado; luego de vencer un itinerario que comprendió Burdeos, Pau, Bayona, y Victoria, lugar donde hizo una estancia de cuatro días en la casa de la hermana de su profesor en el Seminario de San Carlos de La Habana, Justo Vélez. En ese mismo año asistió en Madrid a los cursos de Derecho Público Constitucional que, en el Ateneo de esa ciudad, impartía el catedrático de la disciplina Faustino Rodríguez Monroy. Allí obtuvo además la certificación acreditativa por haber formado parte, en calidad de profesor, de la Nacional Academia de ambas jurisprudencias de la Purísima Concepción.¹⁵

Poey vivió en España el mismo tiempo que Félix Varela, el profesor de Derecho Político en el Seminario de San Carlos. Éste, elegido diputado por La Habana para la legislatura en las Cortes del Reino, llegó a la península en 1821 y la abandonó en 1823, cuando el llamado ejército de los “cien mil hijos de San Luis” irrumpió en el país para restablecer el régimen absolutista. Fernando VII, una vez instalado en el trono por las acciones de las monarquías europeas lideradas por la francesa, firmó el 1 de octubre de 1823 un decreto por el cual se declaraban nulos todos los actos del gobierno constitucional, aunque un día antes, también por decreto, había dado garantías a todos los comprometidos con dicho gobierno. Las contradicciones de ambos textos no dejaban dudas a los partidarios constitucionalistas de la reacción que se iniciaría. Varela huyó por mar y se refugió en el Peñón de Gibraltar; para con posterioridad dirigirse a la América del Norte. Poey —menos implicado en asuntos políticos— al parecer se acogió a las “garantías prometidas” por el rey y regresó a la Isla con una profesión y con la experiencia de haber vivido en España los últimos años en que en este país rigió una constitución liberal.

Es interesante traer a colación partes del texto de una carta — Museo Poey, Universidad de La Habana—, con fecha del 31 de agosto de 1821 que el joven Poey dirigiera desde Madrid al señor Chauviteau, al parecer uno de sus tíos residentes en París. Contiene impresiones como:

¹⁴ Carlos de la Torre en su discurso “Don Felipe Poey”, publicado en *Figuras cubanas de la investigación científica*, Publicaciones del Ateneo de La Habana, La Habana, 1942, t. II, es de la opinión que Poey cursó los estudios de abogacía por disposición familiar; nosotros nos sumamos a esta idea.

¹⁵ Al nombrar estos títulos nos atenemos a las notas contenidas en un índice de documentos que Felipe Poey presentó el 24 de agosto de 1866 a la Dirección de Administración de La Habana. Estos documentos se hallan entre sus papeles depositados en el A. H. Museo Finlay, carpeta 2, documento No. 29.

La escritora cubana Mary Cruz, en su biografía titulada *El ingenioso naturalista don Felipe de La Habana*, impresa para la juventud cubana en 1979, Editorial Gente Nueva, p. 29, señala que la Nacional Academia de ambas jurisprudencias se dividía en Derecho Civil y Canónico.

“[...] Encontré al P. Varela y cinco ó seis condiscípulos que han venido con él. Dos de ellos, Ruiz y Ponce, han tomado conmigo una pequeña habitación en un piso donde estamos muy bien, estudiando, saliendo juntos á pasear y haciendo conversación dentro de casa cuando no queremos ir al paseo. Si Carrillo y Silvestre Alfonso vinieran como lo han prometido tendríamos una pequeña patria habanera en Madrid [...] lo único que he podido observar es que reina en esta capital un espíritu de libertad cual jamás pudiera imaginar. En las calles, en los paseos públicos, los habitantes se llaman unos á otros con el nombre de Ciudadanos como si estuvieran en los tiempos primitivos de la República Romana.

”El pueblo reunido en la Puerta del Sol y otros lugares, no habla más q[ue] de negocios políticos y de las operaciones del Gobierno. La Canción del Trágala q[ue] en algún pueblo más servil sería oída como un insulto, es aquí la canción de moda, q[ue] cantan hombres y niños en los paseos, en las plazas, en los corrillos y en las tertulias. Cada día sale una nueva canción con este mismo estribillo, y el sempiterno Trágala, hace la fortuna de los ciegos de Madrid y la diversión de los paseos...”.

Ya en Cuba, Felipe Poey contrajo matrimonio con la criolla María de Jesús Aguirre y Hornillos el día 22 de abril de 1824 en la parroquia de San Agustín.

En 1825 nació Andrés, el primero de los seis hijos del matrimonio. Con él y su esposa, viajó Poey a Francia en 1826, donde permaneció unos años. Allí nació, en 1827, Enrique, su segundo hijo.

En París despliega Poey una gran actividad: estudia e investiga cuestiones propias de las ciencias naturales, y según algunos de sus biógrafos,¹⁶ obtiene el título francés de abogado.

Conoce a Jorge Cuvier y recibe la influencia de este científico que “leía en su coche y escribía sobre la mano para aprovechar los minutos”; el mismo que —como señalara el propio Poey— “cuando preparaba una memoria, abría sobre sus mesas todos los libros que trataban de la materia, hojeaba los autores, comparaba sus doctrinas, formaba su plan y en seguida lo ponía por escrito”.¹⁷

Compartió e interactuó, además, a título de corresponsal de la Sociedad Económica de Amigos del País y del Jardín Botánico de la Habana con la comunidad científica francesa; con algunos de sus miembros, fundó en este país, en 1832, la Sociedad Entomológica.

En 1833, después de publicar sus primeros trabajos sobre insectos, regresa a la Isla donde al año siguiente nace Federico, su tercer hijo. Virginia, Amelia y Palmira, las hijas del matrimonio, al parecer nacieron después que sus padres y hermanos regresaron de Francia.

¹⁶ Carlos de la Torre: “Don Felipe Poey”, ed. cit., y Luis Montané, ob. cit.

¹⁷ Felipe Poey: *Jorge Cuvier, el genio científico*, 1873, t. I, p. 15.

II

Una vez radicado en La Habana, parece haber olvidado Poey la idea de dedicarse a las leyes, pues apenas habían transcurrido dos años de su llegada, en 1835, su nombre aparece asociado al de los educadores del afamado colegio de San Cristóbal, en Carraguao, donde impartió en calidad de maestro de los primeros grados las asignaturas de Geografía de Cuba y Geografía Moderna, y como profesor de educación secundaria, las de lengua francesa y latina.¹⁸

El por qué Felipe Poey, proveniente de una familia de sólida posición económica,¹⁹ prefirió ejercer el magisterio a la abogacía, una de las profesiones más lucrativas que se podían cultivar en Cuba, no lo sabemos con certeza; aunque en ello parece haber conspirado una fuerte vocación hacia el conocimiento de las ciencias, estimulada en épocas de Félix Varela y Justo Vélez, y reforzada después en Francia; y tal vez, el curso mismo de los acontecimientos políticos generados

¹⁸ El documento probatorio de la dispensa concedida a Felipe Poey no lo hemos podido consultar; pero en el Índice de títulos de su hoja de servicio, que existe entre sus papeles en el A. H. Museo Finlay (carpeta 2, documento No. 29), se especifica el haber recibido, con fecha 9 de marzo de 1836, la licencia otorgada por el Gobierno para ejercer como maestro de enseñanza primaria y secundaria.

¹⁹ Felipe Poey provenía de una familia enriquecida a costa del tráfico negrero. Algunos de sus parientes, entre ellos su propia hermana, y su primo Juan Poey eran propietarios de grandes y productivas haciendas, y de buena cantidad de esclavos. Juan Poey y Aloy fue propietario de ingenios, entre ellos el famoso Las Cañas localizado en el antiguo Partido de Alacranes, en la llamada Llanura matancera. María de las Mercedes, hermana menor de Felipe, contrajo matrimonio con Gonzalo Luis Alfonso y Soler, consejero de la Administración en La Habana, hijo del connotado comerciante y esclavista Gonzalo Luis Alfonso González.

María de Jesús Aguirre, esposa de Felipe Poey, también poseía en propiedad varias fincas urbanas de las cuales el propio Poey fungió como administrador.

Entre los papeles de Felipe Poey existentes en el Departamento de Antropología, de la Facultad de Biología de la Universidad de La Habana, aparece un documento fechado el 30 de marzo de 1872 en el cual se relacionan las siguientes propiedades de la familia Poey-Aguirre.

“Una casa habitación de mampostería y azotea en la calle Dragones No. 64. Linderos: por la calle de Dragones, con el No. 62 que es del Gobierno y con el No. 66 de D. Gonz[alo] Roca. Por la calle de San Nicolás, con No. 87 de la parda Eloída Ventura. Alquilada en ciento veinte y seis pesos. Sea \$1 632 al año.

”Otra ídem en San Luis Gonzaga, No. 7. Linderos: por la calle de San Luis Gonzaga, con el No. 5 de D. Ezequiel García; y con el No. 9 de D. Francisco Ladillo. Por la calle del Águila con No. 197 de D. Carlos Martí, con No. 199 de D. Bartolomé Sánchez Navarro; con No. 201 de D. Juan Rotger; con No. 203 y 205 de los s[eñores] Vidal e hijos, y con No. 203 de Da. Rosa Cafa y Da. Carlota Fernández. Alquilada en sesenta y ocho pesos mensuales. Sea \$ 816 al año.

”Otra ídem. Las Damas N° 59. Linderos: por la calle de Las Damas con el No. 66 de D. Isidoro Fernández, y con el No. 57 de D. Ignacio Sandoval. Por la calle de San Isidro, con el No. 23 de los herederos de D. Miguel Armona. Por la calle de los Desamparados, con el Sr. Santa Ana, No. 32. Se alquila en cincuenta y un pesos mensuales. Sea \$ 612 al año”.

en Cuba a raíz de la muerte del monarca Fernando VII, ocurrida en 1833.

En España había tomado las riendas la regente María Cristina, quien llamó a gobernar con ella a los liberales españoles partidarios de la constitución. En ese mismo año de 1833, Felipe Poey regresó a Cuba, pero aquí las ideas del grupo dominante en la península se reflejaron de otra manera.

En 1834, los constitucionalistas españoles en el poder, enviaron a un nuevo Capitán General a su posesión antillana, el gobernador Miguel Tacón. Éste, con el objetivo de impedir todo asomo de sentimiento nacionalista, implantó en la colonia una rígida censura.

Poey, recién llegado prácticamente a La Habana, tuvo que acudir ante el nuevo Capitán General por el hecho de haber recibido, procedente de París, una caja de libros, entre los cuales se hallaban 108 ejemplares de la obra *La España bajo el poder arbitrario de la congregación apostólica*, que las autoridades insulares dieron como proscrita. Los ejemplares, enviados según el propio involucrado, sin él haberlos solicitado, “por vías de especulación por un sujeto residente en París”²⁰ quedaron en poder de la censura, que a través de uno de sus representantes, apellidado Ayala, opinó fueran destruidos por los daños que su lectura y difusión podían causar a la “moral pública”.

En ese mismo año también se vio envuelto en los sucesos que dieron al traste con la recién constituida Academia Cubana de Literatura, un hecho que, aparentemente sin implicaciones políticas, alcanzó su verdadera dimensión cuando José Antonio Saco —antiguo compañero de Poey en el Seminario— tuvo que salir del país, por las presiones que sobre él ejercieron los círculos más reaccionarios de la Sociedad Económica, y el propio Capitán General de la Isla. Felipe Poey, como miembro de esta Academia, debió haber quedado señalado ante las autoridades insulares; pero, de hecho, su participación en las actividades de la Sociedad Económica, no se vio afectada. Poey prestó a la institución de los Amigos del País varios servicios, desde la creación de su Museo de Historia Natural, y la elaboración del reglamento de la biblioteca y el catálogo de los libros de la misma, hasta la de formar parte de la Comisión Inspector de las escuelas especiales y preparatorias en la capital. La Sociedad lo había incluido, desde el 22 de diciembre de 1838, en la lista de sus miembros de mérito.

También en la década de los años 30 empezó a publicar sus trabajos zoológicos en las revistas y periódicos cubanos. En el siguiente decenio, cuando se produce la secularización de la enseñanza, comienza su carrera de profesor en la enseñanza superior; esta actividad la compartió con

²⁰ El expediente puede verse en el Archivo Nacional de Cuba, fondo: Asuntos Políticos, legajo 36, No. 5. Respuesta de la instancia de Felipe Poey al Capitán General, fechada el 12 de mayo de 1834, en la cual se explica lo ocurrido y la respuesta del funcionario Ayala, el 6 del mismo mes y año que recomienda la quema de los materiales.

sus labores investigativas, especialmente las dedicadas al estudio de los peces, de las cuales derivó la composición de su gran obra en doce tomos *Ictiología cubana*, premiada en la Exposición Internacional Colonial de Amsterdam en 1883.

III

Ya era Poey, a mediados del siglo pasado, la gran autoridad cubana de las ciencias naturales, tan así es que la famosa novelista sueca Fredrika Bremer, de visita en Cuba en 1851, en una carta dirigida a su hermana desde “el pueblecito o villa del Cerro”, se manifiesta en estos términos:

“Me quedaré todavía un par de días aquí, para disfrutar de la compañía del bello parque; después regresaré a La Habana, donde la amable familia Tolmé quiere tenerme de huésped y donde ya han arreglado una habitación para mí. Allí quiero también trabar conocimiento con el botánico don Felipe Poey, y aprender de él algo sobre los árboles y las plantas de la Isla. Después [...] veremos cómo se me presentan las cosas”.²¹ Y las “cosas” en realidad se le presentaban muy bien a la escritora sueca, pues dos meses después de escribirle las anteriores palabras a su hermana, agregara en otra de sus cartas:

“Durante estos últimos días en La Habana he visitado, en compañía de la buena señora Tolmé, algunos hermosos jardines particulares, para observar mejor las distintas flores y frutas. He conocido al profesor de botánica don Felipe Poey, y él ha sido tan cortés, que me ha regalado algunos ejemplares de mariposas cubanas, y entre éstas, la que se considera como más bella, que lleva el nombre de urania. Tiene un bello color verde oscuro y un brillo como de terciopelo”.²²

Poey, en ese mismo año de 1851, había emprendido, por iniciativa propia, la edición de una importante obra, las *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*; la naturaleza del país, y quizás este empeño del científico cubano, manifestado en alguna conversación, fueron las razones que impulsaron a la Bremer a escribir, en unas de sus cartas, estos emotivos renglones:

“Cuba es una entrada al paraíso digna de ser estudiada por los investigadores en ciencias naturales, por los artistas y por los poetas. Las formas y los colores de la vegetación indican un paso de la vida terrena a otra esfera de belleza más libre y más elevada”.²³

²¹ Fredrika Bremer: *Cartas desde Cuba*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1980, p. 37.

²² *Ibidem*, p. 194.

²³ *Ibidem*, p. 124.

Entre criollos, la publicación de estas *Memorias*, cuyos sumarios estaban además de escritos en español, referidos en latín y francés, tuvo una excelente acogida. Prueba de esto es la siguiente reseña:

“Como lo indica su título, la obra en cuestión consta de una serie de memorias científicas; y no guardando entre sí estas una inmediata relación, la atención del lector se ve a cada paso despertada por un agradable desorden, cuyo encanto, nosotros, volubles hijos de los trópicos, podemos comprender mejor que nadie [...]

”El cuadro luce variados matices, y su contemplación no puede menos de ser muy grata para los amigos de recrearse en las Maravillas de la Naturaleza [...]

”[...] sus memorias son, por lo tanto, resultado bien maduro y dirigido de pacientísima tarea: él ha enriquecido los catálogos con multitud de especies desconocidas por los sabios naturalistas de Europa, y ha procurado disipar, y disipado no pocas veces, la oscuridad en que se encontraba la ciencia sobre algunos interesantes particulares[...]”²⁴

Las *Memorias* contaron con dos volúmenes impresos, el primero vio la luz en 1851, y el segundo, entre 1856 y 1858. Varios años después, en 1865, sale de las prensas habaneras el tomo número uno del *Repertorio físico natural de la isla de Cuba*, y en 1866, y hasta 1868, el número dos. Ambos contarían con la colaboración de una buena parte de los científicos cubanos o extranjeros residentes en el país, interesados en estos estudios. El *Repertorio* circuló en toda la Isla, y fuera de ella, luego de anunciarse en el prospecto que a continuación se cita:

“Mucha falta ha hecho ahora a la Isla de Cuba una publicación especial, destinada a revelar al mundo científico sus tesoros físico-naturales. Privadas de este recurso, las personas que se han dedicado al cultivo de las ciencias se han visto obligadas a remitir sus escritos a periódicos extranjeros, o a conservar los manuscritos sin esperanzas de lograr el fruto de sus desvelos. El *Repertorio físico-natural* que tratamos de imprimir en La Habana, será para ellos una grata nueva, y un aliciente en medio de sus trabajos. Los artículos que salgan a luz, serán producciones originales de sus autores; sin perjuicio de reproducir algunos de los que interesen altamente a la isla de Cuba, y se hallan esparcidos en compilaciones de costosa adquisición.

”El *Repertorio* se presenta hoy como un núcleo alrededor del cual se agruparán los descubrimientos e ideas útiles; y no dudamos de que la constancia de los colaboradores, favorecida por el público ilustrado, llegue a levantar un monumento digno de ser consultado por todos los sabios que se ocupen de nuestras riquezas físicas y naturales.

²⁴ José Manuel Mestre: “Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba”, *Revista de la Habana*, 1853, t. I, pp. 172-174.

”La publicación del *Repertorio físico-natural de la isla de Cuba* no es precisamente una empresa de especulación: va encaminada al bien del país y de la ciencia. Por lo que si la suscripción deja algún beneficio al completar un tomo, pagado los gastos de impresión, repartición, corrección de pruebas y otros extraordinarios, incluso los de redacción, si con el tiempo fuese necesario, se emplearan las sumas existentes en mejorar las condiciones del periódico; ya emitiendo por el mismo precio mayor número de pliegos o de láminas, ya bajando el valor de la suscripción”.²⁵

El *Repertorio*, y junto a él, las anteriores *Memorias*, constituyeron, conjuntamente con la obra *Historia física, política y natural de la isla de Cuba*, de Ramón de la Sagra, impresa a todo lujo en Francia y España, el vademecum de los científicos interesados en conocer la naturaleza cubana.

IV

Al formarse en 1861 la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, Poey —al igual que su hijo Andrés— pasó a formar parte de ella. El largo proceso de constitución, que había iniciado el médico Nicolás José Gutiérrez, culminó cuando unos 160 aspirantes interesados en pertenecer a ella, elegían por rigurosa votación secreta los 30 miembros numerarios que la integraban. Padre e hijo ingresaron en una de las tres secciones de la Real Academia, la encargada de abordar los problemas de las ciencias naturales. En ese mismo año fue propuesto y elegido Poey socio de mérito de la corporación, sin perder su condición de miembro numerario.

En el transcurso del primer decenio de labores académicas, Poey recibió otros títulos importantes. El Liceo de Guanabacoa [donde pronunció un discurso acerca de la unidad de la especie humana (ver Apéndice)], en 1861, lo distinguió como socio de honor; y en 1862 el de La Habana, lo elegía presidente de la Sección de Literatura, nominación que también se le había conferido en 1858. En 1863, el Capitán General de la Isla lo comisionó para realizar el trabajo de adquisición de objetos de historia natural que tenían como destino engrosar las colecciones del Museo de

²⁵ Prospecto del *Repertorio físico natural de la isla de Cuba* en: A. H. Museo Finlay, Papeles de Felipe Poey, Carpeta 6, documento No. 1.

En este mismo documento se pueden leer la lista de los colaboradores:

1. Aenlle, Dr. Joaquín F. de; 2. Arango Rafael; 3. Auber, Emilio; 4. Castro, Manuel Fernández de; 5. Cay, Ricardo James; 6. Coronado, Dr. Francisco J.; 7. Fabre, Juan Antonio; 8. Forns, Ramón; 9. García Félix; 10. Gundlach, Dr. Juan; 11. Gutiérrez, Dr. Nicolás José; 12. Jeanneret, Carlos; 13. Jimeno, Francisco de; 14. Jonte, Dr. Manuel González de; 15. Morales, Dr. Sebastián Alfredo de; 16. Paz, Pbro. Ramón de la; 17. Poey, Andrés; 18. Presas, Manuel J.; 19. Ruiz de León José; 20. Sauvalle, Francisco Adolfo; 21. Valdés, Nicolás.

Historia Natural de Madrid. Al año siguiente, 1864, la Sociedad de Amigos de la Historia Natural berlinesa lo incluyó entre sus miembros de honor.

En todos estos años transecurridos, en los cuales recibió distinciones de instituciones cubanas y extranjeras, desarrolló una intensa labor científica, pedagógica y literaria. Imprimió libros de textos, pronunció memorables discursos en la Universidad, redactó artículos de divulgación científica, y escribió un importante estudio titulado *Cráneo de un indio Caribe*, algo *sui generis* dentro de su obra e investigaciones científicas.

La década de los sesenta, comenzada para el sexagenerario naturalista con gran despliegue de actividad intelectual, finalizaba para Cuba, con el inicio de la Guerra de los Diez Años. A la conspiración independentista, en el occidente del país, se incorporó su hijo Federico Poey Aguirre.

Cuando en 1877 la contienda revolucionaria, iniciada en 1868, entra prácticamente en su etapa final, y la política de pacificación llevada a cabo por el general español Arsenio Martínez Campos en la Isla comenzaba a rendir sus frutos en las zonas central y oriental del país, un grupo de intelectuales criollos se reunía en La Habana para formar la Sociedad Antropológica de la isla de Cuba. Poey, elegido presidente de la recién constituida institución, en el acto inaugural celebrado el 7 de octubre, pronunció unas breves palabras:

“Quedo muy agradecido a los indulgentes socios que me han investido con el honroso cargo de que acabo de tomar posesión; recompensa inesperada de mi constante amor a la ciencia. No sé si mi cansada edad y el empeño de dar fin a dilatados trabajos ictiológicos, me permitirán tomar una parte activa como quisiera en las tareas de la Sociedad, ni continuar a su frente por largo tiempo: entretanto pondremos manos a la obra.

”Nuestra posición social y política nos permite estudiar cumplidamente, bajo el aspecto físico, moral e intelectual, dos razas humanas, la africana y la mongólica; y además, los numerosos mestizos que provienen de los cruzamientos de ambas con la raza blanca, sin olvidar las modificaciones que el aclimatamiento y las influencias mesológicas han introducido en todas ellas, particularmente en sus descendientes. Éstas han sido, sin duda, las razones que han movido a la Sociedad Antropológica de Madrid, al establecimiento de una correspondiente suya en la ciudad de la Habana.

”[...] Las grandes novedades de la ciencia, agitadas en este siglo, cualquiera que sea el juicio definitivo que nos merezcan, no turbarán la paz de nuestras conferencias; pues por mi parte pienso (y en esto creo interpretar los propósitos de la Directiva) que la naciente Sociedad debe fijar su principal y casi exclusiva atención en los problemas antropológicos locales que brevemente he bosquejado, evitando en cuanto sea posible, lanzarse a generalidades y conclusiones propias de la Filosofía zoológica. En una palabra, sea cubana nuestra Antropología,

antes que general: así prestaremos a la marcha progresiva de la ciencia servicios efectivos y duraderos”.²⁶

Felipe Poey pidió ser liberado de la presidencia de la Sociedad, por su avanzada edad, el 14 de febrero de 1878, la guerra finalizó ese mismo año sin obtener su objetivo principal: la independencia de España. La institución creada un año antes, empero, incluiría entre sus temas de discusión científica algunos de los efectos puestos de manifiestos en aquella confrontación.

En los siguientes años Poey, un tanto alejado, pero no desvinculado de las instituciones culturales y científicas, siguió trabajando en su obra ictiológica y acudiendo invariablemente a su cátedra universitaria.

De la Universidad sólo se ausentaba por enfermedad —lo afectaban unas avanzadas cataratas— o en épocas de vacaciones, cuando viajaba a Matanzas en donde solía reunirse, unas veces en la casa de Santiago del Monte y otras en la finca La Carbonera de la familia Chávez García, con todo un conciliábulo zoológico-botánico integrado por Carlos de la Torre, Sebastián Alfredo de Morales, Francisco Jimeno, Juan C. Gundlach, Manuel J. Presas y los hermanos Félix y José García Chávez.

En 1878, tal vez por los servicios que prestó a las ciencias, el Círculo de Hacendados de la Isla de Cuba le confirió el título de Socio de Honor; y en 1880 la Sociedad Odontológica de la Habana, fundada un año antes, entre otras figuras, por su hijo Federico, lo eligió socio numerario. El abogado Nicolás Azcárate, en febrero de 1885, lo tomaba en cuenta para las elecciones de la sección de ciencias naturales del Nuevo Liceo de la Habana; en ese mismo año, en enero, había expuesto ante sus miembros un tema científico sobre los simios, salpicado de pinceladas humorísticas.

La Real Academia de Ciencias lo tuvo en pocas de sus reuniones, pues ya desde 1864, el anciano naturalista había renunciado a su categoría de numerario que lo liberaba de algunas formalidades, entre ellas la de asistencia y puntualidad, y como —generalmente— las temáticas a discutir eran de carácter médico, asistía a contadas sesiones. Quizás la última asamblea que contó con su presencia fue la celebrada el 12 de mayo de 1889, en la cual pronunció el discurso de bienvenida a la corporación de su distinguido discípulo Carlos de la Torre.

Poey no poseía grandes riquezas, como su primo Juan o su hermana Mercedes, pues su peculio provenía del sueldo universitario que recibía o del cobro de los derechos como autor de libros de texto, de las rentas de unas pocas propiedades urbanas pertenecientes a su esposa que él mismo administraba y repartía entre ella y sus

²⁶ Felipe Poey: “Discurso del Sr. D. Felipe Poey”, *Boletín de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba*, 1879, t. I, pp. 8-9.

hijos, y de las ventas ocasionales de colecciones o piezas zoológicas y de mineralogía.

No son frecuentes las opiniones que nos presentan a Felipe Poey involucrado en asuntos políticos, no obstante, algunas de estas opiniones lo señalan, durante sus estudios en Francia, como antimonárquico y combatiendo en julio de 1830 contra Carlos X en las calles de París. José de Armas y Céspedes, por ejemplo, en las páginas del periódico independentista *La República Cubana* expresa al respecto:

“Donde mejor se batieron los parisienses contra Luis Felipe de Orleans, el rey ciudadano, fue en la barricada de la puerta de San Antonio, distinguiéndose en primera línea un joven cubano llamado Cubero, natural de Holguín, alumno de la Escuela Central, así como se distinguió en el mismo punto, en 1830, peleando contra Carlos X, otro cubano, el sabio naturalista Felipe Poey, fundador en la propia ciudad de la Escuela Entomológica”.²⁷

Tal hecho nos lo pudiera corroborar el que entre las reliquias del naturalista donadas a la Universidad por su hijo Enrique se hallara un espadín, el cual —según asegura Arístides Mestre—²⁸ usó el “miliciano” Poey en la década del 30 en París.

Sin embargo, en relación con la postura política de Poey no sólo fueron éstos los criterios sustentados. Según se colige del artículo “Una gloria española”, publicado el 8 de junio de 1888 en el *Diario de la Marina*, por haber ejercido Poey su derecho al voto, en las elecciones de ese año, a favor del Partido Liberal Autonomista, la “derecha” del Partido Unión Constitucional lanzó sobre él severas críticas contenidas en un libelo titulado “Golpe Teatral”. El articulista anónimo del *Diario de la Marina* sale en defensa del Naturalista en los siguientes términos:

“Pobre es el recurso de acudir a las memorias de la primera juventud de un hombre que, si intervenido hubiera en hechos ocurridos cuando contaba veinte y tres años de edad, ha vivido después lo bastante para adquirir el derecho de rectificar un error, y decimos esto, porque no en el año de 1827, en una conspiración republicana, sino en el de 1822, en los hechos tristísimos que produjeron la desgracia del teniente Landaburo (no Landázuri), figuró el señor Poey, y porque no en esa fecha de 1827, sino en 1823, emigró, no al extranjero, sino a su país provincial, con motivo del restablecimiento del absolutismo. A más de pobre, es falsa la acusación de que estuviera en las barricadas de París en 1830”.²⁹

Poey prefirió contestar los ataques desde un terreno muy diferente al de las acciones políticas y al de las pasiones de partido; en 1888, en

²⁷ La cita está tomada de: Rodolfo Alpízar Castillo: *Felipe Poey lingüista*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1984, p. 19.

²⁸ Arístides Mestre: Donativo Poey, *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, 1907, vol 5, p. 112.

²⁹ “Una gloria española”, *Diario de la Marina*, 8 de junio de 1888.

ese mismo año en que fue duramente criticado, hizo imprimir su último libro, donde agrupó la mayor parte de su producción bibliográfica dispersa en periódicos y revistas, sus *Obras literarias*, con esto, sin dudas pretendía expresar el testimonio irrecusable de una vida consagrada casi por entero al desarrollo de la cultura científica y literaria del país. Tres años después que las páginas de esta obra vieron la luz, su autor fallecía en la ciudad de La Habana a consecuencia de una congestión cerebral en las primeras horas de la mañana del 28 de enero.

El cadáver de Felipe Poey, después de una ceremonia solemne en el Aula Magna de la Universidad, fue conducido en hombros por profesores y estudiantes hasta la necrópolis de Colón, quedando sus restos inhumados en el panteón del alto centro docente. El 5 de junio de 1907 éstos fueron exhumados y trasladados a la Universidad,³⁰ donde el 15 de enero de 1909 quedaron colocados en una urna de mármol sobre pedestal en el antiguo gabinete zoológico. Hoy descansan al pie de la escalera que conduce al Museo de Antropología “Luis Montané”, en el edificio que actualmente alberga a la Facultad de Matemática-Cibernética.

³⁰ Según Luis Montané, la permanencia por algún tiempo de los restos de Poey en el Museo Antropológico universitario, después de ser éstos exhumados, le dio la oportunidad de hacer un estudio de los mismos, el cual desafortunadamente hoy día se encuentra perdido. No obstante, el propio Montané, en su ya con anterioridad citada biografía sobre el naturalista (pp. 21 y ss.), refiere las condiciones en que él pudo desempeñar tan delicado trabajo, y algunas de las conclusiones a que arribó:

“No sin cierta emoción me fue dado contemplar un día los huesos del gran naturalista. Pude así estudiar su cabeza, cuya cara se hallaba rota e incompleta; pero el cráneo, mejor conservado, reproduce tan fielmente otro que alcanzó la celebridad, que no pude dejar de exclamar: ¡Es el cráneo de Engis!

”Éste, como se sabe, ofrece las más íntimas analogías con los cráneos de Cro-Magnon; de ahí la identidad del fósil belga y de los del centro y el mediodía de Francia.

”Antropológicamente hablando, los actuales vascos son los últimos representantes de una raza prehistórica que se ha denominado muy justamente mediterránea. Su tipo físico, determinado por las sabias investigaciones de Broca, se aproxima singularmente al tipo cuaternario del perigord; y los restos de tal raza se conservan en las vertientes de los Pirineos occidentales.

”Y como sabemos que el padre de Poey es originario de Olerón —distrito de los Bajos Pirineos—, todavía poblado en parte por los vascos franceses, se hacía interesante investigar si los rasgos craneológicos ancestrales no habrían dejado su huella en la cabeza del naturalista.

”Digamos desde luego [...] que, a pesar de la identidad aparente de los dos cráneos (hasta el punto de presentar muchas medidas semejantes), el de Poey difiere del cráneo de Engis, y por consiguiente de sus congéneres, por una particularidad muy importante. Mientras los vascos ostentan una dolicocefalia occipital, debida a un aumento exagerado de los lóbulos posteriores del cerebro, en el de Poey el desarrollo notablemente frontal, debido a la amplitud del lóbulo anterior; lugar fisiológico donde se asientan las más eminentes facultades del alma humana”.

Hacia el centro del patio interior que conforma esta construcción, por la cual, a principio de siglo, también pasaron los estudiantes de la Facultad de Ciencias, muy cerca del Museo de Zoología que lleva el nombre de Poey, por haber sido él su fundador, fue colocado su busto el 4 de julio de 1903. La base que lo sostiene tiene esculpida la misma inscripción que fuera grabada en el mausoleo dedicado a Nicolás Maquiavelo en la iglesia de Santa Crose en Florencia. Esta reza: *tanto nomini nullum par elogium*, cuya traducción al español expresa la imposibilidad de hallar elogio digno a sus méritos.

Las creencias de Felipe Poey

En julio de 1929 se reprodujo en la revista mensual habanera *Social*, bajo el título de “Las ideas filosóficas y religiosas de Felipe Poey” un documento de excepcional importancia por su contenido y por su carácter inédito, la carta que Felipe Poey, con fecha 26 de mayo de 1889 escribiera a su sobrina Serafina Alfonso Poey y al esposo de la misma, Joaquín Guell Renté.

Francisco González del Valle, a cuya cuenta corrió la presentación de tan significativo escrito al público, explicó por carta del 31 de mayo de 1929, al entonces director artístico de la revista, y amigo suyo, Emilio Roig de Leuchsenring, los detalles del hallazgo de la susodicha misiva de Poey.

Roig hizo imprimir la carta que a él le dirigiera González del Valle en el referido artículo, pues ésta de por sí constituía, para los lectores, un excelente material explicativo en el cual se aclaraba la evolución del pensamiento y tránsito al ateísmo del naturalista cubano más destacado del siglo anterior.

A continuación reproducimos el contenido de la carta de Francisco González del Valle dirigida a Emilio Roig:

“Mi querido amigo y compañero:

”Debo a la generosidad de mi buen amigo el doctor Federico Córdova, que se interesa mucho por las cosas de Cuba y tiene su mente libre de prejuicios religiosos la copia de la carta que te adjunto, la cual no dudo que has de acoger con fruición y publicarás complacido, dada tu manera de pensar en materia religiosa.

”Considero de gran importancia y trascendencia la aludida carta, porque contiene la declaración de fe materialista del sabio cubano Felipe Poey y Aloy, hecha a los 90 años de su edad —el mismo día de su onomástico y cumpleaños— para defenderse, sin duda, del probable asalto a su conciencia por algunos de los mansos ministros de la Iglesia de Roma.

”La carta revela, además, la lucidez y firmeza de la mente de su autor; al par que la energía y sinceridad de su carácter; siempre dispuesto a rectificar; a confesar su yerro ante la razón y la verdad, y a no apartarse de su lema o divisa que era: ‘Más vale ignorancia que error’; y señala también el punto culminante de su evolución psicológica.

”No voy a explicar aquí el desenvolvimiento de las ideas filosóficas del sabio naturalista cubano; pero no puedo menos que señalar su caso, como verdaderamente singular. En él los años no detienen el avance de sus ideas, que siguen la marcha progresiva de las ciencias naturales. En la fuerza de su juventud, consagrado ya al estudio de la historia natural, se declaró adepto a la escuela de Cuvier y Agassiz, como lo eran casi todos los naturalistas de su época. Cree en la inmutabilidad de las especies, las que considera obra de una voluntad superior. Pero los hechos que se van presentando a su observación, le hacen tomar en cuenta las doctrinas transformistas de Lamarck y Geoffroy Saint-Hilaire, por considerarlas más de acuerdo con la razón y los hechos, que llevan a su mente la duda y hacen vacilar su fe en Dios. Así lo declara en 1851, haciendo constar que su creencia en la Divinidad había salido triunfante y más firme de esa prueba. Pero cuando en la mente se introduce una vez la duda, desaparece el candor de la fe. De aquí que al discurrir sobre el concepto de la especie (1851) y estudiar el manjuarí (1854) y los peces ciegos (1860), haga consideraciones filosóficas que dan de lleno dentro del campo de la doctrina positivista, aun cuando siga admitiendo las causas finales y la Divinidad creadora. Y produce asombro leer lo que en plena ancianidad escribía al explicar su clasificación de los animales, cuando desempeñaba la cátedra de Zoografía en la Universidad de la Habana: ‘admito con Lamarck, Darwin, Huxley, etc., la evolución de los tipos a partir de las formas inferiores’.

“Faltaba, sin embargo, saber si, como en tantos otros filósofos naturalistas u hombres de ciencia (Newton, Kant, Virchow, Broussais, Maine de Biran, Du Bois-Reymond, Baer, Romanes, Wundt...), eran unas sus ideas científicas y otras sus ideas religiosas; es decir, si admitía por la fe lo que por la ciencia rechazaba: la carta citada la escribió veinte meses antes de morir, prueba de manera concluyente la unidad de su pensamiento, la identidad de sus principios en los últimos años de su vida.

”Ahora dos palabras para decirte que la copia de la mencionada misiva se la entregó el día 3 de abril último, en Caibarién, el doctor Luis Gorordo a mi amigo Córdova, manifestándole que el original se lo había donado antes al doctor Carlos de la Torre, quien reconoció como de Poey las ideas y frases contenidas en el documento. Declaración que igualmente me hizo a mí el doctor La Torre cuando le llevó la copia de la carta citada, cuyo original no pudo exhibirme por no encontrarlo de momento. Manifestándome, además, después de leer con detenimiento

aquella, que podía afirmar al publicarla, que así pensaba en sus últimos años Poey.

”Según le contó el doctor Gorordo a mi referido amigo, la carta la halló dentro de uno de los libros pertenecientes a cierta biblioteca particular que había adquirido hacía algún tiempo. La exactitud de la copia está garantizada por el citado doctor Gorordo, de Caibarién, que fue quien la sacó.

”Hay un detalle en el documento referido, que abona su autenticidad, el cual ha llamado mi atención y deseo hacer notar, por lo significativo que resulta ver, al través de los años, empleada por Poey una misma frase cuando discurre sobre el origen del mundo: quiero referirme al símil del reloj y el relojero, de que habla en la carta objeto de estas líneas, que ha sido usado por él en dos ocasiones anteriores. En su disertación filosófica sobre los colores que presentan los seres en la naturaleza, escrita en 1861, decía: ‘Si el reloj revela la mano del hombre, con más razón revela el universo la existencia del Ser Supremo’. Y años antes (1856), en el discurso de apertura que pronunció en la Universidad de La Habana, que expresó así: ‘que es el mundo para el ateo? Un reloj sin relojero’ ”.

Al fin de sus días, la comparación del reloj y el relojero no le sirve ya para explicar la existencia de una voluntad creadora; pues si se infiere de ello, dice, “quien hizo a Dios? Salió de las nada?”

Parece que falleció tranquilo, “Sin escándalo”, como deseaba; porque en la esquila mortuoria publicada en *El País* del 29 de enero de 1891, no se consigna por los familiares que la suscriben, que recibiera los llamados a santos sacramentos... La carta de Poey fue publicada con una nota alaratoria que expresaba:

“Señora Serafina Alfonso y Poey, casada con el señor Joaquín Guell y Renté, en cuya casa vivía Don Felipe al tiempo de escribir esta carta no muriendo allí éste, sino en su residencia particular, calle del Prado No. 29 (hoy Paseo de Martí), donde habitaba con su hija Virginia, desposada con el señor Francisco Calcagno. Poey amaneció muerto en su cama, en la mañana del 28 de enero de 1891, según el dicho del doctor Carlos de la Torre, discípulo predilecto del Maestro.- Federico Poey y Aguirre era el tercero de los varones de Don Felipe, Antonio Mestre, médico habanero, notable por su cultura científica y literaria, adherente convencido de la doctrina darwinista y de la Filosofía positivista, tal y como la explicaba Littré, a quien particularmente seguía, al decir de Varona. Murió en esta capital sin abjurar de sus ideas, el día 10 de julio de 1887”.

A continuación reproducimos la famosa carta de Poey dada a conocer por González del Valle en *Social* y que Emilio Roig, once años después de publicada, cuando parecía que iba a quedar sepultada en el olvido, calificara de “documento histórico de valor inapreciable”, adi-

cionándola textualmente a la impresión de la conferencia sobre Poey leída por Mario Sánchez Roig el 20 de enero de 1937, en el Palacio Municipal, en la ciudad de La Habana.

"Habana, San Felipe Neri 26 de mayo de 1889, 90 años.

"Mis queridos sobrinos Serafina y Guell, Joaquín.

Suplico que a última hora me dejen morir tranquilo, conforme a mi ley. Me hicieron cristiano sin consultármelo; la razón y la Filosofía me han hecho materialista.

"No creo en Dios.

"La idea de Dios, con los atributos que le conceden, es inconcebible; su definición es negativa e impalpable.

"El Dios de los cristianos es egoísta y cruel. Si porque no hay reloj sin relojero, se infiere que no hay universo sin Dios, dígame, ¿quién hizo a Dios? ¿Salió de la nada? Si Dios existe, me juzgará por mis obras, no por mis creencias.

"Nadie es dueño de creer o no creer.

"Es imposible creer que lo blanco sea negro, ni lo negro blanco.

"La Sagrada Escritura trae una carta de San Pedro, que dice:

"El que tiene malas obras y tiene fe, Dios lo puede salvar por su infinita misericordia; el que tiene buenas obras y no tiene fe, Dios le debe la salvación por débito.

"No admito confesores, tan pecadores como yo, y rechazo los auxilios espirituales de la iglesia. Rehúso especialmente a los jesuitas. Tengo mucha amistad con el P. Viñes, pero a última hora, no quiero verlo en mi cuarto, ni su sombra.

"Federico tiene el encargo de conseguir buenamente que mis amados sobrinos me dejen tranquilo: en cuyo caso quemará esta carta; de lo contrario la presentará a los dos, y si con esto no basta, si entran sacerdotes tan hombres como yo, a ponerse en comunicación con Dios, conseguirán desesperarme anticipando mi muerte, y oirán blasfemias que nunca han oído.

"Quiero morir como Antonio Mestre, sin escándalo. A Federico Poey - Para entregar a su debido tiempo a Serafina y Guell".

Lo cierto es que en torno a esta carta, que parece ser claramente definitoria de las creencias de Felipe Poey en sus últimos años, se han tejido las más diversas especulaciones, e incluso se ha puesto en duda la existencia misma de ella, cuyo original —según todo parece indicar— se ha perdido. No hay, sin embargo, motivo alguno para suponer que Francisco González del Valle, de cuya honestidad como historiador no hay razones para dudar, haya falsificado o simplemente inventado esta polémica carta; pero, por su propio testimonio, llegó a él por tercera mano y esto ha servido para avivar las dudas en cuanto a su autenticidad, que —desde luego— no dejarán de existir en tanto el documento original no sea hallado.

A la confusión provocada por estas dudas, debemos unir el hecho de que en su testamento notarial (véase Apéndice 7), redactado el 14 de noviembre de 1888, seis meses antes de la carta antes referida, Felipe Poey declara profesar la religión Cristiana, Católica Apostólica y Romana, y pide ser enterrado “en sagrado”.

Comoquiera que tal definición de creencias no era obligatoria en los testamentos notariales, habría que suponer —si la carta que González del Valle reprodujo es auténtica, como admitimos— que en mayo de 1889, seis meses después de haber testado, Poey se vio obligado a revelar su verdadero pensamiento, para así evitar que se insistiera, por algún familiar, en que se confesara, comulgara y recibiera la extremaunción *in articulo mortis*. En cualquier caso, es cierto que Poey no recibió estos santos sacramentos antes de morir, como lo revela el propio sacerdote que inscribe su fallecimiento en el correspondiente libro parroquial:

“En veinte y ocho de enero de mil ochocientos noventa y un años; yo el Pbro. D. Anacleto Redondo Cura propio de la Iglesia de término del Monserrate de esta Ciudad y Diócesis mandó dar sepultura eclesiástica en una bóveda de la Real Universidad de la Habana, en el cementerio de Cristóbal Colón, al cadáver de D. Felipe Poey y Aloy Natural de la Habana de noventa y un años de edad Licenciado en Ciencias, viudo de Da. María de Jesús Aguirre, hijo legítimo de D. Juan y Da. Rosario; dijeron que testó ante el notario Fornaris pero no presentaron la cláusula testamentaria, dejó por sucesión a D. Andrés, D. Enrique, Doña Virginia, y D. Federico, no recibió los Santos Sacramentos, por la violencia de su muerte, falleció a las seis de la mañana de hoy en la casa calle Prado número veinte y nueve a consecuencia de congestión cerebral según la carta oficio que se me exhibió.

”Y para que conste lo firmo.

”(Rubricado): Anacleto Redondo”.³¹

Pero aquí, de nuevo, surge una duda. ¿Será cierto que no recibió los santos sacramentos por la “violencia”, es decir por el carácter repentino de su muerte, como afirma el clérigo y no por propia voluntad? El testimonio de su yerno, Francisco Calcagno, en cuya casa vivió el naturalista sus últimos días, revela —por el contrario— que la muerte de don Felipe no fue inesperada o repentina (“violenta”), sino el resultado de una prolongada y apacible despedida de este mundo:

“El 24 de enero de 1891 se sintió mal, y manifestó que ya había llegado su fin; sin embargo, ninguna gravedad ni violencia se notaron. En

³¹ La partida de defunción de Felipe Poey quedó registrada en el libro 31 de blancos, con el número 705 en la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de Monserrate en la ciudad de La Habana.

la madrugada del 28, llamó a los íntimos que le rodeaban, y se quejó de malestar; pero se puso a conversar con animación, hablando seguidamente de cuestiones varias, aunque sin oportunidad e hilación; poco a poco fue perdiendo la vivacidad y bajándosele la voz, hasta callarse hacia las 3 de la mañana, parecía haberse dormido. Había expirado”.³²

Cabría suponer, por lo tanto, que el sacerdote utilizó el pretexto de la “violencia” de la muerte de Poey para justificar su enterramiento como un creyente más, y no como un individuo que, en sus últimos años, tenía profundas dudas acerca de algunas de las más sagradas verdades de la religión. Testimonio de estas dudas, que no por postreras eran menos intensas, son dos párrafos inéditos de Poey, escritos por aquellos años, que se conservan entre sus papeles:

“La religión cristiana hace al hombre para sí, antisocial. El mejor hombre delante de Dios es un fraile que metido en su convento reza todo el año sin trabajar para el cuerpo social. ¿Dios no sabía política? no sabía q[ue] el más benemérito ciudadano es el q[ue] se dedica entero a los demás, mejorando su suerte o p[or] la ciencia o p[or] la justicia, añadiendo un grado más a su felicidad; no haciendo limosna a lo cual parece han reducido la caridad todos los católicos [...]

”[...] Dios no tiene nuestra conciencia en la mano p[ara] castigarnos inmediatamente después de haber cometido el delito y conforme al rato de la acción [...] Si me dicen que la conciencia no esta destinada p[ara] castigar, sino para advertir lo que es bueno, y lo q[ue] es malo p[ara] dar cuenta de ello después en el tribunal de Dios, digo que es falso porque conocemos lo bueno y lo malo con nuestra razón solamente que nos guía al conocimiento de la verdadera moral”.³³

Estas dudas surgen, en un período previo, que se inicia alrededor de 1862, y dan lugar a una declaración de agnosticismo 25 años después.

Poey imprimió, en 1887, en una de las publicaciones seriadas de más circulación en la capital —la revista *Enciclopedia*— una nota sobre la distribución de los colores en las alas de la mariposa diurna cubana *Lincina sida*. Si nos atenemos al alcance del conocimiento de aquel momento, el supuesto adelantado por Poey en el trabajo: “El que descubra la ley de los colores, habrá resuelto uno de los problemas más intrincados de la historia natural”³⁴ debió resultar a los lectores todo un acertijo. El último párrafo con el cual remataba su artículo y que expresaba: “Dime ahora hombre del siglo XIX, hombre progresista, dime

³² Calcagno, Francisco: “Felipe Poey y Aloy. Insigne naturalista y sabio cubano”, *La Ilustración de Cuba*, 1894, año III, p. 5.

³³ Carpeta “Dicción”. Papeles de Felipe Poey en el Archivo del Departamento de Antropología, Facultad de Biología de la Universidad de La Habana.

³⁴ Poey, Felipe: “Los colores”, *La Enciclopedia*, 1887, t. III, No. 6, p. 299.

si te atreves a dar una solución científica a este problema”,³⁵ más que acertijo, encerraba un desafío.

La redacción de la revista creyó oportuno publicar el escrito agregándole fragmentos de un texto que bajo el mismo título de “Los colores”, años antes, el propio don Felipe había elaborado. Los materiales, según la introducción que los precedía, se complementaban y demostraban que “El distinguido naturalista era el mismo de siempre”.³⁶

Cierto es que la materia tratada resultaba un *leitmotiv* dentro de la obra poeyana; pero lo que sí no podía estimarse reiterativo era la esencia y la intención que, en uno y otro escrito, había puesto su autor. En el primero se enfatizaba la existencia de Dios como el supremo creador del mundo; en el último, con la clásica expresión de “yo ignoro”, Felipe Poey daba paso a una postura agnóstica en relación con algunos de los fenómenos de la naturaleza, aún no explicados por la ciencia. Al menos así se lo hizo saber a la redacción de la revista, cuando con fecha del 25 de junio, de ese año, remitió la siguiente carta:

“Sr. D. Antonio González Curquejo.

”Muy Señor mío y amigo.

”Suplico a U[sted] y lo espero de su rectitud, que publique en el próximo número de *La Enciclopedia*, los renglones que siguen, en rectificación de lo estampado con respecto a mi persona, en el número 6 del presente año.

”Con placer, remití a U[sted] un artículo sobre un rasgo de armonía que se nota en el ala de una mariposa; creyendo haber dado simplemente a entender que el problema intrincado de la ley de los colores, supera para su resolución los recursos del entendimiento humano; pero U[sted] lo ha entendido con más latitud de otra manera: y la verdad, mis últimas palabras daban margen a la interpretación que les ha dado; razón porque no estoy quejoso, y agradezco la distinción con que públicamente me ha tratado.

”Parece que ha llamado su atención la circunstancia de no haber resuelto el problema con las palabras usadas habitualmente: *Deus fecit*; en lugar de estas otras más modestas: yo ignoro. Y como en los años transcurridos de 1856 a 1860, escribiendo acerca del mismo asunto, he dado a entender que el mundo físico se explica por la intervención directa de la Divinidad, se ha esforzado U[sted] en probar, amalgamando los renglones de hoy con los antiguos reproducidos por U[sted], que mis opiniones filosóficas no han mudado, esto es, que *soy siempre el mismo*; sin embargo, de que hace poco he manifestado en dos periódicos de esta capital que no soy el que solía, después de haber consultado con

³⁵ *Ibidem*.

³⁶ *Ibidem*, p. 296.

prolijo examen las obras de Lamarck, Darwin, Huxley, Haeckel, Spencer y otros pensadores, honor del siglo XIX.

”Para que conste, ya que U[sted] ha dado ocasión para ello, reitero la súplica puesta arriba”.³⁷

Un año después de ser publicada la anterior aclaración, Felipe Poey haría otra. Ésta tendría que ver con las creencias religiosas expresadas en aquella extensa alocución pronunciada ante el alumnado y el claustro profesoral de la Universidad de la Habana, en 1856. En su discurso, conjuntamente con Rousseau y Lamartine, con Humboldt y Chateaubriand, Poey veía a Dios protagonizando el infinito espectáculo de la naturaleza. Pasada tres décadas, a la hora de reproducir en sus *Obras literarias* el fragmento donde estos juicios se enarbolaban, adicionara:

“[...] en vista de las doctrinas de Lamarck, Comte, Darwin y Spencer, le hubiera dado otra forma y otra significación. Ninguno de estos grandes pensadores ha negado la causa primera: Lamarck la afirma con nombre de Dios; Comte y Darwin no se ocupan; Spencer la deja en los campos ilimitados de lo incognoscible”.³⁸

Claro está que el agnosticismo no era necesariamente una posición materialista o atea, al menos por esta época; pero Poey pudo haber evolucionado, en tal sentido, a partir del propio racionalismo con que trató todas las cuestiones científicas que examinó como estudioso de la historia natural, y en particular de la naturaleza cubana.

Nuestra figura nació en el último año del siglo XVIII y murió en el primero de la década que ponía fin a la centuria siguiente; vivió una larga vida. Su tiempo estuvo caracterizado, en el plano científico, por grandes cambios que contribuyeron a la creación de una nueva visión del mundo. Su manera de pensar, en muchos aspectos, entró en resonancia con su época.

La primera confrontación que percibió, indudablemente, en el terreno de las ideas, la experimentó en el seminario de San Carlos con las prédicas antiescolásticas de Félix Varela y Justo Vélez. El tributo que rendiría a aquella educación contraria al dogma y favorable al progreso y la ciencia, se reflejará, años después, en el discurso universitario en el año 1856, del que ya, con anterioridad, hemos hecho mención.

La disertación que en aquella ocasión hizo, tenía un marcado carácter religioso, pero Poey no intentó ocultar en ella que la religión había perdido terreno ante la ciencia, al menos en lo que al conocimiento del mundo se refiere. Así, le dijo a sus alumnos:

“La crédula humanidad ha visto desaparecer como yo, sus brillantes ilusiones. El sol [que] fuera al principio el rubicundo Dios que con nombre

³⁷ Poey, Felipe: “Los colores”, *La Enciclopedia*, 1887, t. III, No. 7, p. 369.

³⁸ Poey, Felipe: *Obras literarias*, ed. cit., p. 8.

de Apolo ocupaba un trono de marfil con ruedas de plata y radios de oro [...] Fue después un globo encendido; más tarde, un cuerpo opaco envuelto en una atmósfera luminosa, y con el tiempo tal vez, la física, de acuerdo con la astronomía, lo desnudará de esa túnica resplandeciente, que ya ha empezado a rasgar en algunos puntos, pues descubre por ello las manchas de su núcleo [...] Es cierto que los que hemos nacido en el gremio de la iglesia, tenemos que lamentar la pérdida de tan ingeniosas ficciones”.³⁹

Después del Seminario, vendrían sus viajes a Europa y el contacto con el panorama político y cultural del viejo continente. Particularmente, el ambiente científico francés de la primera mitad del siglo XIX le revelará el enfrentamiento agudo de las tendencias creacionistas y transformistas. Ambas —como indicara el propio Poey— personificadas por “dos ilustres contemporáneos”, Georges Cuvier y Etienne Geoffroy Saint-Hilaire. Sobre la posición que él adoptara, en relación con las teorías de cada uno de estos científicos, dejaría escrito en sus *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*:

“Yo no soy de ninguna escuela, sin embargo de que mis convicciones más firmes son por las creencias de Cuvier; pero he encontrado tanta filosofía en las doctrinas de la escuela contraria, que me he dejado arrebatar por ella de un movimiento simpático, y como busco ingenuamente la verdad, he tomado el partido de quedarme con Cuvier siempre que la fuerza de los hechos bien observados no me obliguen apartarme de las lecciones de tan ilustre maestro”.⁴⁰

Como sabemos, Poey, desde su llegada a Francia en 1826, había estado en contacto con el fundador de la anatomía comparada y defensor del principio de inmutabilidad de las especies. Cuvier se convirtió en una de sus autoridades predilectas; pero la atracción que, como dijo, ejercieron sobre él las ideas de Saint Hilaire acerca de la mutabilidad de las especies dejaron, desde entonces, una impronta en su entendimiento.

Todo parece indicar que la primera discusión que en Cuba se produjo sobre la teoría de la variabilidad de las especies tuvo lugar en 1868 en la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana.⁴¹ La exposición de dicha teoría —más bien la crítica de las ideas de Charles Darwin— corrió a cargo de Francisco de Frías y Jacott, Conde de Pozos Dulces, cuando el 11 de octubre pronunció su discurso

³⁹ *Ibidem*, pp. 10 y 11.

⁴⁰ Poey, Felipe: *Memorias sobre la Historia Natural de la isla de Cuba*, Imprenta de Barcelona, La Habana, 1856-1858, t. II, p. 109.

⁴¹ Para más información sobre este asunto se puede consultar el libro *Darwinismo y sociedad en Cuba. Siglo XIX*, de los autores Pedro M. Pruna y Armando García González, impreso en Madrid en 1989.

de ingreso a la corporación titulado: “Sobre la variabilidad de las especies en plantas y animales”.

Poey fue elegido por el colectivo académico para contestar las palabras del nuevo miembro; pero independientemente de la tónica de su alocución, caracterizada por la benevolencia y las frases de bienvenida —como casi todos los ejercicios de esta índole—, en ella se permitió indicar al recién electo socio la omisión que había hecho de algunos aspectos inherentes al concepto de especie, señalándole además, la no inclusión de opiniones que en relación con ello, como autor del trabajo de iniciación, podía tener.

El naturalista, por su parte, a quien la ética profesional prácticamente emplazaba a dar sus criterios, pidió la venia del auditorio científico que lo escuchaba para, en una futura sesión, presentar su propia disertación sobre el tema de la “noción de especie”, el cual, a su modo de ver, llamaba a “tocar todos los puntos de filosofía”. En efecto, Felipe Poey disertó sobre esta cuestión ante el auditorio académico en 1869; pero sus palabras, ni se recogieron en las actas de las sesiones correspondientes, ni se publicaron en los *Anales* de la Academia.

Los años que siguieron a la exposición del Conde de Pozos Dulces en la Real Academia fueron para el naturalista de constante búsqueda y revisión de viejos y nuevos criterios. En este rumbo, no constituyeron excepción las opiniones, controvertidas o no, que en las otras instituciones cubanas de los sesenta y ochenta de la pasada centuria se vertieron por parte de la comunidad intelectual que en ellas se había agrupado. Por otra parte, conocía y había leído a Cuvier y Luis Agassiz; con este último llegó, inclusive, a mantener una extensa correspondencia.⁴² Analizó cuidadosamente a Lamarck, enlazándolo con Darwin y con otros partidarios del evolucionismo, y en este examen agregó, en ocasiones, enfoques diversos que, como los del positivismo comtiano o spenceriano tenían ya seguidores en Cuba.

Estos estudios, unidos a sus propias investigaciones en materia de historia natural, incidieron en sus criterios filosóficos. De esto dio muestra en la Universidad de La Habana. al impartir las disciplinas de mineralogía y geología. Allí expuso algunas de sus ideas acerca del mundo y la materialidad de los fenómenos que en él ocurren; pero sus conclusiones últimas sólo las manifestó casi al final de su vida.

⁴² La correspondencia de ambos trata temas afines a los estudios ictiológicos y geológicos. Se conservan estas cartas entre los papeles de Felipe Poey en el Archivo del Departamento de Antropología de la Universidad de La Habana.



Felipe Poey y Aloy
(1799-1891)

*Hubo un tiempo en que los pocos que por aquí leen
nuestros periódicos literarios sabían muy bien que*

*D. Felipe Poe y era un sabio muy literato, tan
amigo de Cuvier como de Virgilio, y muy capaz
de preferir el Buffon escritor al Buffon
naturalista.*

[...]

*Así es que para no pocos estas páginas serán una
especie de descubrimiento o revelación. Verán con*

*asombro qué variedad de aptitudes atesora [...]
qué vida tan compleja en el dominio de la
inteligencia ha realizado quien permanecía
absorto por un trabajo inmenso de especialista.*

[...]

*Los rasgos penetrantes esparcidos por todo el
libro, la sazónada y bien dispuesta ironía de
muchos pasajes, las lecciones discretas que nos
da a cada paso, esas observaciones de moralista
amable [...], que nos presentan con tanta
espontaneidad y brotan sin ninguna afectación
de su pluma, todo ello da tan distinto realce a la
figura venerable del sabio anciano, que parece
aproximado más a nosotros, sin empequeñecerlo,
y atraídos por ese aroma de ingenio y
sensibilidad que se desprende de estos escritos,
sentimos que se mezcla al respeto y a la
admiración antiguos algo como una corriente de
interés y simpatía.*

Enrique José Varona
(1888)

PRIMERA PARTE

POEY EL LITERATO



Con la publicación en 1834 de sus poesías inéditas, dedicadas a quien fuera su joven esposa, María de Jesús Aguirre, Felipe Poe y hizo la primera incursión en el panorama literario cubano del siglo XIX. Miembro de la por entonces muy polémica y censurada Academia Cubana de Literatura, dirigida por Nicolás de Cárdenas, fue por esta época, precisamente, que aparecieron impresos en la *Revista Bimestre Cubana* varios de sus poemas escritos desde 1824; pero para Poe y debió ser la poesía, desde tan temprana fecha —como señalara en alguna ocasión— “un arte de lujo cultivado las más veces por puro pasatiempo”.¹

Escribió una oda, varias letrillas, redondillas y décimas, una glosa y un idilio, el soneto inédito titulado *Furor escolástico*,² aparecido entre

¹ Felipe Poe y: *Obras literarias*, ed. cit., p. 41.

² Entre la papelería de Felipe Poe y que se halla depositada en el A. H. Museo Finlay (Carpetas 5, documento No. 9) se encuentra el soneto titulado *Furor escolástico* que hasta hoy permaneció inédito entre sus documentos. A continuación copiamos sus versos.

sus papeles manuscritos; pero de todas estas modalidades fue la glosa y el idilio —composiciones en las cuales recoge con genuina emoción las perspectivas agrestes de la campiña cubana— las que le abrieron verdaderamente un sitio como poeta en la literatura cubana. Ya desde mediados del siglo pasado se le reconocían méritos a su glosa “A Silvia”, pues según los criterios del abogado y publicista Manuel Costales y Govantes en ella había “facilidad en la expresión, gusto en las imágenes, naturalidad en los conceptos, y sobre todo —agregaba— es feliz el pensamiento con que la cierra”³ un atardecer en el campo, que, con sonidos y colores propios de la fauna y flora cubana, impresionan los sentidos.

Otro crítico literario de nuestro tiempo, el poeta Cintio Vitier, en las lecciones ofrecidas en 1957 en el Liceum de La Habana sobre lo cubano en la poesía, al analizar las condiciones estéticas del surgimiento de este arte en el país, se interesó por el “delicado paisajismo” que se apunta en el idilio de Poey titulado *El arroyo*, y caracterizó al naturalista como un autor de “fragmentos descriptivos de discreta calidad” y “suaves letras”, en quien se podían hallar “sin aparato de erudición ni crítica”, “las claridades o sospechas” de los orígenes de la poesía cubana.⁴

Felipe Poey fue uno de los asistentes a las tertulias literarias de Domingo del Monte, y a las que ofrecía Nicolás Azcárate en la villa de Guanabacoa,⁵ y fue también anfitrión de este tipo de reuniones en su casa. En una de las tertulias animadas por él en 1849, el joven poeta Joaquín Lorenzo Luaces dio a conocer una de sus primeras composiciones en verso, la titulada *La hija del artesano*, y algunos otros trabajos basados en traducciones, entre ellos “La educación de las jóvenes”, original de Pedro Juan de Béranger, el mismo autor que Poey —años después— calificara como “el Horacio de los franceses”,⁶ y de quien ade-

Nego, grita un famélico estudiante/
Arrojando el bonete con despecho; /
Probo, probó, esforzando el ronco pecho/
Replica su adversario en el instante/
con su proposición sigue adelante/
Y a voces hunde el bovedado techo/
Vives veces doblando, otras derecho/
Gesticula y patea cual danzante/
Distingo, grita el uno furibundo/
No hay distinción, el otro contradice/
Si la hay, no la hay, *recte loquendo*./
Yo fundo mi razón, yo más la fundo./
Pero, ¿qué dice usted? ¿Usted qué dice?/
¿Qué se yo? ¿Qué se yo? ... Cesó el estruendo.

³ Manuel Costales y Govantes: “Reflexiones sobre la glosa a Silvia de D. Felipe Poey”, *Floresta cubana*, 1856, p. 123.

⁴ Cintio Vitier: *Lo cubano en la poesía*, 1958, pp. 44-47.

Departamento de Relaciones culturales, Universidad Central de las Villas, 1958.

⁵ De estas célebres reuniones en Guanabacoa se conserva un trabajo leído por Poey titulado: “Moluscos”, el mismo se publicó en el libro *Noches literarias en casa de Nicolás Azcárate*, impreso en La Habana en 1866.

⁶ Felipe Poey: *Obras literarias*, ed. cit., p. 148.

más copió, presumiblemente en los años que permaneció en París, varias letras de sus canciones, las cuales nuestro naturalista conservó en un cuadernillo manuscrito.⁷

Aunque no hemos podido determinar con exactitud la fecha en que Poey escribió *Despedida de Guanabacoa*, una quintilla donde combinó con gran maestría los versos octosílabos, sabemos que ésta dio motivo a una de las canciones populares más cantadas en Cuba durante los últimos años de la primera mitad del siglo pasado. La musicalización de la misma corrió a cargo del famoso flautista catalán Juan Casamitjana, quien antes de su llegada a la Isla en 1832, había vivido en París por la misma época en que Poey residió allí.

Dicha obra debió provocar gran impacto, pues Laureano Fuentes Matous —el talentoso discípulo de Casamitjana—, en su libro *Las artes en Santiago de Cuba*, compara la repercusión que ésta tuvo sobre la música del país, con la que en su tiempo y, en Europa, causaron las composiciones de Giuseppe Verdi.

Con el transcurso de los años y la utilización cada vez mayor del piano en Cuba, las canciones de este género compuestas para flauta, violín y guitarra fueron pasando de moda; pero Poey quedó señalado como el autor de una “poesía lírica bien escrita”,⁸ bellamente musicalizada.

Casamitjana por su parte, alcanzó la fama por ésta y otras canciones de carácter popular; pero sobre todo por haber sido el primero en transcribir e instrumentar la riqueza melódica y rítmica de la música negra surgida en las Antillas, suceso que, si bien constituyó todo un acontecimiento cultural, para lograrse tuvo que enfrentar los prejuicios y convencionalismos de una sociedad esclavista. Una anécdota al respecto se describe en los siguientes renglones:

“Cierta noche de 1836, hallándose en el café La Venus, el excelente músico Casamitjana (autor de canciones cubanas muy gustadas en Santiago), asistió al paso de una ruidosa comparsa, llevada por las mulatas María de la Luz y María de la O, que iban cantando el Cocoyé. En el acto, deslumbrado por la revelación, anotó las coplas y los ritmos, y escribió una partitura para la banda del Regimiento de Cataluña. Días después, estrenaba su obra en la retreta, ante el escándalo de la “gente distinguida”. Pero ya los aplausos del público llenaban la plaza, dejando sin efecto las muecas de los curricatos”.⁹

⁷ El cuadernillo manuscrito al cual hacemos referencia se encuentra entre sus documentos en el A. H. Museo Finlay y lleva por título: “Chansons” de Béranger.

⁸ F. C. C.: “Canciones populares”, *Liceo de la Habana*, 1857, t. I, No. 1, pp. 4-5.

⁹ Alejo Carpentier: *La música en Cuba*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1988, p. 120.

Pero Poe y no sólo fue conocido en su época por ser el feliz autor de una poesía bellamente musicalizada por un compositor de moda, también se ocupó de la crítica literaria emitiendo juicios sobre algunos poetas de su tiempo.

En esta nueva faceta elaboró, entre otros trabajos, un informe sobre las odas al cable “subatlántico” presentadas en los juegos florales convocados por el Liceo de La Habana en 1855, certamen donde compitieron versificadores de la talla de Ramón Vélez y José Fornaris; y publicó sus opiniones con motivo de la edición del libro *Ayes del corazón* de la poetisa Belén Cepero, la “hija del Yumuri”. Sus apreciaciones sobre la obra poética del bardo matancero Antonio Vinageras, que dio a conocer en 1856 en la revista habanera *Brisas de Cuba*, motivaron la réplica de este autor y promovieron una interesante polémica en la cual, además de los dos involucrados principales, tomó parte el estudiante de medicina en París Juan Gualberto Havá.

El primer tomo de poesías del matancero titulado *Obras de D. Antonio Vinageras*, había sido impreso con mucha pompa en la capital francesa en 1855, y Poe y, bajo el concepto de que “la estrofa métrica y la rima, incluso la asonante, son ciertamente brillantes compañeras del estilo poético, pero no constituyen la condición esencial de la poesía”,¹⁰ elaboró un *Juicio crítico*, en el cual analizaba detalladamente varias de las composiciones de dicho libro, sobre todo, de aquellas dedicadas a la descripción del mundo, las cuales, en su opinión, reflejaban un “cosmos” desprovisto de la naturaleza autóctona del continente americano, y de los contrastes que a ella le impriman las diversas civilizaciones que lo poblaban.

Vinageras refutó la crítica publicando en París su *Elogio de Poe y*,¹¹ y al hacerlo, la polémica trascendió los límites literarios que le habían dado origen.

En defensa del naturalista, a quien se acusaba de “dócil juguete de un partido anónimo, lanzado por otros en medio del circo de las opiniones”,¹² acudió —publicando unas *Consideraciones al Sr. Don Antonio Vinageras sobre su respuesta al juicio crítico del Sr. Don Felipe Poe y*¹³— el joven Juan Gualberto Havá, uno de los miembros de la sociedad La Emulación Médica, asociación que había constituido en la capital francesa un grupo de estudiantes criollos, con el objetivo de contribuir desde allí, al desarrollo de la medicina en Cuba.

¹⁰ Felipe Poe y: *Obras literarias*, ed. cit., p. 97.

¹¹ Antonio Vinageras: *Elogio de Poe y*, Imprenta de D'Aubusson y Kugelman, París, 1858.

¹² *Ibidem*.

¹³ Juan Gualberto Havá: *Consideraciones al Sr. Don Antonio Vinageras sobre su respuesta al juicio crítico del Sr. Don Felipe Poe y*, Impreso por E. Thunot y Cia, París, 1858.

Fueron varios los puntos que Havá trató en su folleto. La calidad poética de la obra de Vinageras y las opiniones de Poey respecto a la misma, el contraste de las poesías dedicadas a la naturaleza escritas por el poeta radicado en París, con las del mismo estilo compuestas por el criollo Joaquín Lorenzo Luaces, y desde luego, su protesta ante las palabras de Vinageras acusando a Poey de destructor de las glorias científicas y literarias de Cuba, por el simple hecho de que el naturalista había osado manifestar su opinión crítica, haciendo uso del principio de libre expresión. Para sustentar este criterio, Havá trajo a colación los hechos ocurridos en Norteamérica con la notable novelista Harriet Beecher Stowe. Al respecto señaló:

“Hay un libro de un americano del sur cuyo nombre no recordamos, y aunque lo recordáramos no escribiéramos, con el objeto nada menos de probar que los hombres de la raza negra no son hombres; se han equivocado los naturalistas; y con los argumentos más absurdos pretenden demostrar a sus paisanos que son una especie de animal intermediario entre los birmanos y los cuadrumanos; con el fin de defender una institución rechazada por todos los hombres y por todos los países civilizados, disfrazando su ambición y sus intereses con la ambición y el interés de un partido abyecto y desprestigiado; y bien, esa obra y ese autor están en su derecho; y Ana [sic] Beecher Stowe, la inmortal autora del *Uncle Tom*, que escribió mucho después criticando triplemente esa opinión, ese partido, esa institución en masa, con toda su monstruosidad, Ana Beecher Stowe, es una destructora de las glorias literarias y científicas de su país, es una mala patriota (así la han llamado algunos traficantes de carne humana), que se entretiene en derrumbar los edificios que construyen sus conciudadanos para gloria y honor de su país! He aquí hasta donde puede llevarnos la aplicación del principio”.¹⁴

La réplica de Havá se publicó en el mes de septiembre de 1858, y dos meses después de aparecer impresa, Felipe Poey dio a la luz, en la revista del Liceo de la Habana, una irónica contestación del también irónico “elogio” que de él había hecho Vinageras. Ante esta nueva acometida —según refiere el propio Poey—,¹⁵ Vinageras le dirigió una carta donde con “magnanimidad y benevolencia” le aceptó tal riposta y además lo invitó a escribir otro juicio para el segundo tomo de sus poesías que acababa de editar en París.

La polémica, al parecer, tuvo ese final; pero Vinageras, quien había regresado a Cuba después del Pacto del Zanjón, se vio envuelto en otra, cuyas temáticas: el realismo y el idealismo en el arte, y el darwinismo y

¹⁴ Ibídem, p. 31.

¹⁵ Felipe Poey: *Obras literarias*, ed. cit., p. 150.

el origen del hombre, tuvieron como escenario la Sección de Literatura del Liceo Artístico y Literario de Guanabacoa.¹⁶

En 1888, varios años después de haberse producido en el plano literario las discusiones entre Antonio Vinageras y el naturalista, y cuando este último reunía bajo el título de *Obras literarias* varios de sus trabajos en prosa y en versos, un cubano radicado en Oviedo, Emilio Martín González del Valle, retomaba el tema de la pretérita controversia, y en defensa del bardo matancero, a quien lo unía la amistad y el agradecimiento por haber hecho éste la presentación en Madrid de su primer libro de poemas, escribía en unos apuntes titulados *La poesía lírica en Cuba*¹⁷ una áspera valoración de Poey como poeta. A manera de ilustración, sólo citaremos unos párrafos:

“Los hijos de la América latina que hayan leído las pampiro-ladas que se publicaron en La Habana contra Antonio Vinageras, se extrañaran al verlo figurar en nuestra galería [...]

[...] los artículos publicados en *Las Brisas de Cuba*, no prueban nada, absolutamente nada, como no sea la poca pericia literaria de su autor; ilustre naturalista ciertamente, pero campanudo y pentacróstico poeta, a quien vienen de molde y como pedrada en ojo de boticario aquellos versos de Villegas:

*Es un poeta en invención muy flojo,
y un literato en presunción muy fuerte*”.¹⁸

Francisco Calcagno, el escritor cubano y autor de la novela *En busca del eslabón*, para quien Poey reunía sensibilidad, inteligencia y capacidad para expresar sentimientos, dio respuesta a González del Valle, y puesto que éste, con su diatriba, trataba de despojar al naturalista del título de poeta, le respondió en estos términos:

“No lo necesita por cierto quien tantos [títulos] ganó en el campo científico; pero advirtamos que sus dos glosas *Silvia* y *El Arroyo*, bien conocidas en Cuba, revelan que hubiera ganado nombre en el género bucólico de no haber sacrificado su musa a su amor a la ciencia [...]

¹⁹

Y en efecto, Poey prefirió “sorprender los secretos de la naturaleza al gusto de cantar sus bellezas”, y como señalara Calcagno, el naturalista que en él hubo, ahogó al poeta, “ganando el país en ello más sólida gloria”.²⁰

¹⁶ Para más información véase el capítulo: “Las veladas de la *Revista de Cuba* y la polémica del Liceo de Guanabacoa”, que los autores Pedro M. Pruna y Armando García González incluyen en su libro: *Darwinismo y sociedad en Cuba. Siglo XIX*, ed. cit.

¹⁷ Emilio Martín González del Valle y Carvajal: *La poesía lírica en Cuba. Apuntes para un libro de biografía y de crítica*, cuarta edición, Imprenta de Vicente Brid, Oviedo, 1888.

¹⁸ *Ibidem*, p. 183.

¹⁹ Francisco Calcagno: *Diccionario biográfico cubano*, ed. cit., p. 513.

²⁰ *Ibidem*, p. 513.

Una de las primeras evidencias que revelan su interés por la literatura se encuentra en la compilación que hiciera de varias fábulas de Samaniego, La Fontaine, Florian, Iriarte y Fedro. Estas fábulas, incluidas por él en un tomo manuscrito —que hoy se conserva en la Biblioteca Nacional José Martí— quedaron agrupadas en agosto de 1816 bajo el título de: “Colección de Fábulas Escogidas”.

Dos años después, en 1818, por la época en que era discípulo del catedrático de Derecho Patrio Justo Vélez, y cursaba las asignaturas de Derecho Civil aspirando al grado de Bachiller que se confería en el Real Seminario de San Carlos, realizó la compilación de una serie de rogativas, las cuales conservó en un manuscrito titulado: “Rebuscos de Fr. Luis de Granada. Libro de la oración y meditación”. Este trabajo de Poey coincidió en tiempo con la redacción de una colección de sentencias, reglas de urbanidad y fábulas morales y literarias para uso de estudiantes de primeras letras,²¹ que la Sociedad Económica de Amigos del País encomendó a Félix Varela y Justo Vélez, y que ambos educadores entregaron en el mes de mayo del propio año 1818 a la Sección de Educación de esa institución para ser sometidos a la censura.

Poey concluyó en 1821 los cuatro cursos de Derecho; pero utilizó la colección de fábulas que realizara, posiblemente como parte de algún ejercicio complementario a sus primeros estudios literarios, cuando en 1858, desempeñando el cargo de director de la Sección de Ciencia y Literatura en el Liceo de La Habana, impartió, durante un tiempo, un ciclo de clases de lectura en alta voz.

En estas lecciones —duraban aproximadamente una hora— Poey leyó y comentó “aplicando sus reglas y dándole un colorido admirable”,²² varias de las fábulas compiladas en 1816 y otras de reciente traducción; y según refiere un cronista del Liceo, sus clases motivaron una gran concurrencia, sobre todo, de público femenino.

En 1821, ya graduado de Bachiller, viajó a España para obtener allí el título de abogado; pero no fue sólo la jurisprudencia lo que le interesó en España. Apasionado por la literatura leía las obras de Manuel José

²¹ Según Eusebio Reyes en su libro *Félix Varela (1788-1853)* —Editora Política, La Habana, 1989—, 1818 fue un año en el cual su biografiado desarrolló una amplia actividad. Uno de los trabajos que realizó el presbítero fue la compilación, conjuntamente con Justo Vélez, de sentencias, reglas de urbanidad y fábulas morales y literarias, cuyo manuscrito, para ser sometido a la censura, se entregó a la institución patriótica a finales de mayo de ese año bajo el título de “Máximas morales y sociales”. También señala el autor de esta biografía de Varela (p. 32) que “A pesar de los discordantes juicios de O’Gavan [Juan Bernardo O’Gavan y Guerra ocupó en 1818 el cargo de censor] la Sociedad imprimió la obra y la reimprimió, durante más de 20 años en ediciones sucesivas”.

²² “Noticias sobre las clases de Poey”, *El Liceo de la Habana*, 20 de marzo de 1858, No. 11, p. 84.

Quintana (1772-1857), Bartolomé José Gallardo (1776-1852), Eugenio de Tapia (1776-1860), Leandro Fernández Moratín (1760-1828) y Antonio Ranz Romanillo (?-1830). También en aquellos días, como él mismo afirmaría, los libros de Nicasio Álvarez de Cienfuegos, el poeta español que al estallar la guerra contra los franceses en 1808 se manifestara contrario a la invasión Napoleónica, no salían de sus manos.²³

No obstante permanecer poco tiempo en España, pudo acudir a las bibliotecas y estudiar los materiales sobre el descubrimiento de América. Allí, entre legajos de manuscritos, encontró algunas notas inéditas sobre los Reyes Católicos, escritas por el cura Andrés Bernáldez, varios fragmentos del libro *Suma de geografía* de Martín Fernández de Enciso, unos apuntes sobre Pedro Mártir de Anglería y otros documentos referentes a los primeros historiadores de la isla de Cuba.²⁴

De uno de estos trabajos, impreso por Poey en una revista habanera de amplia circulación, es el siguiente testimonio:

“Hallándome en Madrid en los años de 1821 y 1822, formé el proyecto de ocuparme en una historia del descubrimiento de la Isla de Cuba [...] Empecé, en efecto, a juntar los materiales necesarios, y mi trabajo fue interrumpido por la entrada de los ejércitos franceses en la Península [...]”²⁵

Volvió a Cuba para quedarse hasta 1826, en que de nuevo regresa a Europa, pero esta vez su lugar de residencia no va a ser la capital española, sino la francesa.

La familia Poey-Aguirre permaneció en París hasta 1833 en que regresó a Cuba. El vapor que los condujo a la isla zarpó el 25 de julio y llegó a La Habana el 5 de septiembre. Años después, en una carta a su amigo Tranquilino Sandalio de Noda, le confesaba:

“Yo decía en París [en] el año 1830: Nunca volveré a ver el camino de Embarcadero (de Banes)! El año 33 andaba por él, con un saco en la

²³ Felipe Poey: *Obras literarias*, ed. cit. p. 159.

²⁴ La actividad de Felipe Poey en relación con la búsqueda y transcripción de importantes fuentes documentales llevada a cabo en algunas bibliotecas públicas y particulares de España no pudo pasar inadvertida a los estudiosos de nuestra historia. Antonio Bachiller y Morales en su obra *Cuba primitiva; origen, lengua, tradiciones e historia de los indios de las Antillas Mayores y las Lucayas*, impresa en el t. III, año 1878 de la *Revista de Cuba*, nos comenta al respecto: “[...] en su bien empleado viaje por Europa [copió Poey] todo lo correspondiente a Cuba, y sus enlaces de las obras inéditas del venerable Las Casas. *Las Memorias de la Sociedad Económica* han publicado dos veces sus preciosos documentos y otros no menos interesantes del propio origen. De esta fuente han reproducido casi todos los que se han acordado de los primitivos de Cuba. Cuando alguien ha querido seguir otro rumbo, antes y después, ha dado nombres semi-moriscos a los indios, y confundido su mitología con la de Yucatán [...]”

²⁵ Felipe Poey: “Artículo inédito de D. Felipe Poey, escrito en 1831, sobre algunos historiadores de la isla de Cuba”, *Revista de Cuba*, t. VII, p. 202, 1880.

mano para coger mariposas, como antaño: conocí a mis antiguos amigos, los bejucos y matojos de la vereda acostumbrada; y acordándome de este verso de Lamartine: *L'homme par ce chemin ne repasse jamais*, exclamé con fervor: Lamartine, yo he vuelto al origen de mis días”.²⁶

En las notas biográficas sobre el poeta italiano y canciller del consulado general de Toscana en Cuba, Pablo José Bernardino Veglía, que Antonio Bachiller y Morales ofrece en su obra *Galería de hombres útiles* hemos encontrado una breve referencia al viaje de regreso que emprendió Poey desde Europa. Éstas dicen:

“La casualidad hizo que don F. Poey viniera en el mismo buque [que Veglía] y no es preciso decir que bien pronto armonizaron los dos apreciables viajeros. En el diario de su viaje habla Veglía en muy buen sentido del señor Poey, elogiando cual merece al joven naturalista. V[íctor] Hugo, Parny, Lista, etc., entretuvieron y eclipsaron los azares de la navegación. Para dar una idea de la laboriosidad de Veglía bastará manifestar que escribió un periódico diario a bordo, que era leído por la tripulación [...] El señor Poey ponía las viñetas distintas en cada número, y por cierto que hay algunas bien ingeniosas”.²⁷

Poey conservó, tal vez como recuerdo de aquellos tiempos en que conoció y colaboró con Veglía en la redacción de su “diario de a bordo” un muestrario con hermosas viñetas y un cuadernillo manuscrito con varias anotaciones sobre fonética italiana. [Ambos materiales se conservan entre sus papeles en el Archivo Histórico del CEHOC “Carlos J. Finlay”.]

Los años que siguieron a esta fecha los dedicó al magisterio y a las labores científicas; pero el desempeño de estos trabajos y otros que la Sociedad Económica le encomendó, como fueron, por sólo citar dos, los de elaborar en 1841 el reglamento que debía observarse en su biblioteca, y el de supervisar, en 1844, las reparaciones del convento de San Felipe donde se hallaban ubicadas algunas de sus dependencias, no limitaron su interés por la literatura.

Imprimió en 1847 una traducción del francés de la historia de los imperios de Asiria de Teodoro Burette, y a partir de esta obra siguió publicando otros trabajos y artículos que vieron la luz en las revistas de aquellos tiempos. Su quehacer como literato y lingüista en publicaciones seriadas y en sociedades de tal carácter, unido a la calidad de sus escritos, cuyo estilo estaba caracterizado por el agudo sentido de la observación, propio del hombre de ciencia que era, le dieron gran pres-

²⁶ Felipe Poey: *Obras literarias*, ed. cit., p. 194.

²⁷ Antonio Bachiller y Morales: *Galería de hombres útiles*, Instituto Nacional de Cultura, La Habana, 1955, p. 197.

tigio en los medios intelectuales. Tan así fue que reconocidas personalidades de las letras cubanas se dirigieron a él en busca de consejos.

Anselmo Suárez y Romero, el autor de la novela *Francisco*, a quien en 1839 José Zacarías González del Valle convidaría a cambiar, como había hecho Poey, los estudios de derecho por la práctica del magisterio,²⁸ fue uno de los escritores cubanos que recabó asesoramiento del naturalista.

La carta donde Felipe Poey ofrece a Suárez sus recomendaciones está fechada el 10 de diciembre de 1877. En ella hace referencia al artículo “Después de seis años” en estos términos:

“Mi estimado amigo:

”He leído su composición histórica, descriptiva y rural; no la nombro, por no caminar sobre los carbones encendidos de las últimas páginas. Si U[sted] hubiera querido disfrazar su nombre, no lo hubiera conseguido; porque conozco de antemano al amigo y la humanidad y defensa moral de sus derechos, al pintor de la naturaleza en general y particularmente de la cubana, al escritor castizo y elegante.

”El fondo es en extremo laudable, pues en él resplandecen en alto grado las ideas liberales y sentimientos humanos; la forma es intachable. Felicito a U[sted] por todo [...]”²⁹

No obstante el reconocimiento y los elogios, se permitió Poey concluir dicha carta con algunas recomendaciones, principalmente de carácter ortográfico, pues las normas gramaticales también fueron materia de su conocimiento.

En 1885, tan entrado en años como el siglo que transcurría, asistió a dos veladas literarias que tuvieron gran repercusión en el ámbito intelectual habanero. La primera de estas reuniones se celebró el 9 de enero en el desaparecido Teatro Albisu, ubicado en las calles capitalinas San Rafael y Zulueta; y la otra, aunque no hemos podido precisar la fecha, sabemos tuvo lugar en la casa del abogado José María Céspedes,

²⁸ José Zacarías González del Valle en una carta a su amigo Anselmo Suárez Romero fechada el 23 de julio de 1839 le dice:

“¿Por qué no combates esas preocupaciones de los que te impiden dedicarte al magisterio? ¿Por qué no citas ejemplos, ya que no valga la razón pura, y dejando a parte los infinitos habaneros de buena familia y aun de comodidades que hoy se dedican a la enseñanza, no les mientas a D. José de la Luz, a D. Felipe Poey, a Travieso, a Jorrín, etc., etc.?”

Tomado de *La vida literaria en Cuba (1836-1840)*, Cuadernos de cultura, No. 5, pp. 139 y 140. Publicaciones de la Secretaría de Educación, La Habana, 1938, cuarta serie.

²⁹ Carta de Felipe Poey a Anselmo Suárez Romero fechada en La Habana, 10 de diciembre de 1877, sobre su artículo “Después de seis años”, escrito en el álbum de Luisa Mayolino de Torre, Biblioteca Nacional “José Martí”, Cuaderno manuscrito, p. 548.

quien en el plano científico simpatizaba con la teoría evolucionista del inglés Charles Darwin. En ambas actividades, el naturalista pronunció sendos discursos.

Abordó en el Teatro Albisu un tema científico —la descripción de los simios—, pero este discurso tuvo sus peculiaridades literarias al amenizarlo su autor con historietas oportunas que enfilaban contra falsos prejuicios y convencionalismos en relación con supuestas diferencias sociales entre hombres y mujeres. De su alocución se conservó lo relativo a esta última parte.

En la casa del abogado Céspedes —lugar de tertulias científicas y literarias— habló sobre el escritor jesuita Baltasar Gracián e hizo un análisis detallado de las composiciones más importantes de este escritor del siglo de oro de las letras hispanas.

En aquella ocasión leyó varios fragmentos de “El Criticón”, una obra que en su opinión merecía “tafilete y canto dorado”; y al evaluar el pánegírico dedicado por Gracián al rey Fernando el Católico, demasiado “pomposo” y “sobrecargado de erudicción”, pero en criterio de Poey, “digno de ser leído por la expresión castellana y la armonía del estilo”, estableció además una interesante relación con la obra del poeta José Fornaris que finalizó con un diálogo entre discursante y público, donde puso a prueba su capacidad de comunicación con el auditorio que lo escuchaba. Al respecto dejó escrito:

“Este empeño de Gracián de presentar al monarca español, en todo y por todo, el mejor de todos, me recuerda una historia en que el Sr. D. José Fornaris es el héroe. Me hallé una noche en el gran salón dispuesto por el amigo Baralt [Luis A. Baralt y Peoli], gran concurrencia, no había asientos para todos, yo sentado en un sillón, ninfas de pie alrededor, nunca me vi tan bien acompañado. El Sr. Fornaris sacó del bolsillo una poesía, en que trataba de las bellezas que había visto en Egipto, en Italia, en Alemania, en Inglaterra, en Francia, en Andalucía, y acababa con este estribillo: ‘¡como las cubanas, no!’ Sus lindas estrofas fueron entusiasmando al coro femenino, que anticipándose al autor, con la voz y con el gesto, decía no.

”¡Qué guapas son las muchachas de esta tierra! Quieren ser las mejores del mundo. ¿Qué he de decir? Estoy metido entre ellas [...] como las presentes, no”.³⁰

Según refiere Francisco Calcagno,³¹ Felipe Poey pasó los últimos ocho años de su vida sentado ante su mesa de trabajo, revisando sus infinitas notas y dándose a la tarea de poner en orden su vasta documentación.

³⁰ Felipe Poey: *Obras literarias*, ed. cit., p. 163.

³¹ Francisco Calcagno: “Felipe Poey y Aloy. Insigne naturalista y sabio cubano”, ed. cit., p. 4.

Fue la época en que, en definitiva, el anciano pero activo profesor universitario, realizó la compilación de casi toda su producción bibliográfica, dispersa en publicaciones seriadas, para agruparlas en un libro que tituló *Obras literarias*.

En el prólogo de dicha obra, que salió de imprenta en 1888, o sea, tres años antes de que ocurriera su muerte, terminaba confesando que

“[...] me creo en la obligación de aclarar que mis opiniones filosóficas no son hoy las que eran en 1856, cuando escribí mi primer discurso universitario, ni cuando más tarde redactaba mis *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*. Seis años después, en vista de las novedades del siglo actual acerca de la evolución de los seres, me convencí de que los recursos del entendimiento humano no alcanzan explicar científicamente el mundo físico; y que en las arduas cuestiones, lo más racional es decir: Yo ignoro”.³²

Con esta reflexión revelaba los cambios ocurridos en sus concepciones filosóficas, que lo hacían otear la naturaleza con una mirada nueva.

Obras literarias tuvo una excelente acogida en la prensa periódica cubana. Enrique José Varona se hizo eco de ella con la reseña que a continuación reproducimos:

“Grata sorpresa para los amantes de nuestra cultura habrá sido este libro que se nos ha presentado sin previo anuncio, con la *sans facon* del viejo amigo de la casa, como quien sabe que siempre llega en buena hora, y más cuando trae tantas cosas excelentes que contar o recolectar.

”Hubo un tiempo en que los pocos que por aquí leen nuestros periódicos literarios sabían muy bien que D. Felipe Poey era un sabio muy literato, tan amigo de Couvier como de Virgilio, y muy capaz de preferir el Buffon escritor al Buffon naturalista. Sabían también que el presente investigador de los hábitos de los animales inferiores era un agudo y perspicaz observador de las costumbres del animal superior, que con tanta modestia se ha llamado a sí mismo *Homo sapiens*. Y no ignora que el ictiólogo que había de revelar tantos secretos del mundo misterioso de las aguas, con la misma pluma con que añadía una descripción más al colosal inventario de nuestra fauna marina, con el mismo lápiz con que fijaba una nueva forma de las especies acuáticas, escribía al dorso de su borrador un madrigal o un soneto.

”Todo esto se había ido olvidando, a medida que los años y los dolores, que van a la par con ellos, iban concentrando la actividad del sabio en su gabinete y en su cátedra, y haciendo cada vez más rara la aparición de alguno de esos trabajos fugitivos que antes entregaba tan amenudo [sic] al público. Así es que para no pocos estas páginas serán

³² Felipe Poey: *Obras literarias*, p. IV.

una especie de descubrimiento o revelación. Verán con asombro qué variedad de aptitudes atesora aquel, a quien una labor gigantesca de más de medio siglo, en una sola dirección, parecía que debía haber atrofiado cuanto no fuera la visión interna de las formas típicas y la percepción de las diferencias específicas o individuales; que vida tan compleja en el dominio de la inteligencia ha realizado quien parecía absorto por un trabajo inmenso de especialista; que diversidad de gustos y aficiones en la esfera del sentimiento ha movido quien se creía embargado por la pasión exclusiva del clasificado.

“Ciertamente, el naturalista domina desde tan alto al literato y al poeta, que estos nuevos aspectos no pueden añadir mucho a su mérito incontestable, pero completan por manera singular su fisonomía intelectual. No nos atrevemos a asegurar que sean absolutamente necesarios los más de los versos, pero tampoco diremos que huelgan todos. En cambio los rasgos penetrantes esparcidos por todo el libro, la sazónada y bien dispuesta ironía de muchos pasajes, las lecciones discretas que nos da a cada paso, esas observaciones de moralista amable, severo en el fondo y tolerante en la forma, que se presentan con tanta espontaneidad y brotan sin ninguna afectación de su pluma, todo ello da tan distinto realce a la figura venerable del sabio anciano, que parece aproximado más a nosotros, sin empequeñecerlo, y atraídos por ese aroma de ingenio y sensibilidad que se desprende de estos escritos, sentimos que se mezcla al respeto y a la admiración antiguos algo como una corriente de interés y simpatía.

”No sabemos de muchos libros capaces de producir este efecto.

”Nada tenemos que agregar; sólo recomendar la adquisición del libro a los amigos, discípulos y admiradores del venerable anciano que a pesar de sus años y de sus achaques, trabaja sin cesar”.³³

³³ Artículo de Enrique José Varona titulado: “Ciencia y literatura”, *El País*, 26 de septiembre de 1888.

OBRAS LITERARIAS¹

PRÓLOGO



El lector notará que he introducido en este libro algunas composiciones que tratan de historia natural, pero ha sido atendiendo al aspecto literario, que puede ser a un tiempo instructivo y ameno.

No pierda el lector su tiempo en averiguar el verdadero nombre de las personas señaladas o aludidas en mis versos, porque no siempre derrama el autor su propia historia en el papel, sino también la de otros; y a veces se lanza a regiones imaginarias.

Contando con la benignidad del lector (esto es mucho contar), me permito cerrar la primera parte de estos opúsculos, bajo el nombre de Apéndice, con dos documentos habidos espontáneamente, sin relación anterior con los señores que los han suscrito.

Termino diciendo que me creo en la obligación de declarar que mis opiniones filosóficas no son hoy las que eran en 1856, cuando escribí mi primer discurso universitario, ni cuando más tarde redactaba mis memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba. Seis años después, en vista de las novedades del siglo actual acerca de la evolución de los seres, me convencí de que los recursos del entendimiento no alcanzan a explicar científicamente el mundo físico; y que en las arduas cuestiones, lo más racional es decir yo ignoro. Con esta salvedad, puedo oportunamente conservar el sello de mis primeras impresiones.

¹ La Propaganda Literaria, La Habana, 1888.

PROSA

DISCURSO DE APERTURA LEÍDO EN LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA EN EL AÑO 1856



FRAGMENTOS

I. Las ciencias

Las ciencias físicas, tomadas en su acepción más lata, influyen de tal suerte en la riqueza y felicidad de las naciones, en la política y en la religión, que deben considerarse como las causas principales de las grandes revoluciones que han mudado las creencias y trastornado la faz de los gobiernos; mucho más que las obras de Voltaire y otros filósofos. El estudio de la geología y conocimientos del núcleo terrestre, han cerrado la entrada al reino de Plutón por las vías trazadas —dicen— por Hércules, Piritoo, Teseas y Eneas; la astronomía ha derribado de su carro a Apolo y a Diana; la física ha desarmado a Júpiter etéreo, la geografía ha sacudido las columnas que se alzaban sobre los hombros de Atlas. Desde entonces, los astros recorren sin guía la inmensidad del cielo, conservando sus respectivas distancias, y moviéndose en sus órbitas seguras, no puestos sobre candelabros de oro ni colgados de cadenas de diamantes, sino mantenidos por dos fuerzas invisibles: la una de atracción, la otra de proyección.

Esto es por lo que toca a las religiones. La influencia de las ciencias en el engrandecimiento político de los reinos e imperios, y de las diferentes repúblicas fundadas en los pactos sociales, no es menos grande y poderosa. El tesoro científico que el hombre adquirió —dice Cuvier— desde que lanzado inerme y desnudo a la superficie del globo empezó a luchar con la naturaleza, hasta los tiempos modernos en que la subyuga con sus mismas armas, este inapreciable patrimonio trasladado de Caldea a Egipto, de Egipto a Grecia, encubierto durante los siglos de una edad tenebrosa y malhadada, recobrado en épocas más felices y recien-

tes, repartido con desigualdad entre los pueblos de Europa, ha traído consigo en todas partes la riqueza y el poderío; de tal suerte que las naciones que lo han recogido se han hecho las señoras del mundo; las que lo han desdeñado han caído en la flaqueza y la oscuridad. En comprobación de estas palabras tan notables de Cuvier, basta traer a la memoria lo que la disciplina militar y la artillería pudieron contra la multitud bárbara e indisciplinada; por lo que la Europa se considera hoy libre de las invasiones asiáticas: ni los Tamerlanes, ni los Gengis Kanes le infunden pavor; ni los hunos capitaneados por un nuevo Atila. Los mismos cosacos que han bañado una vez sus caballos en las aguas del Sena, no fueron solos, sino acompañados por los ejércitos de la Restauración; y no volverán ciertamente mientras, en lugar de alfanje, no empuñen el cetro de la ciencia, que lleva consigo la cornucopia de la abundancia y los laureles invencibles.

II. Temporales de agua en medio de las tierras cultivadas

Los preludios solos infunden pavor: el cielo se oscurece, densas nubes lo recorren con velocidad, rasgan su seno los relámpagos de truenos espantosos, ráfagas súbitas de viento asaltan por todos rumbos; los animales buscan un refugio al pie de los árboles, cuyas ramas prolongadas se mecen con grandes ondulaciones; las auras se reúnen y se esparcen describiendo por los aires sus curvas indecisas. De repente, los vapores condensados se desatan a torrentes de las nubes, el cielo inunda la tierra. Las aguas arrastran consigo las chozas y las labranzas, el ganado y el ganadero. Mas luego el cielo cobra su serenidad, brilla el arco de la reconciliación, la electricidad ha bajado con el húmedo elemento, y ha penetrado en los miembros abatidos del cuerpo humano; cesaron las enfermedades estivales, cobró la vegetación su primitivo vigor, su alegre cantar las avejillas. La tierra ha refrescado sus entrañas, ha abierto su seno amoroso a los fluidos eléctricos, y parece tan bella como una joven náyade que sale del baño, esparciendo a lo lejos un olor de fecundidad.¹

III. Instinto de las abejas en la construcción de los panales

Para hacerse cargo de las maravillas del instinto, es menester estudiarlo en las abejas, en las hormigas y otros himenópteros. Causará admiración el saber que las abejas han resuelto sin estudio un problema

¹ Este simil es de Virrey.

que —propuesto por Reaumur— dejó vencidos a muchos geómetras. Al fin encontró uno que pudo resolverlo, el Sr. Koenig, cuya memoria se leyó en la Academia de Ciencias. El problema es el siguiente: dada cierta cantidad de cera, construir con ella el mayor número de células de una capacidad dada para un fin conocido, en el menor espacio posible. Las abejas proceden de esta manera: 1) hacen las células horizontales en dos caras opuestas separadas por un tabique vertical, de manera que ahorran un fondo. 2) Dan a las células la forma hexagonal, o prisma de seis planos, con lo cual desaparecen los intersticios; es cierto que la forma triangular o cuadrangular queda también libre de intersticios, pero ocupa más espacio porque se acomoda menos a la forma del cuerpo de las abejas. 3) Refuerzan los bordes, y disminuyen el grueso de las paredes interiores. 4) Hacen el fondo piramidal, compuesto de tres planos romboidales; aquí empieza nuestra admiración, y el trabajo del Sr. Koenig, que ha probado en un bello teorema que el fondo así dispuesto ahorra toda la cera que se hubiera empleado en un fondo llano. 5) Comoquiera que por medio de tres planos romboidales se pueden hacer fondos de infinitas dimensiones, era menester fijar los ángulos mayores y menores de los rombos, para el fin que se proponen las abejas; aquí crece nuestra admiración, porque los cálculos de los máximos y de los mínimos son indispensables para la resolución de esta parte del problema; y los del Sr. Koenig le dieron por un lado $109^{\circ} 26'$ y por otro $70^{\circ} 34'$. Medidos después escrupulosamente los rombos de las abejas, el Sr. Maraldi obtuvo el mismo resultado, con la diferencia de dos minutos. 6) Para mayor solidez en la construcción, descansa cada célula en las aristas de tres células del lado opuesto: de manera que si se hace pasar un alfiler por el centro de cada rombo, se ve que en efecto ha penetrado en tres células de la otra. Hay otras condiciones que las abejas practican constantemente, y que deben concurrir a la mejor solución del problema; pero el hombre, con toda su ciencia, no ha sabido interpretarlas.

IV. El *Pelopoeus cementarius*

Celebramos la perfección que el Dr. Gannal y sus dignos imitadores han introducido en el arte de embalsamar los cadáveres. ¡Qué distantes están estos señores de alcanzar los resultados obtenidos por una avispa de la isla de Cuba, el *Pelopoeus cementarius* del Drury! Esta avispa, bien conocida, es de las mayores de cuerpo, negras con ribetes amarillos, el abdomen separado del tórax por un segmento largo y filiforme. Recoge en la calle el barro con que construye sus nidos bajo el techo de nuestras habitaciones. Pone un huevo en cada célula, que es del tamaño de un dedal, y allí lo encierra con doce o catorce arañas heridas de un

aguijonazo, que las deja ni muertas ni vivas, sino completamente sin movimiento, sanas y flexibles, por espacio de veinte y de treinta días, carne fresca y segura al alcance de la larva cuando nazca. Tal es la virtud del líquido elaborado en la glándula ponzoñosa del insecto, y que recomiendo a la sagacidad de los líquidos.

Como es fama que poco veneno no mata, no creo que la simple picada de la avispa produzca semejante efecto en el cuerpo humano; pero si la cantidad del líquido introducido fuera grande, ¿qué sucedería? Figurémonos una joven sana, bella, ojos de gacela, labios de grana, mejillas sonrosadas, que accidentalmente herida cayese en los brazos de su padre; la joven conserva su hermosura, sus colores, la flexibilidad de sus miembros, la suave ondulación de su cuello; y cuando la madre la recibe en sus brazos, deja aquella joven caer los suyos sobre los hombros maternos; la cabeza y las mejillas de la hija descansan suavemente sobre la cabeza y las mejillas de la madre. La madre amorosa la llama con dulce nombre, le suplica que abra esos ojos en los cuales brillaba poco ha la luz de la mañana, y con ansiedad pregunta al cielo si la criatura que tiene abrazada está viva o si está muerta. Pasa un día, pasa otro día, y la madre no sale de sus angustias. Tal y no menos interesantes a los ojos del naturalista, tal y no menos hermosa, con sus colores brillantes, y sus articulaciones flexibles, se presenta la araña embalsamada por el Pelópeo; el pintor toma entonces sus pinceles, y la inmortaliza en sus retratos.

V. Instinto de la inmortalidad

Y si no fuera por este sublime instinto, ¿qué consuelo nos quedaría a todos en esta vida mortal, cuando un decreto inexorable nos arrebatara un padre, un amigo, una hija amadísima, una amante idolatrada? O Garcilaso, cuando perdiste a la cara esposa en el duro trance de Lucina, aquella cuyos ayes dolorosos amansaban a los vientos, y enmudecieron en la dura tierra, ¿qué le decías?

*En la tercera rueda
Busquemos otro llano,
Busquemos otros montes y otros ríos,
Otros valles floridos y sombríos
Do descansar; y siempre pueda verte
Antes los ojos míos
Sin miedo y sobresalto de perderte.*

Aún tengo presente el aciago instante que me anunció el fallecimiento de un bienhechor, de un amigo. La naturaleza mudó de aspecto para mí; el aire atmosférico, las calles y edificios humanos me parecieron

despoblados y cubiertos con un velo melancólico. Mis ojos se alzaron involuntariamente al cielo. Una voz que me llamaba sonaba dulcemente en mis oídos. Apetecía la muerte, y la veía, no armada de guadaña, en esqueleto y con semblante aborrecible, sino vestida de blanco lino, y coronada la frente de flores siemprevivas. No menos hermosa se ofreció a los primeros neófitos del cristianismo, fortaleciendo el corazón y serenando el ánimo de las doncellas con la palma inmortal que les mostraba en el martirio.

VI. La Divinidad²

He entrado en el mundo con un torrente de esperanzas: mi corazón iba en pos de la fraternidad, de la amistad, del amor; mi vista, enajenada por las bellezas de la creación, interrogaba al cielo y a la tierra; todo me halagaba, todo me sonreía. Creía ¡ay de mí!, que la amistad era desinteresada, que el amor era perpetuo. Cuando veía una exhalación atmosférica en medio de un cielo puro, oscurecido por el manto de la noche, creía que era el alma de un mortal que ascendía a las regiones empíreas, y preguntaba quién se había muerto. Danzaban para mi entretenimiento las hadas a la dudosa claridad de la luna, en las encrucijadas de los bosques poblados de nocturnos insectos: algunos de ellos luminosos, discurrían por entre las ramas de un árbol corpulento, y me parecían estrellas que habían bajado del cielo para recrearse conmigo. Si pasaba por las veredas cercadas de matas verdosas, entre las cuales la *Ipomoea bona nox*³ abría sus pálidas corolas, oía un silbido repentino que me hacía volver la cabeza: ¿quién llama? —preguntaba—; y prestando un oído atento, escuchaba un sonido metálico semejante al de una campanilla de oro, que parecía convidarme a un palacio encantado. Vivía de ilusiones.

Bajando más tarde el sendero de la vida, mis amadas ilusiones han ido desapareciendo una a una. He visto cara a cara el interés, la mentira, la traición; a veces la calumnia ha turbado mi inocencia; la amistad me ha desamparado; el amor me ha apagado sus antorchas. Vine a saber que las estrellas errantes por la atmósfera eran partículas de hierro combinados con el nickel; no he vuelto a encontrar a las amables hadas,

² Este artículo sobre la Divinidad fue escrito en 1856. Algunos años más tarde, en vista de las doctrinas de Lamarck, Comte, Darwin y Spencer, le hubiera dado otra forma y otra significación. Ninguno de estos grandes pensadores ha negado la causa primera: Lamarck la afirma con nombre de Dios; Comte y Darwin no se ocupan; Spencer la deja en los campos ilimitados de lo incognoscible.

³ Vulgarmente llamada *bejuco de i*, que abre de noche.

y en su lugar temí más de una vez ver salir de la espesura a un hombre, un hermano armado contra mi vida; la voz que me silbaba era de un humilde insecto, las luces que discurrían eran las del *Eláter noctíluco*,⁴ la campanilla era la garganta de una rana. Derribáronse mis palacios encantados. Apenas empecé a dudar de las estrellas, estuve en peligro de dudar de todo, aun de la mano invisible que las mantiene equilibradas en el firmamento.

Con todo, hay compensaciones en la vida: la meditación, la instrucción que se saca de los estudios y de los años, han restablecido en mi ánimo las creencias abandonadas; y a los desvanecidos misterios de la primera edad han sucedidos misterios más profundos. Cuando los hombres mudaban para mí, la naturaleza se mostró siempre la misma: las aves conservaron sus cantares, el arroyo sus murmurantes quejas, el árbol su verde cabellera, el rocío sus fuegos diamantinos; el sol penetra aún mi cuerpo fatigado, y mi imaginación se enciende a su presencia. En medios de corazones endurecidos y perversos, he encontrado otros corazones más amantes que el mío, caracteres desinteresados, heroicos, hombres mejores que yo bajo de todos aspectos; y me he reconocido indigno de tocar la cinta de su calzado. El hallazgo de estos pocos me ha reconciliado con la humanidad entera. El hombre es naturalmente bueno, decía; las instituciones imperfectas y la errada educación lo hacen malo.

Desde entonces me eché en brazos de la Divinidad, dispuesto, si era mi postrera ilusión, a no dejármela arrebatarse; para que, cuando mi vida decline, como el sol en el ocaso, pueda aún contemplar a Dios en sus obras, y dormir con calma en su seno. Desde entonces nunca anduve solo, tuve con quien conversar;⁵ en las llanuras solitarias y en la cima inhospitalaria de los montes. En mis viajes transatlánticos, miraba hacia el horizonte, las puertas de sus brillantes Edenes, vestidas por el sol de púrpura y oro; y cuando las aguas se alzaron amenazando tragar al frágil pino que nos tenía suspensos entre el océano y el cielo, pude ver la mano de Dios tendida sobre las olas, y aplacando mansamente sus iras.

La crédula humanidad ha visto desaparecer, como yo, sus brillantes ilusiones. El sol fuera al principio el rubicundo de Dios que con nombre de Apolo ocupaba un trono de marfil con ruedas de platas y radios de oro, guiando por el espacio, desde Cáncer a Capricornio, sus fogosos caballos Pírois, Eous, Ethon y Flegon. Fue después un globo encendido; más tarde, un cuerpo opaco envuelto en una atmósfera luminosa; y con el tiempo, tal vez, la física, de acuerdo con la astronomía, lo desnudará de esa túnica resplandeciente, que ya ha empezado a rasgar en

⁴ Vulgarmente cocuyo.

⁵ Expresión de Bernandin de St. Pierre.

algunos puntos, pues descubre por ellos las manchas de su núcleo. Ya la luna es un planeta sin luz propia. La triple Hécate no tiene más que una cara, la que constantemente tiene vuelta hacia la tierra: no es Diana la cazadora, la que en el silencio de la noche, enamorada de Endimión, visitaba las soledades de nuestro orbe; la hija de Latona, que con nombre de Lucina, presidía a los partos; la compañera de Mercurio, en comunicación con los manes infernales. Ya Neptuno no sacude su tridente, estremeciendo la tierra, y apaciguando los vientos con una amenaza: es una ola tras de otra ola, a la merced de los ciegos elementos, ya azotando las rocas con insano furor, ya expirando sin aliento en la playa. Eco no es la ninfa adolorida que clama por Narciso, y lamenta su hermosura desdeñada; es una voz que sale de la peña insensible, y responde al llanto no menos que a la risa y al sarcasmo.

Es cierto que los que hemos nacidos en el gremio de la iglesia, tenemos que lamentar la pérdida de tan ingeniosas ficciones; no vemos una ninfa en cada fuente, ni a Dafne en un laurel, ni a Siringa en una caña; los Faunos y Silvanos no pueblan la espesura de nuestros bosques; los tritones y las focas no pasean a nuestra vista por el mar salado el trono de Amphitrite; pero otros espectáculos nos reserva la ciencia. Si admiramos un cometa cuando muestra a la tierra su globo encendido y su brillante cabellera, mucho más sorprende nuestra imaginación cuando, trazada su órbita por los cálculos astronómicos, lo vemos dirigirse al sol con una velocidad acelerada, como quien quiere perderse en su seno, y luego evitar su encuentro y lanzarse con igual impulso a las inmensidades del cielo. Si es bello el sol cuando se contempla inmóvil, cercado de un coro de planetas que a distancia prescritas enlazan y desenlazan sus comparsas, más bello es cuando consideramos que se acerca con ellas a la constelación de Hércules, describiendo una órbita inmensa alrededor de un centro desconocido, donde tal vez se esconde el trono del Omnipotente.

¿Qué es el mundo para el ateo? Un reloj sin relojero, un cuerpo sin alma. ¿Qué son para él las olas del mar que quiebran en una roca? Una espuma tras de otra espuma.

¡Dichoso el que cree en Dios! Escucha con Pitágoras la música de los astros, oye la hierba crecer, las aves suspirar, los vientos gemir, las aguas murmurar. Yo también —dice el ateo— porque soy sensible, y tengo imaginación; yo también hablo con la naturaleza, pero no hablo con Dios, porque no lo veo. —¡Oh insensato! No hablas, no, con la naturaleza, si desconoces a su autor, si me prohíbes hablar con él. Cuando el viento enamora mis oídos, consientes que hable con el viento; cuando el árbol caído entristece mi ánimo, me das triste endechas para llorar su pompa abatida por el suelo; y cuando la majestad divina se revela a mi mente y penetra en mi corazón, ¿me niegas un himno de gratitud? Ya sé que no

eres insensible: te estremeces con el rayo, te conmueve la borrasca que rompe la nave en el escollo, y el tristísimo lamento de los náufragos; tal vez la paloma desgarrada por el gavilán, y el cordero palpitante bajo el diente de la pantera; te complacen los corceles de tendidas crines, y el contraste de una garza que cruza por el aire, mientras que el cocodrilo atraviesa el río con remos sosegados. Pero dime, si ves dos cisnes volar a regiones desconocidas, ¿cuando los pierdes de vista, va en pos de ellos tu pensamiento? ¿Va más allá? Si entras en una iglesia gótica, donde las puertas se labran en ogiva, donde las flechas se lanzan al cielo, donde las columnas se pierden en las bóvedas elevadas, y sus relieves afligridos desaparecen a la simple vista, ¿hasta dónde remonta el vuelo tu atrevida imaginación? Dime, te ruego, tú que no crees en la Divinidad, y has visto con placer la luna pasearse majestuosamente por el limpio cielo, encubierta a ratos con nubes trasparentes; que te has detenido a considerar un rayo de esa luna sobre el mar, por las trémulas olas reflejado, ¿te agrada verla por una abertura del follaje, como quien nos quiere mostrar un resquicio de la bienaventuranza? Chateaubriand me da la respuesta: *el espectáculo está en el espectador*; porque el espectáculo de la naturaleza es nulo —dice Humboldt— cuando no tiene relación con la vida interna y misteriosa del hombre.

¡Oh ciego! ¿No ves a Dios? “Yo lo veo en todas partes —dice Rousseau—; no solo en mí mismo, sino en la rotación de los cielos, en el sol que nos alumbra, en el cordero que padece, en el ave que vuela, en la piedra que cae, en la arista arrebatada por un torbellino”. “Lo veo —dice Lamartine— en las olas, en las nubes, en las sombras de la noche; lo descubro en la fragancia de las flores, lo columbro más allá de lo que alcanza la vista, allá donde pierde sus alas el pensamiento”. Yo también, no menos que Rousseau y Lamartine, en todas partes lo veo: en los hojosos bosques de la tierra, en su fauna animada y la flora de sus praderas; me lo muestran las montañas inaccesibles, los volcanes en erupción, los valles amenos, los desiertos arenosos, los llanos cubiertos de altas gramíneas, los ríos y cascadas, el inmenso océano, el sol naciente, las noches serenas, las auroras boreales, los silbidos del huracán, la concordia y la discordia de los elementos, y el arco que resplandeció cuando se sosegaron las aguas del diluvio. Su espíritu domina en las alturas y reposa en los valles; su voz se hace oír en medio del desierto, suena con el Aquilón, se alza con las tempestades; su nombre está escrito en el firmamento, en el cuello del colibrí y en el ala de una mariposa.

Él dijo desde un principio: *Sea la luz*, y la luz fue.

Él puso al hombre sobre la tierra, vestida y poblada con todos los animales; y le dio la mujer por compañera.

Él ha creado el sol para presidir al día, y la luna para embellecer la callada noche con su modesta claridad.

Él encierra perpetuamente los planetas en sus órbitas elípticas.
 Él enseñó a Klepero la legislación de los astros.
 Él puso en la cabeza de Newton el punto de apoyo que Arquímedes buscaba para pesar la tierra.
 Él armó la mano de Franklin con la cometa que robó la electricidad a las nubes.
 Él abrió a Colón un nuevo mundo.
 Él dio a Lavoisier la mecha con que encendió el hidrógeno y el oxígeno, con ruidosa detonación, para producir el agua.
 Él que dictó a Linneo el nombre de las plantas y de los animales.
 Él derrama sobre nuestras frentes la benigna influencia de las estrellas.
 Él refrena el mar espantoso, y dice a sus olas: no pasaréis de aquí.
 Él desgarrar las nubes, y sacude los cimientos de las altas montañas.
 Él organizó la avestruz y el camello para los áridos desiertos de África y Arabia.
 Él enseñó al castor la arquitectura, y a la abeja la geometría.
 Él ha señalado a la garza por el aire un rumbo certero, desde los valles Escandinavos hasta las vertientes del Níger, desde el lago del Niágara hasta la cuenca del Oriente.
 Él tiñe el cielo de azul, y cubre la tierra de verde alfombra.
 Él distribuye la lluvia a los sembrados, cernida por las nubes en menudos aljófares.
 Él moja las alas de la brisa sobre la superficie del mar, para refrescar las tierras abrasadas por el sol.
 Aquel cuyo nombre verdadero no podemos deletrear; que en la zarza ardiente, interrogado por Moisés, dijo: soy quien soy; que sobre el monte Sinaí se denominó Jehová, y que en nuestra lengua mortal, con filial ternura, apellidamos *Dios*.

VII. El jagüey y la palma real

La naturaleza imprime a la materia una actividad constante, que subsiste en el reposo, esto es, en el equilibrio de las fuerzas. Esta actividad se manifiesta como impregnada de un espíritu inteligente en la armonía de los tres reinos. Sigue la naturaleza su curso ordenado restableciendo los trastornos del momento. El árbol mutilado por el furor del huracán, o por la impiedad del hombre, dirige sus ramas a la luz, cobra en pocos años su equilibrio, y repone su frondoso aspecto. El campo de batalla, cubierto de funerales, pierde en poco tiempo su hediondez; los vientos barren las moléculas infectas, las aguas lavan los huesos ensangrentados, la tierra los cubre con su polvo, y las flores nacen abrien-

do al sol sus corolas embalsamadas.⁶ El poder del hombre vence a veces el de la naturaleza, pero es a costa de una actividad constante, sin la cual los canales de irrigación se convierten en marismas malsanas; y sus edificios acometidos por robustos vástagos de plantas ascendentes, ven sus capiteles derribados por el suelo, y sus ruinas cubiertas de zarzas y sarmientos.

Por todas partes tenemos testimonios de una inteligencia que podemos llamar el alma universal. ¿Qué diremos de una planta que acomete toda suerte de árboles, y los ahoga, sin exceptuar los más robustos, variando su táctica según las circunstancias? Este árbol es el jagüey,⁷ y en sus movimientos involuntarios obra como si tuviese voluntad.

A poca distancia del monte de Guajaibón existe en la espesura del bosque una palma real en su mayor altura. De la cima de la palma, donde germinó una semilla llevada por el viento, bajó al pie del árbol un hilo flotante, tronco primitivo de un jagüey, el cual se arraigó en tierra a la distancia de una tercia. Después de haber afirmado sus raíces, empezó a engrosar, mostrando en toda su longitud un tallo desnudo de ramas, recto y tendido, guardando la misma distancia paralela al tronco de la paloma. A cierta edad echó sus brazos filiformes y flotantes, por pares perfectamente opuestos, y a la exacta distancia de una vara unos de otros. Cuando el viento lo permitió, estos brazos abarcaron la palma, cada uno a la altura en que se hallaba, y se dividieron en dedos que corrieron por su cuerpo, enlazándolo estrechamente en plexo serpentina. El tronco del jagüey tenía, cuando lo vi, cuatro pulgadas de diámetro; y sus brazos, ya ramificados, una pulgada.

Al ver las bien tomadas precauciones del temible *Ficus* que el vulgo llama jagüey, sus simétricos abrazos, sus numerosos dedos estrechando el esbelto talle de la palma real, destinada a morir en lo más florido de su edad, no pude menos de conmovirme y de figurarme, con la imaginación, una doncella tan incauta en su conducta como generosa en sus sentimientos y pura en sus pasiones, la que al fin había de sucumbir a las repetidas insidias de un amante torpe en sus deseos, cuanto firme en

⁶ El poeta Lamartine, después de los horrores de una sangrienta batalla, trae este bellissimo contraste:

Mais au sort des humains la nature insensible
 Sur leurs débris épars suivra son cours paisible;
 Demain la douce aurore, en se levant sur eux,
 Sur leur acier sanglant réfléchira ses feux;
 Le fleuve lavera sa rive ensanglantée,
 Les vents balayeront leur poussière infectée
 Et le sol engraisé de leurs restes fumants
 Cachera sous des fleurs leurs pâles ossements.

⁷ *Ficus crassinervia* y *Ficus suffocans*.

su propósito. Y volviendo a la palma, exclamé: ¡Árbol gallardo, honor de los bosques y praderas, vendrá el día en que te veas por todas partes estrechada por el formidable tronco que habrá crecido con tu arrimo y te quitará la respiración, hundiendo tu protectora corteza: bien así como la monstruosa boa del África o de América estrecha, contunde y ahoga a la gentil gacela y al inocente recental!

VIII. El reino vegetal

¡Feliz el que se humilla al pie de un musgo! Virgilio, Fenelón, Lafontaine, Rousseau, Saint Pierre, almas privilegiadas, amigas del campo, ¿dónde habéis mojado vuestros pinceles? —En el jugo exprimido de las plantas. —Sí, los vegetales hablan a mi corazón: cada uno de ellos es un símbolo de mi vida presente y de mis esperanzas futuras. Álamos, cuyas hojas trémulas me recuerdan un mundo de prestigios; funestos y cipreses, verdes, aromáticos, piramidales; conductores del pensamiento desde la tumba hasta las nubes inmortales;⁸ canosas yagrumas, como mi frente nevadas; membrudas y encumbradas ceibas, de cabeza erguida y extensas raíces, templos augustos; cimbradoras palmas, emblemas de mi amada; sombríos ácanas, montañosos granadillos, silbadores pinos, enhiestos cedros, elegantes júcumas, erizadas ayudas, jagüeyes abrazadores, guayacanes olorosos, rojos almácigos, floridos piñones, nazarenos de brazos abiertos y tendidos, sabinas preciadas, ricas caobas, flexibles majaguas, magueyes agrestes, mangos coposos, plátanos nutritivos, entre los cuales se esconde la choza del labrador, ¡yo os saludo! ¡Salve, dágames, ébanos, frijolillos, chicharrones, jobos, mameyes, maboas, yayas, yaitíes, sabicúes, manajúes, júcaros y tamarindos! Vivid largo tiempo, sin que os alcance el fuego del cielo, la furia del huracán, el gusano roedor ni el hacha enemiga! ¡Y con nosotros vivan las espuelas de caballero, ásperos matojos de cuabales; los claveles de sabanas, cuyas flores crecen entretejidas en el seno de *Malpighias* espinosas; los aguinaldos torcidos en espirales, congregados en puchas, colgados en guirnaldas, enlazados en cintura, las flores mil, que forman ramilletes mil veces más graciosos que los que inventan los pintores, y tejen los amantes!⁹ La naturaleza, abandonada a sí misma, presenta do quiera grupos bellísimos de flores y de vegetales que el arte no alcanza a imitar.

⁸ Expresión de Saint Pierre.

⁹ Llámase aguinaldo vulgarmente un convólvulo o flor de campanilla, bejuco que cubre los campos en diciembre. Llámense vulgarmente puchas los ramilletes de flores. El aguinaldo de que aquí se trata, florido en la Pascua de Navidad, lleva el nombre científico de *Ipomoea sidaefolia*.

“Jamás —dice Saint Pierre— la mano de una pastora hermanó con tanta gracia las flores de su cabeza y de su seno, para cautivar los ojos de su amante”.

¿Y qué diré de los accidentes del reino mineral? ¿Qué diré de los animales que animan la vegetación con sus industrias, sus guerras y sus amores? Id, seres sensibles, engolfaos en la sagrada majestad de los bosques. Allí hallaréis abrigo y alimento, y mezclaréis vuestra voces con la voz de los torrentes y con la música de los vientos.

IX. La felicidad en las ciencias

Estudiando a la naturaleza, puede el hombre esperar días tranquilos y felices. Mientras que una parte de la humanidad, desviada de sus altos destinos, hace la guerra a la mitad del género humano; el amigo de la naturaleza se refugia en su seno, y ciudadano inofensivo, pide al Señor Supremo la paz y la felicidad de todos. Por lo que a él toca, sus deseos se limitan a satisfacer sus primeras necesidades: no ambiciona la riqueza ni la dominación; ve un hermano en cada hombre. Cultiva su entendimiento, porque ha de ser compañero fiel, cuando se retiren las gracias y agilidad del cuerpo, los amores y la salud; estudia con preferencia la historia natural, para amenizar sus excursiones campestres con el interés ornitológico, entomológico y botánico; para engrandecer su alma, iniciándola en los sublimes misterios de la creación, que exaltan su inteligencia sin mancilla de la moral. Bien sé que el culto de la virtud proporciona a sus adeptos mayores goces: no los hay comparables con los que acompañan el cumplimiento de los deberes; y afortunadamente esa fuente de felicidad está al alcance del ignorante no menos que al del sabio. No diré otro tanto de los placeres que proporcionan lo sentidos: conducen a menudo por un camino de flores, por un jardín de delicias, a un campo de abrojos y a un valle de lágrimas. La rosa tiene sus espinas, símbolos de remordimiento; y sobre la corola del cándido lirio se posa tal vez el insecto que lo deslucen y esparce sus galas por el suelo. Pero entre el camino del deleite, por donde muchos corren de tropel, y el de la virtud, practicado por los más escogidos, hay otra senda cultivada y amena, que conduce al asilo de la tranquilidad y al templo de la fama; senda libre de remordimientos, porque está al abrigo de las pasiones tumultuosas, y no sujeta a las amargas que la humanidad, ingrata alguna vez, vierte sin compasión en las almas sensibles.

Los que beben en esas fuentes pasan las noches insomnes aunque agradables, satisfechos con un rayo de luz que una lámpara envía sobre el foco de un microscopio; o corren a lejanas playas, arrojando las

tempestades y los monstruos marinos; o suben a las regiones de las nieves perpetuas, después de haber sufrido los rigores del sol en desiertas llanuras, tolerando las necesidades del hambre y de la sed, y exponiendo el cuerpo a todos los peligros, para añadir un renglón al catálogo de los conocimientos humanos.

Abandonando de esta suerte Linneo los placeres de la edad juvenil, y dejando atrás los halagos de la sensualidad, penetró a pie en las desnudas regiones de la Laponia, sin conocer la lengua ni las costumbres de sus habitantes; vivió de carne y agua, sin condimento, sin sal, sin pan; trepó por medio de precipicios a las heladas cumbres del Finmarck, sin más compañero que las nubes; todo el afán de descubrir algunas plantas de la pobrísima flora lapónica.

Pasando los mismos trabajos que Linneo está en la actualidad un hombre de bien, amigo acrisolado, respirando por su gusto las miasmas de la ciénaga de Zapata, cercado de cocodrilos; pero satisfecho y agradecido a la cordial hospitalidad que allí recibe. Es hombre que sabe, como Diógenes, beber en jícara, y aun sin jícara; y todo lo da por bien empleado, si descubre una especie nueva de insecto, o molusco terrestre, o un pájaro que falte en su colección. No tiene bienes de fortuna, pero es rico de contento; viaja ligero, no obstante de que *todo lo lleva consigo*, mas la conciencia no le hace peso. Todos los que lo han tratado un día, anhelan por su presencia instructiva y amena, todos lo quieren por huesped y amigo. Tiene el fuego sagrado de la ciencia, y lo distribuye por donde pasa. Este naturalista es alemán, reside en la isla de Cuba desde el año 1839, y estudia sus producciones bajo la protección del Gobierno. ¡Con cuánta satisfacción estampo en estas páginas el nombre del Dr. Juan Gundlach!

X. Alocución a los alumnos

Dice un aforismo que el hombre es lo que quiere ser; otro dice: el hombre vale lo que sabe. Dicen la razón y la experiencia que las medianías vejetan, y las heroicidades reinan. Si eres heróico en tus estudios, serás venerado como Esculapio y rico como Creso. Nadie aspire a la recompensa antes del servicio: si quieres descansar algún día, trabaja ahora. Navega como Ulises en el estrecho de Sicilia, sin prestar el oído al canto de las sirenas, sin fijar la vista en su bello rostro: tienen por nombre Scila y Caribdis, y conducen la nave a temerosas sirtes. No por esto pretendo apartarte de la beldad celeste descrita por Platón. Tampoco has de correr con la turba de los ociosos en pos del tiempo, para matarlo; porque el tiempo es quien nos mata; y como enseña el padre Bridaine, no digas que tienes quince años, veinte años, sino que la muerte tiene quin-

ce años, veinte años ganados contra ti. Mira, pues, cómo aprovechas los restantes.

El ejercicio de la medicina es parecido al sagrado oficio de la religión. El sacerdote purifica el alma, el médico conforta el cuerpo, sin el cual no puede el alma ejercer sus funciones. El médico oye con sigilo las declaraciones del enfermo, así como el sacerdote guarda en su pecho las confesiones del penitente. El médico, a imitación de Jesucristo, impone las manos, demostración sublime de la caridad que une a todos los hombres de todas condiciones; tienta el cuerpo mísero y doliente, tienta la llaga envejecida, consulta sin cesar la cuerda de aquel reloj que el hombre lleva consigo, y que día y noche marca los segundos de su frágil existencia; y cuando se rompe entre sus dedos, ¡oh, suerte inevitable!, asoma una lágrima en sus ojos, y se aparta silencioso. Amigos del difunto, dejaos de vanos experimentos, el último soplo de la vida ha cesado, y no empañará la limpia superficie de un espejo. Hijos piadosos, hermanos tiernos, amantes adoloridos, padres infortunados, prorrumpid en llanto, porque ya el mejor amigo de la casa en este trance supremo se ha ido sin dejaros un rayo de esperanza! Dos imágenes hay que nunca se borrarán de vuestra memoria: el cuerpo tendido en el lecho del dolor, y el mortal compasivo que prolongó su existencia mientras los hados lo permitieron.

Otras veces los resultados son más favorables; y la presencia del médico hábil en medio de una familia afligida, es la mejor bendición que recibe del cielo. Puede él mismo encontrarse en una situación que le haga bendecir mil veces el día en que empezó a estudiar una ciencia, la cual arrebatará de las puertas del sepulcro un objeto idolatrado, que la ignorancia de un compañero puede anonadar, y que él disputará victoriosamente al ángel de la muerte. Estos prodigios no se logran sin un conocimiento profundo a duras penas adquirido. Pero ese día, alumno de medicina, habrás alcanzado tu más dulce recompensa.

Alumno de Jurisprudencia, de Medicina, de Farmacia, podrá suceder que hoy te pese el trabajo, y te duela el tiempo sustraído a tus diversiones, pero ten por seguro que si acumulas los elementos del saber, en ellos encontrarás más tarde tus consuelos, con ellos olvidarás muchas penas, y por medio de ellos calmarás muchas amarguras. Entonces el libro de estudio más espinoso te servirá de diversión. Tu mejor amigo es hoy la lámpara solitaria que acompaña tus vigiliass; y tu buen ángel velará a tu lado en el retiro. No digas que estás solo, cuando conversas con los sabios de todas las edades y de todas las naciones, y cuando ambicionas legar a la posteridad una instrucción, un progreso, eres el intérprete de la justicia, eres el bienhechor de la humanidad, y conversas con los tataranietos de las generaciones presentes.

DISCURSO DE APERTURA LEÍDO EN LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA EN 1864



El don de la palabra, privilegio de la especie humana, supone la abstracción, madre del pensamiento. Antes de hablar, es preciso pensar. El caudal de ideas es, pues, la condición rigurosa para alcanzar la palma de la elocuencia y los laureles de la poesía. Y aunque dicen que el orador y el poeta nacen, con más acierto diríamos que se forman: ya con la experiencia y atenta meditación del mundo físico y moral, unidas a la lectura selecta y constante, ya con los estudios enciclopédicos proporcionados por los cursos universitarios.

La generalidad de los conocimientos es necesaria al hombre de todas las condiciones, si pretende cautivar la atención del público, y dejar a la posteridad un monumento escrito, donde consignen sus ideas fecundas. Sin esta preparación indispensable, la inspiración se consume falta de alimento; los descubrimientos intelectuales fallecen por haber nacido desnudos, y caen en el abismo del olvido.

El orador, y en el mismo caso está el poeta, ha de ser matemático, astrónomo, físico, químico y biólogo; ha de coronar sus estudios con la sociología, última ciencia, que descansa en la historia, y exige el conocimiento de nuestras facultades intelectuales y morales. Debemos a Augusto Comte el haber presentado en este siglo la filiación y desarrollo de estas ciencias en el orden indicado, que es de su simplicidad, generalidad y dependencia.

Iré mas adelante, y diré que hasta cierto punto han de iniciarse el orador y el poeta en todas las artes y oficios, desde el yunque hasta la espada, y hasta el timón. Esta educación parecerá excesiva a los que no hayan leído la *Ilíada* de Homero ni las obras de Marco Tulio. Mas sin conocimiento de la herrería, Homero no hubiera perfeccionado su episodio sobre el escudo de Aquiles, labrado en las fraguas de Vulcano. El sabio Cuvier ha notado que las heridas tan numerosas y variadas, descritas por el poeta, y de cuyas resultas perecieron tantos héroes al pie de los muros de Troya, eran mortales por necesidad, y suponen un conocimiento profundo de la anatomía humana.

Para expresar, es menester sentir; y para sentir, es menester haber visto o haber leído con fruto. ¿Quién inspiró a Virgilio la siguiente expresión:

*Oculisque errantibus alto
Quesivit coelo lucem, ingemuitque reperta?*

Es propia de un romano acostumbrado al juego cruel del circo, donde el gladiador ofrecido a la muerte, saludado el César; reciba el golpe ante el pueblo soberano; y haciendo un esfuerzo supremo, caía con dignidad. Allí tendido con ojos errantes buscó la luz del cielo, y dio el último suspiro.

Marco Tulio Cicerón había recibido, o mejor dicho, se había dado a sí mismo una educación universal. Experto en las artes de la guerra, fue cónsul en Roma y procónsul en Sicilia; escribió el tratado de los deberes; y en sus diálogos sobre la amistad y sobre la vejez, mostró que había contemplado la clara luz de la filosofía en los escritos de Platón. Así pudo —son expresiones de D. Francisco Sanchez— desarmar a Julio César, reprimir el furor tribunicio de Clodio, y embotar las dagas de Catalina. El mismo César, gran capitán y diestro orador, no fue menos célebre por la pluma que por la espada. Los antiguos —según el símil de Jovellanos— eran como los soldados de Cadmo, que nacieron pertrechados de todas armas. Y ya que hablamos de este ilustre español, ¿quién duda que hubiese recogido el círculo completo del saber humano? Descúbrase el orador en sus memorias sobre la Junta Central; el labrador en su informe sobre la ley agraria; el naturalista en sus discursos pronunciados en el Instituto Asturiano; el legislador en su simple drama; el literato consumado, el erudito, puro, castizo y elegante escritor, en todas sus obras.

Cuando empezó a corromperse el buen gusto en España, los autores, aun los de más nombradía, dieron en donar sus escritos con un farrago de erudición geroglífica, tomada principalmente en Plinio, gran recaudador de fábulas, y en tradiciones extravagantes heredadas del paganismo. En nuestros días, sustituimos al ave fénix, al pelícano, a la salamandra, al basilisco, al unicornio y al hipogrifo, las citas morales que nos da la historia; vasto campo que el discreto escritor explota con provecho y lucimiento. ¿Quién, al ver la bota de Carlos XII en el Senado sueco, no recuerda al asno de Calígula? Nerón incendiando a Roma, Domiciano cazando moscas, son recuerdos oportunos para los modernos. Las sentencias de Tácito no han pasado inadvertidas: *Solitudinem faciunt, pacem appellant*. Las mujeres célebres forman también parte de alusiones políticas y morales: Lucrecia abriéndose con un puñal el casto pecho; Cleopatra manejando áspides en su seno; Cornelia llevando por prendas a sus dos hijos los Gracos; Veturia ablandando el corazón de bronce del activo Coroliano; Arria tendiendo a Peto un hierro

tinto en su propia sangre; Semíramis encumbrando jardines y allanando montes; Zenobia, trasladando a Palmira los mármoles parios y pentélicos; Aspasia rehabilitada por Pericles; Safo extinguendo en Léucade sus mal pagados ardores; Mesalina harta y nunca satisfecha; Helena paseando en Troya su adúltera cabellera; Casandra dando al viento sus pronósticos; Hécuba aullando sus miserias; Andrómaca bañando con lágrimas las caras reliquias de Héctor.

Aumentemos con los estudios físicos, políticos y morales nuestro caudal de ideas. Por una idea, Newton pesó los planetas, Colón descubrió un Nuevo Mundo; pero estaban bien preparados, el uno por sus lucubraciones astronómicas, el otro por sus meditaciones geográficas. La idea es la chispa oculta en el pedernal; pero la chispa supone el cuarzo y el acero: estos son los estudios universitarios.

Y como he anunciado que deben adquirirse ideas no solamente en las ciencias, sino también en las artes, ya humildes, ya elevadas, paso a demostrarlo en la arquitectura, en la pesca, en la navegación y en el honroso ejercicio de las armas.

Para hablar dignamente de arquitectura, no basta nombrar las columnas, sin mencionar las bases y cornisas, los pedestales, plintos, arquivadas y capiteles.

¿Cómo podrán el poeta y el novelista describir las escenas piscatorias, si todo su diccionario se reduce a la barquilla, al cordel y al anzuelo, sin distinguir siquiera la pita del curricán? ¿Y qué pesca provechosa podrán hacer, si no saben enlorar ni empatar sus avíos?, si no esperan el repunte de la marea para que pique el pez? Parece que pescan sin carnada; porque no los veo tirar la tarraya ni el trasmayo para preocuparse la sardina, ni me dicen si embarcaron jaibas blandas o macaos extraídos de los caracoles. Si pescan con chinchorro, no parece que esta arte tenga copo; porque no mencionan el saco ni las manteletas. Tienen nasas sin boya y sin potala, y aun creo sin boca ni matadero; porque de estos pormenores nunca se trata. Del chamber y del grampín no diga nada: porque estas palabras no se hallan en el *Diccionario de la Academia* aumentado de cien mil voces, y no las conocerán los que tal vez ignoran el uso de los corchos y relingas. En suma, la pesca es un fastidio bajo la pluma de los susodichos poetas y novelistas; y para mayor desconsuelo, si pescan un peje perro —como vulgarmente se dice—, no lo saben preparar, con un buen mojo crudo, como se acostumbra en nuestras costas.

Lo dicho con respecto al pescador se aplica al navegante que da las velas y esperanza al viento. No puede el narrador ni el poeta guiar al náutico por remotos e inciertos mares, sin conocer los aparejos de la embarcación. ¿Qué isla tomará, qué derrota seguirá, qué bajíos demarcará en su carta de marear, si carece de arboladura, velamen y enver-

gadura? Me parece que si lo tuviera oiría alguna vez las voces de arría, carga, aferra, caza, iza, orza, amaina. ¿De qué sirve el timón sin caña ni bordines? ¿De qué le aprovechan al ancla sus uñas, sin organeo, cepo, cadena, gúmena, gata y molinete? ¿Qué es del mastelero sin gavia ni gumete? Si hay palo de mesana, ¿dónde está la bota vara y la cangreja? ¿Acaso hay trinquete? Si hay bauprés, ¿dónde están sus botalones? ¿Cómo no oigo nombrar al foque, fofoque y potifoque? No extraño que la tripulación haya doblado el cabo de las tormentas sin tomar siquiera un rizo, puesto que navega por encanto. Ya arribaron; echan el bote al agua: todo es bogar, bogar, y nunca ciar.

Digamos que la nave se echa al mar, tendiendo sus anchas velas. En lo más engolfado, vuélvese el viento proceloso y el mar turbulento, alzándose en crespas y espumosas olas. La nave suspendida amenaza bajar a lo profundo; cada golpe de mar que le da por entero parece desfondar la quilla. Llega a vista de tierra a punto de zozobrar, rota la triza, los mástiles quebrados, destrozados; no le aprovecha el corvo diente del ánora mordaz; un grueso tumbo lo echa por encima de las rocas o la encalla en la arena.

Para gobernar un ejército, o dar a la historia sangrientas lides, es preciso haber hojeado un tanto el diccionario de Marte. Allí se encuentran las palabras frecuentemente usada por los buenos hablistas, como son las que se acumulan sin concierto en los cuatro párrafos que siguen.

Antes que describa los botes de lanza en un torneo, o el encuentro de dos caballeros armados de punta en blanco, es indispensable que el narrador conozca todas las armas y piezas de la armadura; y aun el aderezo del caballo, en que entran las mantillas, tapafundas y demás arreos. No confunda la cuja con el ristre, el acicate con la espuela, la malla con la loriga, la celada con el morrión, el escudo con el broquel, la adarga y la rodela. Anden los esforzados caballeros, defendidos por el acero, cubiertos de yelmo con visera; con jaeces y paramentos de oro; con peto y espaldar, gola, brazaletes y escarcelas. Salgan los lúcidos campeones a la palestra, diestros en lides y galanteos, con ropas chapadas, timbres en los escudos, palmas en las cimbras, empresas y divisas; y si son agarenos, suenen añafiles y atabales.

Avanzan los contrapuestos escuadrones, antes del rebato llenos, gruesos, ardiendo en belicoso fuego, al eco sonoro del clarín, al atropellado son de las trompas, al estruendo de los atambores, al tremolar de las banderas, pendones y estandartes, que al viento ondean, impelidos por el soplo de la victoria.

Cierra un bando con otro; y envuelto en horrible mortandad, el soldado, en aquellos trances, sordo a los gemidos, en medio del rumor y el estrépito de las armas, corta, hiende, rebana, descabeza: unos hieren de un tajo, otros de un revés, otros asientan de llano. Aquí es el terciar,

esgrimir, blandir el tajante, resplandeciente, relumbrante, ardiente, fulminante, invencible acero, limpio ahora, pronto en sangre barnizado. El suelo se cubre de desastradas muertes. Queda dudoso el lance de la batalla. Entra a obrar la caballería dando de espuelas al caballo, los jinetes revuelven aquí y allí los indomables potros, los espumosos alazanes. Recibe su carga el enemigo; ceden los pechos esforzados; los vencidos son pasados a cuchillo o por los filos de la espada.

Tal es el áspero ejercicio de las armas. Y si ascendemos con Balbuena a los heroicos hechos de la caballería andante, quedaremos pasmados ante un brazo formidable, que de un golpe asorda el valle, partiendo un hombre en dos, roto el arnés, trozados los brazos y el pecho, y descubiertas las entrañas palpitantes. Uno enclava a su contrario un venablo al uso de los héroes de Homero, otro lo suspende alanceado, otro armado de un desmochado pino, a guisa de lanza, echa a rodar el caballo y el caballero.

Concluido este largo preliminar, entro en el objeto principal de mi discurso, que es la composición literaria en prosa y verso, y la elocución, con cuyo motivo diré algo acerca del estudio de la lengua castellana, y de los escritores que en ella se distinguieron. No es mi ánimo presentar en tan corto espacio un tratado de retórica y literatura; sino recorrer algunos puntos culminantes, sin pretender dar lecciones a los maestros que me escuchan sino ser útil a los alumnos, si los echan de menos en sus libros de textos.

Empezando por las composiciones en prosa, traigo a la memoria el discurso pronunciado por el Conde de Buffon, el día de su recepción en la Academia Francesa. Su principal empeño es recomendar un plan ordenado y la meditación; después de lo cual formula dos preceptos: 1) nada más contrario a la luz que las chispas sacadas violentamente del choque de las palabras, las cuales solo nos alumbran por algunos momentos, para dejarnos después en más densas tinieblas; 2) no hay cosa que más se oponga a la verdadera elocuencia que esos pensamientos sutiles que, a semejanza del metal batido, pierden en solidez lo que ganan en brillo y esplendor. En otros términos, diríamos que no todo lo que reluce es oro, sino a veces oropel. A estos preceptos de Buffon, agregaré tres párrafos: 1) seguir la inspiración; 2) enlazar las ideas; 3) transiciones.

Seguir la inspiración. Este precepto se aplica principalmente a las ampliaciones, campo en que fray Luis de Granada está siempre inspirado. Acontece otras veces que una idea se presenta desmayada y sin color; pide dos renglones para su lánguida expresión, nace y muere sin gracia. En esas circunstancias se abre un nuevo horizonte; el compositor espera y desespera; comprende que si las fuerzas lo permiten, hay algo que hacer por esa vía, mira al término y se lanza. Aquí vienen bien

estas palabras de Jovellanos: “El caballo, olvidado del pasto, da alguna vez su crin al viento, para correr los vastos campos”. Pegaso alza el vuelo y allana las cuevas del Parnaso.

Enlazar las ideas. No hablo aquí de las grandes transiciones, sino del enlace entre los períodos de un mismo párrafo. Dice Bossuet: “Aun cuando la historia no sirviese de provecho a los demás hombres, fuera necesario leerla a los príncipes: es el mejor modo de descubrirles lo que pueden las pasiones, los intereses, los buenos y malos consejos”. Si con la mismas palabras decimos: “Fuera necesario leer la historia a los príncipes, aun cuando no sirviese de provecho a los demás hombres”, hacemos una mala construcción, porque separamos dos ideas que deben ir enlazadas, a saber: la necesidad de enseñar la historia a los príncipes, y la idea de que es el mejor modo de descubrirles lo que pueden las pasiones. Basta lo dicho para que no se eche en olvido tan importante recomendación: remitiendo al *Arte de escribir* de Condillac, libro III, sobre la estructura del discurso.

Transiciones. Atención al pasar de un párrafo a otro párrafo, y más de una materia a otra materia. Es precepto de mucha importancia, porque el enlace da al discurso un solo cuerpo, y el lector descansa pasando agradablemente de un punto a otro; por lo que la transición no ha de ser vulgar. Supongamos que estáis hablando en el liceo: habéis apurado el capítulo de la danza, donde se ostentaron su gracia lucidas bailadoras; y vais en seguida a tratar de pintura y escultura. No digais: acabé acerca de la danza, paso a la pintura. Mejor será: pasad, bellas jóvenes, pasad, y apartad el esplendor de vuestros ojos, para dejar los míos fijos en este momento en la pintura y la escultura.

Por lo que toca a las cualidades del estilo, no me detendré en definir la claridad, la pureza, la precisión, recomendadas por todos; daré solamente dos preceptos: 1) no ser vago; 2) no ser vulgar.

No ser vago. Hay ciertas expresiones que se presentan en todas circunstancias, con desaire de la composición literaria: entran a formar el diccionario brevísimo de la conversación entre gente sin lectura y sin cultura; es la palabra más general entre todas las que pertenecen a un grupo de sinónimos. Huye de ellas, joven escritor, si no quieres caer en la nulidad; porque las tales expresiones parecen decirlo todo y nada dicen. Cada modificación del pensamiento ha de llevar consigo su expresión propia, hija del conocimiento profundo de la lengua, adquirido por el estudio de los buenos autores, y por el contínuo ejercicio.

Por no ser vago entiendo principalmente especializarlo todo. Pongo por ejemplo de expresión vaga, por demasiado general, la siguiente: es excelente cocinero. Yo diría: nadie le iguala en guisar una masa de vaca, y en mechar un perfil de carnero. Para dar a entender que hoy se gasta mucho dinero en lujo, digamos con Jovellanos: “Cuesta un sombrero

lo que antes un estado, y se consume en un festín la dote de una infanta”. El mismo autor, hablando del gañán que ha trabajado durante toda la semana, se explica de esta manera: “El infeliz gañán, que ha sudado bajo los terrones del campo, y dormido en la era toda la semana”. En vez de colgaduras riquísimas, diremos con especialidad: brocados de oro y colgaduras de damasco. Algunos pretenden que la oración en defensa de Milón no fue pronunciada como el orador romano la distribuyó a sus amigos; por lo que Milón no pudo evitar el destierro. Al leer la oración corregida, el matador de Clodio exclamó: “¡Oh Marco Tulio! si la hubieras tú dicho, no comiera Milón los barbudos en Marsella”. Lo que en términos vagos se traduce: no estaría Milón desterrado en Marsella. Las comparaciones cumplen en cierta manera con la especialización que aquí recomiendo. Para decir: nada bien; mejor será: nada como un pez; y por ser pez un término general, mejor diré: nada como un dorado, que es al mismo tiempo el término máximo de la natación. Todo lo que sea especializar, es realzar el pensamiento, es darle gracia y viveza. Este giro es frecuente en Horacio, que acostumbra tomar la parte por el todo, nombrando, por ejemplo, un puerto por todos los puertos, un monte por todos los montes, y maldiciendo los infames escollos Acroceraunios, para maldecir todos los escollo.

Un poco es la expresión general y vaga, como quien dice un poco de pan, que a veces será un mendrugo; pero un poco de locura, es un grano de locura; un poco de esperanza, es un rayo de esperanza; un poco de felicidad, es un soplo de felicidad; un poco de juicio, es una pizca de juicio. Para ponderar en más, diremos: un mar de llanto, un abismo de tristeza, un baño de alegría, un torrente de esperanzas, un raudal de poesía. En vez de decir: la monarquía llena de vicios y ociosidad, sin valor, sin virtud, sin fuerzas, sin reputación, tomaré de Gracián (“Elogio de Fernando el Católico”) el período que sigue: Fue siempre gran ventaja de un príncipe suceder a la corona fragante; suma infelicidad, llegar a la monarquía ya postrada, caído el valor, válida la ociosidad, desterrada la virtud, entronizado el vicio, las fuerzas apuradas, la reputación fallida, la dicha alterada, todo envejecido y amenazando por instante la total ruina.

El ejemplo anterior nos demuestra que la propiedad del lenguaje se aviene perfectamente con el precepto de no ser vago; por lo que me inclino a citar algunas palabras usadas en francés para una multitud de casos, en que la lengua española tiene voces propias. Perdonemos a Capmany, que en su *Arte de traducir* da estos ejemplos, aquello de pintar a veces como querer; porque en realidad la lengua francesa no es tan pobre como se supone, bien que la española sea más rica.

Suponiendo, pues, como pretende Capmany, que los franceses llaman viejo al libro, al soldado, al pecador, al amigo, al padre y al vino; no hay

duda que les llevamos ventaja al decir: libro viejo, soldado veterano, pecador inveterado, amigo antiguo, padre anciano y vino añejo. Los franceses dicen *chef* en todas ocasiones, lo que significa jefe; mas la lengua española, si bien admite jefes de oficinas, tiene además caudillos de los hebreos, capitanes griegos, cabos de ronda y cabezas de motín. Asimismo la palabra *sein* no es siempre seno en español; decimos: el seno o profundo del mar, el gremio de la Iglesia, las entrañas de la tierra, el corazón del reino, el pecho de un amigo, el vientre de la madre. Las palabras *puissance*, *pouvoir* se traducen por potencia y poder; y si bien decimos el poder de los grandes, las potencias de Europa, las potencias del alma, la potencia motriz, usamos de otras expresiones en multitud de casos, y son: potestad temporal, patria potestad, autoridad de los jueces, poderío de los ricos, actividad del veneno, virtud del imán, fortaleza del gentil, omnipotencia divina, y Ciro sometió el Asia a su dominio.

Y puesto que la propiedad de dicción es el sello que distingue los buenos de los malos escritores, acreditando la abundancia de la lengua castellana, no perdamos la ocasión de acumular ejemplos, para que los alumnos los fijen en la memoria.

Hay palabras inseparables: la palma del martirio, el imperio de la hermosura, el puntillo de la honra, el traqueteo del carro, la rebeldía de la carne, el rigor de la penitencia, el cieno del deleite.

Los sinónimos han de observarse: la moderación en las delicias, la templanza en la comida, no es la continencia de que dio ejemplo el gran Escipión en la Nueva Cartago.

¿Trátase de epítetos? La oración es fervorosa, la ignorancia es crasa, la malicia refinada, la iniquidad envejecida, la felicidad cumplida, el piélago insondable, las cejas bien pobladas; y viceversa, la alegre primavera, el encogido u erizado invierno, la mullida hierba.

¿Trátase de verbos? Se dice consumir la hacienda, aventajarse en las ciencias, sosegar las discordias, escudriñar las causas, revolcarse en su sangre, refrenar los apetitos, refrescar la memoria, templar el ánimo, remachar las narices, manchar el honor, forjar las espadas, cortar los abusos, coartar la voluntad.

También decimos: la timidez se vence, la ira se refrena, el estorbo se remueve, los obstáculos se superan, si no se allanan; la odiosidad se aparta, los males del cuerpo se curan y las llagas del corazón se sanan; el freno se tasca, la visera se cala, el peto se ajusta, la coraza se endosa, el morrión se ciñe, la lanza se empuña, también se enristra; la rodela se embraza, la espada se ciñe, las espuelas se calzan, el ancla se leva, cuando no se aferra; la nariz se afila, las cejas se perfilan, las costumbres se arraigan, la inteligencia se nubla, no siempre se ofusca; los instrumentos se tañen, no siempre se tocan; las leyes se quebrantan, no siempre se infringen; las castañas se mondan, no siempre se pelan.

Y adviértase que no he tocado a los refranes ni al gracejo popular: dádivas quebrantan peñas; renta limpia de polvo y paja; hablar sin escampar; comulgar o desayunar con ruedas de molino; chiquear con penca de tuna, etcétera.

No ser vulgar: Este precepto se parece al anterior; pero no trae consigo la idea de especialización.

No diré como Horacio: *Odi profanum vulgus, et arceo* [odio al vulgo, y me aparto]; antes bien, lo aprecio, lo consulto y acepto sus lecciones. El vulgo ha condensado en refranes la sabiduría moral de los siglos; ha dado a la retórica sus mejores ejemplos de hipérbolos y metáforas; sus errores científicos encierran siempre un hecho verdadero. El vulgo tiene palabras de singular vigor, tachadas de ordinarias por la aristocracia académica, en cuyos oídos hacen el mismo efecto que la mano callosa del labrador en los dedos pulidos de Escipión; sin que se le pueda malear otra cosa que el de ser de uso frecuente popular, lo que traducido por *ordinarias* es defecto capital. El vulgo dice: lárgate de aquí, pégate al trabajo. No me atrevo a aceptar ni a desechar estas locuciones, sino decir que a ellas no aludo en el precepto arriba formulado: no ser vulgar.

Llamo aquí vulgares, los modos de expresar que van derechamente al fin por el camino más corto, sin novedad, sin erudición histórica; llamando, como suele decirse, pan al pan, y vino al vino. El que ha leído y conservado en la memoria el fruto de sus lecturas, no se conforma siempre con esta llaneza; acostumbra enriquecer la expresión con doble idea, la principal y la accesoria: el hombre culto aplaude; y aplaude también el vulgo, si la expresión está a su alcance.

Si en lugar de nombrar llanamente las regiones glaciales del Atlántico, decimos las regiones habitadas por la ballena y el narval, queda el lector complacido; y aumentará el interés, si se hace entrar en la escena una tercera entidad, añadiendo por ejemplo estas palabras: donde el hombre audaz recoge sus crueles arpones. La región de esta suerte señalada, nos da con sus hielos una vislumbre de la pesca; y comprende el naturalista que el desmesurado cetáceo, huyendo de la persecución del hombre, no pudo sustraerse al terrible enemigo, que en su mismo elemento le acompaña y persigue.

La poesía acude ordinariamente a estos modo de decir, que no son ajenos de la prosa. He aquí una oración vulgar: En el Siglo de Oro se daba el trigo espontáneamente. En estilo poético, parece necesario introducir la cortante reja y el surco del labrador.

Virgilio escribe: *Ipsaque tellus Omnia liberius, nullo poscente, ferebat*.

Bolleau traduce: El trigo brotaba sin cultura; y no esperaba que el buey tardío, obligado al aguijón, rompiese con paso lento las entrañas de la madre tierra.

Sin acudir a las obras poéticas, la prosa nos dará ejemplos ricos y elegantes. Pondré primeramente la expresión sencilla, o vulgar; después, la traducción.

Pecieron en los Alpes. —Tomaron solar perpetuo en los montes alpinos (Mario).

En aquel tiempo tenía mucha celebridad el Conde Fernán Gonzalez. —En aquel tiempo volaba por el mundo la fama de Fernando Gonzalez, Conde de Castilla (Mariana).

Viven en continuo temor de la muerte. —Tienen sellado en el corazón el temor de la muerte, y no se les cae de los ojos la imagen de ella (Martín de Roa).

Roma fue subyugada por los godos. —Quedó esclava de los godos la señora de las gentes (Saavedra).

Consolarse. —Lavar las tristezas del corazón (León).

La Turquía. —El imperio de la Media Luna.

Los caminos de la isla de Cuba, en puntos distantes de esta capital, son generalmente malos. —Están hoy como los encontró Cristobal Colón.

Las verdaderas lágrimas son aquellas en que la admiración va mezclada con el dolor. —Las verdaderas lágrimas caen al son de la lira de Orfeo (Chateaubriand).

Napoleón nació en el hemisferio boreal, y murió en el hemisferio austral. —Ninguna estrella faltó a su destino: la mitad del firmamento alumbró su cuna, la otra mitad iluminó su tumba (Chateaubriand).

El que es rico, todo lo es; tiene sin sospecharlo el don de la sabiduría. Así se explica Boileau; pero Gracián lo mejora de esta suerte: Las riquezas dan autoridad: dora las más veces el oro las necias razones de sus dueños; comunica la plata su argentado sonido a las palabras. Este es el discreto escritor que en la gran feria del mundo introduce el siguiente diálogo: —Aquí se da de balde lo que vale mucho. —¿Y qué es?

—El escarmiento. —Gran cosa: ¿y qué cuesta? Los necios lo compran a su costa, y los sabios a la ajena. —¿Dónde se vende la amistad? —Esa, señor, no se compra, aunque muchos la vendan.

Basta de ejemplos: no se dirigen a desterrar en todas circunstancias la expresión breve y llana. El que va perennemente en pos de novedades, al principio cautiva la imaginación, y al fin la abrumba. Hay por otra parte asuntos que rechazan las figuras de la retórica y las flores de la poesía; las cuales vendrían mal, por ejemplo, a las filípicas de Demóstenes.

Lo dicho anteriormente se refiere a la composición en prosa; digamos algo de la composición poética. No voy a explicar en qué consiste la poesía, empresa digna de acometerse en una oración especial. Todo lo abarca esta frase de Buffon: La filosofía explica la naturaleza; la poesía la pinta y la hermosea. No podrá ser sin imágenes, que presentan vivas las esce-

nas o dan cuerpo a las ideas abstractas. La poesía no es la versificación, o prosa rimada, como la entiende la escuela prosaica de Iriarte, Arriaza, Forner y Salas; con mejor luz se muestra el modesto Samaniego, que hace hablar, no pocas veces, con inspiraciones poéticas a sus animales,

*Desde el gran Zapirón, el blanco y rubio,
Que después de las aguas del diluvio
Fue padre universal de todo gato.*

Recorriendo conforme el plan propuesto, los puntos culminantes, hablaré aquí del movimiento poético; en lo cual se han detenido escasamente los libros de retórica. El movimiento en prosa no pasa de la forma en que acostumbran explicarse las pasiones. El movimiento en poesía, tal como lo concibo, es otra cosa: participa del bello desorden de la oda; pero es también un artificio que rompe la monotonía de la composición.

Los saltos portentosos de Píndaro fueron reducidos por Horacio a más estrechos límites. En Píndaro eran forzosas las digresiones; porque sus temas se repetían todos los años; veíase obligado a levantar al cielo las proezas de los atletas coronados en los juegos olímpicos; a ceñir con el mismo laurel la sien polvorosa del vencedor en la carrera, en la lucha, en el pugilato, en el carro, que primero con férvida rueda, dejaba atrás la meta. Para no repetirse a sí mismo, se desviaba de su asunto; y hallaba modo de introducir a los héroes y semidioses: Belerofonte, Jason, Perseo, Hércules y la Hydra, Teseo y Gerión, la guerra de los siete reyes, la riña de los lapitas con los centauros. Los modernos toman otro rumbo: doy por modelo la oda de Juan Bautista Rousseau a la muerte del Conde de Luca; oda bellamente comentada por la Harpe.

Voy a otra especie de movimiento demasiado vario para encerrarlo en una definición; pero que los ejemplos siguientes darán lo bastante a conocer.

En las soledades sin límites del Sahara, sobre esa tierra descortezada por los vientos, duerme un viajero. Sueña con sus palmares, con la región tropical regada por limpias aguas, cubierta de verdura, sombreada por árboles gigantes cargados a un tiempo de flores y de frutos. Oye el soplo de la brisa, y despierta. ¡Oh sorpresa!, ¡oh terrible desengaño! No es la brisa, es el seimún. Ya el lector está en el desierto; el poeta nos dará un contraste; este es el movimiento. —La poesía es de D. Emilio Blanchet.

El Sr. Fornaris, en su oda al telégrafo submarino entre ambos mundos, rompe con una estrofa sobre los hijos de Babel, en que se leen estos bien construidos versos:

*No soy tu hermano yo, tu voz no entiendo:
Y Dios sobre la torre alzó la mano,*

*Y los hundió; y al hórrido estampido,
Aún exclamaba el hombre endurecido:
Yo no entiendo tu voz, no soy tu hermano!*

Anduvo el tiempo, llevando consigo la civilización, vinieron los días en que la eléctrica sierpe (así llamada por Luaces, se lanzó a lo profundo del mar, y con la velocidad del pensamiento, símil de león y mora, puso en comunicación dos grandes continentes, preludivando a la fraternidad universal, último término del progreso humano.

*Y el hombre grita al hombre:
Yo respondo a tu voz, yo soy tu hermano!*

Estos dos versos constituyen otro movimiento. Vaya otro ejemplo: Un guardiero africano, esclavo en los campos de Managua, derrama su dolor al son de una flauta rústica: acompáñale un sinsonte con melancólicos trinos. —Aquí entra la historia del guardiero, y calla el ave; pero al final aparece oportunamente para cerrar la narración.

*A resonar en los aires
Volvió la rústica flauta;
Y a trinar volvió el sinsonte
Melancólico en las ramas.
(Fornaris)*

Hay un arte en asociar los afectos humanos a los espectáculos de la naturaleza, en consonancia con las disposiciones del alma. Dos corazones unidos por el amor, separados por las leyes sociales, son dos palmas enlazadas por la raíz, apartadas por los troncos y las cabezas distantes.

*Dice un alma desde el centro
De su tronco: "Mi querida
No puedes estar unida
A mi cariño jamás".
Y desde el tronco vecino
Responde un acento amigo,
"Siempre aquí junto contigo,
Y siempre distante estás!"
(Fornaris)*

El mero hecho de dirigir la expresión a otra persona, aunque no sea interlocutora, da a la poesía un exquisito sabor, nacido del movimiento

dramático. Un campesino ha perdido su ternero: sale en pos de él, y da las señas; pero no las da al lector, sino a otro.

*Pastor, que por este prado
Anda al acaso perdido
Responda si cruzar vido
Un añojillo manchado.
Es galano, y ya le apuntan
Los tarros; y en las orejas
Tiene dos manchas bermejas
Que con los ojos se ajuntan.*

(Sebastián Alfredo de Morales)

El género de poesía creado por Juan Bautista Rousseau con el nombre de cantata, contiene la diversidad de metro y todo el movimiento de la oda apasionada.

El que más ventajas parece haber sacado de los ingeniosos artificios a que me refiero, es el alemán Schiller en su extensa composición, titulada la “Campana”, traducida en verso castellano por Hartzembuch; la cual encierra en un cuerpo muchas composiciones, pues describe en ella el nacimiento, la juventud, las nupcias, la paternidad, el incendio devorador, la enlutada muerte, y la guerra y la paz. Para estos diversos aspectos de la vida tiene sonidos la “Campana”, que el artista aún no sacado de su molde; pero aviva el trabajo de la fundición, y su mente se lanza de la obra presente a las escenas futuras, mudando frecuentemente el metro, y alternando la ocupación material con las aspiraciones poéticas.

*Hoy fabricada la campana queda
Obreros, acudid a la labor:
Y ya la contempla solemnizando la venida del infante,
Que a ciegas entra en la vital carrera,
Quieto en la cuna plácida durmiendo.*

Mas luego el niño pasa a imberbe doncel, y a sus ojos se presenta la cándida doncella de sonrosada mejilla.

*Solo un saludo
Mil placeres le inspira;
Y de sus galas el vergel despoja,
Para adornar la recogida trenza
Del caro bien por cuyo amor suspira.
Sus compañeros, veremos si hacen buena liga los metales.
Sienta bien sobre el cabello hermoso*

*De la virgen modesta
 La corona nupcial que la engalana,
 Cuando con golpe y son estrepitoso
 Convoca la campana
 De alegre boda a la brillante fiesta.
 Mas día tan feliz y placentero
 Del abril de la vida es el postrero;
 Que al devolver los cónyuges al ara
 Velo y venda sutiles,
 Con ellos de su frente se separa
 La ilusión de los años juveniles:
 Rinde al cariño la pasión tributo,
 Marchítase la flor; madura el fruto.
 Dad al metal salida, iruede la masa!
 ¡Escucháis en la torre los clamores
 Lentos y graves que a terror provocan?
 No hay duda, a fuego tocan:
 Sangriento el horizonte resplandece...
 Las largas vigas crujen,
 Los postes van cayendo,
 Saltan postigos, quiebranse cristales,
 Llora el niño, la madre anda aturdida,
 Y entre ruinas azorados mugen
 Mansas reses, perdidos animales.
 ¡Y en medio de esta tribulación, qué es del hombre?
 El fuego devorante
 Le privó de su próspera fortuna;
 Mas cuenta, y ve que de las vidas que ama
 No le faltó ninguna.
 El líquido humeante en la tierra se ha sumido, el molde está
 lleno, ¿se habrán destruido nuestras esperanzas?
 Son pausado
 Funeral
 Se ha escuchado
 En la torre catedral:
 Y dice el son severo
 Que un mortal
 Hace el viaje lastimero
 Que es el último y final.*

Luego pregona la “Campana” la guerra matadora, sembrando el luto en las familias; y últimamente se oye: ivenga el martillo, caiga a destrozos el molde, resucite la Campana!

*Tirad, alzada,
Ya suspendida está.
Resuene, o patria, su primer tañido
Con la gloriosa nueva de la paz!*

Es tiempo de abreviar. Réstame decir acerca de la poesía, que es un arte de lujo cultivado las más veces por puro pasatiempo: todo lo que no es muy bueno, es pésimo. Estoy lejos de dar esta calificación a la oda del distinguido vate D. Ramón Vélez Herrera sobre la inmersión del cable submarino: solamente advierto que es una demasía el haber dedicado diez y siete versos a la memoria de la industria humana en los Alpes, en el Támesis y en Cherburgo. A pesar de la elevación del estilo, me atrevo a decir que es de aceptar con preferencia la misma idea expresada en cuatro renglones, a saber: los Alpes perforados para enlazar la Francia con la Italia; el túnel abriéndose un paso bajo del Támesis, que los navíos cruzan por encima; Cherburgo sentado sobre el mar, y rompiendo la furia de sus olas. La culpa la tiene el siglo en que vivimos, el cual mira las horas en ocio gastadas como tiempo perdido; a tal extremo que prefiere a veces recoger el trigo desgranado, esto es, fuera de la espiga que lo engalana. Si los poetas no tienen presente el principio bien entendido de utilidad que ha de acompañar a la belleza, por más que lo desmienta Gioberti, se dejarán arrancar el cetro por la prosa. —Y para que el autor de los diez y siete versos me perdone el humor descontentadizo, citaré los renglones finales, en que fatigado de la elevación de sus mismas ideas, depone la lira en busca de escena más suaves y humildes; contraste que por sí solo revelara al poeta, si no supieramos quién es:

*¿Mas dónde, Musa mía,
Alzas altiva el atrevido vuelo,
Cuando solo a las águilas es dado
Mirar al sol y remontarse al cielo?
Vuelve a tus bosques, vuelve; y tus cantares
Entona entre los montes de palmares,
Ante la hermosa luz que te ilumina
A orillas del poético Almendares
Coronada de mojas y ambarina.*

Después de haber ponderado la necesidad de acopiar ideas, y señalado el modo de ordenarlas, quedaría mi trabajo incompleto, si no indicase el modo de vestir las; esto es, si no me detuviese lo necesario en el estudio de la lengua castellana; estudio abandonado en las escuelas, porque no bastan para conocerla los libros de gramática, donde se en-

cuentran las reglas de la construcción, pero no la copia y significación de las palabras.

El *Diccionario de la Academia* es una fuente riquísima para este género de estudio. Generalmente se conserva este precioso libro en las bibliotecas para casos de consultas; pero el que pretenda perfeccionarse en la lengua, y aplicarla con felicidad a la expresión de sus ideas, debe emprender el arduo trabajo de leerlo todo, y tomar apuntamientos. Agréguese el *Tesoro de la lengua castellana* por Covarruvias, año 1611, en forma de diccionario; el *Diálogo de las lenguas* de D. Juan Valdés, escrito en 1533, nuevamente impreso; la obra de Garcés sobre la elegancia y vigor de la lengua castellana, y el *Diccionario etimológico* de Monlau. A la gramática de la Academia, agréguese la del venezolano D. Andrés Bello, y sus principios de ortología. Complétese esta sólida instrucción con el conocimiento de los sinónimos, tratados ya por muchos españoles; y para salvarse de la inundación francesa, léase con atención el *Arte de traducir* de Campmany, el *Diccionario fraseológico francés-español* de Rotondo, y el *Diccionario de galicismos* de Baralt.

Engolfado en este *mare magnum*, emprenderá el estudiante la lectura meditada de los mejores hablistas en prosa y verso; tomando por primera guía a Capmany, *Teatro crítico de la elocuencia española*; y a Quintana, *Tesoro del parnaso español*. Los prólogos y notas críticas de estos jueces competentes, formarán el buen gusto del lector; lo mismo que los de Marchena y de lo Sres. Mendivil y Silvela; y si ascendemos a los años anteriores, algunas lecciones de Simón de Abril y de Gregorio Mayans. El opúsculo de D. Agustín Durán, sobre el drama español antiguo, su “Prólogo” y discursos preliminares al *Romancero general*, son obras de relevantes prendas, no menos útiles y necesarias que las anteriores; y son para nosotros una garantía de que el rector que hoy tenemos a la cabeza del claustro dará a las ciencias la misma protección que su señor padre dio a las letras, las cuales le son también muy familiares.

El teatro de Capmany es superior, como obra de gusto y de conciencia, al *Tesoro* de Quintana. Cotéjense las poesías extractadas del divino Herrera con sus obras completas, y veráse que Quintana ha omitido muchas composiciones de primer orden, al paso que presenta otras de mérito inferior. Cotéjese al contrario el *Criticón* de Gracián, con los trozos conservados por Capmany, y dígase si hay algo que omitir o que agregar. Por otra parte, Quintana se limitó a entresacar lo más selecto que encontró en la colección de los mejores poetas españoles, ordenada por Ramón Fernández; pero no se dio el trabajo, como Capmany, de leer un tomo en folio para salvar del olvido algunas páginas. Si hubiera acometido el indigesto volumen de Gracián titulada *Agudeza y arte de ingenio*, como hizo

Capmany con respecto al ingenioso *Criticón*, nos hubiera dado ciertamente al lado de Gutiérrez de Cetina, el siguiente madrigal:

*Volved, señora, los ojos,
Que en el mundo no hay su par;
Mas no lo volváis airados,
Si no me queréis matar;
Aunque de una y otra suerte,
Matáis con solo mirar.*

¿Y cuáles son esos escritores que explicaron con gala sus conceptos, sin desdeñar las flores de la elocuencia, cayéndoseles de la pluma pensamientos sublimes en prosa pura y grave; o haciendo resonar en el Parnaso las cuerdas de oro de sus liras? Héroe de la elocuencia, que enseñan no tan solamente el uso de las palabras, sino también el arte de componerlas con sencillez, claridad y facilidad, con gracia y elegancia, con viveza, robustez, valentía y lozanía, con nobleza y dignidad, con riqueza y esplendor.

*Vosotras,
de amor hermoso nido,
Dulces y graciosísimas doncellas
Que a la tarde salís de lo escondido,
Con los cabellos rubios, que las bellas
Espaldas dejan de oro cobijadas,*

Decid, ¿quién así os presenta? ¿No es aquél, arrebatado a las musas en temprana edad, llorado de las milicias sus campañas, llorado de las *blancas deas* allá del Tajo en la ribera? ¿Y qué apuesto mancebo presidía a la *República Literaria*, ocupando su mano derecha un plectro? ¿No era “Apolo, cuya madeja de oro, con lustroso curso de luz, bajaba sobre los hombros?”

Esto me obliga a dar una reseña histórica de nuestra literatura.

La lengua en España, como en todas las naciones, ha seguido las fases de engrandecimiento y flaqueza del gobierno político. Terminada la larga cruzada contra la morisma, conquistada Granada, descubierta la América, salió la lengua española de sus humildes paños con Garcilaso de la Vega, bajo el reinado de Carlos V; creció y se robusteció con Felipe II, madurose con Felipe III, corrompió el gusto bajo el gobierno de Carlos II y Felipe IV, bien que en tiempo de estos monarcas conservara su expresión castiza; y dio al traste con la dinastía francesa, salvo el dichoso impulso que recibió durante el sabio y prudente reinado de Carlos III de feliz memoria; bastando su nombre solo a esclarecer la Casa de

Borbón, y no habiendo entre sus antepasados con quien dignamente compararlo, sino con Enrique IV, Rey de Francia. Hoy tratan los españoles de renovar las aguas de su bautismo; no por cierto en los manantiales del Sena, sino del Manzanares, del Tajo y del Betis, que acarrean granos de oro.

Los tiempos que corrieron entre el principio del siglo XVI hasta fines del siglo XVII, fijaron la índole de la lengua española; y reivindicaron para España la gloria de la restauración literaria, a la cual participó la Italia, mas no la Francia, que en aquella fecha estaba en mantillas. La poesía dividió con la prosa este alto honor; y la acompañó en todas sus fases.

Los escritores más eminentes de esa edad de oro en cuanto a la elocución, son los que paso a nombrar por orden cronológico.

En prosa: los dos Luises, a saber, el Reverendo padre fray Luis Sigüenza, en su *Historia de la Orden de San Jerónimo*; el padre fray Juan Márquez en la *Espiritual Jerusalén* y en el *Gobernador cristiano*; el padre Juan de Mariana, de la Compañía de Jesús, en su *Historia general de España*; el doctor don Bartolomé Leonardo de Argensola, en la *Conquista de las islas Malucas*; el universal Cervantes; don Francisco de Quevedo; don Diego de Saavedra Fajardo, en las *Empresas políticas*, la *Corona gótica* y la *República literaria*; el padre Baltasar Gracián, bajo el nombre de su hermano Lorenzo, en su *Criticón* y en el *Elogio de Fernando el Católico*; don Antonio de Solís, en la *Conquista de la Nueva España*.

En verso: Garcilaso de la Vega; fray Luis de León, ya nombrado; el Sevillano don Fernando de Herrera, Príncipe de la Lírica; don Francisco de la Torre y don Francisco de Rioja, que por desgracia de la lengua, escribieron poco; los dos Argensolas (Bartolomé y Lupericio); el obispo don Bernardo de Balbuena, autor del *Bernardo*, poema épico, mina inagotable; el ingenioso y fecundo Lope de Vega; el bizarro Calderón de la Barca; don Luis de Góngora, riquísimo y lozano, pero extravagante y envuelto en jerigonzas bien llamadas gongorismos, y últimamente, don Francisco de Quevedo, ya mencionado, rey del gracejo y a veces de la chocarrería; bien que nunca cayó tan bajo como en este siglo don Diego Torres de Villarroel, que por otra parte no es de desdeñar, porque es castizo, lo mismo que el autor del *Guzmán de Alfarache*. Para completar lo más granado de la literatura, añádanse los romances moriscos, caballerescos, históricos, pastoriles, piscatorios, venatorios, amatorios y varias letrillas; la mayor parte de autores no conocidos, pero del tiempo en que se derramaba con profusión el vigor, el donaire y la delicadeza del concepto con el traje que les corresponde.

A fines del siglo XVIII hubo, como he dicho, un impulso favorable, debido a la emulación suscitada por las reformas emprendidas bajo el

reinado de Carlos III; no solo en las obras puramente literarias, sino también en economía política y en los tratados forenses. Descuella entre todos Gaspar Melchor de Jovellanos, nutrido de la lectura de los antiguos maestros; habiendo tomado solamente del francés cierta rectitud de ideas, cierta corrección y severidad lógica que falta algunas veces en los autores que florecieron desde Carlos V hasta Felipe IV, en los cuales se nota frecuentemente el desaliño, en medio de las brillantes cualidades de su dicción. De este último defecto se muestra libre Jovellanos, sin retruécanos, y como dice un autor, sin el saborete de las antítesis ni el sonsonete de los vocablos.

Campomanes en economía política, Covarrubias y el Conde de la Cañada en sus recursos de fuerza, se mostraron émulos de Jovellanos; lo mismo que en nuestros tiempos Martínez Marina, autor de la *Teoría de las Cortes*. El siglo XIX cita con aplauso los escritos en prosa de Capmany y de Gallardo; no menos que la traducción de las *Vidas de Plutarco* por el académico Ranz Romanillos. Entre las obras poéticas, se alza como un coloso don Nicolás Fernández Moratín, que pertenece al fin del siglo XVIII; y en este siglo, Gallego y Tapia. Téngase presente que no considero en este discurso el mérito de los autores, sino con respecto a la elocución; cualquiera otro mérito que resplandezca en sus obras, es ajeno de mi intento. Por lo que me abstengo de recomendar como maestros de la lengua a Meléndez, Leandro Fernández Moratín, Martínez de la Rosa, Lista, Quintana y otros muchos, que no dejan de ser lumbreras en prosa y verso, honra de la literatura española; habiendo casi igualado a Jovellanos en estudios literarios, corrección, número y delicado gusto; pero que escriben como generalmente acostumbran en nuestros días los autores de más nota, evitando tal vez el galicismo, pero no siempre el giro transpirenaico. Don Nicasio Álvarez de Cienfuegos tiene esto de particular, que es a un tiempo más castizo y más afrancesado que los anteriores (digo afrancesado en las letras, pues en lo político murió víctima de la guerra de la independencia); porque al lado de expresiones dignas de León, de Balbuena y de Saavedra Fajardo, tiene caídas gálicas que solamente pueden ser justificadas por las exigencias del oído, no siendo posible atribuir las a ignorancia.

Ha hablado hasta aquí de los escritores conocidos en mi tiempo, que es el año de 1820, desde cuya fecha corrieron demasiado breves para mí las horas consagradas al cultivo de la literatura; habiéndome dominado tiránicamente la historia natural con interminables dibujos de peces y reconocimientos de insectos. Lo dijera para mi confusión, si no me pusiera a considerar que todo hombre tiene una misión, ya humilde, ya gloriosa, que cumplir en la tierra. ¡Y desdichado el que no la tiene! Querrá matar el tiempo, como dicen; y el tiempo lo matará a su sabor, sin que se le quite de los ojos la imagen inevitable de la muerte.

Ya mi oración ha tomado las dimensiones que cumplen con la costumbre universitaria: me veo obligado a abandonar, o a lo menos a aplazar para otra oportunidad otros párrafos que atañen a la excelencia de la lengua castellana, a su índole más eufónica que lógica, a los recursos que saca del latín, las inversiones y el número tan propio de un habla en que el oído es el supremo juez. También aplazo las traducciones, los galicismos y algunos defectos de nuestra ortografía y puntuación.

Pido ahora la venia, y suplico la indulgencia, para terminar con un episodio que no deja de ser oportuno; puesto que he recomendado la universalidad de conocimientos y la diversidad de composiciones.

Es menester pulsar todas las cuerdas de la lira. Unos ensalzan a Delfina, reina de los salones, otros cantan a Flérida, que guía con cayado sus corderos; otros celebran a Silvia, que ennoblece las selvas con su presencia; y tal vez desdeñan a Marina, la hija del pescador, la que imprime en la arena sus pies descalzos, y saca del agua los crustáceos; la que arrima a su oído un caracol, y escucha en él la voz del mar, que suena y parece mezclarse con el viento.

¡Oh ninfas que habitáis los palacios cristalinos, que os mecéis en las olas agitadas por los vientos, que acariciáis las rocas, que destiláis perlas a la luz del sol, e ilumináis las noches tenebrosas con movibles y fosforescentes resplandores! Dejad que os vea, abridme vuestros tesoros, dadme a oír vuestras armonías, convidadme a vuestros espectáculos, iniciadme en vuestros misterios; pues no soy ningún profano, antes bien gozo de privilegio desde que sigo amante la huella de vuestros pasos.

Atalaya, la hermosa Atalaya ha herido mi corazón. Amena es como la brisa; libre como el Dorado en la líquida llanura, como la gaviota en los cayos, como el rabihorcado, en las regiones etéreas. Hija del mar, tiene los ojos sesgo y verdinegros; áspera melena cubre su frente tostada por el sol. Su seno es inexpugnable, porque lo defienden los erizos y langostas, y los dientes de la morena, y los brazos del calamar. Sus perfumes son de asfalto; sus peinetas, blancas vértebras de pargos y jureles; sus alfileres, las púas del diodón, las espina del róbalo, del caballero y del rascacio. Los atavíos de su cabeza, en vez de airones, son de racimos de perlas entre esponjas punzó, carmelitas y moradas, hechos florones de la frente. Torzales de algas forman su cintura; y sartales de cípreas, sus collares. Calzado no tiene, porque pisa la combatida arena, y lava sus pies a todas horas en las olas incesantes del salado mar. Su retrete es una cueva de enriscado acceso, vedada al sol de mediodía, tachonada de lapas y litorinas, ceñida de corales, visitada por incautos peces; sus pelágicos jardines están sembrados de polípedos flexibles, que burlan el ímpetu de las olas y contrastan la furia de la tormenta; sus escabeles son estrados madreporicos, obra grandiosa de diminutos seres. Su le-

cho es arenoso, sus colchones son escamas: su sueño es en los brazos anchos del mar.

Su dulce voz, si platica con la guijas y pedrezuelas de la apacible playa, es la del viento murmurador que todo lo ve, todo lo toca; su quejumbrosa voz, cuando gime, es el sordo concierto de lejanas tempestades; su ronca voz, cuando brama, es el alto y multiplicado acento del insano huracán, moviendo guerra a las tierras y a los mares.

Sus espectáculos son: el reglado movimiento de los cielos y los inestables horizontes de la tierra; las estrellas que en innumerables escuadrones se miran en la mar; la luna que quiebra en ella su melancólica faz; las exhalaciones que a manera de fuegos artificiales, interrumpen la quietud de la noche; el fulgor de los relámpagos, el estampido del rayo que en surcos encendidos cae y rasga las nubes, y derroca los altos promontorios, retumbando por valles y collados; la aurora sembrando de rosas el manto ya pálido de las tinieblas; el sol asomando por el oriente, lanzando ráfagas de luz y arrebolando la esfera; el sol apagando sus luces en el ocaso, que le abre sus puertas purpurinas; los vapores acuosos tendiéndose por la azulada bóveda en altas y bizarras condecoraciones recamadas de plata y oro; los árboles movidos por el viento; el beso de la brisa, los embates de aquilón; los torrentes del cielo sorbidos por el océano; las hinchadas olas, que se alzan como corceles, sacudiendo las blancas crines, y sobrepujan las peñas, y refluyen en hilos desatados; la espoleta del escualo y los saltos de cetáceos bufadores; las dos plumas del rabijunco, las alas tendidas del rabihorcado, la ancha red del alcatraz, las vociferaciones del frailecillo, las danzas de los jejenes y las corridas de los cangrejos. —¿Qué ángulo terrestre podrá en su pompa competir con la cuna de las Nereidas? No las abrasadas arenas de la Libia, el horrendo Cáucaso, los páramos incultos del Brasil, las selvas coposas del Paraguay.

Lejos de ti, me consume la ausencia; sin ti perezco, Atalaya. Si abro un libro de estudio, descubro tus pies entre renglones; me llamas, me conversas, me interrumpes en mis meditaciones. Como el forzado en el banco y atado de la cadena, he de remar nueve meses privado de tus atractivos: llega una Pascua y otra Pascua, y se aproxima la San Juan; suelto el remo, deajo el banco, tomo las alas de la golondrina.

Ya la tierra se estremece de amor, penetrada por las primeras aguas del verano; salen de su seno electrizado, a poblar montes y praderas, millares de mariposas blancas, rojas y amarillas; yo empero deajo los prados, deajo los sombríos y repuestos valles, deajo las breñas ocultas en la espesura de los bosques, y corro al mar; a besar el arrecife, a pesar en mi mano un puñado de arena, a luchar con las olas, en pos de ti, Atalaya, ¡oh hermosa Atalaya!

An me ludit amabilis insania?

¿A dónde me arrebatara un lisonjero error? ¿He olvidado acaso que estamos a primero de octubre? ¡A las armas, catedráticos y estudiantes! No dejemos amortiguar el brío. La guerra tiene sus dulzuras, si se hace a la ignorancia y erradas preocupaciones; a la ociosidad, viciosa madre. La ciencia es más bella que Delfina, más amable que Flérida, más apetecible que Silvia, más resplandeciente que Atalaya. La ciencia es el valimiento, el poderío, la estimación, la riqueza, la dicha. Apartad, profanos amores; la ciencia en nuestro amor. Primero la lámpara, después el sol: nadie pide descanso antes del trabajo, ni aspira al premio sin el mérito adquirido. Quien quita el trabajo, dice Pedro Mejías, quita el descanso.

Señores, toca al fin de esta oración inaugural, cometida a los cansados años de mi vida, en cumplimiento de las nuevas disposiciones reglamentarias. Empezó el turno por mí, y el nuevo turno no volverá. El tiempo, que en su robusto vuelo abate el cedro y el roble secular; con un golpe de sus alas quebrará mi frágil existencia; perdonando por días prolongados, así lo espero, a la edad lozana, a las plantas nuevas llenas de vigorosa savia, que hoy alzan su cabeza en el mismo suelo donde pronto se esconderá la mía.

Amigos, los unos compañeros de labor en veintidós años de ejercicio científico y literario, los otros compañeros más recientes y más jóvenes, que habéis simpatizado conmigo, porque bajo de una corteza caduca habéis hallado un corazón siempre joven, conservad mi memoria. Y vosotros, alumnos de la Universidad, esperanza del país regenerado con el presente plan de estudios, guardad la copa llena de saludable licor que en ella virtieran vuestros catedráticos; conservad los generosos sentimientos tan propios de vuestra edad; la constancia en el estudio; el amor a la eterna justicia, independientemente de las leyes humanas; y a la virtud, que lleva en la mano la espina del sacrificio, y pone en la conciencia la recompensa íntima.

MEMORIAS SOBRE LA HISTORIA NATURAL DE LA ISLA DE CUBA



ARTÍCULOS VARIOS Y FRAGMENTOS

I. Los pinares y las auras

El célebre Audubon, ornitólogo esclarecido de los Estados Unidos del Norte de América, ha demostrado que las auras son guiadas por la vista, no por el olfato, en el reconocimiento de los cadáveres que les sirven de alimento. Una piel seca de venado llena de paja fue echada en medio de un campo, y el naturalista se puso a la expectativa. No tardó en bajar un aura, que se posó sobre el fingido cadáver, y engañada por la apariencia se propuso llenar bien el estómago; para lo cual empezó por vaciar los intestinos, como acostumbran las aves de rapiña. Atacó la piel por las aberturas que tenía, y por las costuras del vientre; sacando siempre paja y más paja; para abreviar, diré que abandonó la presa.

Otro día ocultó Audubon un cochino muerto bajo de unas malezas: el animal se corrompió, derramó su pestilencia por los aires; de noche los lobos descubrieron el bulto y se hartaron. Las auras no acudieron.

Para variar el experimento, el naturalista americano degolló un lechón en la pradera, llevó el rastro de la sangre hasta el depósito anterior donde ocultó el cadáver. Las auras descubrieron el rastro, lo siguieron hasta el sitio apartado, y se regalaron a su sabor.

Remito a la obra de Audubon para estos experimentos repetidos, variados y ampliados conforme a los preceptos de la escuela: todos vinieron a confirmar lo asentado anteriormente.

Con este motivo me parece oportuno trasladar aquí un poco de mis memorias sobre la *Historia natural de la isla de Cuba*, en que describo los pinares de la Vuelta Abajo, entrando las auras en la escena; ésta pasa en Cajalbana, terreno serpentinoso, advirtiendo que no hay pinos en el Pan de Guajaibón, que le toca por el pie.

Al norte de San Diego no hay pinos en la llanura: de esto puedo dar testimonio como testigo ocular. He recorrido un terreno llano, cubierto de aquellos vegetales que más se complacen en tierras feraces, donde los jagüeyes estrechan con sus temibles brazos las corpulentas ceibas y las palmas elevadas; y al llegar al pie de la sierra, he visto la última palma real a orillas de un foso, frente al primer pino del gigante Cajalbana; ambos se resentían de su posición, como hijos de un terreno intermedio que empezaba a negarles el sustento predilecto. Parecían dos centinelas guardando los confines de sus dominios respectivos. Mas appena hubo pasado aquella línea de demarcación, cuando desaparecieron los vegetales que me habían cubierto con su dilatada cabellera, prestándome su sombra hospitalaria. Subí la falda de la loma sobre áridos pedruscos, bajo los ardores del sol, pero entretenido con el distinto carácter de la vegetación que a mis ojos se ofrecía; principalmente los guanos o pequeñas especies de la familia de las palmas, el granadillo, el peralejo, la espuela de caballero y otros arbustos de cuabales, la mayor parte raquíticos y espinosos. Según iba subiendo los tres escalones de la alta montaña, se descubría el mar del norte, salían de la tierra los helechos de tres a cuatro pies de altura, que daban al aire un olor a alpestre, alfombrando los pinares al pie de árboles que escondían su frente entre las nubes; y cuyas ramas gemían suavemente al toque de los vientos, mientras que la chicharra ensordecía con su chillido agudo. Las auras, de vista perspícaz, se explayaban más allá de sus cimas; y bajaron a reconocer al viajero, cuando fatigado de andar, descansaba tendido en la maleza; bajaron con la esperanza de encontrar un cadáver, pero se desengañaron a un ligero torcer de cejas, al simple bajar de los párpados, o al movimiento alternativo del pecho que aspira la vida favorecida por la atmósfera. Lo cierto es que no tardaron en retirarse con vuelo circular, lo que prueba que estos animales no van dirigidos por el olfato, sino por la vista.

II. El pescador

El nombre vulgar de pescador dado a los peces del género *Anteñarius*, es debido a un apéndice vermiforme, simple o bifurcado, que presenta el primer radio de la aleta dorsal situado en la punta del hocico. Es una varita flexible, cartilaginosa, con la extremidad carnosa, ordinariamente rosada y con arruga trasversas, imitando el aspecto de una lombriz. El animal se esconde en el fango, o se cubre de arena, acechando los pecesillos que vienen a reconocer los filamentos carnosos, llevados de su curiosidad, o engolosinados con la apariencia, pues semejan anélidas u otros vivientes propios para la nutrición. El astuto

pescador no mueve el cuerpo, pero agita los filamentos, y aguarda, la boca abierta sobre el fondo arenoso, donde su lengua pintada de blanco y negro, como una tabla de ajedrez, se confunde con las piedrezuelas de la mar. Si el incauto pecesillo se aproxima, súbitamente se lanza el pescador sobre él, y lo aprehende con sus mandíbulas verticales.

III. Los guajacones Pecesillos de agua dulce

Si consideramos la pequeñez de estos peces, nos inclinamos a mirarlos con desprecio, pero si atendemos a que habitan las lagunas, arroyos y zanjas de nuestros campos y jardines, los cuales animan y amenizan con su presencia, al paso que los purifican por decreto de la Providencia, devorando el cieno y asimilándose las sustancias orgánicas en descomposición, los miramos como vecinos útiles y compañeros no menos graciosos que inocentes; el contemplador de la naturaleza no se desdeñará de observar sus juegos, sus amores, sus guerras, sus mansas vueltas, sus fugas rápidas; ya reunidos en manchas numerosas, ya aislados sobre el fango que sacuden y levantan al menor peligro para buscar en la turbación un lugar seguro; otras veces vienen a la superficie a hacer presa de moscas y hormigas, que otras luchas y otros juegos han precipitado en el líquido elemento; o bien tragan las semillas arrebatadas por el viento y arrastradas por la corriente. En tanto que la vista entretenida sigue en el agua sus mil evoluciones, recibe los reflejos luminosos, verdes, dorados purpurinos que envían sus tersas escamas. ¡Dichoso el que adorna con ellos sus fuentes, sus cristales, y olvida en su compañía los pesares de la vida!

IV. El anobio de las bibliotecas

Las cosas están dispuestas de tal modo, que todas las especies animales y vegetales se conserven en la tierra, ocupando cada una su lugar propio, viviendo sus individuos y muriendo sucesivamente, sacándose de la destrucción de unos el alimento necesario para la existencia de los otros. Si los cadáveres de los seres organizados fuesen incorruptibles e incapaces de menoscabo, la suma de los cuerpos muertos se haría con los siglos más voluminosa que la de los vivos, y no habría lugar para éstos en la extensión del globo. El remedio está a cargo de los seres más diminutos, que el vulgo huella con desprecio y que son necesarios al orden establecido, para lo cual se compensa lo infinito de la pequeñez con lo infinito del número, verificándose la sen-

tencia de que lo pequeño viene a ser lo grande, como lo proclama con este lema de la Sociedad Entomológica de Francia: *Natura maxime miranda in minimis*.

Injustamente se queja el hombre del daño causado a su industria por los insectos destructores de sustancias orgánicas; y tal vez sin agradecer el incesante trabajo de estos seres para purificar sus campos de la fetidez que esparcen por los aires los cadáveres de los animales muertos, y para purgar sus bosques de los troncos caídos, acusa la Providencia, que permite la destrucción de sus pieles acumuladas y de sus herbarios olvidados en los estantes. Lo mismo sucede con sus pergaminos, sus archivos, sus bibliotecas. Si los libros no se visitan, no se sacuden, no se leen; si los herbarios no caen en sujetos entendidos, ni en manos laboriosas, ¿de qué sirven al mundo? Tanto vale quitarlos del medio; y para esto acuden los insectos, que nos dan una lección saludable, declarando la guerra a la ostentación, prontos siempre a retirarse delante de la vigilancia del hombre. Tiempo dan para todo; pues ordinariamente sus procedimientos son lentos.

En el número considerable de insectos cuyas larvas se mantienen de despojos vegetales y animales, y de materias tomadas de estos dos reinos para aplicarlas a la industria, llama nuestra atención el insecto destructor de las bibliotecas en La Habana y otros puntos de la isla de Cuba. Pertenece al orden de los coleópteros, o insectos mandibulados, familia de los *Ptiniores*, género *Anobium* de Fabricio. El vulgo confunde, bajo el nombre de polilla, este coleóptero con el género *Lepisma*, de que tenemos una especie bastante grande, destructora de los papeles, a quien corresponde propiamente aquel nombre vulgar; pero que daña royendo la superficie de los cuerpos y perforándolos a la larga, sin practicar como el anobio agujeros y galerías laberintiformes en la masa de los libros.

El anobio de la isla de Cuba que denomino *Anobium bibliotecarum*, apenas se ve en otra parte más que en los libros, que perfora en estado de larva y destruye poco a poco. Este anobio tiene 2 ½ milímetros de largo; cuerpo pardo-oscuro, sin pubescencia, lustroso, pareciendo punteado cuando se mira con fuerte lente; la hembra no tiene estrías en los elitros, el macho tiene dos estrías a lo largo del borde posterior de estos órganos (omito la descripción minuciosa).

No ha llegado a mí noticia que este insecto destructor se encuentre en otra patria fuera de la cubana; y aunque he visto en las bibliotecas de Europa algunos libros agujereados a la manera de los nuestros, tengo datos para afirmar que el daño es causado por otra especie del mismo género, o de un género muy próximo. Durante los muchos años que recojo insectos en la isla de Cuba, no lo he hallado más que en los libros, salvo una vez que fue encontrado en una ceiba; pero he de citar un caso

excepcional, y es que el señor don Antonio Bachiller y Morales me remitió un trozo de cedro desecado y acribillado por las larvas del anobio de las bibliotecas, con individuos perfectos, machos y hembras, llamando al mismo tiempo mi atención sobre un parásito que no me era desconocido.

El insecto parece nocturno: sus estragos no son causados por el animal perfecto, sino por los hijos en estado de larva, que viene a ser el gusano antes de haber cobrado las alas. En general esto sucede en toda esta clase de invertebrados, pues el macho y la hembra viven el corto tiempo necesario para propagar la especie, mientras que las larvas, al salir del huevo, crecen con lentitud, mudando muchas veces la piel, y pasando por el estado inactivo de ninfa antes de su última transformación. La madre, atraída por el olor de los papeles y libros acumulados en bibliotecas cerradas, oscuras y húmedas, se introduce por los mínimos intersticios, y llega a las materias que deben servir de alimento a sus hijos; cediendo al imperioso impulso que la guía, deposita sus huevos sobre el lomo o cantos de los libros. Un corto número de larva salen de estos huevos, y penetran, con el auxilio de sus fuertes mandíbulas, en el interior del volumen, que perforan en galerías cilíndricas, comiendo los materiales y tapando con sus excrementos el camino que recorren. Los intrincados laberintos que de esta suerte practican, se notan en la orilla, principalmente en el lomo del libro, y sólo cuando la destrucción se encuentra muy adelantada, se resuelven a invadir el centro. En sus rodeos vuelve la larva a la superficie marginal, para procurarse una salida cómoda en su última transformación. Así es que los libros de margen ancho salvan muchas veces lo impreso. Los excrementos que la larva deja tras de sí son compactos y pegan las hojas, dejando el libro difícil de abrir; y causa admiración que el animal encuentre en las profundidades en que se aventura, suficiente cantidad de aire para los fenómenos de la respiración, necesarios a todo ser organizado.

Mucho importa a la salubridad de la atmósfera y a la salud de los seres que en ella buscan su existencia, que el cadáver de un buey desaparezca en breve; para este fin acuden las fieras terrestres y los buitres rapaces; acuden los insectos necrófagos que abundan en todas partes, entre ellos unas moscas vivíparas que devoran más que un león, gracias al número de sus hijos, y al desarrollo de las larvas, sucediéndose rápidamente las generaciones, y compensándose la pequeñez con el número. Pero en el caso presente, el enemigo es de fecundidad escasa, de desarrollo lento, de vuelo perezoso, cuyas generaciones se ceban en un mismo volumen; y cunden a otros tardíamente; por lo que ha sido llamado anobio, esto es, sin vida.

Da pues el tiempo necesario para ser combatido y vencido, y sólo llegará a ser temible y peligroso por culpa lata de los encargados de los

archivos. Demuestra la experiencia que cualquiera biblioteca establecida en la isla de Cuba se preserva de por sí por espacio de 20 y 30 años, sin que acuda de fuera la hembra del anobio a empezar sus estragos. Para prevenir constantemente el mal, bastará tener los libros y papeles en lugar seco y ventilado, evitando la oscuridad en cuanto se pueda. Con este fin se tendrán las bibliotecas sin vidrios, y en lugar de éstos un enrejado menudo de alambres para no dar entrada a las cucarachas y otros animales molestos. El mejor preservativo está en la renovación del aire, para que no se reconcentre el olor de los papeles, el cual puede solamente atraer la madre del anobio; esto sucedería con más razón si la humedad del lugar fuese causada de alguna fermentación en las materias orgánicas que entran en la composición de los libros. La mayor prueba de que las cosas pasan como las he referido, es que los libreros de La Habana, si no han tenido la imprudencia de comprar libros apolillados, son los que menos han sido molestados por el insecto; no pudiendo atribuir esta dicha a otro causa que a la de tener sus libros al polvo y al aire en estantes sin puertas y bien ventilados.

Para combatir el mal cuando ha cundido en una biblioteca, importan pocos los polvos de diversas sustancias que he visto echar entre las hojas de los libros, y que no penetran en las galerías calafateadas de excrementos donde se esconde el insecto; es menester desalojarlo uno a uno con un punzón y golpes de manos, hoja por hoja, sin dejar indicio de excrementos en parte alguna. Aun así, puede suceder que algunos huevos permanezcan y den lugar a la renovación del daño: por cuya causa es prudente pasar los libros después de la primera operación a un lazareto donde permanecerán algunos meses y se visitarán por segunda vez; conociéndose el daño nuevamente causado por el excremento nuevo que la larva depositara por necesidad en las galerías recientes; se repetirá la operación cada vez que sea necesaria, hasta no dejar un solo libro apeestado. Entonces descansará el bibliotecario por muchos años, si se arregla a las instrucciones del párrafo anterior.

Mejor fin se conseguirá si los fabricantes de papel estudian el efecto de ciertos ingredientes que pudieran introducir en la confección de aquel material; porque he visto libros que por la calidad del papel se han preservado en medio de la completa destrucción de otros. Recuerdo haber tenido en la mano una obra en folio o con bellas láminas de historia natural: todo el texto estaba comido, y las láminas quedaron intactas; cuando más, la primera arañada. El folleto de Remirez sobre las aguas de San Diego, impreso en La Habana, salvaba las cubiertas, que eran de una simple hoja de papel, al paso que perdían las demás hojas. Un lomo de pergamino preserva más que el becerro y la badana.

Para terminar este artículo, indicaré un parásito que vive a expensas de la larva del anobio: es un himenóptero, o avispa, de la longitud

y color de la hormiga común, más delgada de cuerpo: pierde muchas veces sus alas. Raro es el insecto destructor que no tenga por enemigo algun parásito, principalmente en el orden de los himenópteros; a éstos debemos en gran parte la conservación de los naranjos, amenazados por un imperceptible *Coccus*, tanto más temible cuanto más pequeño.

V. El jején (*Cecacta furens*) **Insecto díptero, furibundo habitador de playas**

Cualquiera que sea, para el navegante y el poblador de las costas cubanas, la molestia que recibe de las sanguinarias costumbres de los mosquitos, todo es poco comparado con las crueles agresiones de unas mosquitas imperceptibles, que el vulgo ha aprendido a conocer, a pesar de su pequeñez, y que distingue con el nombre de jejenes. Si los naturalistas no lo conocen bien todavía, echen la culpa a su desidia y no a la falta de instrucciones que hayan encontrado en el país habitado por estos diminutos y furiosos enemigos. No se ignora en Europa que hay en las Antillas algunas especies del género *Culex*, llamadas en Francia *cousins*, que afligen a los hombres hasta el punto de obligarlos a encender hogueras en el campo para ahuyentarlas con humo, y de dormir al abrigo de cortinas transparentes que se llaman mosquiteros; entre ellos, el que en La Habana se muestra con patas alternativamente anilladas de blanco y negro, y que el señor Robineau-Desvoidy denominó *Culex mosquito*; pero no se sabe todavía a qué género, ni siquiera a qué familia, pertenecen los jejenes, que los viajeros llaman confusamente en lengua francesa *maringouins*, *moustiques*, *mosquilles*, *mostiques*, corruptelas de la voz española mosquita o mosca pequeña, correspondiente a la palabra inglesa *gand*; bien que el jején es propiamente en inglés *gand fly*, mosca de arena. Unos creen que es una especie de *culex*, de pequeñas dimensiones, y éstos lo llaman *maringouin*, nombre que también se aplica a los mosquitos; otros lo indican con nombres genéricos que ni siquiera pertenecen a la división de los dípteros de antenas largas, como los que sospechan que sea un empis. El sabio Latreille, en el *Nuevo diccionario de historia natural*, edición de Deterville, dice que abundan en la Luisiana y le fue comunicado por el botánico Michaux; habiéndole parecido una especie del género *Simulium*, que llaman vulgarmente *moustique*. Veremos que este género es distinto del jején, pues es de la familia de las tipularias, y ofrece antenas de once artículos.

El mismo Latreille parece conocerlo así, pues se lamenta de la incuria de los naturalistas viajeros, que solamente lo han indicado como perteneciendo a una especie de díptero distinto del *culex*, mínimo de cuerpo, cuya presencia no se anuncia con zumbidos, plaga enojosa para

el hombre y los animales. “Es muy extraordinario —dice aquel príncipe de los entomologistas— que los viajeros no se empeñen con frecuencia en recoger los objetos que más merecen nuestra atención: los mosquitos y los jejenes (*maringouins et moustique*), que atormentan los habitantes de las regiones de América, carecen de observadores científicos”.

La pequeñez de este insecto, lejos de ser para mí um motivo de aversión, me ha empeñado con frecuencia en su estudio, deseoso de vencer la dificultad que presenta su anatomía externa a los ojos armados de aparatos microscópicos. La inspección no de uno o de pocos individuos, sino de un número de ellos considerables, principalmente para la representación de la trompa, me ha dado por resultado una boca compuesta de seis piezas separadas y afiladas como lancetas, sin contar la inferior que las abraza todas.

Llámanse dípteros los insectos de dos alas, y de boca propia para chupar. Los naturalistas dividen primordialmente este orden en *Nemocera* y *Brachycera*, a saber, antenas largas, filiformes, y antenas cortas: el jején pertenece a la primera división. Los nemóceros se subdividen en dos familias: la de los culicidios, en que está el mosquito común, y que tiene por caracteres un sifón u horador de seis piezas, largo y delgado y palpos rectos; y las de las tipularias, que son muy zancudas, y tienen por caracteres un sifón de dos piezas, corto y grueso, palpos encorvados. El jején no pertenece a ninguno de estos dos extremos, y forman una familia nueva, intermedia, que llamo de las *ecactanas*, y se distingue por un sifón de seis piezas como los culicidios, y de trompa corta, palpos corvos, como las tipularias. Es al mismo tiempo el único género, única especie de dicha familia.

Género Ecacta. El género *Oecacta* que aquí establezco viene de la palabra griega *Oicactes* que significa habitador de playas, y que se escribe en latín *Oeactes*, habiendo preferido abandonar la terminación en *es* para prohijarla en la lengua latina, conforme el consejo de Fabricio, que dice en su *Filosofía entomológica: Sonus nominum, quantum fieri potest, facilitandus, ideoque nec groeca, nec barbara admittimus; et terminationem groecam in latinam mutamos; v.g. Saperdes in Saperda.* Únicamente se me ofreció una duda sobre hacer el nombre masculino o femenino, séase *Oeactus* o *Oeacta* (*Ecacto* o *Ecacta*); pareciéndome que puesto que en español el jején es masculino, lo mismo que el mosquito, debía conservarle este género en latín. Pero mi amigo el doctor Gundlach, a quien consulté seriamente sobre este particular, me ha dado con donaire una respuesta que no creo indigna de la seriedad de este artículo, y que tomo bajo mi responsabilidad, ya que me he dejado convencer por ella, por más que las compañeras del género *Homo* se empeñen en desmentirla: y es que el modo de embestir del jején, calladamente y con daga corta, es propio del sexo femenino; siendo al

contrario la guerra del mosquito varonilmente declarada con música, y sostenida con lanza o espada larga. Esta opinión de mi docto amigo es conforme con la del entomologista citado, que muda la *es* en *a*.

El género *Ecaeta*, además de los caracteres de familia que trae el párrafo tres, presenta antenas de quince artículos y palpos de cinco, sin ocelos en la parte superior de la cabeza, ni espinas en las tibias, ni ve-sículas en los tarsos; alas con pocas nervuras y en gran parte escamosas. Los dos sexos difieren poco.

Oecaeta furens, la furibunda ecaeta. Longitud: dos milímetros, desde la extremidad de la boca hasta la punta de las alas; tórax de un gris cobrizo, pareciendo bronceado, con manchas oscuras por encima y por los lados; abdomen negro, patas blanquecinas, con las articulaciones negruzcas, y un anillo de este color en medio del fémur y de la tibia; alas apareciendo, sin reflejo, blancas con manchas negras, frente y antenas rubias (omito la descripción minuciosa).

Las playas de las Antillas y de los estados meridionales de la Unión americana están plagadas de pequeños dípteros, que tal vez pertenecen a diferentes géneros, como induce a creerlo el reconocimiento de la *Simulia*, presentada por Michaux al señor Latreille; ignoro, por lo tanto, si la ecaeta furibunda o el jején de Cuba es exclusivo de esta Isla. Sólo podemos asegurar que entre todas las especies es de las más atormentadoras. ¿Quién podrá decir dónde se cría la larva, y quién dará su descripción? Hay un dicho entre nosotros que expresa la dificultad de este descubrimiento, pues para ponderar el alcance de un hombre sabichoso, se dice que sabe dónde el jején puso el huevo. Lo único que sobre este capítulo podemos sospechar, es que la larva es acuática, y se cría en los focos de fermentación marina, a lo menos de agua salobre; porque solemos hallar los jejenes en las playas de la mar o en sus inmediaciones, aconteciendo rara vez encontrarlos en el interior de las tierras. Cuando más abundan es en los tiempos de calma y al acabarse el día: el viento los ahuyenta y los obliga a refugiarse en las malezas y a remontar los ríos; así es que en Cojímar, cuando no los hallaba en la playa, los iba a buscar con fruto a media legua de la boca, esto es, al pie de la loma que está enfrente de Guanabacoa. ¿Acaso se cría en árboles marítimos? Esto es lo más probable. Pocos he encontrado en Cayo Blanco, ensenada de Cárdenas, donde no hay más que arenas y mangles; y muchos en Cayo Galindo, que abunda en vegetación variada. Era allí tanta la abundancia en el mes de agosto, que anublaban el aire, se agolpaban a los ojos y se introducían por las fosas nasales hasta penetrar en la traquea-arteria; yo fui con ánimo de hacerles la guerra, y me retiré vencido, consolándome con la fábula del león abatido por una mosca. Huyendo de esta playa, tienen las embarcaciones que mantenerse a una distancia de media legua del litoral, y los navegantes renuncian a la seguridad y

placer de dormir en tierra, para no pasar la noche en compañía de aquellos habitantes inhospitalarios.

Cualquiera, al oír esta relación, pensará que la isla de Cuba es un país inhabitable, a lo menos sus costas y riberas; pero afortunadamente no es así. Los puertos de mar, como son los de La Habana, Matanzas, Cárdenas, etc., donde domina el trato y comercio de los hombres, no están invadidos por las legiones agrestes de jejenes, como los cayos y costas solitarias, rodeadas de montes y espesuras: parece que los vegetales son necesarios a su existencia, no como criaderos de larvas, sino como abrigos seguros contra los ventarrones y los excesivos ardores del sol a ciertas horas del día. Varias playas he recorrido impunemente; y en las más afligidas por este linaje de insectos, hay meses, días y horas de descanso.

La picada del jején es dolorosa, no menos que la del mosquito; pero el jején es más molesto, porque es más difícil de apartar. Invisible enemigo, y audaz, penetra por todas las aberturas que dejan el cuerpo indefenso; y cuando se viene a sentir su aguda lanceta, ha penetrado hasta la base, por ser más corta que la del mosquito, y más robusta. La actividad del veneno que vierte en la herida es mayor en proporción, siendo muy probable que si el insecto fuera más corpulento, causaría efectos peligrosos, conspirando en nuestro daño la calidad y la cantidad del fluido derramado.

Para preservar sus cuerpos desnudos de las picadas de los mosquitos y jejenes, acostumbraban los indios untar la piel de cuerpos aceitosos.

VI. La culebrita de la crin (*Gordius aquaticus*)

La imaginación del vulgo ha mezclado en todos los tiempos ideas fabulosas con hechos verdaderos de la historia natural. Amigo de lo maravilloso, ignorante, crédulo, ha forjado monstruos, ha desfigurado con sus exageraciones las verdades más sencillas, y les ha dado el traje de su loca fantasía. Pero si bien se examina, se reconocerá siempre la exactitud de este aforismo: “En todo error vulgar, hay un hecho verdadero”.

El pelícano, símbolo de la maternidad, que alimenta sus hijos con pedazos de sus propias entrañas, es el alcatraz que distribuye a sus polluelos el pez contenido en la ancha red que pende de su garganta. El *ichneumon*, que entra en el estómago del cocodrilo y devora sus entrañas, es la mangusta de Egipto que recorre las orillas del Nilo destruyendo los huevos de este reptil carnívoros. La rémora que detiene un buque lanzado en su carrera, es el *naucrates* de los naturalistas, que conocemos en la isla de Cuba con el nombre de pega, el *reverso* de los

primeros descubridores, que se adhiere a los peces mayores y a las embarcaciones por medio de un disco laminoso que lleva encima de la cabeza, el mismo que sirvió a los indios para pescar tortugas. El puerco espín lanza sus púas como flechas para su defensa, dice el vulgo. ¿En qué funda su opinión? En que ha visto las púas clavadas en el tronco de un árbol. Pero es de conocer que el animal acometido se lanza con sus armas erizadas sobre su enemigo; y si éste esquivo el encuentro, puede el puerco espín dar contra un árbol y dejar en él clavadas sus espinas. Dicen que los alacranes devoran a su madre, porque se ha encontrado la madre muerta y medio devorada, cubierto el dorso de numerosos hijos. La verdad es que la alacrana carga con solicitud materna sus hijos recién nacidos, hasta que mudan la primera piel. Si muere en uno de sus partos, las hormigas las devoran antes que los hijos la desamparen. Dicen que la jía nace de la avispa, y la araña peluda de la uña del gato: muchos han visto el vegetal desarrollándose encima del cadáver de aquellos insectos; pero no saben que ese vegetal es un hongo del género *Clavaria*. ¿Qué diremos de las sirenas que halagaban con su canto, con la hermosura de su rostro, con la desnudez de sus pechos acariciados por las olas, pero torpes en las formas posteriores de su cuerpo y en la cola escamosa parecida a la de una culebra? ¿Quién diría que esas seductoras criaturas debieron su existencia a la imaginación herida con la vista de una foca o de un tosco manatí?

La culebrita de la crin, así llamada por el vulgo, es conocida en Europa con el nombre de gordio acuático. Se cría en los fosos de agua dulce, en los charcos y lagunas, y hay muchos en la isla de Cuba. Los hombres ignorantes que llevan a bañar caballos a estos charcos, los han encontrado muchas veces; y como son de un diámetro poco más grueso que una crin de caballo, sobre diez pulgadas de longitud, han creído que provenía de la crin de este animal, transformada en culebra. En el curso de mi vida he hallado hombres que admiten esta maravilla, y la defienden con tanto más ardor cuanto está más distante de la verdad.

No es menester acudir a invenciones maravillosas para hallar un atractivo en la historia natural. En los seres pequeños como en los grandes encontramos maravillas, superiores sin duda a las mentidas relaciones de la mitología antigua. Y si pasamos los días observándolos, pronto querremos pasar las noches en tan agradable ocupación, y la preferimos a las diversiones más vivas. El gordio acuático merece ser estudiado en un vaso de agua en cuyo fondo se deje precipitar el fango. Póngase en el agua un pedazo de madera, una ramita donde el animal pueda enroscarse, atarse, desatarse, como acostumbra, echando siempre la cabeza fuera del nudo. Admira lo intrincado de sus ataduras y la facilidad con que las deshace, pasando de un nudo a otro. Nada puede

compararse a este juego admirable: ni las sinuosidades del meandro entre los ríos de la Grecia asiática, ni el enroscamiento de las serpientes en sus nidos, ni lo inextricable del nudo de gordio, que Alejandro cortó de un golpe de su espada. De aquel rey de Frigia y de su nudo célebre recibió la falsa culebrita de la crin el nombre que tiene en la ciencia, dado por el célebre Linneo, que en medio del laconismo de su estilo, tenía la imaginación poética de su rival el Conde de Buffon; con la diferencia de que el primero describía con una sola palabra lo que este último con ciento.

El gordio pertenece a la clase de los *Helminthos*, llamados también *Entozoarios*, porque casi todos se crían en el cuerpo de otros animales; la mayor parte en el canal digestivo. Los que he tenido a la vista tenían diez pulgadas de largo y media línea de grueso, cuerpo cilíndrico, disminuyendo un poco hacia delante, y mucho en la parte posterior; piel lisa, color castaño. La parte anterior, redondeada en su extremidad, ofrece un punto impreso que corresponde a la boca; la extremidad posterior no me ha parecido perforada; pero el señor Dujardin, buen observador, indica que está abierta para servir de ano y orificio genital; este mismo apreciable naturalista ha reconocido en el interior un tubo digestivo y un vaso dorsal, último vestigio del sistema vascular. Dentro del agua el cuerpo es elástico; en el aguardiente se pone rígido, y fuera del agua se aplasta. Los sexos son separados; distinguiéndose los machos por la extremidad bífida de su cuerpo.

La parte anterior, correspondiente a la cabeza, es blanquiza, transparente; y aunque no tenga ojos, parece que en ella reside difusa o diluida la sustancia nerviosa que permite la visión. Es lo que las costumbres del animal inducen a creer; porque en todos sus intrincados nudos, cuida de dejar la cabeza fuera, tendiéndola y moviéndola como quien la dirige a las funciones visuales. Bien sé que Lamarck niega esa función en los animales inferiores desprovistos de ganglios y filamentos nerviosos; pero no ha prevalecido su opinión, y las hidras, más simplemente organizadas que los gordios, parecen sensibles el rayo de luz que ilumina la tinaja en que se crían, sin embargo de no tener localizado el fenómeno en ningún punto de su organización.

La descripción que precede demuestra que el gordio está muy distante de merecer el nombre de culebrita, puesto que es un animal invertebrado. A ningún autor se le ha ocurrido la idea de que fuese una crin transformada en helminto, y mucho menos en culebras. Se describen más de una especie, que Dujardin se inclina a considerar como variedades del *Gordius aquaticus* de Linneo, a cuya descripción se acomodan los individuos cubanos; resta saber si son indígenas o introducidas. Los he tenido de La Habana, y Gundlach de Santiago de Cuba; los he encontrado también en Santa Fe, Isla de Pinos.

He dicho que el vulgo, en medio de sus exagerados conceptos, toca de cerca las verdades. Entre las varias especies de gordios, algunas se han encontrado en los intestinos de insectos coleópteros. ¿Proviene acaso el gordio acuático de los intestinos del caballo? Así pudo ese animal echarlo con sus excrementos en los charcos que frecuenta, confirmando el parentesco que el vulgo traduce a su modo.

VII. La avispa de la jía

Ningún orden de insectos ofrece tanto interés, con respecto a las costumbres, como el de los himenópteros, así llamados por la naturaleza de sus alas membranosas, las cuales son además transparentes, desiguales en tamaño y venosas. La boca es masticadora, en parte chupadora, y las transformaciones son completas. Las formas de los diferentes géneros y especies son muy variadas, no menos que el modo de vivir: unos son taladradores, otros cavadores, otros cuelgan sus nidos entre las ramas de los arbustos, otros labran miel en panales admirablemente contruidos, otros forman bajo la tierra repúblicas bien pobladas donde la crianza de los hijos está a cargo de individuos que no son sus madres, y en quienes es instintiva la solicitud materna; otros bien nombrados parásitos, viven a costa de orugas y otras larvas de insectos.

El género *Poliste SpheX* de Linneo cuenta en la isla de Cuba una docena de especies de diferentes tamaños, que forman en compañía nidos de una sustancia vegetal masticada y reducida a la naturaleza del papel; y lo cuelgan de los árboles o de las peñas enriscadas. La especie mayor tiene más de una pulgada de longitud: su nido, compuesto de 150 a 200 células, tiene la forma de un quitasol abierto, y se ata por el centro; las células son por consiguiente perpendiculares: éste es el *Polistes carnifex* de Fabricio. La especie que la sigue en magnitud, no pasa de una pulgada, es de colores más festivos, su nido ancho de cinco pulgadas y largo de diez o quince, es vertical, las células numerosísimas son horizontales, y cuelga por uno de sus extremos; esta especie ha sido llamada por Fabricio *Polistes lineatus*. Las otras son de mucho menor tamaño, y sus nidos llaman poco la atención.

Entre todas las especies, el *Polistes lineatus* es el que ha merecido en esta Isla el nombre de avispa de la jía. Pero antes de entrar en la explicación de este fenómeno, daré algunos pormenores sobre las costumbres del animal. A principio de la primavera una madre fecundada y por ahora solitaria, da principio a su nido colgando de un arbusto o de un peñasco la primera célula, y al lado de ésta, otras y otras muchas; y según va adelantando en su trabajo, deposita en el fondo de cada célula

un huevo, del cual tarda un poco en salir una larva, que presenta a su madre su boca hambrienta pidiéndole el sustento. La madre está bien ocupada, tanto en traer los materiales para su nido, como para sacar de las frutas o de las entrañas de otros insectos el alimento necesario para sí misma y para sus hijos. Éstos, bien alimentados, crecen rápidamente, y cuando llegan a la edad adulta, quedan encerrados en una célula, donde se convierten en ninfas, y últimamente en insectos perfectos de todos los sexos: todos ayudan a la madre a construir la habitación de los hermanos futuros. Este incesante trabajo dura hasta fines de otoño, y la sociedad se dispersa. Los miembros que la componían llegan de diversos modos al término de su vida: unos son presas de aves insectívoras, otros, y éstos son los machos, víctimas de sus propios instintos, mueren por ley forzosa después de haberlos satisfechos; otros, arrebatados por los primeros vientos del norte, buscan un abrigo en los huecos y grietas de robustos troncos, o al pie de humildes arbustos, y en medio de sus raíces. Allí se salvan algunos para perpetuar su generación en la primavera entrante; otros mueren a veces congregados en cierto número, y con la humedad de la tierra y de la atmósfera, no es muy raro encontrar ciertos individuos convertidos en vegetales, recuerdo veraz de las fabulosas metamorfosis de Siringa y de Dafne en el brillante poeta latino que floreció en el siglo de Augusto.

He dicho que las avispas van a morir al pie de un árbol, y este árbol, entre otros, fue una jía. Un vegetal brotaba del cuerpo de cada una de ellas. ¿Qué podía ser sino la misma jía? El fundamento del error popular no tiene otra explicación. Yo decía a un hombre del campo, que afirmaba este prodigio: Amigo mío, los principios van siempre encaminados a un fin análogo. Si usted afirma que de las avispas nacen las jías, tiene usted forzosamente que admitir que de las jías nacen las avispas. —No hay dificultad en admitir esto, respondió el campesino—. Sí, hay dificultad —repliqué yo—, porque cada ser viviente engendra a su semejante: los árboles nacen de semillas y dan semillas, aunque algunos árboles dan semillas aladas, ésta es una expresión figurada, y es absurdo creer que den insectos con verdaderas alas. La ley es general: de los guachinangos grandes nacen los guachinanguitos, y de los indios mayores nacen los indios chiquitos.

Un sujeto de gran mérito, que estaba presente, tomó la palabra, y dijo: Es muy cierto que avispas no nacen de las jías, pero también es cierto que las jías nacen de las avispas, en el sentido de que estos animales en vida tragan la semilla, que es muy pequeña, y mueren antes de haberlas digerido, por lo que germina después en el cadáver del insecto, como pudiera hacerlo en terreno abonado; muchos los han vistos, y yo soy uno de ellos. —¿Y ha visto usted también la semilla de la jía? ¿Está usted seguro de que es muy pequeña? —No la he visto, pero lo supongo.

Mala suposición, porque es bastante grande, y no puede ser tragada por una avispa. Además, el insecto no es granívoro; su boca, aunque armada de mandíbulas para despedazar, presenta sus otros instrumentos cibarios en forma de trompa o *promúscide*, propia solamente para chupar alimentos semilíquidos, como sucede en la abeja; y no es el himenóptero un insecto masticador como el coleóptero y el orthóptero.

—Lo que puedo asegurar es que estaba presente en la Vuelta Arriba hace algunos años, cuando el señor don M. R. F. recorría la isla para formar un artículo geográfico-físico-político sobre esta grande Antilla; y entre otras curiosidades naturales de nuestro suelo, le fue presentada una maceta curiosamente sembrada de avispas, todas ellas con el tallo reciente de la jía, que brotaba de en medio de cada cuerpo, y las dos mitades de la semilla aún sin abrir, con la cascarita encima, que no le faltaba más que caer para que el vegetal creciera en todo su desarrollo. —Mucho ven los ojos del cuerpo ayudados con los de la imaginación. Esas dos mitades de la semilla, ¿supongo que serán los cotiledones? —Tal vez serían. —¿Y la cascarita será el pericarpio? —Puede ser. —Pues yo digo que los que presentaron la maceta al señor R. F. debieron haber esperado que cayese el pericarpio, y que la planta abriese sus cotiledones, y echase las primeras hojas seminales. Por otra parte, quisiera saber cómo explicó este fenómeno el señor R. F. —No se le pidió su parecer sobre este particular.

—Fue una falta de advertencia, porque me consta que le daba una explicación más natural. De todos modos, hicieron ustedes bien en no esperar el mayor desarrollo de la planta, porque estarían aún esperando, en el concepto de que los supuestos cotiledones eran la cabeza de un hongo, y el soñado pericarpio sería el germen productor de este criptógamo.

A esta conclusión vienen a parar los diálogos anteriores. El tallo que sale del cuerpo de la avispa no es la jía, pero es un vegetal, y este vegetal es un hongo perteneciente al género *Clavaria*, que a veces termina en una cabezuela, otras veces se ramifica. Todos los que he visto en las avispas son de cabeza; pero en la araña peluda, en larvas de prionos y escarabajos, vulgarmente llamados gusanos blancos de la madera en descomposición, y en algunas mariposas del género *Esfinge*, las clavarias terminan en punta, y a veces se ramifican. El hongo que brota del polistes americano es simple, de un milímetro de grueso sobre treinta de largo; termina en una cabeza del tamaño de medio grano de arroz: sale constantemente de la parte inferior del tórax o pecho del insecto, entre las dos patas anteriores. Jamás se ha encontrado en el polistes carnívoros, ni en las otras especies conocidas en Cuba. No puede haber nacido sino de hongos de la misma especie, que esparcen sus semillas por el ambiente, o bien a consecuencia de lo que se llama creación espontánea; de ninguna

manera por semillas de jía detenida en el estómago. A esto último se oponen lo dicho en el párrafo anterior; el estudio del vegetal, y la circunstancia de que el estómago no está en el tórax, sino en el abdomen o vientre del animal. Contra la opinión de las creaciones espontáneas pugna la experiencia, la cual demuestra que de una época geológica a otra, la materia pierde su fuerza plástica, siendo necesaria la generación en cada autor para reproducir su especie, pues está bien probado que la corrupción no engendra.

Nota. Posteriormente a la publicación del artículo que precede —guiado por Robin—, he venido a conocer que los esporulos de los hongos descritos germinan en vida del insecto dentro del cuerpo, donde probablemente se han introducido por las estigmas (vías respiratorias), y han sido causa de la muerte del animal.

VIII. La abeja (*Apis mellifica*, Linneo)

La república alada de las abejas ha sido en todo tiempo, para inteligencia humana, un objeto misterioso e instructivo, tanto más digno de su atención, cuanto más las ha asociado a su vida doméstica y a sus intereses económicos. El político Saavedra Fajardo ha visto en ellas el símbolo de un gobierno monárquico, fundado en el sólido cimiento del amor del súbdito hacia la madre soberana, y ésta justifica este amor por su incesante solicitud en la conservación de la numerosa prole que rige con su presencia. El hijo de Apolo y de Cirene, el pastor Aristeo, halló en la familiaridad de aquellas industriosas pobladoras el consuelo de su vida mortal, y endulzó con su compañía los rigores de su soledad. El poeta de Mantua ha dormido al pie de los sauces floridos, al blando susurro de sus alas, mientras buscaban el sustento entre las flores. El lírico de Teos las cantó robando el néctar a los labios de una hermosa, o picando sus sonrosados dedos que curaba la boca de un amante. Nacidas las abejas en las comarcas de la Europa meridional, dieron celebridad a los montes Híbleos de Sicilia, y al Himeto de la culta Ática, de donde han extendido su dominio por todo el continente céltico y por la región del Atlas, pasando más adelante, han invadido la América, no para arrebatarse sus tesoros y despojar sus campos, sino para transformar lo sobrante de sus flores en rica miel y útil cera en beneficio del suelo que le suministra los materiales;¹ al paso que sacudiendo las anteras entreabiertas, y esparciendo su polvo sobre el seno de la flora, aumentan la fecundidad del reino vegetal. Precursoras de la industria y de la civili-

¹ Memorias de Chateaubriand.

zación, guardias avanzadas del hombre blanco en los bosques y praderas del nuevo continente, a su aspecto se retira el indio y retrocede el búfalo.² Guías del cultivador que marcha a la conquista con el azadón y la mata de trigo, se anticipa a pasar el río y el desierto, y le señala el rumbo que ha de seguir. Estos insectos grandemente instintivos, privilegiados con un destello de razón, primer grado de la admirable inteligencia que distingue al hombre, muestran en pequeños cuerpos grandes pasiones, y ofrecen al naturalista filósofo un problema importante que resolver, en la calificación de lo que se debe al instinto y de lo que es el resultado de una luz intelectual.

IX. Historia de las abejas en la formación de una colonia

El aumento de la población es causa de la separación de una parte de los individuos que la componen, y de la formación de una colonia. Esto no sucede sin el nacimiento de una nueva reina. Apenas ésta se ha desnudado del zurrón que tenía la ninfa cautiva, cuando procura salir de su alvéolo, abriendo una brecha con sus mandíbulas. Las obreras, que están al tanto de todo, se oponen a su intento tapando la brecha con pedazos de cera; con lo cual se mortifica en extremo la encarcelada, y hace oír un ruido agudo y fuerte, causado por el sacudimiento de sus alas en su amplia celda. El ruido llega a los oídos de la abeja madre, la cual, presumiendo lo que es, deja de ver todas las apariencias de encono que la rivalidad despierta en iguales casos en ánimos superiores o criaturas racionales. Esta reina, que en las demás circunstancias de su vida se muestra lenta, o si se le permite la expresión, pausada y grave, entra en furor a los primeros indicios que le revelen la existencia de una competidora, y se encamina precipitada a la celda que la contiene, dispuesta a castigar su competencia con la muerte. La población se alborota, los trabajos ordinarios se suspenden: las obreras ponen obstáculos a la ira femenina; sin emplear con todo la violencia, pero amontonando sus cuerpos en el camino de la abeja madre, para cerrarle el paso. La resistencia de los súbditos irrita cada vez más a la soberana, y en uno de sus violentos accesos de cólera, sale de la habitación donde su autoridad es desconocida, y con ella se van la mayor parte de los habitantes destinados a formar una nueva colonia: de suerte que el enjambre que sale va siempre capitaneado por la vieja madre. En medio del tumulto y confusión que esta escena produce, la nueva reina se pone en libertad, y conserva bajo su gobierno las abejas más jóvenes, y las que por hallarse en el campo no

² Viajes de Washington Irving.

se vieron comprometidas en la acción, como también las que van saliendo diariamente de su estado de ninfa. El primer cuidado de la recién nacida, cuando se encuentra en posesión de su colmena, es asegurar su única autoridad a costa de la vida de sus rivales, contenidas en otras reales celdas. Las obreras esta vez no ponen obstáculos a su rigurosa determinación. Abre la reina con sus propias mandíbulas las paredes de las celdas reales y encaja su temido agujijón en el cuerpo de las infelices prisioneras, en cualquier estado en que las encuentre, ya ninfas próximas a romper su capullo, ya tiernas y desnudas larvas; las obreras, impasibles espectadoras de estos asesinatos, penetran dentro de las celdas para extraer un cadáver que arrojan fuera de la colmena.

A veces sucede que nacen dos reinas a un tiempo, iguales en fuerzas, igualmente animadas y celosas de sus derechos. En este caso un duelo mortal se ha de seguir necesariamente, porque la república no se acomoda con dos cabezas. Las obreras, lejos de oponerse a la contienda, la provocan y la hacen inevitable, porque ponen en presencia las rivales, y no consienten la fuga. Las dos hembras se acometen, y procuran con arte o sorpresa alcanzar la posición más favorable, que es la de situarse sobre el cuerpo de la enemiga, para introducirle el encorvado agujijón debajo de las láminas que defienden los segmentos abdominales. Pero la lucha no se presenta siempre tan desigual: hay ocasiones en que, mordiéndose las antenas y trabándose las patas, se encuentran las luchadoras frente a frente, vientre con vientre, expuestas a matarse mutuamente y dejar la colonia sin directora. La inquietud en este momento es notable en las espectadoras: parecen comprender el gran peligro de que están amenazadas. Las combatientes mismas, por un movimiento instintivo, y como sobrecogidas de un súbito horror, se separan y se retiran; luego vuelven con mayor tesón, y dan fin al combate con la muerte de una de ellas.

A los peligros de la guerra y a la satisfacción de la victoria sucede la unión sexual, y poco después, la matanza de todos los machos. Los zánganos no trabajan, porque su organización no se lo permite: comen la miel recogida por las obreras. Cuando ya no son necesarios para la reproducción de la especie, su presencia se considera como perjudicial, y son exterminados. Las neutras les caen encima, a veces tres o cuatro contra uno, a quien aseguran por las antenas, las alas, las patas, lo maltratan con los dientes, y lo perforan con el agujijón: el macho, privado de esta arma ofensiva, resiste malamente; unos perecen sobre los paneles en que nacieron y fueron alimentados, otros arrastrados medio vivos fuera de la colmena, reciben al pie de ella los golpes mortales. Algunos fugitivos buscan un refugio en otras habitaciones, y en todas encuentran la misma hostilidad y la misma triste suerte.

X. Las tériades³

Las tériades pueblan las praderas, y como amedrentadas de la espesura de los montes, vuelan a la llanura, visitan los jardines creados por nuestra industria, se aparecen en las veredas más trilladas, besan los pies del caminante, provocan su mano, y la burlan de flor en flor. ¡Hijas graciosas del aire, flores aladas, fugitivas, símbolos de inocencia y de candor, así jamás los dedos groseros del hombre mancillen vuestras delicadas escamas: que vengáis os ruego a señorear mi mente, y ahuyentad las cuitas que el trato social me envía! Juzgo que es un daño merecido por haberos alguna vez aprisionado; prefiriendo a la tranquila felicidad que me ofrecíais, un estudio que empieza por un delito, pues llegué a quitarles la vida, y acabar en sacrificios amargos. Toda ciencia es a costa de los afectos más suaves, a quienes la tirana roba las horas y los momentos, en medio de una sociedad tan justamente combatida, tan ingratamente calumniada, y con tan vivo instinto solicitada; llegando el egoísmo de esa pasión hasta el extremo de usurpar el paso a los deberes más sagrados, pero si grata es la contemplación activa de la naturaleza, para apartar la idea de la muerte y el espectáculo de las miserias humanas, más sublimes y más grata es la virtud en contacto con la humanidad, y ocupada en aliviar sus males.

*Généreux favoris des filles de Mémoire,
Deux chemins différents devant vous vont s'ouvrir:
L'un conduit au bonheur; l'autre mène à la gloire;
Mortels, il faut choisir.*

Lamartine

³ Las tériades son pequeñas especies de mariposas diurnas, domina en ellas el color amarillo o blanco, con el borde de las alas negro.

POLICÍA DE LA PESCA



INTRODUCCIÓN SACADA DEL REPERTORIO FÍSICO-NATURAL DE LA ISLA DE CUBA

La policía de la pesca ha sido, con razón, mirada por nuestras leyes como un objeto de mucha trascendencia, no sólo por lo que interesa al consumo público, sino también por lo mucho que importa al Estado, puesto que este oficio lucrativo es un elemento de población para nuestras costas, y un semillero de buenos marinos.

Formaríamos un código voluminoso si quisiéramos considerar esta policía en sus diversos ramos, abrazando todos los instrumentos o artes que la sagacidad humana ha forjado para aprisionar a los habitantes del mar; empleándolos ya con el pie en tierra, y la mano simplemente armada de una caña flexible, ya paseando por el fondo de las ensenadas las redes barrederas, no sin perjuicio del desove y de la tierna cría; ya cruzando las líquidas llanuras en un frágil barquichuelo, con doscientas o cuatrocientas brazas de cordel; ya persiguiendo con harpones al Leviatán entre los hielos del polo. El objeto que me propongo es más humilde; mas no carece de importancia.

DISCURSO LEÍDO EN EL LICEO DE LA HABANA
EN 1858, EN LA DISTRIBUCIÓN DE LOS PREMIOS
ADJUDICADOS EN LOS JUEGOS FLORALES



Señores, ¡elevad el alma! Estáis en el Liceo de la Habana. No es éste un lugar de simple distracción y honesto entretenimiento, sino también, una escuela de urbanidad y de buenas costumbres, donde la tertulia amena, el teatro, la música, la pintura y el baile se dan las manos, y se auxilian mutuamente, para deleitar e instruir, conforme al precepto de Horacio: *Utile dulci*.

Vosotros que os dais por difuntos, cuando os falta el tumulto y sacudimiento de grandes emociones, muchas veces habréis dicho con Lamartine:

“¡Quién pudiera bogar por la líquida llanura, bajo de la enlutada esfera, al fulgor de los relámpagos, en frágil barquilla, rasgada la vela, rota la entena, arrebatados por los aquilones y a la merced de las olas tempestuosas, surcando el inmerso océano, abismado mil veces en su seno, mil veces sublimado en sus crestas espumosas!”

No es menester ir tan lejos, señores. Para ser conmovidos, venid al Liceo, escuchad la música. Ella os llevará al océano sin límites, os paseará por sus hondos cimientos, os ensalzaré sobre la espuma.

El músico lanza una nota, nos lleva tras de ella: ya nos exaltas, ya nos abate. ¿Quién duda que el violinista tenga nuestros corazones en la punta de su arco? Con él nos columpia en calma por los aires, o nos arrebatata con la tempestad, o nos conduce con el tren y al paso de una locomotora. Enciende en nuestros pechos el ardor guerrero, la piedad, la ternura: tristes o alegres al arbitrio de su instrumento políglota.

Otras veces produce la música un efecto inesperado. Me encuentro abstraído, no sé lo que pasa en derredor; ya no estoy en el Liceo, olvido el tema, mi espíritu arrobado recorre las orillas del Ganges, o asciende a la cima de las Himalayas; o contempla un tipo ideal de sensibilidad, de virtud, de belleza... y al oír la última nota, caigo en mi asiento, como quien despierta de un sueño prolongado; no bien repuesto aún de los

millares de leguas que he viajado por el orbe entero, y de tantas emociones recibidas en tan cortos momentos.

No menos poderosa que la música, la declamación tiene los ánimos y los corazones pendientes de ajenos labios; con la verdad de la acción, la naturalidad de los acentos, el mágico poder del estilo, nos convierte en héroes; nos transforma en magistrados íntegros, guerreros esforzados, prudentes y a la par indulgentes padres de familia, amigos fieles, amantes apasionados; y cuando descalza el coturno, siembra con jovialidad las sales del ática sobre el drama de nuestra vida.

Aquí sucede lo mismo que con la pila de Volta, o con las baterías eléctricas: mientras más numerosos sean los elementos destinados a producir la electricidad, más intensamente se desarrolla este fluido. Según el número de los elementos, la máquina apenas bastará a quitar la vida a una paloma, o bien será suficiente para matar un toro. Tranquilizaos, señores, no se trata de morir; sino de aumentar la suma de nuestros goces. El hombre unido a otros hombres, y formando un concurso numeroso para asistir a una representación teatral, aumenta su sensibilidad e inteligencia privadas, con la suma de las sensibilidades e inteligencias presentes. La máquina está cargada: la chispa eléctrica se produce intensa, y recorre el estrado. Lo que fuera de este lugar; no sentimos, ni pensamos, aquí lo pensamos y lo sentimos. Todas las pasiones son contagiosas; todas las ideas, solidarias. Lo que en su casa cada uno ignora, lo sabe en este lugar; porque la ciencia de todos viene a ser la ciencia de cada uno: como si todas las inteligencias comunicaran entre sí; como si todas las masas cerebrales se refundiesen en una sola masa.

También tiene la declamación el privilegio de desprendernos de lo presente, y de hacernos vagar por todos los tiempos y regiones. Soñamos despiertos: ilisonjero error, noble arrebató! Todo lo puedo, todo lo hago: doy premios a la virtud, enciendo el entusiasmo, reprimo el vicio, distribuyo a manos llenas el bien a los humanos. ¿Quién me ha puesto en la trípode de Apolo?, ¿quién me ha iniciado en el banquete de los dioses? Vuestra melodiosa voz, vuestra acción natural, vuestra noble recitación, vuestra amable jocosidad, socias y socios facultativos de esta sección predilecta: vosotros habéis obrado en mí este prodigio. Con vosotros quiero construir un mundo social más perfecto que él que aflige mi vista de cuando en cuando; quiero sacudir el polvo de mis pies, para lanzarme puro de la tierra a las altas moradas, hasta el día que despojada de su vestidura mortal, penetre mi alma, radiosa y triunfante, en las regiones del cielo. Para esto vengo al Liceo: para veros a todos desplegar las alas. Dadme compañía a los que tienen alas; desde las aves y los insectos, hasta los querubines y los serafines.

Antes de pasar adelante, jóvenes de ambos sexos, que comparáis vuestros bucles de oro o de azabache con estos míos plateados cabellos,

¿decidme si me dais licencia para tratar del baile? ¿Por qué no? Me hallo comprometido por el tema del discurso, siendo esa bella arte una de las bases fundamentales del Liceo.

Ahora os voy a comentar, como Nestor u Ossián, una historia de los tiempos pasados.

En un salón coronado de un brillante concurso, vi sentada a una joven que por lo pronto llamó medianamente mi atención; pero cuando la vi en el puesto, animada por la música, y envuelta en la poética aureola que el arte trae consigo, despertó en mi mente el numen que pocas veces me inspira, y me dictó al oído estas rítmicas palabras:

*Te vi, te vi, con grato arrobamiento
Mecerte al son de notas armoniosas,
Y al compás de tus plantas cadenciosas
Gozosa herir el firme pavimento.*

¿Y qué tenemos con esto? Ahora verán ustedes el triunfo de la mujer; y cómo de una admiración fugitiva, se pasa a una impresión más íntima:

*Absorto en ti, te contemplaba atento;
Ibas girando en insensibles losas,
Pero sentí tus huellas silenciosas
Del corazón en el profundo asiento.*

Este es el triunfo del baile. Justo es decir que la joven bailaba con mérito sobresaliente. ¿Queréis saber cómo bailaba?

*Tu cuerpo sin esfuerzo al cielo alzabas,
Tu cuerpo al suelo blando remitías,
La cabeza flexible al aire dabas,
Con plácido semblante sonreías,
Con donaire gentil te desplegabas,
Y la reina del baile parecías.*

Hoy, que según la expresión del maestro fray Luis, la cumbre, antes dorada, está de nieve esparcida, no me atreveré a orientar estos pensamientos rimados a ninguna señora ni señorita del Liceo; pero, señoras y señoritas, si alguna vez vuestra gracia encantadora y vuestra habilidad artística me arrebatan un aplauso, pienso aún deciros entusiasmado:

*Al rápido y fervoroso movimiento
Que imprimen tus miradas,*

*Quiero, quiero mezclar humildemente
De la amistad el paso sosegado,
Y con mi ofrenda pura
Dar un nuevo realce a la hermosura.*

Pasad, bellas jóvenes, pasad, y apagad el esplendor de vuestros ojos, para dejar los míos fijos en este momento en la pintura y la escultura. Vosotros, los que manejáis el compás y la escuadra, los buriles, la pluma de acero, el cincel y el martillo, los pinceles y la paleta, las agujas de tejer, bordar y matizar. ¡Honor a todos! Concurren, no hay duda, a mejorar el gusto y la sensibilidad los modelos escogidos que ofrecen estas nobles artes. La estética, compañera de la virtud, habla principalmente a los ojos. Desterrad de la literatura y de las artes liberales el amor a lo feo, a lo monstruoso, a lo criminal. Contemplad el grupo del Laoconte, lacerado por las serpientes, la Venus de Médicis, el Apolo del Belveder, y las obras griegas del italiano Canova. Cercaos de estas imágenes, y presentad a la juventud los bustos de Demóstenes, de Sócrates y de Platón.

Volved, bellas y amables jóvenes, volved. Si es verdad, como todos lo afirman, que quien dice mujer, dice poesía, no desechéis aquella armonía imitativa, que consiste en poner la voz, el rostro y los ademanes en consonancia con los pensamientos, y también con los afectos. Solo pido a una señorita que eche la voz al cielo, cuando describa la cima del Cajálbana; que tienda el oído a la música de los pinares, y aspire el olor de los helechos. Y si alguna vez se le antoja con una mano coger el sol, y con la otra acariciar las nubes, hallará indulgencia en estos salones.

¡Dichoso el que asiste a las diversiones y tertulias del Liceo! En su recinto se pulen las costumbres, se fomenta el buen gusto, se estrechan las amistades, se aproximan las familias, se alimenta el espíritu con el choque de los entendimientos, se labran las convicciones, se conquistan las verdades. Aquí se enlazan las ciencias, la literatura y las artes. El abrazo de estas tres hermanas nos electriza; y en alas del entusiasmo y del honesto placer, llegamos a la cumbre de la virtud, sin la cual no hay que esperar felicidad verdadera. Aquí venimos a elevar el alma: el alimento que se distribuye no es sensual ni grosero, es el pan de los ángeles; y el que lo toma se encuentra arrebatado a esferas desconocidas, de las cuales, al bajar, conserva dulces recuerdos, como un vaso impregnado de un celeste licor.

Señores, elevad el alma, elevad; mientras más alto iréis, más cerca os hallaréis de vuestro origen.

Informe sobre las odas al cable subatlántico

FRAGMENTOS

Convendrá previamente señalar la obligación que un asunto tan maravilloso impone a los que intentan ensalzarlo. Los poetas que han optado a los premios florales, lo han considerado bajo diversos aspectos, llenando en gran parte entre todos las condiciones que el caso exige; pero ninguno las presenta todas, ni en el orden que propongo. Diré cuáles son esas condiciones.

1. Antes de revelar al mundo civilizado la audaz y benéfica empresa del cable submarino entre Europa y América, bueno es echar la vista atrás y señalar con grandes rasgos los progresos de la humanidad, desde que empezó a luchar, cargada de miserias, con las fuerzas de la naturaleza, añadiendo siempre, por medio de la ciencia conquistas a conquistas; teniendo particular cuidado de enumerar con preferencias las que conducen al fin que nos ocupa, y es la más segura y rápida comunicación entre dos continentes por medio de las olas borrascosas del mar, que Horacio llamaba disociable.

2. Bello episodio de esta historia progresiva es el descubrimiento de la América por Colón; y acertados anduvieron los autores de las nueve composiciones, en haber puesto en la escena al ilustre genovés.

3. Tras de Colón venía naturalmente el que en un buque de vapor acertó con la velocidad las distancias, y el nombre de Fulton marca un progreso que no podía pasar inadvertido. La *Oda* número 2 (de Vélez) envía una nota de sus cantos a las locomotoras de los ferrocarriles, y se entretiene en describir el trayecto de la máquina. Los que hablaron de Fulton no se detuvieron en las descripciones. Ninguna ha expresado en verso lo que el señor catedrático don Domingo de León y Mora ha dicho en un discurso de apertura, a saber: “Lanzo al Atlántico un gigante armado de brazos de hierro, que surcaba y domaba las ondas, que rugía como el león, que arrojaba penachos de humo, y cubría el cielo de nubes como la tempestad, que triunfaba de los vientos, y que amaba la calma para salvar más pronto el espacio”.

4. Ya el remo, las velas y el vapor de agua han cumplido su oficio: si los hombres ambicionan más rápidas comunicaciones, han de acudir a otro invento. Aquí se presenta el progreso humano bajo de otro aspecto, que merece considerarse retrospectivamente, desde que Volta descubrió la electricidad dinámica. “Había en la creación —dice el señor Mora en el discurso citado— un fluido prodigioso y temible que en el día de su ira mataba los árboles, los animales y la gente: y de este elemento destructor se sirvió para llenar su fin. Un día le dijo escribe, y el fluido pintó el sonido, formó la letra, combinó la palabra. —Esto es lo que yo hubiera querido

leer en buenos versos, tales como los que acostumbran hacer los señores Vélez, Palma, Fornaris, y los otros vates que ya he tenido la satisfacción de nombrar. Y hubieran agregado, imitando lo que más abajo dice el mismo señor Mora: “Anda, recorre el llano, traspasa la alta sierra, y lleva desde la Florida al Canadá, con la velocidad del pensamiento, mis voluntades, mis delicias, mis angustias, mis intereses, mis glorias y esperanzas”. Ya creo, señores, haber con esto nombrado la telegrafía. Saluda a Morse, a Wheatstone, a Stenheil, naciones agradecidas. Sin estos héroes de la ciencia, no se hubieran establecido en varios puntos los cables submarinos que precedieron al cable subatlántico. Los cantores de los juegos florales no les han hecho el honor merecido. De Colón saltaron a Fulton; de Fulton a Field. ¿Dónde está la justicia? Algunos han dicho que el cable submarino es invento de Field. No, señores; Field no ha inventado el hilo conductor, Field no ha inventado el cable submarino.

5. ¿Pues que ha hecho Field? Tuvo fe, tuvo constancia; pensó, luchó, venció (oda de Luaces). A Field debió la humanidad un grandioso beneficio. Por él (dejemos hablar al señor Mora), dos grandes pueblos arrojados en una y otra ribera, bajo la bóveda celeste, en medio del espacio infinito, repetían a coro en un mismo minuto, y a pesar de la inmensidad del profundo océano que los separaba, el himno celestial que entonaron, en fraternal concierto, los ángeles y los pastores en el establo de Belén: ¡Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres en la tierra! Para ser grande, para ser sublime, Field no necesita usurpar la gloria de sus predecesores.

Vengan ahora los poetas, y descríbanme ese cable, objeto de mi admiración, confidente de mis pensamientos, mensajero de mis voluntades. Quiero conocer a este esclavo decidido que se lanza a lo profundo, arrostrando los espantos de Neptuno con la dureza del metal y la flexibilidad de una culebra, llevando en las entrañas siete hilos electrizados, conductores de mi voz, compuesto el parénquima de guta-perca, y la epidermis de hierro entretejido. Dadme su descripción, porque los poetas del certamen no la han dado. Uno solo, y es el autor de la oda primera (Luaces) que trae en su composición este feliz pensamiento:

*Ya la eléctrica sierpe sumergida
Reposa en las entrañas de los mares.*

¿Y por qué tendríamos a menos el describir un cable? ¿Acaso el que fabricó en su imaginación el escudo de Aquiles no describiera también el yunque y el martillo? ¿No da cuenta el cantor de Ulises de todas las piezas y maniobras de un bajel? ¿Y creéis que en el día no habrá poeta que cante un molino? Pues ya Beranger ha declarado en buenos versos “Que han llegado los tiempos en que el agua de los arroyos no servirá

para contemplar las blancas pedrezuelas, ni para bañar los miembros delicados de airecillos, de florecillas, de palomitas y de susurritos. El agua no es hoy destinada a servir de espejo a las ninfas, ni a favorecer con blando arrullo el sueño de los amantes; sino a batir incesante el compás a las maquinas, espumosa en medio del temblor de las ruedas, del rechinar de los ejes y del crujir de las sierras. Hoy la poesía tiene que hacerse popular, si quiere servir de alimento al siglo. Si no da una mano a la ciencia y otra a la industria, es arte, de hoy más, perdida.

Perdonad la digresión, y volvamos a Cirus Willis Field. Todas las naciones civilizadas estaban en la expectativa, todas tenían los ojos fijos en su empresa, asistían a sus ensayos, animaban con sus gestos al Niágara y al Agamemnón. Todas echaron un grito de dolor cuando vieron frustradas sus primeras esperanzas. Esta escena dramática no ha sido tomada en consideración. No así olvidaba Tito Livio, cuando narraba el combate de los Horacios y de los Curacios, que el ejército de Alba y el de Roma estaban frente a frente, y los combatientes en medio. Al primer choque cayeron muertos dos Horacios, y una voz de consternación recorrió las filas romanas; al fin quedo el mayor de los Horacios vencedor, y el ejército de Roma alzo su nombre hasta los cielos. No de otra manera entonaron las naciones su canto de júbilo, cuando asistieron a la victoria de Cirus Field.

Este es el momento, en que supongo al lector bien preparado, y son lícitas ahora las exclamaciones, los himnos al Creador y aun los personajes alegóricos, que admito en casos raros: ¡Viva Field! Se oye por todas partes. ¡Honor a Field! ¡Hosanna! entona el católico desde la orilla del Támesis, del Sena, del Missisipi y del remoto Ganges; ¡Hurra! clama el turco, arrojando el alfanje para alzar las manos al Profeta.

6. ¡Silencio! El mensaje se apresta. Atended, naciones, que ya empieza una grave solemnidad. “Ojalá —dice el Presidente de los Estados Unidos—, ojalá sea el cable atlántico, con la bendición de Dios, un manantial perpetuo de paz y fraternal amistad entre las dos naciones, y un vehículo para difundir la religión, la civilización, la justicia, la libertad y las leyes por el orbe entero!” E inmediatamente entonaron dos grandes naciones el cántico bíblico: “Gloria a Dios en el cielo, paz a los hombres en la tierra!” Al oírlo, bajaron de las celestes alturas los ángeles del Señor, la Virgen de la Fe y de la pacífica Gloria, la Caridad, la Esperanza; el arco iris iluminó el espacio, descansando un pie en América y el otro en las islas Británicas; los polos encendieron sus auroras boreales, la tierra tembló, y convocando sus fluidos incoercibles e imponderables, permaneció atenta a las órdenes del hombre.

7. La voz de fraternidad pronunciada por primera vez hace mil ochocientos cincuenta y ocho años, apagada por las humanas pasiones, fue lanzada con tan poderoso esfuerzo del uno al otro continente, que hubo

de ser oída por toda la redondez de la tierra. Del grupo de los ángeles se separaron los genios del bien, con dirección a todos los ángulos del mundo, y hoy la repiten a las naciones, anunciando que se aproximan los tiempos evangélicos en que —según la expresión de Lamennais— todos los hombres tendrán una sola patria en la tierra, y en el cielo un solo padre; que todos tendrán aire para respirar; que la madre y la hermana no abrazarán llorando al hijo y al hermano que parten para la guerra, y tal vez volverán; porque la paz reinará sobre la tierra.

Tales son las siete condiciones que he creído debe resumir una oda al telégrafo submarino, a saber: progreso humano, Colón. Fulton, la telegrafía primitiva, Field (inclusa la descripción del cable), su constancia y su triunfo, el mensaje y la fraternidad esparcida por el orbe.

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA INVESTIDURA DEL
LICENCIADO DON ANTONIO DE GORDON Y DE ACOSTA
PARA EL GRADO DE DOCTOR EN CIENCIAS FÍSICAS



FRAGMENTOS

Ilustrísimo Señor Rector,
Ilustre Claustro,

Tengo a mucha honra el presentar al licenciado señor don Antonio de Gordon y de Acosta, que viene a recibir la insignia del Doctorado en la Facultad de Ciencias, Sección de las Físicas.

(Antecedentes del Sr. Gordon.)

Tales son los antecedentes del doctor Gordon: los presento sin comentarios, por ser tan breve el tiempo que el ceremonial me concede y sin las flores literarias que sus señorías esperaban tal vez de mí, y echan de menos ahora. Pero los hechos hablan de por sí: ellos proclamaron la suma de inteligencia y de perseverante voluntad que necesariamente ha invertido este alumno, este catedrático para dar cima al monumento que ha construido, no sin muchos sacrificios pecuniarios, y con aplauso de los que bien le quieren y le conocen bien. Deseoso, por mi parte, de conferenciar con vuestra señorías, me apresuro a declarar que el catedrático don Antonio de Gordon se hace escuchar de sus discípulos, porque les reparte una instrucción completa. Activo siempre, infatigable, los ha tenido todo el año entretenidos por medio de las vivisecciones.

¡Vivisección! Dura palabra que clama por un párrafo en mi discurso, pues aunque tengo la honra de pertenecer a la humanidad, no por eso dejo de ser animal, y nada de lo que interesa a los animales puede serme indiferente.

Hubo un tiempo, ilustrísimo señor, en que la humanidad, sumida ciegamente en la fe científica, aceptaba las fábulas de Plinio, y creía sin experimentar. Las ciencias físicas y naturales han tomado otro giro. La observación, mejor diré, la experimentación sirve de método en la investigación de la verdad: el hombre ha obligado a la naturaleza a dar una respuesta certera a sus preguntas. Al celebre *Magister dixit* ha

sucedido el *Canis dixit*. ¡Infeliz perro! No le aprovecha haberlo llamado el hombre su fiel compañero y amigo, si armado después de sierra y escalpelos, sacerdotes inexorable de la ciencia, sordo a los gritos del dolor, corta los músculos, divide los huesos, y pone en descubierto las entrañas palpitantes, para consultar en ellos sus oráculos.

Que esto lo haga el doctor Gordon para conquistar una verdad fisiológica en bien de la humanidad, se le perdona. Novedades ha descubierto ya el doctor por esta vía, las cuales le darán nombre en esta Universidad, y saldrán a relucir en las academias e institutos nacionales y extranjeros. Pero que repita experimentos bien conocidos, pasados en autoridad de cosa juzgada, para infiltrar la instrucción por los ojos, sin temor de introducir con ella el hábito funesto de la crueldad, no lo apruebo. ¿Y no teme mi ahijado ver turbado su sueño por la voz de veinte perros que le asalten y le pidan el uno la circunvolución cerebral suprimida, el otro la vértebra del raquis desprendida? Si no cabe el perdón absoluto, quepa indulgencia para el perro; para ese noble animal que el utopista Fourier osó llamar cloaca de infamias, pero que el juicioso Charles ha rehabilitado diciendo, con no poca agudeza: “Lo mejor que hay en el hombre es el perro”.

Dejemos sosegar a estos animales, y para llenar el cuarto de hora, digamos algo de la física, ciencia grandemente positiva. Esto no quita que reconozca una famosa hipótesis, la del fluido etéreo, que ha hecho celebre el nombre de Fresnel en los fenómenos de polarización y de doble refracción: no se me oculta que atribuye hábilmente al éter todas las propiedades necesarias para el buen éxito de sus demostraciones. La química hace otro tanto con su bella aunque hipotética teoría de los átomos. La hipótesis más irrecusable es, sin duda, la astronómica, la cual explica el curso de aquel magnífico astro, que cansado, declina y muere en el occidente, y al otro día amanece rejuvenecido y glorioso, abriendo de par en par las puertas de la aurora.

La física es un país poblado de maravillas. Adoctrinados por ella, medimos la humedad, el calor, el peso de la atmósfera; desprendemos el rayo de las nubes y le intimamos la dirección; escribimos por los aires y por debajo del mar; conversamos por el conducto de un hilo metálico; encerramos la palabra en una caja, como pudiera el avaro encerrar sus tesoros; nos vemos a distancia de espejo a espejo; y por último, obligamos a los cuerpos elementales a estampar su rúbrica en el papel, y con el mismo espectro analizamos los astros.

Estoy seguro de que al oírme, arde mi ahijado en deseos de seguir las huellas de Edison, y sorprendernos algún día con una novedad no menos estupenda.

Gracias al microscopio perfeccionado por Nachet y otros eminentes ópticos, se ha confirmado la teoría celular de Scheleiden y de Schwan,

la cual constituye hoy el más sólido fundamento de la biología; sustituyendo a los tejidos, elementos del gran Bichat, los elementos anatómicos de Robin, que después de las masas protoplásmicas, son los puntos de partida de la evolución ilustrada en este siglo por Lamarck y corroborada por Darwin; evolución paleontológica, que en el resultado, cuando no en el modo literalmente interpretado, guarda una notable conformidad con el libro de Moisés.

Con el auxilio del microscopio hemos podido estudiar un mundo de estructura de las diatomeas, en los límites indecisos de la vegetabilidad. Los seres diminutos de que hablamos ven sin ojos, sienten sin nervios, se mueven sin fibras musculares; están dotados de un grado proporcionado de inteligencia y voluntad: los bebemos y los comemos por millares, cubren la superficie de las tierras, y se acumulan en el fondo de los mares, donde aumentan la corteza del globo, formando capas que alcanzan la potencia de muchos metros. Cuarenta mil millones de despojos silíceos de infusorios contó Ehrenberg en una pulgada cúbica del trípoli de Bildung;¹ al paso que Herschell pudo, con el telescopio, contar veinte mil estrellas en una nebulosa tan distante, que ocupa en el cielo un espacio interceptado por la décima parte del disco lunar.

Mas no vaya yo tan alto, que pierda de vista a mi patrocinado. Si he de seguir la costumbre, no siempre observada, de formular una exhortación, ha llegado el momento, y bastarán para el caso tres palabras bien contadas: “Valiente mancebo, prosigue”.

Presento al licenciado don Antonio de Gordon y de Acosta en este acto solemne, en que viene a tomar la borla del doctorado, insignia la más elevada a que pudo aspirar en su carrera de la Facultad de Ciencias. Será el tercer bonete que su cabeza habrá de sustentar: prodigio, si se quiere, mas no monstruosidad; porque, bien considerado, mi ahijado no tiene tres cabezas. Hoy lleva la suya descubierta para recibir de vuestras manos, ilustrísimo señor, la corona científica.

Voy a concluir. Echando la vista alrededor, en esta aula coronada de tan lúcido concurso, veo en tal frente la esmeralda, en tal otra el rubí, el topacio, el diamante: veo reunidas todas las riquezas del reino mineral. Pero yo, predilectamente aficionado a los estudios zoológicos; yo, preso de amores por *Meleagrina margaritifera*, busco una perla, y la encuentro asentada en la frente de mi ahijado.

He dicho.

29 de septiembre de 1880.

¹ Según nos instruye el señor Truan, el computo de Brun en las especies más pequeñas de diatomeas asciende en un milímetro cúbico a 27 millones de *Navicella pelliculata*, y 40 millones de *Achnantidium delicatulum*.

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA REAL UNIVERSIDAD DE
LA HABANA EN LA INVESTIDURA DEL LICENCIADO DON
JUAN VILARÓ, COMO DOCTOR EN CIENCIAS NATURALES



FRAGMENTOS

La contemplación de la naturaleza es una fuente inagotable de goces puros, no turbados por el remordimiento. Tan invencible es el atractivo del estudio, que por él sacrifica el naturalista los placeres bulliciosos del mundo, y los trueca por el silencio y la soledad; a imitación del alemán Müller, que armado del microscopio, decía: “El que quiera pasar las noches desvelado y alegremente entretenido, que estudie las vorticelas; *qui noctes insomnes et jucundas transitare amat, vorticellas observat*”.

Hay más: el sacrificio se extiende a los íntimos afectos de amistad y de amor; a las dulzuras del trato social, y a las que proporcionan los lazos de familia. Todo lo deja por los libros. Y cuando la exaspera la injusticia, le persigue la intolerancia, le calumnia el odio y la envidia, no le queda más recurso que echarse en brazos de la ciencia amiga: lee, medita, trabaja, y apela al juicio imparcial de la posteridad. El fuego no puede dejar de arder; el río, de seguir su curso; el ave, de modular su canto no aprendido; el hombre, de cumplir con su misión en la tierra.

[...]

Ilustrísimo señor: dignaos colocar sobre la cabeza del licenciado don Juan Vilaró y Díaz el bonete laureado, distintivo del grado de Doctor: dadle ese libro que abrirá de día y abrirá de noche; dadle ese anillo en conmemoración de las bodas que hoy celebra con la ciencia; dadle esos guantes que llevará sin manchas; dadle, por último, esa espada, con la cual combatirá el error, y con la luz de su bruñido acero, disipará las tinieblas de la ignorancia: dadle esas nobles insignias, que transmitidas por las limpias manos de S. S. I., serán por él altamente apreciadas.

He dicho.

EL HOMBRE INTELECTUAL Y MORAL COMPARADO POR EL BRUTO¹



El siguiente artículo, compuesto hace muchos años, se reproduce hoy corregido y ampliado; pero conservando cierta exageración, debida a la escuela de Cuvier, Flourens, Quatrefages, trocadas actualmente por las de Lamarck, Darwin, Huxley y otros eminentes pensadores, con los cuales concedo a los brutos los actos intelectuales y morales del hombre, aunque en grados inferiores, cuya elevación corresponde al lugar que ocupan en la escala de los seres: esto no quita que la distancia sea inmensa, en este aspecto, entre el hombre civilizado y el bruto.

Distínguese el hombre por la superioridad de su inteligencia, que le hace conocedor de sí mismo, capaz de abstraer, generalizar, clasificar, comparar, razonar; estudia con atenta curiosidad los fenómenos de la naturaleza, y llega a formular sus leyes; traza el curso de los astros, anuncia su aparición; mide la distancia que separa los planetas, y toma su peso sin punto de apoyo y sin palanca, se eleva a lo absoluto en las ideas de espacio y de tiempo, en las nociones de lo bello, de lo justo, de lo bueno; su moral, porque ve su pensamiento, y lo juzga; es por lo tanto responsable, conforme al mérito o demérito de sus acciones. El hombre es el único de los animales que hace uso del fuego; primeramente lo sacó de un pedernal, hoy lo arrebató a las nubes; camina rápidamente a la perfectibilidad por medio de los signos convencionales, ya fonéticos, ya gráficos; la facultad de abstraer le ha dado el don de la palabra, porque no hay oración sin atributo, y todo atributo es una abstracción. Es el único ser peligroso, ve o cree ver a Dios en sus obras, mientras que el mono, lo mismo que el buey, ve el cielo y no lo comprende. Estas facultades pertenecen al genero humano en todas sus razas: el más atrasado de los hombres, el bosquiman del Cabo de Buena Esperanza, el australio de 60 grados en el ángulo facial, tiene el don de la palabra, enciende fuego, aspira a la felicidad, teme la muerte; la sonrisa asoma a

¹ El gran Linneo llama al hombre *Homo sapiens*, y a renglón seguido estampa un célebre dicho de la antigüedad: *Nosce te ipsum*.

sus labios, la tristeza altera su semblante. El orangután no habla, teniendo órganos vocales; ni siquiera comprende lo hablado, jamás sabrá lo que significan estas sencillas palabras: la mesa es redonda, Pedro es justo; porque las ideas de redondez y de justicia no entran en su limitada inteligencia; así es que la especie no progresa. Los animales no salen de lo físico, de lo visto y de lo tocado, en fin, de lo presente; y el mundo intelectual, en las esferas de lo pasado y de lo futuro, es un libro cerrado para ellos. El perro castigado por haber comido la perdiz, no hace a solas propósitos saludables de no volverla a comer; pero cuando ve la perdiz, se acuerda y se abstiene; de tal suerte, que se acuerda sin saber que se acuerda, y se abstiene sin tener la conciencia de que se abstiene. Y así como la memoria de este mismo perro es una reminiscencia en presencia del objeto, así la amistad es en él un instinto social desarrollado, no aquel puro y generoso sentimiento formado por motivos gobernados por la razón. El hombre ennoblece su amor; buscando en el rostro de su amada un placer superior al que satisface sus groseros apetitos; mientras que el amor de los animales es un impulso ciego, tan distante de las sublimes ideas de Platón, cuanto dista este celebre filósofo de la ostra colgada de la raíz de un mangle.

El instinto social del hombre se halla favorecido por circunstancias que en otros animales son tenidas por imperfecciones; tal es el poco alcance de su vista, la corta perspicacia de su oído, la obtusa delicadeza de su olfato, si se compara con el águila, con la liebre y con el perro; su fuerza muscular es inferior a la del gorila, su velocidad en la carrera es vencida por la del ciervo; su larga infancia desde el momento en que, desnudo e inerme, fue lanzado al mundo, le pone a merced de las demás criaturas, si el afecto materno y la protección del jefe de la familia no acuden a su amparo por una serie de años prolongada. Esta dilatada infancia viene a ser la causa del progreso humano: los brutos son susceptibles de educación individual; pero el hombre recibe la educación de la especie, porque atendiendo al cuerpo, los padres cultivan y robustecen el entendimiento; de tal suerte, que la larga costumbre de comunicar con el hijo bastaría sola a la creación de un lenguaje convencional. En el hombre se acumula el caudal de conocimientos adquiridos por los abuelos y conservados por la tradición, más tarde por la escritura, en medio de la sociedad de que forma parte.

A pesar de las desventajas aparentes que en el hombre he señalado, su inteligencia le da el cetro, y lo apellida rey de la creación. Su vista, armada del telescopio, llega hasta las estrellas de décima sexta magnitud, y el microscopio le revela un mundo infinitamente pequeño. Donde no alcanza la vista, alcanza la inteligencia; y ésta le instruye de lo que pasa en puntos distantes, en diferentes estaciones, en días y a horas fijas. Sin tener las garras del tigre, vence al león; y sin tener un brazo

tan poderoso como la trompa del elefante, derriba el cedro del monte Líbano. Sus dedos, en números de diez, son de quita y pon, según la expresión de Pelletan, mudándose ya en hacha, ya en sierra, según las necesidades. La misma mano que el peso del martillo hace gemir al yunque, trabaja el acero y lo convierte en agujas sutilísimas. El hombre funde el bronce, lo recibe en sus moldes y lo saca transformado en columnas, cañones y estatuas. Como Júpiter, lanza el rayo, y lucha con Neptuno para trastornar los mares.

EL GATO PENSADOR (*OCULI VIDERUNT*)



Érase un espejo accidentalmente puesto en el suelo, inclinado sobre la pared. Érase un gato travieso y juguetón, que al recorrer la casa, como la tenía de costumbre, vio su imagen en dicho espejo. Ver y acudir a reconocer, fue todo uno. El gato no quería solamente mirar, sino tocar; en lo cual halló un obstáculo imprevisto. ¿Quién eres tú —decía—, que imitas todos mis gestos? Saltas, si yo salto; te agachas, si me agacho. Ahora lo veremos. Y da vueltas al espejo. ¿Qué vio? Nada. ¡Qué listo anda ese tunante!, seguía diciendo el gato; pero yo lo cogeré entre dos garras y di que se escape.

En efecto, se coloca en el canto del espejo, una pata de un lado, otra de otro. Mira bien por delante del mueble, para cerciorarse de que allí está el consabido; y de repente echa la zarpa, y coge... nada.

Sin haber estudiado lógica, repitió, varió y amplió sus experimentos; hasta que al fin, viendo que a nada conducían, se retiró pausadamente, hablando a sus barbas, diciendo: “Estas son cosas que superan la inteligencia de los gatos; no nos ocupemos: esto entra en lo incognoscible”. No dijera más Heriberto Spencer.

LAS MARIPOSAS



La clase de los insectos se compone de ocho órdenes, entre las cuales el de los lepidópteros, o insectos de alas escamosas, vulgarmente llamados mariposas, cuenta un gran número de aficionados. Este orden es el que ofrece más atractivos con respecto a los colores, y por esta razón debió con preferencia llamar a los naturalistas en la infancia de la ciencia entomológica, así como cautiva la atención del niño, embelesado con los variados movimientos y los ricos atavíos de estos seres, que animan las florestas, ya incautos, ya fugitivos. Si bella es la flor, más bella es la mariposa, que según la expresión de un poeta, es una flor que vuela.

JUICIO CRÍTICO DE LAS OBRAS DE DON ANTONIO VINAGERAS



I

Con el título de *Obras de don Antonio Vinageras*, París, 1858, en 8º, francés, de lujosa edición, acompañada del retrato del autor, salió a la luz el primer tomo de poesías de este joven cubano, cuyo mérito me propongo examinar. Pero antes conviene descubrir sobre algunas generalidades.

La versificación, esto es, la estrofa métrica y la rima, incluso el asonante, son ciertamente brillantes compañeras del estilo poético; pero no constituyen la condición esencial de la poesía, la cual consiste con primordialidad en el pensamiento, no menos que en las imágenes y en la acertada elección de las palabras. He puesto en primer lugar el pensamiento, porque de ordinario trae consigo la expresión poética. En este concepto, digo que Chateaubriand era poeta en prosa, y pongo el Telémaco en el número de los poemas épicos. Napoleón cayó, es una expresión prosaica: *Béranger* expresa la misma idea con un rasgo de inimitable poesía: *L'aigle n'est plus dans le secret des dieux*.¹

La literatura española ofrece poetas de primer orden, en pensamientos felices y palabras escogidas; tan numerosos y tan conocidos, que están por demás nombrarlos aquí, a no ser que me sienta arrebatado al recordar siquiera a uno, al cisne sevillano, Fernando de Herrera. Pero Forner, Salas, Iriarte y Arriaza, no son poetas. Las fábulas de Iriarte son excelentes, consideradas como sátirillas literarias, y recomiendan a su autor como buen hablista, buen crítico, versificador feliz; mas no poeta.

La famosa *Despedida* de Arriaza agrada por su claridad, pero las demás dotes faltan.

*Ya llegó el instante fiero,
Silvia, de mi despedida,
En que anuncia mi partida*

¹ Ya el águila no asiste al consejo de los dioses.

*Con estrépito el cañón.
A darte el adiós postrero
Llega ya tu tierno amante,
Lleno de angustia el semblante
Y de luto el corazón.*

Inferior a Arriaza es Salas, aunque feliz en chistes epigramáticos, pero lleno de ripios: no pasa de versificador prosaico.

*Arriba en un espigón
Se ve una inscripción patente,
Que señala claramente
CHARITAS en un renglón.
Esta excelente invención
Toda falsedad derriba,
Pues una cifra viva
Que publica con verdad
Que se halla la caridad
Sólo de tejas arriba.*

Quítese el metro a esta composición, y la rima que la acompaña, y se convertirá en prosa ramplona. Al contrario, hay, como he dicho, prosa poética, y no solo en Fenelón y en Chateaubriand, sino también en hombres vulgares y sin cultura, cada vez que los anima la pasión o una impresión viva. Refiere Capmany que para ponderar la fertilidad de su tierra, decía un manchego: “Allí se sienta Dios a echar trigo”. Hay poesía en esta expresión, y no la hay menos en la que voy a referir, oída por mí en boca de un hombre del campo. Preguntábale yo si el agua del río Banes, a poca distancia de su nacimiento, tenía bastante caudal para dar movimiento a un trapiche, y respondió: “En tiempos de aguas no es bastante; en tiempo de seca, *va caminando una lágrima*”. Adviértanse las bellezas de esta expresión. Una lágrima no es más que una gota, aquí hay hipérbole; mas no dice una gota, sino una lágrima: aquí hay metáfora que da una sombra de tristeza al río desecado; la lágrima camina: aquí hay en cierta manera imagen, porque se dan pies a la gota de agua; mas no dice que camina, sino que va caminando, con cuya forma alarga la expresión, y la lágrima corre más lentamente; bien que no corre, sino camina, como dijo el hombre del campo: y todo lo ha envuelto en una nueva figura, porque hay también hipérbaton, o inversión que da realce al pensamiento.

Llevando esta doctrina por delante, paso a examinar el primer tomo de poesía del referido Vinageras. Y no se crea desde luego que estos preliminares son para declararlo escritor prosaico; al contrario, creo que peca

por haberse lanzado con extremado ardor en el campo de la poesía; de aquí provienen sus caídas, de aquí también sus triunfos. ¡Dios nos libre de la indiferencia! Esto es cierto tanto en el orden social, como en las relaciones amorosas y en los ejercicios literarios. No quiero esos libros que tienen la ventaja de estar escrito con gusto clásico, en los cuales no hay nada que reprender; pero que tampoco dan nada que admirar; solo son buenos para dormir. Dénme desvaríos y aun sandeces, si traen consigo algunas bellezas que compensen el fastidio de una lectura prolongada.

Escarmentado en cabeza ajena por los rencores y odios que suscitan en el ánimo de un poeta las censuras imparciales de sus obras, me propuse evitar el peligro y he guardado hasta ahora un silencio prudente. En estas circunstancias he leído en la *Revista de la Habana* del 15 de marzo el juicio crítico del que firma Mansueto Veraz. Lo he encontrado muy crudo, si se considera que se dirige a un contemporáneo; no doy ciertamente mi asentimiento al final del artículo en que dice que el autor no se librará del más justo y completo olvido. Lejos de cortarle las alas, creo que merece ser alentado, al paso que se le aconseje saludablemente. La censura de Mansueto Veraz es injusta, si se considera que no se hace cargo de las bellezas, ni señala el otro germen de poesía que resalta del conjunto y brota en cada página, ni anuncia la esperanza de que el aguilucho en su vuelo llegue a ser águila majestuosa, que se remonte a beber los rayos del sol, y eche la sombra de sus alas sobre las páginas que hoy lo acusan. Esta es la razón que me anima a presentar mi juicio, confiado en que el señor Vinageras, que muestra en sus obras gran nobleza de sentimientos, me perdonará la severidad del fallo a favor de la justas alabanzas que no puedo menos de tributar a su talento poético.

II

En este artículo me ocuparé en algunas bellezas de la obra del señor Vinageras, y de los méritos adquiridos para inscribir su nombre en el Parnaso.

En primer lugar, noto que los asuntos en que ha ejercitado su talento no pueden ser más dignos de la poesía, tal como la concibe nuestro siglo, que empieza a desdeñar todo lo que no trae consigo un grado de filosofía, y por consiguiente de utilidad moral. Los grandes pasos de la Ilustración, venciendo obstáculos y perfeccionando la humanidad, han inspirado al poeta matancero; y si alguna vez ha sucumbido, tiene siempre el honor de haber acometido tan elevadas empresas.

En cuanto al mecanismo, a lo material de la ejecución, nada deja de de-sear: el metro es variado, bien distribuido, en composiciones extensas; y por esta misma variedad, se leen sin cansancio, y se prestan al movimiento pindárico, al bello desorden de una oda. Exordios llenos de inspiración,

invocaciones oportunas, novedad en la forma, todo esto abunda. Prescindo —como he dicho— en este momento de lo esencial, voy al plan, al movimiento, al estilo noble, a la expresión sonora, al entusiasmo poético, a la iluminación que por todas estas circunstancias recae sobre las composiciones.

Lo que más resalta, dicen otros, es la vanidad del autor, que en una edad corta y por primer ensayo piensa colocarse al lado de los primeros escritores; se expresa con una confianza en sus propias fuerzas que solamente pudiera convenir a Horacio, o bien a Byron, a un Quintana, a un Lamartine, y llega a tanto su osadía, que pretende hacer de París su pedestal. A esto digo que no se trata de saber si el autor presume demasiado de sí mismo, sino se explica en buenos versos, aunque sea impulsado por esa misma vanidad. No miro al autor, sino a la obra; y si un concepto es bueno trazado por la pluma de Quintana o de Lamartine, ¿dejará de serlo porque lo trazó Vinageras? Desafiados el pavo y el cuervo, gritaba aquel al contrario que iba por delante: “Eres negro y feo”; y el cuervo contestó: “Se trata de volar”.

Tiempo es ya de pasar a los comprobantes, advirtiéndole que no me es lícito extractar todo lo bello, por ser la obra propiedad del autor y no tener su beneplácito para tal cosa; por cuyo motivo dejo trucas muchas descripciones y pinturas.

Dos lindas estrofas se leen en la “Introducción”, cuya primera empieza así:

*Azucenas de abril, galanas flores
Que vuestro seno abris ruborizadas,
Cuando evapora el sol con sus fulgores
Del rocío las perlas condensadas, etcétera.*

En la siguiente se lee:

*Bríndeme rosas mil Alejandría,
Y que el verso en ellas perfumado.*

Recomiendo al lector las primeras estrofas que abren la composición titulada *El Occidente*:

*¡Espíritus soberbios del ábrego irritado,
Prestadme alas de rayos para poder volar! Etcétera.*

En la tercera se lee:

*¡Llebadme, sí, llevadme! La planta voladora
Hasta en los mismos polos brioso posaré.*

La cuarta dice:

*Al eco de los truenos de la azulada altura
Yo quiero ver las fuentes del paraíso hervir;
En torno del Empíreo, cavar mi sepultura,
O cuando la borrasca rebrame asaz impuras,
Sentado yo en sus alas, ponerme a sonreír:*

La invocación a la fe, que da principio al cosmos, reúne la mística poesía de Lamartine a las galas de Lope de Vega; principalmente las cinco primeras estrofas y la última.

*Blanca visión que sorprendí dormida
Entre cisnes y fuentes bulliciosas,
Ven con los rayos de la luz vestida,
Dando en tu amor inspiración y rosas.
Cuéntame tú las ilusiones bellas
De las aves y el cielo peregrino;
Cuéntame cómo nacen las estrellas
Del ángel de la gloria en el camino.*

*Y separando tu inmortal mirada
Del lodo vil que el universo encierra,
Alzame a Dios ¡oh virgen adorada!
Estremeciendo con tu voz la tierra.
Y en aquea región encantadora
Donde es eterno el tornasol del día,
Ten para mi sonrisa seductora,
Ten para mi palabras de armonía.
[...]*

*Ven, que te he visto destilando perlas
Sobre el iris gentil de la cascada;
Ven, que he visto querubes por cogerlas
Bajando con la trémula alborada;
Temblar en tanto por la parlera fuente,
Vagar en torno a ti las mariposas,
Y el rayo de tu luz resplandeciente
Cubrirse el aire de fragantes rosas.*

La *Defensa de las cubanas*, párrafo tercero, tiene trece estrofas sobre América, que no carecen de mérito. Empiezan: “¡Miradla allí!”, etc. Entre ellas hay dos renglones que valen medio tomo:

*Allá retumba el Niágara espacioso
Y el águila se baña en su corriente.*

Siente el joven esa vaga emoción, sello de la poesía que place y desespera, porque abriendo su corazón al mundo y su inteligencia a Dios, se encuentra combatido por efectos diversos, no basta al mundo a llenar el corazón, y el espíritu se lanza y se pierde en el infinito. Arranques de poeta llamo a los versos siguientes:

*Lejos de mí las esponjadas rosas,
Lejos de mí coronas y vergeles:
Dejadme rayos, águilas, corceles
Y truenos y borrascas espantosas.*

Con estas disposiciones no podía retroceder delante de la idea de Napoleón: y por cierto, que preside un sublime pensamiento, a la muerte de aquel gran capitán en la isla volcánica que la Inglaterra le diera por pirámide. Se apareció un cometa precursor de un alto acontecimiento, y al dar el héroe el último suspiro, ascendió su alma en alas de las tempestades. “Recíbela el cometa, y húndese con ella en profundo espacio”.

Tampoco lo amedrenta el rey de los hunos, a quien hace hablar de esta manera:

*La estrella cae, el universo tiembla,
Se estremece el profundo,
¡Soy azote de Dios! ¡El gran martillo
Que pasa sobre el mundo!
¡Sus! ¡A caballo! Donde el bruto fiero
De Atila vencedor puso la planta
La yerba no brotó.*

El estilo elevado se sostiene en esta estrofa de la *Lucha del Atlántico*.

*Ante el raudo Amazona
Dadme, os lo ruego, la sonora lira
Que al Niágara cantó: ved el gigante
De los ríos del sur; que viene airado
Con vigorosa frente,
Y en paso vencedor y hondo rugido
Dando a los vientos su fragor profundo;
Y anunciando terrífico en su paso
Que es corto cerco a su furor el mundo.*

La *Defensa de las cubanas* nos revela las buenas disposiciones del autor para un estilo más llano, en particular para el género dramático, si quisiera seguir los pasos de Calderón. En un diálogo con una Duquesa cuyo nombre ignoramos, pero que por las señas debe ser un modelo cumplido de cortesanía y generosa discreción, a quién dice el autor:

*¿No sois el astro que brilla
De España en el limpio cielo,
Y no os llaman con desvelo,
Duquesa, el sol de Castilla?
Y si pues dais arrebol,
De gracia y de seducciones,
¡Menguados los corazones
Que no bendigan tal Sol!*

Todo el diálogo es de agradable lectura, y en él se encuentran intercaladas ocho sentidas aunque exaltadas estrofas, que agradarán a las cubanas, y valdrán un aplauso al autor. Empiezan así

*Lindo talante, forma encantadora,
Labio de grana, tez algo morena, etc.*

Me parece que si el señor Vinageras quisiera bajar de tono, no agradaaría menos: encuentro mérito en sus pensamientos delicados. Nótese la sensible y grata expresión que reina en un trozo del *Occidente*, que empieza: “Gallardas doncellas”, etc., donde se leen estos versos:

*Yo busco unos labios que estén perfumados,
Yo quiero en un seno mi frente inclinar;
Yo vivo de amores en gloria brotados,
Y quiero soñar:
Hay aves que duermen oyendo otras aves:
Yo quiero al oídos, doncellas, dormir;
Y acaso en arrullos de tórtolas suaves
De amores morir:
Ornadme con rosas en casto embeleso,
Vestidas en rayos que vierta el Edén;
Poned en mis labios un trémulo beso
Y un lauro en la sien.*

Esa misma ternura y delicadeza se nota en *Fraternidad*, cuando dice:

*Yo soy ruiseñor perdido
Entre los astros del cielo:
Bajé por darte consuelo,
Para sentir y llorar.*

Y enseguida recuerda dos gotas en una rama, que juntas caen al río, dos golondrinas, dos flores, dos amores que gozan y lloran juntos.

Severo en la expresión y casto en los amores, parece que ha vedado a su musa los pensamientos sensuales; pero, ¿cómo es posible contenerla del todo, si “esa musa ardiente, que siempre va con él, lo besa sin cesar cuando duerme?” Lindísima expresión en boca de un joven, y de una pluma honesta, que santifica la caricia, pidiéndola a su madre con la misma hipérbole que un amante emplearía con su amada.

*Y si la América
Poseyera,
Por solo un beso
Yo te la diera.*

Ya dije que la majestad de Dios domina todas estas composiciones. Estos versos no desdicen de tan grande idea:

*Hay un ser que nos vela el infinito:
Se llama Dios en el idioma humano;
El destino del hombre tiene escrito
En la gloriosa palma de su mano.*

Pero este ser se ve en el universo entero, y no por eso se comprende: se revela y se esconde a nuestra limitada inteligencia. Esto es lo que desespera al poeta, y por lo que dice:

*Yo te comprendo ¡oh Dios! Mas no describo
Esa grandeza que en tu ser fulgura:
Jamás, jamás cuando vehemente escribo,
Satisfago el afán de mi alma pura.
Pues siempre queda ¡cielos! un vacío,
Una sombra, Señor, que al genio abrumba;
Y por eso al brotar un verso mío,
Rompo después la vacilante pluma.*

Ya en la oda al *Mar* había exclamado: ¿por qué luchas? No hay treguas para ti, ¿oh mar? Y perdiendo la esperanza de cantar dignamente su inmenso poderío, había arrojado a sus aguas su destemplada ira, que a la verdad no sanaba tan mal en aquel instante.

*Al fin se echa en brazos de la religión.
 Dejad que lleve el vacilante paso
 Lejos del cieno en que se agita el hombre,
 Y al sol mirando en su gigante ocaso,
 Nada codicie, ni laurel, ni nombre.
 Y vosotras, quimeras deslumbrantes,
 Sueños de rosa, porvenir de amores,
 Mujeres de miradas centelleantes,
 Espíritus que duermen en las flores;
 Pasad como el fragor de un torbellino
 Que arranca a la campiña engalanada
 Los olorosos cedros del camino,
 Las cimbradoras palmas de su entrada.
 Un altar; una estrella, la fe pura,
 Ved lo que debe contemplar el hombre;
 Y atravesar después la sepultura
 Para encontrar la traducción de un nombre.
 Nombre inmortal, secreto inconcebible;
 Lazo que nunca la amargura altera;
 Porque una voz nos grita irresistible,
 Cuando queremos desatarlo: ¡espera!*

Lícita es para el que escribe de esta manera la estrofa de las *Matanceras*, que empieza:

*Yo soy un ave que nació en las nubes
 Por ver más cerca el precursor del día.*

Y no dudo que con verdad dirá más tarde lo que bellamente expresa en *Fuego del alma*:

*La mano del Eterno me lleva por el mundo;
 Responde a mis cantares la misma creación,
 Y en alas de un esfuerzo purísimo y fecundo,
 Se envuelve en armonías mi ardiente corazón.
 Yo aplaudo las borrascas que mueve el océano
 Entiendo los murmullos y el delicado son,
 Las águilas me infunden aliento soberano,
 El mundo es mi palacio, y el sol mi pabellón.
 Los ecos que discurren, el trino de las aves
 Que arrúllanse en las copas de un pálido jazmín,
 Los himnos de los vientos, que al deslizarse suaves
 Del horizonte pueblan el ámbito y confín;*

*La voz encanta lora de un alma enamorada,
La nota de la guzla, del arpa y bandolín,
Todo esto lo traduce mi alma enajenada,
Que no halla al expresarse ni obstáculo ni fin.*

Los trozos que preceden dan muestra no solamente de la nobleza de los conceptos, sino también de la expresión poética que distingue al autor. No le es dado a cualquiera el decir que la fe baja con los rayos de la luz vestida, que las estrellas nacen en el camino del ángel de la gloria, que las flores abren su seno ruborizadas, que el sol evapora las perlas condensadas del rocío, que los jazmines son las huellas perfumadas de los ángeles, que el verso queda perfumado en rosas de Alejandría, y otros rasgos que no he citado, como cuando dice que las cubanas: “Ojos que brindan resplandor al día”. ¿Y qué diremos de la virgen destilando perlas sobre el iris de la cascada, y los querubas bajando por cogerlas? Que es una pintura digna de Murillo.

Tales y otros muchos son los rasgos poéticos que distinguen al joven Vinageras: siento no poderlos citar todos. Si estos rasgos componen pocas páginas en el primer tomo de sus composiciones, bastan para darlo a conocer como poeta. Por ello pongo un lauro a su sien; y las doncellas pondrán sus trémulos labios en los suyos, si de ello no se ofende su ardiente musa, que sin cesar lo besa.

III

Esta tercera sección de mi trabajo presenta la parte más penosa de mi tarea, que me obliga en fuerza de la imparcialidad de mi bandera, no menos que en bien de la juventud y del mismo señor Vinageras, a señalar el aspecto desfavorable de sus obras, y lo haré con todas las consideraciones que le son debidas; cumpliendo con mi oficio de censor, que me he impuesto ante el público, a quien se deben en suma la verdad y la mayor consideración.

No me haré cargo de los recursos a los cuales ha acudido el señor Vinageras para recomendarse a los lectores; ya por medio de dedicatorias al Instituto y a los literatos nacionales y extranjeros, ya por una carta del Arzobispo de París, ya por el juicio encomiástico de don J. Díaz de Castro, ya por la delirante apología del *Eco Hispanoamericano*, que no trae firma de autor. Estos medios han sido interpretados contra el que los ha producido; pero creo que la mayor parte de las inculpaciones debe recaer sobre el librero Baudry. Es bien sabido que cuando un autor se lanza por primera vez a la palestra literaria, aunque su obra tenga un mérito sobresaliente, no encuentra en París librerías que la impriman, a no ser que venga acompañada de garantías que el autor no puede rechazar, si arde en deseos de darse a conocer.

Lo que no admite disculpa en el señor don Antonio Vinageras, es la pretensión de haber abierto un nuevo campo a la poesía moderna, enlazándola con las ciencias físicas y morales, la filosofía y la historia; como si nadie, antes que él, hubiera llevado la fantasía por el mundo físico, o ejercitado la musa en la didáctica. El abrazo de fraternidad entre las ciencias y bellas artes, ha precedido la época del señor Vinageras. Ya Voltaire había dado lecciones de astronomía en bellos versos, y mucho antes Hesiodo había dado a su teogonía la forma de un poema; Virgilio había ennoblecido la agricultura en la mejor de sus obras, en las *Geórgicas*; Lucrecio había escrito *De rerum naturae*; Racine, el hijo, había descrito la emigración de las golondrinas y la historia de las hormigas; Lamartine había pintado con rasgos maestros los grandes espectáculos de la naturaleza; Quintana había hecho una oda a la invención de la imprenta, antes que el señor Vinageras hiciese la suya a la brújula: el mismo Quintana había cantado el mar, y Heredia el Niágara, en más laudables versos que el referido Vinageras, y otros mil han hecho más que él sobre este particular, sin tanto aparato en los títulos.

El señor Vinageras no ha adquirido la honra de presentarse como jefe de una escuela moderna. Esto quedará bien probado con el examen de sus principales composiciones.

Cosmos o descripción poética del mundo

Esta composición se divide en tres partes. En la primera aparece una invocación a la fe, que ocupa tres páginas: “Blanca visión, ven; que te he visto deshojando flores sobre el sol de los Andes refulgente; desciende a mí, gire la eternidad bajo tus alas”, etc. Esto es muy lindo, pero no es aún el cosmos de Humboldt. Pasa a la parte segunda, cinco páginas de estancias octasílabas de ocho renglones: “Oh Fantasía, dilata mi mirada por el mundo, muéstrame la Italia con sus vergeles, la Suiza agreste y bizarra, Francia inmortal, París tempestad de los placeres, Cádiz la sultana, Asia elevada y florida, América radiosa, Cuba de suaves noches tropicales...” y venga después el paraíso de gloria que imaginaba Dante, Schiller, Tasso, Calderón. Todo esto no pasa de una reseña geográfico-política a cortas pinceladas. Y eso es todo el cosmos del señor Vinageras, ocupando el espacio de cinco páginas. Allí dice que el genio encontrará las leyes de la humanidad, que el pensamiento cundirá arrebatado, descollará la ilustración, los cantos del poeta serán los ecos del cielo, y se escribirá la Biblia de las naciones. ¿Pero qué leyes serán esas, cuál será la voz del cielo, qué contendrán los capítulos de esa Biblia? Es lo que el poeta no expresa. El autor ha leído el *Cosmos* del Barón de Humboldt; habrá leído probablemente sus *Aspectos de la naturaleza*. ¿Y cómo no se ha inspirado mejor? ¿Merece esta composición el doble

título que lleva? Habla de Nápoles para recordar su cielo de colores, y nada dice de su volcán. Pasa por encima de la Sicilia sin ver el Etna, al lado del cual el Vesubio es una miniatura; y no mira si Encéfalo, sepultado bajo de esa mole, sacude los cimientos que pesan sobre sus miembros agigantados, y vomita lavas encendidas que anivelan los valles, corren hasta el mar y luchan con las olas, alzando hasta nubes, con silbidos espantosos, masas enormes de vapor que oscurecen la luz del sol. ¿Y dónde deja la teoría de los levantamientos, explicada por el señor Elías de Beaumont?

El Barón de Humboldt se inspiró en sus *Aspectos* con los objetos más vastos de la naturaleza: sobre el océano, en las selvas del Orinoco, en los llanos de Venezuela, en las soledades montañosas de México y del Perú. ¿Lo sigue acaso Vinageras en la espesura de los bosques, por medio de los desiertos, y en las encumbradas cimas de los Andes? ¿Y en estas peregrinaciones científicas, no hace acaso palpar la influencia eterna que ejerce la naturaleza física sobre las disposiciones morales y sobre el destino del hombre? Nada: nada veréis de todo esto en el cosmos del señor Vinageras. No busquéis en él ni en los áridos desiertos de Arabia, ni las sabanas inundadas de las Amazonas, ni los volcanes del Japón, ni los cedros del Líbano, ni las ceibas de Cuba, sus arbustos espinosos, sus zarzas cubiertas de convólulos. La tierra para él se muestra despoblada; la Numidia, de leones árida madre, pasa sin ser notada; el tigre no ruge en las Himalayas; el jaguar no se esconde en los bosques del Paraguay; el oso blanco no asoma por los hielos de la Groenlandia; el caballo no recorre en plena libertad las llanuras de Brasil, ni el bisonte acude a las aguas del Misisipi, la Abisinia perdió sus antílopes; los camellos no visitan los desiertos; la vida ha cesado en las profundidades del océano, padre primitivo de la naturaleza animada; la ballena se ha perdido en los hielos del norte, y el hombre audaz recoge sus crueles arpones. ¿Dónde está, tierra de Java, con tus colosos vegetales, tus nelumbios y tu venenos? Tierra de Ceilán, descrita por Linneo, ¿dónde están “Tus pavos reales y sus colas sembradas de ojos resplandecientes, tus aves de paraíso surcando el aire como en nuestros climas las golondrinas, tus murciélagos del tamaño de un perro, tus boas que devoraran las cabras y los terneros, los elefantes que pueblan tus bosques como los jabalíes los de Europa y de América, los monos que gesticulan en un árbol, mientras que los papagayos hablan en otros?” ¿Y el hombre, rey de la creación, dónde está el hombre? No todos beben en copas de oro. Los hay también que beben en el cráneo de sus enemigos, y hacen un sangriento trofeo de sus cabelleras. Hay otros muchos entre el Tánemesi y la Patagonia, entre Egipto y la Bosquimania, entre París y Botany Bay. Unos habitan las cuevas heladas, otros viven sobre los árboles, como los monos. Unos cuentan seis mil años de progreso, y otros no han saludado

aún la aurora de su civilización. Hasta los fenómenos atmosféricos, que el señor Vinageras describe tan felizmente en otras partes, faltan aquí: no hay un relámpago, un trueno, un soplo moribundo de la brisa. Léase ahora su carta al Barón de Humboldt, y dígaseme si es aquella la idea universal, la creación en su aspecto físico, la grande biología que ha de terminar con las razas humanas y los progresos de la civilización. No faltará quien responda: icómo se ha de encerrar tan vasto poema en catorce páginas! Concedo, y saco por consecuencia que debe mudarse el título.

Para terminar la censura de esta composición diré que preguntado un joven sobre el mérito de las poesías del señor Vinageras, respondió: “Hay muchos cosmos”. Esta sana respuesta es a un tiempo el mayor elogio y la condenación del poeta; porque cuando el cosmos es bien traído y bien descrito, lo que le sucede algunas veces, cumple con la alianza que intenta hacer de las ciencias con la poesía; pero cuando nadie entiende lo que el autor quiere decir, su cosmos nos abrumba, y nos fatiga. En cuanto a la poesía de que ahora se trata, está visto que no tiene de cosmos más que el título.

Grandes pasos del genio

La poesía titulada *Grandes pasos del genio o fusión de principios y de fuerzas en el siglo XIX*, tiene cinco partes que ocupan quince páginas.

1. Fluctuación de la inteligencia humana, que se asemeja al flujo y reflujo del océano —según afirma el autor—, puesto que esa fluctuación no la vemos: el áncora es Dios.

2. Se comprueban esas fluctuaciones nombrando a Roma, Londres, París, el panteísmo, la fe, Jesucristo, el Instituto, Víctor Hugo, el genio y Colón. ¿Qué dice de éstos? Nada. De Jesucristo, pronuncia el nombre, ni más ni menos; del panteísmo y de la fe, no sé bien lo que dice; de Hugo, que no es tan mal papel como otros creyeron y dijeron; de Roma, que tiene un telescopio encima de Inglaterra, y da una chispa a París; del Instituto, que no desdeña lo que es pueril; y de Colón, que amó mucho a la isla de Cuba. Todo esto no se comprende bien: lo que está bien claro es lo siguiente:

*Yo tengo blancas perlas
En mi aromada boca,
Y yo tengo las plumas
Del elocuente amor.*

3. Después de los versos sobre Dios que ya he citado con elogios, dice el autor que se nota al cabo la fusión brillante de principios y de

fuerzas; pero no dice cómo ni cuándo, ni tampoco sabemos cuáles son las fuerzas ni los principios. No obstante, acaba con valentía, diciendo:

*Empero el genio que se lanza al cielo,
Alma de todo espíritu fecundo,
A través de los siglos en su anhelo
A grandes pasos perfecciona el mundo.*

Y para producir mayor efecto, pone al fin un punto de admiración.

4. Nueva invocación a Dios en versos cortos. Nada tiene de interesante, salvo la última estrofa, en que agrada porque habla el poeta de sí mismo:

*Yo soy el eco que vaga
En pos de una melodía
Que en el orbe Dios vertía,
Cuyo germen está en mí.*

5. El Dios de la verdad revelará su genio soberano. Pero no dice cuál es.

Falta que el autor nos diga cuáles son los grandes pasos con que el genio perfeccionará el mundo.

¡Qué asunto tan instructivo y sublime para el arpa de nuestros bardos! Tómese la humanidad desde los tiempos primitivos, en que las tribus se hacían una guerra de exterminación, y era su religión el fetichismo. Luego se formaron por derecho de conquistas las naciones, se fundó el paganismo o politeísmo, tomando por dioses, no una serpiente, un mono, una cebolla, sino al sol, a la luna, al éter personificado en Júpiter, a las aguas, a los vientos, divinizando al mismo tiempo las virtudes y los vicios. Durante este largo período se instituyó y se sustentó la esclavitud, primer paso, ¡quién lo creyera! a los principios de humanidad que Jesucristo había de santificar tan altamente, puesto que el primer motivo para hacer al hombre esclavo fue el de no quitarle la vida. Pero el genio que a grandes pasos perfeccionaba el mundo, hizo marchar la astronomía a par de la conquista, y cuando el sol y la luna fueron bien conocidos, cayeron en su carro Apolo y Diana. El cristianismo anunció un Dios inmaterial, el Dios de Moisés, pero que tomó el nombre de Padre, en lugar de Dios de las batallas, que conservó durante la ley antigua. Todos los hombres fueron proclamados hermanos, la mujer fue emancipada; los niños fueron objeto de predilección legislativa. Este fue el principio del régimen feudal; los hombres ya no eran esclavos, pero eran siervos y vivían atados al suelo. Entonces se alzó la grande y saludable intervención de la Iglesia romana; y los rayos del Vaticano se fulminaron contra los dominadores de la tierra. El comercio y la industria, auxiliados de las ciencias, se acogieron a

las ciudades y alcanzaron del poder las primeras franquicias; nombraron reyes que fueron los primeros representantes de las dinastías modernas. Éstos marcharon con otra bandera sellada por el genio de la Ilustración, inscribieron en ella “Igualdad ante la ley”. Venga otro paso del genio: el proletario será apellidado hermano. Entonces, el que empuña la cruz y la pasea hace más de dieciocho siglos por el mundo, la plantará en la tierra, y no habrá más que una sola patria, así como no hay más que un solo cielo y un Padre común para todos los hombres. Los pasos del genio habrán sido: muerte y destrucción, esclavitud, libertad, igualdad, fraternidad. ¿Qué parte tuvieron en estas revoluciones la física y la química, cuál las cruzadas, la Reforma, la América descubierta, la invención de la pólvora, de la brújula y de la imprenta? Lo dirá quien siga los grandes pasos del genio.

Newton

Aquí el autor pretende explicar la serie de raciocinios que condujo al ilustre matemático a descubrir y formular la ley de la atracción universal. Si esta es la filiación de los pensamientos, y si hay alguna demostración exacta en esta poesía, venga Newton y dígallo. Yo callaré por indulgencia.

La brújula

Esta poesía, compuesta de tres exposiciones y cinco discursos, comprende diez páginas.

Primera parte: anuncia a Dios.

Segunda parte: anuncia al genio.

Tercera parte: angustia del comercio.

Cuarta parte: discurso del comercio. ¿Será que el mundo ignore el modo de encontrar el polo?, ¿que el Asia se niegue a la Europa? ¡Oh genio, dame un instrumento para cruzar los mares en todas direcciones!

Quinta parte: habla la sabiduría, y le muestra sus deseos cumplidos.

Sexta parte: el Atlántico mueve guerras; habla, truena y brama contra la nave que navega con la brújula inmortal.

Séptima parte: la brújula se mofa del Atlántico.

Octava parte: el comercio da gracias a la sabiduría, iclamando gloria! Y el Eterno descubre su semblante refulgente, y dice que con la brújula radiante el hombre se va acercando a la perfección. Aquí se acaba el drama.

No repruebo la distribución, si el autor la llena con lucimiento. Nada encuentro que alabar fuera de la quinta parte, que está concebida a la manera de los grandes pintores.

*Alza la voz el Comercio,
 [...]
 Y al punto conmovida
 Sabiduría estremeció su asiento.
 [...]
 Dijo sublime, iluminando el globo:
 [...]
 Así su voz partió,
 De luz en zona pura
 Dejando ver la rutilante frente.*

Tiene aquí el mérito tan común en Homero, cuando levanta una diosa del asiento, describe su aspecto majestuoso, la hace hablar dignamente, y la muestra al retirarse acompañada de sus esplendorosos atributos. Sirva esta reflexión y este aplauso para que los jóvenes estudien un poco más a los antiguos. Si toda la composición fuera por este estilo, el señor Vinageras se acreditaría en ella de poeta; pero aún le faltaría el mérito de historiador filósofo. Falta que nos demuestre con hechos y no con discursos retumbantes, la influencia de la brújula en la felicidad política y moral de las naciones.

Deseoso de ser útil a la juventud que ha de leer esta censura, no terminaré sin decir que debe tomar por modelo al señor Vinageras en el ejemplo que ha dado de echar en olvido las divinidades del paganismo, como se nota generalmente en su obra, en que no se leen los nombres de Apolo, Neptuno ni Venus; y debe esforzarse en encontrar la sublimidad en los pensamientos y la gracia en los afectos, desperdiciando los atavíos de otro siglo y de otra civilización. Pero al mismo tiempo hago notar que el señor Vinageras ha caído en la composición que precede en los errores groseros del paganismo, personificando a la sabiduría, a la brújula y al comercio; que su Atlántico es Neptuno con librea moderna, que su Amazona es con corta diferencia tan pagana como el Escamandro de Troya. También he notado que cuando un autor no sabe qué decir, echa mano de estos seres imaginarios y pone en su boca insulsas declamaciones. No es de extrañar que no hablen tan bien como Catón y Cicerón, porque ninguno de ellos ve a Aníbal a las puertas, ni a Catalina en el Senado.

Con el examen de las composiciones que preceden, destinadas a unir en lazo estrecho las ciencias con la poesía, queda demostrado que en el autor no hay ideas, sin embargo, de trecho en trecho siembra algunas bellezas líricas. Estudiemos ahora sus odas, aquellas en que el poeta descuellos, séase la *Oda al Mar*; la *Lucha del Atlántico*, el *Niágara* y *Napoleón*. No haré de cada una de ellas un examen minucioso: pueden mirarse las cuatro como una sola, porque todo se vuelve Dios y abismos. La falsa poesía que aquí relumbra es debida también a la escasez de ideas.

El *Niágara*, en el espacio de nueve páginas, no podía dejar de ofrecer algunos versos buenos, como los siguientes:

*Partes resonando,
Atruená bosque y selva tu rugido,
Y entre cavernas cóncavas perdido
El eco se derrama retumbando.*

Pero luego se anima demasiado, y procede sin cordura. Cuanto en las odas citadas se refiere, no vale seis versos de Lamartine:

*J'ai vu de l'Océan les flots épouvantés,
Pareils aux fiers coursiers dans l'arène emportés,
Déroulant à ta voix leur humide crinière,
Franchir en bondissant leur bruyante barrière;
Puis soudain refoulés sous ton bras tout puissant,
Dans l'abîme étoñé rentrer en mugissant.²*

En la oda a *Napoleón el Grande*, el delirio llega a su colmo. El gigante moraba en el sol y allá tendía sus recias alas; Dios lo lanzó a la tierra para avasallar las leyes y detener el globo. Hace encorvar los ejes de la tierra, para que acaten su voluntad.

*Y cuando pasa por el Nilo incierto
Se recoge en un átomo el desierto.*

Este es el Gran Desierto que nace en el Atlántico, se extiende al oriente por el espacio de mil leguas, acompañado del terrible seimún, sepultando en su paso las caravanas con la misma facilidad con que sepultó en otro tiempo el ejército entero de Cambises; y que no hallando obstáculo en la cordillera Líbica, ni en el Mar Rojo, traspasa el África, invadiendo la Arabia, la Persia y la Mongolia, hasta hallar un sepulcro en el grande océano.

El autor nos dice en verso que en el alma de Napoleón el Grande resplandeció la llama pura y santa que en Dios ardía; y que si la fortuna adversa no se hubiera atravesado, hubiera dado al mundo la ley que merece. Por lo que Dios le da una corona de espléndido laurel y lo sienta con su águila en las gradas de su trono, desde cuya altura escucha el eco de toda armonía que brota a torrentes la vasta creación. La posteridad juzgará al héroe y al autor de este apoteosis.

² He visto las olas encrespadas del océano, como brutos sin freno dando al viento sus saladas crines, invadir los límites impuestos a sus furor; y arrolladas después por mano del Altísimo, entrar con espantoso bramido en el abismo amedrentado.

También tienen grandiosos pensamientos sobre Napoleón otros muchos escritores, entre ellos Lamartine, Beranger, Manzoni, Chateaubriand; pero con la cordura que la retórica requiere. Lamartine dice que se lee su nombre ensangrentado desde las orillas del Tímais hasta la cima del Cedar, en bronce y mármol, en el pecho de los valientes y en el corazón de los esclavos que oprimía con su carro; que este siglo que arrastraba con su espuma las costumbres, los tronos y los templos, retrocedió de un paso a su presencia; que águila altanera, con una mirada abarcaba el orbe, y con sus garras lo tenía sujeto. Chateaubriand dice que la Inglaterra le concedió un peñasco en cuya cima elevada se mantuvo el sol hasta su muerte, y a la vista de toda la tierra. Beranger dice cosas más sublimes aún, y falta campo para referirlas. Pero al mismo tiempo que los poetas que acabo de nombrar daban los elogios merecidos, se explicaron en otros puntos con la severa verdad de la historia; y a ninguno se le ha ocurrido hacer de Napoleón un Júpiter Olímpico.

El señor Vinageras busca en las odas la sublimidad, y cae en la hinchazón: no espera a que los pensamientos nazcan naturalmente del asunto, va en pos de ellos con harto lujo de figuras retóricas, extraviada imaginación y palabras altisonantes.

No satisfecho con haber dicho que las olas del mar acosan el zenit, añade que

Hasta el carro del sol van desatadas.

Dice del Amazona:

*Si estallara,
El orbe estrecha a mi raudal vendría,
Y revocando mis inquietas ondas,
El trono de los cielos hundiría.*

El mejor modelo que conozco para pintar con acierto la naturaleza es Bernardine de Saint Pierre. En sus obras todo está en su lugar: cada asunto llama su expresión. Allí no se ven acumulados en confusa hermandad los atributos de Dios con las propiedades del sol; el mar; el universo, Colón, la Ilustración; el espacio, el tiempo, la luz y la eternidad; el rayo, la fe, el águila y el genio; el Edén, las alas y las plumas; la línea ecuatorial, los polos y el eje de la tierra; la inspiración y la impulsión; la gloria y la memoria; César, Belo, Semíramis, Gengis Kan; Roma, Constantinopla, Sesostris, Cambises, Nerón, Diocleciano, Newton y Mahoma. No anduvo, como el señor Vinageras, de quien tomamos el verso siguiente,

Moviendo el sol, la eternidad y el mundo.

Queda con esto suficientemente examinado y juzgado el poeta con respecto al estilo general de sus odas. Tendré ocasión de citar en el epílogo composiciones tuyas de otro estilo, que merecerán justificadas alabanzas.

He terminado la tercera parte de mi censura. Respiro con más satisfacción al entrar en la última.

IV

Si no hubiera encontrado bellezas en las obras del señor Vinageras, y algo más; si no hubiera hallado en él las dotes de poeta, no hubiera emprendido el juicio crítico de sus composiciones. Al señor Vinageras ha cabido la suerte de los grandes hombres: unos lo han elevado hasta el cielo, otros lo han abatido hasta el polvo. El gran Racine fue silbado en la primera representación de su *Fedra*, la más trágica de sus obras, y fue aplaudido el insulso Pradón. María de Sevigné decía entonces que Racine no ha caído, ni tampoco el café.

El señor Vinageras peca por la magnificencia de los títulos: no pudo sostener sobre sus hombros la carga de los titanes, como lo ha dicho felizmente Mansueto Veraz. Pero el tiempo y los estudios le darán lo que hoy le falta, y se robustecerán sus hombros. El genio sobra, las ideas le han hecho falta en la mayor parte de los asuntos que ha escogido.

Se propone a un poeta que cante las estrellas. Si el autor tiene ideas adquiridas por la meditación y estudio del mundo, escribirá bellas cosas; si no tiene ideas, de nada le servirá haber nacido poeta. Propóngase este tema a Lamartine, y veamos lo que se le ocurre.

Las Estrellas

Era la noche, santificada por el silencio, tan propicia a la oración.

El universo es el templo, la tierra es el altar, y esos luminares sin cuento que tachonan la bóveda celeste, son las sagradas antorchas que iluminan este glorioso templo; la luz zodiacal y el lejano esplendor de las nebulosas, son el humo del incienso que el fervor de la oración eleva al trono del Omnipotente.

Esos astros, ínsulas resplandecientes, brotan por millares como un polvo de oro; y el soplo de los vientos los siembra sobre el manto oscurecido de la noche. Unos, como aves esforzadas, tienden sus celestes alas, y se ciernen sobre la cima de los montes; otros, acumulados en hirvientes iluminaciones, fingen un peñasco batido por una mar fosforescente; otros aparecen como corceles de tendidas crines; unos bajan a contemplar la tierra, como ojos abiertos sobre el dormido suelo; otros, en el lejano horizonte, confundidos con las aguas azuladas, parecen navegar con blancas velas.

En tanto, la noche prosigue su curso majestuoso; y sobre el abismo ilimitado se ejerce la mutua gravitación de los astros; el mundo que habitamos, arrebatado en el curso universal, se acerca lentamente a un puerto desconocido. Con frecuencia, de noche y a impulso de los céfiros, se siente la tierra, grandioso bajel, navegar por el espacio; los montes rompen con paso igual las olas mugientes de los aires, cubriendo su cima de brillantes espumas; sobre el elemento azulado en que el orbe se gallardea, se oyen los aquilones que embisten con la proa; óyense en los robustos pinos el silbido de las tempestades; y la quilla combatida gime con ronco acento. Mas el hombre ha puesto su fe en el piloto, y navega con placer sobre el inmenso abismo. Esplendentes constelaciones, mundos errantes que viajáis conmigo, decid, si lo sabéis, ¿adónde vamos todos? ¿Iremos a naufragar sobre inevitables escollos, o echaremos el ancla en las playas del cielo, dentro de un golfo amigo?

Vosotras lo sabéis, estrellas luminosas, que más cerca de Dios tenéis vuestras moradas: os alumbró un rayo de su gloria, y la pura verdad en vosotras resplandece. Vuestra benigna influencia se hace sentir en nuestro globo: esclarecéis la cabellera de los bosques, calmáis la inquietud de las olas, infundís la virtud, la oración, el amor; a vosotras se dirige los suspiros de los amantes, los ojos de la hermosura, los ensueños del poeta. Tiendas celestes, edenés, brillantes palacios, mansiones de paz, de virtud, de amor, frutos caídos del cielo, cuyo sabor no desconoce la tierra, ¡alimento de las almas inmortales! El hombre, cuando vuelva a su esfera, hallará en vos su felicidad perdida. ¡Bello astro, quién fuera uno de vosotros! Quién pudiera nacer en el camino de Dios, luz de su santuario, humilde diamante de su corona.

Desde mi sublime altura no perdería de vista mi habitación primera. Cada noche, tardío y solitario, enviaría la luz a las ramas de los árboles, dormiría en los prados, me bañaría en las lagunas, apartaría los vapores nebulosos para hacer mis visitas al hombre; y cuando viera una frente pensativa, ojos negados al sueño, un alma agobiada, derramando ante Dios sus piadosas amarguras, un desdichado que anhela por las sombras de la noche para dejar correr sus lágrimas, un genio inquieto, lanzado a lo infinito; mis rayos amigos, compadecidos por estos males, de mí tan conocidos, bajarían con amor sobre sus frentes inclinadas, posarían en su pecho, lucirían a sus ojos: yo les revelaría una letra del gran secreto que sus almas presienten; pondría fin a sus lágrimas; y cuando pálida me retire en presencia de la aurora, les dejaría la paz y la esperanza, con lo cual dormirían un rato, antes que el sol los llamara a los trabajos de la vida.

Y vosotras, bellas hermanas, admitidme en vuestros sagrados coros; enlacemos nuestras comparsas, y al compás de la celeste lira, cantemos al Señor.

Propóngase al señor Vinageras la sublime lucha del Amazona con el Atlántico. Veamos lo que se le ocurre.

El Amazona, gigante del sur, para cuyo furor es corto cerco el mundo, el Amazona, hervidor, iracundo, horrible, férvido, terrífico y fierísimo, ruge, atruena, brama, rebrama, lanza montañas de arena, da su fragor al viento; mientras que océano ronco enarca la sien, precipita sus olas y asalta el horizonte. Al fin Atlántico queda vencido; sus aguas se retiran sesenta leguas más allá del continente.

*¡Truena en las costas, y se lanza henchido
De gloria y de pujanza el Amazona!*

No falta el punto de admiración que ha entrado de moda en las obras poéticas modernas. De paso diré que en La Habana hemos visto con frecuencia no dos o tres, sino un puñado de puntos suspensivos, acompañados de duplicados, triplicados y cuadruplicados puntos de admiración. Esto sucede porque los autores, cuando escriben sus versos, se quedan cantándolos; y mientras más encantados han quedado de sus producciones, más largo tiempo las cantan, lo que indican con la puntuación. Algunos lectores se dejan engañar con estas apariencias: ceden al artificio del poeta, que parece decirles: ¡admirad! Mas si el pensamiento no ha de llevar la fortaleza consigo, sino en los agudos puntos de admiración que embisten como una fila de bayonetas, se comprenderá que no habrá autorzuelo que no tenga en su mano el secreto de hacerse gran poeta, para no decir poetastro; y que el número de puntos será en razón inversa de la copia de inteligencia.

Ya anuncié que no me era lícito citar todas las bellezas del autor, porque está la obra de venta en la ciudad, y puede cualquiera tomarse el trabajo o la satisfacción de leerla. Mas habiendo analizado harto severamente media docena de sus más elevadas composiciones, deseo presentar el mismo análisis de otra más modesta, pero más al alcance de sus fuerzas, en que por falta de ideas y de sentimientos no podía el poeta quedar atrás. Sea la *Corona poética* que a su virtuosísima madre la señora doña Valentina Cruz de Vinageras dirige este hijo respetuoso y amante; y sirva este análisis para probar que no falta poesía al señor Vinageras, sino más profunda aplicación de las ideas sobre el mundo físico y moral. En esta corona, dividida en varios cuadros, campea su fecunda imaginación, a pesar de muchos rasgos en boceto, ideas inconexas, otras tibias, otras oscuras; pero en medio de todas, bellezas de primer orden, en pensamientos, efectos, estilo y dicción: se sostiene el entusiasmo, y se enternecen a veces los corazones. Advierto que la parte que va en prosa ha sido redactada con las palabras que suministra la misma composición.

Corona poética

Introducción

*¿No miras a los ojos, castísima señora,
La relumbrante quilla de un rápido bajel?
Mientras el sol declina, la arboladura dora,
Y el mar de los espacios se encoleriza cruel.
El áncora va al fondo; ya todos han saltado
De Cuba en el florido, bellissimo vergel,
Y el bronce entre relámpagos retumba alborozado
Los genios de los aires diciendo: ¡es él, es él!*

Pero en realidad no era él: era la favorita visión de una tierna madre, desde aquella estancia sobre la cumbre alzada. Así el hijo le dice para consolarla:

*¡Oh! Vuélvete a tus valles, hermosa Valentina:
Te enseñaré yo un lago mansísimo y azul,
En cuyas linfas claras el tulipán se inclina,
Y hay perlas que envidiaran Alepo y Estambul.*

El recuerdo del lago trae a la memoria la edad rozagante de la madre, cuando naciera el niño.

*En cuna de violetas miró la luz del día;
Doradas mariposas nacieron a la par.*

Y le daba el seno una mujer que lo cubría con trenzas de azabache.

*Llamábanla azucena de Cuba los cantores;
La gloria, su más rico lucero tutelar;
Los indios de la América, el sol de los amores;
Preciosa margarita, las vírgenes del mar.*

Creció el sensible niño en la floresta, sonriendo a su madre y besándole las sienas; y cuando pudo elevar un canto dulcísimo, hablaba con el céfiro y escuchaba su música; sentía en sí mismo cosas que nadie le había enseñado. Y la madre le daba nombres cariñosos, y le decía: “Pupilas de esmeraldas”.

*Y el niño de las flores tomó la voz suave,
Del aquilón el trueno, la voz del fiero mar:
Y creció, ya no quería respirar sin su madre:
¿Mas, ¡ay! Cuál es el ave que no abandona el nido?*

Al fin partió:

*El niño, por la suerte fierísima impulsado
Su adiós a Valentina tristísimo le dio.*

Parte, impío; brama la ola; por los aires suenan estas voces: “Adiós, madre mía! Adiós, hijo del alma!” y de pie sobre la proa, cae en el océano una lágrima de fuego, mientras flota el rizo al viento, y cruza el inmenso ponto.

*¿Qué tienes?, ¿por qué lloras, gallarda Valentina?
¿Acaso tus recuerdos, tu corazón herí?
¿Qué tienes, flor del alma y estrella matutina,
Por quién alzan su frente la rosa y alelí?*

Yo te halagaré con mis alas de oro. ¿No ves cómo retorna la avecilla al materno nido? La gota arrojada de las nubes vuelve en vapores a las regiones superiores. ¡Espera!

Preludios

*Vengo de Europa, luz de mi alma!
Abre tus rejas, casta señora.*

.....
*Ven, que te traigo la poesía
Que vierte amores y dan ventura.
Si aves canoras te dan sus trinos,
Yo trovas de ángeles te daré;
Y si las brisas, ecos divinos,
Ecos más puros te brindaré.*

Yo soy tu esclavo señora; tu voluntad es mi ley.

*¡Oh! Manda que mis plumas
Levanten un oriente,
Y al punto refulgente
Por ti relumbrará.*

Como Isaac perderé la vida: la daré gustoso por ti.

*¿De quién son mis cantares?
Son tuyos, madre mía,
Son tuyos...*

*Y la idealidad del genio,
Hechizo de mi vida,
De mi ilusión querida
Aurora, día y sol.*

.....
*El fuego de los genios
A tu existencia inflama;
Tú tienes esa llama
Que en mí debe brillar.*

*Yo seguiré entre rosas,
Tú me darás cariño.
Yo soy el mismo niño
Que un genio despertó
Quien de violetas suaves
En caprichosa cuna
Y el rayo de la luna,
Señora, se durmió.*

*Tu nombre es Valentina,
Y el nombre es delicioso,
Como jazmín radioso
Que huellas con tu pie.
Si miras tú los cielos,
Despiden resplandores;
Si vagas entre flores,
Más lindas se las ve.*

*Tu voz el murmullo
De ráfaga ligera;
La clara primavera
Su rosicler te dio.
Si tocas una rosa,
Se torna en ambrosía,
Mi alma en poesía,
Porque tu flor soy yo.*

Serenata

¡Cuánto daría por abrazarte! No son las flores más dulces que tu amor; las estrellas nacen bajo de tus plantas, etcétera.

*Dulce madre y señora,
Llena de sueños,*

*Linda flor de los carmenes
Jaruqueños!*

*Si yo reinara
Un solo día,
Fueras la reina
Tú, madre mía.*

*Y si la América
Poseyera,
Por solo un beso
Yo te la diera*

*Tú, sol de gloria, que mi vida alumbra,
Astro de paz, raudal de poesía,*

.....
*Toma la ofrenda de tu caro hijo,
Esta corona que formé en mi pena,
Y tejida en las márgenes del Sena.*

*Preciosas hermanas, tomad la corona por mí entretejada,
y ponedla en su frente.
¡Oh madre! Yo torno a Europa.*

*Empero te queda mi fiel poesía.
¡Adiós, madre mía!*

Esta composición, considerada en su conjunto, *tiene* un mérito sobresaliente. Está bien dividida en tres partes, que el autor titula, Introducción, Preludios, Serenata. Equivale a una visita bien fingida: empieza con ternuras, sigue con regocijos y acaba con triunfos. Hay completa ilusión para consolar el rigor de la ausencia. El hijo está con su madre, le recuerda sus infantiles juegos; aun le besa las sienes, la acaricia, le sonrío, la llama hermosa; y cuando viene la hora de la partida, le deja en su lugar su fiel poesía y su corona; la deja en brazos de sus hermanas. ¡Qué delicado afecto!

Hay rasgos tomados de la física asociada con la poesía. Como cuando dice que la gota vuelve a las nubes. Hay ejemplos de la influencia del mundo físico sobre el mundo moral: para calmar el dolor de Valentina, le enseña un lago mansísimo y azul. ¡Y qué contraste tan lindo es el siguiente! “¿Por qué inclinas la cabeza, cuando por ti alzan las tuyas la rosa y el alelí? Lo más sensible es la despedida. El señor Vinageras pone la corona, no al pie de su madre, como ofrenda respe-

tuosa, sino en la cabeza; porque, ya lo dijo, su gloria, sus cantares son suyos: ella los ha inspirado; ella fue su aurora, su día, su sol, fue su tipo ideal de belleza, su ilusión, su hechizo. Si esta señora, divinizada a mis ojos por los puros y amorosos versos de su hijo, convertía en ambrosía las flores que casualmente tocaba, cuando tocó el alma de su hijo, que era su flor, ¿en qué había de convertirla? En poesía, no hay duda, ya tierna, ya sublime, siempre que alcanzaron las fuerzas en los primeros ensayos. Por consiguiente, la corona es debida a la madre, y el hijo la pone en su cabeza. Mas no la pone el hijo, sino encarga a sus hermanas, la de los ojos negros, la de los ojos de cielo, que la coronen en su nombre. La madre al acordarse del hijo ausente, queda en los brazos de sus dos hijas, sobre quienes puede verter sus lágrimas de admiración y de ternura. El amor filial, el amor de hermano, en grado sumo y delicado, se reúnen pues en esta escena, que mereciera formar el programa de un concurso en una academia de pintura, a saber: “Las hermanas del poeta don Antonio Vinageras poniendo en la cabeza de su madre una corona tejida por su hijo en las márgenes del Sena”.

Creo haber hecho la debida justicia al señor Vinageras, desvaneciendo en gran parte la acusación de astuto artífice de maniobras para dar valimiento a sus poesías; culpa que he hecho recaer sobre el librero Baudry. Ahora me toca desvanecer otra prevención desfavorable que le ha enajenado algunos corazones, y toma su origen en la vanidad del autor, que se alaba portentosamente, hasta el extremo de decir que su aliento le roba al polo las perlas que bebe el Arcángel Gabriel. Yo confieso que al principio me escandalicé de tanto orgullo; y para juzgarlo imparcialmente tuve que hacer un esfuerzo sobre mí mismo, para no dejarme arrastrar de mezquinas influencias. Pero al ver que los elogios se repetían do quiera y siempre con mucha gracia, conocí que no nacían de un sentimiento de altivez o vanagloria, sino de la forma que daba a sus ideas, personificándose con la poesía, y diciendo de sí mismo lo que en general se dice del poeta. Claro está, que cuando escribe:

*El mundo es mi palacio, y el sol mi pabellón,
no quiere decir otra cosa sino que el mundo es el palacio del poeta.*

Así se han de entender los versos que siguen:

*La lira de la América ostento yo en mi mano,
Y el labio de las indias sus néctares me dio;
Los genios que a las hijas del sol acompañaban
Me dieron cuanto en vano la inspiración soñó:
Sus alas en mi frente purísima radiaban,
Y en pieles de leones he descansado yo.*

Sigue diciendo que los magos de Tlaxcala le dieron su misteriosa ciencia; las hadas sus encantos, etcétera. Dice a las matanceras:

*Llego a vosotras con igual ternura,
Reflejando la luz del firmamento,
Deoros mis labios, de azahar mi aliento
Y el alma llena de inmortal fervor*
.....

*Perlas os traigo del bullente Sena,
Rosas que tienen un matiz de grana.*
.....

*Labios hermosos, adorad los míos;
Ojos de fuego, dadme la ventura.*
.....

*Venid a mí, que mis brillantes plumas
Os llevarán a esferas de esplendores.*

Me tiene encantado cada vez que habla de sí mismo; y no quisiera por mucho que fuera más modesto. Deseo que me enseñe sus plumas de oro y las perlas de su boca. Y cuando dice adoradme, lejos de irritarme contra el ídolo, lo miro con complacencia y lo pongo en un altar. Cuando cesa de alabarse, me quedo escuchando; y estoy por decirle: habla, habla; yo adoro tus labios.

Los mismos que se escandalizan de que el señor Vinageras diga que sus plumas levantan un oriente, han leído sin escándalo en Chateaubriand cosas más extraordinarias.

Encantamiento

TRADUCCIÓN LIBRE Y SALTEADA

También dice Chateaubriand, en sus *Memorias de ultratumba*, recordando la exaltación de sus primeros años, que cabalgaba en las nubes, que asido de los cabellos de una sílfide y envuelto en sus vestiduras transparentes, se lanzaba por los aires a merced de las tempestades, agitaba la cima de los bosques, sacudía los cimientos de las montañas, y se remolinaba sobre los mares. Engolfado en el espacio, recorría la inmensidad desde el trono de Dios hasta las puertas del abismo. Los mundos se sometían a la omnipotencia de sus amores: los silbidos del huracán eran para sus oídos notas deleitosas, suspiros blandos, y la lluvia lo convidaba

a dormir arrullado en brazos femeninos. Luego emprendía con ella lejanos viajes: con ella, mano a mano, visitaba las célebres ruinas de Roma y de Atenas, Venecia, Jerusalén, Palmira, Menfis y Cartago; más allá de los mares pedían ambos la felicidad a las palmas de Otáiti, a los bosques embalsamados de Amboina y de Tidor; iban al Pico de las Himalayas a despertar a la aurora; bajaban con las aguas del Ganges, contemplando las pagodas y sus globos de oro, y descansando en sus márgenes sagradas.

El autor se complace en hacer el retrato fantástico de la sílfide: Eva inocente, Eva caída, era un conjunto de todas las pasiones; era al mismo tiempo la personificación de la gloria, del honor, de la virtud, cuando cumple con sus más nobles sacrificios. Maravillosa creación de su fantasía, ante la cual se postraba para ser hollado por sus pies. Las palabras apasionadas que le dirigía hubieran calentado el mármol de los sepulcros. ¿Qué desierto no poblara ella con su presencia? ¿Qué curva de leones no convirtiera en palacio? Una sonrisa suya, la más leve caricia encendía en su pecho una llama que millares de siglos no bastaran a extinguir. Ya el hombre se había despojado de la humana naturaleza; se había vuelto nube, viento, sonido, espíritu aéreo para cantar la felicidad suprema.

Esta sílfide se le apareció en distintas épocas de su vida. Bien pudiera tener setenta años cuando recibió su última visita en el monte San Gotardo, volviendo de su embajada a Carlos X; sólo, en un cuarto de un miserable albergue, una noche tempestuosa, con dos camas para un viajero que ni podía dormir ni soñaba con amores. Empero las tinieblas de la noche, rasgadas por el fulgor de los relámpagos, el estampido del rayo y los sordos gemidos de las cimas Alpestre, saludaron al bardo de la armónica. De la ladera resplandeciente de San Gotardo vio salir a su sílfide de los bosques de Cobuego. —¿Eres tú, dulce encanto de mi juventud primera? ¿Qué vienes a buscar en las fragosidades de esta sierra? Si vienes por mí, me encontrarás demudado de semblante; pero arde el alma sin aliento como siempre, y a sí misma se consume. Si no estás satisfecha con las gracias que en otro tiempo te di, puedo hacerte hoy mil veces más seductora: aún quedan colores en mi paleta; he visto desde entonces muchas bellezas y sé pintar mejor. Ven a mis brazos, no te espanten mis nevados cabellos, pasa por ellos tus dedos vaporosos; ennegrecelos con el amoroso contacto de tus labios. La cana frente enloquece, como en los días aquellos en que fuiste por mí creada, hija primogénita de mis ilusiones, dulce y misterioso fruto de mis amores con mis primeras soledades. Ven, ascenderé contigo a las nubes, bajaremos con el rayo a surcar, a iluminar, a incendiar los precipicios. Ven, suspéndeme otra vez, y no me vuelvas a la tierra.

Los versos citados por mí en la segunda sección de esta censura, son suficientes para probar que la dicción del señor Vinageras es poéti-

ca. Falta saber si merece el nombre de poeta por el plan o distribución de los conceptos secundarios que entran en el desarrollo del concepto principal. Paso a examinar bajo este punto de vista dos o tres de sus composiciones.

Telescopio gigantesco de Lord Rosse

Esta composición está por entero escrita en períodos métricos de diversa extensión, versos quebrados y rima salteada, que es lo que constituye la silva.

Lo primero que se ha de buscar en toda poesía, es la idea fundamental que el autor se ha propuesto. Ésta la expreso aquí en prosa de esta manera: el alcance extraordinario del telescopio construido por Lord Rosse, nos ha dado a conocer muchas nebulosas, que se escondían a los instrumentos anteriores. Veamos el partido que un poeta puede sacar de esta idea. Empieza así:

*Rey de la creación, sublime el hombre
Las maravillas del Señor admira;
Creyente, ensalza del Señor el nombre,
Poeta, embraza la sonora lira.*

Se trata de la utilidad de un telescopio en los estudios astronómicos, y el autor empieza por ennoblecer la ciencia, para derramar mayor prestigio sobre el instrumento. El hombre es llamado a estudiar las maravillas del cielo; allí verá escrita la gloria del Señor, y poeta, cantará su divino nombre. Todo esto está encerrado en cuatro versos, después de los cuales, exhorta al pensamiento a que se lance a los espacios, vuele hasta Urano, estudie los cometas en su carrera, y torne luego:

*Con secretos que son del firmamento.
Sublime astronomía. ¿Qué ciencia, como tú? Por ti se exalta la
humanidad.
Porque comprende
Que el Dios que infunde en el mortal la vida,
Es el Supremo Dios que al sol enciende.*

Poeta cristiano, el autor comienza dignamente, haciendo la alianza de la poesía con la religión.

La Astronomía, como toda grande idea, ha tenido sus mártires.
*Galileo
Sabe que va a morir: en ansia impura,
Al venerable anciano prosternado*

El pueblo grita con furor: abjura!

Y refiere el famoso *E pur si muove*. ¿Quién al cantar la astronomía puede olvidar a Galileo? El autor lo recuerda oportunamente.

Y luego, tendiendo la vista afligida sobre los obstáculos que han retardado el progreso de las ciencias, exclama: ¿será verdad que la ignorancia y la persecución empañen su esplendor divino? Una vos que responde:

*Nunca será. Fructífero y brillante,
El árbol de la ciencia vencedora
Sombre dará con su ramaje al cielo.*

Entiendo que ha de ser tan alto, que coja las nebulosas bajo de su sombra. ¡Soberbia hipérbole! No podía ser menos en ciencia astronómica.

*—¿Quién habla así? ¿Es voz humana
O voz del ángel que conduce al mundo?
No. Que es un genio que inmortal se afana
Grande, entusiasta, en su invención profundo,
Hijo de Albión, que dirigiendo al éter
Admirable instrumento
De suma magnitud, sube en un hora
Con mente voladora
A la región do el sol tiene su asiento.*

Magnífico reconocimiento del ilustre astrónomo: bien llamado, bien traído. *¿Quién habla así?* Es un movimiento lleno de improvisación. Ya salió de su exordio pindárico, y entró en materia. Ya sabemos que el astrónomo se llama Rosse, gran descubridor, Colón del cielo, adoctrinado por Keplero, émulo de Newton.

*Nunca podréis, espíritu sin honra,
Del pensador inglés la gloria pura
Un instante nublar. ¿Veis cuál fulgura
Sobre nubes el sol? No de otro modo
La gloria de los sabios resplandece:
Brilla como la curva de los astros,
Luce como el Olimpo,
Y más que el sol de la esperanza crece.*

Esta breve alocución de los espíritus envidiosos, sembrada a la aparición de Rosse, es un rasgo magistral. La curva de los astros, comparación tomada del asunto, recuerda la cola resplandeciente de un cometa.

Volviendo al sabio observador, dice:

*En tanto, ioh Rosse! El arco de tu frente
 Por el arco de un sol está encendido;
 ¿Quién como tú? ¿Qué humano poderío
 Te transportara a tan excelsa altura?
 Allá solo está Dios; allá en el cielo
 Todo es dicha y consuelo,
 Y existencia de amor y lumbre pura.
 Tinieblas solo aquí, solo en la tierra.
 Levanta, pues, las vigorosas alas,
 Ve a sorprender lo que el espacio encierra.*

.....

*Mas yo te miro, ioh Rosse! Modestamente
 Subiendo al éter, a la inmensa esfera
 Donde nunca se vio la planta humana:
 Y cuando miras la región flamante
 A través de tu enorme telescopio,
 Dios con sus astros baja refulgente
 Para ceñirte un lauro relumbrante.*

Una poesía que contiene los rasgos históricos y morales que acabo de indicar, y en la disposición que se ha visto, se halla bien iluminada. Suprímase todo lo que hace continuación al lauro puesto por Dios en la frente de Rosse, que debe cerrar la composición.

Defensa de las cubanas

Esta es una de las más bellas composiciones del Señor Vinageras. Me he propuesto no copiar ningún trozo de ella, para no perjudicar a la venta de su libro, y porque en la extensión de diecisiete páginas es en totalidad digna de leerse. Mi objeto es por ahora demostrar que en cuanto al plan general y a los incidentes, califica al señor Vinageras de poeta eminente: la ejecución, como he dicho, corresponde al concepto.

Supongamos que se proponga en un concurso literario el elogio de las cubanas. ¿Quién ganará el premio? ¿Será el que entone un canto de diecisiete páginas con el mismo metro y con la misma idea dominante, o será el que coloque tres himnos a las cubanas y un himno al amor en medio de una sabrosa escena dramática? En igualdad de méritos en cuanto a la ejecución, el autor de este concepto ganará el premio. Ya he dicho que el señor Vinageras no se copia a sí mismo. Sigámoslos en su plan.

Diez quintillas de siete sílabas nos instruyen de que paseando por el Prado de Madrid, la brisa de agosto, que corría, le trajo a la memoria la cubana que llenó su pecho de amor y le daba su alma enamorada. Este recuerdo no es mal exordio. Cuando de improviso llamó su atención una dama donosa, perla de Castilla, la Duquesa del Drama.

Solicitado por la amable interlocutora, entona el primer canto a favor de Cuba, y es el que empieza.

*Es Cuba, Duquesa, la virgen del cielo
Caída en las olas del férvido mar; etc.*

Entrando después en el verso octosílabo rimado de Calderón, sigue un diálogo entre la duquesa y el poeta, en que la primera con galante intención y para oír la defensa, acrimina a las hijas de Cuba con todo aquello que la habladuría de los viajeros acumula contra ellas, a saber, que son perezosas, vindicativas y fáciles de conquistar.

Algo dice también contra el suelo, que el poeta suspende entre rosas:

*—Pues añadieron también,
Si mal no recuerdo yo
Que no es aquello un Edén
Por el clima ¿es cierto?
—No.*

El poeta niega todos los cargos, verdades o mentira; y difícil le es a la Duquesa contener la impaciencia que interrumpe sus discursos; al fin dice:

*Mas si gustáis descansar
Bajo esta tienda de flores...
—Duquesa, con mil amores,
Y Dios me quiera inspirar.*

Aquí entra el segundo canto a Cuba, el que empieza:

Lindo talante, forma encantadora, etc.

Téngase por sabio que a cada incidente muda oportunamente la forma métrica, lo que contribuye a que sean leídas diecisiete páginas sin menor cansancio.

La Duquesa, arrebatada con la elocuencia del poeta, entona enseguida un nuevo canto de alabanza a favor de esa misma Cuba contra la cual se mostró prevenida; y es el trozo que empieza:

Bendiga Dios ese suelo, etc.

Hay una maestría indudable en poner este elogio en boca de la Duquesa. La alabanza de las cubanas, dividida en tres partes, es también de mucha novedad y agrado.

Mas como la señora insiste sobre lo mucho que el cielo cubano alentara las pasiones amorosas, el poeta se entusiasma al nombre del dulce amor, y él envía un himno, feliz digresión, con ligeros recuerdos a las noches de Cuba; himno por el estilo siguiente:

*¡Oh! Cuán bello es dulcemente
Y en mano que está abrasada,
Reclinar la sien, llevada
¡El alma de su emoción!
Y de unos labios de rosa
Bajo un cielo no sombrío,
Escuchar un amor mío
¡Que suene en el corazón!*

Por último, toma el álbum de la Duquesa y escribe dos coplas de su segundo canto, parafraseadas con otras nuevas. ¿Es o no es poeta el autor de esta defensa?

El examen de las dos poesías que preceden, y el de la corona poética, nos ha revelado, en cuanto al plan y a los pormenores, el genio del señor Vinageras. De la misma manera pudiéramos analizar, con ventaja para él, la poesía titulada *El Occidente*, y algunas otras. Básteme decir, que por malas que sean sus composiciones, el genio del poeta no se puede ocultar. Sirva de ejemplo la de Newton, la peor de todas en cuanto al objeto principal, que es la demostración de la ley del universo por medio de la cual se conservan en sus órbitas los soles y los planetas.

Newton

*Sentado bajo un árbol cuya rama
Busca la luz del sol enrojecido,
Un hombre en viva inspiración se inflama
Y está en sueños fantásticos perdido.
Torna a mirar del sol la eterna llamada,
Y hallándose el filósofo abstraído,
Una manzana cae de repente,
Dándole al pensador sobre la frente.*

El poeta entra de golpe en su asunto con una octava gravemente construida y profundamente pensada. Hay dos modos de entrar en acción: uno directamente, como el que usa aquí el autor, otro indirectamente, con

digresiones preliminares propias de la oda pindárica. El señor Vinageras se aficiona principalmente a este último modo; pero aquí muda la forma para no copiarse a sí mismo, que es el defecto de Píndaro, casi obligado por la naturaleza de los asuntos que trataba, siempre lo mismo, esto es, el triunfo de los atletas coronados en los juegos olímpicos. La idea que se trata de expresar en la referida octava es la siguiente: Newton vio caer del árbol la manzana. Veamos cómo la expresa un poeta:

Sentado... ¿quién? Aquí hay una inversión, tengo curiosidad de conocer al sujeto. *Bajo un árbol...*, venga alguna descripción del árbol; porque en poesía no se dice como en prosa un árbol, sino algo más que interese o que agrade. *Cuya rama busca la luz del sol enrojecido:* ésta es la descripción, y es poética, porque da intención y sensibilidad a la rama: adviértase que aparece el sol en la escena por primera vez. *Un hombre...*, ¿qué hombre? No dice quién. Esta reticencia me agrada, me deja en suspensión, aviva mi curiosidad, aumenta el interés: pero ya el autor no dice quién es, espero que me lo dará a conocer con alguna descripción: este es método usado por un gran poeta en prosa, el bardo de Edimburgo, el ilustre Walter Scott. *En viva inspiración se inflama.* ¿Si será poeta? Hoy la poesía se hermana con la ciencia; puede ser sabio sin dejar de ser poeta: tal vez el sol enrojecido le envía a través de la rama un destello de su fecundidad. *Y está en sueños fantásticos perdido:* esto no me dice nada de nuevo, porque no sé cuáles son sus sueños fantásticos. *Torna a mirar del sol la eterna llama:* ya empiezo a creer que este hombre es un astrónomo, porque ha mirado dos veces al sol; pero los malaventurados sueños *fantásticos* me dejan en la duda: tal vez querrá, a fuerza de mirar el sol, sacar una chispa que ilumine su *fantasía*. La *eterna* llama me da qué pensar; la palabra es seria, el hombre no busca la inspiración del momento, medita sobre la eternidad del universo. *Y hallándose el filósofo abstraído...* ahora que ha dicho filósofo, no me queda duda de que el hombre es un astrónomo; por eso miró dos veces al sol; la cuestión que ocupa su mente es gravísima, por lo que se ha de tomar de asiento; y admiro la oportunidad con que el autor de esta poesía ha puesto el sol en la escena: como centro de atracción planetaria, es personaje esencial en la resolución del problema. El hombre está bien descrito, puesto que sé quién es, salvo el nombre: falta saber qué relación le enlaza con el árbol. *Una manzana cae de repente, dándole al pensador sobre la frente.* El filósofo se había rendido al paso de sus meditaciones; no dándole el sol una respuesta satisfactoria a sus preguntas, se había *abstraído* un momento; cuando de repente un aviso activo bajó del árbol a cuya sombra fue a buscar la inspiración: la manzana cae, no a sus pies, sino en su cabeza, o mejor dicho en su *frente*, para despertar la inspiración dormida. *Y rueda el bello fruto por el suelo, y el sabio lo sigue con*

los ojos: esta circunstancia, que empieza la segunda octava, es interesante; la manzana no se ha de perder de vista, no tardará el sabio en interrogarla.

Pasaré en silencio las meditaciones del filósofo, puesto que ha dicho que no son dignas de un matemático ni de un astrónomo; solo haré ver que en una composición mal razonada, el poeta se muestra con brillantez. Empiezan los racionios del astrónomo, y en un momento de fervor, se levante y toma el fruto en la mano.

*Separa de la hierba la manzana,
Y exclama así con éxtasis profundo.
Bello incidente, acción viva, la atención del lector aumenta.*

La segunda parte, en versos más cortos, es un himno a Dios, que ha de iluminar al filósofo: descanso de meditaciones graves, treguas al racionio, variante métrica agradable; y en la última estrofa aparece el nombre del personaje.

*Mas tú, que eres el centro,
Tú lo sabes Dios mío,
¡Oh, tú, que justo y pío
Conduces al mortal!
¡Oh, tú, que al sabio Newton,
Llenándolo de anhelo,
¡Lo levantaste a un cielo
¡De gloria perenne!*

La estrofa es mala, sobre todo en el sexto renglón, y no lo pensó bien cuando llama a Dios pío; peor fue cuando lo llamó vencedor de ateísmo. Esto no quita que la idea sea admirable. Cuando leí la primera parte de la composición, sin haber encontrado el nombre del astrónomo inglés, cuando empecé a leer un himno larguísimo que viene a continuación, pensaba al tiempo que leía, que sería un rasgo maestro el escribir el nombre de Newton en la última estrofa. ¡Cuál fue mi satisfacción cuando allí lo vi estampado!

La tercera parte es de estrofas endecasílabas de cuatro renglones. Continúan las meditaciones de Newton. Luego en octavas con metro variado, canta el triunfo de la verdad, el problema resuelto; y por último, en otra variante métrica el águila del genio presenta a Newton al Dios del mundo.

Digo que si los racionios puestos en boca de Newton hubieran sido exactos, quedaban bien encuadrados.

Para negar al señor Vinageras el nombre de poeta, dicen otros que tiene poco bueno y mucho malo. A esto daré dos contestaciones: 1. Que sus bellezas no son tan pocas, vistas las que he copiado, las que he citado sin copiar, y las que quedan por citar. 2. ¿Quién es el poeta que tiene más de la décima parte de sus poesías buenas? Tómese alguno el trabajo de hacer la experiencia, anotando todo lo que merezca ser leído dos veces o aprendido de memoria, y verá lo que saca de los más célebres escritores. Ninguno sabe sacrificar lo mediano: da al público todos los partos de su imaginación, bonitos o feos; sin conocer en sí mismo, aunque en otros lo conozca, que en poesía todo lo que no es muy bueno pasa por malo, porque roba al lector un tiempo precioso que pudiera emplear en cosas más amenas o instructivas. La prueba está en la colección completa de los mejores poetas españoles de don Ramón Fernández, de la cual se sabe que Quintana entresacó su material para el *Tesoro español*: cuarenta son los tomos de Fernández, cuatro los de Quintana, la décima parte, ni más ni menos. ¡Y cuánto hay que cercenar en la quintaesencia recogida por Quintana! Por otra parte, dijo Balzac que Millevoye se había acreditado de poeta con una sola hoja, pues murió en la flor de su edad, cuando daba las mayores esperanzas; una hoja que nada sobre las olas inmortales, y vive sobre la espuma, destinada a nunca naufragar: esta es la poesía titulada: *Hojas de otoño*. De esta suerte, para dar al señor Vinageras el nombre de poeta, bastarían cuatro estrofas de su invocación a la fe, y la estrofa que comienza

La mano del Señor me lleva por el mundo.

La mitología del poeta Vinageras, puesto que ya le podemos dar este título, hace honor a su ilustración, que es la del siglo, y lo califica de hombre sensato. Si a veces personifica el amor, nunca es con los nombres de Venus y Cupido. Su musa es la fe y la virgen de la gloria; el genio que lo inspira es más sublime que el divino Apolo de los griegos; en lugar de flechas y de aljaba, lleva una cruz y la pasea por el mundo; al nombre de Júpiter tonante sustituye los cien nombres del Dios de los cristianos, el Eterno, el Altísimo, el Omnipotente. La escuela romántica del siglo XIX, a la cabeza de la cual está Víctor Hugo, no se ha contentado con esta noble y sencilla corte celestial; sino que ha evocado a Satán de sus abismos, ha poblado la tierra de vestigios, de enanos, de duendes y otros espantajos de su desordenada imaginación. Mejor inspirados los que vivimos en la mitad del mismo siglo, no reconocemos más que a un Dios y la pura oración que a él nos conduce. Invito al señor Vinageras a que sacuda del todo los restos del paganismo que se disfrazan con otros nombres en sus poesías: tal es el águila del genio, la cual arrebató a Newton para presentarlo al Dios del mundo. Si esta no es la misma que robó a Ganimedes en

el monte Ida para llevarlo a Júpiter olímpico, no sé qué otra puede ser. ¡Cuánto mejor ha sido hacer bajar a Dios con sus astros, para poner un lauro en la frente de Rosse! ¡Cuánto mejor es que la oración ponga al pie del trono inmortal las glorias adquiridas en la tierra por las criaturas humanas! Invito al poeta a que no ponga en boca del Atlántico arengas profanas, a que destierre los discursos en bocas de piedra y cieno, a que guarde las prosopopeyas para casos extraordinarios, como cuando Racine el hijo, en el magnífico trozo que empieza:

*Oui, c' est un Dieu caché que le Dieu qu'il faut croire
Interpellando a la naturaleza, dice:
Répondez, cieus et mers; et vous, terre, parlez.*³

Y, sin embargo, no se atreve a hacer hablar los cielos y la tierra: se contenta con interrogarlos. Pero el señor Vinageras hace hablar a Dios a cada rato, ¡qué osadía! Aquel cuya sagrada majestad se reveló entre nubes, porque nuestros ojos mortales no pueden contemplarlo faz a faz; ante cuya deslumbrante gloria los serafines inclinan la cabeza y la cubren con sus alas; aquel que es la palabra viva, el Verbo increado; aquel cuya palabra sacó el universo de la nada, ¡el señor Vinageras lo hace hablar en sus dramas! ¡Qué profanación!

Y, sin embargo, este joven está penetrado de un profundo sentimiento religioso: en esto se parece a Lamartine. Se expresa con unción; no así Chateaubriand en el *Genio del cristianismo*. Nuestro contemporáneo, el ilustre poeta don José Zorrilla, adolece tal vez del mismo defecto, cuando habla de Dios y del alma. Hay otros que no pasan de farsantes: en su boca la santidad parece una ironía. La sinceridad, en estos tiempos en que cunde el escepticismo, es condición importante para tratar ciertas materias: y el que no siente en su pecho la sagrada llama, no debe entrar en el santuario. El brillante poema de Chateaubriand que *chocó con el siglo y lo desencaminó de sus erradas vías*,⁴ no me conmueve como debiera, porque veo que el autor se calza un coturno y se pone la careta. Asimismo Voltaire, en su ensayo sobre las costumbres de las naciones, no me inspira mayor convicción, porque veo, como Hume, su fisonomía burlona en cada página, y porque sus dedos mezclan en un mismo vaso lo sagrado con lo profano.

El señor Vinageras, desde su tierna infancia, ha sido adoctrinado en la santidad del dogma. El genio que lo visitó en la cuna y le sonrió en la pubertad, era un genio celeste.

³ Responded, cielos y mares; habla tú, ¡oh tierra!

⁴ Le heurt que le Génie du Christianisme doña aux esprits, fit sortir le 18 siècle de l'ornière, et le jeta pour jamais hors de sa voie (Chateaubriand).

*Y yo su faz atónito veía,
Tal como suele el cazador errante
Ver en Laponia iluminado el suelo
Por la luz zodiacal que surca el cielo.*

*Y mi acento por los aires resonaba,
Y en perlas sobre Dios se derramaba.*

Creció, y el espectáculo del mundo lo confirmó en su fe. Oigamos sus propias palabras, sacadas de su carta a Humboldt: “Al espectáculo imponente de esos mundos enormísimos que recogen tantas armonías, vagan por el espacio para ofrecérselas al autor de tantas maravillas, sería imposible que la fe no me guiara en todo, como la columna de fuego en un tiempo a los israelitas, como la luz del sol guía el globo donde vamos, y que un día tal vez se detenga por haber tropezado con unos de los escalones del trono del Altísimo”.

Desde entonces llamó siempre a Dios con sus verdaderos nombres: Dios fue para él

*No la idea tenebrosa
De un ente material, barro en sí mismo,
No sino el Ente que do quier reposa,
Y autor de un gran poema, el cristianismo.*

Estando ya para concluir mi prolongado juicio crítico, pido al lector que acepte con benevolencia dos traducciones intercaladas en esta cuarta sección, a saber: *Las Estrellas*, de Lamartine, y el *Encantamiento* de Chateaubriand. No eran del todo necesarias; pero he puesto la primera para ofrecer a la juventud un modelo de buena poesía, y la segunda para amenizar el fastidio de una crítica literaria.

En la sección tercera de mi censura, he juzgado al señor Vinageras con la severidad de un hombre que respeta al público; y no tiene la satisfacción de conocer personalmente al autor, ni a ninguno de su familia; en la segunda y cuarta sección, he dado a conocer su mérito, con la diferencia de que en la segunda me he quedado en la corteza y en las ramas, y en la cuarta he penetrado en la médula; quiero decir, que primeramente apareció el poeta en la elocución y después en la invención. Solo me quedan para cerrar mis juicios un apóstrofe al autor, un retrato en forma prosaica y un retrato en forma poética. La verdad imparcial hablará en el primero de estos retratos. Permítaseme en el segundo ser menos riguroso, diciendo que supo el autor hermanar la poesía con las ciencias, puesto que en la forma poética, que se presta a la ficción, fuera una descortesía decir que lo intentó, como he dicho en otra parte. Ténga-

se presente que el autor es joven y nos ha dado sus primeras inspiraciones; que en la actualidad se están imprimiendo otros dos tomos de sus poesías, incluso sus *Occidentales*, y que en ellos continúa sus nobles ensayos.

Retrato literario de don A. Vinageras en vista del primer tomo de sus obras

Don Antonio Vinageras, cubano de nacimiento, perfeccionó sus estudios en Madrid y en París, donde vio y visitó a los literatos de más nombradía, a quienes ha tributado grandes elogios para tener el derecho de presentarles sus dedicatorias; siendo pocas sus composiciones que no lleven uno de estos sellos ilustres en su portada. Coronó su intento dedicando la obra entera al Instituto Imperial de Francia, del cual forma parte la Academia Francesa a quien corresponde la presentación, y no, como se quiere dar a entender, al Instituto de Ciencias, que seguramente hubiera rehusado la dedicatoria.

En la elección de los asuntos, en los títulos que los califica, en las notas y cartas que acompañan las poesías, y en los anuncios acostumbrados del librero, se nota el conato de aparecer como jefe de una nueva escuela, cual sería la que hiciese la alianza, no diré de la poesía con las ciencias, sino de las ciencias con la poesía; pues antes que todo el señor Vinageras se dice hombre científico, que acude a la poesía para dar mayor lustre y popularidad a los conocimientos humanos: lo que carece de pruebas y de fundamento. Ha exagerado esta pretensión hasta el punto de hacerla ridícula, porque esta escuela no es nueva, ni él puede proclamarse como uno de sus jefes: tiene sin embargo el mérito de haber llamado la atención sobre tan laudable fin, y el de haber hecho en este sentido algunos ensayos.

El vano empeño de parecer científico le ha perjudicado grandemente, porque le ha obligado a formular títulos demasiado arduos para su pluma, y se ha echado encima una carga que sus hombros no han podido sustentar. Con portadas más modestas, muchas de sus poesías que han merecido una reprobación severa, hubieran sido leídas con indulgencia y a veces aplaudidas.

Sus obras en prosas y en versos muestran un grado de instrucción bastante elevado en geografía, historia y literatura; sus notas dan a entender que ha hecho en la astronomía estudios no menos provechosos; y aunque en una carta se anuncia como naturalista, la lectura del primer tomo de sus obras está muy distante de merecerle este título. En cuanto a los estudios filosóficos y morales, lícito es creer que no pasan de superficiales. Por lo que toca a las cuestiones vitales que agitan en Eu-

ropa los espíritus en sentido favorable o adverso a la libertad de las naciones y de los individuos, no hay vestigios en sus obras: lo que nos induce a creer que no ha leído a Plutarco, el que hizo la apoteosis de Napoleón, en la corte del César; que por la felicidad de su estrella puede hoy repartir favores y penas.

Tal es el aspecto poco favorable que presenta su retrato literario. Bajo de otro aspecto es merecedor de mayores elogios.

Como poeta, tiene asuntos dignos de la lira, inspiración, invención, orden o el bello desorden de la oda, sentimientos religiosos, alguna ciencia, nobleza y decoro, valentía, delicadeza, elocución escogida, expresión viva, rica, sonora: tiene genio poético.

Estas cualidades dominan en el autor. Esto no quita que vayan frecuentemente acompañadas de defectos: la inspiración suele degenerar en extravagancia, la valentía en hinchazón; la pobreza de pensamientos contrasta con la pompa de los anuncios; las ideas son a veces inconexas; la elocución no es castigada, sino con frecuencia desaliñada, a veces prosaica; la construcción gramatical deja mucho que desear.

Una vanidad pocas veces ofensiva, casi siempre amable por la ingenua expresión y los floridos versos en que se manifiesta, reina en el curso de sus composiciones: se alaba naturalmente y sin pensarlo. Si le preguntamos por qué dice tanto bien de sí mismo, responderá poco más o menos como Lamartine cuando le decían: ¿por qué cantas? — “Pregunta al ruiseñor por qué vive tan enamorado de su garganta. Yo me alabo, amigos, como el hombre respira, como gime el ave, como suspira el viento, como susurra la fuente entre las guijas”.⁵

Si tomamos en consideración, como es justo, la cortedad de sus años, que hoy son 22, y lo que han producido hasta ahora, debemos esperar grandes cosas para lo futuro. Pocos a la edad que él cuenta, pueden alabarse de haber empuñado la lira con más firmeza, de haber manejado con más destreza el instrumento; regentado la estrofa y variado el metro. Tiene algunas ideas expresadas con gustosa novedad.

Tiene lo principal: generosa inspiración y genio poético. Lo que hoy le falta, el tiempo lo puede dar, esto es, el estudio de los buenos modelos y la meditación sobre el mundo físico y moral. Entonces el aguilucho se perderá de vista. Mas yo pregunto: ¿hay esperanzas de que todo esto lo dé el tiempo? La respuesta afirmativa fuera indudable, si no hubiera leído en una de sus composiciones *Non omnis moriar*.

⁵ Mais pourquoi chantais-tu? Demande a Philoméle/Pourquoi durant les nuits sa douce voix se méle/ Aux doux bruits des ruisseaux sous l'ombrage roulants./ Je chantais, mes amis, comme l'homme respire./ Comme l'oiseau gémit, comme le vent soupire./ Comme l'eau murmure en coulan.

Apóstrofe

Gallardo mancebo, modera el brío, enfrena tu osadía, acortas tus alas: no te puedo seguir de la tierra al cielo, del cielo al abismo. Me llevas por caminos que tú mismo desconoces; te pierdes, joven inexperto, y me pierdes contigo. Es tanta la abundancia de perlas que derramas, que no las puedo contar: perlas en Dios, perlas en tu boca, perlas en la cascada, perlas do quiera. Tú platicas con los ángeles, tú cubres la América de rosas, tú fulguras en las auroras boreales, tú eres el director de las óperas celestes. Mas si el arcángel Gabriel te lleva de la mano, no pretendas ir más alto que el enviado del Señor; espera que te revele sus secretos. No pongas un pie en el apartado polo, si no sientes el otro bien afirmado, siempre que quieras lanzarte a Sirio.

Tienes a Dios en la mente y a Cristo en el corazón. No busques a otros dioses: no multipliques los genios para no caer en los Faunos y Silvanos, Nereidas, Piérides, Dríades y Hamadriades. No me echas a cada rato la majestad de Dios encima; pues no es un fardo o comodín que venga bien a todos usos: temo profanar su santo nombre; apenas mi labio se atreve a pronunciarlo, y quiero mantenerme a una distancia respetuosa.

Suprime tu epígrafe *Non omnis moriar*. Envuelve en modestia tu ardiente corazón, para escuchar mejor sus armonías. Vendrá el día, si eres modesto, en que las bellezas del alma y las maravillas de la creación salgan de tu pluma a torrentes y sin esfuerzo alguno. Ahora me fatigas, porque mueves en discordante orquesta los cielos y la tierra: relampagueas, ruges, bramas; me aturdes, me abrumas, me desesperas.

Estudia a los clásicos antiguos: Homero te dará sus retratos del hombre y la naturaleza, Herodoto su naturalidad, Tirteo sus bélicos ardores, Píndaro sus saltos portentosos, Tucídides sus arengas, Jenofonte su miel, Esquilo sus titánicas inspiraciones, Sófocles su elevación, Eurípides su sensibilidad, Safo sus encendidos afectos, Anacreontes sus gracias amables, Sócrates su argucia, Platón su música, Demóstenes sus rayos, Aristóteles su ciencia enciclopédica, Plutarco su balanza, Tito Livio sus narraciones, César su elegancia, Terencio sus sales, Cicerón su amor a la gloria, Salustio su concisión, Ovidio su abundancia, Virgilio sus armonías, Horacio sus cuerdas flexibles, Tibulo su ternura, Tácito su hierro estigmatizador y su espada vengadora, Juvenal su zurriago, Quintiliano sus doctas reglas. Lee, lee, medita a los antiguos.

Estudia, estudia a los modernos. Tú los conoces, puesto que nos has prometido una historia de su literatura. Ya sé que no olvidarás a Lamartine, himno perpetuo; mas no olvides al modesto fabulista Lafontaine, ni al imitable pintor Bernandin de Saint. No olvides a Béranger, el Horacio de los franceses, porque tiene en su lira una cuer-

da que falta al lírico de la corte imperial de Augusto. No olvides a Jovellanos.

Estudia sin cesar al *Teatro de la elocuencia española* del correcto Capmany y el *Tesoro poético español* de don Manuel J. Quintana.

Estudia la filosofía y la historia natural.

Pertrechado con estas armas, digno soldado de Cadmo, vencerás al dragón de la envidia, y mezclarás sus escamas con tus pieles de leones y tus plumas de Ceilán.

Prosigue, generoso mancebo: tú que dices que la patria del alma está en el cielo, mira a tu patria; de allá bajo el genio que vive en ti. *Est deus in te.*

A don Antonio Vinageras, en vista del retrato que adorna el primer tomo de sus obras

Tu semblante serio y a un tiempo apacible revela al contemplador de la naturaleza, al que supo hermanar la ciencia con la fantasía; tu frente espaciosa brinda asiento al genio esforzado; tus cabellos no temen el embate de los aquilones; tus ojos parecen azules, y será porque retratan el cielo; bien que tu respetable madre, como tú mismo lo recuerdas, te decía “pupilas de esmeraldas”, y es porque naciste en Matanzas, cerca del mar: así eran los ojos de la docta Minerva. Tu nariz bien proporcionada no obsta a que la vista se lance a lo infinito; tu boca es pequeña, porque tu pan es ambrosía; la barba corta es digna compañera de una alta inteligencia; la oreja queda abierta a todas las armonías; hasta en los flecos de la corbata se traducen tus alas; el largo lienzo que dobla sobre ella, deja el cuello en descubierto, y trae a la memoria la columna que ha de sustentar tu fama; por último, tu traje es decente, como lo son tus pensamientos. ¡Honor al original de este retrato!⁶

Nota acerca del juicio crítico que precede

El juicio crítico de las poesías del señor Vinageras supo muy mal al principio a su irritable genio, y lo manifestó en un folleto intitulado *Elogio de Poey*; tachando mi estilo de vulgar y poco terso, impuro en la forma, y digno de un director que toma la pluma del literato, lo que acompaña con inculpaciones odiosas, diciendo entre otras cosas, que he

⁶ Los ojos suelen mudar con la edad. Algunos han dicho que el color del mar no es verde: en las costas parece verdoso. Véase “Verdemar” en el *Diccionario de la Academia*. —Entiéndase por barba el hueso de la mandíbula, no el pelo.

tomado la pluma contra mi conciencia, para servir de instrumento a un partido enemigo de las glorias del país. No deja sin embargo de decir algo en mi favor, como lo atestiguan estas palabras: “Al ver al señor Poey a través de la nube en que la envolvió el partido, como a través del velo puesto por un profano a la virgen de Murillo, se ve el rostro sublime de la imagen”. Sea bienvenida esa frase en pago de esta otra que yo escribí sobre sus composiciones:

“¿Y qué diremos de la Virgen destilando perlas sobre el iris de la cascada y los querubas bajando para cogerlas? Que es una pintura de Murillo”.

Di en el *Diario* del Liceo de La Habana una contestación a aquel llamado *Elogio de Poey*, aplacando su ira; fundado en que al pregonar las relevantes prendas de su estilo poético, había presentado al público el revés de la medalla, con el fin de que no fuese rechazada la otra cara.

Me expliqué entonces en los términos que siguen:

“Yo he dicho y lo repito con satisfacción, que sus obras en prosa y en verso muestran un grado de instrucción bastante elevado en geografía, historia y literatura; que sus notas dan a entender que usted ha hecho en astronomía estudios provechosos; que Mansueto Veraz no ha señalado el germen de poesía que brota de cada página de las obras de usted, ni anuncia la esperanza de que el aguilucho en su vuelo llegue a ser águila majestuosa, y tienda las alas bastante altas para cubrir con su sombra las páginas que hoy lo acusan; que los asuntos en que usted ha ejercitado su talento, no pueden ser más dignos de la poesía, tal como la concibe nuestro siglo; que en cuanto al mecanismo, a lo material de la ejecución, nada deja usted que desear: metro variado, movimiento pindárico, invocaciones oportunas, novedad en la forma, plan bien combinado, elocución sonora, rica, poética, y otras circunstancias que iluminan sus poesías; que la imagen de Dios, que lleva usted siempre por delante, engrandece sus conceptos y su estilo; que es usted severo en la expresión y casto en los amores; que pongo un lauro a su sien, y que las doncellas (sirviéndome de sus propias palabras) pondrán sus trémulos labios en los de usted, si no se ofende la ardiente musa que sin cesar lo besa; que me deja usted encantado cada vez que se alaba, porque lo hace con amable e ingenua expresión y con floridos versos; por lo que siquiera que usted me enseñara siempre sus plumas de oro y las perlas de su boca: usted comprende que esto no es ironía, porque hay una línea que separa lo serio de lo jocoso, como también lo sublime de lo ridículo; y esa línea no la he traspasado.

”He dicho que la musa que ha inspirado a usted es más sublime que el divino Apolo de los griegos, por ser la fe y la virgen de la gloria; que el genio que visitó a usted en la cuna y le sonrió en su pubertad, era un genio celeste; que tiene usted la unción que niego a otros poetas

eminentes, y que ha dado usted a Dios sus verdaderos nombres; que pocos a la edad que usted cuenta pueden alabarse de haber empuñado la lira con más firmeza; que tiene usted generosa inspiración y genio poético. Me he tomado la libertad de darle algunos consejos y he dicho: “Pertrechado con estas armas, digno soldado de Cadmo, vencerás al dragón de la envidia, y mezclarás sus escamas con tus pieles de leones y tus plumas de Ceylan”. ¿Qué más podía decir?, pues he dicho más: *Est deus in te*”.

Y le preguntaba: ¿por qué no somos amigos? El señor Vinageras tuvo la magnanimidad de aceptar con benevolencia mi contestación, dirigiéndome una carta en que solicitó de mi parte otro juicio crítico sobre el segundo tomo de sus poesías que acababa de publicar.

JUICIO ORIGINAL DE DON GUILLERMO COLSON



Una niña inocente que parece tener catorce años, duerme apacible y bella, con el despejo que permite el sueño y el candor de su alma; pero con el recogimiento necesario para descubrir el tesoro de sus gracias sin ofender el pudor. El hijo maligno de la citérea diosa se acerca para herir con ponzoñosa saeta el pecho que la niña descubre incautamente. La madre sobresaltada, como quién no ignora las consecuencias, se interpone y con la mano tendida rechaza al rapaz, sin turbar el sosiego de su hija querida. Colson ha buscado para la madre un tipo de mujer cubana, dándole una edad poco avanzada y pasiones correspondientes. La niña es lo más perfecto de aquel grupo, y al crearla, la miró con afición el autor del cuadro de Napoleón en Alejandría, pues se conoce que debe la vida a la misma mano que postró dos divinas criaturas a los pies del vencedor de Egipto.

DISCURSO PRONUNCIADO EN HOMENAJE A BALTASAR GRACIÁN¹



Señores y señoras:

El tronco de la conversación de esta noche no es de propio caudal. La expresión será mía; me andaré por las ramas, permitiéndome algunas digresiones; lo de otro saldrá con su nombre para no vestirme con plumas ajenas; lo esencial pertenece al padre Baltasar Gracián, ingenioso autor de la obra titulada *El Criticón*.

Los preliminares que ocurran tendrán todos por terminación la lectura de un trozo que los literatos habrán saboreado, sino en la obra citada, a lo menos en el quinto tomo del *Teatro histórico crítico de la elocuencia española*, por don Antonio Capmany. No dudo que lo oirán con satisfacción, porque los doctos gustan de recordar: lo diré en latín para mayor claridad: *Ament meminisse periti*. No lo digo en griego por justísimas razones que el buen entendedor sabrá apreciar.

Baltasar Gracián nació en Calatayud, ciudad del antiguo reino de Aragón, y escribió hace unos 350 años, a mediados del reinado de Felipe IV. Perteneció a la Compañía de Jesús; y ya sea por orden superior, ya por modestia, publicó sus obras bajo el nombre de su hermano secular Lorenzo Gracián. Pero a César lo que es de César, y a Baltasar lo que es de Baltasar.

Sus obras forman dos tomos en cuarto, impresas en papel ruin y con tipos ruines, mereciendo *El Criticón* los tipos de Ibarra, los de la imprenta Real o de Sancha. El dorso es de pergamino, encuadernación tosca, pero sólida y duradera: fuera de esto, merece el tafilete y el canto dorado. Uno de estos tomos comprende la *Agudeza de arte e ingenio*, y el otro *El Criticón*. Al final de estos tomos se encuentran algunas composiciones cortas, a saber: *El oráculo manual de arte y prudencia*, *El*

¹ Este discurso es la reproducción fiel de la que pronuncié en una velada en casa del doctor don José María Céspedes, en el año de 1885. En sitio más elevado, hubiera omitido algunos pormenores amenos, bien acogidos por el carácter familiar de la tertulia, los cuales en otras circunstancias pudieran tacharse de puerilidades.

discreto, El héroe, y el Elogio del político don Fernando el Católico. También ha escrito un poema sobre las *Estaciones del año*.

Contemporáneo del eminente escritor don Diego de Saavedra Fajardo y del gigante don Pedro Calderón de la Barca, tuvo la dicha de hallar la lengua bien formada; bien que el estilo empezara a malearse, por las libertades que en él se tomaba don Francisco de Quevedo, y principalmente por las extravagancias de don Luis de Góngora, sus inmediatos predecesores. Ya en prosa habían descollado el venerable padre fray Luis de Granada, el maestro fray Luis de León, el venerable padre don José de Sigüenza, el padre don Juan de Mariana, el inmortal don Miguel de Cervantes Saavedra. En verso habían florecido el dulce Garcilaso, Fernando de Herrera, príncipe de la lírica, Bernardo de Balbuena, autor de *El Bernardo*, poema épico, mina inagotable, los dos Argensolas y Lope de Vega, llamado el Fénix de los Ingenios.

Pero tuvo Gracián la desgracia de caer en la era del gongorismo; dejándose contagiar en un poema descriptivo, pero no en prosa, donde son pocos los resabios que conserva de la escuela. ¿Quiéren ustedes que presente un ejemplo de estragado gusto, sacado de las *Estaciones del año* de este mismo esclarecido Baltasar Gracián? ¡Allá va eso!

*Después que en el celeste anfiteatro
El ginetete del día
Sobre flegonte toreó valiente
Al luminoso toro,
Vibrante por rejones rayos de oro,
Aplaudiendo sus suertes
El hermoso espectáculo de estrellas,
Turba de damas bellas,
Que a gozar de su talle alegre mora
Encima los balcones de la Aurora;
Después que en tan singular metamorfosis
Con talones de pluma,
Y con cresta de fuego,
A la gran multitud de astros lucientes,
Gallinas de los campos celestiales,
Presidió gallo el boquirrubio Febo
Entre los pollos del tindario huevo.*

No hay más que ver ni que decir: llamar gallo al sol, y gallinas a las estrellas, es harto ridículo.

La culpa la tiene Góngora en su *Polifemo* y en sus *Soledades*; composiciones poéticas que, por más señas, no he leído; pero no hablo por boca de ganso: repito las afirmaciones de Saavedra Fajardo, Capmany

y Quintana. En la primera de estas composiciones se muestra Góngora extravagante; en la segunda es impenetrable. Esto no quita —dice Saavedra—, que cuando deja de correr su natural, sea culto y puro.

El culteranismo impuro de aquellos tiempos consistía en agudezas de dos cortes, antítesis, retruécanos, y en un estilo enigmático capaz —dice Capmany— de hacer sudar la frente de la esfinge de Tebas. Fue una invasión que arrastró en su corriente los entendimientos más severos (expresión de Capmany). Penetró en el púlpito, como puede verse en una obra de mérito escrita por el padre Isla, con el título de *Fray Gerundio de Campazas*, precisamente para combatir el mal gusto introducido en la *Elocuencia sagrada*. El mismo Gracián en *El Criticón*, moteja a los predicadores de su tiempo, cuando dice: “Los más rematados eran algunos oradores, que en un punto tan grave y alto decían: esto sí que es discurrir; aquí, ingenios míos, de puntillas, de puntillas”.

Muy atrevido ha sido en culpar a Góngora. Saavedra Fajardo, mejor juez que yo, lo llama en su *República literaria* “requiebro de las musas, y corifeo de las gracias; gran artífice de la lengua castellana, quien mejor supo jugar con ella, y descubrir los donaires de sus equívocos con incomparable agudeza”.

La culpa es de los imitadores, que tomaban sus modelos en el *Polifemo*, en vez de tomarlos donde el poeta dejaba correr su natural, en sus canciones, romances y letrillas. Sirva de ejemplo uno de sus romances moriscos:

*Amarrado al duro banco
De una galera turquesa,
Ambas manos en el remo
Y ambos ojos en la tierra,
Un forzado de Dragut
En la playa de Marsella
Se quejaba al ronco son
Del remo y de la cadena.
¡Oh sagrado mar de España!
Famosa playa y serena,
Teatro donde se han hecho
Cien mil navales tragedias,
Pues eres tú el mismo mar
Que con tus crecientes besas
Las murallas de mi patria
Coronadas y soberbias,
Tráeme nueva de mi esposa
Y dime si han sido ciertas
Las lágrimas y suspiros*

*Que me dice por sus letras.
 Porque si es verdad que llora
 Mi cautiverio en tu arena,
 Bien puedes al mar del sur
 Vencer en lucientes perlas, etc.*

Esto es sostenido, elevado, noble, tierno, rico. El romance acaba:

*En esto se descubrieron
 De la religión seis velas,
 Y el comité mandó usar
 Al forzado de su fuerza.*

En las letrillas tiene gracia y ligereza:

*Guarda corderos, zagala,
 Zagala no guardes fe;
 Que quien te hizo pastora
 No te excusó de mujer.*

Vaya, por último, una letrilla sentimental:

*Lloraba la niña
 Y tenía razón,
 La prolija ausencia
 De su ingrato amor.
 Dejóla tan niña,
 Que apenas creyó
 Que tenía los años
 Que ha que la dejó.
 Llorando la ausencia
 Del galán traidor;
 La halla la luna,
 Y la deja el sol;
 Añadiendo siempre
 Pasión a pasión,
 Memoria a memoria,
 Dolor a dolor.
 Llorad, corazón,
 Que tenéis razón.
 Dícele su madre:
 Hija por mi amor
 Que se acabe el llanto,
 O me acabe yo.*

*Ella le responde:
 No podrá ser, no,
 Las causas son muchas,
 Los ojos son dos.
 Satisfaga, madre,
 Tanta sinrazón,
 Y lágrimas corran
 En esta ocasión
 Tantas como dellas
 Un tiempo tiró
 Flechas amorosas
 El arquero dios.
 Ya no canto, madre,
 Y sí canto yo
 Muy tristes endechas
 Mis canciones son;
 Porque el que se fue
 Con lo que llevo,
 Se dejó el silencio,
 Se llevó la voz.
 Llorad, corazón,
 Que tenéis razón.*

La brillante imaginación del autor se declara en una sola palabra. No llama al amor el dios alado, el dios vendado, sino el arquero de Dios; porque este niño terrible tiende el arco, asesta con ojos malignos y hace heridas profundas. A veces suceden lances tremendos. ¡Escarmentad, hombres de pasiones vehementes! ¡Horrorizaos, señoras! ¿Lo diré? Estuve a punto de hacer un viaje a la eternidad. Hace muchos años, siendo yo soltero, por estas cosas que cuento, me quise matar. Pedí la paz del alma a la boca de una pistola.² Primero, me aseguré bien de que el arma no estaba cargada, apoyé el cañón en la frente, disparé el tiro y... quedé sano, completamente curado de amores.

No hablemos más del gongorismo, porque su tiempo ha pasado. Vivimos en el siglo de la churriguería, palabra aplicada en tiempos remotos a la arquitectura, y que hoy se aplica a las letras. Empezó en Francia con Pelletan, autor de *El mundo marcha*; paso a España, donde tomo vuelo en egregios oradores e insignes escritores nacionales, que hoy intentan arrebatar la admiración de los lectores con interminables amplificaciones, revolviendo en confusa discordancia la tierra y el cielo, Grecia y Roma, el Tajo, el Támesis y el Sena. Van tan alto, que se pierden de vista. No obstante, bellos trozos admiramos en el señor Castelar.

² Expresión de Balzac.

Pelletan dice que los puritanos que desembarcaron en América, llevaban la intolerancia cosida en los pliegues de su manto. ¡Feliz expresión! Dirán algunos. Concedo de mala gana con tal que no se repita, y no venga la turba de imitadores (*servum pecus*) a fundar una nueva escuela.

Como preservativo contra el mal gusto que va cundiendo, recomiendo las obras del ilustre Jovellanos; y para el vuelo sagrado, las *Oraciones* de Bossuet, leídas en francés. Recomiedo a Moisés en el primer capítulo del *Génesis*. No dice Moisés, trompeta en mano: “Día de magnificencia fue aquel, en que a la voz del Omnipotente brotaron del desordenado caos los innumerables escuadrones de estrellas que pueblan la inmensidad, en medio de las cuales la tierra, morada futura de los mortales, empezó su reglado curso”. Esto puede ser bueno; pero mejor y más sublime es esto otro: “Al principio Dios creó el cielo y la tierra. Dios dijo: “Sea la luz,” y la luz fue.

Digamos algo de Nicasio Álvarez de Cienfuegos, poeta de mil tiempos, tesoro de sensibilidad y de fogosa imaginación; sin otra pasión—decía él— que la de amar y ser amado. Sus poesías, bellamente impresas en Madrid, dos tomos en octavo, Imprenta Real, no salían entonces de mis manos. No eran los tiempos de Palma y de Milanés, cometas que lucieron y se extinguieron en el cielo, pero que brillan y brillarán en la tierra. Víctima del mal trato que le dieron los franceses, conducidos por ellos a Orthez, ciudad de Francia, falleció a los 33 años de su edad. Alabo de él, estos versos:

*Era la noche; la callada luna
Con rostro melancólico reía,
De las selvas calladas visitando
La angusta soledad.*

Repruebo estos otros:

*Abrego silbador; cierzo bramante,
Lúgubres partos del sañudo invierno,
Huid do vosotros padre silencioso
De su alcázar de hielo resonante
Os llama en Espitzberg.*

Cuando hablo de mi tiempo, entiendo el año de 20, en que la mayor parte de los presentes no habían nacido; cuando estudiaba con el padre Félix Varela y con el presbítero don Justo Vélez, bajo el ala del ilustrado obispo Espada. Del día en que nací no me acuerdo, ni me quisiera acordar. Creo que he vivido un día: no vale la pena de nacer, condenado a morir por el delito de haber nacido, como dice Calderón. ¿Qué son

cien años en el reloj del tiempo? Casi —dice Saavedra— se alcanzan los primeros a los últimos suspiros.

Tiempo es ya que volvamos a Gracián.

Agudeza de arte e ingenio

De este tomo leído de cabo a rabo, no he podido sacar más que un epigrama y un madrigal. Ustedes no ignoran que hay tres cortas composiciones que tienen punta: éstas son el soneto, el epigrama y el madrigal. La punta del soneto es ordinariamente grave, sentenciosa, puede ser jocosa; en el epigrama es punzante; en el madrigal es lisonjera. El epigrama aludido es el siguiente:

*Cloe la séptima vez
Las exequias celebró;
Siete maridos lloró,
No hay más honrada viudez.
Mandó en la piedra escribir
Que ella les dio sepultura;
Y dijo la verdad pura,
Porque los hizo morir.*

El madrigal es de lo bueno, y basta para indemnizar al lector de una larga y fastidiosa lectura. Pide puesto honroso al lado del famoso y bien conocido madrigal de Gutiérrez de Cetina. El que esta en Gracián, sin nombre de autor, dice así:

*Volved, señora los ojos,
Que en el mundo no hay su par;
Mas no los volváis airados
Si no me queréis matar:
Aunque de una y otra suerte
Matáis con solo mirar.*

El oráculo. El discreto. El héroe

De estos opúsculos, dice Capmany que no hay nada que sacar, sino desesperarse con ellos. Sin embargo, yo he entresacado muchas sentencias ingeniosas: van algunas.

Hombre de espera. —Sea uno señor de sí, y lo será después de los otros. La muleta del tiempo es más obradora que la acerada clava de Hercúles.

No hay mayor atención que el no darse por entendido.

Lo bueno, si breve, dos veces bueno; y lo bien dicho, se dice presto.
No es necio el que hace la necesidad, sino el que hecha, no la sabe encubrir.

Seguir la corriente. —Antes locos con todos, que cuerdos a solas; que si todos lo son, ninguno perderá; y sola la cordura, será tenida por locura.

Atención a no errar una, más que acertar cientos. Nadie mira el sol resplandeciente, y todos al eclipsado.

Crear al corazón, que suele ser pronóstico de lo que más importa: oráculo casero.

Hombre de gran paz, hombre de mucha vida: no solo viven los pacíficos, sino que reinan.

Nunca tomar las cosas al repelo, aunque vengan (pudiéramos agregar; ni el rábano por las hojas).

Las riquezas dan autoridad. Dora las más veces el oro las necias razones de sus dueños; comunica la plata su argentado sonido a las palabras.

Dicen que al buen entendedor, pocas palabras; yo diría que a pocas palabras, buen entendedor.

Súbese volando al favor; y bájese rodando.

La perfección ha de estar en sí, la alabanza en otro.

Fernando el Católico

Pomposo y engalanado panegírico, sobrecargado de erudición; pero digno de ser leído, por la expresión castellana y la armonía del estilo. Tiene el autor un don particular para satisfacer al oído: sus frases son ciceronianas, numerosas y cadenciosas, como notas musicales. La prosa, señores, bien construida tiene su música: una palabra, ¿qué digo? Una sílaba de más o de menos todo lo descompone. Sirvan de ejemplo los períodos siguientes.

“La primera gala que se puso fue el arnés; y aquellos tiernos infalibles miembros, que aún no sabían andar, iban ya crujiendo la malla y la loriga”.

“Que abomine Vespaciano y borre las huellas de Vitelio y demás monstruos sus predecesores, es restaurar el imperio, es desagrar la virtud; pero que Adriano condene los esclarecidos hechos de Trajano, el mejor emperador que adoró Roma, y llegue a tal extremo de disentir, que estreche los términos del imperio por estrecharle la fama, que derribe el celebrado puente del Danubio por derribar su memoria, no es emulación, sino atrocidad”.

En cuanto al argumento, se condensa en estas palabras de Gracián: “Copió el cielo en Fernando las mejores prendas de todos los fundado-

res monarcas, para componer un imperio de todo lo mejor de las monarquías”. La entrada no puede ser más pomposa: “Opongo un Rey a todos los pasados, propongo un Rey a todos los venideros, don Fernando el Católico, aquel gran maestro en el arte de reinar”.

Aquí Gracián, para adular, no se muerde los labios. Su plan es el siguiente. Asienta las prendas y virtudes que han de adornar a un Rey: sagaz, prudente, valeroso, magnánimo, político, justiciero, feliz, universal héroe. Recorre en cada prenda, a grandes rasgos, la historia antigua y la moderna; estigmatiza los príncipes inglorios, Sardanápalo encerrado en la deliciosa cárcel de los placeres, Nerón y Heliogábalo pecadores a entrambas manos; rinde admiración a la gran Semíramis que fundó el imperio de Asiria, que conquistó el Egipto; que para emprender la India, capitaneando un millón de gente y dos mil naves en la boca del río Indo, aliñándose el cabello, le dieron nuevas de que se había rebelado Babilonia; y sin acabar el aliño fue, vio y venció. Ensalza a Enrique IV, de Francia, trasladado de la cuna al pabellón; y definitivamente afirma que don Fernando el Católico es el mejor de todos. Dice que no bastando a su grandeza un mundo, su dicha o su capacidad le descubrieron otro.

Este empeño de Gracián de presentar al monarca español, en todo y por todo, el mejor de todos, me recuerda una historia en que el señor don José Fornaris es el héroe. Me hallé una noche en el gran salón dispuesto por el amigo Baralt, gran concurrencia, no había asientos para todos, yo sentado en un sillón, ninfas de pie alrededor, nunca me vi tan bien acompañado. El señor Fornaris sacó del bolsillo una poesía, en que trataba de las bellezas que había visto en Egipto, en Italia, en Alemania, en Inglaterra, en Francia, en Andalucía, y acababa con este estribillo: “Como las cubanas, no”. Sus lindas estrofas fueron entusiasmando al coro femenino, que anticipándose al autor, con la voz y con el gesto, decía *No*.

¡Qué guapas son las muchachas de esta tierra!

Quieren ser las mujeres del mundo. ¿Qué he de decir? Estoy metido entre ellas... como las presentes, no.

Murió —dice Gracián— el católico monarca a los 64 años de su preciosa edad; pero no murió don Fernando, porque los famosos varones nunca mueren.

El Crítico

Ya llegamos a *El Crítico*, otro tomo que también he leído atentamente. Estampo aquí el juicio de Capmany: “Es una obra inmortal por el ingenio, el chiste y el juicio. —Son treinta y ocho *Crisis* en que el autor subdivide esta historia moral de la peregrinación del hombre por

la sociedad civil, tejidas de alegorías agradables y cuentos chistosos; animado todo de personajes, ya reales, ya fantásticos, de países, y de espectáculos que se viene a la vista como en los tapices flamencos, pero tan diestra y artificiosamente enlazados y sostenidos entre sí, que el lector, no bien acaba de gustar la primera, cuando recobra el apetito para empezar la que sigue... Los símiles, las alusiones, los retratos, las ironías, los diálogos se suceden o se interpolan con sabrosa y siempre encantadora simetría, sazonado de finísimos gracejos, refranes y equívocos de la lengua castellana”.

¿Queréis un ejemplo de este gracejo? En la gran feria del mundo se pregona: aquí se da de balde lo que vale mucho. —¿Y qué es?— El escarmiento. —¡Gran cosa! ¿Y qué vale?— Los necios lo compran a su costa, y los sabios a la ajena —¿Dónde se vende la amistad?— Esa, señor, no se compra, aunque muchos la vendan.

Dichos agudos no faltan, unos son malos, y son pocos; otros son buenos, y son muchos.

El ciego no veía gota, aunque bebía muchas. —Esto es malo.

No me suena bien el nombre de prima, aunque dicen que es muy cuerda. —Esto es malo. El autor quiso tocar la guitarra, y tocó el violón.

Tratáronse mal, pero no se maltrataron. —Esto es bueno.

Iban todos variando y desvariando. —Es bueno.

En el bando que echó la sabiduría para reformar los refranes, se lee:

Al buen callar llaman Sancho. —Se enmienda: llaman santo; y en las mujeres, milagroso.

Dios me dé contienda con quien me entienda. —Los políticos no dicen así, sino con quien no me entienda.

Si quieres ser Papa, pónitelo en la testa.

—Muchos se lo ponen, y no salen de sacristanes.

Casarás y amansarás. —Antes al revés; es menester que ellas amasen para poderse casar.

A mal paso, pasar postrero. —Por ningún caso; ni primero, ni postrero, sino rodear.

Mal de muchos, consuelos de todos. —Dígase de tontos.

Conclusión

Venga ahora el famoso trozo ya anunciado y harto tiempo diferido. No encontraréis en él lo que Jovellanos llama el saborete de los antítesis ni el sonsonete de los vocablos.

La muerte, en su trono fúnebre, toma residencia a sus ministros, sus valientes matantes, los contagios, las pestes, los catarros, los garrotillos, los tabardillos, y le habla de esta suerte:

Ahora os quiero contar que cuando vine al mundo (hablo de mucho tiempo), allá en mi noviciado, aunque entré con vara alta, y como plenipotenciaria de Dios, confieso que tuve algún horror al matar, y que anduve en contemplaciones a los principios: si mataré éste, no, sino aquél; sí el rico, sí el poderoso, sí la hermosa, no, sino la fea; sí el mozo gallardo, sí el viejo. Pero al fin yo me resolví con harto dolor de mi corazón, aunque dicen que no le tengo, ni entrañas, y que soy dura; y ¿qué mucho si soy todo hueso? Determiné comenzar por un mozo rollizo, y bello como un pino de oro, de estos que hacen burlas de mis tiros. Parecióme que no haría tanta falta en el mundo, ni en su casa, como un hombre de gobierno hecho y derecho. Encárele mi arco, que aún no usaba de guadaña, ni la conocía. Confieso que me temblaba el brazo, que no sé como acerté el tiro; pero al fin él quedo tendido en aquel suelo. Y al mismo punto se levantó todo el mundo contra mí, clamando y diciendo: ¡Oh, cruel!, ¡oh, bárbara muerte! ¡Mirad a quién ha asesinado! A un mancebo, el más lindo, que ahora comenzaba a vivir, en lo más florido de su edad. ¡Qué esperanza ha cortado!, ¡qué belleza ha malogrado la traidora! Aguardara a que se sazonzara; y no cogiera el fruto en agraz, y en una edad tan peligrosa. ¡Oh, malograda juventud! Llorábanle sus padres, lamentábanse sus amigos, suspiraban muchas apasionadas: hizo duelo toda una ciudad. De verdad que quedé confusa, y aún arrepentida de lo hecho. Estuve algunos días sin osar matar, ni parecer, pero al fin él paso por muerto para ciento y un años.

Viendo esto, traté de mudar de rumbo: encaré el arco contra el viejo de cien años. A éste sí, decía yo, que no le plañirá nadie, antes todos se holgarán; que a todos los tenía cansados con tanto reñir y dar consejos. A él mismo pienso hacerle favor, que vive muriendo; que si la muerte para los mozos es naufragio, para los viejos, tomar puerto. Flechéle un catarro que lo acabó en dos días. Y cuando creí que nadie me condenara la acción, antes bien todos me la aplaudieran, y aun la agradecerían, sucedió tan al contrario; que todos a una voz comenzaron a malearla, y a decir mil males contra mí, tratándome, si antes de cruel, ahora de necia, la que así mataba a un varón tan esencial a la república. Éstos —decían— con sus canas honran las comunidades, y con sus consejos las mantienen; ahora había de comenzar a vivir éste lleno de virtud, hombre de conciencia y de experiencia: estos agobiados son los puntales del bien común. Quedé, cuando oí esto, de todo punto acobardada, sin saber a quién llevarme; mal si al mozo; por si al anciano.

Tuve mi reconsejo, y determiné encarar el arco contra una dama *moza y hermosa*. Esta vez sí —decía— que he acertado el tiro, que nadie me hará cargo, porque ésta era una desvanecida, traía en continuo desvelo a sus parientes, y con ojeriza a los ajenos; la que volvía locos (digo, más de lo que estaban) a los mozos; tenía inquieto todo el

pueblo; por ella eran las cuchilladas, el ruido de noche sin dejar dormir a los vecinos, trayendo sobresaltada la justicia; y para ella es ya favor, cuando fuera venganza el llegarla llegar a vieja y fea. Al fin yo la encaré unas viruelas, ayudadas de un fiero garrotillo, que en cuatro días la ahogaron. Más aquí fue el alarido común, aquí la conjuración universal contra mis tiros. Quedó persona que murmurase, grandes y pequeños, echándome a centenares las maldiciones ¡Hay tan mal gusto, decían, como el de esta Muerte! ¡Hay, semejante necedad!, ¡que una sola hermosa que había en el pueblo, esa se la haya llevado; habiendo cien feas en que pudiera escoger, y nos hubiera hecho lisonja en quitárnoslas de delante! Concitaban más el odio contra mí sus padres, que llorándola noche y día, decían: ¡la mejor hija, la que más estimábamos, la más bien vista, que ya se estaba casada! Llevárase la tuerta, la coja, la corcoveada: aquellas serán eternas como vajilla quebrada. Impacientes los amantes, me acuchillaran si pudieran. ¡Hay tal crueldad!, ¡que no le enterneciesen aquellas dos mitades del sol en sus dos ojos!, ¡ni la lisonjeasen aquellos dos floridos meses de sus dos mejillas! ¡Aquel oriente de perlas de su boca! ¡Aquella madre de soles de su frente, coronadas de los rayos de sus rizos! Ello ha sido envidia o tiranía.

Quedé aturdida esta vez, quise hacer del arco mil astillas, mas no podía dejar de hacer mi oficio: los hombres a vivir, y yo a matar. Volví la hoja, maté a una fea. Veamos ahora —decía—, si callará esta gente, si estaréis contentos. Pero ¡quién tal creyera!, fue peor. Porque comenzaron a decir: ¡hay tal impiedad!, ¡hay tal fiereza!, ¡no bastaba que la desfavoreció la naturaleza, sino que la desdicha la persiguiese! No se diga ya ventura de fea. Clamaban sus padres: ¡la más querida, el gobierno de la casa! Que estas otras lindas no tratan sino de engalanarse, mirarse al espejo, y que las miren. ¡Qué entendimiento!, decían los galanes, ¡qué discreta!

Aseguraos que no sabía ya qué hacerme. Maté un pobre, pareciéndome le hacía merced, según vivía de laceriado. Ni por esas; antes bien, todos contra mí. Señor, decían, que matara un ricazo, harto de gozar del mundo, pase; pero un pobrecillo que no había visto un día bueno, ¡gran crueldad! Calla, dije, que yo me enmendaré: ya mataré antes de muchas horas un poderoso; y así lo ejecuté. Mas fue lo mismo que amotinar todo el mundo contra mí, porque tenía infinitos parientes, otros tantos amigos, muchos criados, y a todos dependientes. Maté un sabio, y pensé perderme, porque los otros fulminaron discursos y aun sátiras contra mí. Maté después un gran necio, y salíome peor: que tenía camaradas, y comenzaron a darme valientes mazadas.

Señores, ¿en qué ha de parar esto? —decía yo. ¿Qué me he de hacer?, ¿a quién he de matar? Determiné consultar primero los tiros con aquellos mismos en quienes se habían de ejecutar, y que ellos mismos

se escogiesen el modo y el cuándo. Pero fue echarlo más a perder, porque a ninguno le venía bien, ni hallaba el modo, ni el día; para holgarse y entretenerse, esto sí; pero morir, de ningún modo. Déjame, decía uno, concluir con estas cuentas, ahora estoy muy ocupado, ¡oh que mala sazón! —Querría acomodar a mis hijos, saltaba otro, concertar mis cosas, De modo que no hallaban la ocasión, ni cuando mozos, ni cuando viejos, ni cuando ricos, ni cuando pobres; tanto, que llegué a un viejo decrepito, y le pregunté, y lo mismo dijo otro.

Viendo que ni esto me salía bien, di en otro arbitrio, y fue de no matar sino a los que me deseasen, para ser yo crédito y ellos vanidad; pero no hubo hombre que tal hiciese. Uno solo me envió a llamar tres o cuatros veces. Híceme de rogar, para ver si la misma privación le causaría apetito; y cuando llegué me dijo: no te había llamado para mí, sino para mi mujer. Mas ella que tal oyó, enfurecida dijo: yo me tengo lengua para llamarla cuando le hubiese menester. ¡Mirad qué caritativo el marido! Así que ninguno me buscaba para sí, sino para otro; las nueras para las suegras, las mujeres para las suegras, las mujeres para los maridos, los herederos para los que poseían hacienda, los pretendientes para los que gozaban los cargos, pegándome bravas burlas, haciéndome todos ir y venir: que no hay mejor deuda, ni más mala paga.

En fin, viéndome puesta en semejante confusión con los mortales y que no podía averiguarme con ellos; mal si mato al viejo, peor sí al mozo, sí la fea, sí la hermosa, sí el pobre, sí el rico, sí el ignorante, sí el sabio; gente de maldición, decía, ¿a quién he de matar? Concertaos, veamos qué se ha de hacer: vosotros sois mortales, yo matante, y yo he de hacer mi oficio. Viendo, pues, que no había otro expediente ni modo de ajustarnos, arrojé el arco, y así de la guadaña; cerré los ojos, apreté los puños, y comencé a cegar todo parejo, verde y seco, crudo y maduro, ya en flor, ya en grano, a rosos y vellosos, cortando a la par rosas y retamas, de donde diere. Veamos ahora si estaréis contentos. Con este modo de proceder me hallé bien: que él poco mal espanta, y él mucho amansa. —Sentencia maquiavélica.

PRÓLOGO A UNA MEMORIA
DEL CORONEL DON JOSÉ M. GÓMEZ COLÓN SOBRE
EL TRABAJO DE LA MUJER POBRE EN LA ISLA DE CUBA



Desde y aun antes que la pluma bien cortada de Campomanes descendiera a trazar los intereses de las clases menesterosas, lauro fue de capacidades eminentes al investigar sus necesidades y aplicar el remedio oportuno. Y si la espada ha cortado la pluma, cualquiera que sea la jerarquía del escritor, ambas pueden servir de realce a sus blasones: mas si el guerrero literato aplica provechosamente sus esfuerzos al bienestar de un sexo débil, alcanzará el más brillante galardón.

Esto dirá el que lea la presente “Memoria sobre el trabajo de la mujer pobre de la isla de Cuba”, sobre todo si conoce en lo público y en lo privado el mérito del autor, revelado ya suficientemente en obras trascendentales de pública utilidad, cual es la que imprimió en Cuba sobre la composición de las calles y conservación del puerto de La Habana; y hasta en los varios informes que ha leído en el Liceo, rasgos improvisados hijos de un montero, pero sellados con un carácter original, que confirma el dicho de Buffon, a saber, que el estilo es el hombre.

La caridad cristiana se ha traducido en nuestro siglo por el nombre de fraternidad; y antes que los socialistas inscribieran esta denominación en su bandera, la España la consagraba en su lenguaje vulgar, dando al pobre limosnero el título de hermano. Desgraciadamente, los hermanos pobres componen la mayoría de la nación; y la fortuna de los ricos no bastaría a cubrir sus urgentes necesidades. Pero si falta el oro para socorrerlos, démosles buenas instituciones, que valen más que los socorros materiales, porque ofrecen los medios de hacerlos permanentes; démosles los medios de ganar el oro y las comodidades que por él se alcanzan: organicemos el trabajo.

Organicemos, sobre todo, el trabajo para la mujer, para la mujer cubana, entre todas las más acreedora a nuestro fervorosa solicitud; porque nuestras costumbres la tienen, más que en ninguna otra parte del mundo civilizado, separada del tráfico, cautiva en el hogar paterno,

víctima de las preocupaciones sociales, y no pocas veces de su propia vanidad, fomentada por nuestra errada educación. De allí el hambre que la enflaquece, la falta de ejercicios que la debilita, la tisis y otras enfermedades que la consumen. Arrancar a la mujer de esta lastimosa situación, por medio de un recurso acompañado de multiplicados bienes, por medio del trabajo, es la mente del señor Gómez Colón, y la *Memoria* en que asienta la necesidad y la ventaja de este medio, es una buena obra, al paso que es indudablemente una obra buena. ¡Quién, al leerla, dejará de exclamar: mujer, amable compañera, mitad del alma mía y complemento de mi existencia física, madre mía, hermana mía, hija amada, esposa cariñosa, flor de mi vida, bálsamo de mis males, objeto a un tiempo de mis enardecidos afectos y de mi sensibilidad compasiva, por ti trabaja y se desvela el hombre fuerte, y en tu felicidad pone su gloria!

El autor empieza santificando el trabajo con las divinas palabras que lo instituyeron en el mundo. Dios dijo a Adán: con el sudor de tu frente comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra. Dijo desde un principio: no es bueno que el hombre esté solo; hagámole una ayuda semejante a él. Felizmente, echó mano el señor Gómez Colón de este párrafo de la Biblia, y es mucho el partido que saca de la palabra *ayuda* para comprobar que la mujer no ha sido creada solamente para el deleite y la reproducción, sino para el trabajo.

En este precepto no ven algunos más que un recurso indispensable para ganar el pan, y están dispuestos a gemir sobre la suerte penosa de la humanidad de ambos sexos; pero el autor demuestra palpablemente que el cumplimiento del divino mandato trae consigo abundantes premios físicos y morales. Recorre a grandes pinceladas las edades antigua, media y moderna, y prueba en todas ellas que cada vez que el destino de la mujer se ha desconocido en la tierra, ha sido despreciada por los mismos que la han envilecido, y ha vivido en la miseria; “se ha dejado llevar (son palabras del autor) por camino de fingido flores, hasta ver las suyas marchitas”.

En el siglo en que vivimos, los contratos matrimoniales van fundados en el cálculo; los hombres huyen de una carga demasiado onerosa, y condenan con frecuencia las mujeres al celibato. Aun los matrimonios de inclinación padecen por la reacción del cálculo, tan pronto como se ha evaporado el ardor de los primeros días. En este conflicto, ¿cómo esperar que se multipliquen los matrimonios, y cómo se conservará el amor entre los cónyuges? Por medio del trabajo. Sea la mujer ayuda al hombre, cada una en el círculo en que nació. Cuanto más trabaje, será más pura; cuanto más pura, más amada. De todos modos, necesita trabajar para hacerse independiente del hombre; y entonces caerá el hombre a sus pies y pedirá su mano.

Tal es el aspecto histórico, moral económico, político, desenvuelto por el autor en la parte primera de su *Memoria*, con sólidos conocimientos en todos los ramos, con notable superioridad en el capítulo quinto; y siempre con el estilo lacónico que le es propio, estilo que da singular vigor a todos sus pensamientos.

La segunda parte de la *Memoria* versa sobre el modo de realizar en la isla de Cuba el trabajo de la mujer pobre. Indica los diversos ramos industriales en que pueden lucrativamente emplearse sus manos: tales son el lavado y planchado, el corte y aparejamiento de vestidos, la elaboración de cigarros y tabacos, la elaboración del guano y jipijapa, y otras ocupaciones propias de su sexo. Alumbra la necesidad de erigir establecimientos donde hagan las mujeres su aprendizaje, pide franquicias o exención de contribuciones, siempre que se trate de fomentar los ramos susodichos, y libre introducción de algunos materiales, por ejemplo, la jipijapa necesaria para el tejido de los sombreros, mientras no esté el vegetal introducido y naturalizado en la isla de Cuba. No olvida los premios, ni aun las represiones. En esto último, me inclino a creer que el celo filantrópico del señor Gómez Colón lo ha llevado demasiado delante; pues no soy de parecer que se deba reprimir, más de los que las leyes actuales lo practican, la liviandad de algunas mujeres.

Todo bien considerado, merece el señor Gómez Colón, autor de la presente *Memoria*, el aprecio de los inteligentes y la gratitud de un sexo harto sensible y desgraciado, el cual enviará bendiciones a su nombre, cuando aprenda a bendecir el trabajo.

Habana 31 de marzo de 1857.

PRÓLOGO A LAS POESÍAS DE LA SEÑORA DOÑA CATALINA RODRÍGUEZ



Ardua empresa es para mí la redacción de un prólogo a las obras poéticas de una dama; inclinando la cortesía a la lisonja, y el público a la severidad, por lo que no hubiera acometido el juicio crítico de las poesías de la señora doña Catalina Rodríguez, si éstas no trajeran consigo una recomendación favorable.

Aumenta el compromiso si consideramos que los poetas, generalmente hablando, acostumbran dar al público todas sus composiciones, aunque todas no sean buenas. Cuando digo buenas, entiendo excelentes, dignas de leerse muchas veces y de ser aprendidas de memoria. Todo lo que no raye a esa altura, lo tengo por pésimo, porque me hace perder un tiempo precioso en el corto período de mi existencia.

Por otra parte, parece comprobado que no hay obra mala donde no se encuentre algo bueno. Cuando esto sucede, se da el lector por bien servido; olvida lo malo y lo mediano, y graba en su memoria lo muy bueno. ¿Quién no perdonará a Calderón de la Barca las extravagantes jornadas de *La niña de Gómez Arias*, después de haber leído la primera escena?

Para la generalidad de los lectores, hay empero un término medio entre lo excelente y lo pésimo. Todo lo que viene acompañado de una tendencia útil, encaminando el ánimo a la generosidad y fraternidad, a la contemplación de lo creado que nos hace amar la belleza moral en su belleza, todo esto es digno de olvidar los ocios de la juventud de ambos sexos; y en verdad todos encontrarán esas elevadas tendencias en el libro de la señora Rodríguez; no pocas veces tendrán los aficionados buenos ejemplos que imitar, y notará pensamientos morales revestidos del traje que les conviene.

En alto grado resalta la descripción de la naturaleza cubana, tema inagotable de los vates de este suelo, en el cual la poesía se encuentra siempre inspirada. La primera de este género merece el título que lleva: *Inspiración*. Cito además: *Yo soy tu amante*, *Contemplación*, *A*

Camilo Sobrado, *Recuerdo en el campo, Canto a Cuba*, que termina de este suerte:

*No hay suelo como tu suelo,
Cual tu luz solar; ninguna,
Ni la luna como tu luna,
Ni cielo como tu cielo.*

Se recomiendan por sentimentales las siguientes: *Ansiedad, ¡Pobre niño! Mi cumpleaños, Remembranza, Metamorfosis, Recuerdo, A una tórtola, Al Liceo de Matanzas, A la señorita que le entregó el premio de una Rosa*, etcétera.

El recuerdo es un bello soneto en que la madre se lamenta de la muerte de su hija, llamando por testigos a los seres insensibles de la naturaleza. En la *Tórtola* nos enseña a ser compasivos con los animales, capítulo de moral demasiado desatendido de los legisladores y padres familiares: de paso retrata la avecilla. ¿Quién por sus colores, y viéndola andar por el suelo, dejará de conocer que la tal tórtola, nuestra *Columba passerina*, es la tojosa?

*Y vagando por las hojas
De cedros y de yagrumas,
Te vi, libre de congojas,
Lucir tus patitas rojas
Y tus cenicientas plumas.*

Acaba por darle la libertad, acusándose de haberla aprisionado; y exclama con ingenua ternura:

*¡Oh! ¡Quién pudiera borrar
Esta historia de mi historia!*

Entre las composiciones serias se presentan *El amo y la esclava, La iglesia, Invocación, y La esperanza*, que es aquí llamada:

Religión natural de los mortales.

Merece transcribirse la siguiente estrofa:

*El náufrago infeliz lucha afanoso
Contra las olas de la mar bravía.
Sí en medio de su bárbara agonía
Animas tú su corazón medroso,*

*Sí de tu luz el rayo esplendoroso
Benigno esparces en su frente fría;
Y si al hundirse ve tu brazo fuerte,
Lucha en las ondas por vencer la muerte.*

En las letrillas y otras poesías ligeras, la que encierra una idea más feliz es *César o nada*.

Las poesías satíricas son: *El viejo verde*, *El fatuo afrancesado*, *Epístola a Elisa*: hay rasgos en ésta que recuerdan fielmente a don Jorge Manrique:

*¿Los lucientes cabellos, qué se vuelven?
El carmín de la tez, los lindos ojos
En el polvo y la nada se resuelven.
No templan de la parca los enojos
Los dientes de marfil, la tersa frente,
El cuello de azahar, los labios rojos.*

.....
*Y las damas, las colas que lucieron,
Los grandes malacof, y las castañas
¿Dónde están, qué se han hecho, dónde fueron?*

*Quimérica ilusión, necias patrañas
Son esas, pobre Elisa, que te ciegan,
Y pensando engañar, a ti te engañas.*

Esta es una de las composiciones que más realzan a la poetisa, bajo el aspecto satírico y filosófico.

Como rasgo de movimiento poético, puedo citar la poesía que se titula *Noche de luna*. Empieza por un soliloquio, especie de invocación, y sigue un diálogo con el batelero, que no la distrae de sus meditaciones.

También tiene la autora una glosa, y es parafraseando una quintilla célebre de Espronceda: *Hojas del árbol caídas*, etc. Las glosas tienen el mérito de estar consagradas por los cantos populares; pero este género ofrece grandes dificultades que vencer, resultando las más veces la transformación del oro puro en vil plomo.

Suelen presentar estas poesías un atractivo que los hombres sabrán apreciar, y es el sello femenino. Sea, por ejemplo, este verso que en boca de Safo, hermana a un tiempo el amor y el pudor; y que solamente una mujer pudo haber encontrado:

Tú besabas mi boca y yo tu frente.

Sencillo y gracioso incidente entre mujeres ofrece la siguiente estrofa que en *Remembranza* se lee:

*¿Recuerdas aquellas fiestas
Que rebozando alegría
Dedicaba nuestro pueblo
A su patrona querida?
Que vestimos lindos trajes
¿De modestas muselina?
Tus cintas eran azules
Y eran rosadas las mías.*

En la poesía titulada *La calumnia*, bueno es, entre otros tercetos, el que sigue:

*Si vivir retirado os acomoda,
Alguna historia ese retiro encierra,
Y la calumnia ya la sabe toda.*

En los que viene a continuación el estilo es digno de Argensola.

*La hemos visto, allanando los conventos,
A las vírgenes puras ofendiendo,
De mentiras tachar sus juramentos;
Y yo la he visto en ademán horrendo,
En torno de un sepulcro venerado,
Las tranquilas cenizas revolviendo.*

Aprendan aquí los novicios. Si decimos que “la calumnia alcanza a los muertos”, expresamos vulgarmente una idea que está en el conocimiento de todos; pero si personificamos a la calumnia, presentándola con aspecto horrendo, visitando los sepulcros, y turbando la paz de las cenizas más veneradas, nos alzamos a la verdadera expresión poética.

Las poesías nombradas hasta aquí tienen un mérito superior a lo mediano; y por ellas ha conquistado la señora doña Catalina Rodríguez un nombre honroso que la acompañará en su patria, llevando consigo gratos recuerdos.

Omito citar otras composiciones que no carecen de mérito.

Termina este libro con un poema en dos cantos sobre *El trabajo*, premiado en los juegos florales del Liceo de Matanzas: lo que me dispensa de dar mi voto después que ha emitido el suyo esa ilustrada corporación. Con oportunidad recuerda la autora que el modesto Lincoln

se alzó, por medio del trabajo, de simple leñador a presidente. Aunque mezcla el trabajo de Dios con el de los hombres, el guerrero, el artista, el labrador, le interesa en mayor grado la suerte del pobre.

*¡Gloria a la gota de sudor coposo
Que humedece los surcos del arado!*

Contemplan con particular afición el trabajo de la industria:

*Por él se viste la fecunda tierra
De riquísimos frutos sazonados;
Él hace descender de la alta sierra
Los árboles gigantes derribados;
Y al son del hacha y la dentada sierra
En cabañas los deja transformados.*

APÉNDICE

Posteriormente, premiado que fue el poema sobre el trabajo, la señora doña Catalina Rodríguez dio gracias al Liceo en estos bien sentidos versos:

*Yo, que vi mecer mi cuna
Al rumor de un arroyuelo,
Y las horas, una a una
Conté con ferviente anhelo
A los rayos de la luna;
Yo, que en rústicos hogares
Alcé mi canto sencillo
Entre cedros y palmares
Con modesto tiplecillo,
Inspirada por mis lares;
Niña ignorada viví
Con mi ardiente inspiración,
Y hora tras hora sentí
Crecer en el corazón
El estro que hoy nace en mí.
Pero una tarde de mayo,
En que me trajo el destino
A la espléndida Yucayo,
Sentí que de amor divino
Prendió en mi cerebro un rayo;
Vi las ondas de San Juan,*

*Y los azulados mares,
Y vi del soberbio Pan
Las ceibas y los palmares
Que haciéndole sombra están.
Tanto amor y tal grandeza
Hablaron al alma mía,
Y sentí que en mi cabeza
Vertiera la poesía
Un soplo de su belleza.
Contemplad, pues, la emoción
En que se perturba mi alma,
Y el miedo y la confusión
Que embarga este corazón
Que nació junto a una palma.
Si veis que al alzar mi acento
Trémula en el labio expira,
Es por la dicha que siento,
Es por agradecimiento:
Perdonad a la guajira.*

LOS OJOS DE LIDIA



Ernesto de Santa Fe, coronel de Artillería, y el comandante Emilio Quintana, que servía bajo sus órdenes, adquirieron sus grados en España con acciones de heroico valor; unidos estrechamente por una sólida amistad, fundada en los antecedentes de sus campañas y en mutua estimación.

Juntos habían llegado a la isla de Cuba; juntos habían vuelto a la península, donde por espacio de ocho años crueles recuerdos atormentaron a Ernesto. El nombre solo de Cuba le hacía estremecer; especialmente el de Matanzas, donde fue amado, donde su Magdalena, secreta y hasta cierto punto legítima esposa, ofuscada por el demonio de los celos, dio un paso imprudente, en la apariencia adúltero, el cual condujo al esposo a la venganza y lo obligó a la fuga.

Abonado perpetuo del teatro Real de Madrid, Ernesto toma asiento en la platea; y embozado en su capa hasta los ojos, duerme con profundo sueño. En frente hay un palco y en el palco una joven. Lidia de Montellano mira sin cesar. ¿Habrà descubierto que el coronel no duerme?

He aquí un amor que empezó por una mirada, y luchó con las miradas. Hubo constancia por una parte, resistencia por otra; las armas eran siempre las miradas. Mal de su grado, Ernesto de Santa Fe quedó vencido: los ojos de Lidia cautivaron su corazón.

¿Y Magdalena? No podía presentarse en circunstancias más enojosas. Al cabo de ocho años, cuando su imagen iba a borrarse de la mente del esposo, hela aquí que dice: yo soy, Ernesto; soy inocente, ¿me perdonas? —Vete, Magdalena.

La generosa matancera comprende que las apariencias la acusan, y que un nuevo obstáculo se opone a la reconciliación. Toma un veneno, y va a morir en los brazos de Lidia, encomendándole la felicidad de su amado. Antes de expirar, acude Ernesto con la prueba palpable de la inocencia de su esposa. Ya era tarde: aquella mujer que poco antes apetecía la muerte, ahora se esfuerza en conservar la existencia; y con un acento desgarrador, que arranca lágrimas al más endurecido, clama: yo quiero vivir. ¡La vida, la vida!

Y expiró. Cinco años de ausencia en Filipinas, luto digno de Magdalena, y un nuevo matrimonio con Lidia, terminan esta entretenida historia.

La narración ocupa 345 páginas del tomo segundo de los *Cuentos de salón* de don Teodoro Guerrero, con el título de “La perla en el fango”, cuento lleno de pormenores, piedras preciosas que embellecen la lectura y la hacen cortísima; porque se lee sin desamparar, sin comer, sin dormir; y el lector, después de haber devorado el cuento, queda con hambre.

Fascinado con los ojos de Lidia, no quisiera acordarme de otra cosa.

Sin embargo (perdona, Lidia) no ha de quedar inadvertido el comandante Emilio Quintana: es una bella creación del genio del señor Guerrero. “Quintana —dice el autor— nació a caballo; y en la forma arqueada de sus piernas se conocía que le hacía falta este animal para completar su cuerpo”. Tenía un brazo de hierro, y tendía el sable para echar fresco. ¡Vaya un abanico! Con la mayor facilidad estrangulaba a un mozalbete. La jarana con sangre le hinchaba las narices, como sucedió a Apolo cuando mató a la serpiente con sus flechas. Fuera del lance, era humano con todos, y de buen humor; amigo de Ceres y de Baco, aborrecía los libros, excepto uno solo, que se titulaba *Manual de cocina*. Para cierto caballero de industria, llamado el Barón de Rocamora, era un perro de presa pronto a morderlo.

Volvamos a Lidia. El codo izquierdo en el antepecho del palco, y la mejilla en el índice, clavaba los ojos en la butaca del coronel. Con miradas prolongadísimas se establecía la comunicación entre el palco y la platea. ¿Me atreveré a decirlo? Yo me he puesto en el lugar del coronel, he embozado mi cara con la capa, ha caído sobre mí la mirada de Lidia; me ha besado con los ojos. Hazte cargo, lector, que ya Ernesto de Santa Fe no existe: el amante dichoso que está en la butaca soy yo. ¿Has visto el ave en su nido, llamando a la vida sus no bien formados polluelos? Así me abriga Lidia, así fomenta mi dicha con el suave ardor de sus ojos. De las aventuras de amor, las primerizas son las más deliciosas: no quisiera que tuvieran fin. ¡Bendito sea el escritor que, en mi cansada edad y con una sola mirada, pudo avivar el fuego que dormía entre cenizas frías! Mientras Lidia me mire, no pido otra felicidad; si Lidia se retira, sus ojos quedan conmigo.

J'emporte du bonheur pour une éternité.¹

¹ Llevo conmigo una dicha eterna.

LA RISTORI EN LA HABANA



¡La vi en Medea! Es la tragedia hablada: no hay más que decir. Aun rugiendo la pantera, está hablando. No he admirado solamente a la terrible Medea, sino también a la Medea amante, Medea llorosa, no con acentos prolongados y gritos lastimeros, sino con rápidas y profundas emociones, lleno el pecho de amor y solicitud materna.

He asistido después a otras funciones de su repertorio.

El objeto de este breve artículo es afirmar que a veces he visto aplaudir lo más exagerado, con preferencia a lo más sencillo y libre de toda declamación, que es lo más natural.

Si esto continúa, el público echará a perder a la actriz; la cual no ha venido a aprender en La Habana, sino a darnos lecciones. Desde luego, comprendo la necesidad de exagerar, cuando el espectador no entiende la lengua del actor, y que éste tiene que hacer un esfuerzo para ponerse al alcance de todos; pero esto es una desgracia. Yo quiero contemplar el dolor en el semblante de Lasconte; quiero ver morir como muere el gladiador buscando la luz del cielo, y expirando después de haberla encontrado.

*Et alto
quaesivit lumen coelo, ingenuitque reperta.*

Esto dice Virgilio, poeta que no ignoraba lo que es bello. Quiero admirar siempre en el teatro, sin congojas ni laceramientos del corazón, no quiero asistir a todas las flaquezas humanas, por naturales que sean fuera del campo de la estética.

¿Acaso pretendo tachar de exageración a la eminente artista? No he tomado la pluma precisamente con este ánimo. Mi primer deseo ha sido manifestar al público, que la escena de sor Teresa, en la que la señora Ristori, bajo el nombre de Isabel Suárez, se da a conocer a Gustavo en la casa del baile, no ha sido aplaudida como merece, ni bien juzgada por todos. No puedo resistir al impulso que me lleva a dar mi completa aprobación a tan intachable acción de la voz y del gesto, tan natural, tan sin

esfuerzo, y por lo mismo, tan admirable. Esta sencillez no es de naturaleza a arrancar los aplausos de la multitud; pero es la que ensalzarán como la perfección del arte los hombres de buen gusto; y éstos esperan que la ilustre actriz no saldrá del bello tipo que en esta escena ha concebido, ni tratará de complacer a aquella parte del público que solamente aplaude cuando el intento es esforzado.

16 de febrero de 1868.

CARTAS DE DON TRANQUILINO SANDALIO DE NODA
Y DE DON FELIPE POEY, ACERCA DE UN PEZ CIEGO
DE LA ISLA DE CUBA, 1858



Mi apreciable amigo: Tengo a la vista su carta del día de ayer, y contesto.

Por el año de 1831 estaba yo en Güira de Melena. Supe que allí cerca, en las cuevas de Cajío, había unos peces sin ojos, y procuré verlos; pero no hallaba quien quisiera guiarme a reconocer una cosa inútil.

Me convidaron a un bautismo, a un sitio en el potrero de Torres, al oriente del ingenio La Morenita, en el cual había cuevas y peces de los dichos.

Aproveché la ocasión, y me incorporé a la comitiva. Difícil es, en tales casos, hacer algo fuera de la orden del día. Salimos a media noche, en carretas, con guitarras y faroles: teníamos que ir cantando y riendo.

Apenas llegué y amaneció, exploré el sitio, echando la vista en derredor. Una tierra bermeja como sangre, cortada por cercas de piedra, desnuda de árboles, salvo algunos matojos aislados; mucha piedra rodada, y el suelo formado de una roca no bien cubierta de tierra pulverulenta; la roca, un enorme banco de petrificaciones marinas, bivalvos, univalvos y otros seres que no examiné, porque sólo pensaba en los peces sin ojos.

Supe que a trescientos metros de la casita en que estábamos, había una de las cuevas en cuestión. Pero ¿quién me guiaba?, ¿quién me ayudaba? Había que penetrar en tinieblas y simas que ya me habían ponderado, y necesitaba luces artificiales. Lógrelas al fin, di a conocer mi pensamiento, traté del viaje, y se conspiró la concurrencia contra un proyecto tan inoportuno. Mas una de las jovencitas gritó: “Yo voy a la cueva y tú nos llevas, que quiero también ver esos animales; pero es preciso antes que bailemos”. Y todos gritaron: “Pues, ¡vamos, vamos!” y “¡bailemos, bailemos!” y comenzó el baile en el patio y al sol. A este baile debe usted el poseer noticias y datos de los peces sin ojos.

Las jóvenes suspendieron al fin el baile; y el grito de ¡vamos! fue la señal de la partida: corriendo y cantando, partimos al potrero. Saltamos una cerca y encontramos el suelo entapizado de tocino, bejuquillo

de hojas palmeadas, ovaladas, de tallo como alambres, fino, durísimo, elástico a no romperse jamás; pero tan cuajado de espinas cortantes, que yo tenía que ir constantemente atendiendo a que mi compañera no se hiriese; mis medias se destrozaron y mis pies se cubrieron de rasguños dolorosos y punzantes. Así poco pude observar; y antes de esperar-lo me hallé a la puerta de una caverna.

Descendimos bien y sin molestia. Un gran salón con troneras por el techo, cinco metros más bajo que el nivel del suelo, hacía de vestíbulo a la caverna. Juanillo, guajirito muy officioso, se me había aficionado, y convirtiéndose en guía, dijo: “Por aquí”, y se arrojó a una abertura tenebrosa que teníamos delante. Había que tirarse con el vientre por el suelo, pues apenas tenía la entrada medio metro de altura. Las jóvenes se resistieron a seguirle como era consiguiente, y antes que se me opusiesen, me arrojé al suelo, me arrastré como un caimán y pasé al otro lado, en medio de los gritos que decían que no entrase. Juanillo y otros dos fueron los únicos que me acompañaron.

Ya dentro, escaseaba la luz. Encendimos velas de cera y adelantamos: pronto quedamos en tinieblas densísimas. Descendimos nuevamente por peñas húmedas y mohosas, sin precipicios. La caverna se ensancha, se abate, se subdivide: bóvedas negras como tinta nos cubrían. Ya es enorme la cueva, sobreviene el frío, el oxígeno escasea, la respiración se oprime, comienza un sudor frío. Teníamos que ir juntos para no extraviarnos, porque las luces, además de haberse vuelto pequeñas como avellanas, no alumbraban a un metro de distancia; y teníamos que defendernos para que no las apagasen millares de murciélagos, que alborotados con nuestra invasión, revoloteaban y huían, soplándonos sin cesar en la cara con sus alas. Al fin Juanillo gritó: “¡El agua!”.

Llegamos sudando, pero con frío. Una enorme bóveda se aplastaba en el fondo como una decoración fantástica, hasta cerrar en el agua. Creo que estábamos 20 metros o 30 metros bajo el suelo superior; pero no lo aseguro. ¿Cómo medirlo teniendo que luchar con voluntades ajenas, sin instrumentos, sin tiempo que disponer? Además, mis pocos años, la timidez consiguiente, entre gentes extrañas, careciendo de una multitud de nociones que más adelante he adquirido... Milagro que después de veintisiete años me acuerdo de tanto. ¿Sabe usted, además, lo que es observar en tinieblas, sacudido de los murciélagos, sobre un suelo resbaloso, y con un abismo a dos pasos de los pies?

Allí, a la débil luz de nuestras casi extinguidas velas, columbré varios peces blancos entre aquellas aguas frías y purísimas. Algunos bejucos acuáticos había dentro. ¿No les hacía falta luz?

Apenas movimos el agua, huyeron los peces haciendo mil flexiones para evitar los bejucos y las peñas del fondo. Me burlé de la ceguera de

los que tal nadaban sin tropezar y evitando los escollos. No es más veloz la sardina en sus movimientos y fugas.

Juanillo, picado, me dijo: “Te juro que antes de una hora sabrás que digo la verdad. Rafael, itrae una canasta y me coges media docena de guavinas ciegas!”

Las compañeras no gritaban ya, y enviaron un muchacho a buscarlos. Salimos empapados en un sudor frío, tiznados del musgo húmedo de las piedras, y enlodados de tierra colorada, por habernos arrastrado como lagartos en el boquerón, que era al mismo tiempo un bibijagüero.

Volvimos a la casa, y el canto y el baile sucedieron, no sin alguna imprecación contra el maldito paseo, el tocino y los murciélagos.

Poco antes de media hora llegó Rafael con una gran jícara de agua, y Juanillo me dijo: “Ríete ahora”. En efecto, en la jícara tenía un pez vivísimo, blanco, de un decímetro o más de largo, y sin ojos. ¿Era ilusión?

Pero basta para hoy: en otra carta continuará su amigo, etcétera.

Noda a Poey

Creo quedé, cuando me presentaron el pez ciego, viviente y nadante. Se revolvió con facilidad, pues la jícara era capaz. Me pareció que la aleta dorsal se extendía hasta la cola, uniéndose a la anal. El color general era blanco lígerísimamente sombreado de violado. Veíase muy marcada en el costado la costura o línea lateral de las escamas. Éstas eran imperceptibles a la vista. La inquietud del individuo no me permitía examinar el punto de los ojos; y resolví esperar a que se acostumbrase a la nueva morada. Puse la jícara en un rincón y esperé, bien que sin perderla de vista; pues que no quería que se malograra.

Volví como a las dos horas. Pero ¡ay!, el pez estaba moribundo. Parece que la luz lo había matado. Alcé la jícara, la examiné, y no hallé el menor indicio a que no atribuir su muerte. El agua clara y cristalina, tomada en la misma cueva donde fue pescado. Nadie le había puesto la mano encima. No hallaba medios que tomar para reanimarlo; y pocos minutos después flotó examiné de medio lado, con las señales inequívocas de la muerte.

¿Qué hacer ahora? Pedir otro pez, fuera abusar; conservarle aquí no era fácil, aun después de muerto. La putrefacción iba a empezar: se perdía la forma y la gran cuestión, la carencia de los ojos. Pensar en disecarlo era un sueño: ni lugar, ni auxilios, ni medios. Me propuse retratarlo con mi único instrumento, que era un lápiz: siempre ha tenido uno en mi cartera, del número 3, Conté, París. Pedí un plato común, lo

puse boca abajo sobre la mesa, y puse encima el pez. Al arreglar su posición, observé que las aletas ventrales eran como dos hilitos sueltos.

El cuerpo estaba cubierto de una capa de gelatina, como se nota en las anguilas. La cabeza ofrecía una piel granujosa: empecé a reconocerla con la punta de una aguja, buscando donde pudiera tener los ojos. Yo no tenía microscopio, pero mi vista era buena: distinguía entonces sin lente los remaches de los eslabones de las cuerdas en los relojes. Puedo afirmar que no tenía ojos.

Comencé el dibujo. Para saber si es mío el que usted tiene en su poder, le diré que fue en medio pliego de papel español, doblado al través. En la página segunda de las cuatro que formó el pliego, puse el pez al centro, visto por el lomo, la cabeza hacia arriba; y en la página tercera lo puse de costado.

Después de situado el esbozo, me dediqué con preferencia al estudio de la cabeza, para salvar cuanto antes la parte admirable y rara. Allí no había quien me pudiera dar explicaciones científicas, y así no extrañará usted que me viera algo perplejo. Ha de saber usted que otras veces he estado una semana entera con el sextante y el horizonte artificial en la mano, sin poder tomar una altura. Esta ha sido mi vida entera: luchar contra todo lo que me rodea, para poder estudiar, aun para saber leer, cuanto más para observar.

A medio hacer el dibujo, me tocaron ligeramente en el hombro, era mi compañera de baile. —¿Puedes oírme? —¿Qué quieres, Severita? —Un favor. —El que quieras, di —¿Te molestará? —No puedes molestarme. —Está la comida. El ama de la casa no tiene confianza contigo; y me ha mandado porque se necesita la mesa. En efecto, no había otra.

Tuve que suspender el dibujo. ¿Qué hacer? Se secará el pez, se alterará su forma... Lo volví a la jícara de agua y flotaba. ¿Cómo seguiré el dibujo? Triste figura hacía yo con una jícara en la mano, entre tanta gente que se arremolinaba acercándose a la mesa, con vivas y aclamaciones a los padrinos y al ahijado. Marché fuera de la salita y me senté sobre un banco, a la sombra, sin saber aún qué partido tomar.

De allí a poco se acercó el padrino. Era un anciano rústico, pero de luces claras, y muy amigo de la instrucción.

—Vengo a ver al nocturno (así llamaba al pez). —Véalo usted; empezaba a bosquejarlo.

—Sí, ya me lo dijo Severita, y por eso he venido: allá está ella y lo llama. —¿A mí? —A usted, allá está detrás de la casa. —Vamos.

Me levanté y volví la esquina. Encontré a Severita y Juanillo, que habían puesto unas horquetas en el suelo, encima de las horquetas dos palos, y encima de los palos una batea de lavar volteada, con un taburete al canto. De esta manera me improvisaron una mesa para que pudiera proseguir el dibujo. Solo el que se ha hallado en tales pasos puede

apreciar lo que valen estos favores. Así es que todavía mi corazón late de gratitud al recordarlos, y se parte de dolor cuando oye insultar a esas buenas gentes, por otras que están lejos de igualarlos en bondad desinteresada, y claman satisfechos: “Los guajiros todo son unos canallas, no hay uno bueno”.

En esa mesa pude terminar el dibujo empezado. Vinieron, apenas sentado, unos ocho o diez a llevarme a comer. —Vamos, loco, gritaban; vamos a celebrar a los padrinos y a echarles vivas hasta que Dios se alegre. Otros decían: —¡Fuera, fuera! Hoy es día de comer, beber y cantar, no de andar con esos bichos! Y ya me creía perdido cuando don Cayetano (el padrino) salió a mi defensa; y con voz autorizada dijo: —Señores, a comer y dejar a Sandalio quieto. Se necesita eso. Con esto me permitieron concluir.

Apenas hube acabado, que me levanté, y por poco me carga en vilo para ir *a la bola*. Ya habían comido, y estaban cantando y tocando. don Cayetano me tomó y me hizo ir a comer, pues me había guardado de todo con abundancia. Entretanto, pensaba en el cadáver del nocturno y llamé: —¿Juanillo?

—¡Eh! —¿Me oyes? —¿Qué quieres? —¿Hay aguardiente? ¿hay alguna vasija donde quepa ese pescado ciego? —Espérate... ¿sirve un pomo de aceitunas? —Excelente. Y partió como una saeta. De allí a dos minutos volvió con el pomo. Depositamos el pez en él, y lo llenamos de aguardiente. Allí cesó mi ansiedad. A la noche estaba yo en el ingenio de La Concepción, de don José María Peñalver.

¡Dos meses de lucha para ver los peces sin ojos! Los he visto pocos minutos para no verlos más... Y gracias a Severita, gracias otra vez a la misma: que si no es por ella, ni los veo, ni los dibujo, ni conservo este último vestigio que ha quedado para la ciencia. ¡A la bondad de una guajirita debe usted su posesión y esta pobre noticia!

Pero el papel se acaba. Adiós, amigo mío, hasta otro día.

Poey a Noda

Me apreciable amigo: he recibido sus dos cartas instructivas y pintorescas¹ sobre el pez ciego de las cuevas de Cajío. Su lectura me ha gustado mucho: no he leído con más interés *Los misterios de París*. Por ellas veo que cuando un hombre nace con cierto signo, ha de vivir bajo su influencia. ¿Por qué entre tantos que se hallaban en el ingenio de La Morenita, solo uno tomó con entusiasmo una idea indiferente, tal vez

¹ El señor Noda se divirtió en intercalar en su carta varios dibujos; entre ellos la cueva y batea volteada que le sirvió de mesa.

despreciable para otro? ¿Y por qué cuando yo andaba a gatas, me quedaba una hora entera (cuenta mi madre) boca abajo contemplando las hormigas? ¿Quién dio educación al hombre de las cañas? ¿No fue usted mismo el que se mandó a la escuela?, ¿o abrió usted una escuela para sí mismo? Esas son las mejores escuelas.

También aprendió usted a dibujar: es cosa muy importante en la vida. Todos los años, cuando empiezo mi curso en la Universidad, encargo a los alumnos que aprendan el dibujo y el francés: también les recomiendo la lengua latina, harto abandonado de treinta años a esta parte. No hay duda, por las señas, que el dibujo del pez ciego que tengo a la vista sea de usted. Está bien hecho, con minuciosa exactitud, con las rugosidades de la piel en la cabeza, y los dos hilitos casi imperceptibles que forman las dos aletas abdominales: conozco el lápiz de Conté, París, número 3. En nada miente la descripción que usted hace: es mi pez, próximo a la Brótula de nuestros mares; es género nuevo que llamo *Lucifuga*, sustantivo masculino en latín; la especie es *Lucifuga subterraneus*, así nombrada por mí.

Que el pez es ciego no hay duda: la observación externa confirmada con la interna, lo demuestra; a lo menos, si no es ciego, no ve por medio de ojos. Falta examinar el encéfalo, y ver si existen los lóbulos y nervios ópticos.

Lo acompaño en aquel sentimiento que tuvo cuando vio el pez exánime en la jícara, flotando de medio lado. Yo también me he visto en casos tristes, privado de los consuelos de un amigo; y es cuando las hormigas me devoraron en una noche la oruga de una mariposa desconocida. Estas son nuestras desgracias: las picadas de los mosquitos y de los jejenes cuando vamos en busca de insectos o de caracoles, las espinas de las tunas, que perforan el zapato y se clavan en el pie, los vestidos rasgados y las carnes laceradas por aquel maldito tocino de que usted habla y por las uñas del gato, todo esto es nada en comparación de una oruga perdida. En el primer caso, exclama mi amigo don Juan Gundlach: “Los dolores se van; los insectos y los caracoles quedan”.

No extraño que aquella gente le dijera: “Vamos loco a comer; fuera esos bichos, etc.” Mil veces me han dicho lo mismo. Muchos de los que van a ver mi colección de insectos, me preguntan: ¿para qué sirve eso? Respondo que es para el estudio; y me vuelven a preguntar, ¿para qué sirve ese estudio? En mi cara me dicen: “¡Qué paciencia! ¡qué curiosidad!” Y al salir exclaman: “Cada loco con su tema”.

He pensado siempre como usted con respecto a la gente de campo, llámense guajiros o comoquiera. Como viven retirados del bullicio, se inclinan a la hospitalidad y son muy serviciales. Esto pude comprobarlo el año pasado cuando fui a Guane con el señor obispo protestante Elliott,

provisto de las cartas de recomendación que usted nos dio. Don Manuel García nos prestó generosamente su carruaje para trasladarnos de Garay a Guane, por un camino largo y dificultoso, que solo un calesero tan hábil como el suyo pudo haber salvado; don Andrés Rivera ofreció acompañarnos con su machete en la cintura, y es tal su denuedo y gallardía, que con su presencia, si hubiéramos aceptado, no hubiéramos temido el asalto de seis enemigos. Don Gregorio Díaz nos dio en su casa un almuerzo espléndido, y nos acompañó en algunas excursiones en busca de caracoles terrestres; su hermano don Manuel Díaz nos encontró en el camino, se apeó del caballo y lo ofreció al señor obispo, y como éste no quisiese aceptar, siguió a pie a su lado, guiándolo en esas soledades y llevando el caballo del diestro. Así es que el obispo al ver esta hidalguía no pudo menos de exclamar: “He encontrado en esta gente de campo verdaderos *gentlemen* españoles”.

Ya veo que debo a usted la primer noticia del pez ciego; debo también algún agradecimiento a don Cayetano, cuya presencia y voz autorizada me recuerda al señor Garriga. ¿Y Severita? ¡Bendita sea ella, que tomó por la ciencia, en la persona de su compañero de viaje, un interés tan delicado! ¡Bendita otra vez la amable guajirita y sus felices inspiraciones! ¿Qué es de ella? No tema usted revolver las hojas de su memoria: a nuestra edad vivimos de lo pasado; más vale verter dulces lágrimas sobre las dichas que fueron, que perdernos en vanas esperanzas en pos de dichas futuras. ¿Si será hija suya la que vi el año pasado a bordo del vapor en Punta de Cartas? Vaya de historia.

Eran las nueve de la noche: yo estaba acostado cuando llegó el vapor, y se llenó de mozos alegres y de muchachas de mérito, dispuestos todos a bailar, pues traían música. Sin embargo no hubo baile, porque sobrevino un accidente a una de ellas. Entretanto pasó lo siguiente.

Una *formosa puella* se sentó delante de mi camarote, yo la veía por las persianas inclinadas, y ella no me podía ver porque el camarote estaba a oscuras. Tuve intención de hablarle del cometa y del Juicio Final; pero me parecieron mejor unos versos de Gracián, y empecé a decirle en su mismo oído:

*Volved, señora, los ojos
Que en el mundo no hay su par:*

Ella volvió los ojos, y yo seguí con voz suave, para que me creyese un joven galán:

*Mas no lo volváis airados,
Si no me queréis matar:*

Entonces la doncella llama a su compañero; y antes que se vaya, echo el resto:

*Aunque de una y otra suerte
Matáis con solo mirar:
Fugit, interea, fugit la fugitiva doncella.
¿En qué quedamos del pez ciego?*

Digo que fue arrojado entrar en los últimos *penetrabilia* de esa cueva; entrar a gatas, sin saber si del otro lado le esperaba la boca de algún torpe cocodrilo, o de un enroscado majá de cinco varas. El sudor frío, la luz escasa, es antecedente muy alarmante, precursor del ácido carbónico. Los murciélagos no me espantan. ¡Murciélaguiños a mí! Haré encurtidos con ellos. Decididamente es menester que yo vea una de esas cuevas, y espero de usted el itinerario. Si hay bejucos vivos, es menester reconocerlos. ¿Hay camarones ciegos? ¿Sabe usted si el agua es salobre? ¿Por dónde entraron los murciélagos?

Remito en un pomito otro pez de la misma especie y el dibujo que usted me dio, para que lo vea y reconozca todo y me lo devuelva. Nunca diga usted: “No volveré a ver eso”. ¿Quién sabe lo que el porvenir nos aguarda? Yo decía en París el año 1830: “Nunca volveré a ver el camino de Embarcadero (de Banes)”. El año 33 andaba por él, con un saco en la mano para coger mariposas, como antaño: conocí a mis antiguos amigos, los bejucos y matojos de la vereda acostumbrada; y acordándome de este verso de Lamartine: *L'homme par ce chemin ne repasse jamais*. Exclamé con fervor: “Miente Lamartine, yo he vuelto al origen de mis días”.

Aún conservo esa ilusión, cuando la de amores se ha perdido; pero digo con el mismo poeta: “La naturaleza es la misma, y el mismo sol me alumbra”.

*Quand tout change pour toi, la nature est la même
Et le même soleil se lève sur tes jours.*

Noda a Poey

Amigo mío: Acabo de recibir su carta del 26, que contestaré a su tiempo. —Continúo.

El pez en cuestión lo tomé en Cajío en una cueva del potrero de Torres, dos leguas al sur de la Güira de Melena, cerca del ingenio la Morenita. Dubrocá, a quien he visto hace poco tiempo, me acaba de decir que sacó otros, cinco leguas al oeste, de una cueva de la Industria, ente la Economía y la Paz, entrando por esta última finca. Este punto

está a dos leguas al sur de Alquizar, en dirección a los baños de Guanímar, y viene a quedar dos leguas distantes del mar. Puede irse en carruaje hasta cien metros de la cueva, y debe llevarse un farolito, porque los murciélagos apagan las velas; y un cordel de doscientos metros para encontrar la salida, pues la caverna es inmensa y tortuosa. La entrada es un agujero y se baja a plomo por un palo de cuatro metros de largo. Adentro hay una grandísima laguna cubierta de una materia que Dubrocá no ha reconocido, por lo que no sabe si es yerba. Se aparta esa materia con un palo, y se ven los peces y también cangrejos o camarones. Si se agita mucho el agua, desaparecen los peces. Hay otras cuevas en las cercanías: en todas hay peces ciegos, y el agua es dulce y cristalina.

Acuérdome que Juanillo me decía que en el potrero de Torres iban los negros los domingos a pescar guavinas ciegas (así las llamaban) para comerlas. Metían canastas dentro del agua, colgadas de un palo; y al otro día, o a algunas horas, iban y las suspendían de improviso. El agua se iba por las cañas, y los peces quedaban dentro.

Me pregunta usted por dónde entraban los murciélagos. ¿Conque entraban hombres, y no entrarían esos malditos, para los cuales no se necesita luz, ni oxígeno, pues a veces los he visto salir de mofetas amoniacadas donde nadie podía penetrar sin asfixiarse?

¿Qué es de Severita? Me pregunta usted. No la he vuelto a ver. Supe se había casado, y también Juanillo; y que éste vivía por Jiquiabo, entre Guanabacoa y Jaruco. Pocas noticias, sin duda, pero satisfactorias, porque sé que no han desmentido los buenos principios de sus primeros años. El honrado don Cayetano ha pagado el tributo de todos los mortales. Lo he sentido mucho, porque, aunque nuestro trato fue poco, era hombre amantísimo del buen orden y de costumbres muy arregladas. Cuento a usted esta historia de tiempos pasados. *A tale of the times of old*, como dice Ossian al terminar sus cantos.

Ordene usted a su amigo Q. B. S. M.

Conclusión

Después que el doctor Noda hubo satisfecho sus ojos y su memoria con la comunicación del dibujo que hizo del pez en 1831, me lo devolvió con estos renglones: “Este pez no lo hubiera logrado ver Noda, ni sacar su dibujo e historia, a no ser por haberle revelado las dificultades y estorbos la joven doña Severa Perdomo y Cárdenas, natural de Guanabacoa”.

Y yo, sin haber tenido la dicha de ver a esta hija de Cuba, ni soltera ni casada, ignorando si vive o si ha pagado su tributo a la tierra, me

complazco en cerrar esta correspondencia con su nombre, presentado sin aparato por el señor Noda, pero realzado por la ingenua bondad de sus hechos, y puesto por la imaginación de los lectores al nivel del genio a quien ha favorecido.

CONVERSACIONES



Difícilmente se hallarán dos cosas: un hombre de buena conversación, y un hombre que sepa callar. La vida social exige que en cada visita se diga algo. Algunos creen que deben decir mucho, y corren riesgo de decir mal. Habla, y te diré quién eres, dice un filósofo. El hombre entendido toma el pulso en la lengua, dice Gracián.

Dos personas se encuentran: vienen las preguntas que dicta la amistad. ¿Hace mucho tiempo que ha vuelto usted de sus viajes? ¿Se ha logrado la salud? ¿Se ha fijado usted en la Habana? —Estas son preguntas serias y sustanciosas; pero estas otras que se oyen a cada paso: ¿qué hay?, ¿qué dice usted?, ¿qué se dice?, ¿qué se hace?, ¿cómo estamos? Son preguntas que se pueden omitir. Hace tiempo que sobre ellas he formulado mis respuestas. —¿Cómo va? Así, ¿cómo estamos? Ya usted lo ve. ¿Qué dice usted? Ya usted lo oye. ¿Qué se hace? Vegetando. ¿Qué se dice de nuevo? Usted lo sabrá; y si estoy de buen humor, contesto: el gusto de verte.

Algunas señoritas piensan haber contestado discretamente, cuando dicen: ¡Ay, qué gracioso! ¡Miren! ¿Quiere un medio por la gracia? ¿No faltaba más? Otras veces dicen: ¡Oh, caballero usted por acá! ¿Quién se quiere morir? Dichosos los ojos, etc., en lugar de gracias a Dios, que tenemos el gusto de verlo.

Dos señoras se despiden; era la primera visita, y caso obligado de cumplidos y ofrecimientos. Salieron pronto del paso. Una dijo: Señora, ya usted sabe, nada tengo que decirle. La otra contesta: lo mismo le digo a usted, señora. Y se separaron satisfechas.

Bien que si ellas hablan así, hay hombres que no se explican mejor: ¡Oh! señoritas, ¡quién me había de decir...! en lugar de: Doy gracias a mi buena estrella, que me ha proporcionado la satisfacción de ver a ustedes.

Anacleto me hacía días pasados el retrato de su compañera de baile: ¡Oh, camarada, yo quisiera que la vieras; es así: india brava, tiene un cuerpo y un mirar... esa sí que es buena! Como Dios pintó a Perico.

Otras veces la costumbre consagra ciertas expresiones que juegan con la verdad y franqueza y quisiera que los entendimientos rectos no

se dejaran dominar de semejantes fórmulas. Lola enseñaba una sortija a doña Leonor, quien la celebró tanto, que Lola se vio obligada a decir algo. “Está a la vista de usted y a la disposición de su dueño”; de lo cual quedó Leonor algo resentida. No temo, decía Lola, que se alce con mi prenda, si le digo está a la disposición de usted; pero no sé mentir, y no quiero brindar la sortija en los términos acostumbrados. —Es muy raro que una mujer no sepa mentir, repliqué yo; pero, señorita, hay modo de contestar bien y sin peligro. Hubiera usted dicho a doña Leonor: Me alegro que sea del gusto de usted, me alegro que haya merecido la aprobación de usted.

Me celebran una buena cualidad o una composición literaria. Si contesto “es favor que usted me quiere hacer”, lo pongo de mentiroso o de adulator. Mejor dijera: me honra usted mucho con su aprobación, me alegro haber merecido de parte de usted tan buen concepto; los elogios de hombres entendidos como usted, son la mejor recompensa del hombre de bien o del escritor.

Esto me recuerda el acto de gracias de algunos doctores de la Universidad; los cuales, después de haber obtenido la borla, dicen: Debo tan alto honor, no a mis méritos personales, sino a la suma indulgencia de ustedes. Es decir, en otros términos, que sus señorías no han cumplido con su obligación; pues, según la expresión del doctor, debieran haberlo reprobado. De otro modo habló Tomás Diafoirus en la comedia de Moliere: “Señores, debo a ustedes más que a mi padre y a mi madre; porque mi padre y mi madre me hicieron hombre, pero ustedes, señores, me habéis hecho doctor”.

Paso a las chirigotas. Confieso que no me gustan, no sólo porque son primas hermanas de la mentira, sino porque la mayor parte no pasan de sandeces. —“Tírese usted del balcón abajo, que lo recibiré en mi sombrero”. Hay personas que hallan estas palabras muy graciosas.

Allí están dos mujeres, dispense usted, dos señoritas de mediana fortuna, en la ventana, calle de la Reina, día de paseo; oigamos lo que conversan: “¿Qué te parece ese coche? Has de saber que es mío, y se lo he prestado a ese caballero. Nos vamos a anticipar a tomar palco, cuando venga la nueva compañía, porque te acordarás que la otra vez quedamos sin palco. Cuando haga testamento, te voy a dejar la casa de la Intendencia”. —Hay personas que hallan esas conversaciones muy agudas.

Algunas chirigotas son jocosas, pero de un uso demasiado fácil. —Ya se fue José Morales. —¿Quién es José Morales? Un buque de vela que salió esta mañana para Nueva York. —Don Patricio se embarcó. —¿Cuándo? Esta mañana para Regla. —¡Qué buen entierro le harán a Aguilar! —¿Murió? Digo cuando muera. ¿No saben quién murió? ¿Quién? Napoleón, en Santa Elena.

Hay otras, entre jocosas y pesadas; pero son conocidas y traqueadas. —“No lo digo por alabarte, pero creo que eres un grandísimo bellaco. Dispense usted la carga, que otro día será más pesada; arrastre usted una silla, y siéntese en el suelo”.

Hay otras entre jocosas y groseras: “Escóndase usted, que están sacando la basura. No salga usted a la calle; por allí andan los mataperros”.

Hay otras que parecen chirigotas, y no lo son, porque son de buen gusto, no son chirigotas. Ha llovido mucho; y entrando en una casa, pregunto: ¿Cómo estamos de polvo? Es una figura retórica parecida a la ironía.

Cierro estas reflexiones con algo acerca de los hipócritas, los habladores y los aduladores.

Rasgo de hipocresía es cuando un hombre hace un buen regalo a una mujer (dale con la mujer; ya en el mundo no hay mujeres: todas son señoras), disminuye el mérito de la acción con fingidas palabras. De lo contrario, he aquí lo que sucede. —Le traigo a usted, señora, un regalo de mucho mérito. —¡Vaya un hombre fatuo! —Le traigo a usted, señorita, una bagatela (una porquería, dicen otros). ¡Vaya un hombre fino! Como rasgo de sempiterna habladuría, refiero, que oyéndome un sujeto decir: tengo en mi casa un gato... me interrumpió diciendo: Ahora que habla usted de gatos, le voy a contar una historia. —Y la empezó.

*Desde el gran Zapirón, el blanco y el rubio,
Que después de las aguas del diluvio
Fue padre universal de todo gato.*

De paso dio con Zapaquilda, y la dejó aplazada para otra historia, cuando acabara la primera.

Llegamos al adulador; y escojo uno entre los doscientos mil que hay en la isla de Cuba. Don Gil es querido y celebrado del bello sexo, quiero decir, del sexo femenino, para que no haya equivocación. Ellas todo lo creen en materia de elogios. Don Gil dice a una fea: “Dios en el cielo, y tú en la tierra”. Ella repite en su corazón: ¡Y tú en la tierra! Y luego añade: ¡Qué amable es don Gil!

¿Y qué contestará una señora, si alguno le pregunta: “Estos hijos son de usted?” Hay quien responda “Y de usted también, caballero”.
Risum teneatis, amici?

CONFERENCIA REALIZADA EN EL NUEVO LICEO
DE LA HABANA EL 9 DE ENERO DE 1885



SE CONSERVA LO RELATIVO AL HOMBRE Y LA MUJER,
HABIÉNDOSE SUPRIMIDO LA PARTE ESENCIAL, QUE FUE
UNA RESEÑA DE LO QUE SON LOS MONOS, AMENIZADA
CON HISTORIETAS OPORTUNAS

Señores y señoras:

Les perdono el exordio: los exordios son fastidiosos, porque son personales. Esto no quita que algunos sean buenos, como el que pronunció en noviembre el señor don Pedro Esteban Larrinaga. No esperéis de mí la noble forma del orador que acabo de nombrar. Soy amigo de chanzas, bien que enemigo acérrimo de lo que llamamos chirigotas; pues hace cincuenta años que me propongo no usarlas, y creo que lo lograré.

El tema es éste: algo del hombre y de la mujer, y más del mono y de la mona.

Yo, señores, acostumbro decir Adán y Eva, Abelardo y Eloísa, Pablo y Virginia, No Virginia y Pablo, Eloísa y Abelardo, Eva y Adán. Digo el hombre y la mujer; no la mujer y el hombre; mis padres, no mis madres. Yo digo el mono y la mona; no me puedo acostumbrar a decir la mona y el mono: perdónenme las monas. Por todo esto, mi vocativo esta noche ha sido señores y señoras.

Nunca he aprobado la extremada cortesanía, no usada en otras tierras, malamente introducida en ciertas comunicaciones sociales: “La señora Mengana y el señor Zutano participan su efectuado enlace... ofrecen a usted su nueva habitación... ponen a su disposición un vástago, un mococito que acaba de nacer”. Y luego encierran el parte en un sobre que dice: “Al señor don Fulano y esposa, al señor Tal y familia”; y no lo encabezan con el nombre de la señora.

Prescindo de la gramática, donde se lee que el sexo masculino es el más noble, como si la mujer no perteneciese a nuestra especie. Aquí se conoce que los hombres han hecho las gramáticas.

Tengo ejemplos en contra de la costumbre establecida; nada menos que del señor don José Manuel Mestre, juez competente en todo, y del señor don José María Villaverde, bien conocido y estimado en esta ciudad, pudiera citar a otros. Fuera de esta Isla, cito al ilustre Cuvier, que el año de 1826, sabedor de que había yo llevado a París un barril de peces con sus dibujos correspondientes, me invitó diciendo: “El Barón Cuvier y la Baronesa le esperan a comer tal día, a tal hora”.

Convengamos, señores, que en los actos serios, el hombre debe ir en primer lugar; porque “de su lado —como dice Buffon— está la fuerza y la majestad: el patrimonio de la mujer es la gracia y la belleza”; esto viene en segundo lugar. ¿Quién negará la majestad al Apolo del Belveder, tipo ideal que nadie ha superado? ¿Quién no contempla con admiración el bello cuerpo de la Venus de Médicis, y la gracia indefinible derramada por la cara de la Venus de Milo?

Advierto, porque así conviene, que la cintura de la Venus no es la cintura de una avispa, ni la cintura de los figurines de *La Moda Elegante*, periódico que abomino por esa deformidad puesta a la vista de las señoritas cubanas que, en su gran mayoría, no han cultivado las bellas artes. Sepan ustedes, señoritas, que esta costumbre no es higiénica, ni es bella. La culpa no la tenéis vosotras toda entera. Culpó a esos jóvenes lisonjeros, no digo ignorantes, que para halagaros en vuestro loco empeño, os dicen: ¡anillos de azahares tu cintura! Y al retirarse exclaman: ¡Qué horror!

Agradeceadme, señoritas, esta franqueza, hija de una profunda convicción, impulsado yo por vuestro bien y por el honor del cuerpo humano, del cuerpo de la mitad más bella de nuestra especie.

He dicho que la belleza pertenece a la mujer, pero el padre Baltasar Gracián, ingenioso autor de *El Criticón*, afirma que, por más que lo desmientan la adulación, tanto en el hombre como en los animales, concedo: la leona no tiene la airosa melena que cobija la cabeza y espaldas del león; la hembra del pavo real no ostenta la brillante rueda que pasea el macho en sus preludios de amores. La verdad es que las formas del hombre son angulosas, porque la musculatura se pronuncia con el ejercicio de la fuerza; las formas femeninas son redondeadas. La diferencia es grande: esos brazos, esa espalda... no más, punto en boca.

Hagamos las paces, señoras; mucho me pesaría quedar mal con las damas. Quede sentado que ellas solas son bellas, y que los hombres son feos, todos, menos el que está hablando. Tended la vista, señoras, ¿no es verdad que todos son feos? A ellos no les importa, porque dicen que el hombre tiene licencia para ser feo; a lo que las damas contestan que algunos abusan de esta licencia.

No sólo es bella la mujer, también es buena. Indudablemente la mujer es mejor que el hombre; tiene todas las virtudes que las letanías

personifican en la Virgen Santísima: *turris eburnea*, torre de marfil, esto alude a la belleza; *purissima, amabilis, admirabilis, elemens, fidelis, stella matutina* (estos latines se comprenden bien), *salus infirmorum*, salud de los enfermos; *consolatrix afflictorum*, consoladora de los afligidos; *regina angelorum*, reina de los ángeles, que podemos traducir madre de esos angelitos que nacen con los cabellos rubios; *Janua coeli*, puerta del cielo, porque por esa puerta bajó la mujer a la tierra para consuelo de la humanidad.

En presencia de esta letanía, causa indignación la blasfemia que leí cierto día en un periódico, a saber: que las mujeres se dividen en dos clases, las malas y las peores. No es así: por regla general la mujer es buena; y como no hay regla sin excepción, hay, no lo dudo, mujeres malas: digamos más bien que éstas no son mujeres, son —según la expresión de Quevedo— diablitas afeitadas.

(Para completar la parte jocosa, no menos que útil del discurso, tomamos del tema esencial lo que sigue.)

Oigo una señorita que pregunta: ¿Y las monas? —También tienen faz humana. —¿Cómo tienen la frente? —Bonitilla. —¿Así como nosotras? Con el pelo... ¡Quita allá! Frente tiene despejada, y no... —¿A mí qué me da? No estoy de amores. Tomen ejemplos en las monas; tomen un noble ejemplo en la señorita doña Margarita Pedroso: se conoce que es artista.

Finaliza del modo siguiente:

He anunciado que algo diría de la mona, después de haber hablado del mono: en pocas palabras voy a cumplir lo ofrecido.

Quien dice mona, dice mujer; quien dice mujer, dice mona: explicaré en qué concepto me fundo. Y es que las monas son de mejor carácter que los monos, aun en las especies cinocefálicas: tienen una mansedumbre relativa, que no se desmiente en la edad madura. Y como por otra parte las mujeres son mejores que los hombres, en este concepto me fundo, por el cual me complazco en daros a todas, monas y mujeres, mujeres y monas, mi completo parabién.

Al hacer el elogio de las monas, no pretendo alabarlas a todas. No alabo, por cierto, aquella mona grande, que un marido con paso oblicuo y vacilante, llevó una noche a su casa: la tenía en el cuerpo. Un niño, al acostarse, oyó decir a su madre: ¡Qué mona tan grande traes esta noche! Y como niño curioso, al otro día preguntó a su padre: Papá, ¿dónde está la mona? —¿Qué mona, muchacho? —La mona grande que dice mamá que trajiste anoche.

UN INCENDIO



La víspera fueron los fuegos artificiales en el Campo de Marte. Algún chuzo hubo de caer sobre el tejado. A las dos de la mañana se oyó el agudo sonido de la corneta, y un estallido de tablas, siniestro precursor de un gran desastre. Acudimos muchos a una de las azoteas de la calle de la Amistad, cerca de la Zanja. Nos dijeron que el fuego era en la calzada, entre la calle ancha y los focos de la muralla. La llama se divisaba por entre los pinos del camino de hierro: fingían los árboles un bosque encendido; y en este momento pasó una locomotora echando humo por los aires, como un fantasma que se levanta para asistir al vasto incendio.

La consternación no dejaba juzgar de la distancia del peligro. —¿Llegará el fuego hasta aquí? Decían las mujeres. —No, señora; está el campo de Marte de por medio. Ayer pagó usted un peso para ver los fuegos artificiales; ahora los tiene usted de balde. No hay mal que por bien no venga: sobre esas ruinas se alzarán mañana un liceo.

En medio de esta aparente impasibilidad, la imaginación me presentaba la familia enajenada, discurriendo por los salones del edificio, los hombres disponiendo la fuga, las mujeres clamando al cielo con voces lastimeras, los niños aumentando con sus gritos la perturbación de las madres. Los caballos atados en las caballerizas daban en su desesperación relinchos espantosos, que el silencio de la noche dejaba entrar en mis oídos.

Entre tanto la vecindad estaba en alarma. Mujeres hubo que se llevaban las sábanas y los gatos de la casa, y hasta las hornillas de planchar, creyendo que cargaban con lo más precioso; otras echaban las prendas en el seno, sin reparar que estaban apenas cubiertas; otras, no sabiendo por donde comenzar, se quedaban sin movimiento. El avaro no se atrevía a sacar a luz sus tesoros, y esperaba la hora de la destrucción.

Las bombas no estaban aún en todo su ejercicio; y su escasa lluvia servía de alimento a las llamas devoradoras. —¿Será en el camino de hierro? Decían algunas. —No puede ser, se vieran los pinos alumbrados por esta cara. —Seguramente es en las Ursulinas, decían otras:

¡pobrecitas! —Esto quisieran las monjas, dije yo. —¿Cómo es eso? Replicaron. —Más les valiera morir quemadas que encerradas.

Y como viese el mal efecto que produjeron estas palabras, añadí —he dicho mal, y merece perdón un profano que se reconoce indigno de apreciar tan alta vocación: no es posible que entre esas virtuosas siervas de Dios, entregadas a la meditación y a la enseñanza, se encuentre un alma arrepentida.

EL FAVOR DE UN SONETO



Gracias a la fotografía, estamos libres de trabajar para el álbum de las señoritas: la moda ha tomado otro curso; contribuimos con retratos. Pero aún nos quedan otros compromisos; y uno de ellos es la décima, el soneto para los días de fulanita. El que haya tenido la desgracia de concursar algunos versos, no se escapará de uno o muchos empeños sobre este ramo de explotación pública. ¡Fuerte cosa que un hombre haya de sacar coplas de su caletre, como quien saca harina de un costal! Ninguna de las que me han dicho con urgencia me ha salido buena, ni mediana, por el estilo de

*Yo te digo con verdad,
Teresa, en esta ocasión, etc.*

Vaya de cuento o más bien de historia. Visitando yo a la señora doña Gabriela, por su bondadoso trato y el placer de contemplar a su lado a la linda Isabelita, me pidió la señora un soneto para los días de una Carmen. —¡Un soneto! Exclamé profundamente apesadumbrado. ¿No le bastaría a usted una décima? —No, señor, ha de ser soneto. —Pero, señora, es empresa muy ardua; puesto que un francés llamado Boileau ha dicho que ha de llevar consigo la menor imperfección, con lo cual valdrá un poema entero. —Yo no entiendo de poemas, lo que sé es que todo el mundo hace sonetos. —Así salen ellos, señora; yo no me atreviera... —Vamos, ya sabemos que usted hace versos; más si usted no nos quiere complacer...

Yo miré al pimpollo isabelino, y me resigné. —Está bien, señora, haré el soneto. Es preciso que usted me describa la tal Carmen, y me ponga en antecedentes: he de saber su vida y milagros. —No es preciso: se llama Carmen; se acabó: no necesita usted saber más.

Pues, señor... de paso digo que todo cuento ha de tener dos partes: una que contenga la exposición, y otra que empiece por *pues, señor*.

Digo pues que compuse y presenté a la señora doña Gabriela el obligado soneto, en que traté de las gracias de Carmita, sus floridos abrilés,

su talle airoso, sus miradas entre paloma y gavián, con las cuales llevaba tras sí la turba de sus admiradores.

He aquí que sueltan la risa a un tiempo la hija y la madre, diciéndome que nada de esto venía al caso, porque la niña acababa de nacer. —Más vale así, repliqué, pues temía que fuese una vieja. —Haga usted otro soneto, dijéronme, para una niña recién nacida. —Así lo haré, señora.

Y me fui para nunca volver.

Otra vez me pidieron nada menos que un soneto en celebración de la señora doña Petronila. Me vi puesto en tal estrecho, que con palmadas en la frente me esforcé en despertar la inspiración; pero ésta permaneció dormida. Por fortuna; tenía delante de mí un tomo del almanaquista don Diego de Torres Villarroel, en que había leído días antes un *Soneto a una mula*. Despertó súbitamente el numen: con algunos remiendos, quitando aquí las orejas y dejando allá las coces, sin mudar la rima, salió a mi gusto el poemita. Al presentarlo y leerlo, quedaron muy satisfechas las señoras que me habían hecho el encargo; salvo que una de ellas, más avisada, hizo notar que algunas palabras de la composición más bien pudieran aplicarse a una mula que a la señora doña Petrolina. —Todo es uno, contesté, y salí del paso.

VIAJE A ESCAURIZA



Era baile de máscaras, entré en Escauriza. Saludé al bastonero, y le pregunté por qué habían cerrado la entrada de Cayo Hueso; me dijo que así convenía, pues bastante tenía que atender en el *mare magnum* del frente, de la derecha y de la izquierda. —¿Qué hay de balcones? Pregunté. —Están prohibidos. —Ya veo, señor Ganuza, que es usted buen general.

Di la vuelta al salón, reconocí el ganado. Encontré a Silicate, y entré en conversación. —¿Se baila esta noche? —Seguramente, tengo una compañera así. —¿De P y P, no es verdad?

—Como la cerveza de Londres. —Quiero ver a su compañera. —En este momento tocaron la danza de *Panetela* para la vieja, y todos corrieron, cuerdos y locos, y empezaron a bailar.

Perico, ¿quién es esa que baila con Silicate? —No sé, pero hace un rato que la examino con particular atención, y pienso que hace honor a las siboneyas. —No hables así, porque creo que no se encuentra una siboneya en toda la isla de Cuba. —Dicen que hay muchas. —Me harás creer que todas la son: no dudo que las hubiera en tiempo de Diego Velázquez. —Siboneya o no, digo que hace honor al baile de Escauriza. —De esto estoy bien convencido, y por esa razón te hago mis preguntas. —Ya te he dicho lo que sé. —Esto es, que nada sabes. —Sé que bailó la primera danza con Centurión. —¿Qué me dices? Este es el caso de aplicar el proverbio “Dime con quién andas...” —y que saludó a Pinto. —¡Bueno es esto! —Y que se tutea con Rabón. —¡Mejor esto otro! —Pero aguarda, aquí viene Mocho; y se miran, y se hablan, y se ríen. —Te digo, Perico, que esta muchacha conoce a todos los de la cuerda.

En este momento se acabó la danza, que tenía por título *Baja la pata*; y la orquesta maliciosa los había dejado a todos con la pata alzada.

Concluida la danza, él y ella se sentaron; lo que me desconcertó un poco, porque deseaba hablar con Silicate, hombre corriente y entretenido. Todo se presentó a pedir de boca: un cuarto de hora de dulce plática, y la niña se levantó para componerse el peinado y aguzar las flechas de sus ojos. Que dé con el compañero, y le pregunté lo que al otro:

¿quién es esa? Iba a contestar, cuando un curro de los buenos amigos que allí tengo se adelantó diciendo: ¿Esa niña? Doncella de medio uso. —No puede ser, dije yo. —Oiga usted, dijo el curro, no sea usted mudo, que ella no es sorda.

Al oír estas palabras, el semblante de Silicate se mostró tan serio, que creí se había puesto una careta. Caballeros, dijo con solemnidad, la señorita de quien ustedes están hablando, es una joven pobre y modesta; pero pertenece a algunas academias. —¿Son academias de ciencia? Pregunté interrumpiendo. —No, señor, escuelitas. —¿Esta es otra! Me parece muy grande para ir a la escuela. —Academias de bailes, escuelitas, ¿no sabe usted lo que es? —¡Ah! Ya entiendo. —Pues, allí gana alguna cosa con su asistencia; es mujer muy despierta y aguda. —Me va usted interesando mucho con su narración. —Y tiene mucha virtud. —¿Verdad?

—Si señor, virtud. —¿Y cómo conoce a los de la cuerda? —Porque se ve en el caso de bailar con ellos. —¿Y ella es incombustible? —Si señor. —Bien comburente es. Pero al fin, si hay virtud, que le vaya bien con ella.

Ya me iba, cuando Silicate me llamó y me dijo. ¿Sabe usted que sus últimas palabras hacen agravio a Escauriza? —¡Hombre! usted es el defensor del mundo entero. En el baile de sala, ya yo sé lo que son salones, y conozco a su honrada concurrencia; pero en baile de disfraces... —Hay de todas, tiene usted razón.

Al salir, fue forzoso pasar por delante de la cantina. Me alcanzó a ver un joven risueño, y me llamó: señor Licenciado, venga usted a tomar algo conmigo. —De buena gana lo haré.

—¿Qué quiere usted? —Agua con panales.

—Vengan panales, y un curazao. Nos refrescamos, cada uno a su modo; y él, mirándome con mucha gracia, me dijo: —licenciado, ¿me hace usted el favor de pagar por los dos? —Con mucho gusto; y sacando una peseta fuerte, la puse sobre el mostrador: el cantinero devolvió real y medio; cogiólos el amable joven, y fuese diciendo: licenciado, le debo real y medio. Yo me quedé mirando la escalera, y me fui por ella, llevando en mi cuerpo un vaso de refresco, que me costó algo caro. Desde entonces, cada vez que veo al joven, digo para mi capote: ¡allá va real y medio!

REMEDIOS CASEROS



DIÁLOGO ENTRE UNA MADRE Y SU HIJA

- Hija. —Mamita, padezco de almorranas.
Madre. —Amárrate en la cintura un tomate de la mar.¹
H. —¿Qué efecto va a producir?
M. —El que la experiencia ha demostrado.
H. —¿No sería bueno consultar a un médico?
M. —Lo médicos no entienden de esto.
H. —Pues consultaremos a los homeópatas.
M. —¿Qué dices, muchacha? ¿Acaso los homeópatas no son médicos? Respeto a unos y a otros; pero en el caso actual, no doy por todos ellos un tomate.
H. —¿No sería mejor un caballito de los que llaman de la mar?
M. —Ese es remedio seguro contra el ahogo.
H. —Por donde yo padezco, no tengo miedo de ahogarme.
M. —Te advierto que hay tomates machos y tomates hembras.
H. —¿Y qué tenemos con esto?
M. —Tenemos que los que llaman machos, curan a las mujeres; y los llamados hembras, a los hombres.
H. —Eso es natural.
M. —Pregunta y veras.
H. —¡Jesús, mamita, que vaya yo a preguntar esas cosas! Y dígame, ¿cómo se conocen los sexos?
M. —Échalos en agua: las hembras van al fondo y los machos sobrenadan.
H. —Ya entiendo...
M. —Pues hazte el remedio.
H. —Pero, mamita, usted sabe que doña Encarnación se ha puesto el tomate, y no le ha surtido buen efecto.
M. —Seguramente el tomate era hembra.
H. —Pero es el caso que tampoco le ha aprovechado a don Simplicio.

¹ Semilla de *Ipomoea pterodes*.

- M. —Hija de mis pecados, ¿no acabas de comprender? Seguramente el tomate era macho.
- H. —Yo insisto en que debiéramos consultar a la ciencia. ¿No lo podría decir algún naturalista?
- M.—Ya habló la experiencia, que es madre de la ciencia. ¿Qué le vas a preguntar a un naturalista?
- H. —Le preguntaré si es verdad que los tomates de la mar curan este mal: digo, a distancia respetuosa.
- M. —No vengas con chanzas pesadas.
- H. —Pues hablando seriamente, creo que estas son preocupaciones vulgares; que todos los tomates tienen igual virtud; que los que nadan son más ligeros, cualquiera que sea la causa; y que ninguno cura el mal.
- M. —No charles tanto: cree o revienta.
- H. —Más vale creer que reventar.
- M. —Que te haga buen provecho.

LOS ESCRÚPULOS



Nadie negará la viveza y la gracia que reinan generalmente en las Anacreónticas de Joaquín Lorenzo Luaces; pero suelen pecar por voluptuosas. Abundan demasiado los besos, perjuicio de un deleite más exquisito, que reside en la delicadeza de los sentimientos. La turba bulliciosa de la juventud se reirá de mis escrúpulos; y dirá que tengo mucho miedo a los besos. Confieso que es así, porque temo por las hijas de Cuba, educadas por los poetas. Ya algunas se figuran que es cosa tan inocente presentar la boca, como dar a comer una naranja. Así no extraño que escribiera una niña lo que leí en una carta caída al pie de una ventana: “Ya sé que los besos no tienen nada de malo”. Y añadió: “No me lo des delante del negrito”.

Las madres dejan leer esas poesías a sus hijas, y no le permiten la lectura de la historia romana ni de los libros sagrados. Arrancan la página de Lucrecia, por lo que sabemos de Tarquino; y rechazan las Santas Escrituras, porque llaman el *pan pan* y el *vino vino*. Aceptan la píldora que se dora, sin considerar que mientras más nociva, más dorada. No insisto sobre este particular, para que no digan que me espanta un mosquito y que me trago un toro.

PROTECCIÓN A LOS ANIMALES



Ofrecióseme cierto día en la calle una carreta tirada por dos bueyes, ¡oh prodigio! Grandes, bellos, lucios, andando garbosamente con la cabeza erguida. Cediendo a un primer impulso de satisfacción eché mano de un doblón de a cuatro que tenía en el bolsillo, y me adelanté al carretero para darle el premio merecido; pero reflexionando en el camino que esta acción generosa competía más bien a una sociedad protectora de los animales, que a un pobre particular, me contenté con enseñar el doblón a los bueyes (no sé si me lo agradecieron) y volvió la moneda a mi bolsillo.

DE TODO HAY EN EL MAR¹



De todo hay en el mar, desde *emperadores* y *obispos* hasta *soldados de Marina*; y para armar un regimiento, hay *sables*, *trompetas* y *tambores*, y aun *moharras* para adornar las astas de bandera; para la caballería no faltan gentiles *caballitos*. *Viejas* hay que muerden y parecen no tener dientes; y hay *doncellas* con más dientes que un *perro*. Las viejas se entuertan con un *parche*; las doncellas, si dan motivo, se castigan con *chucho* o bien con *manatí*. Si son buenas, se les regala una *manta* o un *peto* para vertirse; y aunque mejor les correspondiera una *aguja*, se guardara ésta para cerrar los labios de los *bocones*.

En la mar hay *escribanos*; y así como los de tierra no sueltan la pluma de la mano, aquellos la llevan siempre en la boca. También hay *jabón* para fregar la conciencia de dichos *escribanos*.

Hay *esmeraldas* para la frente de *Isabelita*; *chapines* para los pies de *catalineta*; *cocuyos* no tan lindos como sus lindos ojos; *mariposas* tan volubles como ella.

Hay *voraces* que tragan *sapos* y *lagartos*. Hay *cabras* y hay también *barbudos*; pero éstos no son los machos cabríos *habiendo todo* no es de extrañarse que haya *vaca*. Hay *gatas* que andan tras de los *murciélagos*; y hay un *bocadulce*, no tan dulce para los *conejos*.

Hay un *zorro* tan astuto, que mereciera el nombre de *galafate*: no hay *pámpanos* para él ni *enjambres* seguros.

Que haya peces no se duda: uno es *pez rey*, y se comprende que es *coronado*; otro *pez sierra*, otro *pez de espada* otro *pez luna*. Unos son *dorados*, otros *plateados*; hay uno *rubio*, y es *volador*. Casi todos son *bonitos*, sin exceptuar los *jobados*. Uno de ellos tiene voz y no deja de ser *ronco*. Hay *pez de pluma*, lo que induce a creer que también hay aves; y en efecto, encontramos en el mar *cardenales*, *loros* y *guacamayos*.

Mulatas, caro lector, no hallarás aunque las busques con *candil*; pero hay *morenas*, si son de tu gusto. Lechón no encontrarás para una poni-

¹ Fuera del tercer nombre aquí citado, todos los demás, puestas con letra bastardilla, pertenecen a peces cubanos.

na, pero podrás llevar un *cochino*, que es más gordo, y te costará la fiesta dos reales.

Hay *erizos* y *puerco espines*, que prestan sus púas a los *zapateros*; y no faltan lancetas para los *barberos*, ni *lijas* para servir de lima a los *dentados*, ni *vaquetas* para los *condenados*, ni *casabe* para los *escolares*.

No te espantes si te digo que hay *diablos*; no habiendo diablas, estás seguro. Pero te advierto que encontrarás alguna *tiñosa* que se *pega*; si tomas mi consejo, tente a *raya* con ella, se me olvidaba decir que no te embarques sin *piloto*.

Por último, has de saber que los *pescadores*, puesto que allí los hay, aborrecen a los *sobacos*; pero guardan los *tapaculos* para los *cagones*. Aunque la noticia no es muy limpia, no deja de ser científica, y nada tiene de inmoral. Como obligatoria en este lugar, me parece que termina bien el artículo. *Finis coronat opus*.

OFICIO JOCOSO



Señor don Félix García y Chávez

Muy señor nuestro:

Reunidos en conciliábulo zoológico-botánico los que abajo firmamos, y habiendo llegado a entender que tenéis un gusto decidido por la historia natural, el cual habéis llevado hasta el extremo de traer casi a la orilla un tiburón de cinco varas con el vientre tan voluminoso como una pipa de aguardiente; considerando que sois un director de primer orden, como lo demuestran las aves de la isla de Cuba, que adornan los estantes del Museo Jimenoinum de Matanzas, las cuales diz que cantan.

Atendiendo a que trabajáis frutas de cera, con tanta destreza y verdad, que los pájaros en bandadas acuden a picarlas, y los murciélagos en turba a chuparlas.

Teniendo presente que sois pescador y cazador; sin embargo, de que ninguno de nosotros os ha visto sacar un pargo ni un cachucho, ni matar una garza ni un sijú.

Sabiendo que os ejercitáis en cortes de madera, de que habéis hecho acopio en trozos y tablitas, sin desdeñar las hojas, las flores y las frutas, con acompañamiento de nombres vulgares.

Considerando además que habéis cogido cangrejos machos y hembras, discurrendo científicamente sobre sus diferentes especies y edades; habiendo llegado vuestro amor a la ciencia hasta el punto de echarles lazos corredizos en la laguna de Maya; sin embargo, sé que estos decapodos no se dejaron de vuestra mano pillar; pero se os agradece la intención.

Teniendo en cuenta que habéis organizado una partida de criollos, con Ciriaco a la cabeza, el cual tiene la gracia de estrujar las lagartijas, cortarles la cola, que otros llaman rabo.

Atendiendo, por otra parte, que en los charcos y aguadas de vuestro potrero denominado Palmasola, habéis descubierto un guajacón, especie nueva.

Hemos tenido a bien declararnos miembro de la Sociedad de Amanetes de la Naturaleza, como lo demuestra este oficio, que os servirá de diploma.

Bien entendido que estáis obligado por los artículos de nuestro Reglamento a enriquecer por todos los medios posibles la colección de la Sociedad, seguro de que si así lo hiciéredes ganaréis honra con provecho de los infrascritos, y si no, Dios os lo demande.

Seguid con ahínco, y vuestro nombre volará en alas de murciélagos, aves y mariposas, y se inscribirá en la cola de los bullentes peces. Así se irá aumentando cada día la amistad y el aprecio que siempre le hemos profesado.

Dios os guarde muchos años.

Matanzas 12 de agosto de 1863.

Felipe Poey. —S. Alfredo de Morales. —Francisco Jimeno. —Juan Gundlach. —Manuel J. Presas.

Posdata: Con esta misma fecha, invitamos a nuestro excelente amigo, hermano vuestro, don José García y Chávez.

ANUNCIOS



Parece que todos los generales se han vuelto cocineros, porque a cada rato leo en los periódicos:

1. *Un general cocinero desea colocarse.* Sol 80.

Hasta los generalísimos aceptan este oficio.

Un generalísimo cocinero y repostero ofrece al público sus servicios.

2. *Se vende una elegante Duquesa,* propia para el carnaval. San José 66.

Parece que esa Duquesa es amiga de bailes y disfraces: la supongo divorciada del señor Duque.

3. *Una elegantísima y muy ligera Duquesa* se vende muy barata. Sitios 137.

Están de ventas las Duquesas. La circunstancia de ser ligera puede ser útil en caso de raptó; pero si es ligera de casco, lo mejor es no adquirirla, porque lo barato puede salir caro.

4. Si hay matrimonios limpios, también los hay sucios. Dígalos este anuncio:

Una lavandera se ofrece para lavar un matrimonio solo.

5. *Se necesita una mujer blanca* para el servicio de mano.

Se presenta una mujer al ama de la casa, y le dice: he leído que usted necesita una señora...

No he dicho señora, replicó la otra, aquí no hay más señora que yo. —Y ahora yo digo que la criada, con ser mujer, estaba bien recomendada; y la señora, que aparenta no ser mujer, debió ser un monstruo ambiguo.

6. Se reunieron veinte individuos de *ambos sexos.*

¿Eran todos hermafroditas?

7. Se vende una bodega que *tiene 25 años de abierta,* y su dueño 22.

¿Cómo pudo vivir ese hombre, abierto por espacio de 22 años?

8. Se solicita un muchacho para los *quehaceres de la casa* de 14 a 15 años.

No es tan vieja la casa para que dé tanto quehacer.

9. *El duelo se despide en el cementerio.*

Poco ha durado el sentimiento: los crespones y las tocas lo conservan.

10. Aquí se alquila un *cualto arto.*

SE ACABARON LOS HOMBRES Y LAS MUJERES



Todos son caballeros y señoras. Hasta las esposas han dejado de ser mujeres; oiga usted a este individuo que dice “Presento a usted mi señora”. Esto quiere decir que él es su señor. Digo que no hay hombres ni mujeres, porque no veo establecimiento para ellos en ninguna parte. Si entro en los vapores de Regla, veo un rótulo que dice “Cuarto de los caballeros”, y no encuentro el de los hombres. Si voy a los baños del mar, leo “Baños de señoras”, y ninguno hay para las mujeres. Si busco colegios, encuentro “Colegio de señoritas” y pregunto: ¿dónde se educan las niñas?

Iba en el ferrocarril de Güines, en el carro de tercera, un hombre de los pocos que han quedado en el mundo, en mangas de camisa. Al llegar a San Felipe, ofreció pagar un plus y entrar en el carro de primera. —No puede ser, le dijo el conductor; este es carro de caballeros. —El otro contestó: “Así como he visto muchos caballeros ir a tomar asiento en el carro de los hombres, bien puede un *hombre* sentarse en el carro de los caballeros”.

LO ÚTIL Y LO BELLO¹



FRAGMENTOS DEL DISCURSO LEÍDO
EN EL LICEO DE GUANABACOA

I. Definición de lo bello

En este discurso he tratado de conciliar la idea de lo útil con la de lo bello; distinguiendo la utilidad material de la intelectual y moral. La primera no es esencial a la belleza; la segunda le da realce. El italiano Gioberti afirma que lo útil es el mayor enemigo de lo bello; y que la belleza, bien que puede traer alguna utilidad a la que la posee, desaparece al momento que el objeto bello en sí mismo, es considerado como útil: hay verdad y exageración en lo dicho.

La estética enseña que lo bello es absoluto, universal, necesario: absoluto, porque existe por sí; universal, porque es patrimonio de la humanidad; necesario, porque no puede dejar de existir: lo útil, al contrario, es particular, contingente, relativo: lo que es bueno para mí, puede ser nocivo a otro; lo que hoy me aprovecha, otro día puede dañarme. Lo útil no es lo bello; porque un pedazo de pan, con buen hambre, es cosa útil, y no es cosa bella; una camisa de franela, en tiempo frío, es agradable, y no es bella. Pero es menester considerar que el pan habla al estómago, y la frazada al tacto, a la piel; así como los perfumes se declaran al olfato. Esta utilidad material no debe tomarse en consideración en la definición de la estética; pero sí, la utilidad espiritual y la moral, la que causa admiración, lo que inclina a la justicia, la que inspira sentimientos nobles y elevados. Por otra parte, no es la utilidad material tan enemiga de la belleza, como lo pretenden Gioberti y compañía; una rosa no dejará de ser bella, porque regala mi olfato con delicada esencia: la bella esfera de una naranja no perderá

¹ Este discurso fue leído en el Salón del Liceo de Guanabacoa, bajo la presidencia del señor don Nicolás de Azcárate; y dio ocasión al señor don José Silverio Jorrín para leer en el mismo local, y publicar posteriormente, una disertación admirable sobre las bellas artes.

su mérito, si la idea anticipada del gusto se mezcla a la forma para merecer mi aplauso.

Los modernos aceptan la definición de Gioberti en estos términos: “La belleza es la unión individual e hipotética de un tipo inteligible con un elemento sensible, por medio de la imaginación estética”. Abreviando será: “La belleza es la unión de un tipo inteligible con un elemento sensible”.

Me propongo expresar con el mármol la idea de la caridad: busco un tipo inteligible para este sustantivo abstracto, y la imaginación me lo muestra bajo la forma de una doncella que arrima a su pecho una recién nacida criatura abandonada; y en su entrañable afecto se esfuerza en arrancar de sus dos fuentes de vida, un alimento que el amor y la naturaleza aún no han formado. Este es el individuo hipostático realizado en una estatua que he visto en casa del señor don Domingo de León y Mora. Aquí el tipo inteligible es relativo, porque depende del elemento sensible; es particular, porque no es patrimonio de todo escultor; es contingente, porque pudo el escultor haber tomado otro tipo, por ejemplo, una mujer poniendo un óbolo en la mano de Belisario, pobre y ciego.

Se propone una pintura representativa del tiempo. Cada pintor lo concibe a su modo. Uno pinta un viejo armado de guadaña, segando a derecha e izquierda los padres y las madres; pero entre el va y ven de la cuchilla nacen los hijos, y la humanidad se renueva. Otro lo pinta arrancando los árboles con sus frutos y echándolos atrás, donde brotan de estaca y reverdecen, reproduciendo siempre la tierra los frutos que el tiempo arranca siempre. Otro lo representa por los campos del éter, sepultando en perpetuas tinieblas los astros apagados en su curso, mientras que nuevos astros se forman con la condensación de la luz cosmética. La mitología antigua encarnó la idea en Saturno devorando sus propios hijos, porque si es verdad que el tiempo todo lo destruye, no debemos olvidar que todo lo crea y produce.

II. Valeria

Valeria nació ciega: tuvo un amante. Este amante estudió el arte del oculista, con la esperanza de devolver la vista a su amada. Le pintaba la satisfacción que tendría cuando viera el cielo azul, la tierra cubierta de verde alfombra, las vaporosas nubes, la claridad del sol. La joven enamorada le decía: “Todo lo veo con los ojos de la imaginación; tu labio bondadoso me lo pone delante, ¡me lo pintas tan al vivo!” —“Con todo, decía el amante, sé dócil y verás”. Al fin, Valeria se resuelve, y pasa a un aposento: esto era en el teatro; las amigas esperaban en la escena el resultado. De repente, se oye una voz: “¡Ya veo, ya veo!” Y se presenta la joven seguida de su amante: su vista, enajenada con la creación, re-

corre el espacio; tiende la mano, le parece que puede alcanzar los objetos distantes. Comprende el torrente de felicidad que le proporciona un nuevo sentido; se echa de rodillas, y alzando sus dos brazos al cielo, exclama con fervor: "¡Te doy gracias, Dios mío! ¡Esta es claridad del sol, esta es la naturaleza, esta es la vida!" Este espectáculo es más bello que el de un brazo amputado. Pero al lado de Valeria hay un espectáculo sublime: el oculista triunfante con su delicado instrumento en la mano. Valeria es bella; el oculista es sublime. Valeria es el efecto, la creación; el oculista es la causa, el creador. Pero si el oculista hubiera errado la cura, ¿dónde encontraríamos la belleza?

III. La flecha gótica

¿Son bellas las flechas que el arquitecto gótico alzó en el techo de su iglesia? —Sí, lo son. —¿Que tiene de bello una flecha?

—Nada en sí misma, pero es bella allí, porque es útil. —¿Qué tiene de útil? —Eleva el alma a Dios.

Pónganse ahora esas flechas encima de la azotea de un edificio, donde la orquesta con sus lúbricos compases, la luz del gas con sus ardientes resplandores, los licores fermentados y los ojos de la hermosura destierran del hombre los sentimientos graves, profundos, religiosos, y lo disponen más bien a dar su alma al diablo que a deponerla a los pies de la divinidad; las flechas de este edificio, desdeñadas de día, de noche se quedarán a oscuras, y helarán de frío, mientras que dentro todo es iluminación, todo es fuego; y la vista encuentra la belleza en el talle elegante de una botella de champaña, y en la flexible cintura de una bailadora.

IV. Cinturas de moda

En el día aún dura entre nuestras amables señoritas el error de confundir la cintura bella con la cintura delgada. Ya las mujeres no son mariposas, gacelas, palomas, como pretendió noches pasadas nuestro ingenioso amigo don Ramón Zambrana; las mujeres son avispas. No lo digo porque piquen, ni porque tengan ponzoña: no me consta; y si acaso, será una utilidad sobrepuesta a su hermosura. Lo digo porque se parten el cuerpo en dos mitades, por más que se les haga presente que la Venus de Médicis tiene la cintura ancha. Pero luego vienen los poetas, y lo echan todo a perder con sus adulaciones: anillo de azahares tu cintura. He aquí por qué ellas no hallan término medio entre una sortija y un barril de papas: la culpa no la tienen ellas. A mí me pareciera esto lindísimo, si no hubiera visto las estatuas antiguas, y si no hubiera estudiado anatomía; pero la idea del despotismo ejercido contra las costillas

falsas, no me permite gozar del espectáculo embriagador de una señora convertida en avispa.

V. Conclusión

Tanto las cosas materiales como las espirituales sacan su belleza de su armonía. Se armoniza el ciprés con la tumba, y la piedra ennegrecida del Escorial con la antigüedad de su construcción. El templo de Apolo está bien en la Fócida, en sitio pintoresco, cercado de bosques, acompañado de aguas sinuosas y parteras. En este mismo punto el palacio de Amenofis Memnon de la Tebas de Egipto, que tiene un peristilo de doscientas columnas, las mayores de doce varas de circunferencia, sería una masa abrumadora, y las parteras aguas no serían notadas. Mas si se traslada el templo de Apolo a la orilla descubierta del Nilo, faz a faz con el sol, y en medio de dos inmensos desiertos, el de la Libia y el de la Arabia, la estatua colosal de Memnon, que sentada tiene setenta y cuatro varas de alto, le hará sombra; y si Memnon se levanta, le dará con el pie, lo tirará al río y lo echará a rodar sobre las cataratas.

Pues si las cosas materiales se armonizan, ¿no se han de armonizar los conceptos espirituales?

Cuando Dios hizo el mundo —según el texto sagrado—, a cada cosa que creaba decía: “Esto es bueno”, repitiéndolo varias veces. Y a lo último dijo: “No es bueno que el hombre esté solo; hagamos a la mujer”. De aquí se infiere que, en la mente de Dios, la mujer es cosa buena: buena como hija, como hermana, como amiga, como amante, como esposa, como madre; y en esta última cualidad la llamamos reina de los angelitos de cabeza rubia que la cercan, sin dejar por esto de ser la mujer bella, la amiga piadosa, y consuelo de los afligidos y salud de los enfermos.

De suerte que en la belleza suprema de las obras de Dios, hay un elemento complementario a más de la belleza; es decir, la bondad en su sentido relativo, o sea la utilidad. Y como en el arte posterior a la Revolución se agrega siempre un elemento de utilidad práctica, nuestro arte está en progreso acercándose al arte de Dios.

Creo haber revelado una consideración nueva; y es que la utilidad ha hecho fusión con lo bello y lo sublime. Erró, pues, el siglo cuando en la síntesis de la Edad Media ha señalado dos elementos, hay tres: la belleza, la sublimidad y la utilidad, como tres hermanas inseparables. El progreso de nuestra era consiste únicamente en que la utilidad moral es de un orden más elevado.

Esta trinidad estética ha dado las dimensiones de un panteón, que la patria agradecida alzó a sus grandes hombres, y esculpirá en la fachada del templo de la industria, a Minerva, la ciencia, con sus ricos atavíos, dando la mano, la mano toda entera, al artesano cubierto de su modesta

blusa. Tratando a su manera el bellísimo asunto de Baroccio, que representa a Agar e Ismael en el desierto, al pie de una palma donde brota un agua fría, la madre joven aún y bella, calmando la sed del niño, que al parecer tiene siete años, y del cual ha de salir un gran pueblo; manejando de nuevo este asunto con un principio útil más elevado, la trinidad estética nos dará la imagen de la humanidad (el tipo inteligible es de Comte) bajo la forma de una mujer, de una madre que toma de la mano un niño, un varón de siete años, y le suministra con la palabra, no el agua de un arroyo, sino el torrente de sana instrucción y de pura moral de que el niño está sediento, como lo muestra su atenta curiosidad y el divino carácter que Dios estampó en su frente, aún no alterada por la errada educación y por los vicios.

DISPERSIÓN DE LA ESPECIE HUMANA



FRAGMENTO DE UN DISCURSO SOBRE LA UNIDAD DE LA
ESPECIE HUMANA, LEÍDO EN EL LICEO DE GUANABACOA

Comprobada la unidad de la especie, se nos hace forzoso admitir la unidad de origen. La cuna humana parece haber tenido su asiento en el centro del Asia, que contiene montañas, mesetas y crestas que rivalizan con las elevadas del orbe terrestre; comarca admirablemente dispuesta para favorecer la dispersión de la especie humana a lejanos climas y en todas direcciones. La vida errante de la humanidad, en sus edades primeras, se avino con el oficio de cazador y de pastor. La robustez de los primeros hombres era indudablemente superior a las nuestras: llenos de juventud y de vida, osados, confiados en sus fuerzas corporales, unos levantan torres que se pierden de vista, otros alzan el monte Osa sobre el Pelión para derrocar al Olimpo: quiere abarcar la tierra, quieren apoderarse del cielo. ¿Será el estrecho de Behring obstáculo a las empresas de Sem, que bajó de las alturas? ¿Quién podrá medir la extensión de territorio recorrido por Japeto? ¿Qué tierra abrazada por el sol, qué desierto arenoso contendrá el ímpetu de Cam?

Los hijos de Cam pasaron los trabajos mayores: el istmo de Suez, inundado antes de la formación del delta, les negó el paso defendido por el monstruo Tifón, que se alimenta de miasmas palúdeas; dieron vuelta a la Arabia, y pasaron el estrecho del Mar Rojo; los montes de la luna los recibieron y fueron testigos de sus gigantes esfuerzos. En vano lucharon con las fieras, y metieron el brazo en la boca del león, arrancando la lengua de sus fauces ensangrentadas. La tierra que los sustentaba era joven también y vigorosa; los robustos vegetales que la cubrían acumulaban densos vapores en sus cimas, los ríos salían de madre, volcando en su corriente las chozas primitivas, los hombres fuertes, las mujeres y los hijos; el trueno espantoso del ecuador los amenazaba, retumbando en ecos prolongados; el rayo los aniquilaba al pie del árbol donde en su ignorancia buscaban un refugio. El clima, por fin, los enfermó, los rindió, les rompió las fuerzas corporales y las del alma. Las familias cazadoras se

esparcieron, porque necesitaban un dominio extenso para poderse alimentar; los que pasaron al estado agrícola se vieron invadidas y saqueadas por las tribus errantes. El fetichismo, primera religión de la infancia intelectual, sembraba los ánimos de supersticiones; el sacerdocio pidió víctimas humanas al pie de una boa de piedra. Las guerras de fetiches contra fetiches, de hombres contra hombres, trajeron la esclavitud; los esclavos se degradaron, se corrompieron; y esa corrupción, esa degradación subió hasta los amos, y penetró en sus huesos.

Esto ocurría bajo un sol ardiente, que atezaba la piel, mientras que los apetitos groseros daban al rostro una prognación característica; y el pigmento concentrado sobre la caja de un cerebro ocioso, negaba al cabello la nutrición indispensable.

En tanto, los hijos de Japeto, siguiendo las orillas templadas del Ponto Euxinio, del mar Egeo y de la Liguria, hasta las costas ibéricas, fundaban ciudades y reunían los elementos de las dos lenguas más perfectas que los hombres han hablado sobre la tierra; la griega y la latina.

MANUEL J. PRESAS



Don Manuel J. Presas nació en Matanzas el 22 de enero de 1845, hijo de don Manuel Presas, oriundo de Cataluña y de doña Inés Morales, matancera. Ambos concurren en labrar esta joya tan preciosa; el primero con su bondad y honradez, la segunda con la severidad templada por la materna solicitud.

Hizo el joven Presas sus estudios de Medicina y Cirugía en la Universidad de La Habana, apartado de malas compañías, con una aplicación constante, que unida a sus naturales disposiciones, vinculó en su persona la nota de sobresaliente, indicio de futura prosperidad. Sus padres, establecidos en Matanzas, tenían bienes moderados de fortuna y una numerosa familia a quien repartirlos. Sabido es que la carrera universitaria es larga y costosa: el estudiante procuró de varios modos acortar los subsidios paternos; y obtuvo su título de licenciado en 1867, con dispensa de los derechos de su grado, en virtud de haber ganado el premio extraordinario a que pueden aspirar los alumnos de calificación más alta.

Fijado su domicilio en Matanzas, al lado de sus padres y hermanos, no tardó en formarse una clientela; y tomó estado, llegando a ser su esposa, en 1869, la señorita doña Teresa Febles, cuyas cualidades físicas y morales captaron su voluntad y aseguraron su constancia desde el primer año de su bachillerato. El nacimiento de una niña vino a mitigar el dolor que le causó la muerte de su padre, acaecida en 1866; y él mismo, arrebatado a la familia, ha dado el último adiós a esta inocente criatura.

El licenciado don Manuel J. Presas falleció en Matanzas el 8 de abril del que cursa, a las cinco de la mañana y a la edad de 29 años. La enfermedad que lo llevó al sepulcro fue la difteria; duró siete días, al cabo de los cuales venció al robusto joven al principio del octavo: el paciente lo había previsto y anunciado desde el primer día.

Llamado por él, acudí a su lado; lo que no pudo ser hasta el séptimo día de su ataque diftérico. La víspera había recibido los Santos Óleos; por la mañana había hecho testamento, escribiendo él mismo las cláu-

sulas de su puño y letra: acababa de perder la voz, pero conservaba su conocimiento entero. Me vio, no pudo hablarme; dio muestras de haberme conocido. Respiraba con trabajo; supongo que su estado era doloroso, pero el semblante no lo decía; porque su ánimo fuerte dominaba los músculos de la cara y suavizaba la expresión de los ojos. La enfermedad que lo asaltó tan de repente, no pudo en siete días estampar su huella en aquel rostro, que conservaba su color y reposada belleza en medio de los padecimientos generales; lo que me dio a comprender que no carece de verdad el majestuoso grupo de Laocoonte.

Me fue forzoso volver a La Habana el mismo día siete por la tarde: acompañábame el consuelo de que el enfermo quedaba bien asistido por los acreditados facultativos doctores Llorach, Pinto, Verdugo y Jiménez, que no se desprendían un momento de su lado, prodigándole con inteligencia todos los recursos del arte. Quedaban además en manos de su fiel esposa, de su cariñosa madre, de sus cuidadosos hermanos y allegados. Supe después que antes de las cinco de la tarde del mismo día, pidió lápiz y papel, y se recetó: “Yoduro de potasio, 30 gramos; agua, 1 litro M. cucharadas; una por la mañana y otra por la tarde”. Los médicos aprobaron. Esta receta a dos cucharadas diarias daba a entender que el paciente concebía alguna esperanza; pero éste cesó del todo cuando a la una de la madrugada del día 8 anunció que sólo le quedaban cuatro horas de vida, y precisamente al tocar el reloj las cinco, acabó su existencia en un síncope, con suma tranquilidad, quedando en sus labios la sonrisa del justo. Así tuvo fin el lamentable drama, y el telón cayó para siempre. ¡Oh malograda juventud! Muerte rigurosa, ¡cuántas esperanzas has cortado!

Si la cruel enfermedad hubiera oprimido mi flaca garganta la primera, y no la suya tan firme y lozana, estaba llamado a escribir mi biografía; y por él hubiera mi nombre penetrado con algún esclarecimiento en los umbrales de la edad futura. A mí me toca, caro discípulo e inolvidable amigo, pagarte ahora esta deuda sagrada.

Todos conocen los alcances y aciertos de Presas en el campo de la Medicina. No todos saben que ha cultivado, y sólo a ratos, cuando lo permitían los deberes de su profesión, una ciencia amena que aún no se ha generalizado bastante en la isla de Cuba: hablo de la historia natural. En ella principalmente he tenido el singular placer de dirigir su dócil entendimiento, desde que se sentó, discípulo predilecto, en los bancos de la Universidad. Pocos esfuerzos me costó, porque mis consejos y preceptos caían y fructificaban en una tierra dispuesta a recibir las semillas del saber. Es lo propio de grandes capacidades médica el no separar Aristóteles de Hipócrates, ni Cuvier de Bichat: el insigne Linneo fue médico aventajado; y entre las celebridades de nuestro suelo, vemos al doctor Nicolás José Gutiérrez desvelarse para dotar a su hija la Acade-

mía de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, de un museo indígena donde entraron los objetos de su propia colección. Presas tuvo el honor de ser admitido como académico numerario de esta distinguida corporación, y también como miembro de la Sociedad Española de Historia Natural establecida en Madrid; legando por cláusula testamentaria a la primera sus colecciones de este género por él cuidadosamente formadas y conservadas. Enriqueció la de los moluscos cubanos con frecuentes excursiones en un radio no poco extenso alrededor de Matanzas, y es de los pocos que, con este objeto, han visitado el Pan hasta su cima.

Sin desdeñar ningún ramo de la historia natural dedicó particular atención a la botánica, por la abundante materia médica que esta ciencia le ofrecía, y porque pudo aprovecharse de los conocimientos y del herbario de su tío don Sebastián Alfredo de Morales. Con este motivo entabló relaciones de amistad con don Francisco A. Sauvalle, representante hoy de nuestra flora; años antes había dado la más cordial hospitalidad en su casa al infatigable visitador de nuestros bosques, el botánico D. Carlos Wright.

Sus grandes amigos, entre los aficionados a la historia natural, fueron don Francisco Jimeno, el doctor don Juan Gundlach y el Inspector de Minas don Manuel Fernández de Castro. Viviendo en Matanzas, supo apreciar las buenas disposiciones de don Félix García y su gran mérito de disección. En cuanto a los aficionados residentes en La Habana, procuró relacionarse con todos, empezando, conforme al orden cronológico, por don Rafael Arango, y acabando por el más moderno, el doctor don Manuel A. Aguilera. Tenía en alto concepto a don Ramón Fornas, estudioso amante de las aves y crustáceos y amigo íntimo de Gundlach.

El Liceo de Matanzas fue para Presas un campo donde desplegó su celo por las ciencias naturales. Fue uno de los que en unión del doctor don Joaquín Barnet, más ardientemente organizaron la Sección Científica, establecieron las discusiones y prepararon la impresión del *Anuario*.

Don Manuel Presas fue mi principal colaborador en la publicación del *Repertorio físico natural de la isla de Cuba*, que bajo mi dirección alcanzó dos tomos por los años de 1865 a 1868. Cuando vio que la suscripción decaía, entró conmigo en la sociedad, más bien para aliviarme en las pérdidas que para aprovechar las ganancias. Las primeras cincuenta y seis páginas de este período están ocupadas por un trabajo notable de Presas, titulado “La historia natural de Cuba”, abrazando los tiempos pasados y presentes, nombrando y apreciando en su justo valor las obras que se han escrito sobre la historia natural de esta Isla, no sólo en ella, sino también en el extranjero, por los sabios de todas las

naciones. Esta brillante introducción de un joven de veinte años justifica todos mis elogios.

Don Manuel J. Presas fue dotado por la naturaleza de un entendimiento claro, de una concepción vasta, de una comprensión rápida. Estas tres cualidades se aunaban en su mente y se ponían en evidencia desde los primeros momentos de la discusión científica y de la conversación familiar. Sus sentimientos elevados y sus costumbres intachables son de pública notoriedad. Su amor de esposo, de padre, de hijo y de hermano, está comprobado por sus hechos y confirmado por el llanto de sus dignos parientes, llanto compartido por sus numerosos amigos.

La necesidad de trabajar para asegurarse el sustento, al paso que aliviaba las dolencias humanas, le dejó poco tiempo para las ciencias naturales. Mas su fortuna iba creciendo, a la par de sus méritos; y bogaba ya sobre la espuma, cuando la airada tormenta lo aniquiló. Con diez años más de vida, llegaba la hora del descanso, hubiera aumentado sus colecciones, y hubiera sido para su ciudad natal otro Francisco Jimeno.

El primero de enero de este año, día de los Manueles, le escribí, deseándole ¡ay! largos días de felicidad. Le decía: “Tu memoria, en día tan señalado, es inseparable de la de tu excelente padre; y recuerdo que lo he celebrado sentado a su mesa, como un miembro de la familia”. Me contestó “No sabe usted cuánto bien me han hecho sus palabras, y cuánto he deseado verlo a mi lado en aquel día: usted hubiera sido para mí un segundo padre; usted es mi padre intelectual”.

*Quis talia fando
temperet a lacrymis?
Virgilio.*

¿Quién no concederá una lágrima a tan triste recuerdo?

Acepta, hijo del alma, mi dolorosa lamentación. ¿Qué queda, en este valle, de tu vida mortal? Ya todo se ha acabado: ¡ni una voz, ni una mirada, ni cuerpo, ni sombra! ¿Do eres ido, Manuel? Tu hija Teresita, que ya sabe hablar, por ti va clamando, y no respondes. Te abismaste en la eternidad. Pero, ¿qué es una vida ante lo eterno? Nuestra existencia es un punto; cien existencias sucesivas marcan apenas un paso del tiempo. Las generaciones se tocan y se confunden; nadie parte primero: un punto más, y bajo contigo a la tumba, querido Manuel; unidos en vida, unidos en la muerte.

VIAJE A LOS CAYOS



Cayo Blanco

Gozaba de vida don José María Velázquez, mandaba un pailebot don Patricio María Paz, teníamos en la Isla al pintor Mialhe, que hoy se halla en París, el que suscribe se encontraba en sus vacaciones universitarias, tiempo en que se le van los ojos y la mente tras de la bella naturaleza y apetece el aire, el mar, los arroyos y los vientos, con el fin de templarse para todo el año, y tomar resignado los grillos de la cárcel urbana.

Embarcáronse Paz, Velázquez, Poey y Mialhe, y con ellos seis u ocho carabineros que tenían a las órdenes del comandante su misión particular. Los tres primeros se proponían hacer amplia cosecha de caracoles marinos y terrestres; además, Poey buscaba insectos, y colectaba plantas; Mialhe llevaba su libro en blanco y su lápiz admirable, que trabajaba sólo —según dicen—, bien que es de suponer que ayudaban los dedos.

Al tocar en Matanzas, visitamos la cueva y subimos a la cumbre, desde cuyo punto se ve el valle del Yumurí, con el Pan en lontananza. Don Guillermo Colson había ya sacado este paisaje. Como hombre entendido, no se sentó al borde del valle, sino más atrás; alcanzando con la vista la mitad más apartada de su extensión. Y como las palmas reales forman un adorno exigido en todo paisaje cubano, acertó a representar con ellas el hundimiento del valle; unas ostentaban su gallardo talle por entero, otras se iban sepultando más y más, según la distancia: ya ocultaban el pie, ya medio cuerpo, ya enseñaban solamente la cabeza. Lo demás no pertenecía al primer plano.

De paso diré que las vistas más afamadas de la isla de Cuba no son las que más apetece un pintor de paisajes. La más hermosa para el vulgo es la que descubre más lejano horizonte, la mayor extensión de terreno que se mira de lo alto; por ejemplo, la llanura de Güines, vista desde la loma de Candela. Los pintores de profesión descienden a los valles para pintar las alturas. Hay monotonía en la extensión plana; hay

variedad en los cortes y accidentes de las montañas. Por lo que decía Colson: *tout pays plat est un plat pays*. No me hallo con fuerza para traducir este concepto y apelo a un luchador más robusto.

El valle de Yumurí, visto desde la cumbre, hace excepciones al anatemata de los pintores; gracias al hundimiento, si se representa como está dicho, y al majestuoso Pan.

Salgamos de Matanzas y doblemos la punta de Icacos, la más septentrional de la isla de Cuba, principio del canal viejo de Bahama, lengua de tierra larguísima, que algunos han propuesto cortar, para entrar más derechamente en Cárdenas; sin tener cuenta con las olas, que amontonan y dispersan las arenas.

Otros escriben Hicacos, y tal vez en otro tiempo se pronunció Jicaco. Pero estamos en el siglo en que la lengua española se simplifica por sistema, aunque pierda de su energía: es menester conformarse con la moda. Oviedo escribía *cripstiano*; nuestros hijos pronuncian ya *critiano*. ¡Lo que va de ayer a hoy!

Dejemos a Poey a un lado; porque si yo soy Poey con decir yo, digo lo bastante.

El comandante era Paz; había tomado un piloto que se llamaba Guerra: entre Paz y Guerra llegamos a Cayo Blanco, que está al principio de la ensenada de Cárdenas. En realidad no es un solo cayo, sino cuatro o cinco; unos más largos que otros: ninguno tiene arrecifes; son bajos, aproximados, divididos por cinturas de arena. Vistos de lejos, son lindísimos por su verdura pronunciada; parecen contener un bosque espeso; las corúas que pasan de una rama a otra aumentan la ilusión. Velázquez y yo consultamos al piloto si había en esas playas conchas y caracoles. ¿Para qué sirve eso? Preguntó Guerra. Dadas la respuesta de costumbre a ese *cui bono* tan repetido, nos prometió Guerra dejarnos en una playa donde estuviéramos a gusto. El pailebot se detuvo a cierta distancia, faltándole el fondo para ir más adelante, entramos en un bote; unos con escopeta, otros con sus respectivos instrumentos. Velázquez y yo fuimos desembarcados en una playa, y los compañeros siguieron para otro cayo con la advertencia de que allí nos esperaban, pues si nos cansábamos de estar en éste, nos sería fácil —decía Guerra— trasladarnos al otro, porque el paso se hacía a *pie enjunto*. Dicho y aceptado; ya la playa resplandecía con las conchas de su orilla; Velázquez saltó a tierra y yo también; y vimos gozosos apartarse los compañeros.

Apenas nos hallamos solos, cuando se desvaneció nuestro contento. Había en efecto en la orilla innumerables conchas pertenecientes a diversos géneros de moluscos bivalvios, la *Cytherea tigrina*, la *Tellina remies*, la *Sanguinaria rugosa*, y otras muchas; pero eran todas valvas sueltas, ninguna especie con su animal, todas rodadas y soleadas, casi

calcinadas. Entre tanto, el sol daba de lleno en la arena: ni el frescor de una brisa, ni un matorral para abrigo. Yo pude coger algunas moscas o dípteros para mayor claridad: eran del género *Anthrax* y me consolaron un tanto; pero Velázquez estaba sin consuelo, haciendo una tristísima figura. Quedaba el recurso de internarnos en el cayo en busca de la sombra hospitalaria y de caracoles terrestres: pero nuevo engaño, nueva lamentación. Todo estaba anegado: delante de nosotros teníamos el mar, detrás el agua, a nuestros pies la arena ardiente, estéril, infructuosa. ¡Oh pérfidos manglares! ¡Engañosa hermosura, mentidos cayos, apariencia vana! ¡Cuánto más me agrada Clementina, que sin corsé ni malacof, siempre se encuentra armada!

Al fin no hubo otro recurso que el de encaminarnos a la extremidad del islote para pasar al otro lado y alcanzar el bote de los compañeros. Llegamos y buscamos el vado. —Por aquí hemos de pasar a pie enjuto, decía Velázquez. —Con agua hasta el pescuezo, decía yo. —Son cosas de Paz. —No, son cosas de Guerra, que nos ha engañado. ¡Al agua! No hay remedio; ¡al agua! Con zapatos, medias, calzones, camisa y chupa; ¡y cuidado con los tiburones!

Yo acostumbraba decir que no moriría comido por estos formidables escualos, a no ser en caso forzoso, como el de naufragio. Es tanto el temor que les tengo, fundado en su ciega e insaciable voracidad, que tomo mis baños en el mar a una tercia de profundidad, y no sin vigilancia; espantado grandemente al ver los hombres y los caballos arrojar en la punta a distancias mayores, sin respecto a esos capitanes del puerto, que han dado a lamentar tantas desgracias. Figurese el lector cómo estaríamos contra Paz y Guerra, que nos habían puesto en tan arriesgado conflicto. Pero como la filosofía aconseja la resignación para los males sin remedio, y como, por otra parte no hay mal que por bien no venga, nos metimos en el agua hasta el pecho; y de paso, por lo que a mí me toca, di algunos zambullos, no *zabullos*, como pide el *Diccionario*, e hice copias de algas y polípedos flexibles que los naturalistas llaman gorgonias. Con esta carga, y con la demostración más evidente de la permeabilidad de nuestros vestidos, llegamos a la playa opuesta, y de allí al bote, ya provisto de corúas.

Poco después, al pailebot. Eran las tres de la tarde, y la comida estaba dispuesta para las cinco. Mi primera ocupación en tierra hubiera sido mudar de ropa, después de haber bañado el cuerpo con aguardiente, para evitar esas que llaman calenturas de frío: en el mar no se acostumbra esto. ¡Viva la mar! Me puse a salvar mis algas, gorgonias y cangrejos, ordenando todo con cuidado; llegó la hora de comer, y faltándome el tiempo para mudarme y vestirme, me senté mojado en la mesa, comí bien, se me secó la ropa en el cuerpo; me desnudé a las ocho para dormir, dormí bien, y amanecí con perfecta salud.

La apariencia engañosa de cayo Blanco me recuerda la perfidia de las sirenas, y éstas al tosco manatí. Es fama que los hay en estos contornos: no lo extraño, porque hay sargazo, que son plantas marinas de cebolla; y probablemente hay fuentes submarinas de agua dulce, porque lo uno acusa lo otro. Entre los mamíferos de la isla de Cuba, cuentan los historiadores las jutías, el corí o curiel, el perro mudo, y olvidan veinte más, que son otras tantas especies de murciélagos. En cuanto al manatí, debe entrar en el catálogo de los mamíferos cubanos, puesto que tiene la sangre caliente, a consecuencia de su respiración pulmonar, y da de mamar a sus hijos: se distingue de los otros cetáceos a que pertenecen la ballena y los delfines, por su régimen herbívoro, y porque no es soplador o bufador, pues no echa el agua por las narices, como lo hacen aquellos. También hay en nuestros mares algunos delfines o marsopas, que los pescadores llaman toninas, nombre más propio de un pez de la familia de los atunes.

Cayo Corojal

Aprovechando un tiempo oportuno, dijo Velázquez a Guerra: — Dos malas partidas nos ha jugado usted, señor piloto: el vado a pie enjuto de los cayos, habiéndonos metido en el agua hasta el pecho; y la cosecha de valvas calcinadas, sin que hayamos entre tantas encontrado un solo animal. —A la verdad, respondió Guerra, en todas partes se entiende por pie enjuto el agua hasta medio cuerpo, y malamente pretende usted haber sido engañado. En cuanto a los caracoles, debo decir que me imaginé que ustedes buscaban fruslerías: pero ya que comprendo que buscan inmundicias, ofrezco llevarlos donde las hay. —Se perdona la mojada, replicó Velázquez, con tal que usted cumpla con lo que ahora promete. De aquí en adelante sabremos lo que significa pie enjuto. Bien decía Sócrates, que el hombre envejece, y aprende cada día una cosa nueva. ¿Y cuándo veremos esas inmundicias? —A la vuelta de cayo Corojal.

Este cayo se llama por otro nombre: cayo de las Cinco Leguas, muy inmediato a la costa y anegado por partes en tiempos de aguas; pero conserva puntos elevados y pedregosos, donde en lugar de la yerba de sabana se descubre el monte firme. Guerra, buen cazador, se proponía matar media docena de flamencos, restos de una cría transportada de Matanzas. Estos animales de alto cuerpo, tienen puntos de contacto con las aves palmípedas; pero se colocan entre las aves zancudas o de ribera, por la longitud de sus patas, proporcionada a la del cuello: su pico encorvado hacia adentro con ángulo obtuso les permite buscar alimento en las aguas fangosas, y lo maneja como una cuchara.

En su edad adulta son de un vivo color encarnado, de donde les viene el nombre genérico de *Phoenicopterus*, que significa alas fenicias: los que saben que estos antiguos e industriosos navegantes (hablo de los fenicios) teñían sus lienzos con la púrpura robada a los caracoles de sus playas, comprenderán la feliz composición de aquel nombre. Un espectáculo digno de la atención de los viajeros, es el que ofrece una reunión de flamencos en el acto de la incubación, a lo largo de un pantano. Acostumbran alzar columnas de tierra a manera de morteros, en cuyo extremo superior desovan y se sientan a empollar. Así reunidos, forman una grave congregación, en que toman el aire de senadores romanos; y como hablan poco, pudieran servir de ejemplo a muchos académicos.

Bote al agua, gente al bote y vamos remando: al doblar esta punta hemos de bajar al cayo Corojal. ¿Aquí es, señor Guerra?

—No, señor: al doblar esa otra punta.

—Gracias a Dios que ya llegamos. —Todavía: es más allá. —Será cuando el diablo o el piloto quieran.

Por último, como todo lo que tiene principio, tiene fin, excepto las dichas soñadas, tomamos tierra en lugar hojoso y sombreado; y con nosotros desembarcó la canasta y la botija de agua. Quedó amarrado el bote y toda la comitiva se puso en marcha. Guerra pensaba en los flamencos, Velázquez en los caracoles, Paz en las orquídeas, plantas parásitas: algunos carabineros nos acompañaban. Al principio abrimos el paso dentro del bosque, y notamos que Guerra iba desgajando y torciendo ramas en su trayecto; después atravesamos la llanura, apenas cubierta de yerba creciente; a veces desnuda, negra, reseca, hendida en multitud de grietas, ofreciendo el aspecto de una corteza por todas partes desprendida, formada por los depósitos de las aguas que el sol de algunos días acababa de beber. En ciertos tramos quedaban nuestras huellas estampadas en el fango; otras veces entrábamos en un oasis de matojos, límites indecisos, teatro de luchas incesantes entre las partes áridas y las líquidas. El aspecto del terreno negro y cuarteado, cuya capa se alzaba en fragmentos como el tegumento de los robles seculares, me hizo comprender los comentarios sobre la tierra de Egipto; la cual ofrece el mismo carácter, cuando cesan las inundaciones, y dejan el sedimento del Nilo expuesto a los ardores del sol; por lo que ha recibido el nombre de *Chemia*, con alusión al calor negro.

Los compañeros iban por delante; Mialhe y yo quedamos atrás. Por más que yo gritaba: “No caminen tan aprisa, miren que soy gambado”, ellos iban con paso largo y yo de contra me detenía a coger mariposas: porque has de saber, lector, que allí por primera vez vi un *Polyomato* enteramente nuevo para la fauna lepidoptérica cubana, el más pequeño

de todos, lindísimo. Mialhe tuvo la bondad de no apartarse de mi lado, y esta fue la causa de que perdiéramos de vista a los compañeros. Entonces dije: *¿Quid faciendum*, amigo Mialhe? —Volver atrás es lo más prudente. —¿Y quién nos indicará el camino? —Esos gajos que Guerra, tan hábil piloto por tierra como por mar, ha enterrado de trecho en trecho, y los ramos torcidos del bosque. —¡Bendito sea Guerra! Volvamos al bote, que es el punto de reunión.

En efecto volvimos. Pero ¡qué sed! Y por cierto que no faltaba el hambre. Perdona, lector, si te entretengo de estas necesidades. Bien sé que los héroes de novela tienen el don de vivir sin comer ni beber; pero ten presente que esta es historia. —Mialhe, ¿dónde está la botija de agua? —Guerra cargó con ella. —¡Bendito sea! ¿Y qué haremos para apagar la sed? —Fumar, dijo Mialhe, y sacó un tabaco, el único que traía consigo. —Prefiero bañarme, dije yo, y beberé el agua por los poros.

Es verdad que el agua era salada; pero yo había leído que un capitán de buque, después de un naufragio en las Antillas, había vivido ocho días en medio del mar, asido de una tabla, y que si bien lo atormentó el hambre, no así la sed, porque la sangre, por absorción cutánea, tomaba el líquido que la faltaba: con esta memoria me propuse esperar la botija en el baño. Otro motivo más poderoso me impulsó a tomar esta determinación; y fue la abundancia de moluscos univalvios y bivalvios que divisaba entre las raíces sumergidas de los mangles.

Los univalvios pertenecían a la *Litorina angulífera*, de que recogí bellísimos ejemplares; los bivalvios eran de la familia de las ostráceas, pero no eran ostras: eran pernas, vulgarmente boyas, y la especie se llama en latín *Perna obliqua*. Se distinguen estos moluscos de los ostiones por su forma aplastada de pierna de calzón y por el *biso* o manajo fibroso que las ata a las raíces de los árboles: su gusto es malísimo. Pero entre tantas pernas, tuve la dicha de encontrar un ostión, uno solo. —¡Victoria!, exclamé. Mialhe abrió desde la orilla dos ojos voraces y me alargó una cuchilla para abrirlo. —¿Es ostión? Me preguntó. —Si, hombre, repliqué después de haberlo abierto; y para darle una prueba de que no me equivocaba, lo sorbí de un bocado en su presencia. La sorpresa y la ira se pintaron en el rostro de Mialhe. Quedé arrepentido, confundido. Una profunda exclamación salió de su pecho indignado. —¡Ha tenido usted valor, dijo, para comerse un ostión, sin ofrecerme la mitad! —Como lo vi a usted fumando. —Calle usted, hombre, yo le hubiera dado la mitad del tabaco.

Lección saludable para todos los días de mi vida. Bien pueden todos mis amigos, en cualquier número que sea, venir a almorzar conmigo, aunque no haya en mi plato más que un chicharrón y una almeja: a todos los convidó, a todos les doy su parte.

Cayo Galindo

Afortunadamente, para disipar la indignación de Mialhe y salvarme a mí de merecidas inculpaciones, llegaron los compañeros de la excursión, al cabo de tres horas de marcha forzada, cargados de flamencos y de orquídeas. Supimos entonces dónde estaban escondidos los víveres y la botija de agua, que teníamos bien cerca sin sospecharlo. Merendamos y nos fuimos en busca del pailebot, vientre lleno, corazón contento, el amigo Velázquez harto fatigado. Ya el sol espiraba en el horizonte y el alcatraz buscaba un lugar seguro, al caer las sombras de la noche.

Fiel a su palabra, el piloto Guerra, con licencia de Paz, hizo rumbo para Galindo y Galindito, donde nos esperaban las *inmundicias*. Galindo es un hermoso cayo, tierra firme, vegetación lujuriente, árboles de corazón duro, matojos varios de generación dicotiledónea; la orilla armada de arrecifes, estos poblados de caracoles marinos; las púrpuras, las neritas, las litorinas en su mayor crecimiento, y vivas, es decir, con sus animales. No sabíamos lo que más debíamos admirar, si las producciones del cayo o el conocimiento práctico del piloto. Galindito es de corta extensión y toda piedra: allí ponen sus huevos las gaviotas y otras aves acuáticas, al sol, sin formar nido.

Yo escribía entonces mi descripción de los jejenes para mis *Memorias* sobre la historia natural de la isla de Cuba. Necesitaba muchos individuos para la anatomía de la boca, que es sumamente pequeña; puesto que el animal es de un milímetro de largo, y la cabeza la décima parte del cuerpo: su trompa es del tamaño de la cabeza, y se compone de siete piezas, casi todas afiladas como lancetas de barbero (*Memorias*, t. I, lámina 27, figura 7). Mi temor era no encontrarlos en número suficiente; mi esperanza era no dejar mentir el adagio que dice: “Sabe donde el jején puso el huevo”. Mas cesó el temor cuando el comandante dispuso dejar el pailebot a gran distancia, para quedar fuera del alcance de los jejenes.

El bote adelantó lo que pudo; y como no había puerto ni muelle, era inevitable echarse al agua para llegar a tierra. Un marinero me hizo el favor de cargarme; y me tomó con tanta gracia en sus robustos brazos, que solamente me metió en el agua los borceguíes y la mitad de las pantorrillas. Iba con todas mis armas: un canastillo lleno de instrumentos menores, una manguera para coger insectos, un gancho para sacar del mar plantas marinas. Los cartuchitos para guardar jejenes venían ya confeccionados en la canastilla. En estas circunstancias sacó Mialhe mi retrato caricaturado, a saber: Poey desembarca en cayo Galindo, a pie enjuto, en busca de jejenes.

Apenas me vi en el pedazo de arena que está al frente de Galindito, cuando me asaltaron las legiones de estos diminutos, imperceptibles

dípteros, a los cuales he dado en mis *Memorias* el nombre de *Ecacta furens*, que significa furioso habitador de playa. Los cogía por centenares con el saco; y mientras metía uno en el cartucho, me entraban cientos por las aberturas de las fosas nasales, cincuenta por los conductos auditivos externos, ciento cincuenta por los ojos, doscientos por el cuello, los brazos y las piernas, y siete mil ochocientos cincuenta y seis por la traquea arterial. Sufrí y resistí como Esparciata, hasta que hice prisioneros doce de estos intrépidos lanceros, que si no nacieron en el infierno, nadie sabe de dónde han salido, ni en qué cueva endemoniada puso su madre el huevo. Mas luego salí corriendo para el bosque, huyendo de su persecución, deseoso además de coleccionar plantas y caracoles terrestres. Pero allí encontré el mismo tormento: lo que me obligó a dirigirme hacia un trozo de arrecifes bañados por el mar; donde gocé por fin de alguna tregua; y así pude recoger las inmundicias arriba mencionadas.

Basta de Cayo Galindo, dijeron todos. —Nos dimos prisa en volver al pailebot, y Mialhe hizo un dibujo que, para mi confusión, decía: “Poey se embarca huyendo de los jejenes”.

Estos insectos forman una familia intermedia entre los dípteros culicidios y los tipularios. Los primeros tienen el pico largo y sus larvas son acuáticas; pertenecen al género *Culex*, vulgarmente mosquito. Los otros de pico corto y patas larguísimas, se crían en el cuerpo de los vegetales; conozco, sin embargo, algunas especies muy parecidas a las típulas, cuyas larvas viven en el agua. Los jejenes, a mi entender, se crían en los vegetales: su presencia en las costas nos daría a sospechar que anidan en plantas marítimas; pero entonces no acierto a explicar por qué son menos abundantes en la boca del río Cojímar que en el punto llamado la Talanquera, distante una milla; a no ser que allí busquen un abrigo contra el viento.

Era el mes de agosto, íbamos a caer en septiembre; el viento caprichoso tomaba el traje equinoccial. —¿Tendremos huracán? Decían algunos. —No tan presto, respondió Guerra, porque las gaviotas no han tomado tierra; y nos aseguró que estas aves barruntan la furia de la tempestad algunas horas antes que se declare; lo que indican entrando en lo que aquí llamamos el monte. Esto mismo he visto yo en Cojímar a fines de agosto de 1856, un día de temporal o semi huracán que entonces experimentamos. A las dos de la tarde, seis gaviotas reunidas en el cayuelo del puerto, se alzaron a consultar la atmósfera, y con desusado vuelo se precipitaron al monte, con dirección a Guanabacoa: diez horas después, un *vivero* naufragó cerca de La Habana, dejando en los arrecifes su casco deshecho y los cuerpos maltratados de los marineros.

Se aproximaban los trabajos universitarios. Velázquez y yo manifestamos el deseo de volver a La Habana; lo que verificamos después

que don Patricio de la Paz nos hubo dejado en Cárdenas. Nos despedimos de él y de Mialhe con afectuoso abrazo: aquellos dos amigos siguieron su viaje hasta doblar el cabo de Maisí, y volvieron a sus hogares por la vía de Batabanó.

1856.

VIAJE A SANTA FE



En abril del año 1862 me propuse hacer un viaje a la isla de Pinos, con motivo de conocer aquella región y de pasar algunos días en compañía de mi siempre apreciada y hoy llorada hermana, que entonces se hallaba en Santa Fe con su esposo y su modesta hija, la más joven, no uncida aún al yugo del matrimonio.

Tuve por compañeros al doctor don José Manuel Mestre y a don José María Francia; nos esperaba un cubierto en casa de don Gonzalo Alfonso, y una cama en una casa de barro y guano, decorada con el título de Palacio de Cristal, donde ya don Antonio María de Escovedo había sentado sus reales.

El tramo ferrocarrilero de La Habana a Batabanó fue recorrido por la tarde, con ánimo alegre y dispuesto a gozar, después de haber sacudido las cavilaciones urbanas. La conversación no desmayó un momento: una simpleza pasaba entre todos por un pensamiento agudo. No pude dejar de acordarme de un viaje que hice a Cojimar, en una de esas que llaman poninas. Todos iban contentísimos, y decían de voz en cuello: ¡A Cojimar! ¡A Cojimar! Pero a todos les fue muy mal; y era cosa lastimera oírles decir a la vuelta, con voz apagada y triste: ¡Toma Cojimar, toma Cojimar!

Del caserío de la playa de Batabanó, y los guajacones que andan por sus zanjas paralelas, nada puedo decir; porque el carro pasó sin detenerse, y nos echó en el vapor de la Isla de Pinos, anclado en la extremidad del muelle prolongado, debido a la compañía de caminos de hierro de La Habana: beneficio apreciable para los pasajeros, inmensa utilidad para el fomento comercial en aquella costa.

Surcamos de noche el mar de Colón, generalmente llamado mar Caribe; lo que no me permitió ver los delfines que frecuentan aquellas alturas. Cenamos cordialmente, y quedamos muy complacidos de la cortesía del capitán; y por último, fondeamos casi al amanecer en el puerto interior y muelle de Nueva Gerona.

Apenas desembarcados, entramos en los carruajes dispuestos por don Gonzalo Alfonso, y partimos para Santa Fe con los primeros albo-

res del día, por un terreno llano, bien que subiendo insensiblemente, y bajando a ratos colinas suaves. El aspecto general era de sabanas pobladas de pinos de todas edades; la superficie, cubierta de finas yerbas y menudas flores; el camino trillado color de ocre o tierra mulata, ferruginosa, sembrado de perdigones; de trecho en trecho un arroyuelo en cuyas orillas la vegetación era variada; en medio de los pinares lo que más abunda es el peralejo y el vaca-buey, algunos guanos y la palma manaca. La multitud de pinos y los diversos grupos en que se presentan recrearon grandemente nuestra vista, no acostumbrada a este espec-táculo. A cada paso nos parecía ver salir de aquellos barrancos y por sus arboledas colinas, un cacique acompañado de sus indios armados de flechas inocentes; esperábamos ver entre ellos a las indias adornadas de sus atractivos naturales, no menos bellas que la reina Guanatabe-mequena (la reina Atabe), célebre en los fastos de Haití.

Salvadas las cuatro leguas que separan Nueva Gerona de Santa Fe, entramos en este pueblo a buena hora para disfrutar del paisaje que las casas y el bosque ofrecían. No hay cosa más agradable a la vista que una población entre bosques: son accidentes muy raros entre nosotros, porque participamos del espíritu turco, que es enemigo de los árboles. Todo el pueblo está a la vista; porque forma el caserío un cuadrado que encierra en medio una plaza de alguna menor extensión que el campo de Marte en La Habana; la mayor parte de las cosas separadas y por consiguiente un corto numero, y la plaza cubierta de hierba; disposición que me recordó el batey de los indios. Son las casas de horcones y guanos, las paredes formadas de cujes o varas, cuyo intermedio se tapia con arena amasada con cal y espartillo: algunas tienen cómodos colgadizos. Alrededor de la población se alzan los pinos y otros árboles; no es menester andar para herborizar, ya en las sabanas, ya en cejas de monte firme. A pocos pasos de este recinto, por uno de los costados, corre un río, donde los habitantes y transeúntes gozan del beneficio de los baños: los hay de alta temperatura y templados. Las aguas tienen fama por su bondad como potables, y por sus virtudes medicinales; entre ellas un manantial de agua clarísima, bien cargada de hierro en disolución, saludables para muchos males.

El caserío que acabo de describir se llama Pueblo Viejo, porque las nuevas fábricas, construidas con más elegancia, esto es, con piedras, ladrillos y tejas, tienden a formar en sitio pintoresco otra población, que llaman Pueblo Nuevo, el cual debe en gran parte su fomento al celo ilustrado del doctor don José de la Luz Hernández. Estas nuevas construcciones son pocos costosas, porque hay a corta distancia del pueblo una sierra y una fábrica de ladrillos: es evidente que la tabla de pino no escasea. Y como rinde bastante el alquiler, en la temporada de los baños, sería una especulación muy lucrativa fabricar allí para este fin.

Hay en Pueblo Viejo dos posadas, bautizadas con el nombre de hoteles, donde se brinda cuartos y camas. Si están en ellas bien alojados y bien servidos los enfermos, los que estuvieron allí lo dirán. Yo tuve la dicha de alojarme en el Palacio de Cristal, que no es casa de huéspedes, y no estaría mejor en Londres; sobre todo, habiendo tenido la oportunidad de gozar de la sociedad de los amigos y compañeros, saboreando las mil y una anécdotas que con tanta gracia refiere el señor don Antonio María de Escovedo. Tenía el Palacio por dependencia otra casa abierta a todo viviente, hecha para servir de cocina, pero que en la actualidad servía de habitación a las niguas. Mi sentimiento fue no haber encontrado, a pesar de la abundancia de este *Pulex penetrans*, una sola nigua macho, puesto que las que me entraron por los dedos del pie eran hembras, como me lo declaró el parto consecutivo. En compensación, recogí en el colgadizo algunos jejenes.

Habiendo tenido la dicha de encontrar en Santa Fe a mi buen amigo y pariente don Aurelio Letamendi, y a su cuñado don Emilio de Céspedes, hice con ellos algunas excursiones entomológicas; y a más de los insectos recogíamos reptiles, moluscos y peces de agua dulce. Tenía empeño en resolver una duda, a saber, si la Isla de Pinos pertenece a la misma región zoológica que la de Cuba. Que la flora sea la misma o casi la misma, no hay que extrañarlo, porque los vientos y las aguas, las aves y aun los insectos diseminan las semillas. En la fauna está la duda, y no en toda, porque las aves pueden volar, los peces pasar a nado la distancia, los insectos vuelan de cayo en cayo, y a veces navegan con las embarcaciones. No sucede lo mismo con los mamíferos, los reptiles, los moluscos terrestres y los peces de agua dulce: éstos constituyen principalmente lo que se llama una región; y a éstos me apliqué a recoger en mi corta residencia, favorecido por la buena amistad de los dos jóvenes mencionados que me acompañaron y me ayudaron en todo.

Este punto merece mayor explicación. Existe una ley de distribución geográfica formulada por Buffon, en virtud de la cual cada gran parte del mundo tiene una fauna y una flora distinta: pueden encontrarse en muchas los mismos géneros, pero no las mismas especies: el tigre de América, por ejemplo, no es el tigre de Indostán; la encina de Europa no es la que se encuentra en los terrenos cubanos de la Vuelta Abajo.

Lo que los continentes ofrecen en todas o casi todas sus producciones, se repite en regiones menores con respecto a ciertas clases de animales. Tomemos por ejemplo los moluscos: hay que distinguir si son de mar, de tierra o aguas dulce. La región malacológica (mejor dicho, malacozoológica) de los primeros en que nos encontramos, se extiende —según Adams— desde las islas Bermudas hasta Río Janeiro. En cualquier punto de esta vasta región, podrá existir un 10 % de moluscos univalvios y bivalvios marinos que no se hayan encontrado en otra par-

te; pero el 90 % se encuentra en todos los demás puntos. La región terrestre es mucho más limitada; y así es que los caracoles de los Estados Unidos no son los de México ni los de Brasil. En general toda isla, separada de otra por un espacio de diez leguas, forma una región distinta. Esto se halla comprobado con la fauna malacológica hoy bien conocida de Cuba, Jamaica, Santo Domingo, etcétera. En cualquiera de estas islas hay el 90 % de las especies exclusivamente propias de su región, a veces género y formas secundarias desconocidas en ninguna otra; solamente un 10 % se encontrará en otras islas, y aun pertenece a especies sumamente pequeñas que el comercio y la navegación pueden haber diseminado, pues se transportan involuntariamente con los tercios de tabaco, las plantas destinadas a la horticultura y el lastre de los bosques. No sólo son distintos los moluscos de Cuba de los de la próxima isla de Santo Domingo, sino también sus mamíferos, puesto que el *Solenodon paradoxus* que he descrito en mis *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba* con el nombre de almiquí, ha sido reconocido en Alemania por distinta especie de la que se encuentra en Santo Domingo, con la cual había yo confundido, llamándose hoy *Solenodon cubanus*. La misma exclusividad existe en los reptiles, no teniendo la isla de Cuba ninguna serpiente venenosa de las que se encuentran en el Yucatán y en la Florida.

Esto asentado, pasemos al problema que quedaba por resolver. Consta por los trabajos de don Tomás Bland sobre los moluscos terrestres, y por los de don Eduardo Cope sobre los reptiles, que la fauna de la isla de Bahamas pertenece a la región cubana: una excursión del doctor Gundlach a la Isla de Pinos ha probado lo mismo respecto a los moluscos. ¿Qué será de los demás puntos citados de historia natural? Este era el problema, y creo que debe darse por resuelto, incluyendo decididamente la Isla de Pinos en la misma región que Cuba y las Bahamas.

No merezco perdón por no haberme informado en Santa Fe si hay jutías en la Isla de Pinos; y suplico a los que lean este viaje, que procuren saberlo, y que me comuniquen las especies, para compararlas con las de Cuba. Los reptiles son los mismos, al menos los que encontré, que son el *Coluber cursor*, el *Anolis sagrae* y el que en la obra del señor don Ramón de la Sagra se nombra, tal vez equivocadamente, *Anolis Carolinensis*; una rana no descrita y algunas iguanas, entre ellas la que alcanza una longitud de más de una vara. También existe en Santa Fe el *Gordio acuático*, impropriamente llamado por el vulgo culebrita de la crin. En el número de los peces de agua dulce, la biajaca y el guajacón, nombrado por mí *Gambusia punctata*. También sacó don A. Letamendi de las aguas de Santa fe la *Ampullaria coniea* y el *Unio scamnatus*; este último y el *U. Gundlachi* son los únicos representantes en Cuba de la familia de las náyades, tan abundantes en especies norteamericanas.

Hallé la araña peluda, el alacrán de nuestros campos y un centenar de insectos de diferentes órdenes, todos iguales a los de Cuba, excepto dos especies de hormigas, un *Pepsis* o avispa de las que llaman caballito del diablo, las cuales no deben confundirse con las libélulas, que son los caballitos de San Vicente.

Estos pormenores científicos no serán del gusto de todos, pero ¿soy naturalista o no lo soy? En ambos casos el que me lea tiene que aceptarme como me parió mi madre; pues dicen que apenas nací, si no ahogué dos serpientes en la cuna —como cuentan de Hércules— andaba a gatas, haciendo valientemente la guerra a las hormigas. Querrán otros un artículo de chismes, porque en toda temporada hay tijeras que corten sin amolar, y porque es sabio que ha ocurrido la voz de que las señoras y señoritas de esta temporada se ajuntaban después de caído el sol en cierta esquina, donde libres de oídos profanos, ponían en circulación las noticias del día; y nada de lo que se hablaba bajo el sol de Santa Fe quedaba oculto a la dudosa luz de la luna y de las estrellas, por lo que la consabida esquina vino a llamarse el *salón del desengaño*. Los que piensen divertirse con estos chismes no me conocen bien, e ignoran seguramente que hace treinta años que me propongo ser hombre reservado, sobre todo cuando se trata del sexo femenino; bien que no puede haber constancia de este último caso, porque es cosa averiguada que el hombre propone, Dios dispone y la mujer todo lo descompone.

La flora microscópica de los terrenos ferruginosos de los pinares de Santa Fe, la flora —dije— de la sabana que se extiende desde el caserío hasta el arroyo del Aguardiente, amenizó vivamente los paseos que di en los pocos días (no pasaron de tres) que estuve en este vecindario. Aconsejo al botánico, si es pintor, que lleve sus colores; y traslade a su álbum las innumerables florecillas que allí crecen, y que supongo iguales con corta diferencia a las que se encuentran en otros pinares de la isla de Cuba, así como son iguales las plantas que crecen en todos nuestros cuabales, empezando por las asoladas lomas de Guanabacoa. Digo en otros pinares y no en todos, porque esto depende del terreno; no habiendo yo encontrado la misma vegetación en Cajálbana, donde entre los pinos crecen muy desarrollados los helechos. A falta de pinceles, me entretuve en formar un herbario que he puesto en manos de mi estimado amigo y hábil botánico el doctor don Sebastián Alfredo de Morales, residente en Matanzas, naturalista de buen cuño, ardiendo como el doctor Gundlach en el fuego sagrado.

Extrañará el lector que no haya aún tocado lo principal, que es la bondad del clima y de las aguas de Santa Fe, que diz resucitan los muertos; que me haya ocupado de niguas y de las florecitas no menos diminutas de las sabanas; y no de otras flores que nacen y se desarrollan en las regiones y jardines del cuerpo humano, pertenecientes unas a los géne-

ros Dipneas, Anorexia, Cefalalgia, Ictericia, Elephanthiasis, Gastritis, Difteritis, Hepatitis; y otras a las especies conocidas con los nombres de herpéticas, escrofulosas, cavernosas, tuberculosas, epilépticas, reumáticas, sifilíticas, etcétera.

A esto respondo que estas flores no prosperan en la Isla de Pinos. Por lo demás, no es de mi incumbencia tratar de ellas, y no daré lugar a que me digan zapatero, a tu zapato. Hablando con toda seriedad, la Isla de Pinos, residencia de Santa Fe, es remedio a todos o a la mayor parte de los males que afligen a la dolorida humanidad. Así lo preconizan todos los que han disfrutado de su clima y de sus aguas. Remito sobre este particular a la *Memoria* publicada por el doctor don José de la Luz Hernández sobre la salubridad de Isla de Pinos. La exposición científica de esta memoria va acompañada de dignos pormenores, que conducen al fomento de la agricultura, industria y navegación, y a veces se eleva a lo pintoresco; testigo el párrafo siguiente:

“Estos selváticos lugares ofrecen un piso fácil, pinares hermosos, un cielo bellísimo y golpe de vista bastante agradable. Por doquiera se ven cristalinos arroyuelos de una agua fresquísima, que parecen alfombrar el suelo sembrado de gigantescos pinos, cuyas finas hojas, agitadas por la suave brisa, dan un grato murmullo, que despierta en el alma una dulce melancolía, que parece extasiarla. Y si por acaso se tiende la vista a lo lejos, se descubre siempre la empinada cima de algún cerro o de algún pico de la multitud de montañas que se presentan en casi toda la extensión de esta isla; separadas una de otras por preciosos valles sembrados de pinos y cubiertos de humildes plantas, tan variadas como bellas”.

¡Adiós Santa Fe, adiós parientes y amigos! Vuelvo a La Habana. Llegamos a Nueva Gerona y almorzamos en una gran posada que mereció completamente nuestros elogios.

Antes de entrar en el vapor, se acercó un soldado al posadero, y le propuse la compra de un periquito (*Psittacus guyanensis*, de los autores); recomendaba sus méritos políglotos, diciendo que hablaba español, inglés y francés. El posadero le preguntó con flema en su lengua (que traduzco decentemente) si evacuaba plata: y al oír la respuesta negativa, volvió la espalda al vendedor y a la mercancía. En efecto, la ornitología sin plata no es de moda; por lo que no cesaba de preguntar el maestro de escuela: ¿para qué sirve la pajarología?

Ya estábamos sobre la cubierta, esperando el pito de la partida, cuando tuvimos la dicha de que se pusieran en frente en el muelle del vapor, seis *mulieres*: tres de ellas notables por la amplitud de sus atractivos; las otras, menos. Se habían despedido de una amiga ya embarcada, y era muy natural que el último adiós fuese al buque, cuya cubierta se hallaba coronada de un concurso masculino de observadores, los cuales

si bien tenían ojos para admirar, no carecían de lengua para una decente murmuración. Las gorditas merecieron general aplauso, pero yo me inclinaba a la más delgada: éste ha sido siempre mi gusto, y soy de opinión que mientras menos pese, más vale una mujer; que en caso de raptó (entendiendo voluntario) es más fácil cargar con ella.

*Caballito de San Vicente
Lleva la carga y no la siente.*

Ya me iba aficionando demasiado, cuando un incidente imprevisto conjuró mis ilusiones: una urania cruzó por encima del vapor; la conocí al vuelo, y en sus rápidas alas se llevó mis ojos y mis tiernos pensamientos. La urania fernandina de Cojímar, que se cría en el avellano de costas, séase *Omphalia triandria*, es sin duda la mariposa más linda que volotea en la isla de Cuba: sus fajas doradas sobre un fondo pardo oscuro provocan el pincel de los pintores. El doctor Gundlach, cuyo estimado nombre se halla en todos mis escritos, había encontrado otra especie del mismo género en Santiago de Cuba; en Jamaica existe otra distinta. Mis deseos era saber si la de Pinos venía a ser una de las tres o una cuarta especie; pero quedó burlada mi esperanza: éstos son nuestros pesares en nuestra vida entomológica. ¡Oh, tú que posees un cuerpo esbelto para ir en pos de estos seres fugitivos, tráeme una urania, te lo ruego!, te traerás también a ti; y ya que no tienes alas, no tratarás de fugarte.

Maligno lector, ya te cansas; pero no abusaré de tu paciencia. Termino diciendo que del buque bajamos al Batabanó y de allí fuimos conducidos a La Habana, donde te deseo salud y pesetas, con tal que estas últimas sean ganadas con honradez y conciencia: que si eres abogado, no defiendas el pro y el contra, ni abuses del digo que para escribir tus alegatos con tanta magnanimidad, que dejes pasar una carreta entre renglones; que si eres médico, no hagas más de tres visitas diarias a tus pacientes; que si eres mayordomo, te contestes del 33 % entendido con el almacenista; y, finalmente, seas quien fueres, te recomiendo que busques ganancias, y no ganes buscas. Así podremos esperar que llegue el día en que del mundo se encuentren desterradas la codicia, las chirigotas, la adulación y la hipocresía.

VIAJE A RANGEL



Al pie del monte Rangel, situado en la vertiente meridional de la cordillera de los Órganos, más allá de Candelarias, a dos leguas del pueblo de Santa Cruz, vivía en 1858, y vive aún, un amigo que quiero mucho, no obstante de que me hace rabiar con su modestia extremada, pues no permite que diga su nombre, y, si supiera que escribo estos renglones, me riñera fuertemente. Mucho menos permitiera que revelara sus conocimientos en la botánica cubana, porque nada piensa escribir sobre materias científicas, contento con ser un libro vivo donde están consignados mil y un hechos interesantes sobre plantas y animales de este suelo.¹

El sitio que este hombre habita está regado por el río Tacotaco, donde se encuentra el maporro, especie de anguila que respira por una sola abertura bronquial, colocada en la parte inferior de la cabeza; en sus orillas se halla un lagarto que en la obra del señor don Ramón de la Sagra lleva el nombre de *Anolis verniculatus*, y tiene la particularidad, cuando teme algún peligro, de echarse al agua como un buzo. También hay en el río abundancia de moluscos bivalvios del género *Unio*, siendo la única especie que se encuentra en la isla de Cuba el *Unio scammatius* de Morelet; y otro molusco acuático del género *Melania*. Una montaña, una llanura, un río, ¿qué más puede desear un ermitaño, si a esto se agrega que siembra tabaco para festejar a sus huéspedes, y lo da revuelto con tasajo de puerco y gallina de Guinea, todo bien sazonado con una conversación sabrosa? ¿Y dónde está el jardín botánico del filósofo campesino? En todas partes, a orillas del río, en la espesura del bosque, en la cima de la montaña: cada planta crece sin riego en el lugar donde ha sido sabiamente colocada. De este sujeto escribió el señor Gundlach estas sencillas palabras: “Al fin llegué a la habitación envidiable del señor.. (no seré yo el que lo nombre) y dispensándonos los cumplimientos, quedamos en aquella misma noche para siempre amigos”.

Este amigo, que tenía aviso del día proyectado de mi llegada a Santa Cruz, envió allí de antemano un caballo y una carta. La carta decía

¹ Puedo hoy revelar que este difunto amigo es don José Blain.

que el caballo sabía el camino, y que me podía aventurar sin itinerario. En efecto, salí confiado en la memoria de localidades, que los naturalistas conceden al género *Equus*; y llegué al sitio con felicidad, después de numerosas vueltas, y sin error en las encrucijadas.

Apena me hallé instalado, cuando mis ojos se volvieron para el monte Rangel. Mi amigo, que leía en mi ánimo, decía: “Mire usted para otro lado, no es tiempo aún; hemos tenidos dos meses de sequía, ahora no se encuentran caracoles terrestres; deje usted que llueva, no tardará (estábamos en abril), y hará usted mayor cosecha en un día que otros en medio año”. Me volví pues para otro lado: descubrí succíneas en los puntos encharcados; traía plantas para el herbario. Al verme pasar, decían los vecinos: “Allá va Poey cargado de oro, diamantes y perlas, en figuras de babosas, tomates y berenjenas”.

Al tercer día de mi llegada, un denso vapor de desprendió de la montaña, desde la mitad o los dos tercios de su altura. ¿Qué humo sale de allí? —pregunté a mi huésped.—² “Buena señal —dijo éste—; avive usted las esperanzas”. Y me contó que cuando se preparan las primeras aguas, se desprenden a lo largo de la cordillera los vapores condensados, dejando las cimas en lo claro, de suerte que el que está en el punto más elevado, cree ver a sus pies un mar extenso, y distingue como islotes los picos de la cordillera. Me encontré derrotado con la relación de este fenómeno, porque hasta entonces había creído que los vapores no se desprendían de las montañas, sino que a ellas acudían, como a un centro de atracción, y sobre ellas se consideraban y resolvían en líquido elemento. El mismo fenómeno y a la misma hora, se repitió por espacio de cuatro días, y el agua no caía.

Entretanto, yo soñaba que cogía los caracoles por centenares, de todo género y de innumerables especies: era una dicha que podía llamarse preludeo de la bienaventuranza. Una noche soñé que me había vuelto escarabajo, y mascaba la yerba con mandíbulas horizontales. ¡Cosa extraña! —decía yo: antes movía la quijada de arriba abajo y viceversa, y ahora la muevo lateralmente. Cuando desperté, pude acordarme de aquel de quien escribe la Bruyere que soñaba haberse vuelto canario, que mudaba las plumas y sacaba sus polluelos; pagaba veinticinco pesos al organista que educaba a los pájaros, y dejaba a sus hijos sin educación.

He aquí que al séptimo día de mi llegada, después de haber conjurado los vapores fugitivos, a las dos de la tarde, un aguacero... poco a poco, no te entusiasmes, lector; no fue de los más tremendos: un aguacero cayó, sin más florees; lo necesario para engolosinar a los caracoles vivos, refrescarlos en sus escondrijos, darles aviso de que allí estaba el

² Segun el diccionario de la Academia, huésped significa el que está alojado en casa ajena, y también el que hospeda en su casa a alguno.

malacozoólogo Poey, que les venía a hacer el favor de darles a conocer por todo el mundo, para que ellos pudieran decir: “Valemos mucho, por más que digan”.

Estábamos a media legua de Rangel, montamos a caballo, llegamos al pie de la montaña, amarramos las bestias, empezamos a subir: las ultimas perlas destiladas de los árboles frondosos saludaron nuestra presencia, la hojarasca humedecía la suela de los zapatos, las rocas calizas, acumuladas y sueltas, contenían en miniatura posetas y lagos cristalinos. Todo el pueblo de moluscos que se abrigaba en las entrañas del monte salió a tomar su parte del convite general, y a su modo bendecía a la pródiga naturaleza que conserva el ave en su nido, y los moluscos en sus cuevas escondidos.

¿Estaba despierto, o soñaba aún? La más bella helicina que hay en el orbe, la reina de las helicinas, *Helicina regina*, arrastraba su pie carnoso por las rocas, en número considerable, en compañía del *Cyclostoma claudicans*; la *Helicina sagraiana* no salía de la hojarasca, que era menester apartar para cosecharlas a puñados, lo mismo que el *Megalomastoma mani* y la *Helix rangelina*. Una de las especies que más me agradó fue la *Achatina blainiana* (aquí, lector, sino eres rudo, descubrirás el gato encerrado). ¿Por qué he de proseguir enumerando especies, si el que me lee —lo supongo— es profano en la materia? Basta decir que jamás había tenido a mi alcance tantos caracoles, ni tan nuevos para la ciencia. Y como el canto —según Lacepède— es la expresión del entusiasmo, alcé una voz capaz de espantar todas las ratas de la comarca, y dije:

*Me fui con él
Y dimos cuerpos a mis sueños
En la loma de Rangel.*

Al día siguiente partí para La Habana, después de haber abrazado a mi amigo, dirigiéndole estos versos de Lamartine:

*Pour moi, loin de ce port de la félicité,
Hélas! Par le destin et l'espoir emporté,
Je vais tenter encore et les flots et l'orage;
Mais balloté par l'onde et fatigué du vent,
Au pied de ton rocher sauvage,
Ami, je reviendrai souvent
Rattacher vers le soir ma barque a ton rivage.*

Lo que significa: Dejo la paz de tus peñascos para ir adonde me arrebató mi destino; y cuando la ola irritada combata mi barquilla, vendré a amarrarla a tus horcones hospitalarios.

VIAJE DEL DOCTOR DON JUAN GUNDLACH



Acerca de viajes por la isla de Cuba, recuerdo el que hizo el doctor don Juan Gundlach a Baracoa, en busca de un hermoso molusco, la hélice llamada el emperador. Este caracol terrestre no se hallaba en buen estado en ninguna colección, y aun se ignoraba su patria. Sabedor Gundlach de que en las playas de Baracoa se encontraban algunos ejemplares arrastrados por los ríos, y arrojados por el mar, dispuso una expedición compuesta de su sola persona, pues era a un tiempo el general y el ejército. Y creyendo oportuno ocupar todas las fortalezas, antes de asaltar al emperador en las alturas de Mata, en las cuales tenía su residencia, hizo su entrada por las lomas de Trinidad, donde derrotó a Petit (*Helix petitiana*), persiguió a Dennison hasta el cabo Cruz (*Helix dennesoni*), extrajo del Morro de Santiago de Cuba, con licencia del comandante, al reyezuelo (*Helix ovumreguli*), que fue a esconderse al pie de sus murallas; prendió al gobernador bembudo de Guantánamo (*Helix crassilabris*) y se internó por Yateras, donde el emperador; desde Mata, le envió sus lanceros (los mosquitos) para oponerse a su paso; pero en vano, porque el héroe decía: “¡Marchemos! Las picadas se van, y los caracoles quedan”.

Por fin llegó a Mata, penetró en la imperial morada, hizo en tres días seiscientos prisioneros, y esparció la noticia por todo el mundo científico. Todos los malacozoólogos hicieron un lugar en su colección para recibir al emperador (*Helix emperor*); todos vieron sus deseos satisfechos, y saludaron a Juan Gundlach con el título de César Gundlach, porque como César, pudo decir y dijo: *Veni, vidi, vici* (Vine, vi y vencí).

Para los que escriben la historia de Cuba, debo agregar que a su vuelta a La Habana, siguiendo la costa del norte, una tarde sombría, en un sitio apartado de toda humana habitación y al pie de un uvero, descubrió el doctor Gundlach una conspiración. Allí encontró reunidos a *Blauneria*, *Leuconia*, *Plecotrema*, y con ellos *Paludinella belicoides*: *Melampus* era el presidente. En el acto me avisó en una carta que puse bajo siete llaves, puesto que si hubiera caído en manos de la policía, hubiéramos estado grandemente envueltos en declaraciones. Bien que,

al fin, averiguado se hubiera que los tales conspiradores eran todos caracoleros del tamaño de la cabeza de un alfiler, y algunos más pequeños; siendo Melampo el que, por sus dimensiones, mereció la presidencia, pues descollaba entre ellos como un grano de arroz: todos escondidos debajo de una hoja de uvero.

MISCELÁNEA¹



1. Dios me es testigo que no le deseo ningún mal; solamente le pido que me lo deje caer entre las uñas, para comérmelo vivo.

2. Preguntaron al mayoral: —¿Qué le parece a usted la novia? — Soy un pobre, y no puedo dar mi opinión; pero si a mi me toca, la pico en raciones y la echó a los perros.

3. Al fondista: —¿Qué pescado tiene usted allí? —Aguja de paladar. —¿Desollada o sin desollar? —Desollada. —Guárdela usted que puede ser de tiburón.

4. A los señores que dicen de su mujer *mi señora*, no les suena bien que un pobre diablo diga lo mismo de la suya. ¡Paciencia! Si quieren distinguirse, que digan *mi mujer*.

5. El maestro de escuela: —¿Por qué decimos *el pan nuestro de cada día*?

El niño: porque el pan del día antes se pone duro como una galleta (y dio con el puño cerrado sobre la mano).

6. El maestro: ¿Qué diferencia hay entre el diámetro y la circunferencia?

El niño, la vista fija en la figura: una pulgadita más o menos.

7. Por una palabra que le dicen, esa mujer contesta ciento, con tal rapidez que parece la lengua movida por una máquina de vapor.

8. Se retrató con un gallo en la mano. —Hombre, deje usted los gallos. —Usted que es hombre leído, dígame ¿quién fue el primero que anunció al mundo la venida de nuestro Señor Jesucristo? ¿No fue el gallo, que cantó: ahí está ya?

9. Jugador: —Juego al sol antes que salga.

10. Se ha alzado con \$ 2 000 —¿Qué miseria!, idesacreditarse por esa mezquindad! Si fuera por 50 000, ¡vaya!

11. Fue nombrado para evacuar los expedientes que obraban en la oficina de la materia: 128 evacuaciones le valieron una cruz.

¹ Historietas, costumbres, pensamientos varios, dichos agudos y vulgares. La mayor parte son oídos en conversación e inéditos; algunos propios.

12. Algunos y algunas vienen a ver mi colección de insectos. Unos dicen: ¡mira qué grande! Otros, ¡mira qué chico! Al despedirse, dicen: ¡Qué curioso es usted! En la calle no falta quien diga: está chiflado.

13. El Rosario: —Santa María madre de Dios, ruega por nosotros los pecadores... Negra de Barrabás, ¿qué estás haciendo allí...? ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén Jesús.

14. De Dios poco se acuerda; sólo reza a Santa Bárbara cuando trueña; y enciende vela a la Virgen para ganar la lotería.

15. Fulano dice que te quiere mucho. —Me alegro saberlo, porque necesito dinero para levantar mi fábrica de fideos.

16. Señorita, perdone usted la libertad que tomo de orientarle mis pensamientos.

17. Se queja el maestro de escuela de que los padres no consienten que moralice a sus hijos. —¿Y qué entiende usted por moralidad? —Veinticuatro azotes.

18. En La Habana no se acostumbra comprar libros: se piden prestados, y no se devuelven. Al primer apremio ¡qué precisado está usted! Al segundo, se lo llevó Fulano para leerlo; al tercero, se perdió. —¿Ignora usted, me dijo un sujeto vivamente apremiado, que los libros prestados no se devuelven? —Me alegro saberlo, para que usted me preste algunos.

19. La madre: Ven acá, niño; ven a rezar el bendito.

El niño: Deja el bendito, cuéntame el cuento del gallo pelado.

20. Hay en mi potrero unos puercos que trepan las palmas para comer el palmiche. —Será porque se valen de trepaderas.

21. Dio en Matanzas a un hombre una trompada que lo tiró a corral falso. —¿Se mató? —No, porque cayó sentado.

22. Cuando soltera, pinchaba los granos de arroz con el tenedor; y decía a la criada: Guárdame algo para la noche. Después de casada, despertó el león de su letargo, y empezó a rugir por la comida.

23. Amante despedido: —Se comió la calabaza, pero como tenía tripas, hizo de tripas corazón.

24. Se come los santos en la iglesia. Cuando muera ese hipócrita, va al cielo calzado y con corbata.

25. Las niñas, hoy, como si fueran grandes, besan al despedirse de la tertulia, aun antes de ser besables.

26. Hay mujeres que dan la mano, si tienen una buena sortija.

27. Los danzones de hoy son de atraca y apechuga.

28. Señorita, ¿tendrá usted por casualidad un poco de cascarilla?

29. Si va al baile a menudo, la llaman ponche de leche; si deja de ir, dicen que no tiene vestido que ponerse.

30. Nació en el riñón de Jesús María, y era el cogollito del manglar.
 31. Entró el guajiro con un pañuelo en la cintura, otro en el sombrero, un tabaco en la boca, y otro detrás de la oreja. —¿Gusta usted de almorzar? —Muchas gracias. —Con voluntad. —Así lo tengo entendido. —Bien puede usted venir.

Entonces se sienta el guajiro, o bien dice: —Ya anduve ese camino.

32. ¿Qué sabe usted hacer? —Zafante el escribir y leer, pregunte usted por todo.

33. En la mesa de los pobres (1820), día del santo del patrón, hay franqueza sin desorden, llaneza sin confusión; se baila de día y de noche, los amos en la sala, con la misma música, los criados en el patio. Al fin de la comida, cuando menudean las décimas, vienen todos alrededor de la mesa. ¡Suenan los vivas! Y tal vez se rompen algunas copas.

En la mesa de los ricos, ni se versa, ni se grita.

34. *L'âme s'explique dans un regard. Quand l'âme passe aux yeux, c'est ravissant. Cela vous pénètre comme un trait. L'instant est fugitif, mais on ne l'oublie jamais.*

35. La vida es un campo: lo has cultivado conmigo este verano; ¿quieres conmigo pasar el crudo invierno?

36. Es condiscípula mía, porque mientras estaba yo acabando mi tercer curso de Derecho en el Colegio de San Carlos, estaba ella cursando el amor en las fiestas de Regla y en los bailes de Soto y de Pinelo.

37. Los años visto por delante, ¡qué largos! Vistos por detrás, ¡qué cortos!

38. El insensato cree matar el tiempo, y no considera que el tiempo lo mata.

39. Venus, Baco y la Vigilia, trabajando de concierto, arruinaron su salud.

40. Mi cabeza se parte de dolor cuando considero que la sociedad separa los corazones unidos por el amor, en esta corta vida llena de soledad y trabajoso afán. ¡Para cuántos y cuántas están cerradas las puertas del matrimonio!

41. Es cuestión tan trascendental lo indisoluble, decía uno, que viene a ser lícito al hombre arrepentirse hasta en el mismo altar. Una señorita que tal oyó, algo picada, contestó: “y la mujer después”.

42. ¿Te casas? —Le tengo miedo a lo indisoluble: quien dice esposa, dice argolla, y de hierro.

43. Cuando uno afirma o niega con la cabeza y con la boca, miente.

44. Es tan sabio, que sabe donde el jején puso el huevo (lo que aún se ignora).

45. Enviudó, y a los pocos meses se casó con Fulana. —Pues diga usted que la tenía en salmuera.

46. Tú me vas a colgar hoy. —Si, con una sogá.

47. ¿Ha estudiado usted el asunto sicongónicamente? ¿Puede usted dar una demostración megalantropónica? (El doctor Caro en estilo burlesco).

48. Señorita, sírvase usted corresponder a mi amor. Ella, con voz bajita: ¿Viene usted con buenas intenciones?

49. Fulanita, ¿me haces el favor de prestarme tu criada? —Ahí la tienes: ¿para qué? —Para que me acompañe hasta la otra cuadra. —¿Es posible que andes con esas cosas? Bastante bien guardada estás con tus cincuenta y pico: son cinco civiles que te acompañan: tienes boleto.

50. Son tan frecuentes los incendios, que el que no quiere morir quemado, ha de dormir con un ojo abierto y el otro cerrado.

51. ¿Qué se hace? —Guataqueando.

52. Tropezó uno con una piedra. Dijo otro: ¡pobre piedra!

53. Cómprate un genio como el mío, y vivirás contento.

54. El gato se aguató comiendo un diablo (es un pez). —¡Pues no había de morir, si tenía el diablo en el cuerpo!

55. Es sinvergüenza desde el vientre de su madre.

56. Yo soy yuca, decía ella. Su hermana le contestó: tú eres malanga.

57. Extraño mucho que una persona tan ilustrada como usted crea en el mal de ojo. —¡Pues no he de creer, si soy tuerto!

58. Dime lo que quieras: si me llamas perro, me pondré a ladrar.

59. Cualquier ruido te asusta: si el caballo menea la cola en la cabailleriza, crees que los ladrones entran en la casa.

60. Este escribano anda siempre con chupa, y chupando siempre.

61. La carta de usted me ha hecho llorar. —Por ese llanto venturoso muero.

62. La niña no quiere misa, sino mocito no más.

63. La muchacha le volvió la espalda —le dio un rabazo.

64. Así como usted me ve, tengo dinero a patadas.

65. Pillo, te he de zurrar: no estás seguro ni bajo la saya de tu madre.

66. Estando la picuda flaca, el que la come larga el pelo.

67. El perro se comió un pollo: pesa un pollo más.

68. Una bailadora, irritada contra otra, la amenazó de darle una galleta. Supongo que sería panadera.

69. Más vale ignorancia que error.

70. Casas elásticas. —Las casas de mampostería son elásticas: lo pruebo refiriendo que fulano dijo delante de mí al procurador don Juan. “La señora Tal, que tiene una casa de mampostería en tal punto, tiene un pleito para el cual me ha dado poder, y lo vengo a sustituir en usted”. —Está bien, dijo el procurador, se estirará la casa, y habrá para los dos.

71. Casas con ruedas —muchas hay en La Habana, porque a cada rato oigo decir: voy *en* casa de Fulano, así como pudiera decirse: voy en coche o en quitrín. Luego es verdad que hay casas que andan con ruedas.

72. La mayor parte de nuestros males provienen de nuestra culpa.

73. En accidentes de amores, todo es a veces nada, y *un nada* es todo.

74. El tipo ideal de la belleza en la especie humana, especialmente en la mujer, se admira en las estatuas griegas, que presentan la frente despejada, la cintura acomodada a las exigencias de la respiración, y libres los dedos del pie.

75. Todos están obligados a pagar las contribuciones, cada uno según su ejercicio en industria o comercio. Hay, sin embargo, una profesión que nada paga, y es la de los ladrones: éstos gozan de privilegio.

76. *Mens agitat molem, et vasto se corpore miscuit.*

Este verso de Virgilio puede servir de lema al panteísmo.

77. Me decía un Procurador [Q. E. P. D.]: ¡Qué cartas tan elocuentes las de Cicerón a Catalina! cuando le decía: “¿Hasta cuándo, amada Catalina, abusarás de mi paciencia?” (*¿Quosque tandem, Catilina, abuteris patientia nostra?*)

78. Dos novios, en la sociedad habanera, tienen dos sillones comprados; conversando bajito horas enteras sin hacer caso de nadie. Entre tanto se sientan enfrente la madre, la tía, la hermana, empalagadas con este par de mirabebes, que de contra las bautiza con el nombre de Can Cervero. A esto llama un escribano (el señor Porto) velar el monumento.

79. Deja el vicio un mes y te dejará tres.

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, OBISPO DE CHIAPAS¹

El nombre de este santo varón (así llamado por el historiador Torquemada) suena mal generalmente en los oídos de sus mismos compatriotas. Este sentimiento es injusto; porque ninguna consideración es más propia para borrar del nombre español la mancha que la sangre india le ha dejado por tanto tiempo impresa, como la que ocurre viendo a un español emplear toda su vida en el alivio de los infortunados indios, y confesar sinceramente las culpas de su nación. Otros muchos de la misma patria, cuyos nombres están consignados en el tercer tomo manuscrito de su *Historia general de las Indias*, imitaron su ejemplo, mostrándose, como él, apóstoles de paz en al propagación del Evangelio.

No por esto se justifica la conducta de aquellos capitanes que ensangrentaron las islas y el continente americano. Pero la mayor parte de la nación española no ha sido representada en esas tragedias inhumanas: los soldados que pasaron a América no componían la fracción más culta ni más generosa de la población; y los esfuerzos de algunos jefes pacíficos, entre ellos Cristóbal Colón, fueron mal recibidos y mal pagados. Añádase a esto la influencia de la teología del siglo, que dio ocasión a la intolerancia más impía, a la expulsión de los moriscos y de los judíos, y al triunfo de la Inquisición, que con las llamas de sus autos de fe, despedidas del antiguo continente, alumbraba las matanzas del Nuevo Mundo. ¿Y qué remedio había suficiente a inculcar la justicia en el ánimo de unos hombres sedientos de oro, y poseídos del espíritu de devastación, contra unos idólatras que miraban como bestias, por no haber recibido el agua del bautismo?

Seamos justos, y digamos que la España moderna no es responsable de la conducta de los hijos de la antigua España. Si es cierto, en legislación, que los hijos no deben llevar la culpa de sus padres, ¿por qué no ha de ser en el orden moral? La afirmación contraria sólo tuvo cabida en boca de aquellos filibusteros, o piratas de barlovento, que buscaban un

¹ Este artículo formaba parte de una lista inédita de las obras impresas y manuscritas de Fray Bartolomé de las Casas, redactada por mí en 1824.

pretexto para disculpar el saqueo de Puerto Príncipe, Puerto Bello, Maracaibo y la isla de Santa Catalina. Digamos con el imparcial biógrafo don Manuel José Quintana, “culpa fue de los tiempos, no de España”.

La Francia moderna no es tampoco responsable de la sangrienta cruzada del Conde Simón de Montfort contra los albigenses; habiendo este señor pasado a cuchillo en la sola ciudad de Beziers (1209) a 60 000 habitantes, sin distinción de católicos, diciendo que Dios conocería a los suyos. Léase en Saavedra Fajardo la pintura de los desastres que padecieron en la guerra de treinta años la Alemania, Borgoña y Lorena: “Breve espacio de tiempo —dice el esclarecido escritor— vio en cenizas las villas y las ciudades, y reducidas a desierto las poblaciones. Insaciable fue la sed de sangre humana: como en troncos, se probaban en los pechos las pistolas, aun después del furor de Marte. Los vientres humanos servían de pesebres; y tal vez en los de las mujeres preñadas comieron los caballos, envueltos entre la paja, los no bien formados miembrecillos de las criaturas. En las selvas y bosques, donde tienen refugio las fieras, no lo tenían los hombres, porque con perros venteros los buscaban por el rastro”. ¿Deben estas barbaridades achacarse hoy a las naciones cultas que se llaman Francia y Alemania?

Los hombres de todas las naciones son iguales; a lo menos los de la raza europea, a la cual los naturalistas dan por cuna el monte Cáucaso. Todos en iguales circunstancias políticas y sociales, hubieran procedido del mismo modo. Esta es una verdad reconocida: la educación social, las instituciones solas forman y modifican el carácter nacional; y a ellas debemos atribuir la humanidad entera de los crímenes cometidos: el historiador debe indicarlos y condenarlos, para que no se repitan, y sobre todo, para que mejoren las instituciones.

Tiempo vendrá en que estas verdades se harán oír en la calma de las pasiones a los que, nacidos en América, están unidos a los peninsulares por el lazo estrecho del idioma, que les hace hablar de Cervantes, de Calderón y del ilustre Jovellanos, con entusiasmo nacional. Algún día se acordarán que forman parte de la posteridad de Cortés y otros guerreros, que con el mero hecho de ser conquistadores, hubieron de ser devastadores; porque según la expresión de Tácito (*solitudinem faciunt, pacem appellant*), la pacificación, en aquellos tiempos, se traducía en dar a las regiones la triste paz de los sepulcros.

En cuanto a las intenciones de los Reyes de España que presidieron a la conquista, son fáciles de justificar, porque escucharon más de una vez los clamores del obispo de Chiapas; y promulgaron leyes tanto más favorables a los indios, cuanto más odiosas a Grijalva y a los encomenderos, que no las quisieron ejecutar. Insisto, pues, en que el Código llamado Leyes de Indias deje absuelta en la historia a la nación española.

RECONOCER Y APERCIBIR



Me había propuesto no dar entrada en este libro a discusiones filológicas, pero van cundiendo tan de prisa dos groseros galicismos, que se hace urgente el atajarlos. Valga, pues, la excepción, y vaya de atajo.

Reconocer no es conocer segunda vez; *apercibir* no es ver, notar.

Se *reconoce* en castellano lo que no se conoce ni se ha conocido. El cirujano *reconoce* cuidadosamente la herida, para proceder con acierto; el general *reconoce* el campo antes de dar la batalla.

Apercibirse, en castellano, es prepararse para alguna empresa. No diré que tal cosa pasó *desapercibida*, sino que pasó *inadvertida*, o sin ser notada.

Ambas acepciones resaltan bellamente de una frase del insigne escritor don Diego de Saavedra Fajardo:

“En naciendo el león, reconoce sus garras; y con altivez de rey, sacude las no bien enjutas guedejas de su cuello, y se apercibe para la pelea”.

Si es hombre el que al cabo de una larga ausencia se presenta a mi vista, diré que el verle, lo *conoció*: si es mujer, no seré tan atrevido ni tan deshonesto que me empeñe en *reconocerla*.

“Astarbe, disfrazada de esclava, quiso escaparse; pero un soldado la *reconoció*”, dice un traductor. Capmany y Baralt están de acuerdo en que aquí no se trataba de tamaño desacato; y solamente se quito expresar que el soldado *conoció* a Astarbe, y la detuvo cuando huía.

Apercibirse, dice Baralt, no significa como en francés *advertir*; *reparar*; *notar*; *conocer*, sino *prevenirse*, *disponerse*, *aparejarse* para alguna cosa.

De conformidad con lo que precede se expresa el *Diccionario de la Academia*, edición duodécima, cuando dice que *apercibir* es prevenir, disponer, preparar lo necesario para alguna cosa. En cuanto a *reconocer*, sus primeras acepciones son de examinar con cuidado y registrar, trayendo como ejemplos el acto de *reconocer* a las mujeres en las aduanas. Es cierto que también acepta el galicismo en el caso de distinguir

de los demás o una persona cuya fisonomía se tenía ya por olvidada; pero esto consiste en que, contrariamente al lema de la *portada limpia, fija y da esplendor*, y a las exigencias del crisol, la Academia se cree obligada a consignar en su *Diccionario* todo lo que se va generalizando y consagrando por el uso, así lo declara en el Prólogo de las ediciones anteriores; y aunque no lo practica en lo absoluto, puesto que lucha por conservar el doble sonido de la *x* y la *g* de origen latino, cede en el caso presente a la funesta influencia gálica.

APÉNDICE



I. Carta del Sr. Oidor Don Félix Erenchun¹

Sr. D. Felipe Poey.

Habana y octubre 24 de 1856.

Muy señor mío: sin otros títulos para dirigirme a usted que el grande amor que profeso a las ciencias y la simpatía que me inspiran los hombres que como usted las cultivan con verdadera afición y grande provecho, cuya prueba acaba de dar usted con el brillante discurso leído en la apertura del año académico corriente en esta Universidad, permítame usted hacerle presente mi sincero parabién y la encomiástica admiración que en mí ha causado esa obra digna por todos títulos de elogios por su forma literaria, erudición vastísima y profundidad de conceptos, hermanados, cual pocos saben hacerlo, con poéticos arranques de imaginación que sin querer me han traído a la memoria al elegante y embelesador Virrey, cuyos escritos tantos años hace me hicieron pasar los mejores ratos de mis estudios.

Con tal motivo, y deseando tener el gusto de conocer a usted personalmente, le ruego me haga el obsequio de citarme el día y la hora en que podrá recibir a su atento S. S. Q. B. S. M.

II. Carta del señor don Antonio Ferrer y Feliú

ARTÍCULO PUBLICADO EN EL PERIÓDICO *LA PRENSA*
EL 8 DE DICIEMBRE DE 1865, POR EL CORRESPONSAL
EN BARCELONA DON ANTONIO FERRER Y FELIÚ²

Por más que corra el riesgo de ofender la modestia del distinguido catedrático señor don Felipe Poey, no puedo menos de consignar la

¹ Alude al discurso de 1856.

² Alude al discurso de 1864.

grata emoción que he sentido al leer las páginas de *La Prensa* que en los días 4, 5, 6 y 7 de octubre último, insertan el bellissimo discurso inaugural que dicho señor pronunció en la solemne apertura del curso del año académico de 1864 a 1865. Este trozo de literatura, tan lleno de erudición como bello en las formas y rico en las citas, es además elegante y castizo; la Universidad de La Habana puede envanecerse de tener a su frente hombres de ciencias y patricios ilustres, que como el señor Poey han consagrado su larga vida en generalizar y esparcir por do quiera el fruto de su estudio y los destellos de su reconocido talento. Sencillo unas veces, elevado en otras, florido en el lenguaje y siempre al alcance de todas las inteligencias, es el citado discurso inaugural una verdadera enciclopedia útil a toda clase de personas. Lo he dado a leer a uno de nuestros hombres que más se distinguen por sus trabajos literarios, y su parecer ha sido altamente favorable al trabajo del señor Poey. Reciba, pues, dicho señor el parabién que desde este lado de los mares le tributamos los que, admiradores de su talento, felicitamos de corazón al país que se honra con tales hijos. El discurso del señor Poey quedará guardado como un documento notable entre la literatura contemporánea más apreciable: a falta del opúsculo publicado en esa, yo guardaré cuidadosamente las páginas de *La Prensa* que me lo han dado a conocer.

VERSOS



Égloga a Silvia

I

Ven a mis soledades, Silvia bella;
Acompaña a tu amante
En medio de estos árboles tranquilos,
Donde ya tantas veces ha soñado
Su loca fantasía
Que contigo sus sombras recorría.

Mi voz te llama ansiosa en los collados,
Y a mi voz no respondes:
En el llano te busco vanamente;
Por todas partes solitario vago
Pensando en tu hermosura,
Lejos de ti, privado de ventura.

Con tu ausencia las flores se marchitan.
Los bueyes afligidos
Desdeñan el cogollo de las cañas;
Ya pierde su color el verde prado;
El sol pierde su brillo
Y olvida su cantar el pajarillo.

Mas todo mudará si nuestros campos
Huellas con pie ligero
Y respiras el aire que respiro;
Bañando el suelo con sus rayos de oro
Se alzaré el nuevo día,
Y el viento cobrará más armonía.

Las selvas brindarán con su frescura;
 La tierra agradecida
 Su alfombra cubrirá de vivas flores,
 Y entre sus bellos pétalos hambrienta,
 La abeja diligente
 Pastará susurrando blandamente.

Saltando y recogiendo las malezas,
 Dulcemente piando
 Las avecillas volarán gozosas;
 Y entre tanto en el bosque solitario
 Los tiernos ruisseños
 Cantando llamarán a sus amores.

Las voces de los dulces pajarillos,
 La verdura del prado,
 Los árboles amenos y frondosos,
 El cielo claro, el aire fresco y puro,
 Las aguas y los vientos
 Inclinan a los tiernos pensamientos.

Ven a mis soledades, dulce amada,
 Bebe con el rocío
 La dicha y la salud que el campo ofrece;
 Ven a ensanchar el pecho enamorado:
 El amor te convida
 Y las flores esperan tu venida.

El campo es la morada de los dioses:
 Grato el campo al amante,
 Como cernida lluvia al verde llano,
 Como pasto reciente al ganadillo:
 El Dios de los amores
 En el campo prodiga sus favores.

Ven, pues, a contemplar estos prodigios,
 Respira la frescura
 Y perfume apacible de la selva;
 Mírala florecer bajo tus plantas,
 Mira la mariposa
 En tus labios buscando miel sabrosa.

Sube por esta loma a la glorieta
 Cubierta de limones
 Que al aire dan su ambiente embalsamado:
 Mira como se allana hacia la vega
 El lejano horizonte,
 Mira el mar por allí, por aquí el monte.

Mira cómo contrasta el verde claro
 De los cañaverales
 Con aquel bosque umbrío que le sigue;
 Más lejana, la vista se recrea
 Sobre un campo amarillo
 De espeso y dilatado romerillo.

Descansa ya: recinto acomodado
 De fresca sombra lleno
 El tronco de esta ceiba nos presenta;
 Desde allí podrás ver entretenida
 Los pájaros volando
 Y el ternero en la hierba retozando.

La chicharra molesta, en los calores
 Suspende su chillido
 Para escuchar tu voz melosa y blanda,
 Que interrumpe con grito escandaloso,
 En la palma empinada,
 La cotorra jugando con su amada.

Con pico de marfil el carpintero
 Bate los huecos troncos
 Que resuenan con fuerza en la montaña;
 Alza desde la cima de un dagame
 Su canto prolongado
 El arriero en las ramas encumbrado.

Y mientras que los mayos, sin clemencia
 Destrozan las naranjas,
 La tojosita brinca por el suelo,
 El sinsonte se mece en la arboleda,
 Y entre los matorrales
 Se distingue la voz de los zorzales.

Si quieres refrescar tu boca ardiente
 Con frutas sazonadas,
 Tendrás naranjas dulces que te agraden,
 Y cañas, y guanábanas, y piñas,
 Y cocos delicados,
 Que abundantes producen estos prados.

Las vacas no darán la leche pura,
 Y servirá de mesa
 Un sitio de alta hierba revestido,
 Que adornarán jazmines y claveles,
 Y púdicas mimosas,
 Y mirtos y guayabas olorosas.

Después te buscaré lugar repuesto,
 De sombra rodeado
 Donde Favonio reine mansamente;
 Donde más descansada y solitaria,
 Puedas pasar la siesta
 Mejor que en esta plácida floresta.

Y donde no te alcancen los rigores
 Del sol de mediodía
 Sobre nuestras cabezas encendido;
 Y donde sin cesar de contemplarte,
 Mano a mano contigo,
 Te escuche y te converse sin testigo.

Pasaremos las horas silenciosas
 En el valle escondido
 De corpulentos plátanos sembrado;
 Y las cepas caídas por el suelo,
 Y las hojas y las flores
 Nos darán blando lecho en los calores.

Ya verás este abrigo deleitoso
 A tu amor consagrado
 Do nunca ha penetrado el sol ardiente:
 De una parte, cerrando sus linderos,
 La caña dulce crece
 En que silbando el céfiro se mece;

Y de otra, le circunda un breve río,
 A veces dividiendo
 Con paso desigual y tortuoso
 Este asilo ignorado de ventura,
 De paz y de delicias
 Donde te aguarda amor con sus caricias.

A veces perezoso se detiene
 En remanso apacible,
 Retratando los árboles y el cielo
 Y las flores galanas que alimenta;
 Otras veces se irrita
 Y en cascada sus aguas precipita.

Aquí sobre el cristal del agua pura,
 Como un espejo limpio
 Podrás mirar tu rostro soberano;
 Allí podrás bañar tu cuerpo bello
 Que el aura placentera
 Enjugará al salir de la ribera.

Si amor piadoso entonces me llevara
 A la margen florida...
 Mas ¡Tente, pensamiento temerario!
 No mancilles insano la pureza
 De mi dicha presente,
 Dicha de amar, amado de mi ausente.

Salgamos de este sitio a la llanura
 Que antes fue monte espeso
 Y es hoy pasto sabroso a las manadas;
 Allí donde florece con asombro
 La piedra en los cercados
 Con aguinaldos blancos y morados.

Una corona he de tejer con ellos,
 Y en tu frente graciosa
 Será triunfo de amor y gloria mía;
 Y de ellos he de hacer una lazada
 Que unirá nuestros cuellos,
 Y nuestros brazos se unirán con ellos.

Guárdate, no te acerques, Silvia mía;
 Tal vez bajo las flores
 El escorpión sañado se adelanta;
 Tal vez peluda araña, entre las piedras,
 Yace agora escondida,
 Con ira osada y de veneno henchida.

Yo cogeré por ti frescas guirnaldas
 Sin tener los asaltos
 De la enroscada sierpe ni de avispas;
 Y cuando te corone con mis flores,
 Sobre mi labio amante
 Darásme el premio de mi fe constante.

Si alguna abeja, en torno revolando,
 Te hiere en algún dedo
 O en los rosados labios, atrevida,
 Mi boca curará tu blanca mano
 Y tu boca amorosa
 Donde pique la abeja maliciosa.

En estos dulces juegos pasaremos
 La tarde presurosa,
 Hasta que el sol se esconda en la espesura:
 Ya de su disco hermoso se repite,
 Esta caña dorada
 De sus últimos rayos alumbrada.

Las aves se recogen a sus nidos,
 Y de ellas la más tierna
 Ha dirigido al sol su adiós postrero;
 Ya su luz ha dejado la alta palma,
 Y brilla solamente
 En los puros albores de tu frente.

1824.

Idilio. El arroyo

Entre árboles espesos y escondidos
 Discurre un arroyuelo
 A quien rama y bejuco entretejidos
 Niegan la luz del cielo.

Según va penetrando en la espesura,
 Los troncos separando,
 Con mayor claridad y más anchura
 Los peces van nadando,

Se reviste de hierbas olorosas
 Su margen floreciente,
 Y sus ondas más puras y copiosas
 Corren más libremente.

Al Bani precipita sus raudales
 Por el bosque sombrío,
 Después que ya regó cañaverales
 Vecinos del gran río.

Sobre el claro verdor de la caña
 Los leves nidos ciñe,
 Y que el sol abrazando la campaña
 De albor pálido tiñe.

Alzan lozanos su rosada frente
 Los güines brilladores,
 Que no temen de sirio el rayo ardiente
 Ni cierzos bramadores.

Ostentan su hermosura y ligereza
 A pesar de los fuegos;
 Inclinan a los vientos la cabeza
 Y provocan sus juegos.

Allí la tierra en su fecundo seno
 Mil insectos presenta,
 Y en aquel corto espacio de terreno
 A todos alimenta.

Unos sacan el jugo almibarado
 Del seno de las flores,
 Y otros muerden un tronco taladrado
 Con diente roedores.

Otros cruzan el aire con presteza,
 Otros pasan con ruido,
 Otros vibran con fuerza y ligereza
 El aguijón temido.

¡Oh, feliz arroyuelo! ¡Cuántas veces
 He pasado en tu orilla
 Las horas de placer que al alma ofreces,
 De gozo y paz sencilla!

¡Cuántas veces entrando en la espesura,
 a tu origen subiendo,
 Se ha llenado mi pecho de dulzura
 Tu margen recorriendo!

¡Cuál me alegraba el curso sosegado
 De tu corriente pura!
 ¡Qué asiento tan suave me has brindado
 En tu fresca verdura!

Desde allí pude ver entretenido
 Las guavinas nadando,
 Entre la arena el camarón hundido
 A su amor aguardando.

De sus repuestas cuevas temeroso
 El cangrejo saliendo,
 Y más suelto después, y más gozoso,
 Por la playa corriendo.

Girando la libélula delgada¹
 Con alas transparentes,
 Depone en el raudal del agua amada
 Sus caros descendientes.

¹ La libélula es un insecto del orden de los neurópteros, vulgarmente llamado caballito de San Vicente.

Ya baña en él su cuerpo caluroso,
 Gira y se posa un rato;
 Y sobre su cristal puro y lustroso
 Contempla su retrato.

Las mariposas vuelan a mi lado,
 Ligeras y festivas
 Y siguen en su curso variado
 Las aguas fugitivas.

¡Salve, campo de Cuba bienhadado,
 Claro sol, limpias fuentes,
 Verde copa del bosque y dulce prado
 A mi vista presentes!

¡Cuánta vida sembró naturaleza
 Por este monte umbrío!
 ¡Cuántos seres, que deben con largueza
 Las aguas de este río!

Entre ellos la inocencia está segura
 Y duerme descuidada;
 Ni escorpión amenaza muerte dura,
 Ni serpiente irritada.

No se ve de las fieras perseguido
 Su reposo alagüeño,
 Ni del tigre feroz el cruel rugido
 Interrumpe su sueño.

¡Arroyuelo mil veces venturoso!
 Tu semblante riente
 Siempre me dio placer, y más dichoso
 Fui siempre en tu corriente.

Y cuando tus orillas recorría,
 Libre de amor de pecho,
 Necesidad de amar no conocía
 Contigo satisfecho.

Después, de una beldad enamorado,
 De ella correspondido,
 Mis pasos a tus aguas he llevado
 Del amor conducido.

He visto más alegre tu verdura,
 Tus aguas más hermosas
 En su lecho correr con más blandura,
 Risueñas y abundosas.

Los arrullos de blandas tortolillas
 Más tiernos parecían;
 Los colores de hermosas avecillas
 Más brillantes lucían.

Oh tú, que en otro tiempo he convidado
 Con este campo ameno,
 Por quien suspiran bosque, fuente y prado
 Y este cielo sereno.

No tardes en colmar con tu llegada,
 El suelo de alegría;
 Gozarás de esta dicha codiciada
 Y de la dicha mía.

Pasaremos el día entretenidos
 En perenne delicia,
 Ensayando mil juegos divertidos
 Ajenos de malicia.

Beberás con tus manos agua pura
 Y beberé contigo;
 Gozaremos sentados la frescura
 Sobre algún tronco amigo.

Y si vemos dos ramos abrazados
 Entre sí estrechamente,
 Tus brazos a mis brazos enlazados
 Se unirán igualmente.

Las aguas, ni ofendidas ni envidiosas,
 Caminarán con ruido,
 Y al son de nuestras voces amorosas
 Mezclarán su sonido.

Despedida de Guanabacoa²

Adiós, villa afortunada,
 Donde a Mirta conocí,
 Donde amarla prometí,
 Donde al nombre de mi amada
 En los troncos escribí.

Adiós, lomas de esmeraldas
 Que con ella recorrí;
 Adiós, flores que le di,
 Adiós, lazos y guirnaldas
 Que a su frente entretejí.

Adiós, calle venturosa
 Donde su hermosura vi,
 Donde sus pasos seguí,
 Donde su boca de rosa
 Me dio con amor el sí.

Oda a Rosina

Salve, Rosina amada,
 Hoy celebro tu día y mis amores.
 Contenta, enamorada,
 Corra tu juventud entre las flores,
 Y en años placenteros
 Goza, goza feliz muchos eneros.

La luz de la mañana
 En tus ojos hermosos resplandece:
 La delicada grana
 Tus cándidas mejillas enrojece;
 La bondad complaciente
 Rebosa en los contornos de tu frente.

Tu boca candorosa
 Respira del amor el blando aliento;
 Tu cabellera airosa
 Halaga dulcemente el fresco viento,

² Canción bellamente puesta en música por el señor Casatmijana.

Que me mezcla atrevido
Al bullicioso coro de Cupido.

¡Oh! ¡Si me fuera dado
A tu lado vivir eternamente!
¡A tu pecho allegado
Estrechamente unir mi pecho ardiente!
¡Partiendo mi ventura
Contigo, y contemplando tu hermosura!

Lo mejor de mi vida
Pasaría sirviéndote oficioso;
Y por siempre querida,
Te daría un imperio poderoso
Sobre este pecho mío
Sujeto enteramente a tu albedrío.

Y si falto algún día
A la fe te juro, dulce amante,
En mi cabeza impía
Caiga un rayo del cielo fulminante;
Nunca pruebe tus lazos
Nunca sienta el favor de tus abrazos.

Mas antes que perjura
Mi boca te prepare un desengaño,
Faltaré la verdura
En los campos de Cuba todo el año,
Y los montes poblados
Enviudarán, de pompa despojados.

De placeres cercada
Vivirás a mi lado venturosa;
De virtudes ornada
En la larga ancianidad serás dichosa,
Sin turbar tu conciencia,
Sin temer de la suerte la inclemencia.

Y cuando ya cansada
Nuestra vida sucumba a los rigores
De la Parca irritada,
Dando fin a los plácidos amores,
Contenta de tu vida,
Dulce llanto darás por despedida.

Letrilla a Luz B.

La luz que derramas
 Mi pecho encendió;
 Es luz más hermosa,
 Más rubia que el sol.
 Y ya que eres bella
 Como un Serafín,
 Rubia, la mi rubia,
 Duélete de mí.

La modesta luna,
 Si presente estás,
 Enciende en tu rostro
 Su puro brillar.
 Sin ti vi la luna
 Y a oscuras me vi.
 Rubia, la mi rubia,
 Duélete de mí.

Con redes que formas
 De tus rubias trenzas
 No hay alma tan firme
 Que por fin no venzas.
 Yo quedé prendido
 Y vencido fui.
 Rubia, la mi rubia,
 Duélete de mí.

Pensamientos vanos
 Me roban el tiempo;
 Las horas perdidas
 Vanse como el viento,
 Y siempre me dejan
 Delirando en ti.
 Rubia, la mi rubia,
 Duélete de mí.

Para quien te adora
 Muéstrame sensible,
 O dirán que tienes
 Corazón de tigre;
 Dirán que te agrada

El verme gemir,
 Y amor ofendido
 Vengarás en ti.
 Rubia, la mi rubia,
 Duélete de mí.

1824.

Redondillas

Con tus ojos arqueados,
 Cuando los alzas del suelo,
 Pareces un serafín
 Que platica con el cielo.

Ojos lindos, ojos bellos
 Que amor contemplando está,
 ¿Quién no los adorará
 Si yo me pierdo por ellos?

En ellos tierras y cielos
 Retratas, dueño querido;
 Y una vez yo vi escondido
 Mi retrato en tus ojuelos.

Con gracia miraste a mí
 Y bebí en ellos la vida;
 Nunca fuiste tan querida
 Que cuando miraste así.

Si quieres ser generosa,
 A par de que eres amada,
 Corresponde a mi mirada
 Con tu mirada graciosa.

Ojos que tenéis ardor
 Y a quien sobra la hermosura,
 Así tendréis la ternura
 Que apetece el amador.

Así diré que adornáis
 Al más compasivo dueño;

Que a nadie miréis con ceño,
Que a mí tiernos me miráis.

Si mirando me enveneno,
No te duela mi imprudencia,
Porque miro con conciencia
De que en ellos hay veneno.

Al que muere por su gusto
Está de más el vivir;
Así, déjame morir
Y no me mires con susto.³

1824.

A la Puerta del Arsenal

Muralla del Arsenal,
¡Cuántas veces por mi mal
Dejaste tu puerta abierta!
Y cuántas veces también
Dejaste para mi bien
¡Abierta toda tu puerta!

A ti confiaba mis penas,
Mis esperanzas amenas
Y mi fervoroso ardor;
Y tu sombra bendecía,
Porque tu sombra cubría
Un pensamiento de amor.

Amo la noche callada,
Amo la estrella inclinada
Sobre un misterioso umbral:
Déjame pasar el quicio
De la virtud y del vicio
Do luchan el bien y el mal.

³ ¡Qué bobos son los enamorados! (Nota del autor a los 88 años.)

A Mirta

Por un valle profundo y silencioso,
Sobre un lecho de piedras inclemente;
Encaminando al mar su fiel corriente
Cruza el Bani tranquilo y caudaloso.

En vasto anfiteatro se alza airoso
Un momento dilatado y eminente,
Que ostenta con soberbia su ancha frente
Donde el Céfito muere quejumbroso.

Se escucha del caimán el movimiento,
Nadando por el agua sosegada
Que la garza atraviesa por el viento.

En esta soledad grande y callada,
¡Mirta amada! Exclamé con fuerte aliento,
Y respondiome el eco: ¡Mirta amada!

SONETOS



A Panchita en el baile

Te vi, te vi, con grato arrobamiento
Mecerte al son de notas armoniosas,
Y al compás de tus plantas cadenciosas
Gozosa herir el firme pavimento.

Absorto en ti, te contemplaba atento:
Ibas girando en insensibles losas;
Pero sentí tus huellas silenciosas
Del corazón en el profundo asiento.

Tu cuerpo sin esfuerzo al cielo alzabas,
Tu cuerpo al suelo blando remitías,
La cabeza flexible al aire dabas.

Con plácido semblante sonreías,
Con donaire gentil te desplegabas
Y la reina del baile parecías.

El suspiro

Huye del claro sol la llama ardiente
El pajarillo oculto en la enramada,
Y a su dulce trinar, de amor guiada,
Llega su compañera diligente.

A los brazos del árbol eminente
Sube la bejuquera enamorada,
Y allí tiene su nido con su amada
La tórtola que arrulla mansamente.

Llama a su par el ruiseñor quejoso,
 Y a los ecos envía suspirando
 De su garganta el canto melodioso.
 Todos sienten de amor el fuego blando,
 Todos aman, y yo, menos dichoso,
 Sin voz ni amor suspiraré callando.

Un nada¹

Un nada me prodiga tu belleza,
 Con nada pagas mi amistad rendida,
 Un nada recompensa mi firmeza,
 Un nada la mitad es de mi vida.

Busquen otros la pompa y la riqueza,
 Busquen placer en juventud perdida,
 Corran en pos del mando y la grandeza,
 Exalten bien su dicha arrepentida.

Todo el placer que el mundo a los mortales
 Brinda riendo en copa emponzoñada,
 Todo el honor que el alma degradada.

Mendiga humilde al pie de sus iguales,
 No valen la dulzura de mis males,
 No alcanzan al favor de mi mirada.

Luchar y vencer

Abre tus ojos al llanto,
 Que empiezas a ser mujer.
 (Angela Grassi)

Severa la ley del pudor,
 Perdona si combatida

¹ Esta composición lleva en los cuartetos la rima cruzada, a imitación de Boileau, célebre satírico, que escribió el *Arte poético*; su ejemplo no es de imitar, y debe ser considerado como un delito de lesa nacionalidad en el parnaso español. Perdona la inadvertencia, benigno lector; en recompensa te diré, para que te corrijas, que muchos te llaman maligno.

Por borrascas de la vida,
Lucho mal con el amor;
Si cultivando una flor
Que el mundo llama su encanto,
Siento en el alma un quebranto
Cuando más pura florece:
Entre mis suspiros crece
Y la riego con mi llanto.

SEGUIDILLAS



A Elena

Dichoso el que te ama,
Y más dichoso
Si mereció un suspiro
De ti amoroso.

¡Ay! no te asombre
Que todos mis suspiros
Digan tu nombre.

A otra

Tan amable es tu no,
graciosa niña,
que cada vez que niegas,
creo que afirmas.

Afirma luego,
o si no, con tu risa,
niega, te ruego.

A la niña en el día de su santo

Guarda el jarro para ti,
Y aspírame en estas flores;
Siembra rosas, siembra amores,
Guarda algunos para mí.

DÉCIMAS



Amistad y amor

Si amistad se vuelve amor,
Adiós, placer de la vida.
(Antigua canción.)

I

La dicha del corazón
en ti, Guadalupe, estriba;
para ti sola se aviva
mi desmayada afición.
Renuevas dulce ilusión
de mi juventud primera;
y si bien se considera,
soy tronco que reverdece
con tus hojas, y florece
en tu verde primavera.

II

El encanto de mi vida
fuiste tres meses apenas,
cuando en lisonjas amenas
quedaba mi alma dormida.
Y aunque despierta afligida
en solitario quebranto,
siempre que enjugues mi llanto
con delicada amistad,
siempre serás con verdad
de mi vida el dulce encanto.

III

Sí me niego con rigor
El privilegio de amante,
Hallo en tu afecto constante
Un alivio a mi dolor.
Aunque tachada de amor
Te complace mi amistad,
Porqué al pie de tu beldad
Rendido sin darte enojos,
Busco en la luz de tus ojos
Toda mi felicidad.

IV

Toda la felicidad
Que me brindas en la tierra
Solamente ya se encierra
en tu adorada amistad.
Contemplaré tu beldad,
Ya triste, ya venturoso.
Si desdeñas al esposo,
Queda el amigo constante;
Y se despide el amante
Con un suspiro quejoso.

V

Perdió mi alma su fervor,
mi cuerpo su juventud,
me abandona la salud
y me visita el dolor.
Con el fugitivo amor
mis ilusiones se han ido.
¿A mi corazón herido
quién dará felicidad?
Responde, dulce amistad,
dime si todo he perdido.

VI

Rompe el tiempo en su furor
Los soberbios torreones,
Apaga en los corazones
La llama del dulce amor;
Arrebatando, ¡oh dolor!
Mis dichas en este suelo.
Pero en su rápido vuelo
Me ha dejado con piedad
De Corina la amistad
Para mi eterno consuelo.

TRADUCCIONES
ÉGLOGA PRIMERA DE VIRGILIO¹



Títiro y Melibeo

Melibeo

Títiro, tú aquí, reclinado a la sombra de esta tendida haya, ejercitas a tu sabor la agreste cantinela al son del blando caramillo. Nosotros abandonamos los confines de la patria, y sus dulces campos; huyendo vamos a regiones extrañas; mientras que tú, Títiro, muy holgado a la sombra, al fresco viento, envías a los ecos de las selvas el caro nombre de tu Amarilis.

Títiro

¡Oh, Melibeo! Un dios me ha procurado estos solaces; pues para mí siempre un dios ha de ser. Las más veces que pueda bañaré sus aras con la sangre de un cordero, el mejor de mi redil; ya que por su beneficio, vagan libremente mis vacas, como vez, y modular puedo el canto que se me antoje al son de mi rústico rabel.

Melibeo

No me causa envidia tu suerte; antes bien me maravilla, en vista de la turbación que reina en estos campos. Así como me ves, enfermo y dolorido, voy conduciendo, Títiro, mis cabras. Apenas puedo mover el paso de ésta, porque acaba de parir, en medio de densos ave-lanos, dos mellizos, la esperanza del rebaño, los cuales ha dejado sin abrigo, ¡ay de mí! en un duro pedregal. Más de una vez, a no estar ciego yo, pronosticaron este quebranto las encinas heridas del

¹ Virgilio se finge siervo y personifica la Libertad, dios que adoraban los romanos. Obtuvo de Octavio César la gracia de conservar el pequeño territorio que su padre poseía cerca de Mantua, el cual por decreto del Triunvirato debía caer en posesión de los veteranos que lidiaron en la batalla de Filipos.

fuego celestial; y hartas veces desde su hueco tronco lo denunció la siniestra corneja. Mas tú, declárame, pastor, quién es aquese dios que tanto te favorece.

Títiro

Necio yo, Melibeo, pensaba que esa que dicen Roma era una ciudad parecida a la nuestra, do solemos los pastores encaminar la cría destetada. Así discurría cotejando los cachorros con los perros, y los cabritos con sus madres; así comparaba lo humilde con lo excelso. Pero Roma descuella tanto sobre las demás ciudades, como el alto ciprés entre tiernos mimbres.

Melibeo

¿Y qué ocasión tan poderosa te movió a ver a Roma?

Títiro

La Libertad, que tardía me miró con buenos ojos, cuando más ocioso estaba; y vino tras luengo tiempo, cuando ya, al cortarla, la barba cana me caía, después que me acogió Amarilis y de mí huyera Galatea. Pues lo confieso, mientras estuve en poder de Galatea, ni tenía esperanzas de libertad, ni cuidaba del peculio. Aunque llevé de mis apriscos a nuestra villa ingrata muchas víctimas para los sacrificios, y buenos quesos mantecosos, nunca se rindió mi diestra al peso del dinero que traía.

Melibeo

Ya veo por qué Amarilis, con voz doliente, invocaba a los dioses, y dejaba perder en los árboles las manzanas. Títiro ausente estaba: por Títiro suspiraban estos pinos, por Títiro estas fuentes, estos arbustos.

Títiro

¡Qué puedo hacer! Ni podía salir de servidumbre, ni conocer a dioses en otra parte tan propicios. Allí fue donde por primera vez vi a aquel mancebo, en cuya honra un día cada mes humean nuestros altares. Allí me dio benigneamente esta respuesta: “Ea, mozos, apacentad las vacas, como antaño; acostumbrad al yugo los novillos”.

Melibeo

Así, pues, venturoso anciano, conservarás tus campos, y te bastarán sin duda; bien que cubiertos por todas partes de peladas guijas y juncos

cenagosos. Las ovejas preñadas no recibirán daño de los pastos des-acostumbrados, ni de los males contagiosos de la vecina grey. ¡Anciano venturoso! Aquí cogerás los aires sombríos y frescos entre las corrientes de los nativos ríos, y junto a las fuentes consagradas a los dioses. Allí te adormirás bajo los sauces del cercado vecino, convidado con el leve susurro de las abejas sicilianas que buscan el sustento entre las flores. Aquí el perdedor, al pie de una alta peña, esparcirá al viento sus cantares. Entre tanto, oirás el ronco acento de tus amadas palomas, que no cesarán de arrullar; suspirando tus penas; y repetirá su queja la tortolilla encumbrada en alto olmo.

Títiro

Así es que primero los presurosos ciervos pacerán en el aire y los mares, denegando a los peces sus manidas, los echarán en la arena; o bien, expatriados de sus confines, aplacará el Parto su sed en las aguas de Araris, y el germano en las del Tigris, antes que salga su imagen de mi pecho.

Melibeo

Mas nosotros andaremos errantes; los unos por los áridos desiertos del África, los otros por las regiones de la Escitia; algunos seguirán el curso del rápido Oaxes de Creta, otros irán a parar a los Britanos, totalmente separados del orbe. ¡Y no me será dado, después de largo tiempo, volviendo a ver los campos de mi patria, y el césped que corona mi pobre albergue, el contemplar los que fueron reinos míos cubiertos de leves y floridas espigas! ¿Del cruel soldado serán estas aradas? ¡De un bárbaro estas cultivadas mieses! —Ved a qué punto os trajo la discordia, míseros ciudadanos. Ved para quién aramos y sembramos nuestros campos. Cuida con esto, Melibeo, de injertar tus perales, y planta a cordel las viñas. Andad, cabrillas mías, en otro tiempo ganado dichoso, andad; que ya de aquí en adelante, tendido yo en la verde cueva, cual solía, no me deleitaré mirándoos desde lejos colgadas de los riscos espinosos, ni entonaré cantares, ni siendo yo vuestro pastor, cabrillas mías, paceréis el florido cantueso ni los sauces amargos.

Títiro

Puedes con todo aquí conmigo descansar aquesta noche en la verde enramada. Tengo manzanas maduras, castañas cocidas y queso en abundancia: fuera de que ya es tarde, pues a lo lejos se divisa el humo de las alquerías, y de los montes altos caen las sombras, que más crecidas se tienden por la llanura.

EPISODIO DE ARISTEO



EN EL CUAL SE HALLA CONTENIDO EL SUCESO TRÁGICO DE
ORFEO Y EURIDICE; SACADO DEL LIBRO IV DE LAS
GEÓRGICAS DE VIRGILIO¹

El pastor Aristeo, fugitivo de los Tempes de Tesalia, consumidas (como es fama) sus abejas de enfermedad y de hambre, malancólico se detuvo al sagrado nacimiento del río Peneo; y quejándose una y muchas veces, dio a su madre este lamento: “Madre mía Cirene, que ocupas los profundos manantiales de esta corriente, ¿para qué me hiciste nacer de la ilustre prosapia de los dioses, si como lo proclamas, Apolo Timbreo es mi padre? ¿Adónde es ido el amor que me tenías? ¿Por qué me dabas esperanzas de que me había de asentar entre los dioses? Mira, al contrario, cómo pierdo el único consuelo de mi vida mortal, adquirido a duras fuerzas con los productos del campo y del ganado. ¿Y eres tú mi madre? Acaba de una vez con todo, y destruye con tu propia mano las dichosas selvas, arroja al fuego enemigo a mis majadas, destruye mis cosechas, quema mis sembrados y apareja la robusta hacha contra las viñas, si tanto te ofende mi prosperidad”.

Oyó la madre estas voces lamentables desde el asiento del profundo río, donde en su compañía estaban hilando muchas ninfas los preciosos vellones de Mileto teñidos de azul y verde. Estas eran Drimo y Xanto y Ligea y Filodoce, destrenzados sus dorados cabellos y las bellas espaldas por ellos cobijadas; y Nesea y Espio y Talía y Cimódoce; y también Cidipe y la rubia Lícoris, núbil aquella, y la otra recién estrenada en el duro trance de Lucina; y Clío, y su hermana Béroe, ambas hijas del Océano, vestidas de oro y matizadas pieles; Efire y Opis y Deyopea de Asia; y finalmente Aretusa la cazadora, aunque a la ocasión sin aljaba y sin saetas. Entre ellas Climene cantaba los sobresaltos de Vulcano, los ardidés de Marte y sus dulces hurtos, y los continuos amores de los dioses encubiertos por las nubes.

¹ Me he aprovechado grandamente de la traducción que escribió en prosa el maestro fray Luis de León. Me he auxiliado también del trabajo de don Eugenio Ochoa.

Mientras que, embelesadas con estos cantares, revolvían las ninfas en sus husos los blancos copos, por segunda vez el llanto de Aristeo tocó los oídos de la madre, y todas se pasmaron en sus cristalinos asientos. Pero Aretusa, más diligente que las otras sus compañeras, sacó la rubia cabeza fuera de las aguas, y mirando de lejos, exclamó: “Oh hermana Cirene, no sin causa te conmueve el lamento de tu querido Aristeo; que el triste está llorando en la orilla de nuestro padre Peneo, y esparciendo al viento sus quejas, con tu propio nombre te apellida cruel”.

La madre, sobrecogida de secreto espanto, dice: “Anda, tráelo; tráelo, te digo, aquí donde nosotros estamos; pues es digno de pisar los divinos umbrales. Al mismo tiempo manda a la corriente que se haga a un lado, y dé paso franco al mancebo”. Detúvose la onda a manera de un monte, y formando una bóveda sobre su cabeza, lo recibió en su hondo seno. Ya se adelantaba, contemplando con admiración el húmedo reino de su madre y sus palacios cristalinos, los lagos encerrados en sus cavernas, los bosques silbadores, el golpe temeroso de las aguas, y los ríos famosos que bañan la dilatada tierra, todos diversos de nacimiento: el Faso, el Lico y la cabecera donde toma su primer ímpetu Enipeo; la fuente do nace el padre Tíber; y aquellas donde toman su origen el corriente Anio, el ruidoso Hispano de pedregoso lecho, el Cáico de Misia, el Erídano, cuyas arenas son de oro, y se divide en dos brazos a manera de toro de dos cuernos, el más violento de los ríos que llevan su corriente al mar Adriático por medio de los fértiles sembrados.

Cirene lo recibió en su aposento labrado en piedra, y se enteró del llanto sin fundamento de su hijo. Luego le dieron agua a mano sus compañeras y paños finos para enjuagarlas; y poniendo las mesas, unas las cargan de manjares y llenan las copas hasta arriba; otras quemán en los altares los inciensos de Arabia. La madre dice entonces a su hijo: “Toma estos vasos de vino meonio y hagamos libaciones al Dios del mar”. Al mismo tiempo dirige sus plegarias a Océano, padre de todas las cosas, y a cien ninfas, sus compañeras que guardan las florestas, y a otros ciento que imperan en los ríos. Tres veces roció el ardiente fuego con el precioso néctar, y tres veces temblando la llama resplandeció en la alta techumbre. Confortado su ánimo con aquel presagio, comenzó a hablar de esta manera:

“En los abismos del mar Carpacio tiene su habitación el cerúleo adivino Proteo; el cual recorre el inmenso piélagos en un carro tirado por caballos bípedos y acompañado de peces monstruosos. Éste visita ahora los puertos de Tesalia y su patria Palene. Todas nosotras le hacemos acatamiento, y juntamente el venerable Nereo; porque nada se oculta a su penetración, conociendo las cosas que son, las que han sido y las que han de suceder. Así plugo a Neptuno, cuyos desmesurados becerros y torpes focas apacienta en los profundos. Éste, hijo, te conviene lo primero aprisionar, para que te declare la causa de la enfermedad y te dé

el remedio: porque si no lo apremias con la fuerza, no esperes que pronuncie sus oráculos, ni le moverás con ruegos: aprésalo, pues, y tenlo atado hasta que den en vacío todas sus artes. Yo mismo, cuando el sol hubiere enardecido los calores del mediodía, cuando las hierbas sedientas se marchiten, y es grata la sombra al ganado, te llevaré a los retraimientos del viejo, donde cansado de lidiar con las ondas, se recoge a dormir la siesta: con lo cual fácilmente lo podrás acometer. Y te advierto que cuando lo tengas bien sujeto con tus manos y ataduras, procurará burlarte trocándose en varias formas y figuras de fieras; pues lo verás hecho un horrendo jabalí, luego un tigre espantoso o un escamoso dragón, o leona de rubia cerviz; o se alzaré convertido en llama estrepitosa, o se te irá escurriendo en sutiles aguas. Pero cuanto más se ofrece en multiplicar sus formas, tanto más, hijo mío, estrecha las prisiones, hasta que vuelto a su primitivo aspecto, lo vieres cual estaba cuando cerraba sus ojos al sueño”.

Dice, y esparciendo un líquido olor de ambrosía, baña con él todo el cuerpo de su hijo; y el aura enjuga sus peinados cabellos, y por sus miembros circula un nuevo vigor que le habilita para todo.

Hay al pie de un monte carcomido una espaciosa caverna, donde con el viento se acumulan las olas y se dividen en estrechos remansos; puerto segurísimo más de una vez para los marineros en peligro. Allí dentro se refugia Proteo al abrigo de un gran peñasco: no lejos esconde la ninfa al mancebo en un lugar apartado de la luz; y ella misma, envuelta en nieblas, se detiene a mayor distancia.

Ya Sirio precipitado abrazaba a los sedientos indios; el sol, en la mitad de su carrera, consumía el orbe;² secábanse las hierbas, y el fondo cenagoso de los hondos ríos hervía calentado por los rayos solares, cuando Proteo salió del mar en busca de la cueva acostumbrada: los habitantes de la líquida llanura, regocijándose en su contorno, dispersan a lo lejos la espuma amarga. Las focas se echan a dormir sin orden en diversos lugares de la playa. Él mismo se sentó en medio de una peña y contó su ganado, como pudiera hacerlo el pastor en los collados, cuando saliendo la estrella de la tarde, vuelve a casa sus ovejas bien repastadas, y los lobos hambrientos, al balar de los corderos, aguzan sus colmillos.

Aprovechando entonces Aristeo la ocasión, sin consentir que el viejo diese apenas descanso a sus miembros fatigados, cierra con él con gran clamor, y acostado lo asegura con maniotas. Mas él, no olvidado de sus antiguas mañas, se transforma en todo linaje de cosas: ya en fuego, ya en fieras espantosas, ya en río corriente. Al fin, viendo que ninguno de

² Felizmente ha traducido Delille el verbo latino *hauserat*: Deja l'ardent midi, dessechant les ruisseaux,/ Jusqu'au fond de leur lit avait pompé leurs eaux.

sus engaños le vale para la fuga, se da por vencido, y con su natural semblante, dice así: “¿No me dirás tú, ¡oh! el más temerario de los mancebos, quién te dio osadía para venir a nuestras casas? ¿O qué es esto que pretendes de mí?” —“Tú lo sabes, Proteo, respondió el mancebo; tú bien lo sabes, pues no hay nadie que te pueda engañar: cesa, pues, de preguntarme. He venido aquí siguiendo los preceptos de los dioses, a pedirte oráculos para reparar las cosas ya perdidas”. Entonces el vate revolvió sus ojos encendidos en verdinegra luz, crujieron sus dientes con gran fuerza, y al fin dieron paso a estas proféticas palabras:

“Una divinidad irritada te persigue, y llevas las penas de un delito involuntario. El desdichado Orfeo, si los hados no lo resisten, te suscita este daño, y cruelmente se embravece por la pérdida violenta de su esposa. Por cuanto ella incauta, huyendo de tu persecución, iba a todo correr por la orilla del río, y no advirtió que oculta en la alta hierba estaba la hidra horrible que guardaba aquellas riberas, y había de ser causa de su muerte. Por esto el coro de las dríades, sus compañeras, llenaron de lamentos sus altos montes: llorándola las cumbres del Ródope, y el descollado Pangeo, y la tierra marcial de Reso, y los Getas, y el río Hebro, y la ateniense Orithia. Mas el propio Orfeo, buscando en la lira un consuelo a su melancólico amor, a ti dirigía sus cantares, oh cara esposa, hablando a solas consigo en la ribera; a ti, desde la mañana hasta la noche; a ti, de la noche a la mañana.³

Entróse, pues, por las bocas del promontorio Ténaro, altas puertas de Plutón, y en el bosque invadido de un tenebroso horror; presentóse a los Manes, y al Rey tremendo, y a los corazones que no se ablandan con los ruegos humanos. Movidas con el canto de sus hondos asientos, se acercaban los fantasmas del Erebo, y las almas desnudas de los mortales que vagan en medio de perpetuas tinieblas. Salieron iguales en número a los millares de aves que se esconden en las selvas, cuando la tarde y la tempestad del invierno las ahuyenta de los elevados cerros; caminaban amontonados las madres y los esposos, y los cuerpos exánimes de los ínclitos varones, niños y doncellas, y los mancebos quemados funeralmente a vista de sus padres. A todos los rodea y ciñe el negro cieno y los cañaverales diformes del Cocito, y el lago aborrecible que apenas se mueve, y la laguna Estigia que nueve veces girando los encierra. Pasmáronse las moradas tartáricas y los abismos del Leteo, y las Euménidas que trazan sus cabelleras con silbadoras sierpes; Cerbero, la triple boca abierta, suspende su ladrido; y la rueda de Ixión queda sin movimiento.

³ *Te viviente die, te decedente canebat.* La breve expresión de la lengua latina será siempre la desesperación de los traductores.

Ya se volvía Orfeo, vencido estos peligros, y Eurídice restituida a su amor iba a entrar en la luz clara, siguiendo los pasos de su esposo, conforme a la condición impuesta por Proserpina cuando un arrebatado apasionado se apoderó del incauto amante; bien, digno por cierto del perdón, si perdonar supieran los espíritus infernales. Detúvose olvidado, cuando ya iba a salir del tenebroso imperio, y vencido del amor, volvió los ojos a la carísima prenda. Entonces perdió el fruto de todos sus trabajos; y roto el pacto que había hecho con el inflexible tirano, se levantó un clamor que sonó tres veces en los lagos del Averno.

“Orfeo mío, dijo ella, ¿quién me ha perdido, desdichada, y a ti conmigo?, ¿qué delirante amor ha sido el tuyo? Ahora vuelvo al reino del espanto, y un sueño eterno oscurece mis ojos bañados en lágrimas. Adiós, querido esposo; arrebatada me siento por los crueles hados; y apenas puedo levantar a ti, pero ¡ay! sin ser tuya, mis palmas desvalidas”. Dijo, y al punto se le desapareció como el humo que se pierde en el aire, dejándolo con las palabras en la boca y tentado asir su sombra fugitiva. No la volvió más a ver; ni el barquero del Orco consintió que otra vez pasase el mancebo la opuesta laguna. ¿Qué hará? ¿Adónde se irá, sin su consorte que por dos veces le fue quitada violentamente? ¿Qué llanto, qué plegaria podría vencer a los inexorables númenes? Ella, ya muerta, navegaba por la barca infernal.

Es fama que lloró siete meses enteros al pie de una alta peña cabe el yerno Estrimón; y que moviendo las piedras con su lira, amansando los tigres y llevando tras sí las selvas, derramó su acento por los peñascos fríos. No de otra suerte la doliente Filomena, entre las ramas de un álamo, clama por sus perdidos hijuelos, que implumes acechó y robó del nido un despiadado labrador: llora ella toda la noche, y posada en un ramo, entona una sentida lamentación que resuena en torno de los ecos solitarios.⁴

Así al mísero Orfeo no hay mujer, por hermosa que sea, que le parezca bien; ni se inclina a otro himeneo. Solo con su dolor, se anda por los hielos hiperbóreos, y por las orillas heladas del río Tanais, y por los campos del Rifeo, que nunca enviudan de los desposorios que celebraron con las nieves. Allí lamenta su arrebatada Eurídice; y maldice las dádivas insidiosas de Plutón. Picadas de este menosprecio las mujeres de los pueblos Cicones, dieron muerte al mancebo; y dividiéndolo en pedazos, esparcieron sus miembros por los campos. Esto fue a tiempo que se hacían unos sacrificios a los dioses y en medio de las nocturnas orgías de Baco. Entonces, como el río Hebro, que corre por las tierras de Eagro, revolviese en medio de su corriente la cabeza arrancada del alabastrino cuello, la voz y la lengua ya helada clamaban al despedirse

⁴ Las últimas palabras son de Jovellanos.

el alma: “Eurídice, ¡ay! desdichada Eurídice!” y las riberas del río por todas partes repetían “¡Eurídice!”

Así habló Proteo, y de un salto se arrojó al alto mar, formando al caer un remolino espumoso. Tembló Aristeo, mas no temió su madre Cirene, quién habló de esta manera: “Oh hijo, conviene que despidas de tu ánimo los tristes cuidados: ya sabes la causa de la peste que te aflige. Por eso las ninfas que en compañía de Eurídice animaban con sus danzas los montes encumbrados, enviaron la miserable destrucción a las abejas. Tú, humilde, ofrece sacrificios a las indulgentes Napcas, pidiéndoles perdón, para que se aplaquen y depongan sus iras. Pero antes te diré por su orden las ceremonias que has de practicar. Elige cuatro toros, los más gordos y los más lúcidos de los que en provecho tuyo pacen la verde cabellera del monte Liceo, y otras tantas becerras que aún no han sujetado su cuello a la coyunda. Construye en los elevados templos de las ninfas cuatro altares, saca de la garganta de las víctimas la sagrada sangre, y deja los cuerpos en el bosque frondoso. Luego, cuando la novena aurora ostente sus resplandores, ofrecerás en los funerales de Orfeo adormideras que causan olvido, y desarmarás a Eurídice con el sacrificio de una oveja negra; sacrificarás también una becerra; después de lo cual volverás al bosque”.

Sin más tardanza puso Aristeo en práctica los preceptos de su madre: levanta los altares que le habían dicho, lleva cuatro toros próceres de cuerpo y muy hermosos, y otras tantas becerras que nunca habían doblado la cerviz al yugo; y al amanecer del noveno día has los sacrificios, y vuelve a la selva.

Entonces fueron sus ojos testigos de un prodigio admirable, que no se puede declarar con palabras. Las abejas andan susurrando por todo el vientre y por las entrañas ya corrompidas de los bueyes, y salen a borbotones por las costillas descarnadas; andan enjambres muy crecidos, júntanse arracimadas en las flexibles ramas, y quedan colgadas como si fueran uvas.

TRADUCCIÓN DE HORACIO¹



LIBRO PRIMERO. ODA SEGUNDA

Harto tiempo lanzó el padre de los dioses sobre la tierra las tristes nieves y el duro granizo; y con su diestra fulminante hirió los sagrados alcázares, imponiendo pavor en los ánimos.

Su ira hace temer a las naciones la renovación del siglo prodigioso, en que Pirra vio a Proteo conduciendo su ganado sobre la cima de los montes.

Y los peces prendidos en las ramas de los olmos, donde antes anidaran las palomas; y los ciervos amedrentados nadando sobre las aguas invasoras.

Ya hemos visto al Tiber, revolviendo sus aguas cenagosas, salir violentamente de la orilla etrusca, para derribar los monumentos de un rey y los templos de Vesta.

Bien que, compadecido de las quejas de Ilia, prometió un restaurador; al paso que, esposo vagabundo y sin consulta de Júpiter, precipitaba sus aguas sobre la opuesta orilla.

Mas ella supo después que los romanos aguzaron contra sí mismo el hierro, mejor empleado en la guerra de los Partos; dejando a la juventud, menguada por el crimen de los padres, la memoria lamentable de nuestras contiendas.

¿A quién acudirán ahora los ciudadanos, en la ruina del imperio? ¿Qué plegaria dirigirán las sacras vírgenes a Vesta, sorda a sus cantares?

¹ Argumentos y notas: en justo castigo de la muerte de Julio César, sobrevinieron muchas calamidades al pueblo romano. Cífrase la única esperanza del imperio en la vida y conservación de Augusto.

El monumento de un Rey, alude al rey Numa Pompilio. Ilia era madre de Rómulo y mujer de Tiber. Sin consulta de Júpiter; quiere decir llevándolo a mal Júpiter; por dejar a Octavio sólo la gloria de vengar la muerte de César. La juventud se hallaba disminuida por las guerras civiles. Venus era llamada Erycina, por el monte Eryx, en donde era venerada. El hijo de Maya es Mercurio.

¿A quién quedará por Jove encomendada la expiación del delito?
¡Ven y cede a nuestras súplicas, tú que llevas los blancos hombros cubiertos con una nube, augurio Apolo!

O bien tú, plácida Erycina, a quien acompañar los juegos y los amores. Y tú, Marte, padre de un linaje que desdeñas, ¡no apartes tu vista de tu posteridad!

Tú me complaces en el clamor de la guerra, en el resplandor de las armas, en el semblante amenazador del Marso contra el enemigo ensangrentado, pon un término a estos dilatados entretenimientos.

Hijo alado de la amable Maya, ¿acaso has revestido la semejanza de un joven héroe, y consientes en ser llamado el vengador de César?

No vuelvas tan pronto al Olimpo, queda para consuelo del pueblo romano. No te enojés por nuestros vicios, y no te retires en alas de los vientos.

Más bien gózate en nuestros triunfos, acepta los nombres de Padre y de Príncipe, y no consientas que los Medos cabalguen impunemente, siendo tú nuestro caudillo, o César.

VIAJE DE VIRGILIO TRADUCIDO DE HORACIO¹



LIBRO PRIMERO. ODA TERCERA

Nave, a quien se encomendó Virgilio, así la amable diosa que reposa en Chipre, así los hermanos de la bella Elena, lúcidos astros, y el padre de los vientos te conduzcan, que lo restituyas salvo, te ruego, a las arenas áticas y guardes la mitad del alma mía.

Triple armadura de bronce y robusto pecho tuvo quien entregó primero un frágil leño al piélagos sañudo. Ni temió al Austro altivo desatado contra el fiero Aquilón, ni a las lluviosas Hyadas, ni la furia del Noto proceloso, señor del golfo Adriático, bien encrespe sus olas, bien las tenga sosegadas. ¿Qué género de muerte podrá espantar a quien con ojo enjuto vio el mar embravecido, vio los monstruos nadando y los fulminados escollos del Espiro?

En vano Júpiter prudente ciñó las tierras con mares disociables, si sacrílegas barquillas osan al fin salvar las inviolables llanuras. La gente humana, dispuesta a todo, se despeña a la impiedad vedada. El hijo audaz de Japeto hurta el fuego del sol y lo distribuye a las naciones. Tras de este fraude, cargó sobre la tierra la macilenta fiebre y un nuevo escuadrón de males; y la muerte inevitable, antes lenta, llegó con paso presuroso. Dédalo se lanzó a los aires con plumas no dispensadas a la humanidad; Hércules, con temerario aliento, penetró en el Aqueronte. No hay obstáculo para el hombre: en su demencia, acomete al mismo cielo; y por su maldad, no permite que Jove soberano deponga sus iras y rayos justicieros.

¹ Argumento y notas: el autor pide a la nave que lleva Virgilio a Atenas, que lo conduzca sin daño; y en su inquietud, censura el arrojo de los hombres.

La diosa de Chipre es Venus; los hermanos de Elena son Castor y Pólux. Prometeo, hijo de Japeto, hurtó el fuego celestial: inmenso beneficio hecho a la humanidad, por el cual sufrió en el monte Cáucaso la tiranía de Júpiter. Los males que se derramaron por el orbe salieron de la caja de Pandora, cuñada de Prometeo. Los titanes amontonaron Osa sobre Polión para escalar el Olimpo.

EL MOLINERO SANS SOUCI



ESCRITO EN VERSOS FRANCESES, POR ANDRIEUX

El hombre, en sus errores, es un problema extraño. ¿Quién de nosotros permanece constante en sus principios? El carácter más común es no tener carácter: ayer incrédulos, hoy devotos. Así va alzando y bajando, al capricho atmosférico, el líquido metal que en el tubo se encierra. Muy variable es el hombre; y esos malhadados reyes, contra quienes tanto se habla, tienen algunas veces sus cosas buenas. No tengo empacho en decirlo; y en prueba de ello, voy a referir un hecho que les hace mucho honor. Rasgo fue de un héroe, de Federico II, que no obstante ser testa coronada, fue profundo pensador, formidable a los austríacos, envidiado en Versalles, cultivando las bellas artes, cuando daban treguas las batallas, gran rey, buen filósofo y malísimo cristiano.

Quería, pues, construirse un retiro agradable donde, apartado de vanas etiquetas, pudiese no vegetar, beber, batir ciervos; pero sí meditar sobre humanas flaquezas, y sazonando la filosofía con agudos conceptos, cenar con el Marqués de Argens, Voltaire y Lamettrie.

En la cima de un collado escogido por el Príncipe, se alzaba la humilde casa del molinero Sans Souci.¹ El hombre tenía por costumbre pasar el día sin curar de mañana: por do quiera que soplaban el viento le oponía su ala, y contento dormía.

Muy bien acreditado, gracias al carácter de su dueño, el molino había tomado el mismo nombre; y de los villorios cercanos las zagalejas y los zagales iban a Sans Souci para cantar y bailar al compás de sus canciones. ¡Sans Souci! Este nombre halagüeño fue del gusto de los de Epicuro. Federico lo halló conforme a su proyecto; y la denominación de un molino fue aplicada a su palacio.

Pero ¡ay!, en nuestra pobre tierra parece forzoso que dos vecinos estén siempre de duelo. La sed de invadirlo todo y de extender sus

¹ Significa sin cuidados. Se pronuncia *sucí*.

derechos, será siempre el tormento de molineros y reyes. En esta ocasión el Rey tuvo la culpa: codició la humilde heredad de su vecino.

Los planos se habían trazado bellísimos en el papel, donde el pobre molinero del todo se perdía; sin lo cual era preciso sacrificar la mayor vista, estrechar los jardines y afear la entrada.

—Nada vale, porque a nadie pienso venderlo. ¡Bueno es esto! El molino es mío, tan cierto como la Prusia es del Rey. —Vamos, amigo, pocas palabras y cuidado con lo que digas

—¿Quiere usted que me explique? —Habla, pues. —No lo vendo; ya está dicho.

Esta cruda negativa fue referida al Rey con el mayor escándalo. El monarca manda a buscar al indócil molinero; insiste, halaga, ofrece; tiempo perdido: Sans Souci, obstinado: “Oiga usted la razón, señor; no es posible que yo venda mi casa; mi padre en ella expiró; mi hijo allí acaba de nacer Es un Postdam² para mí. Soy franco: ¿no lo es usted? Acabemos: mil ducados, al pie de vuestros discursos, no pudieran conquistarme. No hay que pensar en ello; ya lo dije y lo mantengo”.

Los reyes no están hechos a tantas contrariedades. Federico, por lo pronto altamente irritado, le dijo: ¡Vive Dios! Estás con tu molino bien encalabernado: bueno soy yo en hacerte proposiciones! ¿No sabes que sin pagar puedo alzarme con tu hacienda? Soy el amo. —¡Vos!, ¿quitar-me el molino? Fácil es decirlo: ¡como si no tuviéramos jueces en Berlín!

El Rey, al oír estas palabras, se contuvo. Lisonjera fue la idea que bajo de su reinado hubiera quien creyese en la justicia. Complacido, miró a los cortesanos, y dijo: “Señores, haremos otro plano”; y al vecino: “Amigo, guarda tu molino; me ha hecho gracia tu respuesta”.

El resultado no saliera mejor en una República. Con todo, no hay que fiarse. Este mismo Federico, justo con un molinero, tuvo caprichos de marca mayor. Dígalo aquel día en que invadió la Silesia. Apenas subió al trono, hambriento de laureles, enardecido con la gloria y la ambición, ensangrentó la Europa. Pasatiempos de Príncipes: respetan un molino, roban una provincia.

² Palacio de Federico II

DESTRUCCIÓN DE SENNAQUERIB



POR LORD BYRON¹

Cayó el Asirio sobre Judá, como un lobo en el redil: sus legiones llevaban brocados de púrpura y oro, y sus lanzas resplandecían como las estrellas en el agitado mar de Galilea.

En tanta muchedumbre bajaron sus huestes, que al ponerse el sol eran cual las hojas de la selva, cuando el verano tiende su manto de verdura; al amanecer, semejantes a las hojas secas que arrebató el viento de otoño, yacían sus huestes por tierra, marchitas y dispersas.

Porque el ángel exterminador tendió sus alas por los aires y sopló a la faz del enemigo: los ojos de los soldados dormidos quedaron inmóviles y helados; sus corazones latieron por última vez y dejaron de latir para siempre.

Tendido el bridón con las narices abiertas, no despide ya por ellas su altivo aliento; y la blanca espuma de su respiración se cuaja sobre la hierba, como la del mar al pie de un arrecife.

Junto al caballo yace el caballero, pálido y yerto; el rocío empapa su frente, y el orín deslustra su armadura: las tiendas enmudecen, los pendones se mecen a merced de los vientos, las lanzas caídas, el clarín silencioso.

Se escuchan los prolongados sollozos de las viudas de Asur; los ídolos de Baal caen de su asiento; y la fortaleza del gentil, sin el golpe de la espada, se ha disuelto como la nieve a la mirada del Señor.

¹ He mejorado mi traducción con la de don Domingo del Monte.

CESACIÓN DE LA FUERZA VITAL Y FENÓMENOS SUBSECUENTES



POR J. CUVIER

Consideramos el cuerpo de una mujer en el estado más floreciente de juventud y sanidad; sus formas redondeadas y voluptuosas, la graciosa flexibilidad de sus movimientos, la suave temperatura distribuida por sus venas; sus ojos, que despiden los rayos encendidos del amor, o resplandecen con la luz del entendimiento; su fisonomía, que risueña aplaude a un dicho agudo, o sublime se anima al poderoso incentivo de las pasiones: todo concurre en ella para formar un ser encantador.

Un instante ha bastado para destruir este prestigio. De repente, y a veces sin causa conocida, cesa el movimiento, la sensibilidad cesa, el cuerpo pierde su calor, los músculos se aplastan y ponen en descubierto los ángulos prominentes de los huesos, la luz de los ojos se apaga, la nariz se ahila, se amoratan los labios, se acardenan las mejillas: preludios todos de transmutaciones más horribles. Pasan después las carnes por colores azulados, verdosos, negruzcos; cunde la humedad, que ya se evapora en emanaciones infectas, ya corre a manera de sanie pútrida, que tampoco tarda en desvanecerse. Al cabo de pocos días solo quedan de tan bella creación algunos principios terrosos o salinos; los demás elementos, dispersos por los aires o disueltos en las aguas, entran a formar parte de nuevas combinaciones.

LA NOCHE



POR DUPUIS

Bello y espléndido es el espectáculo del día; pero también es bella e imponente la noche, cuando el cielo sin nubes nos descubre esas llanuras azuladas, en que el oro y los diamantes resplandecen a la par. ¡Qué rico y pomposo es el manto de la noche! Bajo de este aspecto deja de ser pavorosa: ella también se muestra como una divinidad. Ella vierte un benéfico rocío sobre las flores y hojas de las plantas desecadas por el ardor del día, y mantiene en el aire la humedad necesaria a la vegetación. Ella marca la medida del sueño en la naturaleza, y tiene un velo sobre el hombre y los animales en su reposo, envolviéndolos en majestuoso silencio. Bajo sus alas maternales, todo lo que respira en la tierra, en los aires, en las aguas, descansa del trabajo de la jornada. Sus tinieblas no son las del caos; porque tiene su luz, su orden, sus armonías, que sólo pueden ser superadas por las que el día nos presenta.

No es ciertamente aquella luz deslumbradora del sol, ante quien, fuera de su presencia, todo desaparece en los cielos, y todo se descubre en la tierra; la noche, por lo contrario, nos esconde la tierra y dirige nuestra vista al espectáculo celeste, cuyos brillantes astros, sin ella, quedarían perpetuamente desconocidos.

DESIERTOS DE LA ARABIA



POR BUFFON

Figurémonos un país sin agua ni verdor; un sol ardiente, un cielo siempre enjuto; llanuras arenosas, colinas áridas, por las cuales se extiende la vista y se pierde, sin poderse fijar en ningún objeto viviente; una tierra muerta, descortezada por los vientos, la cual sólo presenta huesos, guijarros, peñascos firmes o arrancados de su asiento; un desierto enteramente desnudo, en que nunca el viajero ha encontrado una sombra hospitalaria; donde nada le hace compañía, nada le recuerda la naturaleza animada: soledad absoluta, mil veces más espantosa que la de los bosques, pues a lo menos los árboles tienen vida, y son compañeros del hombre, que fuera de su benigna influencia, se halla enteramente solo; más aislado, más destituido de todo recurso, más extraviado en aquellos parajes vacíos e ilimitados. Mira por todas partes el espacio como su sepulcro; la luz del día, más melancólica para él que las sombras de la noche, no se renueva sino para presentarle más a las claras su desnudez y su impotencia, y para poner a su vista todo el horror de su situación; apartando los límites del vacío, y dilatando el abismo de la inmensidad que intercepta la tierra habitada; inmensidad que en vano intentara recorrer, pues el hambre, la sed y el calor ardiente agravan los instantes que le restan entre la desesperación y la muerte.

LAS CATACUMBAS



POR CHATEAUBRIAND

Sorprendido por la noche al pie de la fuente Egeria, traté de alcanzar la vía Apia, para lo cual me encaminé al sepulcro de Cecilia Metela, monumento grandioso y elegante que la arquitectura romana coloca entre sus obras maestras. En el medio de la soledad de aquellos campos, pude divisar algunas personas que buscaban la oscuridad, y que al llegar a cierto punto, desaparecían de repente. Movido de una curiosidad invencible, me adelanto, y penetro sin temor en la caverna donde se habían sepultados los misteriosas fantasmas. Vi prolongarse delante de mí unas galerías subterráneas apenas alumbradas por las lámparas que colgaban de trecho en trecho. Los muros de los corredores fúnebres se hallaban revestidos de una triple línea de sepulcros colocados unos sobre otros. La lúgubre luz, sinuando por las desigualdades de la bóveda, y reflejando sobre las tumbas, prestaba una oscilación pavorosa a objetos eternamente inmóviles.

En vano, dando un oído atento, interrogo el abismo silencioso. No hallo más respuesta, en el reposo de estos lugares, que los latidos presurosos de mi corazón. Quise volver atrás, mas no era tiempo; perdí el camino, y en lugar de salir del laberinto, más me internaba. Numerosas calles que abren y cruzan en todas direcciones, aumentan a cada paso mi incertidumbre. Mientras más me esfuerzo para encontrar un sendero, más me desvío. Tan pronto me adelanto con lentitud, tan pronto cruzo con violencia. El eco repetía el ruido de mis pasos, y oía caminar a mis espaldas.

De esta suerte anduve errando por largo tiempo: mis fuerzas empezaban a flaquear, me senté en una encrucijada de la mansión de los muertos, y miraba con ansia la luz de las lámparas casi consumidas y próximas a apagarse. De improviso, sale del fondo de estas moradas sepulcrales una armonía semejante a un coro lejano de espíritus celestiales. Estos divinos acentos espiraban y renacían alternativamente, perdiéndose con suavidad en las vías tortuosas del subterráneo. Me

levanto y me dirijo a los lugares de donde parten los mágicos conciertos: descubro un salón iluminado. Sobre una tumba ornada de flores, Marcelino celebraba el misterio de los cristianos; jóvenes vestidas de blanco lino elevaban su canto al pie del altar; un numeroso concurso asistía al Santo Sacrificio: me hallaba en medio de las catacumbas.

LAS PIRÁMIDES DE EGIPTO



POR VOLNEY

La mano del tiempo, y más todavía la del hombre, asoladoras ambas de las obras monumentales de la antigüedad, nada pudieron hasta aquí contra la firmeza de las pirámides. La solidez de su construcción y la enormidad de su mole las han eximido de todo menoscabo, pareciéndoles asegurar una eterna duración. Los viajeros todos hablan entusiasmados de estas soberbias construcciones; y no hay exageración en su entusiasmo. Por el largo espacio de diez y ocho leguas se alcanzan a ver sus cimas colosales; fábricas humanas, que parecen retirarse más y más, al paso que el hombre se va acercando. Distante de una legua, las ve el viajero dominar de tal suerte sobre la tierra, que cree haber llegado a sus plantas. Llega por fin, las toca, y no hay voces para expresar la variedad de sensaciones que allí le asaltan de tropel. La altura de la cúspide, la rapidez de la caída, la amplitud de la superficie, el imponderable asiento, la memoria de los tiempos pasados que su presencia aviva, el cómputo del trabajo que ha costado su construcción, la idea de que esas inmensas rocas han sido alzadas por mano del hombre, tan pequeño y débil que parece arrastrarse a sus pies; todo contribuye a conmover fuertemente el alma, llenándola a un tiempo de asombro, de terror, de abatimiento, de respeto y de admiración.

Pero es preciso confesar que a este primer arrebató sucede muy en breve un sentimiento de distinta naturalidad. Después de haber formado una opinión tan sublime del poderío humano, si pasamos a meditar acerca del objeto en que se ha ejercitado, dejamos caer la vista entristecida sobre la obra de sus manos; nos aflige el considerar que para construir un túmulo vano, haya sido forzoso atormentar veinte años a una nación entera; queda el corazón lastimado con la idea de las injusticias y vejaciones sin número, dirigidas contra los peones en las tareas onerosas del acarreo, corte y acopio de tantos materiales. El ánimo indigno se alza contra la extravagancia de los monarcas que mandaron levantar esas obras monstruosas: este pensamiento asalta más de una vez al recorrer los monumentos de Egipto. Esos laberintos, esos tem-

plos, esas pirámides, en su construcción maciza, ostenta mucho menos el ingenio y la opulencia de un pueblo amigo de las artes, que el capricho y mando absoluto de sus reyes. Entonces disculpamos a la avaricia, que profanando lo sagrado de las tumbas, haya frustrado sus altivas esperanzas. Entonces tributamos menos lástima a esas ruinas; y mientras que el amante de las bellas artes se indigna en Alejandría al ver aserrar las columnas de los palacios, para convertirlas en ruedas de molinos, el hombre pensador, después de aquella primera emoción que causa la pérdida de todo lo bello, no puede menos de contemplar con secreta satisfacción la callada justicia del destino, que al fin devuelve al pueblo lo que tantos afanes le costó, y somete a la más humilde de sus necesidades el aparato de un lujo infructuoso.

EL ROBLE Y LA CAÑA



FÁBULA DE LA FONTAINE

De esta suerte a la caña el roble hablaba:
Mucha naturaleza te combate:
corre el Céfito blando, lisonjero,
sin alterar la faz de limpias fuentes,
y doblas a su aliento el débil cuello.
En tanto que mi frente airosa, altiva
como el Cáucaso al cielo se levanta,
y al viento bramador firme resiste.
Hallas en todo al huracán furioso,
en todo encuentro al blando cefirillo.
Las húmedas regiones que frecuentes
ludibrio son de ardientes tempestades;
no vives abrigada con mi sombra,
ni te defiende mi enramada excelsa.
¡Qué lástima me inspiras, buena amiga!
—Tu compasiva voz, dijo la caña,
la amistad acredita ciertamente;
pero es vano el temor, no me amedrentan
los vientos, para ti muy más temibles.
Yo me inclino y no quiebro: tú, cien años
a su terrible impulso han contrapuesto
el duro cuello y brazos retorcidos;
mas espera hasta el fin. —Esto decía,
cuando del horizonte más lejano
acude el viento airado, impetuoso
y de árticas cavernas desatado.
El roble en pie se está, la caña besa
la tierra; y crece el huracán sañudo,
y de su asiento arranca al desdeñoso
cuya cabeza altiva al cielo hería,
cuyos profundos pies
en regiones tartáricas se hundían.

SEGUNDA PARTE
**PRIMEROS TRABAJOS CIENTÍFICOS
Y ESTABLECIMIENTO DEL MUSEO
DE HISTORIA NATURAL**



LOS ESTUDIOS ENTOMOLÓGICOS

La obra *Centuria de los lepidópteros de la isla de Cuba*, compuesta por Felipe Poey en París en 1832, fue —según la afirmación de Juan C. Gundlach en su *Contribución a la entomología cubana*— el primer trabajo científico elaborado sobre las mariposas de la Isla.¹ Arístides Mestre, el destacado médico y antropólogo cubano, también sumó su criterio escribiendo al respecto:

¹ Pastor Alayo y Luis R. Hernández en su *Atlas de las mariposas diurnas de Cuba (Lepidoptera: Rhopalocera)*, impreso en 1987 por la Editorial Científico-Técnica, señalan en la introducción del mismo que los estudios sobre las mariposas de Cuba los inicia Jacob Hubner con dos obras publicadas entre 1806 y 1841, tituladas: *Sammlung Exotischer Schmetterlinge* y *Zutrage zur Sammlung Exotischer Schmetterlinge*.

“Este trabajo inicia ese capítulo de nuestra fauna: no hay otro anterior a él. Las descripciones son excelentes. Lástima que tuvo necesariamente que suspenderse a consecuencia del viaje de Poey a La Habana”.²

Según el plan original de Poey, la *Centuria de lepidópteros* comprenderá la descripción e ilustración de 100 especies de mariposas cubanas nuevas o poco conocidas para la ciencia, y ofrecerá además, como se indica en el título, información sobre las orugas y las crisálidas con sus respectivos detalles microscópicos; pero desafortunadamente el plan se interrumpió con el regreso del autor a Cuba, y sólo se llegaron a imprimir en París dos décadas de la serie de diez propuestas, equivalentes a las dos primeras entregas que contenían cada una los datos de diez especies.

La primera de las décadas impresas estuvo a la venta en abril de 1832, y las suscripciones debían hacerse en la Librería Greco-Latina-Alemana e Inglesa de París. Sobre la segunda no podríamos precisar fecha, aunque se pudiera suponer se realizó en septiembre del mismo año, pues fue en este mes que apareció el fascículo acompañado de un anuncio en el cual se explicaba el regreso de Poey a Cuba.

Juan C. Gundlach, al hacer el recuento de cómo fue concebida esta joya de la bibliografía entomológica cubana,³ expresaba:

“[...] Entonces estudiaba este amigo mío en París las mariposas llevadas de la isla de Cuba, sirviéndose de las bibliotecas y de las colecciones del Museo del Jardín des Plantes y de personas particulares”.⁴

Como señala Gundlach, los estudios realizados por Poey en París sobre los lepidópteros cubanos, lo vincularon con los especialistas en la materia. Varios de los discípulos más allegados a Poey, entre ellos Carlos de la Torre, Juan Vilaró y Arístides Mestre, coinciden en el criterio de que sus actividades científicas, en esta época de su vida, lo llevaron a integrar, como miembro fundador, la Sociedad Entomológica francesa, que fue la primera institución de su tipo creada en Europa.

En febrero de 1832, la Sociedad Entomológica dio inicio a las actividades, y bajo los auspicios de Pedro Andrés Latreille, en ella se reunieron con la intención de contribuir al progreso de estas investigaciones

² Arístides Mestre: “Elogio del Sr. Felipe Poey”, *Revista Cubana*, 1891, t. XIII, p. 171.

³ En 1970, la *Centurie de Lepidoptres de l'Isle de Cuba* fue reimpressa en Hampton, Inglaterra, por E. W. Cassey. En 1973 el costo de un ejemplar de este facsímil era de \$ 12,50.

⁴ Juan C. Gundlach: *Contribución a la entomología cubana*, Imprenta de E. Montiel, La Habana, 1881, p. 7.

⁵ La Sociedad Entomológica Francesa incluyó entre sus miembros honorarios a una de las figuras más sobresalientes de las ciencias en todos los tiempos, el Barón Jorge Cuvier. Este naturalista francés remitió, en gesto de agradecimiento por el nombramiento que la

un grupo de hombres de ciencia.⁵ Poey mantuvo a través de los años fuertes lazos de amistad y colaboración científica con dos de las figuras incluidas en la lista de los socios, el distinguido entomólogo Luis Alejandro Chevrolat, quien estudió numerosos ejemplares de insectos cubanos remitidos por Poey, sobre los cuales escribió varias memorias insertadas en los *Anales* de esa Sociedad, y con Félix Eduardo Guérin-Méneville, profesor de entomología en el Colegio de Francia desde 1850, uno de los autores franceses que tomó parte en la elaboración del tomo VII de la *Historia física, política y natural de la isla de Cuba* publicado por el español Ramón de La Sagra, en París en 1856.

Transcurrido algunos años, y establecido Poey en La Habana, publicó en las *Memorias de la Sociedad Económica de Amigos del País*, correspondientes a 1846 y 1847, un “Catálogo metódico y descriptivo de las mariposas de la isla de Cuba”. Gundlach también se refirió a este “Catálogo” en su compendio entomológico y lo señaló como el segundo de su tipo en la materia publicado,⁶ pero esta obra, a diferencia de la *Centuria*, perseguía otros objetivos científicos. Al respecto declaró Poey:

“No es mi ánimo el describir las mariposas en todos sus órganos, ni traer a la memoria la relación interesante de sus transformaciones y costumbres, sino el de dar metódicamente los caracteres específicos de

institución le hizo, una carta cuyo original se conserva en el A. H. Museo Finlay; a continuación copiamos la versión en español del contenido de este documento, el cual suponemos perteneció a Felipe Poey.

“En el Jardín de Plantas

”26 de febrero de 1832

”Señor [Lefevre]

”Me sentí vivamente emocionado por el honor que la Sociedad de Entomología quiere hacerme, y lo acepto con gran placer. Yo hubiera sido más digno de merecerlo en otro tiempo, cuando en mi juventud esta bella ciencia ocupaba todo mi tiempo disponible, pero si otras ramas de la Historia Natural no me han permitido dedicarme a ella con el mismo fervor, no ha dejado de producirme nunca el más vivo interés, y me sentiré muy dichoso de verla emprender de nuevo por los trabajos de la Sociedad este camino feliz y tan rico en bellos descubrimientos que le imprimieron los Reaumur, los Roesel y los DeGeer [...] Nada podría ser más provechoso para la verdadera Filosofía. Las ocupaciones en las que estoy inmerso no me permitirán probablemente asistir, como lo hubiera deseado, a vuestra sesión del miércoles, pero le ruego creer que estaré allí de corazón.

Señor; vuestro muy humilde servidor.

firmado: B. G. Cuvier”.

⁶ En 1832 Felipe Poey también publicó en París otros dos artículos sobre lepidópteros: “Observations sur le crin des lépidopteres de la tribu des crepusculaires et des Nocturnes” en *Annales de la Société Entomologique de France*, y “*Argyne argynnis* Lat. Décembre 1832”, en *Magasin de Zoologie*. Estas dos obras del naturalista cubano son muy poco conocidas.

las que se crían en la isla de Cuba, con el fin de que los amantes de la naturaleza que deseen formar cuadros o colecciones con ellas, tengan el gusto de poseerlas con sus nombres [...]”⁷

El indicaba también que había seguido, en el método de clasificación, a especialistas tales como Linneo, Boisduval, y al llamado príncipe de los entomólogos, Latreille.

El “Catálogo” de Poey, sin embargo, no era sólo una lista de especies, pues aquellas personas interesadas en poseer y formar colecciones de mariposas, encontraron en él los consejos elementales para dedicarse a la actividad, por demás muy de moda en la época.

Recomendó, por ejemplo, que el mejor modo de obtener mariposas intactas era criándolas en estado de oruga, en las plantas donde ellas se desarrollaban hasta su transformación en crisálida, y/o, en el insecto perfecto. Describió los utensilios que se utilizaban para capturar mariposas y el modo de usarlos, señalando el cuidado que se debía tener con el insecto una vez apresado:

“El instrumento que se emplea en el campo para coger mariposas, es una manguera o especie de saco hecho de un género transparente, y puesto en el extremo de una caña. Para contener los movimientos del insecto, se mata lo más pronto posible, oprimiéndole el pidio o corpiño, sin tocarle las alas, y sin lastimarle la cabeza ni el vientre; el alfiler se pasa por el corpiño. Para tender las alas, es preciso tener un madero con una ranura en medio, donde se coloca el alfiler y el cuerpo de la mariposa hasta la altura de las alas; éstas se llevan horizontalmente hacia adelante y se sujetan con agujas muy finas, hasta que el insecto se ponga extremadamente seco. Bien que, si las alas se han secado en mala posición, puede volverse a otra mejor; ayudándolas primero con el vapor del agua, en su temperatura ordinaria; para lo cual se usan vasijas con tapas, llenas hasta la mitad de arena mojada”.⁸

Para conservarlas —advertía a los coleccionistas— debían confeccionarse cajas con tapas de vidrio y fondo sobrepuesto de maguey, que era en su opinión, la madera apropiada para fijar los alfileres, y tener la precaución de colocar en la caja cierta cantidad de alcanfor en polvo grueso para ahuyentar los insectos destructores.

Por último, antes de pasar a la nomenclatura de las especies descritas en su “Catálogo”, concluyó la introducción con la explicación detallada de las estructuras morfológicas más importantes localizadas en la cabeza, el pecho y el vientre.

⁷ Felipe Poey: “Catálogo metódico y descriptivo de las mariposas de la Isla de Cuba”, *Memorias de la Sociedad Económica de Amigos del País*, 1846, t. II, p. 175.

⁸ *Ibidem*.

El cuadro sistemático de la obra contenía un gran número de mariposas diurnas y nocturnas aún sin determinar. Sobre éstas dijo Poey: “[...] no me anticipo a darles nombres, por no ser estas *Memorias de la Real Sociedad Económica* un periódico dedicado especialmente a la historia natural, reservándome darlas a conocer en otras memorias que proyecto sobre zoología de la isla de Cuba”.⁹

No obstante la afirmación anterior, algunas de las mariposas diurnas publicadas en el “Catálogo”, como es el caso de la nombrada *Fauniña heraclitus* Poey, actualmente *Eunica heraclitus* (Poey) hoy día conservan, en cuanto a su descripción, plena vigencia.

En 1851 se publicó el primer tomo de las *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*, y con ella los artículos complementarios sobre lepidópteros, otros sobre diferentes clases de insectos, así como también algunos estudios entomológicos útiles para conocer con exactitud y dar con brevedad las descripciones de este orden.

Al referirse en uno de estos artículos a su *Centuria de lepidópteros*, decía:

“Mi ánimo es dar por terminada dicha obra; pues aunque no es completa en cuanto al título, lo es en cuanto a la materia; porque cada especie aparece en pliego separado con su lámina adjunta, independientemente de las que se esperaban”.¹⁰

Sin embargo, sobre lo publicado en el “Catálogo metódico y descriptivo de las mariposas de la isla de Cuba”, inserto en la revista de la Sociedad Económica, debía aún rectificar algunos errores cometidos y agregar —como él mismo reconocía— la tribu de las *Hesperiidae* (actualmente *Hesperiidae*) que había excluido; grupo muy bien representado en Cuba por especies de tonalidades oscuras, cabeza grande y protuberante, cuerpo corto y tamaño relativo.

A las *Teriades* cubanas —el género es hoy día conocido por *Eurema*—, dedicó Felipe Poey en sus *Memorias* un artículo donde aparecen descritas diez especies.¹¹ En este trabajo, sin duda significativo,

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ Felipe Poey: “Centuria de lepidópteros” y “Catálogo de las mariposas de la isla de Cuba”, *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*, 1861, t. I, p. 195.

¹¹ Entre las especies del género *Eurema* —antiguamente *Teriades*— que fueron descritas por Felipe Poey conservan su validez:

Eurema दौरा palmira (Poey)

Eurema lucina (Poey)

Eurema amelia (Poey)

Eurema dina dina (Poey)

La primera y la última especie deben su clasificación a las descripciones publicadas por Poey en la “Centuria de lepidópteros” de 1832; las otras dos corresponden a sus estudios sobre el género *Teriades* impresos en las *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*.

se manifiesta particularmente el interés del naturalista, unido a sus más vívidos afectos personales, se mezclan de manera singular, el lenguaje científico y el estilo poético que con frecuencia aparece en su prosa literaria.

Entre las mariposas que nombró se encuentran dos descubiertas por Juan C. Gundlach, *Terias amelia* (*Eurema amelia*) y *Terias gundlachia* (*Eurema proterpia proterpia*). La primera Poey la dedicó a su hija, y la segunda a su amigo y colaborador alemán, de quien a propósito escribió a continuación de la descripción científica de la especie:

“Tan modesto como generoso, no imita el ejemplo de aquellos que ni publican ni dejan publicar [...] bien al contrario, se ha dado a conocer por algunas descripciones, y permite que sus amigos se engalanan con sus plumas; satisfecho si la ciencia fructifica, aunque su nombre aparezca al pie de un artículo, cuando lo pudiera muy bien colocar en la cabecera”.¹²

La descripción del género en el artículo antecede a la de las especies, y aquí, el lenguaje científico quedó subordinado al literario.

“Las tériades pueblan las praderas, y como amedrentadas de la espesura de los montes, vuelan la llanura, visitan los jardines creados por nuestra industria, se aparecen en las veredas más trilladas, besan los pies del caminante, provocan su mano, y la burlan de flor en flor. ¡Hijas graciosas del aire, flores aladas, fugitivas, símbolos de inocencia y de candor, así jamás los dedos groseros del hombre empañen vuestras delicadas escamas, que vengáis os ruego a señorear mi mente, y ahuyentar las cuitas que el trato social me envía! Juzgo que es un daño merecido por haberos alguna vez aprisionado; prefiriendo a la tranquila felicidad que me ofreciais, un estudio que empieza por un delito, y acaba en sacrificios amargos. Toda ciencia es a costa de los afectos más suaves, a quienes la tirana roba las horas y los momentos, en medio de una sociedad tan justamente combatida, tan ingratamente calumniada, y con tan vivo instinto solicitada; llegando el egoísmo de esa pasión hasta el extremo de usurpar el paso a los deberes más sagrados: pero si grata es la contemplación activa de la naturaleza, para apartar la idea de la muerte y el espectáculo de las miserias humanas, más sublime y más grata es la virtud en contacto con la humanidad, y ocupada en aliviar sus males”.¹³

Este mismo fragmento debió tener para el naturalista, en lo personal, una connotación especial, pues independientemente de imprimirlo

¹² Felipe Poey: “Tériades cubanas”, *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*, 1851, t. 1, p. 247.

¹³ *Ibíd.*, p. 244.

en su obra científica, envió el manuscrito, en gesto de sincero afecto, a una joven llamada Reglita, a quien en “memoria de nuestra amistad” —como escribiera Poej en su dedicatoria— regaló la copia.¹⁴

Además de sus estudios sobre mariposas, publicó en sus *Memorias* una extensa monografía titulada: “Historia de la abeja de la tierra (*Trigona fulvipes*)” hoy *Melipona fulvipes*.

Describió aquí la especie cubana y la comparó con la europea. Señaló entre otros aspectos de interés su habitat, apuntando a manera de aclaración:

“[...] el Barón de Humboldt especificó demasiado cuando escribió, en su viaje a Nueva España y dijo que anidaban en los cedros (*Cedrela odorata*): yo he encontrado enjambres en los cedros; pero también los he tenido de otros árboles, entre ellos el júcaro [...]”¹⁵

Nota que pudo ofrecer por haber observado un enjambre en el tronco de este árbol durante una excursión a los terrenos de la finca de su amigo, el botánico Francisco Adolfo Sauvalle.

Acerca de la utilidad de los referidos insectos, denotó las propiedades medicinales de su miel y algunas de las posibles aplicaciones industriales de la cera, partiendo de los ensayos del litógrafo Luis Marquier, de cuyo “descubrimiento” hizo el siguiente comentario:

“Este acreditado artista, sabedor de que la cera común entra en un 40 % en la composición de la tinta litográfica, según la receta de Engelmann, la cual no contiene sebo, tuvo la feliz idea de componer una nueva tinta, arreglándose la misma receta y sustituyendo la cera prieta [por] la blanca. Los resultados fueron en extremo satisfactorios. Escribió un renglón en la piedra con la tinta que recibió de París, y otro con la nueva composición: las dos dieron buen resultado con la acidulación ordinaria, pero habiendo duplicado la dosis de ácido, la tinta de París no pudo resistir, mostrándose quebrada y medio destruida, mientras que la del Sr. Marquier no sufrió la menor alteración. Este ensayo lo ha animado a fabricar creyones con la misma sustitución de la cera, pues entra en ellos un 30 % de este material”.¹⁶

También Poej incluyó en su artículo algunas características entomológicas —llamadas por él “conducta social”— y del instinto que caracterizan a los individuos de esta especie de abeja. Sus notas sobre este particular fueron el resultado directo de sus pacientes estudios, iniciados cuando, con fines investigativos, instaló varias colmenas en la azotea de su casa.

¹⁴ El manuscrito sobre el cual nos basamos se encuentra depositado en el Archivo Nacional de Cuba, fondo Donativos y Remisiones; caja: 575; número de orden: 15; donado a la institución en 1969 por Armando Hernández.

¹⁵ Felipe Poej: “Historia de la abeja de la tierra”, *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*, 1851, t. I, p. 155.

¹⁶ *Ibidem*, p. 169.

Otros estudios entomológicos

Los estudios de entomología agrícola o con aplicación a otras ciencias fueron igualmente —aunque en muchísima menor proporción en relación con los de sistemática— del interés de Felipe Poey.

Parece haberse interesado en ellos cuando, por mediación de la Sección de Agricultura de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, se le encargó —en octubre de 1851— rendir un informe sobre un oficio anónimo, en el cual se recomendaba para combatir las bibijaguas y el comején, la introducción en la isla de un animal llamado *Tamandua Guacú*, según Poey el vulgarmente conocido oso hormiguero, mamífero pequeño perteneciente al género *Myrmecophaga*.

Al ser consultado en aquella ocasión, se limitó a una breve exposición de los inconvenientes de introducir en Cuba al mamífero edentado, reservando la publicación de sus estudios sobre los insectos destructores a un artículo que insertó en el tomo segundo de su revista *Repertorio físico-natural de la isla de Cuba*, titulado “Destrucción de las bibijaguas”. Su objetivo principal no era, en modo alguno, como se deduce del título, dar la descripción e historia completa de estas hormigas, sino sólo señalar los perjuicios que causaban a la agricultura y el modo de combatir las para evitar sus daños; aunque de hecho hizo señalamientos de sus características morfológicas, del habitat y hasta una breve explicación del origen onomatopéyico del nombre indígena con el cual éstas se conocían en la Isla.

Atacar el bibijaguero era, en el criterio de Poey, el mejor método para combatir el insecto y con ello el mal que producía a los cultivos. El procedimiento por él recomendado se basaba en la utilización de trocitos de madera secos, de barritas de azufre y de palillos de hojas de tabaco —estos últimos para “emborrachar al insecto”—, todos colocados en el hoyo que se abriría en el montículo de tierra o habitáculo. Acto seguido, agregaba se ubicará en la boca o salida del hormiguero una plancha metálica con brasas encendidas a manera de horno, y se soplará con un fuelle durante dos a tres horas. Si la operación se hace de acuerdo con lo indicado —afirmaba en su explicación el naturalista—, las bibijaguas morirían rápidamente.

Poey defendía la eficacia del método que recomendaba, pues lo había presenciado con éxito en la hacienda de campo “Almirante”, de su amigo Francisco Calderón y Kessel. También Antonio Bachiller y Morales en la edición de 1856 de su *Prontuario de agricultura general para el uso de los labradores y hacendados de la isla de Cuba*, recomendaba entre los procedimientos contra animales dañinos a los cultivos, la utilización de un gas para combatirlos. Tales criterios no pasaron inadvertidos para el naturalista, quien además realizó sobre dicha obra

un informe a la Sociedad Económica de Amigos del País, leído el 13 de octubre de 1857. Aquí subrayaba Poey:

“De esta suerte, tratando de los medios de destruir el comején y otros insectos nocivos, di la preferencia a los ingredientes gaseosos”¹⁷ y deja inferir la poca confianza que merecen los que consisten en secretos de algunos especuladores.

A propósito de como combatir los insectos causantes de estragos en las maderas y sobre todo, en el papel, Poey, independientemente de reconocer el procedimiento de fumigación, unos años antes, en 1853, señalaba otra vía, consistente en ir sacando mecánicamente uno por uno los insectos de entre las hojas de los libros. En el artículo “El anobio de las bibliotecas”, por ejemplo, habló sobre ello.

Describió el anobio e incluso lo representó en una lámina; se refirió a la historia natural del insecto y señaló algunos consejos prácticos para prevenir su aparición; pero la lectura de su trabajo motivó algunos malentendidos. Estos fueron rectificadas varios años después por un defensor de Poey, quien al respecto escribió:

“Oímos con cierta frecuencia referir que don Felipe Poey aconsejaba, en una de sus obras, que el mejor preservativo de los libros y papeles contra los insectos que los destruyen, consiste en dejar aquellos siempre con el polvo que el transcurso del tiempo va depositando.

”Poey no dijo ni era capaz de haber dicho semejante despropósito. Ya desde 1838, por lo menos conocía bastante biología y biblioteconomía, aprendidas en Francia, para que su pluma pudiera haber escrito teoría tan singular. Muy mal tuvo que haber leído el primero que atribuyó a nuestro sabio lo que éste no dijo, para haber llegado a interpretar en un sentido diametralmente contrario y desatinado las palabras escritas con aquella propiedad y aquella precisión que, tanto en la prosa científica como en la literaria, siempre distinguieron las producciones de nuestro inolvidable don Felipe [...]”¹⁸

El autor anónimo insertó su apologético artículo “Errónea interpretación de un texto de Poey” en la revista más idónea, la que mensualmente publicaba la Biblioteca Nacional, y como para no dejar la menor duda entre los lectores, señalaba, en contraposición a los que denominaba “Defensores de la peregrina teoría”, contraria a las ideas del naturalista, los nombres de dos autoridades francesas, Edouard Rouveyre, autor del libro *Connaissances nécessaires un bibliophile*; y C. Houlbert,

¹⁷ Prólogo de Felipe Poey a la obra de Antonio Bachiller y Morales, en: Antonio Bachiller y Morales: *Prontuario de agricultura general para el uso de los labradores, hacendados y estudiantes de la isla de Cuba*, Editor Miguel de Villa, La Habana, 1882.

¹⁸ Errónea interpretación de un texto de Poey. *Revista de la Biblioteca Nacional*, La Habana, 1911, tomo V, p. 20.

quien escribió *Les insectes ennemis du livre*. Ambos se habían ocupado —como aseveraba el autor de la defensa— no sólo de referir la técnica propuesta por Poey, sino además, de incluir el trabajo del naturalista cubano sobre el *anobio* entre la bibliografía indispensable a ser consultada por los interesados en estos temas.

No obstante las interpretaciones que sobre el estudio de Poey hicieron algunos de sus contemporáneos, no se puede negar que éste, interesado en la entomología desde el comienzo mismo de su carrera, alcanzó en la especialidad un nivel tal de conocimientos que lo convirtieron, de hecho, en la autoridad de mayor prestigio científico en el país. A él acudió el médico Carlos J. Finlay en busca de información cuando encaminó sus investigaciones hacia la comprobación del agente que teóricamente consideraba fuera transmisor de la fiebre amarilla, *Culex mosquito* (hoy *Aedes aegypti*).

Cierto es que el doctor Finlay, al plantearse la comprobación de su hipótesis, consultó la *Memoria para servir a la historia de los insectos* de Réaumur, en el cual el autor trataba los hábitos de los mosquitos; pero dicha obra, revisada con un nuevo enfoque —el de las investigaciones médicas— le resultó insuficiente. Finlay explicó el porqué de ello en agosto de 1881, cuando leía, en la sesión de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, su trabajo “El mosquito hipotéticamente considerado como agente de transmisión de la fiebre amarilla”, allí expresó:

“[...] recurrí a tan valiosa fuente, en busca de datos que me facilitasen el estudio que me había propuesto, no hallé los que más falta me hacían y que me fue preciso, no tan sólo emprender una comprobación radical de los datos presentados por Réaumur, para cerciorarme de que eran también aplicables a los mosquitos de Cuba, sino también escudriñar otros pormenores que Réaumur y los demás naturalistas no les interesaba observar”.¹⁹

Las investigaciones las comenzó Finlay en diciembre de 1880 y ante él se presentaban una tras otra las interrogantes. En los primeros días del siguiente año obtuvo de Poey algunas respuestas, éstas como señalara el propio Finlay en una nota a su trabajo,²⁰ siempre las conservó en

¹⁹ Carlos J. Finlay: “El mosquito hipotéticamente considerado como agente de transmisión de la fiebre amarilla”. Trabajo leído en la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana. Sesión del 14 de agosto de 1881, en: Carlos J. Finlay: *Obras completas*, Academia de Ciencias de Cuba, Museo Histórico de las Ciencias Médicas Carlos J. Finlay, La Habana, 1965, t. I, p. 248.

²⁰ La nota de la cual se trata fue publicada por Carlos J. Finlay en una reedición de “El mosquito hipotéticamente considerado como agente de transmisión de la fiebre amarilla”, que apareció en los números 5 y 6, de 1902, de la *Revista de la Asociación Médica-*

una hoja de papel, como prueba de sus particulares reflexiones. A continuación copiamos el contenido:

“Habana, enero 10, 1881.

”*Culex Mosquito, Robineau Desvoidy*. Mosquito de Cuba.

”D. Felipe Poey llevó en 1817-1820, mosquitos de Cuba a París, donde fueron clasificados por Robineau Desvoidy. Dice D. Felipe Poey que, como los demás insectos, el macho de los mosquitos muere después de la copulación, y la hembra después de poner sus huevos. Que, por lo demás, la generación se efectúa en las mismas condiciones que en las demás especies y según lo han descrito. Que los huevos del mosquito de Cuba, depositados en el agua, son negros.

”Que considera que si algunos mosquitos llegan a vivir unos ocho días será porque algún accidente habrá impedido la reunión del macho con la hembra.

”El *Culex annulatus* tiene anillos blancos en las patas, pero el cuerpo negro.

”El *Culex mosquito*, por el contrario, lleva placas blancas como la plata en los cinco últimos artículos de las terceras patas, en las segundas dos mal definidas, y dos en las terceras (primeras?).

”El abdomen es blanco por debajo.

”El tórax, según noticias, presenta una línea central y longitudinal”.²¹

Al profundizar el doctor Finlay en los hábitos del mosquito seleccionado como el posible responsable de la transmisión de la enfermedad, observó que solamente la hembra picaba, y vinculó correctamente su conducta con las necesidades propias de la reproducción; pero aquí confrontó problemas: una vez que el mosquito hembra se saciaba de sangre, empleaba de dos a cuatro días en “digerirla” y “escondida de las miradas indiscretas” pasaba horas enteras en unos movimientos que Réaumur en su obra no explicaba; dichos movimientos consistan en embarrarse el cuerpo con una secreción viscosa. Poey, al ser consultado por Finlay, le sugirió a éste la posibilidad de que esas operaciones tuvieran por objeto la impermeabilización del cuerpo para cuando fuera a poner los huevos sobre el agua.

Un año después de expuesto el trabajo, Carlos J. Finlay envió a Felipe Poey —quien no había estado presente en la discusión académica— unos dibujos de *Culex mosquito* con varias anotaciones, entre ellas una que decía:

Farmacéutica en la isla de Cuba, en ella se añadió también una figura con anotaciones sobre la estructura del aparato bucal de los mosquitos. La primera versión del trabajo, sin notas, fue publicada en el tomo XVIII, año 1881 de los *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*.

²¹ Carlos J. Finlay: ed. cit., pp. 248-249.

“En mi descripción de las lancetas, al dar cuenta a la R[eal] Academia de mis estudios sobre el mosquito equivoqué las maxilas con las mandíbulas, según puede verse en este dibujo; debiéndose aplicar la descripción de las maxilas las que aquí figuran como mandíbulas y vice-versa”.²²

Poey analizó cuidadosamente la nota y los dibujos remitidos por Finlay, y debió aun indicarle a su colega otros detalles, pues en el reverso de la hoja, de su puño y letra escribió: “Finlay ver Beaumes ver Claus, p. 899”. ¿Será esta anotación de Poey alguna rectificación a la estructura morfológica del mosquito, o fue su nota más bien una observación derivada de la lectura que pudo hacer de la teoría elaborada por el médico? Sea como fuere, la inclusión de los nombres de esos dos autores resulta verdaderamente interesante, principalmente por tratarse —como suponemos— de una orientación encaminada a la consulta de algún trabajo del zoólogo alemán Carlos Federico Guillermo Claus, quien había compuesto varias obras sobre invertebrados. Claus era partidario de la doctrina evolucionista, y —por ende— concedía a la adaptación funcional un gran valor.

En cuanto a la recepción del nuevo enfoque sobre la transmisión de la fiebre amarilla elaborado por Finlay, en donde se reconocía la causa material de la enfermedad, se planteaba la presencia de un agente intermediario para el contagio de una persona a otra, y la identificación del mosquito como vector biológico, así como la comprobación experimental, puede decirse que, en el marco donde fue expuesta la teoría, si bien no pasó inadvertida —como señala José López Sánchez en su biografía de Finlay— encontró muy poca resonancia.

El trabajo de Finlay se publicó en los *Anales* de la Real Academia en 1881, y en ese mismo año la institución publicó el primer tomo de la *Contribución a la entomología cubana* de Juan C. Gundlach. Antonio Mestre, director de la revista científica y editor de la obra del naturalista alemán, en busca de una opinión sobre los criterios planteados por el doctor Finlay, se dirigió a Gundlach, obteniendo de él la siguiente respuesta:

“No he dicho nada a U[sted] sobre la opinión del Dr. Finlay respecto al mosquito inoculador del vomito. He admirado el estudio en libros y los experimentos hechos por el Dr. Finlay, pero me quedo con una duda. Si el mosquito es el conductor ¿por qué padecen por el vomito las personas que llegaron de un país frío y no también los criollos? He oído decir

²² Este documento aparece dedicado por Carlos J. Finlay a Felipe Poey con fecha del 11 de mayo de 1882. Se encuentra depositado entre los papeles de Felipe Poey en el Archivo del Departamento de Antropología, Facultad de Biología de la Universidad de La Habana.

en Santiago de Cuba, que criollos llegados de las montañas a la ciudad han enfermado del vomito”.²³

No resulta nada extraño que Gundlach dudara del descubrimiento, y que al emitir su juicio sobre la implicación del mosquito como agente inoculador, agregara irónicamente:

“No puedo creer que los mosquitos busquen tales personas. Yo creo que los mosquitos son inocentes en esta causa criminal, aunque merecen la muerte por las heridas que dan a personas inofensivas”.²⁴

Gundlach desconocía los requerimientos propios de la especie transmisora para subsistir. Por otra parte, ignoraba que en los países donde la fiebre amarilla era endémica, como era el caso de Cuba, las personas que habían padecido la enfermedad (aunque fuera en sus formas benignas) eran inmunes a ella.

Poey, sin embargo, se encontraba —en principio— mejor preparado para abordar el asunto. En 1853 había realizado estudios sobre el jején, clasificando la especie y precisando algunas de las características de los insectos hematófagos, incluidos —al igual que los mosquitos— en el orden de los dípteros; y aunque sostenía que en los focos de corrupción marítima era donde se desarrollaba el “vómito negro” (una de las hipótesis difundidas entre los estudiosos de la fiebre amarilla), su opinión en cuanto a salubridad era que “El país es sano cuando no es anegado”. Esto no contradecía los criterios de Finlay, si consideramos que el médico atribuía la transmisión de la enfermedad a un mosquito, el cual, indudablemente veía favorecido su desarrollo, precisamente en la época de lluvias cuando la presencia de agua estancada se hacía más frecuente.

No conocemos, en realidad, los criterios de Poey sobre la teoría de Finlay; pero sí resulta evidente —de los datos anteriores— que Finlay lo había consultado. En su memoria de 1881, lo menciona incluso como “distinguido académico, *facile princeps* entre los naturalistas cubanos”. Aunque Poey estaba por estos años enfrascado de lleno en sus estudios ictiológicos, no había olvidado sus inicios entomológicos y pudo asesorar a Finlay en la determinación taxonómica del al parecer inofensivo, pero temible *Culex mosquito*.

²³ Carta de Juan C. Gundlach a Antonio Mestre fechada en Fermina, 27 de febrero de 1882, en: *Juan C. Gundlach. Cartas a Antonio Mestre*, selección y notas de Rosa María González, prólogo de P. M. Pruna, Editorial Academia, La Habana, 1982.

²⁴ *Ibidem*.

EL MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE LA HABANA



Varias son las versiones que existen sobre cómo se creó en La Habana el Museo de Historia Natural. Julián Vivanco, por ejemplo, en su biografía sobre Felipe Poey, al hablar de la obra *Cartilla geográfica para las escuelas primarias*, publicada por el naturalista en 1839, señalaba: “Desde tiempos atrás tenía [Poey] pensado fundar en La Habana un museo de historia natural y comunicó su idea a la Sociedad Patriótica”.¹

Sobre la iniciativa de crear en La Habana el Museo de Historia Natural, debemos decir que, la idea, un viejo anhelo de la Sociedad Patriótica, partió de su seno, y no de Poey, a quien como vemos, algunos autores se la atribuyen. El mismo naturalista ofreció la siguiente versión:

“En el año de 1835 el Sr. José María Zamora, director de la Sociedad, tuvo el proyecto de formar un Gabinete de Historia Natural, y pidió un informe por escrito a D. Ramón de la Sagra, quien cumplió privadamente con el encargo antes de su salida de La Habana. En 1838 el proyecto parecía ya abandonado por haber faltado varios recursos; y en estas circunstancias me presenté al primer Director para demostrarle la posibilidad de llevarle a cabo. Fui oído con agrado e incitado a escribir una memoria para la ilustración de la Sociedad”.²

Poey presentó al efecto la memoria en la junta del 4 de abril de 1838, y ésta, salvo el artículo referente a los fondos propuestos, que parecieron escasos a la corporación —unos 300 pesos— quedó aprobada.

El proyecto, verdaderamente osado para esa época en Cuba, refería la necesidad de crear en el país el gabinete, llamando la atención, en primer término, sobre las actividades que promovería:

“[...] un museo de esta naturaleza presentando a la juventud habanera una serie de producciones indígenas y exóticas, conservadas con lim-

¹ Julián Vivanco Díaz: “Don Felipe Poey su vida y su obra”, Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1951, p. 28.

² Felipe Poey: “Relación de los trabajos del Museo de la Real Sociedad Patriótica y noticias de su estado presente”, *Memorias de la Sociedad Patriótica de la Habana*, 1840, t. XI, pp. 201-202.

pieza y con orden, y acompañadas de tarjetas instructivas, atraerán los ojos y luego los ánimos al estudio y mayor conocimiento de dichos objetos. Es indispensable que muchos por imitación y por hallarse rodeados de producciones nuevas y preciosas, emprendan colecciones semejantes; aprovechándose de la facilidad de determinar las especies y de clasificarlas por el orden del gabinete patriótico, que serán un libro abierto a todos. Cuando así se haya formado un cierto número de aficionados, se formará una sociedad de historia natural, y los aficionados pasaran a ser naturalistas; no sin haber juntado alguna copia de libros y periódicos científicos, con los cuales los archivos se convertirán en bibliotecas, y la sociedad, con estos materiales, emprenderán la publicación de sus memorias”.³

Las ventajas que en la práctica se obtendrían con los resultados alcanzados en el gabinete también quedaron señaladas en el documento, y en este sentido se llegó a proponer una especie de programa para la investigación.⁴ Otras ideas como las de realizar viajes de exploración y recolección de objetos de la naturaleza, y la de impartir un curso público de historia natural, se incluyeron igualmente en el programa a modo de solicitud.

Dos meses después de leída la memoria y de ser ésta aprobada por los miembros de la sociedad, Poey fue nombrado por los socios director del Museo, encargándosele la formación del mismo. Él, por su parte, se comprometió a ejercer gratuitamente el puesto hasta tanto las puertas del gabinete, que comenzaría a fomentar, no estuvieran abiertas al público.

Durante el tiempo comprendido entre 1838 —cuando se aprueba el gabinete— y mayo de 1840, cuando el prior fray Pedro Infante cedió a la Sociedad Patriótica un salón alto del convento de Santo Domingo para acomodar allí las colecciones, hasta esos momentos almacenadas en la casa de Poey en la calle San Nicolás No. 96, las actividades de éste en

³ Felipe Poey: “Memoria sobre el establecimiento de un Museo de Historia Natural en La Habana”, *Memorias de la Sociedad Patriótica de la Habana*, 1838, t. VI, p. 25.

⁴ Entre sus propuestas para la investigación se encontraron las de realizar estudios sobre las plantas por su utilidad económica y médica.

Los insectos también fueron incluidos en su programa investigativo: la cantárida por su utilidad a la medicina; los gusanos de seda, la grana y las abejas a la industria. Otros insectos como la bibijagua, la palomilla, el cachazudo y el gorgojo, debían estudiarse por los perjuicios a la agricultura; el comején y el anobio fueron asimismo incluidos como objeto de investigación.

Entre los vertebrados propuso estudiar a los peces, y en este sentido realizar investigaciones sobre la ciguatera.

Es interesante señalar que, algunas de estas proposiciones, fueron materias abordadas posteriormente por Felipe Poey en sus investigaciones zoológicas, las cuales se hallan desarrolladas en su bibliografía científica.

relación con el Museo estuvieron esencialmente centradas en entablar correspondencia con muchos científicos europeos de renombre, y con coleccionistas criollos o extranjeros residentes en la isla.⁵ No pudo adelantar otras labores del gabinete, como las de conservación de animales superiores, o la formación de esqueletos u otros aspectos museables porque por esa época, precisamente, se había comprometido con el colegio de San Cristóbal en Carraguao —de donde era profesor— en dar a la imprenta su *Compendio de geografía moderna*. No obstante estos compromisos pudo mantener en condiciones aceptables los exponentes donados por sus corresponsales, y en la medida de sus posibilidades, tenerlos informados a través de la prensa, de cómo debían prepararse los envíos de materiales y cómo conservarlos en colección.⁶

Por la época en que expuso Poey sus ideas ante la Sociedad Patriótica, un español residente en La Habana, el licenciado en farmacia Toribio Zancajo,⁷ emprendió un recorrido por diferentes puntos de la Isla con la finalidad de practicar estudios geológicos. Al concluir su excursión científica, solicitó al gobierno la apertura de un curso donde él pudiera impartir disciplinas de historia natural.

La excursión finalizó en 1839 y la información que de ella se obtuvo quedó registrada en la publicación de la Sociedad Patriótica; los materiales recolectados en las regiones exploradas, consistentes en muestras de minerales, pasaron por donación a los fondos del Museo. En cuanto a la cátedra, el gobierno llegó a aprobarla en febrero de 1841;⁸

⁵ La extensa lista de corresponsales del Museo Felipe Poey la incluyó en: “Relación de los trabajos del Museo de la Real Sociedad Patriótica y noticias de su estado presente”, ya citado con anterioridad, y en la comunicación del 27 de enero de 1840 a la Sociedad Patriótica en la que se indica los objetos de historia natural hecho al gabinete por Alejo Helvecio Lanier, residente en Trinidad, la cual fue publicada en *Memorias de la Sociedad Patriótica de La Habana*, 1840, t. XI, pp. 238-239.

⁶ Al respecto véase el trabajo de Felipe Poey titulado: “Breve reseña sobre el modo de hallar, de conservar y de remitir los objetos de historia natural de la isla de Cuba”, publicado en *El Plantel*, 1838; y las actas de las sesiones celebradas en la Sociedad Patriótica de la Habana, impresas en sus *Memorias* durante los años comprendidos entre 1838 y 1840.

⁷ Luis F. Le Roy y Gálvez señala en su artículo “Casaseca, maestro y precursor de Reynoso” (véase: *Revista de la Biblioteca Nacional “José Martí”*, No. 1, enero-abril de 1971), que, en 1837 el licenciado Toribio Zancajo y el químico español José Luis Casaseca entablaron una controversia porque ambos aspiraban a la cátedra de Química de la Real Junta Superior de la Facultad de Farmacia de la isla de Cuba. La cátedra según Le Roy, se le concedió en definitiva al renombrado químico Casaseca en 1838, y no al farmacéutico Zancajo.

⁸ La carta con la autorización a regentar la cátedra “sin retribución alguna”, y hasta tanto se verificara el arreglo definitivo de los planes de estudio, por entonces en reforma, llegó a manos de Toribio Zancajo por conducto de Joaquín de Frías del Ministerio de Marina, Comercio y Gobernación de Ultramar. El original de dicha instancia se encuentra en el Archivo Nacional de Cuba, No. de orden: 112, legajo: 123, y está fechado en 9 de septiembre de 1841.

pero el interesado, no obstante contar con la debida aprobación, al parecer nunca llegó a ejercerla.

En 1842 se produjeron cambios en el sistema de educación general en la Isla, y por éstos, la Real y Pontificia Universidad de la Habana, secularizada por la reforma, paso a ser Universidad Literaria. En ella se crearon tres facultades mayores: Jurisprudencia, Medicina y Cirugía, y Farmacia. La Facultad menor de Filosofía, también de nueva creación, por la cual debían pasar los estudiantes que deseaban cursar carreras, abrió la cátedra de historia natural, Poey la ejerció como titular después de otorgársele la categoría el 24 de octubre de 1842.

El Museo de Historia Natural se encontraba —como hemos indicado— en el convento de Santo Domingo, lugar donde también se hallaba la Universidad Pontificia; pero aquí las colecciones se mantenían literalmente en calidad de depósito.⁹

Poey, comprometido desde agosto de 1840 a abrir el Museo al público, había realizado en 1842 varias gestiones para conseguir el dinero que por asignación de la propia Sociedad Patriótica le correspondía al gabinete, y que se destinara a la construcción del mobiliario adecuado para tal fin; pero sus gestiones en este sentido fracasaron. La situación, al parecer, se modificó por una circunstancia totalmente aleatoria, la cual, tanto Manuel de la Cruz,¹⁰ como Manuel Sanguily,¹¹ relacionan con la actitud contraria asumida por Poey ante la expulsión del Cónsul inglés, y connotado abolicionista, David Turnbull de la Sociedad Patriótica de la Habana, separación que encontró oposición entre los reformistas

⁹ Por la relación que Felipe Poey ofreció a los miembros de la Sociedad Patriótica en 1840, cuando informó del estado del Museo y de sus colecciones, sabemos que éste había logrado reunir cierto cantidad de materiales, entre ellos algunos mamíferos; 30 pájaros con los nidos y huevos de unas cuarenta especies; 50 ejemplares de peces disecados; 300 caracoles y conchas de moluscos marinos; 2 000 insectos (de éstos, 1 000 coleópteros); un herbario de 500 plantas; una colección de semillas; una muestra de 60 especies de maderas; y 200 piezas mineralógicas.

También el Museo tuvo una colección de especímenes exóticos compuesta por varios mamíferos; 12 pájaros; 300 conchas marinas y 160 terrestres; 1 500 insectos y 200 plantas.

Entre los objetos curiosos contó con una mesa confeccionada con diferentes muestras de mármoles y una canoa de los indios del Canadá, cuyo peso —según se indicó por Poey en el informe— era de dos arrobas y 15 libras, y medía siete varas de largo por una de ancho.

¹⁰ Manuel de la Cruz: “Álvaro Reynoso y Felipe Poey”, *La Nación*, Buenos Aires, 5 de junio de 1891, en: *Sobre literatura cubana*, (selección y prólogo de Ana Cairo), Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981, p. 217.

¹¹ Manuel Sanguily: *José de la Luz y Caballero. Estudio crítico*, A. Doirbecker, Impresor, La Habana, 1916.

criollos, lidereados por el entonces director de la Sociedad, José de la Luz y Caballero.¹²

Poey, preocupado por la reacción que pudieran tener las autoridades coloniales ante su actitud —que era, en realidad francamente abolicionista—¹³ se entrevista con el Capitán General Gerónimo Valdés. Sanguily recrea la conversación entre ellos —más bien el monólogo del gobernador— en los siguientes términos:

“Seguramente —dijo [el gobernador]— le trae a U[sted] aquí un asunto de carácter político; pues sí fuesen juzgar a los hombres por sus ideas políticas, a mí me hubieran ahorcado tres veces. Poey tranquilo ya, creyó sin embargo deber balbucear alguna explicación [...] pero Valdés le cortó rápidamente la palabra, preguntándole: ¿por qué no abre U[sted] al fin el Museo? —Porque falta dinero, General— fue la respuesta. —¿Y cuánto? —Trescientos pesos. Pues, vaya U[sted] cuando guste —le dijo Valdés— a ver a D. Joaquín Gómez, a quien enseguida dará la orden de que ponga a disposición de U[sted] mil pesos”.¹⁴

De ser cierto el relato precedente, el Capitán General de la Isla, al ofrecerle a Poey una cifra en dinero superior a la reclamada por él, trató

¹² Sobre el incidente de David Turnbull véase además: Francisco González del Valle: *José de la Luz y Caballero como educador*, Colección de Libros Cubanos, 1931, vol. XXXII.

¹³ Manuel Sanguily, el destacado luchador independentista cubano, expresa, en la obra sobre José de la Luz y Caballero señalada con anterioridad en la nota No. 11, que durante las discusiones en la Sociedad Patriótica por la expulsión de sus filas del cónsul británico David Turnbull, Poey manifestó sus simpatías hacia las ideas abolicionistas del inglés, luego de expresar que “la isla de Cuba no será feliz hasta que en ella no fuesen libres todos los hombres”.

Es de destacarse además que ya, entre algunos intelectuales criollos, los criterios acerca de la unidad de la especie humana eran esgrimidos como argumentos en contra de la esclavitud. Poey se encontraba por esta época entre los partidarios de dichos criterios, pues en su *Cartilla geográfica para las escuelas primarias*, impresa en 1839, había escrito: “El hombre solo presenta una especie que varios naturalistas han dividido desde tres razas hasta quince”.

Diecinueve años después, en un discurso pronunciado en el Liceo de Guanabacoa —discurso del cual en la actualidad se conserva una copia manuscrita entre los papeles de Poey depositados en el departamento de Antropología de la Facultad de Biología en la Universidad de La Habana y reproducido en esta biografía en el “Apéndice”— volvía sobre la problemática de la “Unidad de la especie humana”, y decía:

“[...] esto importa mucho con respecto a hombres que viven en la ignorancia y en la necesidad de sacar mayor provecho de las fatigas y trabajos de otro; dígase a éstos que el hombre sujeto al trabajo no es de su especie, y no estará muy lejos de considerarlo como fuera de la humanidad”.

Para más detalles sobre este discurso véase Pruna y García González, ob. cit., pp. 39-46.

¹⁴ *Ibidem*, nota 11.

obviamente de apartarlo de la situación política en la cual se había mezclado.

En cuanto a los 1 000 pesos ofrecidos por Gerónimo Valdés, para abrir definitivamente al público las puertas del Museo, fueron efectivamente puestos a disposición de la Sociedad, según se hizo constar en una nota del acta recogida el 15 de diciembre de 1842. Mientras esto ocurría, se había exclaustado a los frailes dominicos del convento de Santo Domingo, y el inmueble confiscado —y con él el local del Museo— pasaba a la Universidad Literaria.

Ante esta situación, Poey propuso al presidente de la Sociedad, en la reunión del 12 de noviembre de 1842, intervenir a favor del Museo, para que el nuevo rector universitario permitiera, hasta tanto ese centro creara sus propias colecciones, dejar en el lugar —por demás, un punto céntrico y concurrido en la capital— las fomentadas por la institución patriótica.

El Museo continuó perteneciendo a la Sociedad hasta 1849,¹⁵ cuando —por falta de recursos— ésta lo transfirió a la Universidad.¹⁶ Poey en su condición de profesor universitario, mantuvo su cargo de director durante algunos años más.

Todavía en la década de los ochenta del pasado siglo, el Museo seguía ocupando un salón alto del edificio universitario, pero dividido por un tabique que lo separaba en dos departamentos. En uno de los locales se hallaban las muestras mineralógicas, y en el otro, principalmente, las de animales. Fue por esta época que el ictiólogo norteamericano David S. Jordan lo visitó. Lo que observó en aquella oportunidad se recoge en el siguiente testimonio:

“El Museo de la Universidad ocupa dos pequeños cuartos, uno dedicado principalmente a los minerales cubanos, el otro contiene sobre todo mamíferos, aves y peces, preparados personalmente por Poey en los primeros tiempos de su profesorado. La cantidad de éstos no es muy grande, ni les ha sido añadido mucho en los últimos 20 años. Recientemente, los ejemplares de nuevas especies descritas por el profesor Poey, una vez descritos y representados en dibujos del tamaño natural, han sido generalmente enviados a otros museos, principalmente el Museo Nacional de Estados Unidos, el Museo de Zoología comparada y el de Madrid. Pocas veces se han guardado duplicados

¹⁵ Rolando Misas Jiménez: La actividad científica en la Real Sociedad Patriótica de La Habana, como antecedente de la antigua Academia de Ciencias (1793-1861), 1987, p. 11, (trabajo inédito).

¹⁶ En realidad, los últimos exponentes museables procedentes de la Sociedad Patriótica pasaron al Museo de la Universidad de La Habana en 1856. Estos exponentes consistían en varias piezas de mineralogía.

en La Habana, ya que el costo de mantener una colección permanente es demasiado grande.¹⁷

El Museo de Historia Natural, afectado por el exiguo presupuesto que la Universidad le aseguraba, y diezmado en sus colecciones —tal y como lo vio Jordan— languidecía irremediablemente;¹⁸ tan así es que, en 1884 el doctor Juan Vilaró —profesor entonces de historia natural en la Universidad— se vio en la necesidad de solicitar a la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, que permitiera a los alumnos asistentes a su curso, realizar las clases prácticas en el museo académico.¹⁹

Poey, evidentemente frustrado en su intento de crear, a partir de su Museo, un centro promotor de investigaciones científicas, optó por realizarlas en un local de su misma casa; por otra parte, consecuente con sus ideas —aquellas manifestadas en la Sociedad Patriótica en 1838 cuando propuso la fundación del gabinete— publicó bajo el título de *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*, sus propios estudios zoológicos, y años más tarde, en el *Repertorio físico-natural de la isla de Cuba*, dio a conocer, junto a los suyos, otros trabajos de naturalistas cubanos y extranjeros.

Las excursiones científicas sugeridas en el proyecto para obtener objetos de la naturaleza no fueron preteridas por Poey, pues hubo de realizarlas por iniciativas propia, o por las de sus amigos y compañeros de profesión.²⁰ En relación con la propuesta de crear un curso público

¹⁷ David S. Jordan: “Sketch of Professor Felipe Poey”, *The Popular Science Monthly*, agosto de 1884, p. 549.

¹⁸ Algunos contemporáneos de Felipe Poey, entre ellos el médico y naturalista cubano Manuel J. Presas, atribuyeron el fracaso del Museo de Historia Natural al espíritu mercantilista imperante en esa época. Al respecto véase: Manuel J. Presas: “La historia natural en Cuba”, *Repertorio físico natural de la isla de Cuba*, 1865-1866, t. I, p. 44, La Habana.

¹⁹ Sesión Pública Ordinaria del 24 de febrero de 1884 de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana. *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, año 1883-1884, t. XX, p. 463.

²⁰ En este sentido pudiera señalarse como ejemplo la expedición científica que Felipe Poey emprendió, en agosto de 1856, a la cayería cercana a la península de Hicacos. Esta excursión fue realizada en un pailebote del gobierno capitaneado por Patricio María Paz; participaron también José María Velázquez y el pintor francés Federico Mialhe, quien hizo, a partir de esta experiencia, valiosos apuntes que después le servirían para ilustrar con mayor veracidad y conciencia el entorno geográfico presente en muchas de sus litografías. De esta época data el famoso retrato caricaturizado del naturalista cubano hecho por este pintor y litógrafo, el cual, bajo el título de: “Poey desembarca en cayo Galindo, pie enjuto, en busca de jejenes”. Se imprimió por vez primera en la revista *Cuba Literaria*, y después, en 1865, en *Los Camafeos*.

Otras expediciones del naturalista cubano se verificaron en algunos otros puntos de interés científico en las provincias de Pinar del Río, en Matanzas, y en Isla de Pinos, actual Isla de la Juventud.

para estudiar zoología, botánica y mineralogía, podemos decir que tampoco llegó a cuajar; pero la apertura, en 1842, de la cátedra universitaria de Historia Natural en la Facultad de Filosofía —que él ejerció— le dio, en alguna medida, la deseada oportunidad de formar sus propios discípulos.

MEMORIA SOBRE EL ESTABLECIMIENTO DE UN MUSEO DE HISTORIA NATURAL EN LA HABANA¹



Desde que el inmortal Lineo [Linneo] separó del caos los seres naturales, señalando a cada uno su lugar respectivo en la creación, asignando nombres constantes a las familias y a los géneros, y determinando las especies, el estudio de la historia natural en sus tres reinos fue aumentando tan rápidamente, que sólo un siglo bastó para deculpar los nombres genéricos y específicos, al paso que fue aumentando el número de objetos descubiertos y estudiados con el más vivo ardor. Anteriormente a Lineo, las especies se indicaban con un nombre genérico acompañado de una frase diagnóstica de dos o tres renglones; sustituyendo de esta suerte una definición al nombre específico; definición insuficiente para distinguir el objeto, y demasiado compleja para guardarla en la memoria. Así quedaron inútiles la mayor parte de las noticias científicas de los antiguos sobre la historia natural, y las relaciones de los descubridores del Nuevo Mundo; por ser casi imposible conocer por ellas las especies a que se referían los hechos. Lineo creó la ciencia con solo haber formado la nomenclatura; fuertemente imbuido en este principio: que si perecen los nombres, perece la ciencia.

Si nìmina pereunt, perit et cognitio rerum (Lineo).

Bufon [Buffon], contemporáneo de Lineo, se labró también una corona inmortal con los materiales que le ofreció el estudio de la naturaleza; pero la trató como escritor elocuente y observador juicioso, más bien que como naturalista filósofo, o metódico. A su inimitable pincel se debe la afición que el vulgo de todas las condiciones ha mostrado por la *historia natural* del escritor francés; y este gusto se ha convertido después en ciencia, con la lectura del *sistema natural* del filósofo de Suecia.

¹ Nuestro particular amigo D. Felipe Poey ha presentado este proyecto a la Sociedad Patriótica, en su junta ordinaria del 4 de abril próximo pasado, que admitido con satisfacción y aprecio, según se ve en el acta que hemos incertado al principio de este número, se acordó su publicación en este periódico a reserva de poner lo conducente a la ejecución, aun con más amplitud en los medios indicados por el Sr. Poey, cuyo desinteresado celo aplaudimos sinceramente.

Al siglo de Lineo y de Buffon sucedió el de Cuvier, hombre de una capacidad tan basta como la de Lineo, y de unas dotes literarias que no desdecían de las de Buffon, grande investigador y lógico consumado, unía a la facultad de abarcar a la de descender a los pormenores más minuciosos. Este grande hombre penetró en las entrañas de la tierra y dio impulso a la geología; formó el primer gabinete de Anatomía comparada, y asentó la clasificación sobre las bases inalterables; escribió el *Reino animal*, creó el siglo zoológico, poniendo la última piedra al edificio principiado por Lineo y hermoñado por Buffon.

Después de Lineo, Buffon y Cuvier no puede llamarse verdaderamente ilustrada la ciudad que no tenga en su seno, una sociedad de historia natural, un gabinete, un curso público.

La Habana tiene ya un jardín botánico y un curso de botánica: tiene una sociedad patriótica que se ocupa por medio de sus secciones de fomentos agrícolas y de educación en general; los cursos de medicina se han completado años hace con las demostraciones anatómicas que se hacen en el hospital de S. Ambrosio; allí mismo hay un gabinete de anatomía que considero como un paso dado a favor de la historia natural; la cual descansa principalmente en la anatomía comparada y ésta en la del hombre; por lo que es cosa muy frecuente encontrar naturalistas entre los que han abrazado el estudio de la medicina. A favor de esta profesión ha establecido la Junta de Farmacia una cátedra de química, casi al mismo tiempo que la Junta de Fomento llamaba a la juventud habanera a las lecciones del Sr. D. Luis de Casaseca. Este hábil profesor por su parte y D. Pedro Alejandro Aubert con lo que respecta a la botánica, desempeñan sus obligaciones con general satisfacción y aplauso. Falta al presente un gabinete de historia natural: empresa concebida por nuestro director el Sr. D. José María Zamora, desde el primer día de su elección; y también por la Junta de Farmacia, que tarde o temprano establecerá con sus cortos fondos, si la Sociedad Patriótica no le gana los pasos, movida de una loable emulación. Establecido el gabinete, es consecuencia necesaria que se hagan con el tiempo cursos públicos de zoología y mineralogía en el mismo local reservado para las colecciones.

La cátedra de botánica establecida por segunda vez en esta ciudad da a conocer que las principales autoridades, las corporaciones y el público están persuadidos de la utilidad de un jardín botánico. Si todos no son de este parecer, es porque miran al interés directo de las tierras o de los capitales empleados, y no al beneficio inmenso aunque indirecto que saca el pueblo de la introducción, aclimatación y cultivo de una planta; de una sola planta, sí, que pudiera producir más beneficios al cabo de medio siglo que cincuenta años de réditos unidos a tres mil pesos de sueldos anuales. Pueblos hay que han debido su engrandecimiento o su decadencia al cultivo o a la destrucción de una sola planta. ¿Quién podrá

calcular cuanto ha contribuido la religión de Mahoma a despoblar el Asia con solo la prohibición del vino, y el abandono consiguiente de las viñas? ¿Y por qué hemos de buscar tan lejos los ejemplos? Tenemos en esta Isla el tabaco, la caña de azúcar, el café, tres plantas a las que debemos nuestra prosperidad y sin las cuales el comercio libre concedido a este puerto sería poco provechoso. Pues el café tiene por fecha la emigración de los franceses a esta Isla después de la Revolución de Santo Domingo. Si hubiéramos tenido jardín botánico antes de aquella época es probable que no hubiéramos tardado tiempo en cultivarlo. La caña de Otahití es también de introducción reciente: si gracias al celo de un establecimiento científico, se hubiera adelantado y esparcido por los campos el cultivo de estas dos plantas, el aumento de riqueza agrícola y comercial hubiera compensado largamente los réditos perdidos de los solares.

Me detengo en estas consideraciones porque temo que se oponga al establecimiento del gabinete de historia natural el mismo género de argumentos que antes se opuso a la institución del jardín botánico; pues algunos piensan que una cosa no deja utilidad sino puede resolverse en dinero mensual. Un jardín botánico, además, es el mejor compañero de un gabinete; es la colección de uno de los tres reinos de la naturaleza, y da la mano a los otros dos.

Consideremos ahora las ventajas particulares al gabinete. A esta pregunta, ¿cuánto produce al mes? Contestaré que mucho puede producir, pues se puede enseñar por dinero; y acreditar la experiencia que la entrada es considerable; puesto que existen en New York dos museos y en Filadelfia uno, ocupando casas magníficas bien provistas de objetos naturales por los empresarios que ningun auxilio reciben del gobierno, y sacan mucha ventaja al año; La Habana, por la circunstancia de ser puerto de mar, concurrido por gran número de extranjeros y ciudad populosa, debe presentar los mismos beneficios.

Si repugna a la Sociedad considerar el gabinete bajo un aspecto de lucro tan material, pasaré a desenvolver otro género de utilidad tal vez más conforme con las intenciones de la ilustrada corporación.

Así como en el reino vegetal se encuentran plantas venenosas cuyas cualidades importa conocer para precaverse de ellas, y plantas provechosas que debemos cultivar para nuestro recreo o bienestar, así en el reino animal hay especies nocivas que procuramos destruir o reducir a corto número, y especies útiles que tratamos de domiciliar.

En la clase inferior de los insectos, por ejemplo, indicaré la cantárida, provechosa a la medicina; el gusano de la seda y la grana a la industria; las abejas, a la economía doméstica; y por otra parte diré que molestan en casa las hormigas y las cucarachas; y en los campos, las bibijaguas (*Alta cephalotes*). La palomilla (*Carambus sacharalis*) daña a la caña

de azúcar; el cachazudo (*Sphinx crolina*) al tabaco; el gorgojo (*Curulio azurescens*) al café. El comején (*thermes*) arruina las maderas de las casas; varias especies de bóstricos taladran las viguetas; la polilla de los libros (*anobium*) destruye las bibliotecas. En una clase superior; la de los peces, por ejemplo, ¡cuánto importa conocer bien las especies que suelen dar la enfermedad conocida como ciguatera! Solamente después de bien determinados se podrán hacer experiencias para averiguar la causa de la enfermedad, y los síntomas en los peces para preservarnos y buscar los métodos curativos. La Junta de Fomento ha mirado con interés la cría de gusanos de la seda, y las experiencias de D. Ramón de la Sagra, continuadas por D. Alejandro Aubert, demuestra la inmensa ventaja que este clima ofrece a dicho género de industria. El mismo D. Alejandro Aubert trata de aclimatar la grana, habiendo ya concedido el nopal que le sirve de alimento.

Pero salgamos de las generalidades y examinemos las ventajas científicas y morales que en estado presente de las cosas puede producir un museo de historia natural en La Habana.

Primeramente, un museo de esta naturaleza presentando a la juventud habanera una serie de producciones indígenas y exóticas, conservadas con limpieza y con orden, y acompañadas de tarjetas instructivas, atraerá los ojos y luego los ánimos al estudio y mayor conocimiento de dichos objetos. Es indispensable que muchos, por imitación y por hallarse rodeados de producciones nuevas y preciosas, emprendan colecciones semejantes, aprovechándose de la facilidad para nombrar las especies y de clasificarlas por el orden del gabinete patriótico, que será un libro abierto a todos. Cuando así se halla formado un cierto número de aficionados, se formará una sociedad de historia natural, y los aficionados pasarán a ser naturalistas; no sin haber juntado alguna copia de libros y periódicos científicos, con los cuales los archivos se convertirán en bibliotecas, y la sociedad, con estos materiales, emprenderá la publicación de sus memorias.

Una sociedad de historia natural en La Habana, ya sea independiente de la Sociedad Patriótica, ya formada de una sección de su vasto seno, no puede dejar de ser favorecida por el gobierno, que es bastante ilustrado para conocer que mientras más aplicados son los hombres a las ciencias, mejores ciudadanos son; más contentos con su suerte, más apartados de novedades y turbulencias y más sujetos a la ley.

Y aun cuando no hubiera en La Habana sociedad de historia natural, no por eso dejarían de formarse colecciones privadas, ya generales, ya reducidas a ramos predilectos, muchos de ellos más completos en su especialidad que los de la misma Sociedad Patriótica.

En segundo lugar, hallándose las cosas en este estado, resultarán las grandes ventajas siguientes: los viajes por el interior de la Isla, la

correspondencia con profesores europeos y norteamericanos, los viajes a Europa.

De los viajes al interior de la Isla resultará el rápido aumento de la colección patriótica, por la generosa contribución de los mismos naturalistas; y de paso, una copia de noticias físicas, geográficas e históricas del país.

De la correspondencia y viajes a Europa resultará un foco de civilización en muchos ramos. Basta indicar este último punto; no le daré más extensión, seguro de que los miembros de la Sociedad Patriótica han comprendido ya toda su importancia.

Entonces aunque no haya sociedad de naturalistas, habrá gabinete para formarlos, y habrá un curso público de zoología y mineralogía para completar los estudios naturales empezadas las lecciones de anatomía, de botánica y de química.

El interés pecuniario ha sido pues la primera clase de utilidades que he presentado a la Sociedad por medio de un gabinete de historia natural. El interés público, científico, y moral es la segunda clase.

Aún queda una tercera, toda en beneficio de la Sociedad, y que consiste en proporcionarle un local para guardar sus colecciones de diversos géneros: sus pinturas, sus medallas, sus modelos de artes industriales, y todo lo que no tenga cabida en la reducida biblioteca de Santo Domingo, única localidad que hoy tiene.

Por no haber tenido acomodo para todo esto, la Sociedad no ha recibido las curiosidades y la rica mesa de mármoles que le han sido tan generosamente destinadas por D. José Luis Alfonso, residente en la actualidad en París; también se ve privada de una colección de medallas acuñadas en varios puntos de esta Isla en tiempo de la jura de la Reina Isabel II.

Estas son tres clases de consideraciones que deben inducir a la Sociedad a fundar un gabinete de historia natural. Deseoso de que pueda pronunciarse definitivamente, voy a demostrar la posibilidad de que se verifique sin mucho costo. Iré recorriendo los pormenores siguientes: *local, muebles, director, director ayudante, producciones cubanas, producciones exóticas.*

Local. Debemos procurar en todo el fomento de las ciencias y de las artes sin gravar a la Real Hacienda, y no le pediremos por consiguiente medios pecuniarios; pero es lícito esperar que recibiremos de ella un local, cuando la colección sea digna de guardarse suntuosamente. Por ahora puede hallarse en la casa misma del director del gabinete; entendiéndose que mientras allí esté, no se dará libre entrada al público, a no ser una vez al año y con acuerdo de la Sociedad. Para que la colección se encuentre debidamente alojada, se abonará al director el aumento mensual de alquiler que le cueste la casa para su vivienda y para las colec-

ciones. Este artículo no puede bajar de cuarenta pesos, si el director tiene familia, por lo que parecerá más urgente tomar en alquiler dos cuartos altos en la ciudad, por el precio de una onza o de onza y media, aunque así se aumente el trabajo de la conservación.

Muebles. Los estantes, vidrieras y cajas con vidrio, todo hecho cuidadosamente, con buena madera y sin resquicios para la completa conservación de los objetos, costará trecientos o quinientos pesos. Estas obras se han de hacer con el mayor esmero para que sean duraderas, con lo cual serán a un mismo tiempo lúcidas, útiles y baratas. Sin estas precauciones, los objetos de historia natural no se conservan bien y mejor es no tenerlos para que no sirvan de pasto a los insectos destructores, los más de ellos imperceptibles, que destruyen en breve espacio de tiempo el fruto de muchos años de trabajo. Bueno será igualmente que la Sociedad quede suscrita a algunos periódicos de historia natural para hacer al director menos gravosa la determinación de las especies; y si lo permiten los fondos, compre algunas obras fundamentales que serán el principio de una biblioteca futura de historia natural.

Director. Lo puede ser un miembro de la Sociedad Patriótica, ejerciendo gratuitamente las funciones mientras esté en su casa la colección; y aunque esté fuera, mientras en ella no tenga entrada el público. Sus funciones serán de clasificador en lo que esté a su alcance, y conservador principal. Dará cuenta cada año de los fondos que entraren en su poder; lo mismo que las adquisiciones que haga, cambios, etcétera.

Disector. En el oficio de director si bien entra la función de conservar, no la de disecar los animales, despojarlos y armarlos. Por consiguiente, puede pagar por cuenta de la Sociedad quien lo haga; de lo contrario, ni podría aumentar la colección, ni podría hacer cambios, ni podría aceptar los animales vivos que le fueran ofrecidos gratuitamente. Mientras no haya un disector con sueldo, el director pagará las disecciones que se hicieren.

Ayudante. Además de las disecciones, hay cajas que limpiar, especies que ordenar, tarjetas que escribir y más tarde habrá necesidad de recibir al público, que para consultar los objetos y los libros reclamará la entrada al gabinete. Para todo esto se nombrará un ayudante en tiempo más oportuno; y mientras tanto, el director lo hará o procederá respecto a estas funciones del mismo modo ya dispuesto con respecto al disector.

Producciones cubanas. Se pueden adquirir con poco trabajo pájaros, peces y crustáceos, comprándolos en la plaza y en la pescadería, y el director correrá gratuitamente con los pasos necesarios, escogiendo los objetos más útiles.

Producciones exóticas. Los duplicados de estas adquisiciones servirán para establecer cambios con sociedades o naturalistas extranjeros.

El importe de las adquisiciones cubanas, de las remisiones al extranjero, de la disección y la conservación, será de una o dos onzas al mes, no pudiendo ser menos de una onza para que se vaya aumentando poco a poco el gabinete.

El menor gasto con que puede verificarse el proyecto es pues el desembolso actual de quinientos pesos y una mesada de dos onzas: una para el local y otra para los demás gastos ya indicados.

Admitidas por la Sociedad estas condiciones, el museo irá aumentando no solamente por los medios propuestos, sino también por la generosidad y celo de los ciudadanos, a quienes se dirigirá una exhortación por medio de la imprenta prometiendo conservar los objetos útiles en el museo patriótico con el nombre del donatario al pie, que también se escribirá en un cuadro manuscrito depositado en el gabinete. Conozco a muchas personas que tienen curiosidades patrióticas y extrañas, y las darán con gusto. No es este el lugar de nombrarlas a todas dignamente; pero referiré las palabras que me ha escrito últimamente sobre este particular el teniente de caballería y agrimensor D. Alejo Helvecio Lanier que se halla actualmente en Cienfuegos. “Tendría —dice— el mayor placer en ver establecido en La Habana un museo de historia natural y contribuiré con todos mis esfuerzos para aumentarlo. Tiempo hace que oigo hablar de ese proyecto y siento que por una estrecha economía no se acaba de verificar. En todos los países del mundo civilizado hay museos de historia natural, donde se ostentan las riquezas zoológicas y mineralógicas del suelo; y la opulenta Habana, la capital de la grande y hermosa isla de Cuba no tiene un local donde pueda presentar a los extranjeros las novedades que encierra en su seno; ve con dolor que los viajeros naturalistas llevan consigo lo más precioso, sin depositar en señal de agradecimiento, o por vía de cambio algunas muestras de sus cosechas naturales, destinadas a hermostrar otros museos. Establézcase siquiera un principio de tan útil establecimiento y aumentará más pronto de lo que muchos se imaginan. Sujetos hay que sin entregarse al estudio de la historia natural, tendrían mucho gusto, sin embargo, de recoger y mandar varios objetos al museo. Por lo que a mí toca, puedo decir que trabajaría con más ardor, si supiese que el fruto de mi trabajo había de ser provechoso al país. Doy a V. licencia para poner a la vista del público toda mi colección; y cuando vaya a La Habana, todo lo que aquí he juntado, minerales, reptiles, pájaros, peces, conchas y plantas, todo se pondrá a la espectación pública. El hermoso cocodrilo de que he hablado a V.[sted], perfectamente conservado, ocupará un lugar sobresaliente en la colección”. Así escribió Lanier con fecha 7 de marzo.

Si faltasen elementos para determinar a seguir el voto de este generoso amigo, nuestros vecinos americanos del norte nos legarian cum-

plidamente, pues apenas hay un pueblo que no empiece a formar su gabinete. En Europa son pocos los puertos de mar que no tengan el suyo, y aun ciudades de muy poca población se distinguen por ese género instructivo de ornato. Se pudiera hacer aquí la lista de las ciudades que poseen museos o jardines botánicos para demostrar su multiplicidad; pero temo dar demasiada extensión a esta memoria, y remito para el caso a los libros de geografía principalmente, al compendio de D. Adriano Balbí.

Entre todos estos pueblos, pocos hay que tengan tan favorables circunstancias, como La Habana, pues tiene la ventaja de poseer en el suelo cubano producciones nuevas o muy poco conocidas, por lo tanto, solicitada de los extranjeros. La curiosidad de los naturalistas satisfechas en cuanto a las producciones del Brasil y de la Guayana se fijaría al presente en la isla de Cuba.

Es cuanto se me ocurre por ahora en cuanto a esta materia: dejando para su oportunidad la formación de un reglamento que presentaré a la Sociedad, si por su decisión llega a ser coronada esta empresa, tan honrosa para los señores vocales que la consientan, como útil para el público que reciba de ellos este beneficio.

Habana 2 de abril de 1838.-*Felipe Poey.*

TERCERA PARTE
LABOR PEDAGÓGICA



LA GEOGRAFÍA UNIVERSAL

Con anterioridad a 1840, año en que Poey hizo imprimir en La Habana, para uso de colegios y escuelas secundarias, el *Compendio de geografía moderna*, ya era popular entre los alumnos de la capital su *Cartilla geográfica*, una pequeña obra de 46 páginas editada en 1839.

En la *Cartilla* de 1839, al igual que en su segunda edición de 1855, aparecía el globo terráqueo dividido para su estudio físico-político en cinco grandes zonas o complejos geográficos: Europa, Asia, África, América y Oceanía, enumerándose en cada uno los sistemas montañosos, los mares, ríos, islas, lagos, penínsulas, istmos y cabos, así como también los países que los componían, sus límites y divisiones territoriales, los nombres de las capitales y las ciudades más importantes; información a la que antecedía unas brevísimas notas introductorias con los conceptos de los términos geografía, tierra, continente y océano.

La estructura que dio Poey a este primer texto de geografía universal, elaborado en forma de cartilla, de ningún modo debió resultar de difícil comprensión para los alumnos, pues su contenido se adaptaba a las exigencias de una enseñanza elemental de la disciplina para las escuelas primarias.

El *Compendio de geografía moderna*, del cual sólo se realizó una única edición al año siguiente, resultaba una obra mucho más compleja por su contenido y extensión, pero en ella había puesto Poey un gran cuidado a la hora de elegir los materiales, a fin de hacerla adaptable —según sus propias palabras— a las necesidades del país y al estado en que se presentaba la ilustración en los principales colegios de Cuba.

La estructura del *Compendio* comprendía primeramente algunas definiciones generales sobre geografía física y política clasificadas por su autor como “palabras técnicas”. Pasaba a una breve introducción con las definiciones utilizadas en la *Cartilla*, para concluir con la parte donde detalladamente explicaba todo el conjunto de particularidades topográficas de las cinco regiones ya estudiadas con anterioridad.

Siguiendo un orden metodológico, el verdadero plan de enseñanza —en opinión de Poey— debía empezar por la citada *Cartilla*, pasar después al *Compendio* y acometer en un tercer curso la parte política, formada por apuntes históricos, referencias a la religión, lengua y población, a las formas de gobierno con cuadros estadísticos de sus economías, y los estudios climatológicos y de las producciones materiales de los diferentes estados; pero esto, no obstante la ayuda que recibió por parte de Agustín Baró en las definiciones políticas, y de Pedro Desvernine para aquellas otras de carácter físico, el Apéndice nunca llegó a imprimirse tal como fue anunciado por él en el prólogo del cuaderno de *Geografía moderna*.

Aunque sí, en cada uno de los capítulos que comprendió la segunda obra aparecieron intercaladas otras noticias, con la intención de hacer más instructivos y agradables los estudios topográficos. En este particular, son muy importantes, por el carácter crítico que de ellas se desprenden, las apreciaciones que sobre Inglaterra y su capital hizo en el acápite dedicado a ciudades principales, en donde, por ejemplo, se puede leer la siguiente valoración:

“En medio de aquel lujo tan asombroso, se notan con dolor los efectos de la desigualdad de las riquezas entre los ciudadanos. El pauperismo ha crecido en Londres hasta el punto de hacerse inextinguible, con la magnificencia de ciertas calles contrasta la estrechez, oscuridad, insalubridad de otras, donde se amontonan en cuartos reducidos hombres, mujeres y niños que mendigan para vivir y roban para suplir la escasez de las limosnas; y aun así se cuentan por millares los hombres que no

tienen recursos para pasar la noche bajo techado sino en las casas de refugio establecidas para estos casos”.¹

También se intercala en este *Compendio* una descripción de la ciudad de La Habana con sus principales edificios públicos, fortalezas militares, establecimientos educacionales, científicos, comerciales y lugares de esparcimiento, que como parte de la América española debería estudiarse en el capítulo dedicado a la región geográfica de América, en la que además se hallarán algunas noticias de interés sobre las nuevas repúblicas y los Estados Unidos, conjuntamente con las de las otras posesiones coloniales.

Pero su programa, independientemente de no estar completo al faltarle el tercer cuaderno o Apéndice de geografía política, tuvo en su época una concepción de sistema, y sus textos fueron por muchos años empleados en los diferentes cursos que sobre geografía se impartieron en las escuelas cubanas de primera y segunda enseñanzas. Su prolongado uso en establecimientos educacionales de primera categoría, como lo fueron los colegios El Salvador y San Cristóbal en Carraguao —como dijera Francisco Calcagno en 1878— hizo que “desde niños nos familiararan a los de la pléyade actual con el nombre del autor”,² lo cual imprimió a su actividad pedagógica una singular importancia.

Ocho años después de la edición del *Compendio*, Andrés Poe y Caballero confeccionó el *Atlas de geografía moderna*, para el uso de los colegios y escuelas primarias, arreglado a los cursos de geografía de D. Felipe Poe y Caballero, que complementaba en la práctica las clases teóricas de su padre.

El trabajo cartográfico, dedicado por Andrés a José de la Luz y Caballero, estaba formado por una colección de 28 mapas iluminados,³ en la

¹ Felipe Poe y Caballero: *Compendio de geografía moderna para los colegios y escuelas secundarias*, Imprenta del Gobierno y Capitanía General por S. M., La Habana, 1840, p. 15.

² Francisco Calcagno: *Diccionario biográfico cubano*, ed. cit., p. 514.

³ El *Atlas de geografía moderna*, para el uso de los colegios y escuelas primarias, arreglado a los cursos de Geografía de D. Felipe Poe y Caballero, dedicado a José de la Luz y Caballero, se imprimió en 1848 en la imprenta Habanera de Torres, calle de la Reina, número 35. Contiene 28 mapas litografiados por Andrés Poe y Luis Marquier en la litografía de este último, ubicada en la calle Lamparilla, número 96. Su contenido era: 1. Planisferio; 2. Europa; 3. islas Británicas; 4. Prusia y Dinamarca; 5. imperio de Austria; 6. Turquía y Grecia; 7. Asia; 8. Alemania (Confederación Germánica); 9. Suiza; 10. Holanda y Bélgica; 11. Francia; 12. España y Portugal; 13. Italia; 14. Turquía Asiática; 15. Persia y Beluchistan; 16. India más acá del Ganges o Indostán; 17. India Transgángética; 18. China propia; 19. África; 20. Egipto, Nubia, Abisinia; 21. Berbería; 22. América Septentrional; 23. Estados Unidos (13 colonias); 24. México; 25. América Meridional; 26. Colombia; 27. Las Antillas y Guatemala; 28. Oceanía.

cual además de él había laborado como litógrafo Luis Marquier, de cuyas prensas litográficas salió la serie que luego se reprodujo en la imprenta habanera de Torres.

El *Atlas*, primero de su tipo que se litografiaba e imprimía en Cuba, según el reconocimiento del escritor Cirilo Villaverde, perseguía tres objetivos esenciales:

“El primero y más importante, facilitar a los niños hispanoamericanos el conocimiento del globo, multiplicando las cartas generales y particulares de todas las partes y los países más interesantes, bajo la relación del comercio, de la política y de la civilización; el segundo, llenar el vacío que dejaran los atlas elementales hasta ahora conocidos, los que ocupándose casi exclusivamente de Europa, de América septentrional, descuidan Asia y la Oceanía, centros hoy de un comercio muy activo y de ruidosas luchas políticas; el Asia, que reclama las miradas de la civilización y el examen de los filósofos; y la América meridional, plantel de nuevos gobiernos, cuna futura de naciones poderosas; el tercero, en suma, ilustrar el texto de geografía general de su padre D. Felipe Poey, tan generalizado en los establecimientos de educación de la Isla, y desprovisto hasta hoy de un atlas especial que reemplace a los diferentes ingleses, franceses y anglo-americanos”.⁴

La costosa técnica utilizada en la elaboración de los mapas debió encarecer la producción de la obra, por lo cual es fácil suponer que Andrés Poey no pudo realizar una tirada grande de ejemplares, pero independientemente de ello, su *Atlas* sustituyó en gran medida a los otros utilizados, y principalmente al más generalizado entonces entre los estudiantes de La Habana por su bajo precio de venta, el del geógrafo norteamericano Augusto Mitchell, caracterizado por una colección de cartas donde abundaban la de Estados Unidos de Norteamérica y el poco número de ellas para otras regiones del mundo.

El *Atlas* mencionado, conjuntamente con la *Cartilla geográfica* para las escuelas primarias, y el *Compendio de geografía moderna* para los colegios y escuelas secundarias fueron, durante el transcurso de la década de los años 40 del pasado siglo, quizás, la bibliografía que en lo referente a la enseñanza de la geografía universal más se utilizara en Cuba por los maestros y alumnos de escuelas públicas y privadas.

Pasado el tiempo, los planes de estudio en la Isla fueron modificándose, y con ellos los libros de texto de Poey fueron paulatinamente sustituidos por otras obras, entre ellas unos *Elementos de geo-*

⁴ Cirilo Villaverde: “Atlas de geografía moderna para el uso de los colegios y escuelas primarias, arreglado a los cursos de geografía de D. Felipe Poey”, y dedicado a D. José de la Luz y Caballero, por Andrés Poey, Habana, 1848, *El Artista*, t. I, no. 1, pp. 1-2.

grafía escrito por Pelayo González,⁵ del cual aparecen referencias en el libro de *Elencos y discursos académicos de José de la Luz y Caballero*; pero el principio con el cual dio inicio Poey al prólogo de su *Compendio* en 1840, se mantuvo axiomáticamente a la hora de emprender otros trabajos similares:

“Un buen tratado de geografía no exige, fuera del método, originalidad en el autor. Como no se pueden inventar las provincias ni las ciudades, fuerza es valerse de autores acreditados y copiarlos con mayor o menor acierto. Para esto no se necesita ingenio, sino juicio y conciencia; primeramente, para escoger buenos modelos; seguidamente para elegir los materiales”.⁶

⁵ Pelayo González del Río fue director del colegio Nuestra Señora de Guadalupe. Sobre su obra: *Elementos de geografía e historia de la isla de Cuba*, en el tomo II de la revista habanera *El Artista*, año 1849, página 73, aparece el siguiente comentario:

“Examinando dicha obra la encontramos muy apropiada para la juventud que empieza el estudio de la Geografía. La obra comienza por unas nociones generales por mejor decir un corto capítulo de nomenclatura geográfica. Luego sigue la parte geográfica que comprende la situación, figura, población, clima, y sus producciones naturales de los tres reinos. Después, la parte descriptiva bajo el aspecto físico y topográfico de las ciudades. Por último, un resumen histórico bastante ameno y al alcance de los niños. La obra es en cuarto menor extendiéndose hasta 44 páginas. El señor Pelayo es acreedor de la estimación del público estudioso, tanto por los trabajos verdaderamente útiles que se dedica, como por el bien que hace a la juventud multiplicándole los medios de instruirse en las ciencias físicas.

⁶ Felipe Poey: *Compendio de la geografía moderna para los colegios y escuelas secundarias*, edc. cit., “Prólogo”.

LA GEOGRAFÍA DE LA ISLA DE CUBA



En la hoja de servicios universitarios del expediente docente de Felipe Poey se puede leer, en el acápite de “Servicios especiales en la carrera”, la siguiente nota redactada por él cuando tenía setenta y cinco años: “Su *Geografía de la isla de Cuba*, que ha tenido diez y nueve ediciones, es la primera que se ha escrito y publicado”,¹ a lo que puede agregarse, en juicio de un discípulo y contemporáneo:

“[...] Excelente texto, a la claridad y pureza de las formas une un verdadero caudal científico —en especial, zoológico— y una corrección por desgracia bastante rara, más que todo, si se le compara con los que —salva contada excepción— reemplazaron el texto expresado en la enseñanza reglamentaria”.²

La primera edición de los trabajos que Poey redactó sobre la geografía de su patria fue publicada en 1836, bajo el título de *Compendio de la geografía de la isla de Cuba*, parte I, Topográfica, y tenía como característica distintiva, ser una obrita de 53 páginas en octavo, formato que con posterioridad, en las siguientes impresiones fue modificado. En su prólogo escribía el autor: “Doy a luz este primer tomo de la *Geografía de la isla de Cuba*, que encierra la parte más necesaria a la instrucción de los niños, en los colegios y escuelas públicas, para cuya utilidad la he compuesto”.³

El contenido de la obra, que hoy es una rareza bibliográfica, merece ser brevemente descrito. Se repartió en 13 capítulos, anteceditos por una explicación detallada de 42 definiciones ordenadas alfabéticamente, muy útiles al lector; al familiarizarlo con el sistema de pesos y medidas vigente en Cuba y sus equivalencias con los sistemas adoptados en España y otros países europeos. A este glosario agregé también algunos conceptos vinculados a la economía y a la sociedad cubana.

¹ A. H. Museo Finlay, Papeles de Felipe Poey, carpeta 2, documento 30.

² J. Vilaró: “Felipe Poey. Apuntes para su biografía”, *Revista Cubana*, 1885, t. II, pp. 481-490.

³ Felipe Poey: *Compendio de la geografía de la isla de Cuba*, Parte I, Topográfica, Imprenta del Gobierno y Capitanía General por S. M., La Habana, “Prólogo”, 1836.

El primer capítulo está dedicado a estudiar la situación de la Isla, donde se aprecia la gran influencia que en él ejercieron los trabajos que sobre Cuba realizó Alejandro de Humboldt; a éste sigue la explicación de la división territorial, para la cual reconocía cinco secciones, la civil, militar, marítima, de real hacienda y la eclesiástica. En el capítulo tercero, menciona de acuerdo con los tres departamentos existentes, el occidental, central y oriental, las ciudades, villas y pueblos más importantes de la isla, explicación que se relaciona con los conocimientos por él expuestos en algunas de las definiciones con las cuales encabeza su libro. Las descripciones de los montes, penínsulas, cabos, puertos, islas, cayos, bajos, estrechos, canales, lagunas y ríos, como accidentes geográficos las refirió en los ocho capítulos siguientes; dejó como contenido de los dos últimos, las explicaciones sobre caminos reales y de hierro; las notas suministradas sobre el ferrocarril son muy interesantes si atendemos a que fueron escritas sólo a pocos meses de iniciada su construcción.

Cuando el *Compendio de la geografía de la isla de Cuba* salió de imprenta y estuvo a la disposición de los interesados en la Librería del Gobierno, al precio de cuatro reales, la acogida que le hizo la prensa, y el favorable juicio que de su autor dio, se refleja en las siguientes líneas escritas el 12 de julio de 1836 en el *Diario de la Habana*:

“El autor de esta obra ha enseñado la geografía de la Isla en el colegio de Carraguao; y ha conocido por experiencia el método más conveniente de tratar esta parte útil de la enseñanza pública. El orden y subdivisión de los capítulos, los nombres propios sacados a la línea y puestos con letras bastardillas, la situación de los lugares indicados casi siempre, y la juiciosa elección de los mismos, para contar a los literatos y estudiosos, sin sobrecargar la memoria de los niños, recomiendan esta obrita que por su naturaleza no puede ofrecer otro carácter de originalidad. Los datos nuevos se encuentran principalmente en el artículo sobre definiciones, puesto al principio del compendio, donde el *frasco* del consulado y las otras medidas de capacidad para mieles y aguardientes, se hallan reducidas a litros en beneficio del comercio; y comparando el metro con las varas de Madrid, de Burgo y de la Habana, se dan noticias curiosas para los agrimensores”.⁴

Como se deduce del artículo anterior, uno de los aspectos de la geografía que más interés despertó fue el estudio de los patrones cubanos de pesos y medidas existentes en el Ayuntamiento de La Habana y en la Casa del Real Consulado, a los que agregó algunas definiciones económicas y jurídicas de gran utilidad para la com-

⁴ “Compendio de la geografía de la isla de Cuba por D. Felipe Poe y”, *Diario de la Habana*, martes, 12 de julio de 1836.

prensión de los conceptos de distancia, divisiones territoriales, accidentes del terreno, comercio y otros términos empleados en el texto; temática al parecer abordada por su importancia en algunas de las geografías de la época que consultó, como el *Compendio de geografía universal* de Adrián Balbi,⁵ de la que sabemos conocía su segunda edición de 1835.

En este sentido, son de gran valor las notas que sirvieron para dejar establecidos los valores de las distancias empleados en su geografía. En ella se utilizó con frecuencia la voz *legua*, la cual, sin otra designación, era igual a la conocida por *legua habanera*, también nombrada legal o provincial, equivalente a 5 000 varas, o en el sistema métrico, a los 4 240 metros, donde la *vara habanera* representaba la longitud de 848 milímetros. Otro término para expresar las unidades de medida lineal y distancia fue el de *legua marítima*, calculada en 5 562,6 metros o en 6 559,67 varas; a estas especificaciones creyó necesario sumar la definición de *legua de tierra* o *de corral*, expresión vulgar aplicada —según Poey— a la cuarta parte de un corral, cuya superficie deba medir 105 caballerías y 90 cordeles.

Las medidas volumétricas más utilizadas en Cuba fueron igualmente calculadas en su libro de texto. Por ejemplo, en su explicación dice que el *barril* de hacendado o de conducción es igual a la *caneca* del Consulado, equivalente esta última a diez frascos, cuyo modelo en cobre se encuentra depositado en dicho local, aunque algunos hacendados solían arreglar con los compradores de mieles la medida, convirtiéndola en siete galones, cuando su verdadero volumen debía ser de seis galones y medio. De la misma manera expresó que el *frasco*, como unidad, en la casa consular desde 1819, era de tres botellas, comprobando a la vez con sus investigaciones su igualdad a los 2,442 litros. El *galón*, ampliamente empleado por los comerciantes cubanos, independientemente de ser una medida inglesa, fue también incluido en su glosario, después de analizar su valor y sus usos en el país; al no contar con un modelo oficial, le asignó una capacidad de cuatro botellas y media, o sea, 3,663 litros, volumen un tanto diferente al aprobado en Inglaterra, de 4 543 457 litros, tal como se estableció en ese país desde 1824 cuando se unificó el sistema de medidas imperiales.

Otros conceptos de incidencia económica y social, o vinculados con la agrimensura o medidas agrarias, fueron también incluidos en su glosario. De acuerdo con la definición que hace de *hacienda*, sabemos que

⁵ Este geógrafo italiano nació en Venecia en 1782 y murió en Viena en 1848. Publicó en 1817 un *Compendio de geografía* y en 1882, en París, su obra *Abrége de geographie*, de la cual se hizo traducciones al español, italiano, portugués, griego, inglés y alemán.

éstas estaban constituidas por los hatos, corrales y realengos de consideración, destinados a la cría del ganado, y que en los hatos se criaba preferentemente ganado vacuno, caballar y mular, y en los corrales el de cerdo. Los hatos debían tener una superficie de 1 684 caballerías y 144 cordeles, mientras que los corrales 421 caballerías con 36 cordeles. Los terrenos que quedaban encerrados entre las curvas circulares que servían de límites a hatos y corrales formaban, como se sabe, los *realengos*. Denominó *ingenio* a la finca en la cual se cosecha la caña y se elabora el azúcar, y como *pueblo* a todo aquel asentamiento humano donde exista una iglesia, y que al mismo tiempo no hubiera recibido el título de villa.

Algunas de las fuentes consultadas por Poey para escribir su geografía se encuentran en los trabajos sobre Isla de Pinos del teniente de caballería y agrimensor Alejo Helvecio Lanier, publicados en las *Memorias de la Sociedad Económica de Amigos del País*, en 1836, quien además le facilitó consultar los originales del mapa de cinco hojas elaborado bajo la dirección del coronel José Valcour, impreso en Barcelona en 1835, conocido con el título de *Cartas de Vives*, pues bajo el gobierno de este general fue cuando se ordenó su confección con el objetivo de establecer un plan general de defensa militar en la Isla.

Humboldt es el científico que con mayor frecuencia aparece citado por Poey. Cuando en el capítulo introductorio determina la situación geográfica de la Isla hacia los 76 grados oeste, tomando como guía el faro del Morro con relación a Cádiz, en las anotaciones al texto no escapa la alusión a este científico alemán, ya que según los cálculos por él efectuados, ésta deba ser de 76 grados 0 minutos 48 segundos, y en similares circunstancias, al deducir la extensión del territorio en 220 leguas marítimas, de acuerdo a la curva más corta que atraviesa por su centro, agregó a su cifra la suministrada por Humboldt, estimada en 227 leguas.

En 1839, Poey entregó a la imprenta la segunda versión de su *Compendio de la geografía de la isla de Cuba para los colegios y escuelas secundarias*. La nueva edición aparecía corregida en detalles y aumentada con la introducción de nombres antiguos y noticias históricas, además contaba con datos de la población de algunas ciudades, pueblos y villas de determinada importancia.

Los asesores, tal como los nombrara Poey en el “Prólogo” de su libro, habían sido el geógrafo Esteban Pichardo, el agrimensor Tranquilino Sandalio de Noda y el historiador José María de la Torre, cuya cooperación consistió en haber ofrecido algunas noticias históricas y señalar nombres antiguos de lugares y sitios geográficos con sus correspondientes modernos.

También reconoció las aportaciones documentales de José Rafael Travieso, Ildelfonso Vivanco, Antonio Bachiller y Morales,⁶ Rafael Navarro, y las del teniente Esteban Baus, quien facilitó los informes sobre la villa de San Juan de los Remedios, nombrada antiguamente El Cayo, por estar ubicada en un islote del litoral cercano al puerto de Caibarién, trasladada en 1689 a tierra firme, cuando sus habitantes trataban de evitar las invasiones de piratas.

La estructura primera, por la cual la obra quedaba dividida en tres capítulos, se mantuvo igual en la segunda edición, pero los contenidos variaron sustancialmente. A las definiciones se sumaban otras noticias históricas donde, después de la reseña de los acontecimientos transcurridos durante los primeros años del descubrimiento y colonización, se mencionan las invasiones, saqueos e incendios de los piratas durante el siglo XVII, la toma de La Habana por los ingleses, en 1762: y la declaración de comercio libre.

Influido por la tendencia sociológica manifestada en la obra geográfica de Humboldt, o quizás estimulado por los estudios etnográficos que en esta época comenzaban a llamar la atención de algunos intelectuales, en uno de los capítulos de su texto resaltaba Poey la siguiente nota sobre la histórica villa de Guanabacoa: “Pueblo primitivo de indios, donde el Ayuntamiento de la Habana mandó a recoger en 1554 los indios que vagaban por los campos, para adoctrinarlos y civilizarlos”.⁷

Es de señalar que el estudio sobre los primeros habitantes de la Isla, objeto de un movimiento literario hacia los años 50 del pasado siglo en Cuba, no fue abandonado por Poey como temática investigativa con el transcurso del tiempo, sino al contrario, pues en sucesivas ediciones de su obra aparecen notas como ésta:

“Es ciertamente un error el creer que los indios no tuviesen más provincias que las que hoy conocemos; sobre todo si se entiende por esta palabra un distrito sometido al gobierno de un cacique. No hemos hecho los modernos otra cosa más que tomar apuntes de todas las provincias que se encuentran nombradas de paso en las historias primitivas; y quedamos en la ignorancia sobre las demás, que no dejen

⁶ Si Felipe Poey, en su obra, reconoce los aportes que a la misma hizo Antonio Bachiller y Morales, es interesante señalar, a su vez, que el bibliógrafo cubano, en su *Prontuario de agricultura general para uso de los labradores y hacendados de la isla de Cuba*, impreso en 1856, recomendó la segunda edición del *Compendio de la geografía de la isla de Cuba* de Poey, pues consideraba sus notas de singular interés, a la hora de tener en cuenta un trabajo que tratara del sistema agrario de medidas.

⁷ Felipe Poey: *Compendio de la geografía de la isla de Cuba para los colegios y escuelas secundarias*, Imprenta del Gobierno por S. M., segunda edición muy corregida, aumentada con la correspondencia de nombres antiguos y noticias históricas, varias notas y Apéndices, La Habana, 1839, p. 17.

de ser tan numerosas en los departamentos centrales y occidentales como en el oriente, que fue la parte más conocida al principio del siglo XVI”.⁸

Como lingüista no desaprovechó la oportunidad que la geografía le brindó a sus investigaciones sobre los hábitos del lenguaje, escribiendo al respecto la siguiente nota sobre la fonética de una palabra indígena:

“Muchos escriben Wajay y pronuncian Ubajay. Un amigo ilustrado piensa que este es un error nacido de que los ingleses se valen de la w para el gua indígena. En el campo se pronuncia Jubajay”.⁹

Tres fueron los apéndices que Poey agregó al texto de esta geografía. El primero contenía el nombre de las antiguas provincias; el segundo, un estimado de la población de la Isla, que independientemente de los estragos del cólera —según sus propias palabras— debía ascender a las 900 000 “almas”; y el tercero, unas advertencias sobre el modo de iluminar las cartas topográficas.

La información del tercer apéndice es en definitiva un resumen metodológico de las cartográficas. Esto resultó de gran valor si tenemos en cuenta que nunca antes en Cuba se habían confeccionado trabajos de este tipo, y que los interesados en llevar al lienzo, iluminar y reproducir mapas, generalmente los enviaban a España o a Estados Unidos, de donde volvían, las más de las veces, con grandes errores. Por eso, conocedor como era de la necesidad de componer en el país los nuevos planos que mostraran el avance de la geografía, y para evitar en el futuro las imperfecciones que en ellos pudieran surgir, añadió algunas “advertencias”.

Recomendó el uso de colores principales para los tres departamentos existentes. Amarillo para occidente, que era el departamento más poblado, verde para el central, y el rosado para oriente.

Según su opinión, los límites de las jurisdicciones menores debían ser reconocidos con colores subidos, naranja en el departamento occidental, azul en el central y carmín subido en el oriental; se debía pintar de azul el mar, al igual que los interiores de bahías, puertos y esteros. Para los cayos propuso el mismo color que el de los departamentos o provincias marítimas a que pertenecieran, explicando además, que no debían colorearse las islas, cayos y tierras que se encontraran fuera de los límites cubanos, y que se debía dar el mismo color a las ciudades de una misma jurisdicción.

⁸ Felipe Poey: *Compendio de la geografía de la isla de Cuba, acompañado de un Apéndice sobre la geografía antigua*, novena edición, muy corregida y aumentada con noticias breves e instructivas que amenizan su estudio, Imprenta El Artista, La Habana, 1849, pp. 27 y 28.

⁹ *Ibidem*, nota 5.

Sería difícil determinar si Poe y llevó a la práctica sus normas, pues hasta hoy no han aparecido muestras que evidencien sus trabajos en este sentido; pero probablemente debieron ejercer cierta influencia entre los maestros de escuelas o entre los cartógrafos de la época, que como Esteban Pichardo desplegaron su actividad en el terreno de la geografía.

Consciente Poe y del papel pedagógico que su obra desempeñaba en el proceso de enseñanza, al ser prácticamente el único libro de texto que sobre la materia se había publicado en el país, las demás versiones que escribió en lo sucesivo fueron modificando algún que otro aspecto, con la finalidad de mejorarlo didácticamente. En función de esto suprimió, en 1842, los apéndices de la anterior edición y algunos pormenores explicativos sobre accidentes geográficos, pero antes recomendó a los más estudiosos acudir a la biblioteca de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, donde se podían encontrar los trabajos recientes sobre geografía, muy especialmente los de su amigo José María de la Torre, autor de un diccionario topográfico y de unos mapas muy instructivos, tal vez los más usados entre los alumnos cubanos hasta que, en 1848, Andrés Poe y realizó los suyos como ilustraciones a la octava edición de la geografía de su padre.¹⁰

En el año 1842 Poe y plantea que “Por haberse vendido más pronto de lo que esperaba la segunda edición de esta Geografía, me hallo en el caso de dar la tercera sin haber concluido los trabajos necesarios para formar la parte natural y política”,¹¹ daba a entender que, en futuras publicaciones, la biogeografía sería uno de los temas a tratar en el futuro. Pero por falta de tiempo, no lo materializó hasta transcurridos varios años, y después de varias ediciones.

En la décima quinta edición de su libro de texto *Geografía física y política de la Isla de Cuba*, publicada en 1855, encontramos varias observaciones que obedecen al estudio que su autor venía realizando sobre historia natural, y sobre otros campos.

¹⁰ La primera de estas dos piezas cartográficas confeccionadas por Andrés Poe y es el “Mapa de la isla de Cuba, desde Bahía Honda hasta Guamutas, arreglado a la nueva división territorial”, fue litografiado por Luis Marquier en La Habana y escrito por F. de V. y Zamora. Se confeccionó a escala de 1:800 000 y en éste se indican las ciudades, villas y pueblos de importancia, conjuntamente con los paraderos de ferrocarril, caminos reales y los caminos de hierro construidos, en construcción y los proyectados. El segundo plano fue, según Carlos M. Trelles en su *Bibliografía cubana del siglo XIX*, el “Mapa mudo de la isla de Cuba”, cuyas medidas eran 32 pulgadas de largo por 32 de ancho.

¹¹ Felipe Poe y: *Compendio de la geografía de la isla de Cuba*, tercera edición corregida y limitada a las notas más precisas, “Prólogo”, Imprenta del Gobierno por S. M., La Habana, 1842.

En el acápite sobre historia natural desarrollado en el capítulo introductorio incluye notas sobre mamíferos, aves, reptiles, peces, sobre los llamados anulosos (anélidos o gusanos anillados), los moluscos, zoófitos, fósiles e incluye también el reino vegetal y el mineral. En cada uno de los casos escribe el nombre de los ejemplares tratados, conjuntamente con su ubicación geográfica, la utilidad comercial y económica de aquellos que la tuviesen, y son frecuentes las observaciones históricas, que en algunas circunstancias aclaran errores generalizados; y al igual que en sus publicaciones anteriores reconoce la cooperación de otros especialistas, en ésta hace referencia al apoyo que Juan Cristóbal Gundlach le ofreció al comunicarle los nombres de las aves y otros informes de interés.

Entre las observaciones que contiene la edición analizada, fue muy oportuna la explicación que dio sobre el tacuache, pequeño mamífero insectívoro mexicano, confundido con el almiquí o *Solenodon cubanus*, representante arcaico de nuestra fauna de mamíferos, descrito como especie nueva para la ciencia por el doctor Wilhelm Peters de Berlín en 1861. Sobre ello escribió:

“Esta denominación no es cubana. Apareció equivocadamente por primera vez en 1838 en un periódico titulado *El Plantel*, y se ha repetido en varias obras, generalizándose entre los eruditos, que empiezan a hacerla vulgar. Ni distingue al almiquí o *Solenodon paradojo*, ni otra especie alguna de la isla de Cuba. El nombre es mejicano, no menos que el animal que debe aplicarse”.¹²

Aunque Felipe Poey no se refirió a ello, el vocablo tacuache como voz indígena era —según Esteban Pichardo—¹³ sinónimo de mentira. De allí su oportuna aclaración al error que él mismo había cometido en 1838, en el periódico señalado.

La parte política, ampliamente tratada en la geografía, es en la actualidad una útil fuente de conocimientos históricos. Entre los conceptos que en ella se recogen son significativos las valoraciones que hace del estado sanitario de la Isla, pues siguiendo las ideas de la época establece un nexo entre fiebre amarilla y los focos de corrupción marítima, donde cree se desarrolla la enfermedad. O sobre la composición etnográfica de la población cuyo estimado —según calculaba— sobrepasaba entre individuos de otras nacionalidades y los naturales del país, la cifra de un millón de habitantes, con una densidad poblacional de 270 por legua cuadrada.

¹² Felipe Poey: *Geografía física, política de la isla de Cuba*, edición decimaquinta, Imprenta y papelera de Barcina, La Habana, 1855, pp. 43-44.

¹³ Esteban Pichardo: *Diccionario provincial casi razonado de voces y frases cubanas* [la edición original es de 1836], Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.

Al narrar en su obra las costumbres del país, su geografía adquirió, además del valor testimonial, cierto sabor literario:

“Las mujeres —escribía Poey— hacen poco ejercicio, y tienen por esta causa la salud extremadamente delicada. La juventud desdeña por lo común los oficios industriosos, y se dedica con frecuencia a las carreras del comercio, medicina y jurisprudencia, que halagan su vanidad; los que no pueden costear sus estudios solicitan acomodarse de escribientes. El tráfico lucrativo de venta de comestible y efectos para vestirse, se encuentra casi todo en manos de peninsulares. Los talleres de la industria se hallan principalmente ocupados por la gente de color, salvo el ramo de tabaquería que emplea muchos hombres blancos. La facilidad de servirse de negros esclavos, para el cultivo de las tierras, aparta muchos campesinos de los trabajos corporales, y por esto son tantos los que se inclinan a diversiones ociosas y al juego perseguido con tesón por el Gobierno”.¹⁴

La agricultura, escribía: “Está muy atrasada en cuanto a los métodos y los instrumentos”¹⁵ y sobre la industria reconocía que “la elaboración del azúcar es la principal industria del país, y ha adquirido un grado notable de perfección con la introducción de las máquinas modernas”.¹⁶ Los esclavos, principal fuerza productiva de la economía colonial cubana, representados en su casi totalidad por la raza negra, fueron reconocidos por Poey como descendientes de “naciones africanas”, expresión que lo coloca muy por encima de algunos contemporáneos que consideraban que los negros esclavos provenían de “comarcas”, o simplemente los catalogaban genéricamente como bozales o ladinos, entendiéndolo por ello a los negros nacidos en África.¹⁷

En 1860, las geografías de Poey llegaron a un total de diecinueve ediciones, verdadero récord de impresión, que se explica, entre otros detalles, porque su autor siempre sintió preocupación por renovar datos obsoletos o que no estuvieran acorde con el progreso de la ciencia.

Un último ejemplo nos los ofrece la penúltima edición de 1858, perteneciente originalmente a Tranquilino Sandalio de Noda, ejemplar hoy depositado en la Biblioteca Nacional “José Martí”, donde se lee la si-

¹⁴ Felipe Poey: *Geografía física y política de la isla de Cuba*, edición decimaquinta, Imprenta y papelería de Barcelona, La Habana, 1855, p. 10.

¹⁵ *Ibidem*, p. 16.

¹⁶ *Ibidem*.

¹⁷ Sobre el término “negro de nación” que difiere de la expresión “de naciones africanas” utilizado por Poey, véase: Fernando Ortiz: *Los negros esclavos* [la edición original es de 1916], Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987, pp. 168-169.

guiente nota, hecha al margen de puño y letra de su autor: “Las distancias terrestres van expresadas en kilómetros.— Es ya tiempo de no usar sino la medida española, que no se usará mientras estemos usando la provincial”.¹⁸

¹⁸ Felipe Poe: *Geografía física y política de la isla de Cuba*, edición decimoctava, “Prólogo”, Imprenta y papelera de la viuda de Barcina, La Habana, 1858.

LA MINERALOGÍA



Al español Ramón de la Sagra correspondió la creación, en 1826, de la primera cátedra de mineralogía y geología abierta en la Isla, la cual contaba con un muestrario de minerales colectados en diferentes regiones de la península ibérica y de Francia, con libros de su propia biblioteca, en la cual no faltaba la obra *Tratado de mineralogía* — publicada en 1801 en París por el abate Haüy—, y hasta sus instrumentos, ofrecidos por él “con mucho gusto” a la juventud que asistiera a sus lecciones. Al iniciar el curso, el 18 de noviembre, pronunció las siguientes palabras en el acto de apertura:

“La isla de Cuba puede actualmente, y en lo sucesivo, sacar considerables ventajas del conocimiento de las producciones minerales de su suelo. Cuando el comercio y la civilización han elevado a los pueblos a cierto grado de esplendor, las artes fijan en ellas sus residencias, se establecen entre sus moradores y proporcionan con sus productos mil comodidades para la vida social. Todas las naciones del mundo comenzaron obteniendo de la agricultura, de la caza, de la pesca, etc., el primer grado de una existencia duradera”.¹

Pero Ramón de la Sagra, independientemente del ánimo con que acometió su proyecto, tuvo que contentarse, al fracasar en su empeño, con los no muy halagüeños objetivos alcanzados en la enseñanza de otra rama de la historia natural, la botánica, cátedra que desde 1823 ejercía en el Jardín Botánico de La Habana, del cual era director.

Trece años después, en 1839, Juan Bautista Sagarra proponía a los miembros de la Sociedad Económica de Amigos del País y al Gobierno, la creación de una cátedra minera en Santiago de Cuba, y luego de enfatizar la necesidad de desarrollar la actividad en la región oriental, por los yacimientos que en ésta se encontraban, exponía sus ideas en estos términos:

¹ Ramón de la Sagra: *Oración inaugural a la cátedra de mineralogía y geología abierta en obsequio de la juventud habanera*, el día 18 de noviembre de 1826, Imprenta de D. Pedro N. Palmer e Hijo, La Habana, 1826, p. 7.

“La naturaleza dotó nuestro suelo de otras riquezas que no conocemos ni conoceremos en muchos años; porque necesitamos la antorcha de las ciencias, que digámoslo con franqueza, no está todavía en nuestras manos, hallándonos como todavía nos hallamos en la infancia de la Ilustración.”²

Pese a las intenciones de este santiaguero, y que esta petición era hecha al gobierno debido al auge que había alcanzado la minería en la región oriental del país, su intento no tuvo éxito, y al igual que La Sagra, no pudo sentar cátedra ni poner en práctica sus ideas de progreso.

En 1863, por disposición del gobierno colonial, el plan de estudio de 1842 para la educación superior fue modificado y, por tanto, la Facultad de Filosofía fue sustituida por las secciones de Filosofía y Letras y de Ciencias, el ya experimentado profesor don Felipe Poey, pasó a ocupar una de las cátedras de nueva creación, con 64 años de edad.

Tuvo que enfrentar dificultades iniciales para impartir esta cátedra, cuyas asignaturas comprendían conocimientos de zoología, botánica, mineralogía y geología; no existían planes concretos o guías de estudio apropiados para los estudiantes de la universidad, así como los escasos materiales de laboratorio, para las clases prácticas, estaban deteriorados.

Para explicar los conceptos de la mineralogía y geología, Poey sólo contaba con las piezas y muestras que habían formado parte del extinto museo³ de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, y que él mismo clasificó y reorganizó, en 1856, para ser utilizado por los universitarios.

A esta situación se suma la falta de conocimientos elementales de los estudiantes, pues no fue hasta 1843, con el inicio del Plan General de Instrucción Pública para las Antillas, cuando en realidad se empezó a impartir —oficial y sistemáticamente— los elementos de la historia natural. Esta ciencia y la geología habían sido promovidas, con anterioridad, como materia de estudio en colegios privados, como el de San Fernando y el de San Cristóbal en Carraguao, y el interés en ella, sobre todo el expuesto por José de la Luz y Caballero, debió ejercer una influencia positiva entre los círculos intelectuales vinculados a tareas pedagógicas.

² Citado por L. Soto González: *Apuntes sobre la historia de la minería en Cuba*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1981, p. 92.

³ En la junta ordinaria celebrada en la Real Sociedad Económica de Amigos del País del 31 de enero de 1856 se acordó donar al gabinete existente en la Real Universidad de La Habana los minerales que aún existían en el extinto museo de esa institución por “considerar que en aquella corporación podrán ser provechosas para el estudio del ramo”, *Memorias de la Real Sociedad Económica de Amigos del País*, 1856, t. III, p. 26.

Un año después de instrumentarse el referido proyecto, Felipe Poey y Rafael Navarro tradujeron al español la obra *Nociones elementales de historia natural* de Gabriel Delafosse, un mineralogista francés que desempeñaba, en calidad de profesor, la especialidad en la Facultad de Ciencias de París. Navarro y Poey reprodujeron la primera parte del libro, cuyo contenido ofrecía unas consideraciones generales acerca de la naturaleza de los minerales y sus clasificaciones, con el interés de suministrar a los alumnos de San Cristóbal de Carraguo el texto necesario para el aprendizaje de la asignatura.

Poey, por otro lado, no fue ajeno al influjo que el auge de la minería, desde el punto de vista económico, imprimió a los círculos interesados en el desarrollo de los conocimientos científicos del país, del cual no se excluían ni las instituciones culturales, con sus sistemas de premios a las mejores memorias que ofrecieran temas sobre minería, ni la prensa periódica, en la que desempeñó un papel principalísimo el *Repertorio Médico Habanero*, fundado por el doctor Gutiérrez en 1840, una de las revistas que con más seriedad asumió la divulgación de los estudios mineralógicos, con el objetivo de desarrollar la medicina.

La Sociedad Económica le encomendó a Poey, en 1837, la tarea de participar en un proyecto de reconocimiento geológico de la Isla, similar a otro realizado en el estado de Nueva York, en Estados Unidos. El gobierno colonial tenía gran interés en este trabajo, por lo que también tenían que rendir informes José de la Luz y Caballero, José Estévez y Domingo del Monte.

Don Felipe se vio precisado a incursionar también en el reino mineral, pues debía redactar un capítulo sobre historia natural para una de las ediciones de su obra sobre geografía de Cuba. También profundizó en sus estudios con el propósito de lograr clasificar las muestras que la Sociedad Económica había donado al Museo de Historia Natural de la Universidad.

Por eso no es de extrañar que Poey, quien aprendía enseñando, y como señalara su discípulo predilecto Carlos de la Torre: “Estudiaba concienzudamente un asunto y lo exponía con suma claridad, descendiendo a los más íntimos detalles”,⁴ para así solucionar todas las dificultades, publicara nueve años después de hacerse cargo de la cátedra un *Curso elemental de mineralogía* que alcanzó tres ediciones; la última de ellas fue revisada y anotada para una cuarta edición que nunca llegó a imprimirse.

Como obra de referencia para sus primeras lecciones en la Universidad Poey utilizó principalmente la segunda edición del *Tratado de*

⁴ Carlos de la Torre: “Don Felipe Poey”, *Figuras cubanas de la investigación científica*, ed. cit., p. 336.

mineralogía de Pedro Alejandro Dufrenoy, publicado en 1856. En este libro el ingeniero y geólogo francés planteaba una nueva clasificación de los minerales, la cual atendía fundamentalmente a la composición química y a las formas cristalográficas que éstos presentaban, conceptos que encaminaban a esta ciencia hacia clasificaciones más modernas.

Para la elaboración del curso de 1868⁵ se guió por el sistema de las seis clases de tipos de minerales expuestas por Dufrenoy; explicando, por ejemplo, los cuerpos simples de acuerdo con la primera escala indicada por este autor; en segundo lugar, incluyó el estudio de las sales alcalinas; en tercero, las denominadas tierras alcalinas —llamadas en la obra francesa “metales terrosos”—; colocó en la cuarta clasificación los metales, así como en la quinta y sexta los silicatos y los combustibles. En este mismo programa, al analizar algunos compuestos, atendió a tres de las cuatro consideraciones establecidas por Dufrenoy: los caracteres externos, las propiedades físicas, y las químicas; dejó fuera de su explicación los caracteres geométricos y cristalográficos, pues según señalamientos de su discípulo Aristides Mestre, los problemas de cristalografía no eran abordados por esta época porque los alumnos que cursaban la asignatura no estaban preparados para recibir estos conocimientos.⁶

La trayectoria docente que siguió la mineralogía, como asignatura en los planes de estudios superiores, en época de Poey fue variando a través de los años, y a esto contribuyó en cierto modo la experiencia y los conocimientos que le proporcionaron las consultas de otras fuentes. Él manifestó en una ocasión que los catedráticos podían adoptar los textos que más le acomodaran a sus explicaciones, “siempre que la comisión de estudios no hallara obstáculos por parte de la religión y de las leyes”,⁷ por eso en el “Prólogo” a la primera edición de su *Curso elemental de mineralogía* —publicado en 1872— expresó que había utilizado, condensado en pocas palabras, los conocimientos fundamentales sobre los minerales de Dufrenoy, así como las obras de autores como Brougniart, Delafosse, Vilanova, Robin; y recomendó especialmente el *Manual de mineralogía*, de Felipe Naranjo y Garza, a los estudiantes que quisieran profundizar.

El tiempo real que Poey tenía para explicar la primera parte de su programa consistía en definir conceptos generales sobre mineralogía, y en segundo lugar, las especies minerales; tiempo realmente escaso, por esotuvo

⁵ Una copia manuscrita de estas lecciones de Felipe Poey puede verse en la Biblioteca Nacional “José Martí”, con el título “Especies minerales del curso de mineralogía” (La Habana, 12 de diciembre de 1868).

⁶ Antonio Mestre: “Poey”, *Revista Cubana*, 1891, t. XIII, pp. 169-182.

⁷ Manuscrito existente en el A. H. Museo Finlay, titulado “Proposiciones de D. Felipe Poey” (La Habana, 7 de enero de 1847).

que “condensar en pocas palabras los conocimientos más indispensables”⁸ e impartirlos sintetizados en un curso que sólo duraba cuatro meses.

En sus lecciones definió la mineralogía como la ciencia que enseña a conocer los minerales por su naturaleza y conjunto de propiedades, consideró la geología como parte integrante de ésta, pues los minerales son los elementos que componen la corteza terrestre, y explicó su utilidad para la industria, la agricultura y la sociedad; afirmó que las edades de la civilización humana estaban en parte determinadas por los progresos mineralógicos; a continuación, siguiendo en su programa el procedimiento pedagógico de preguntas y respuestas, enseñó las propiedades de la materia y de los cuerpos; con posterioridad comparó y examinó las diferencias entre los llamados cuerpos inorgánicos y los seres organizados.

Como otra forma de introducir la asignatura, expuso en su curso los caracteres mineralógicos establecidos por Dufrenoy, pero a éstos unió la explicación de otros no contemplados por este autor, entre ellos los empíricos, que según Poey, distinguían los minerales a través de los caracteres exteriores, cuando los geométricos y los químicos ofrecían dificultades; empleó además los organolépticos, definidos por el químico francés Eugenio Chavreul, como aquellas peculiaridades de los minerales fácilmente apreciables por medio de los sentidos, como el del gusto por el sabor, o el del olfato por su olor.

Enseñó la cristalografía como la “ciencia que estudia las formas nativas de los minerales”,⁹ la nomenclatura cristalográfica en concordancia con la geometría, y las influencias que en el desarrollo de esta rama ejercieron científicos como Linneo, Romé de l’Isle y Renato Justo Hauy, en quien se detiene para explicar sus leyes. Estos elementos, unidos a otros conceptos de las ciencias físicas y químicas, fueron en conjunto las ideas que básicamente incluyó en la primera parte de su plan de estudio.

Para exponer con mayor claridad las definiciones de difícil comprensión por su grado de abstracción, debió utilizar en sus lecciones el método, muy común en la época, de introducir los conceptos partiendo de la formulación de preguntas. De esta forma, al abordar, por ejemplo, las propiedades de la materia partía de las interrogantes, “¿Qué es átomo?”, “¿Qué es molécula?” En su curso, la molécula era definida como “la última asociación de átomos en un cuerpo simple o compuesto”,¹⁰ mientras que por átomo entendía “la última división de la materia”,¹¹ palabra tomada del griego, cuya traducción insistía, significaba lo indivisible.

⁸ Felipe Poey: *Curso elemental de mineralogía*, primera edición, “Prólogo”, Imprenta del Gobierno y Capitanía General por S. M., La Habana, 1872.

⁹ *Ibidem*, p. 31.

¹⁰ *Ibidem*, p. 9.

¹¹ *Ibidem*.

Siguiendo el mismo procedimiento de enseñanza preguntaba: "¿Qué es lo que constituye la especie en mineralogía?".¹² La solución la hacía recaer en la química, incluía a la mineralogía, por su esencia, dentro de ella; y al referirse directamente al lugar ocupado por la mineralogía en la categoría de las ciencias, escribió en otra parte de su programa:

"Es la parte concreta de la física y de la química, sin dejar por eso de pertenecer a la historia natural; así como la botánica y la zoología forman la parte concreta de la biología, siendo al mismo tiempo la historia natural de los vegetales y de los animales".¹³

Partidario de la definición que sobre la vida había elaborado Blainville: "La vida es el doble fenómeno de movimiento molecular, a la vez general y continuo, de composición y de descomposición, que presentan los seres organizados puestos en un medio adecuado a su organización";¹⁴ al entrar en consideraciones sobre ella, señaló las diferencias entre "especie" biológica y la mineralógica, entre la estructura de los "cuerpos inertes" o minerales y los seres organizados, pues para él los llamados cuerpos inertes podían existir en uno solo de los tres estados de la materia, mientras que los denominados seres organizados se constituían por partes sólidas que determinaban su forma, y por partes líquidas y gaseosas encargadas de conservar el movimiento. Mencionaba la nutrición como una diferencia esencial, pues era imprescindible para el movimiento de los seres organizados y se hallaba ausente en los minerales, que crecían por superposición o yuxtaposición, aumentando únicamente su volumen. Además, se refirió a la reproducción o generación como la diferencia más notable entre las dos formas de existencia.

Los elementos teóricos para la elaboración de la segunda parte del curso, destinada al estudio concreto de los minerales, los encontró Poey fundamentalmente en la obra de Dufrenoy, tomando de ella la distribución en clases y géneros, pero a diferencia del autor francés hizo una selección de las especies minerales a tratar, suprimiendo aquellas que a su entender resultaban de poca importancia para la industria, o aquellas otras de difícil clasificación por su rara composición.

Mientras Dufrenoy incluía la descripción de 600 especies y otras tantas variedades, en la Universidad de La Habana se estudiaban 160 con 115 variedades; por el nombre sólo se mencionaban unas 65. Con esta reducción, es de suponer que Poey intentaba ganar tiempo para sus explicaciones y profundizar en los conocimientos prácticos o de laboratorio que requería la asignatura.

¹² *Ibidem*, p. 73.

¹³ *Ibidem*, p. 8.

¹⁴ *Ibidem*, p. 13.

Al introducir esta parte de la materia en su cátedra, hacía referencia a las palabras leídas por él en la obra del geólogo francés Nereo Boube: “Si quieres que te diga lo que deseas saber, enséñame tu biblioteca; si quieres que te diga lo que sabes, enséñame tus colecciones”,¹⁵ y acto seguido recomendaba a sus discípulos, con visión de pedagogo experimentado y de investigador acucioso, que formaran sus propias colecciones arregladas a los conocimientos que iban adquiriendo.

En realidad, pocas son las especies tratadas en la segunda parte de su cuaderno donde no aparezca reflejado algún dato referente a Cuba, o alguna digresión oportuna. En este sentido, son frecuentes los ejemplos que enriquecen didácticamente su obra, como los casos en que al tratar el espato calizo como una variedad de la cal carbonatada cristalizada, manifiesta no sólo conocimientos mineralógicos, sino también geográficos y espeleológicos. Dice Poey: “Es la sustancia más rica en variedades de cristales: los que presenta la cueva de Bellamar, en las inmediaciones de Matanzas, son bellísimos y muy variados”.¹⁶ Y más adelante, al examinar una de las variedades de la cal carbonatada compacta, la denominada “caliza hidráulica”, evidencia sus estudios geológicos al escribir que ésta “se encuentra en los terrenos jurásicos, y existe en La Habana al pie del castillo del Príncipe”.¹⁷

Se muestra como crítico conocedor de la obra de los autores clásicos cuando al analizar el origen de los meteoritos explica:

“La opinión más antigua es que son piedras que se forman en los límites de nuestra atmósfera. Laplace suponía que eran arrojados por los volcanes de la Luna. Humboldt opina que son fragmentos de pequeños planetas que circulan en el espacio, y entran en nuestra esfera de atracción, atravesando la atmósfera con bastante rapidez para encenderse en su trayecto”.¹⁸

Cuando quiere ampliar un concepto recurre a las *Addenda* de su libro. En esta sección ofrece, entre otras muchas, la siguiente nota en la cual recoge las opiniones de diferentes autores sobre determinado asunto científico:

“¿Qué debemos entender por petrificación? ¿Qué entiende Dufrenoy por esta palabra? Acaso la sustitución de la sílice y de los silicatos una sustancia orgánica, con exclusión de lo que pudiéramos llamar metalización, sustitución por un mineral metálico. El modo con que están redactados los párrafos que se leen en la página 10 del tomo I de su

¹⁵ *Ibidem*, p. 78.

¹⁶ *Ibidem*, p. 101.

¹⁷ *Ibidem*, p. 103.

¹⁸ *Ibidem*, p. 111.

tratado de mineralogía, no nos conduce a este significado tan estricto, sino la sustitución de un mineral cualquiera. El Sr. Vilanova, *Manual de geología*, tomo II, página 133, dice que la petrificación es la sustitución completa de la materia animal y vegetal por otra inorgánica.

”La definición de D’Orbigny, conforme con la del Sr. Vilanova, designa ‘todo cuerpo orgánico enterrado en las capas terrestres, cuya forma exterior se ha conservado, pero con la estructura íntima más o menos destruida, y sustituida por una materia mineral diferente de la composición de aquel en estado vivo’. Los dos autores que acabo de nombrar no distinguen sustancias fosilizadoras”.¹⁹

Fue muy importante para Poey, cuando ya impartía la cátedra, establecer relaciones con algunos de los autores españoles que en la Península se destacaban por sus investigaciones geológicas y en los estudios de mineralogía. En la década de los años 60, por mediación de su amigo, el naturalista Laureano Pérez Arcas, entabló correspondencia con el ingeniero Felipe Naranjo y Garza, autor de un tratado de mineralogía que se publicó en España. Naranjo y Garza había editado en 1862, en Madrid, unos *Elementos de mineralogía general, industrial y agrícola*, utilizados para la docencia en universidades y escuelas superiores, y un *Manual de mineralogía general, industrial y agrícola* para las escuelas profesionales, obras que personalmente remitió al colega cubano.

Poey, reconociendo el valor informativo y didáctico de estos libros, recomendó a sus alumnos, en el “Prólogo” de su curso elemental, que consultaran, si querían profundizar en los estudios sobre yacimientos minerales y su explotación, el *Manual de mineralogía* de este autor, que al parecer se vendió en librerías de La Habana. Por su parte, una vez publicadas sus lecciones, en gesto de agradecimiento y reciprocidad, envió un ejemplar de su libro al ingeniero Naranjo, el que fue calificado por éste como “grata sorpresa” e “interesante obra”.²⁰

Con fecha 11 de junio de 1866 recibía Poey una carta del geólogo español Juan Vilanova y Piera en donde se leía:

“Muy Sr. mío y apreciable compañero: agradable y por muchos títulos halagüeña fue para mí su grata de 5 de abril po. pdo. en la que me participaba haber recibido por conducto de mi querido amigo D. Justo Zaragoza, el ejemplar de el *Manual de geología* publicado que dediqué a V. como un débil testimonio de la consideración que siempre me ha merecido V. Agradezco sobremanera el lisonjero concepto que ha formado V. de dicha obra, en la cual más que mérito verdadero en su autor,

¹⁹ *Ibidem*, p. 159.

²⁰ Carta de Felipe Naranjo y Garza a Felipe Poey (sin fecha). A. H. Museo Finlay, Papeles de Felipe Poey.

veo la expresión de la bondad y fina atención de V., de todos modos, doy a V. las más expresivas gracias por ello, así como por la recomendación que quiere hacer de la obra a sus discípulos”.²¹

El *Manual de geología aplicada*, al cual se alude en la carta anterior, había sido publicado en Madrid en 1861 y galardonado en concurso público a propuesta de la Academia de Ciencias matritense. Debió llegar a manos de Poey en los primeros meses de 1866, como se deduce de la carta, y él, ávido lector, comenzó a estudiarlo rápidamente, pues ya con fecha 17 de mayo, o sea, un mes antes de haber recibido los agradecimiento de Vilanova, le había escrito a su amigo Pérez Arcas los siguientes comentarios:

“[...] El Sr. Vilanova ha tenido la bondad de mandarme su *Geología* que me ha sido muy útil este año. Si tuviera con él la confianza que V. me ha brindado, le preguntara porqué escribe geotegnía en lugar de geotécnica; tal vez me lo podrá V. decir. Si fuera otra persona, diría que es una corruptela; pero en el Sr. Vilanova, que ha puesto en su obra el sello español, hay razón para dudar. Si V. tiene confianza con él, y cree que no lo tomará a mal de mi parte, dígame que yo escribiría vulcanismo en lugar de volcanismo, porque la expresión no se refiere solo a los volcanes, pozos artesios y no artesianos, puesto que él mismo nos ha dado el ejemplo de desterrar los anos [...]”²²

De hecho, en 1872, el libro de Vilanova —al igual que el de Naranjo y Garza— fue recomendado por Poey en el “Prólogo” de su obra, pues independientemente de ser la geología y no la mineralogía el tema de estudio que en él se abordaba, le resultaba muy útil en cuanto al uso de las expresiones castellanas requeridas por la disciplina. Ya Poey, desde 1866, manifestaba algunas dudas acerca del lenguaje técnico y de la escritura que se hacían de los términos científicos; preocupaciones muy justificadas en él que era un investigador lingüista, y había elaborado su curso de mineralogía partiendo de las lecturas, en su inmensa mayoría, de autores franceses consultados en las ediciones originales.

Por ello no debe resultar extraño encontrar en el *Curso elemental de mineralogía* un acápite dedicado a “Consideraciones ortográficas” hábilmente introducido en las notas de las *Addenda* con estas palabras:

“La nomenclatura es un método de investigación científico. Dígalo la química, que por el nombre de una sal nos revela su composición ínti-

²¹ Carta fechada en Madrid el 11 de junio de 1866, enviada por Juan Vilanova y Piera a Felipe Poey. Papeles de Felipe Poey, Archivo del Departamento de Antropología, Facultad de Biología de la Universidad de La Habana.

²² Carta fechada en La Habana el 17 de mayo de 1866, enviada por Felipe Poey a Laureano Pérez Arcas. Documentos sobre Laureano Pérez Arcas, en: Archivo del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid, CSIC [en lo adelante se citará A. H. M. H. N. Madrid].

ma; dígalo Chaussier, que nombrando los músculos por sus ataduras, nos dio a conocer la posición, y con ella la función de estos órganos; díganlo las etimologías griegas y latinas en los estudios biológicos”.²³

A continuación habla de un “movimiento renovador” de la ortografía, contrario a la nomenclatura científica en términos del lenguaje, que “sin esperar la orden de la Academia española”, amenazaba destruir etimológicamente la lengua castellana, al tratar de escribir primero tal como se hablaba, o dicho de otra forma, proponiendo una estructura fonética, y en segundo lugar cambiando la pronunciación de las palabras según la nueva grafía. Este fenómeno lingüístico fue catalogado por él de “infracción al tema primitivo”, y lo explicó a través del siguiente ejemplo:

“Los esforzados campeones que conquistaron la América, testigo Oviedo, se firmaban *cripstianos*; nosotros somos hoy *cristianos*; nuestros nietos *critianos*, porque sus lenguas, atadas por la Reforma, habrán vuelto al balbuceo de la infancia”.²⁴

Por último, en sus consideraciones ortográficas, aconseja la cautela respecto a las innovaciones de los términos científicos y lingüísticos, y termina afirmando conforme a una de sus autoridades en el tema: “En cuanto al sustantivo iridación, lo he tomado del latín *iris*, *iridis*, pero no me he atrevido a decir iridado, mientras que el Sr. Vilanova diga irisado”.²⁵ Tres fueron las ediciones que tuvo el *Curso elemental de mineralogía*. La primera se realizó en 1872, y la última en 1883. En cuanto al contenido, ambas son iguales, no ofrecen diferencias si se las compara.

Sin embargo, el contenido de la segunda edición, de 1878, difiere de las otras. Poey, en calidad de autor, especificó en el “Prólogo”, que siguiendo las exigencias de otras cátedras, se había visto en la necesidad, al final de la obra, de completar sus lecciones con un capítulo de ampliación. En su afán por profundizar conceptos que le dieran a sus alumnos una base teórica, agregó no sólo el capítulo de ampliación, sino nuevas temáticas de estudio que sitúan a esta edición por encima de las otras dos.

En la primera parte de la segunda edición enumeró las ciencias en su “orden de simplicidad, generalidad e independencia”, y siguiendo en este particular los principios comtianos de clasificación científica las nombró en la siguiente sucesión jerárquica: matemática, astronomía, física, química, biología y sociología. Según sus planteamientos, las cin-

²³ Felipe Poey: *Curso elemental de mineralogía*, ed. cit., p. 162.

²⁴ *Ibidem*, p. 163.

²⁵ *Ibidem*, p. 164.

co primeras disciplinas constituían las llamadas ciencias cosmológicas encargadas de estudiar al hombre en el orden físico, mientras que a la sociología le era propicio investigarlo en el plano intelectual y moral.

Por “método de investigación”, otra de las categorías explicadas en las “Generalidades”, señaló la observación, la experimentación, la hipótesis, incluyendo también la nomenclatura, la comparación y la clasificación, haciendo coincidir cada uno con las diferentes ciencias que se encontraban presentes en su cuadro de clasificación. De esta forma resultaba propio de la física el método de experimentación, el de comparación y clasificación a la biología, la nomenclatura a la química; la formulación de hipótesis a la física, conjuntamente con la química y la astronomía; el método de la abstracción lo reservó a las matemáticas por su alto grado de raciocinio.

La experiencia fue definida como el conocimiento que se adquiere a través de la observación de las particularidades propias de los fenómenos, mientras que el reproducirlos con propósitos investigativos era experimentación. Al definir la ciencia plantea que, en su origen, la técnica se le anticipa, pero una vez constituida la ciencia, la técnica debe someterse a sus leyes. Poey era del criterio de que las ciencias progresaban prestándose apoyo —unas a otras— en su evolución. A veces podía notarse cierto atraso en ellas por causa de las imperfecciones de unas respecto a otras. Agregaba que los descubrimientos notables eran el producto de épocas que marcaban fases de la evolución intelectual y no el resultado de la acción aislada de los hombres, reconociendo, no obstante, que el ser humano progresaba y se perfeccionaba cada vez más en la medida que era capaz de resolver las interrogantes científicas.

En 1872, Poey se preguntaba: “¿De qué se compone la materia?”; sin embargo, en 1878, ya define la materia como “la sustancia que entra en la composición de los cuerpos”.²⁶ A esta definición suma la siguiente nota en la parte correspondiente a la “Ampliación”:

“La definición dada en la página 13 puede pecar por metafísica. Se funda en que el mundo se compone de objetos, cuerpos; los conocemos por las impresiones que causan nuestros sentidos; ignoramos el principio que los constituye, pero le damos el nombre de materia. Por esto hemos dicho con Jamín que la materia es lo que forma los cuerpos, su esencia misma, la causa de las propiedades que manifiestan, y de las sensaciones que nos revelan su existencia”.²⁷

²⁶ Felipe Poey: *Curso elemental de mineralogía*, Librería e Imprenta de Pego y Cía, La Habana, 1878, segunda edición, p. 13.

²⁷ *Ibidem*, p. 241.

Otros conceptos interesantes planteados en esta obra son los de “destrucción y muerte” como aspecto que caracteriza la temporalidad de la existencia material. Dice Poey:

“No hay límite necesario al crecimiento y prolongación de la existencia de los cuerpos inertes; no encierran en sí mismo ninguna causa de destrucción, y cesan de existir cuando una fuerza externa viene a descomponer y dispersar sus moléculas. Los seres organizados tienen una existencia limitada; y la muerte en ellos, es una consecuencia de la evolución vital, que trae consigo la alteración de los órganos [...]”²⁸

Y más adelante agrega la idea que él tiene sobre el tiempo:

“Los seres vivientes —dice Jouvencel— existen más en un día que un cristal en un siglo. ¿Qué importa el tiempo en la duración eterna? Lo que importa es haber vivido”.²⁹

Los cambios y adiciones en el orden científico y teórico también se hicieron acompañar de rectificaciones ortográficas y de datos de carácter histórico. Por ejemplo, en la primera edición escribía “ulla” por hulla, y esto se rectifica en la segunda edición. En ésta solicita, en nombre de la universidad habanera, fragmentos del aerolito observado en la localidad de Bayamo por el profesor Cayetano Aguilera. Pero éstas y otras añadiduras y correcciones no fueron llevadas a la edición siguiente, pues ésta fue una copia de la primera. Por qué prefirió Poey reeditar en 1883 la mineralogía escrita en 1872 y no la de 1878, no lo sabemos, él mismo no lo explica en el “prólogo”.

Años más tarde, en 1892, el mineralogista Jorge José Seidel dio a conocer en 336 páginas su *Compendio de mineralogía*, en el cual se encuentra citada como bibliografía fundamental la mineralogía de Poey. Este *Compendio* preparado por Seidel, según escribe José Álvarez Conde en su *Historia de la geología, mineralogía y paleontología en Cuba* fue el texto que sustituyó en la cátedra universitaria, a la tercera edición del *Curso elemental de mineralogía* de Poey.

Con posterioridad a 1892, y antes de comenzar el nuevo siglo, aparecen otros cursos universitarios que contemplan la asignatura de mineralogía dentro de su programa de estudio. Uno de ellos fue redactado por Santiago Regueyra Mesa, en 1897, con el título de *Programa de mineralogía y zoología aplicada a la farmacia con la materia farmacéutica correspondiente*, que se dio en 69 lecciones y un *Programa de la asignatura de historia natural, primer curso: mineralogía y botánica*, impreso igualmente en 1897, que se impartió en la Facultad de Ciencias de la Universidad, en el curso académico 1897-1898.

²⁸ *Ibidem*, p. 18.

²⁹ *Ibidem*.

POEY EN LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA



El 19 de noviembre de 1842, coincidiendo con el onomástico de la reina de España Isabel II, se efectuó en La Habana la apertura del primer curso académico en la universidad secularizada. Felipe Poey había sido nombrado catedrático de zoología y anatomía comparada, el 24 de octubre de ese mismo año, por un oficio del gobernador político y militar de la isla Gerónimo Valdés Noriega. A partir de ese momento su vida profesional quedó estrechamente vinculada con la institución educativa.

Poey fue catedrático de la disciplina desde 1842 —la Real Orden se emitió el 14 de enero de 1843—, pero en realidad su título acreditativo se firmó por el Presidente del Consejo de Ministros, Juan Bravo Murillo, años después, el 10 de agosto de 1852.

En 1863, al establecerse en la Universidad un nuevo plan de estudios, y por decreto del mes de noviembre, firmado por el Capitán General Domingo Dulce —la Facultad de Filosofía dio paso a otras dos, la de Filosofía y Letras, y la de Ciencias Naturales. Poey, en esta estructura, ocupó la cátedra de la asignatura de zoología, botánica y mineralogía, con nociones de geología. Diez años después de oficializarse el plan de 1863, y como propietario de la cátedra de zoología y mineralogía, desde 1871, pasó a desempeñar los decanatos de las dos facultades creadas.

En 1880, cuando se implantó por Real Decreto el último plan de estudios universitario de la etapa colonial, y se adoptó el sistema vigente en la Península, Poey alcanzó la categoría máxima de catedrático de término, ejerciendo en calidad de propietario la cátedra de zoografía de vertebrados, de moluscos y zoófitos y de articulados. La actividad docente la desempeñó conjuntamente con el cargo de decano, que ya poseía desde 1873.

Transcurridos algunos meses de aprobada la reforma de 1880, Poey solicitó se le liberara de dos o tres de las asignaturas que impartía. La petición fue aceptada y en febrero de 1882 quedó encargado de la disciplina de zoografía de vertebrados vivientes y fósiles. Al producirse el

28 de enero de 1891 su deceso, mantenía el status académico de nueve años atrás.¹

Durante el casi medio siglo en que actuó como profesor universitario, además de impartir diferentes disciplinas, elaboró, como hemos visto, sus propios libros de texto, y también los programas generales de estudio de cada materia. A los textos examinados anteriormente, hay que añadir una de sus primeras obras didácticas: el *Curso de zoología* impreso en 1843. En la introducción de este texto se indica que el objetivo del curso —una primera parte dedicada a la historia natural y otra a la anatomía comparada— era fijar en la mente de los estudiantes las clasificaciones adoptadas por Jorge Cuvier y Pedro Andrés Latreille, que éstos ofrecían en la segunda edición del *Reino animal*. A estos conocimientos de la clasificación zoológica deberían llegar los discípulos de Poey después de estudiar los diferentes cuadros sinópticos, cuyo ordenamiento se había realizado tomando en cuenta, sobre todo, los caracteres morfológicos de los animales.

La bibliografía consultada para la preparación de sus lecciones la encontró Poey entre los trabajos del profesor francés Enrique María Ducrotay de Blainville, en varios diccionarios, como el de ciencias naturales editado por Levrault, el libro clásico publicado por Juan Víctor Audouin y Juan Bautista Marcelino Bory de Saint Vicent, y en el pintoresco libro de Félix Eduardo Géurin-Méneville. Las obras de Enrique Milne-Edwards y las de Gabriel Delafosse fueron igualmente consultadas para la elaboración del curso. Las notas sobre la conducta de los animales —aunque Poey confesó que no trató extensamente la temática— se prepararon después de consultar los estudios del Conde Buffon, así como los de Renato Anton Ferchault de Reaumur.²

¹ Carlos de la Torre: “Don Felipe Poey”, *Figuras cubanas de la investigación científica*, ed. cit., t. II.

También podemos extraer igual conclusión de la lectura de la carta que Enrique Poey y Aguirre, hijo del naturalista, escribiera a las autoridades universitarias, comunicándoles la muerte de su padre. En esta breve nota se lee:

“Debo participar a U[sted] haber fallecido a las seis de esta mañana, mi señor padre, Dn. Felipe Poey, catedrático titular de esa Universidad, y Decano que fue de la Facultad de Ciencias, a los fines convenientes [...]”

La nota está fechada en La Habana el 28 de enero de 1891 y se conserva en el expediente de catedrático de Felipe Poey, año 1863, No. 2 114, Secretaría General, Archivo Histórico de la Universidad de La Habana.

² También utilizó Poey para sus clases de Anatomía Comparada los libros de Van Beneden, Siebold y Stannive.

Aristides Mestre: “La enseñanza de la anatomía comparada en la Universidad desde Poey a nuestros días”, *Separata de la Sociedad Cubana de Historia Natural Felipe Poey*, La Habana, 1937.

El 6 de noviembre de 1855, por Real Orden, fue nombrado rector de la Universidad el catedrático de Jurisprudencia Antonio Zambrana Valdés. Durante los años de su mandato se ampliaron las aulas y se remodeló su mobiliario, los profesores modernizaron sus vestimentas, y las llamadas “Academias Dominicales” —clases prácticas— se convirtieron en “Sabatinas”, cuyos objetivos se centraron en promover discusiones acerca de diferentes temas científicos, incluso aquellos no contemplados en los planes de estudio o en libros de texto. En 1856, Poey inauguró el curso académico a partir del cual comenzaron a desarrollarse éstas y otras innovaciones de carácter docente y administrativo.

El extenso discurso pronunciado en aquella ocasión tuvo repercusión no solo entre los alumnos y el claustro universitario, sino también fuera de la institución, pues aludió por una parte a Dios como Ser Supremo, conservador y creador del Universo, y por la otra, a la posibilidad que las ciencias ofrecían al desarrollo económico y social de los pueblos a la cognoscibilidad del mundo.

Una de las personalidades que dio su parabién a Poey fue el oidor Félix Erenchun, quien por esa misma fecha redactaba su diccionario económico y estadístico.³ Erenchun, quien no conocía personalmente al discursante, le dirigió una carta⁴ por la cual, además de transmitir sus elogios, solicitaba una visita de presentación.

Pero si en la Isla el discurso fue acogido con agrado, fuera de ésta, en la capital francesa, donde se hallaba un grupo de estudiantes cubanos al tanto de los acontecimientos culturales de su país, no sucedió lo mismo. Los comentarios llegaron a él cuando su hijo —a quien el naturalista dirigió una copia de su intervención— remitió una extensa y crítica carta. En ella el meteorólogo cubano exponía sus puntos de vista en relación con el positivismo comtiano, del cual se había hecho uno de los más ardientes partidarios. De la misiva, fechada en París el 30 de junio de 1857, ofrecemos algunos fragmentos a continuación:

“Querido papá:

”He leído con suma atención tu discurso universitario y aunque no me lo has pedido, tal vez por juzgarme capaz, te voy a dar mi franca opinión, prescindiendo de que me dirijo a mi padre para tener más libertad de expresarme. Sólo la primera lectura me bastó para descubrir cual era el estado actual de tus conocimientos y las tendencias de tu espíritu, frente a la era científica que comienza brotar con la nueva generación.

³ Se trata de la obra *Anales de la isla de Cuba* que comprende los años 1855 y 1856.

⁴ La carta de Felix Erenchun a Poey está fechada en La Habana el 24 de octubre de 1856. El original se conserva entre los papeles de Felipe Poey existentes en el A. H. Museo Finlay, Carpeta 1, documento 74. Él la publicó como “Apéndice” en sus *Obras literarias* de 1888.

”Las ideas emitidas allí se contradicen las unas a las otras y pertenecen a las tres fases intelectuales por las cuales pasa el hombre individual y ha pasado la humanidad desde su origen hasta la época actual y venidera. En otros términos, las unas son del orden del *fetichismo* más puro cuando hablas del alma o del espíritu; teólogas cuando te ocupas de Dios; metafísicas, cuando de las causas y de los fluidos, y en fin *positivista* cuando colocándote en el único terreno de la síntesis racional te limitas a abrazar las *leyes de los fenómenos*, las únicas que jamás estarán al alcance del hombre y que le bastan para su propio gobierno bien entendido [...]

”Aduciendo ahora a mi primera aplicación de la filosofía positiva voy a tratar de deducir tu estado mental por las ideas emitidas en tu discurso. Has llegado al punto culminante de tu instrucción intelectual bajo el aspecto biológico y cosmológico, y en este estado tu alma siente un vacío porque busca en vano una *sistematización final* a tus conocimientos. En la ausencia de un orden de ideas positivas analizadas, que resaltan en lo pasado, estás a dos pasos de retrogradar de nuevo, séase a tu primera infancia teológica, séase a tu segunda por metafísica, pero el fondo de nociones positivas que te suministra la biocracia, la más elevada de la menarquía científica, te salva de caer de lleno en uno de estos dos estados, y tomas entonces la segunda intermedia, vacilando entre el teologismo y la metafísica [...]

”Arrepiéntete sinceramente del mal que habrás producido poniendo en juego tu influencia intelectual y social en un país naciente, ensalzando y dándole fuerzas al poder teológico que ha estado siempre en lucha sangrienta con el progreso de la humanidad y sus leyes morales [...]”⁵

No sabemos cuanto pudo penetrar en Poey la crítica que su hijo le hizo desde el terreno filosófico. De hecho, el naturalista, en el tomo de las *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*, que terminó de escribir en 1858, retomó partes de ese discurso, reproduciéndolas en un artículo titulado “Los colores”, en el cual se declaró partidario de las causas finales de forma manifiesta. El primer párrafo de dicho artículo comenzaba planteando: “Si el reloj revela la mano del hombre, con más razón revela el universo la existencia del ser supremo [...]” Los últimos enfatizaban:

“Ni el mundo físico, ni el mundo moral pueden explicarse sin la intervención de la Divinidad. ¿Qué es la atracción? —La acción divina. El autor de esta ley admirable sacó con ella el universo del caos en que yacía; cuando retire su acción, lo sepultará en el caos.

⁵ Carta de Andrés Poey a su padre fechada en París el 30 de junio de 1857. El original de este documento pertenece a la colección particular del doctor Manuel Rivero de la Calle, a quien agradecemos la copia trasuntada, utilizada en la presente biografía.

”Con este motivo, retracto la opinión que he manifestado en 1856 en el ‘Discurso de Apertura’ que pronuncié en la Real Universidad de La Habana, página 39, en que consideraba ciertas leyes como entidades. Creo con Lamarck que no hay más que Dios y el universo, y que por la palabra naturaleza debemos entender un orden de cosas; no admito otra entidad espiritual en la tierra más que la que anima el cuerpo humano [...]”⁶

Cuando en 1863 se modificó en la Universidad el plan de estudios de 1842, y Poey impartió la asignatura zoología, botánica y mineralogía, con nociones de geología, se vio precisado a preparar un proyecto metodológico de biología ajustado a las “circunstancias” en que se hallaban los estudiantes universitarios.

El plan⁷ se imprimió en 1866, o sea, tres años después de las modificaciones en el sistema educacional. Permitió familiarizar a los estudiantes de la época con las consideraciones sobre las ciencias naturales que provenían de los positivistas franceses Augusto Comte, Carlos Robin y Emilio Littré, autores que, en 1862, había dado a conocer en la Facultad de Medicina habanera el médico cubano recién graduado de París Antonio Mestre, en su tesis doctoral *Noción científica de la vida*. Esto contribuyó a preparar a los estudiantes en el ejercicio de asimilar teorías modernas, a través de las cuales, los seres vivos debían verse y estudiarse en su compleja integridad, y en su interrelación con el medio.

En relación con las asignaturas de geología y botánica, incluidas para su estudio en el contenido de la cátedra de Poey, podemos decir que, éstas no contaron —al menos elaborados por él— con libros de textos; pero sí con guías de contenido e índices de los cursos de esas materias. (Véase Apéndice 2.)

En botánica, por ejemplo, se explicaba la clasificación y división de las plantas utilizando como medios de enseñanza láminas de éstas o sus dibujos.⁸ También se presentaba a los estudiantes una lista de plantas exóticas y cubanas con sus nombres vulgares y científicos. Dos de los autores consultados por Felipe Poey para preparar sus clases fueron

⁶ Felipe Poey: “Los colores”, ed. cit., pp. 409-410.

⁷ El referido plan se publicó en 1866 con el título de: “Biología. Sistematización biológica”, *Anuario de la Sección de Ciencias Físicas y Naturales del Liceo de Matanzas*, año I, t. I, pp. 73-122.

⁸ No fue hasta 1872 que el Jardín Botánico de La Habana pasó a manos de la Universidad; en ese mismo año Felipe Poey integró una comisión para informar a las autoridades docentes del estado de dicho establecimiento. En 1886, en el Jardín se comenzaron las clases prácticas de botánica. Al frente de esta actividad estuvo el catedrático José Planellas Llanes. Para más información véase: Mercedes Valero: “El Jardín Botánico de La Habana en el siglo XIX”, *Anuario de historia y organización de la ciencia*, Editorial Academia, La Habana, 1988, No. 1, pp. 248-271.

Manuel María José de Galdo López y Aylmer Bourke Lambert. El primero era español y escribió un *Manual de historia natural*, impreso en 1855, el segundo, un destacado botánico inglés.

En la asignatura de geología, definida en el programa como “la historia de la tierra”, o la ciencia que trata de la composición interna del globo terrestre, de su modo de formación, de las causas y fenómenos que sucesivamente hicieron mudar su superficie ejerciendo influencia entre el mundo inorgánico y el orgánico, se explicaron conceptos tales como las clasificaciones de las rocas de Omalius de Halloy y Juan Vilanova, o la formación del mundo, se estudiaron las diferentes teorías, desde la geogénesis bíblica con la cosmogonía mosaica, hasta los conceptos modernos del geólogo inglés Carlos Lyell. En cuanto a la distribución de plantas y animales en el planeta, y al origen y desarrollo de las especies, el programa reunió, entre otras, las opiniones de Linneo, Cuvier, Lamarck, Saint Hilaire, Agassiz y Darwin, aunque éstos —como se especificó en el índice del curso— pertenecieran a la paleontología y fueran asuntos tan vastos que merecieran ser tratados aparte.

Las facultades reanudaron, en 1864, las actividades del nuevo curso con un plan de estudio perfeccionado por la reforma educacional del año anterior, el experimentado catedrático tuvo a su cargo las palabras de bienvenida a los alumnos y profesores. Éstas fueron de un tono diferente a las pronunciadas en el polémico discurso de 1856.

Su oración inaugural, a favor de la universalidad del conocimiento que debían tener los hombres dedicados a las ciencias, y de la interrelación de estos conocimientos con la tecnología, fue comentada desde Barcelona por Antonio Ferrar Feliu, un corresponsal en esa ciudad del periódico habanero *La Prensa*. El artículo de Ferrar Feli, catalogando el discurso de Poey como “verdadera enciclopedia útil a toda clase de persona”, se insertó en las páginas del referido diario del 8 de diciembre de 1865.⁹

Para los estudiantes de la Universidad, tal vez más importantes, que las palabras pronunciadas por Felipe Poey en sus discursos, debieron ser sus características personales, y los conocimientos enciclopédicos que poseía y transmitía en su cátedra. Un testimonio de ello lo hallamos en los fragmentos —anónimos— redactados por un joven estudiante que asistía a sus clases en el curso de 1870.

El documento al cual nos referimos lleva por título *Mi primera visita como estudiante a la Universidad de La Habana*. A continuación, por su importancia testimonial, se reproducen algunos fragmentos:

“En aquella época, pasábase terminado el bachillerato en artes, al estudio de la facultad mayor, es decir medicina, leyes, farmacia o cien-

⁹ Felipe Poey: *Obras literarias*, ed. cit., p. 271.

cias, pero pasando antes un año preparatorio que se llamaba de ampliación; éste lo constituía para los alumnos de medicina y de farmacia el estudio, examen y aprobación de tres asignaturas, Química, Física e Historia Natural [...]

"El año de ampliación era explicado en la cátedra de Historia Natural por el sabio eminente don Felipe Poey. La cátedra de Física la desempeñaba el doctor Caro y la de Química el doctor Cayetano Aguilera.

"Daba sus lecciones de Historia Natural don Felipe Poey en un salón grande del piso inferior del segundo patio que formaba ángulo con el Aula Magna y que se denominaba el Aula Mínima, probablemente porque en alguna época de la vida universitaria se usó ésta como auxiliar o sustituto de la Magna. Este salón, lo mismo que el anterior, tenía un pequeño estrado con baranda al frente de caoba, y a un costado una tribuna a la que subía el alumno cuando iba a dar sus lecciones.

"Érase don Felipe, como le llamábamos los estudiantes, hombre de mediana estatura ya entrado en años, pues cuando yo lo conocí, en 1870, ya pasaba de los 60. De cuerpo contrahecho, de piernas zambas, con pies botos, su mano derecha estaba paralizada y él la usaba solamente para pisar el papel cuando escribía o dibujaba, lo que hacía por cierto con corrección artística con la izquierda. Todo en este pobre señor denunciaba su raquitismo, su miseria fisiológica.

"Era en cambio su cara, siempre cuidadosamente rasurada, la expresión de la nobleza y de la inteligencia. Sus ojos brillantes reflejaban bien el vigor de un cerebro poderoso y de su clara inteligencia. Tal parecía que la naturaleza, como compasión, le había dado [a]quella cabeza todo el vigor y energía que le negó al resto de su raquítica naturaleza, terminaba su rostro una selva de cabellos canos y rizados, los que armonizaban bien con la dulzura e inteligencia que se reflejaba en su fisonomía.

"Vestía nuestro sabio de una manera tan pintoresca como su carácter. Usaba todavía frac de martillo abotonado sobre una camisa de forma antigua con pechera de pliegues y bordado de randas. Una ancha corbata como las que se usaba [en] el año 40, rodeaba su cuello formando un lazo ni artístico ni simétrico. Vestía pantalón de dril cazador, un tanto ajustado que no tenía pretina y se abotonaba a ambos lados del abdomen, de aquella forma que [en] el año 40 llamaban pantalones de tapa; y calzaba sus pies que eran deformes y botos con unos zapatos de becerro negro, que debía hacerle algún zapatero que trabajara muy barato, pues su hechura era tosca y nada estética. Caminaba patojeando de una manera lamentable.

"Pero contrastando con lo poco lúcido de su aspecto físico, qué inteligencia la suya, qué erudición, qué encanto para explicar sus lecciones. Como hablaba de todo con tanta sencillez y sabiduría y claridad

que tal semejaba al caudaloso río que mansamente discurre por el florido valle y que no haga sospechar nunca ni la profundidad de su corriente ni el inmenso caudal de sus aguas. Así, en sus lecciones, que siempre eran amenas, interesantes e instructivas, aprovechaba al par que explicar su importante asignatura también de una manera brillante aprovechaba esta oportunidad para matizar su conferencia con la relación siempre interesante de sus numerosos viajes y de sus excursiones científicas; y aun se permitía a veces entrar con valentía y acierto en el campo de la literatura, pues don Felipe había sido bastante buen poeta y excelente traductor de clásicos.

”Usaba don Felipe para clasificar a sus alumnos y valorizar sus méritos, un sistema muy original por números, así el cero era muy malo, el 5 era mediano, el 10 equivalía a sobresaliente, todo esto lo anotaba en una cartera que consultaba el día del examen y que era la que decidía la nota. Tenía reservado un calificativo para sus discípulos que equivalía a la pena de muerte. Él les decía a fulano de tal: ‘sientese en ese banco’, y después apuntaba en su cartera: ‘a fulano de tal, altamente desaplicado, sospechoso y perturbador’. Este alumno invariablemente era reprobado en el examen.

”Usaba don Felipe muchas locuciones latinas frecuentemente. Así es que cuando ordenaba a un alumno que dijera la lección lo hacía subir a la tribuna primero diciéndole al propio tiempo *Ascende in cathedram*.

”Era sin disputa la suya la mejor y más simpática del cuadro de profesores de aquella época, los que eran todos notables; y su cara serena y amable, y su cabeza limaba por la luz esplendorosa del genio bien pronto conquistaba el corazón de sus discípulos”.¹⁰

Poco tiempo después de redactadas estas notas —ya por esta fecha la guerra de independencia iniciada en 1868 alcanzaba tres años de contienda— el Conde de Valmaseda imponía en el alto centro docente su ominosa reforma que suprimía el otorgamiento de doctorados y licenciaturas (salvo en teología) y cuyos objetivos políticos eran claros:

“[...] cortar de una vez y para siempre los males de que adolece la enseñanza pública, y procurar que la Universidad corresponda a los intereses del Gobierno y de la enseñanza, encargándola a un profesorado digno e ilustrado, que no inculque en la juventud perniciosas doctrinas, ni convierta la cátedra de la ciencia en tribuna revolucionaria”.¹¹

Poey, como catedrático de la universidad, se vio obligado a participar en el acto de gracia que la institución le rindió al Conde de Valmaseda

¹⁰ Manuscrito anónimo titulado: “Primeras impresiones en la Universidad”. Archivo Nacional de Cuba. Fondo: Donativos. Legajo: 622. Documento número 12.

¹¹ Tomado de Luis Felipe Le Roy Gálvez: *La Facultad de Ciencias de la Universidad de La Habana en el centenario de su creación*, La Habana, 1963, p.a.

en la propia Casa de Gobierno, actividad en la cual se le entregó a este, como autor de la reforma, un documento altamente servil y oportunista firmado por todo el claustro.

El hecho por el cual Felipe Poey se hallara entre los firmantes del documento entregado al máximo representante del gobierno español en la Isla, y que además, acudiera al acto de felicitación y agradecimiento a la autoridad política, por la reforma impuesta al ramo de instrucción pública, no es probatorio de una actitud lacayuna; sobre él debieron gravitar fuertes presiones, y el ya septuagenario profesor se sometió a ellas, muy a su pesar. Otro tanto hizo el resto de sus colegas que no habían marchado al exilio.

En 1871, de ninguna manera pudo ser partidario de medidas tendientes a destruir los logros alcanzados en el orden académico con la reforma de 1863. Vehemente defensor del desarrollo científico, así lo había manifestado en la oración inaugural del curso 1864. El último párrafo de su discurso, dedicado a las jóvenes generaciones de estudiantes constituye en este sentido todo un alegato:

“[...] y vosotros, alumnos de la Universidad, esperanza del país regenerado con el presente plan de estudios, guardad la copa llena del saludable licor que en ella vertieran vuestros catedráticos; conservad los generosos sentimientos tan propios de vuestra edad; la constancia en el estudio; el amor a la eterna justicia, independientemente de las leyes humanas; y la virtud, que lleva en la mano la espina del sacrificio, y pone en la conciencia la recompensa íntima”.¹²

Al desatarse en 1868 la guerra en la zona oriental del país, las autoridades hispanas, y sobre todo, el sector más reaccionario de estas fuerzas, la de los voluntarios, en occidente, iniciaron una desenfrenada persecución contra los partidarios del separatismo. La Universidad, “foco de laborantismo y de insurrección”, como la catalogaba el Capitán General Valmaseda, no estuvo excluida de la represión. En noviembre de 1871, se produjo el encarcelamiento de un numeroso grupo de estudiantes de medicina, y el criminal fusilamiento de ocho de ellos por las hordas de voluntarios.

Poey, apenas comenzada la guerra en Yara, había enviado, con fecha 28 de enero de 1869, una instancia al Rector de la Universidad solicitándole una licencia de seis meses para ausentarse de la isla con el objetivo de “aumentar sus conocimientos”.¹³ Los verdaderos motivos

¹² Poey, Felipe: *Obras literarias*, ed. cit., p. 50.

¹³ Entre los papeles de Felipe Poey que se conservan en el Archivo Histórico de la Universidad de La Habana, Fondo “Secretaría General, Cátedra de Zoología, Botánica y Mineralogía, año 1863”, aparecen dos cartas cuyas fechas (28 de enero de 1869) son las mismas; una está firmada por Felipe Poey, y la otra por el profesor Cayetano Aguilera, la

eran otros, éstos solamente los confesó Poey a su amigo Juan Cristóbal Gundlach, quien a su vez refirió el hecho al destacado zoólogo alemán Wilhelm Peters de la siguiente manera:

“Ahora mismo me comunicó Poey que está intentando tomar seis meses de vacaciones para ausentarse de la Isla. A dónde, todavía no sabe. En caso de que la Isla estuviera tranquila después de seis meses, él regresará, sino, él no vendrá. El tiene miedo a una noche de San Bartolomé, en la cual los españoles podrían matar a todos los criollos”.¹⁴

Las autoridades universitarias aprobaron la licencia solicitada; pero, al elevar al gobernador superior las conclusiones de su análisis, determinaron recomendar por carta del 6 de marzo de 1869,¹⁵ el uso de la licencia sólo cuando el curso académico finalizara, porque —como se explicaba— era difícil el reemplazo del catedrático. El 27 de abril de ese mismo año, el ministro de Ultramar comunicó al gobernador superior político la orden emanada del poder ejecutivo de la nación, resolviendo incluir la licencia a favor de Felipe Poey dentro de las medidas generales que “acerca de este mismo asunto ha tenido por conveniente adoptar en el expediente de los Sres. Horstmann y

referencia que día lugar a la presente nota es la firmada por este último catedrático, en ella se lee:

Sr. Rector:

Por decreto de U[sted] de esta fecha he pasado a esta Presidencia la instancia que por conducto de U[sted] dirige al Ex[celentísimo] Sr. Gobernador Sup[erior] Civil D. Felipe Poey en solicitud de licencia para viajar fuera de la Isla con objeto de aumentar sus conocimientos en provecho de esta Universidad donde tiene a su cargo dignamente la asignatura de Historia Natural. Solicitud q[ue] apoya en el artículo 28 de nuestro reglamento.

D. Felipe Poey catedrático de término de esta universidad no ha usado durante su dilatada carrera del derecho de viajar q[ue] confirma el actual. Es uno de los profesores q[ue] por su capacidad, celo en la enseñanza asidua y demás condiciones, honran nuestra institución y si otras pruebas no tuviera dadas el deseo q[ue] manifiesta en su instancia a pesar de su edad y sus achaques sería suficiente a recomendarlo cual merece.

Creo por tanto esta Presidencia q[ue] al derecho q[ue] la asiste en su petición es de recomendarle al Ex[celentísimo] Sr. Gobernador Sup[erior] Civil las condiciones especiales q[ue] adornan este funcionario para q[ue] S[u] E[xcelencia] si lo tiene bien se sirva otorgarle la gracia q[ue] solicita. U[sted] no obstante se servirá resolver como siempre lo q[ue] estime más acertado.

rubricado: Cayetano Aguilera

¹⁴ Rosa Ma. González López: *Juan Cristóbal Gundlach. Apuntes biográficos*, Editorial Academia, 1990, p. 52.

¹⁵ Este documento se conserva en el expediente de Felipe Poey y Aloy depositado en el Archivo Histórico de la Universidad de La Habana, Fondo: Secretaría general, Cátedra de Zoología, Botánica y Mineralogía, año 1863.

Giralt”.¹⁶ La comunicación fue enviada el 9 de junio de 1869 a la Universidad, y diez días después, o sea el 19 de junio, se autorizaba comunicarla al interesado.

En virtud de esta disposición, Felipe Poey, por orden del poder ejecutivo de la nación, se iba a ver involucrado en el proceso que la magistratura había abierto contra dos de los profesores encausados por sus actividades políticas contra España, los doctores Félix Giralt Figarola y Jorge Federico Horstmann Cantos. Ambos formaban parte del claustro de la Facultad de Medicina y eran miembros de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana; pero por estar vinculados con el movimiento independentista, sufrieron persecución y se vieron obligados a emigrar del país; a los dos, por esta razón, se les confiscaron sus bienes.

Esta actitud por parte de las autoridades españolas debió ser determinante para que Felipe Poey no hiciera uso de la licencia solicitada, y hasta quizás para detener el proceso de su retiro, iniciado a propia instancia en los primeros meses del año 1869, cuando escribió, “con el objeto de preparar los documentos que puedan servir a mi jubilación”,¹⁷ una carta en la cual le pedía al Rector las certificaciones de sus títulos y méritos universitarios.

En noviembre de 1871, ante la ausencia prolongada del decano de las Facultades de Filosofía y Letras, y la de Ciencia, Antonio Blanco Fernández, quien se hallaba de licencia en la Península, ocupó Poey —figura de prestigio internacional y uno de los catedráticos de mayor antigüedad en la docencia universitaria— interinamente el puesto vacante; pero antes, dando rienda suelta a sus verdaderos sentimientos, le había manifestado por carta a su gran amigo y compañero Gundlach: “somos como abejas a quienes falta la reina, ya no tenemos ganas de trabajar”.¹⁸

¹⁶ Carta del 9 de junio de 1869 firmada por Narciso de la Escusuray, Membrete: Gobierno Superior de la Isla de Cuba, Dirección de Administración. Archivo Histórico de la Universidad de La Habana. Fondo: Secretaría General, Cátedra de Zoología, Botánica y Mineralogía, año 1863.

¹⁷ Carta de Felipe Poey al Rector de la Universidad de La Habana, fechada el 15 de febrero de 1869. Expediente de Felipe Poey y Aloy depositado en el Archivo Histórico de la Universidad de La Habana, Fondo: Secretaría General, Cátedra de Zoología, Botánica y Mineralogía, año 1863.

¹⁸ En la carta que Juan Cristóbal Gundlach escribió el 20 de abril de 1870 a su amigo Wilhelm Peters, dio esta expresión como de Felipe Poey. En dicha carta se hace referencia a la situación que la guerra y la reacción española ha provocado en la Isla. *Ibidem*, referencia No. 14.

COMPENDIO DE LA GEOGRAFÍA DE LA ISLA DE CUBA



Parte I Topografía

HABANA, IMPRENTA DEL GOBIERNO
Y CAPITANÍA GENERAL POR S. M., 1836

Prólogo

Doy a luz este primer tomo de la Geografía de la isla de Cuba, que encierra la parte más necesaria a la instrucción de los niños, en los colegios y escuelas públicas, para cuya utilidad la he compuesto. El segundo tomo contendrá las noticias generales que la geografía puede lícitamente sacar de la historia natural y de la política, sin hacer un tratado especial de estos dos ramos. Pero no tengo la esperanza de terminar esta segunda parte del compendio, antes de haber acopiado los materiales inéditos indispensables para una geografía más extensa que pienso publicar con el auxilio del teniente de caballería y agrimensor D. Alejo Helvecio Lanier, con quien me he puesto de acuerdo para una serie de trabajos geográficos sobre la isla de Cuba.

La segunda parte de este compendio contendrá, pues, los puntos siguientes:

1) Física, que requiere un artículo sobre metereología y salubridad del clima. 2) Historia natural, en sus tres reinos. 3) Historia de la Isla, dividida en historia primitiva o de los indios, seguida de la del descubrimiento, historia moderna e historia modernísima, que empieza con el gobierno de D. Luis de las Casas. 4) Política o gobierno militar, civil, eclesiástico, marítimo y de Real Hacienda. 5) Estado social, o relación de las costumbres. 6) Economía política, o agricultura, artes, navegación y comercio. 7) Estadística, o datos sobre la población, fuerza armada, gastos y rentas.

Estos apuntes se entresacarán del segundo tomo de la obra proyectada; el primero contendrá con mayor extensión la parte topográfica, sin omitir las divisiones topográficas por partidos y por curatos, y señalando los límites respectivos; además se darán acerca de cada ciudad, villa y pueblo, las noticias pertenecientes a la población especial, situación más o menos pintoresca, monumentos y establecimientos públicos.

Cuando llegue el caso de imprimir el resultado de estos trabajos, será muy satisfactorio para mí el publicar una lista de los materiales impresos y manuscritos que han llegado a mi noticia, tributando a sus autores el honor correspondiente; pero en el prólogo de este compendio basta decir que además de las obras más conocidas en La Habana, he tenido a la vista los originales que sirvieron para el mapa de cinco hojas formado por orden del Excmo. Sr. gobernador D. Francisco Dionisio Vives, bajo la dirección del coronel D. José Valcour, que cuida de la impresión en Barcelona; favor que debo a D. Alejo Lanier.

Terminaré con algunas observaciones acerca de lo material de la impresión del compendio. Pudiera haberlo reducido a dos pliegos omitiendo la situación de los lugares; pero hubieran sacado menos provecho los discípulos que no siempre pueden tener el mapa delante; las indicaciones que he puesto servirán de mucho a la memoria. He procurado también hablar a los ojos, para facilitar el estudio, y sobre todo los repasos; para lo cual he empleado a menudo la letra bastardilla y la mayúscula, y he sacado a la línea casi todos los nombres propios. Así se ha aumentado el gasto de la impresión, pero ha sido en beneficio de los lectores estudiosos.

Definiciones

Barril. El barril de hacendado o de conducción es igual a la *caneca* del Consulado. El barril americano que sirve a los contratistas para la venta de mieles compradas a los hacendados, pasa vulgarmente por ser de cinco galones y medio. Véase *galón* y *caneca*.

Barril de aguardiente, tiene 15 frascos.

Bocoy. El bocoy de los hacendados, que se llama *de tiro*, varía de tamaño, siendo generalmente de 25 barriles. El bocoy de *playa* o de los comerciantes es de 18 barriles.

Botella. Como tercera parte de un frasco la botella contiene 814 mililitros que corresponde al valor de 814 centímetros cúbicos; esto mismo he hallado en la mayor parte de las botellas de vidrio oscuro, usadas en La Habana para el vino catalán.

Una botella de Burdeos es considerada en Francia equivalente a 0',725 sin tapón. Habiendo medido las que llegan a La Habana por vía comercial, en cajas de vino y marcada con diferentes sellos, he hallado su capacidad entre 0',705 y 0',720.

Caballería de tierra = 18 cordeles en cuadro = 324 cordeles cuadrados o planos.

Camino real. Tiene 16 varas de ancho; el transversal, 12 varas; la serventía 8 varas.

Caneca = 10 frascos. Hay un modelo en cobre depositado en casa del Consulado. Los hacendados suelen arreglar a esta medida las contratas de mieles con los compradores. Pasa por tener la capacidad de siete galones; pero son más bien, apróximadamente, seis galones y medio. Véase *barril, galón, frasco*.

Carga o caballo = 8 arrobas.

Carga de aguardiente = 2 barriles de 15 frascos cada uno.

Cordel = 24 varas. El cordel cuadrado es igual por consiguiente a 576 varas planas.

Corral. Hacienda circular que tiene de radio una legua o 5 000 varas provinciales. Véase *hacienda*.

Cuarterola de miel = Medio bocoy.

Estero. Caño o brazo que sale de un río y comunica con el mar.

Frasco = 3 botellas. Unidad de medida de capacidad, de la cual hay un modelo en cobre depositado en la casa del Consulado, con la fecha de 1819. Habiéndolo medido cuidadosamente con un buen litro, le he hallado igual a 2',442. Véase *botella*.

Galón. Medida inglesa que pasa vulgarmente en La Habana por tener la capacidad de cuatro botellas y media: lo que corresponde a 3',663. Como séptima parte de la caneca del Consulado, el galón tendría solamente 3',488; pero este dato está más lejos de la verdad que el primero.

Había en Inglaterra tres especies de galones: uno para el aguardiente, de 4',6209; otro para el vino de 3',7852, y otro para la cerveza, de 4',4611. Desde 1824 las medidas llamadas imperiales son las únicas legales y en uso en la Gran Bretaña; el galón imperial es de 4',543457.

Es muy probable que el galón conocido en La Habana, del cual no hay modelo en la casa consular, sea el galón para el vino, de 3',785, que es el menor de los cuatro anteriores, y el que más se aviene con lo referido en los artículos sobre *barril, caneca, frasco y botella*.

Hacienda. Se da este nombre a los hatos, corrales y realengos de consideración, destinados a la cría del ganado, que se multiplica naturalmente en los bosques y llanuras. En los hatos se criaba primitivamente ganado, vacuno, caballar y mular, y en los corrales el de cerda. Las haciendas se fueron después repartiendo en fincas de potreros o sitios de criar, y aun en ingenios y cafetales; en el departamento occi-

dental se subdividieron para el cultivo menor. El terreno fue conservando el nombre primitivo de hacienda, y este mismo ha sido comunicado frecuentemente a partidos, ríos y sierras. La figura de los hatos y corrales no se considera formada por un círculo, sino por un polígono de 72 lados, con un apotema de dos o de una legua. El hato tiene de superficie 1 684 caballerías 144 cordeles, y el corral 421 caballerías 36 cordeles. Véase *legua de tierra*.

Hato. Hacienda circular de dos leguas de radio. Véase *hacienda*.

Ingenio. Finca donde se cosecha la caña y se elabora el azúcar.

Legua. Esta voz, sin otra designación, indica en este compendio leguas habaneras; salvo en el capítulo primero, en que se trata de leguas marítimas. Las distancias indicadas entre dos pueblos se entienden medidas en los caminos reales, siguiendo las líneas tortuosas que presentan.

Legua habanera, legal o provincial = 5 000 varas = 4 240 metros, lo que da aproximadamente $26 \frac{1}{4}$ en el grado ecuatorial.

Legua marítima, de 20 en el grado ecuatorial = 5 562,6 metros¹ = 6 559, 67 varas. Es menester tener presente que el grado, en la latitud de la isla de Cuba, no es de 60 millas marítimas sino $55 \frac{1}{2}$.

Legua de tierra o de corral. Expresión vulgar que se aplica a la cuarta parte de un corral y tiene de superficie 105 caballerías 90 cordeles. No se ha de confundir pues con la legua cuadrada que tiene 133 caballerías, 310 cordeles, 448 varas. El corral tiene, por consiguiente, 4 leguas de tierra, una en cada viento cardinal.

Litro. Medida de capacidad para los líquidos. Equivale a un decímetro cúbico y corresponde a un modelo cilíndrico de 86 milímetros de diámetro y 172 de altura. Un litro es igual a 1 000 decilitros o a 1 000 000 centilitros. Un decilitro corresponde a 100 centímetros cúbicos; un centilitro a 10 centímetros y un milímetro a un centímetro cúbico.

Metro. Unidad de las medidas lineales en que se funda el nuevo sistema universalmente adoptado por los sabios. Es igual a diez millonésimas parte del cuadrante del meridiano terrestre. Fue provisionalmente valuado por el gobierno francés en 443,44 líneas. Las nuevas operaciones practicadas desde Dunkerque hasta Barcelona por Mechain y Delambre, y publicadas por éste en 1806, dan un resultado definitivo de 443, 296 adoptado por el gobierno francés; bien que el quebrado no es rigurosamente 296 sino 295 936, correspondiente a la diezmillonésima parte de las 5 130 740 toesas halladas por los sabios matemáticos encargados de la operación.

Meridiano de Cádiz. Está $8^{\circ} 37' 45''$ al oeste de París, según Ferrer, citado por Humboldt; y según otros, $8^{\circ} 35' 15''$. El observatorio de la Isla o de la ciudad de San Fernando se halla $0^{\circ} 5' 22''$ al este de Cádiz.

¹ Dato tomado en la geografía de Balbi, segunda edición, 1835.

Onza de oro. Su valor intrínseco es de 16 pesos; su valor nominal en La Habana es de 17 pesos.

Peso. Moneda de plata que vale 8 reales. Véase *real*.

Peso de posesión o de tierra. Expresión empleada en la Vuelta Arriba para las divisiones y repartimiento de haciendas, corresponde a un número de caballerías proporcionado a un precio que será tal vez el valor primitivo de la hacienda.

Pipa de aguardiente. Contiene siete cargas o 180 frascos.

Pueblo. Esta voz indica, en este compendio, una población donde hay iglesia. Es de notar que los nombres de ciudad y villas son títulos de concesión o aprobación real, regularmente dados a poblaciones mayores; pero muchas carecen de estos títulos por no haberlo solicitado, aunque tienen un número superior de habitantes. La voz de *pueblo* ha quedado a toda población que no tiene título de villa.

Real. Se entiende *real de plata*, la octava parte de un peso.

Realengo. Terreno encerrado entre las curvas circulares que sirven de límite a los hatos y corrales.

Solar = 27 varas de frente y 40 de fondo = 1 080 varas cuadradas.

Tarea de leña = 3 varas de largo, 1 de ancho y 2 de alto.

Toesa francesa = 6 pies. El tipo es la toesa de la Academia, llamada *del Perú*, porque sirvió para la medida del meridiano en este país; la misma que ha servido a Mechain y a Delambre para la rectificación del cuadrante del meridiano terrestre. Hay 5 130 740 toesas de éstas en dicho cuadrante, y refiriéndola al metro, que es la diezmillonésima parte de esta longitud, es igual a 1,^m 9 490 365 912; y el pie, a 0,^m 32484. El pie francés = 12 pulgadas = 144 líneas = 1 728 puntos.

Vara. Esta voz, sin otra indicación, significa en este compendio, varas habaneras.

Vara habanera, legal o provincial. Es igual a 848 milímetros, y con más vigor 0,^m 847965 que es la longitud de la vara de Madrid, como se verá más adelante, media pulgada mayor que la de Burgos.

La copia más antigua y más acreditada entre los agrimensores de La Habana, fue la vara de *Florez*, que paso a D. José de Oliva, en cuyo poder se ha roto; pero él mismo conserva su longitud en otra vara que he hallado conforme con la medida referida. Conserva además una nota del puño y letra de Florez que fija la vara habanera en 33, 38 pulgadas inglesas, lo que corresponde a los mismos 0,^m 848 y una corta fracción que se puede despreciar. La vara de Florez tenía un siglo de antigüedad, y ha servido de tipo para las medidas agrarias, sin disposición legal para el caso. Los señores Herrera, La Sagra y Noda atestiguan haberla hallado conforme a 0,^m 848, y Lanier tiene la misma longitud en la vara de su uso.

Por lo que toca al cajón del Ayuntamiento de La Habana, depositado en casa del arrendador de la contrata de marca, diré que en 1820 me dio

el mismo resultado que la vara de Florez; pero en el día, el nuevo cajón de cedro construido en 1822, después de la destrucción del antiguo, sólo tiene de longitud interna 0,^m 844, medido en el presente año por mí, y en 1827 por D. Ramón de la Sagra, que por esa razón se vio en la necesidad de establecer dos medidas en la Isla, una *cubana*, o de los agrimensores y otra *habanera* o del comercio. El agrimensor D. T. Sandalio de Noda, en un buen artículo inserto en el *Diario de Gobierno* del 29 de noviembre de 1835, refiere un caso judicial ocurrido en las medidas de S. Marcos, en cuya ocasión el Ayuntamiento de La Habana remitió una vara de madera sellada con sus armas y con las cabezas de plata; esta copia fue hallada enteramente conforme en longitud con la de Oliva; por donde parece que no debe haber en La Habana más que un solo patrón arreglado a 0,^m 848. Por otra parte D. José de Oliva afirma haber hallado en 1815 el cajón del Ayuntamiento algo más chico que la vara de Florez; este dato es contrario a lo referido por Noda y a lo que yo mismo he observado en 1820; pero la circunstancia sola de haberse destruido el antiguo cajón para formar otro nuevo, sin las precauciones tal vez que exige una operación tan importante, basta para dar más crédito a la vara de los agrimensores, sobre todo mediando la circunstancia notable de seguir igual a la vara de Madrid, según la noticia que he podido recoger. Véase *el artículo siguiente*.

Vara de Madrid. Consta de una memoria sobre medidas por D. Vicente Vázquez, pensionado por S. M. en París, que la vara de Madrid es igual a 0,^m 84765, según Lohmar; citado por Arango. Este mismo dato se lee en el trabajo de Guérin de Thionville al fin de la geografía de Balbi; pero el autor francés le da el nombre de vara castellana, que pertenece legítimamente a la vara burgalesa. El número 9 que sigue a los 7 milímetros permite escribir 0,^m 848, despreciando la corta diferencia que resulta en las decimales, con lo cual se demuestra que la vara de La Habana coincide con la de Madrid.

Vara de Burgos. Llamada por otro nombre *vara castellana*, y con más razón se pudiera llamar *vara española*, porque sirve de tipo legal en España después de la pragmática de Felipe II del año 1568. D. Gabriel Ciscar, que tuvo conocimiento del trabajo de Delambre y de Mechain para la corrección del metro provisional, ha fijado la vara de Burgos, ajustada a una temperatura mediana, en 0,^m 8 359 068, operando sobre un patrón de latón formado bajo la dirección de D. Juan Peñalver. El mismo Ciscar asegura que el tipo de Burgos es una vara de hierro torcido cuyas aristas difieren notablemente; pero la medida que aquí se refiere está arreglada a la mayor longitud del patrón. D. Jorge Juan, que ha tenido en su mano la verdadera toesa de la Academia francesa, llamada del Perú, ha fijado la relación del pie francés al pie español como 6:7, lo que da para la vara de Burgos un resultado de 0,^m 8 353.

Rodríguez la fija en o,^m 835. Algunos, dando el nombre de vara Castellana a la vara de Madrid, dan lugar a grandes equivocaciones. Tiene 3 pies, el pie 12 pulgadas y la pulgada 12 líneas, según Ciscar; pero el diccionario de la Academia española y Guérin de Thionville divide la pulgada castellana en 16 líneas; lo que será tal vez conforme a alguna usanza de Madrid.

Vega. Tierra baja, generalmente sobre las márgenes de los ríos, destinada al cultivo del tabaco.

Vuelta Arriba y Vuelta Abajo. Estas expresiones significan parte oriental y occidental de un punto cualquiera.

Yarda imperial. Medida inglesa de 3 pies o 432 pulgadas. Es igual a o,^m 914 784.

Capítulo I. Introducción

SITUACIÓN. La isla de Cuba, la más occidental de las Antillas, está situada en el océano Atlántico, entre las dos Américas, en el principio boreal de la zona tórrida; hallándose el fanal del Morro de La Habana a los 76° oeste de Cádiz.²

LÍMITES. Se halla por el oeste a la entrada del golfo mexicano; por el este frente a la isla de Santo Domingo o república de Haití; tiene al norte el banco y canal de Bahama, con las islas Lucayas, y al sur el mar de las Antillas, donde se hallan las islas de Jamaica y de los Caimanes.

FIGURA. La figura de la isla de Cuba es irregular, larga y estrecha, formando como un arco cuya parte convexa mira al polo ártico.

DIRECCIÓN. El territorio más septentrional está comprendido entre La Habana y Matanzas; desde allí la dirección de la Isla es oeste suroeste y este sureste.

EXTENSIÓN. Siguiendo la curva más corta que pasa por el centro, la Isla tiene sobre 220 leguas marítimas de largo.³ La parte más alta es de 37 leguas, desde la boca oriental del puerto de Nuevitás, dirección norte-sur, dejando al este el pico de Turquino: desde el extremo norte del Sabinal, pasando por 7 leguas de mar, hasta la costa del sur hay 39 leguas. Su menor anchura, al sur del Mariel, es de 7 leguas, y al sur de La Habana, de 9. El término medio es de 14 o 15 leguas.

SUPERFICIE. Es de unas 3 500 leguas sin contar la de sus cayos.

² 76° 4' 34" según Ferrer: 76° 0' 48" según Oltmans y Humboldt.

La longitud de la Isla desde el cabo de San Antonio hasta el de Maisí está entre los 78° 39' 15" y 67° 46' 4". La latitud, desde la punta de Hicacos hasta la del Inglés, inmediata al cabo de Cruz, está entre 23° 12' 45" y 19° 48' 30".

³ 216 leguas. Según el cuadro estadístico; 227 según Humboldt.

Capítulo II. División territorial

La costa del norte de la isla de Cuba ofrece una curva algo regular desde la punta de los Órganos hasta la de Lucrecia. Desde allí el terreno se dirige violentamente al sur; hasta el fondo de la bahía de Nipe; y más adelante, se inclina oblicuamente desde la punta de Guarico hasta el cabo de Maisí. La costa del sur es más irregular; el banco de Buena Esperanza y la ensenada de la Broa hacen en las tierras unas profundas cortaduras; la Isla, además, se angosta considerablemente en la línea episcopal que pasa cerca de Morón. El cabo de San Antonio se halla en el extremo de una legua de tierra de 20 leguas de largo, estrechada por las ensenadas de Guadiana y de Cortés.

La figura de estas costas se ha de tener presente para una división natural del territorio cubano; pero también se ha de atender a otras circunstancias, principalmente a la posición de las ciudades, puertos, ríos y montes. Los puntos más importantes en la costa del norte son: Bahía Honda, La Habana, Matanzas, Nuevitas y Nipe; al sur Guantánamo, Santiago de Cuba, Trinidad, Jagua y Batabanó; en el centro la ciudad de Puerto Príncipe y otras. Las divisiones políticas siguientes están bastante arregladas a estos antecedentes, pero no del todo.

La división territorial es de cinco modos: *civil, militar, marítima, de Real Hacienda y eclesiástica.*

División civil⁴

Se subdivide en dos provincias:

1. *Occidental, o de La Habana.* 2. *Oriental, o de Cuba.*

Línea divisoria:

Desde el extremo sureste de la bahía de Nuevitas, hasta el río Jobabo, de donde pasa al de Sevilla que sigue hasta la boca.

División militar

Tiene tres departamentos: *occidental, central y oriental.*

⁴ Esta división es enteramente política. En el orden judicial, la Real Audiencia establecida en Puerto Príncipe tiene también jurisdicción superior en toda la Isla; las jurisdicciones subalternas abrazan la parte judicial y política, a pesar de la distinta naturaleza de estas dos funciones.

Primera línea

Desde el río de Sierra Morena hasta el vertiente de la ciénaga de Zapata en la ensenada de la Broa, dejando fuera la punta gorda o de los mangles, y siguiendo el curso del arroyo Mayabón y de los ríos de Hanábana y Hatiguanico. Pasa por el pueblo de Álvarez que queda en el departamento central.

Segunda línea

Desde el extremo oriental del puerto de Nuevas Grandes hasta la boca del río Jobabo.

División Marítima

Se divide en cinco provincias:

1. *Habana.* 2. *Trinidad.* 3. *S. Juan de los Remedios.* 4. *Nuevitas.*
5. *Cuba.*

Habana

La parte occidental de la Isla hasta la boca del río Palma y la punta de D. Cristóbal; perteneciéndole los cayos que están al oeste de los canales del Pargo y del Rosario.

Trinidad

Desde la Punta de D. Cristóbal hasta el estero de Junco exclusivamente; perteneciéndole los cayos del canal del Rosario hasta el paso del gran banco de Buena Esperanza, y sirviéndole de división interna el camino real que pasa por el centro de la Isla.

San Juan de los Remedios

Desde el río de la Palma hasta la punta de Curiana, con los cayos correspondientes hasta el de Coco exclusivamente; y sirviéndole de límite interior el camino real del centro.

Nuevitas

La parte septentrional de la Isla comprendida entre las puntas de Curiana y de Mayarí; sirviendo de demarcación para los cayos el meridiano de punta de Mulas.

Cuba

La parte oriental de la Isla hasta el río Mayarí; y el estrecho de Junco.

División de Real Hacienda

Tres intendencias:

1. La *Habana*, que es superintendencia.
2. La de Puerto Príncipe.
3. La de Cuba.

Primera línea

La misma que la militar; salvo que el río Damují sirve de límite, al sur; hasta la bahía de Jagua.

Segunda línea

La misma que la civil.

División Eclesiástica

En dos diócesis:

1. Arzobispado de Cuba.
2. Obispado de La *Habana*.

Línea divisoria

Desde la cañada de la Llana, en la costa del norte al sur del extremo oriental de la isla de Turiguanó, hasta el oriente de la laguna y embarcadero de Sabanalamar; recorriendo el curso de la Llana, y del arroyo Guaya-bo que se pierde en la cienaga del sur. La sierra de Judas queda al este.

Capítulo III. Ciudades, villas y pueblos

& 1

Departamento Occidental

Capital: La HABANA, ciudad marítima, cabeza de gobierno y residencia del Capitán General de toda la Isla. Sus principales barrios extramuros, son: *San Lázaro, la Salud y Jesús María*.

Las ciudades y villas que tienen ayuntamiento o jurisdicción civil en este departamento son las siguientes:

1. GUANABACOA, villa inmediata a la bahía de La Habana, con los pueblos de *Barrera*, en la boca de Bacuranao; y *Peñalver*, más al sur.
2. SANTA MARÍA DEL ROSARIO,⁵ ciudad, 4 leguas al sureste de La Habana.
3. JARUCO,⁶ ciudad, 10 leguas al este de La Habana, camino para Matanzas.

⁵ Justicia mayor: el Excmo. Sr. Brigadier Conde de Casa-Bayona.

⁶ Justicia mayor: el Sr. Conde de Jaruco y Mopox.

4. MATANZAS, ciudad marítima, cabeza de gobierno, 22 leguas al este de La Habana, con una jurisdicción de 6 leguas en contorno, donde se hallan los pueblos siguientes: *Canasí*, inmediato a la costa, al oeste de la ciudad. *Corral Nuevo*, al norte del Pan; *Ceiba Mocha*, camino para La Habana; *San Francisco de Paula*; *Cabezas*, al suroeste; *Sabanilla del Encomendador y Santa Ana*, al sur; *Limal*, al sureste; *Guamacaro y Camarioca*, al este.

5. GÜINES, villa situada en una hermosa llanura de la costa del sur, 12 leguas al sureste de La Habana. Tiene en su jurisdicción el pueblo de *San Nicolás*, al este, y *la Catalina*, al norte, con la iglesia en *Corral Nuevo*.

6. SANTIAGO, ciudad, casi al sur de La Habana, a 5 leguas de distancia, con los pueblos siguientes: al sur, *Quivicán y Batabanó*, punto marítimo en la costa meridional; al noroeste *Wajay*; ⁷ al suroeste, *Govea, la Salud, Güira de Melena, Alquizar, Guanamar y Guanacage*.

7. SAN FELIPE Y SANTIAGO DE BEJUCAL, ⁸ ciudad, 1 legua al sur de Santiago.

8. SAN ANTONIO DE LOS BAÑOS, ⁹ villa, 8 leguas al sur suroeste de La Habana; con los pueblos del *Pilar o Vereda Nueva*, y el *Caimito*.

9. PINAR DEL RÍO, pueblo, cabeza de la tenencia de gobierno de *Nueva Filipina*, en la parte occidental de la Isla, 50 leguas de La Habana al sur de la cordillera principal de los Órganos. Tiene en su jurisdicción los pueblos siguientes: *Chorrera*, al norte, por otro nombre *Consolación del Norte*; *Baja, y Mantua*, al oeste; *San Juan y Martínez, Guanes y Paso Real*, al suroeste; y *Consolación*, al noreste.

Los pueblos que siguen, no pertenecientes a ninguna de las jurisdicciones mencionadas, quedan sujetos al gobierno civil de La Habana.

Camino del medio o de Batabanó, al sur de La Habana: *Jesús del Monte, Arroyo Naranja, Buenventura, Batabanó*, a 14 leguas sur de La Habana.

Camino de San Diego, por San Marcos: *el Cerro, Mordaza, Puentes Grandes, los Quemados, Marianao, Arroyo Arenas, el Cano*, que está más a la izquierda, *Guatao, Corralillo, Ceiba del Agua, Capellanías, Puerta de la Güira, las Cañas*, a la izquierda; *Artemisa*, en el partido de San Marcos, distante 14 leguas de La Habana; *las Mangas de Río Grande, Candelaria, San Cristóbal de los Pinos*, a la izquierda; *Palacios, San Diego de los Baños*, 40 leguas de La Habana.

Camino de Guanajay, desde Arroyo Arenas: *Hoyo Colorado, Guayabal*, que está más a la izquierda; *Guajay* a 11 leguas de La Habana; *Callajabos, San Juan de los Baños*.

⁷ Se pronuncia Ubajay.

⁸ Justicia mayor: el Excmo. Sr. Marqués de San Felipe y Santiago.

⁹ Justicia mayor: el Excmo. Sr. Marqués Cárdenas de Montehermoso.

Camino de la costa al oeste de La Habana desde Puentes Grandes: *Cangrejeras, Banes*, corta población sin iglesia; *Mariel, Quiebra Hacha, Dominica o Muelle de Barrios*, cerca de Cabañas; *San Diego* de Bahía Honda, *Bahía Honda, Pozas* en la hacienda de Cacarájcaras.

Inmediatos a La Habana están *Carraguo* y *San Antonio Chiquito*.

Caminos del sur, algo más al este que el de Batabanó: *el Calvario, Managua, San Antonio de las Vegas, Guara, Melena*.

Camino de Güines: *San Francisco de Paula y San José de las Lajas*.

Camino de Matanzas: *San Miguel, Tapaste, Aguacate*.

Por varios caminos de la costa del norte al este de La Habana, *Guanabo, Almacenes de Jaruco, San Antonio*, con la iglesia al norte, en *Río Blanco; Caravallo*, en la hacienda de Bayona, *Santa Cruz*, población en la boca de este río; *Jibacoa*.

Al oeste del meridiano de Matanzas, con dirección al suroeste y al sur: *Casiguas, Madruga*, lugar concurrido para baños, 16 leguas de La Habana; *Pipián, los Palos o Nueva Paz*¹⁰ con título de ciudad; *Bermuja, Alacranes*.

Al este del meridiano de Matanzas, recorriendo el sur y volviendo por el norte: *Macurijes*, con la iglesia y población en *Corral Falso; Hanábanas Ceja de Pablo, Guamutas, Cimarrones, Lagunillas*.

& 2

Departamento Central

Comprende:

1. El gobierno de *Fernandina de Jagua*.
2. El gobierno llamado de los cuatro pueblos, que son: *Trinidad*, ciudad marítima, cabeza de gobierno a 90 leguas de La Habana, sobre la costa del sur y las tres villas siguientes: *Santa Clara*,¹¹ a 77 leguas de La Habana; *San Juan de los Remedios*,¹² a 14 leguas de Santa Clara, y más cerca de la costa del norte, *Sancti Spiritus*, a 100 leguas de La Habana.
3. La tenencia de gobierno de *Santo Domingo*, sobre el río de Sagua la Grande.
4. La tenencia de gobierno de *Puerto Príncipe*, ciudad a 151 leguas de La Habana, residencia de la Real Audiencia de toda la Isla.

Jagua

LÍMITES. Desde la boca del río San Juan, entre Jagua y Trinidad, la línea divisoria recorre los puntos siguientes: noreste hasta la hacienda de Ciguanea; noroeste hasta la encrucijada de San Marcos, camino

¹⁰ Justicia mayor: el Sr. Conde de Jaruco y Mopox.

¹¹ Vulgarmente llamada *Villa Clara*, compendio de villa de Santa Clara.

¹² Por otro nombre el Cayo.

real para La Habana; arroyo Mayabón al sur de Álvarez, río de Hanábana, río de Hatiguanico hasta la ensenada de la Broa; de modo que toda la costa que está al sur de la ciénaga de Zapata, pertenece a esta jurisdicción.

CAPITAL. CIENFUEGOS, ciudad marítima, a quien sirve de puerto la bahía de Jagua.

PUEBLOS DE LA JURISDICCIÓN. *Yaguaramas, Caunao, Camarones, las Lajas, Cumanayagua, Arimao.*

Trinidad

LÍMITES. Por la boca y el curso del Iguanojo, dejando a la derecha las lomas de Banao; por la sierra de la Gloria hasta las inmediaciones de Ciguanea, lindando hasta aquí con Sancti Spíritus, y siguiendo después los límites de Jagua.

PUEBLOS. *Río del Ay, Caracucey y Casilda* puerto.

Santa Clara

LÍMITES. Linda al norte con la costa; al oeste con el departamento occidental; al sur con Jagua y Trinidad; al este con Sagua la Chica, límite de San Juan de los Remedios.

PUEBLOS. *Álvarez*, en el lindero occidental; *Esperanza o Puerta del Golpe*, en el camino real del centro; *Embarcadero* de Sagua la Grande, junto al mismo río; *Palmarejo o Quemado de Güines*, al sur de la Sierra Morena.

Santo Domingo

Población nueva sobre el río Sagua la Grande, con un territorio cortísimo.

San Juan de los Remedios

LÍMITES. Al norte la costa; al oeste Santa Clara; al sur Sancti Spíritus.

PUEBLOS. *Mayajigua*, cerca del boquerón de Jatibonico, *Guaracabulla* en el camino real; *Ciego Ransoli*, más al norte.

Sancti Spíritus

LÍMITES. Al este la línea episcopal que linda con Puerto Príncipe; al oeste, San Juan de los Remedios y Trinidad; al norte los Remedios y el mar; al sur el mar.

PUEBLOS. Al sur, *Banao*, embarcadero del *algodon* sobre el río Saza; *Jíbaro*.

En el camino real del centro: *Jicotea*, corta población; *Ciego de Ávila o la Palma*.

Al norte del camino: *Guadalupe y la Concepción* que quedan al sur del boquerón de Jatibonico; *Morón, Camagüeyano*, ermita cerca del río Nauyú.

Puerto Príncipe

LÍMITES. Al oeste Sancti Spíritus: al este la línea civil, límite de Bayamo.

PUEBLOS. En la costa norte: *Guanaja; San Miguel* de Nuevitas, al sur de la bahía; *Bagú*, a orillas de la misma; y más al norte, San Fernando de *Nuevitas o el Guincho*.

Entre la costa del norte y el camino real del centro: *Mulato*, al noroeste de Puerto Príncipe; *Cubitas*, hacia el norte; *Sabanicú y Cascorro*, al este, no lejos de Guáimaro.

En el camino real: *San Gerónimo*, al oeste de Puerto Príncipe; *Guáimaro*, al este.

Entre el camino real y la costa del sur: El *Brazo*, corta población; *Berrocal y Guaimarillo*, cerca de Guáimaro.

En la costa del sur: *Santa Cruz y Vertientes*.

& 3

Departamento Oriental

Contiene las ciudades y poblaciones siguientes con la correspondiente jurisdicción.

Santiago de Cuba. Ciudad marítima cabeza de gobierno, a 230 leguas de La Habana en la costa del sur, con las tenencias de gobierno siguientes.

Jiguaní. Pueblo, a 25 leguas noroeste de Cuba.

Bayamo. Villa, a 32 leguas noroeste.

Manzanillo. Villa, comandancia militar y política; puerto a 25 leguas suroeste de Bayamo.

Holguín. Ciudad a 40 leguas norte noroeste.

Moa. Pueblo y puerto a 40 leguas del cabo de Maisí.

Véase más adelante los pueblos con ayuntamiento que se hallan en las tenencias de gobierno anteriores.

Santiago de Cuba

LÍMITES. Desde el cabo de Cruz, pasa la línea por el norte de la Sierra Maestra, lindando con el Manzanillo y el Bayamo; sigue el río Contramaestre, límite occidental con Jiguaní, hasta su confluencia en el Cauto, hacia cuyo origen va subiendo algún trecho por los límites de Holguín y corta al noreste hasta la boca del río Nipe; recorre la costa septentrional hasta los linderos de Moa, y de allí por los límites de

Baracoa sigue el curso del río Sabanalamar, hasta la costa meridional que recorre hasta el referido cabo de Cruz, dejando en la jurisdicción el puerto de Guantánamo.

Pueblos con Ayuntamientos:

El Cobre. Villa, a 4 leguas oeste de Cuba.

El Caney. Pueblo, a 1 ½ legua noreste.

Tiguabo. Pueblo, a 7 leguas noreste.

Otros pueblos:

Palma o Cauto Soriano, al este.

Morón, al norte.

Mayarí, nueva población cerca de Nipe.

Seboruco de Mayarí.

Sagua, sobre el río de este nombre.

Santa Catalina, población nueva cerca de Guantánamo.

Jiguaní

LÍMITES. Al norte el río Cauto, lindando con Holguín y Bayamo; al este el río Contramaestre, límite de Cuba; al oeste el río Cautillo, límite con Manzanillo; al sur un trozo de la Sierra Maestra donde nacen casi contiguos los dos ríos anteriores.

PUEBLO. *Baire*, al sur del camino real.

Bayamo

LÍMITES. Al norte el mar; al sur la Sierra Maestra; al oeste la línea civil, límite igualmente de Puerto Príncipe; al suroeste Jicotea, límite de Manzanillo; al este la línea de Holguín desde la boca de Yariguá, que entra en la bahía de Manatí hasta el río Cauto; y luego todo el Cautillo por los límites de Jiguaní.

Pueblo con ayuntamiento:

Guisa, ciudad y marquesado, a 4 leguas sur sureste de Bayamo.

Otros pueblos:

Las Tunas, camino para La Habana.

El Horno, el Dátil, más al sur; *Piedra o Valenzuela*.

Manzanillo

LÍMITES. Al oeste el mar, frente al Banco de Buena Esperanza; al sur la Sierra Maestra, límite de Cuba hasta el río Tarquino; al este y al norte el río Jicotea que confina con Bayamo.

PUEBLOS. *Yara y Vicana*, sobre los ríos del mismo nombre.

Holguín

LÍMITES. Al norte el mar, desde el puerto de Manatí hasta el río de Nipe; al oeste Bayamo; al sur el río Cauto y los límites de Cuba.

PUEBLOS. *Jibara*, cerca del puerto de ese nombre; el Retrete, corta población al noroeste de Banes.

Moa

LÍMITES. Al norte la costa septentrional, en los demás rumbos, Baracoa y Santiago de Cuba.¹³

Baracoa.

LÍMITES. Al oeste la línea de Cuba y de Moa. Por los demás rumbos el mar hasta la punta de Maisí.

Capítulo IV. Montes

& 1**Departamento Occidental**

Los montes de este departamento están bastante separados de los que tienen su principal asiento en el gobierno de Trinidad, para que se pueda estudiar como sistema aparte, solamente interrumpido por una llanura de diez leguas entre Anafe y Managua, quedando al este las cordilleras menos importantes.

El primero de estos grupos es pues el occidental, que los marinos llaman *cordillera de los Órganos* y se extiende desde la ensenada de Guadiana hasta la referida sierra de Anafe, al este del Mariel.

Su asiento principal que más específicamente se llama de los *Órganos*, está al oeste de San Diego de los Baños, a igual distancia de Bahía Honda y Guadiana.

Tiene al sur el *cerro de Cabras*, que viene a quedar al norte de la ensenada de Cortés, y el de *Cuyaguaje* o de *Guanes*, al oeste de la misma ensenada; tiene al norte el *Pan de Guajaibón* de 700 varas de altura. También se hallan unas *Vigías* en el cabo Corrientes.

Siguiendo la cordillera al este se hallan *las lomas de San Diego*; la *sierra del Aguacate*, al sur de Bahía Honda; la de *San Salvador* y la del *Cuzco*, al sur de Cabañas: las tres toman su nombre de las haciendas donde se hallan.¹⁴

¹³ Ignoro los demás pormenores de los límites de esta nueva tenencia de gobierno.

¹⁴ La sierra del Aguacate comprende: Loma Alta, sierra del Brujo, lomas de Guacamayas y sierra del Rosario. Las otras dos contienen: la sierra del Rubí, Peña Blanca, loma del Mulo y loma Pelada.

Las *lomas de San Juan* se hallan cerca de los baños de ese nombre.

Al suroeste del Mariel queda la *Loma Gobernadora* y más al sur las del *Jobo*. Sigue más al este la *sierra de Guanajay*, y la de *Anafe* termina este primer grupo al sur del río Banes; los marinos llaman a esta sierra la *Mesa del Mariel*.

El segundo grupo empieza en Santiago, pasa por Madruga y acaba en Camarioca; se une a la cordillera del norte por Santa María del Rosario, Jaruco y Matanzas. Los puntos principales son los siguientes: las *Tetas de Managua*, las *lomas de Camoa*, entre las cuales pasa el camino de San José de las Lajas; la *Escalera de Jaruco*, cuyo corte vertical se distingue a gran distancia; los *Arcos de Canasí*, de corta altura y notables desde el mar; el *Pan de Matanzas* de 460 varas de altura sobre el nivel del mar, a corta distancia del hermoso *valle de Yumurí*, y las *Tetas de Camarioca*, al este de Matanzas. Cerca de Güines está la *loma de Candela*, de poca altura, pero muy notable por su meseta de más de media legua de anchura, y por la vista que ofrece sobre la hermosísima llanura de Güines, dilatada hasta el mar del sur que se percibe a seis leguas de distancia, y adornada en toda su extensión por las palmas reales y la variedad preciosa de cultivos que riega uno de los ríos más copiosos de este departamento.

& 2

Departamento Central

Costa del sur

En toda la extensión del terreno comprendido entre Trinidad, Cienfuegos, Santa Clara y Sancti Spiritus, hay sierras muy elevadas; entre ellas las principales son:

Al oeste de Trinidad, *Pico Blanco y Cabeza del Muerto*, que los marinos llaman de *San Juan*; cerro de *Vigías* inmediato a la ciudad.

Al norte, *Pico del Potrerillo*, *sierra de San Juan de Letrán*, de *Guaniquical*, las *Trancas de Galves*, *sierras de Yaguanat* y otras.

Por los límites de Trinidad y de Sancti Spiritus se hallan *la lomas de la Rosa*, de *Banao*, *Pan de Azúcar*; *Pico Tuerto* y *la sierra de la Gloria*; más al oeste, la *sierra del Escambray*.

Costa del norte

La *Sierra Morena* se extiende al sureste de este río hasta Sagua la Grande.

La *sierra de Jatibonico* tiene su principal asiento en el boquerón de su nombre; su dirección más importante es al noroeste hacia San Juan de los Remedios, a cuyo territorio sirve de límite una fuerte ramificación circular que se dirige al oeste con el nombre de *sierra de Mata Hambre*, formando una meseta de 600 varas de altura.

Continúa al este el terreno montuoso con menos elevación hasta la *sierra de Cubitas*, entre los ríos Jigüe y Máximo, a igual distancia de Puerto Príncipe y de la costa, siendo los puntos más elevados los *cerros de Limones y de Tabaque*, entre los cuales pasa el camino de la Guanaja.

Las *lomas de Camaján* están del otro lado del río Máximo en la misma dirección que las de Cubitas. La *sierra de Judas* se encuentra aislada, 6 leguas al sur de la cañada de la Llana.

En la costa del sur, más inmediato al camino real, se hallan algunas lomas desde el río de Najaza hasta Guáimaro. Otras siguen el curso de Jatibonico del sur.

Al sur de Nuevitas están las *lomas del Rompe o de Carcamisas*.

& 3

Departamento Oriental

Este departamento es muy montañoso, principalmente en las jurisdicciones de Holguín y de Cuba, y mucho más en Baracoa.

La cordillera principal con el nombre de *Sierra Maestra*, se extiende desde el cabo de Cruz hasta más allá del meridiano de Cuba; los puntos más elevados son: *el Ojo del Toro*, de 1 200 varas; el *pico Turquino*, 2 800 varas, lo mismo que la *sierra del Cobre*.

Una segunda cordillera empieza en las inmediaciones de Nipe y sigue hasta la punta de Maisí, con mayor asperidad en la costa del norte, y contiene las sierras principales siguientes: en la jurisdicción de Cuba, la *sierra de Nipe*, al oeste de Mayarí, *la sierra del Cristal*, al este las *cuchillas de Santa Catalina*, al este del río Sagua. En la jurisdicción de Baracoa, *las cuchillas de Toar*; *la sierra de Moa*, con dirección a la punta del Guarico; el cerro del *Yunque* y las *cuchillas de Baracoa* que le sirven de ramificación.

Al noreste de Guantánamo tiene la jurisdicción de Cuba las lomas de *Quemado Grande* y la *sierra de Vela*, que sirve de límite al río de Sabanalamar, orilla derecha.

Al oeste de Holguín se hallan las *lomas de Almiquí*; el *cerro de Dumañuecos* está inmediato al puerto de Manatí, y la *sierra del Socarreño*, al este del puerto del Padre.

Capítulo V. Penínsulas

La del Sabinal, a la entrada del puerto de Nuevitas, formada por la ensenada de Mayanavo.¹⁵

¹⁵ El fondo de la ensenada forma una cañada que tiene alguna comunicación con el mar, pero no parece suficiente para dar al Sabinal el carácter de isla.

Capítulo VI. Cabos

Costa del norte

Cabo de *San Antonio*, al extremo occidental de la Isla.

Punta de *Ábalo* o de los *Órganos*, al extremo norte de la ensenada de Guadiana.

Punta Brava, media legua al oeste de La Habana, sin otra consideración que la de estar tan cerca de esta capital; lo mismo que las de *Guanos*, de *Sabanilla* y de *Mayá* que están a la entrada del puerto de Matanzas.

Punta de *Hicacos*, de 5 leguas de largo, al este de dicho puerto; punto el más septentrional de la Isla, y principio occidental de la parte más estrecha del canal viejo de Bahama.

P. de *Piedras*, frente a la anterior, al extremo oriental de la ensenada de Cárdenas.

P. de *Judas*.

P. de *San Juan* frente al extremo occidental de la isla de Turiguanó.

P. de *Curiana*, en un cayó inmediato a la bahía de Jigüey.

P. *Brava*, al extremo occidental de la bahía de la Guanaja.

P. de *Arenas*, en la boca de las Caravelas.

P. de *Maternillos*, extremo occidental de la entrada de Nuevitas, término oriental de la parte más estrecha del canal viejo de Bahama.

P. *Lucrecia* y P. de *Mulas* que está inmediata.

P. del *Guarico*.

Cabo de *Maisí*, en el extremo oriental de la Isla.

Costa del sur

Cabo de *Cruz*.

Punta de *Macuriges*, al norte del jardín de la Reina.

P. de *San Juan*, al este de este río.

P. de *Casildas*.

P. de *San Juan*, frente al Pico del Muerto.

P. *Gorda* o de *Mangles*, límite occidental del territorio de Jagua y principio de la grande ensenada de la Broa.

P. de *Mayabeque*, en el surgidero de este río, principio de dicha ensenada al norte.

P. de *Salinas*, al principio occidental de la ensenada de Majana.

P. de *Media Casa*, junto al río Palacios.

P. de la *Fisga*, a igual distancia de las ensenadas de Majana y de Cortes.

P. de la *Llana*, más al sur de esta última ensenada.

Cabo Corrientes al extremo oriental de la ensenada de este nombre.

P. del *Holandés*, al otro extremo, y a muy corta distancia del cabo de San Antonio.

Capítulo VII. Puertos

Bahías, ensenadas, esteros, embarcaderos.

La costa del norte de la Isla de Cuba está defendida en la parte occidental por una serie de arrecifes llamados los Colorados. Pero desde Bahía Honda hasta la punta de Hicacos, donde está la boca del canal viejo de Bahama, es de fácil acceso y agradable navegación. Lo mismo se nota en el extremo de la Isla, sobre todo en el hermoso trozo meridional que se extiende desde el cabo de Maisí hasta el cabo de Cruz. Hay muchos y muy hermosos puertos, más numerosos en la costa del norte, y principalmente en el departamento oriental, en extremo favorecido por la naturaleza, en esta parte. Los puertos mayores son Nipe, Nuevitas, Jagua y Guantánamo; el más sobresaliente en bondad y hermosura es Jagua.

& 1

Costa del norte

Departamento Occidental

Guadiana, ensenada y bahía.¹⁶

Bahía Honda, puerto a 22 leguas de La Habana; para navíos y con un fuerte a la entrada.

Cabañas, puerto a 16 leguas, para fragatas.

Mariel, puerto, a 12 leguas para lo mismo; con batería y torreón.

Banes, surgidero, a 8 leguas, con torreón.

La *Habana*, antiguamente nombrado *puerto de Carenas*, excelente para toda suerte de buques; con las ensenadas de *Regla*, *Guasabacoa* y *Atarés*. Tiene un fanal a la entrada, y está defendido por el *Morro*, el castillo de la *Punta* y el de *Santa Clara*; más adentro, por la *Cabaña* y el *fuerte número 4*. Por la parte de tierra, la ciudad tiene por defensa los castillos del Príncipe y de *Atarés*.

Jaruco, surgidero, a 8 leguas de La Habana, con batería.

Matanzas, bahía, con un castillo a la entrada.

Cárdenas, ensenada y embarcadero, a 8 leguas este de Matanzas. El fondo de esta ensenada se llama también de *Siguagua*.

Departamento Central

Jurisdicción de San Juan de los Remedios

Caibarién, ensenada que sirve de puerto habilitado al sur de San Juan de los Remedios, distante cinco millas.

¹⁶ Entre Guadiana y Bahía Honda se hallan los pequeños puertos de Baja y de la Mulata, y algunos ríos que forman surgideros para el cabotaje.

Jurisdicción de Sancti Spíritus

Los Perros o el Mamón, pequeño puerto.

Morón, lagunata o ensenada cerrada por la isla de Turiguanó.

Jurisdicción de Puerto Príncipe

Sabanalamar, embarcadero, al oeste de Caunao.

Jigüey, bahía con poco fondo.

Guanaja, ensenada para 9 pies de cala.

Sabinal, bahía frente a la boca de las Caravelas.

Límite de jurisdicción

Nuevitas, hermoso puerto, con la ensenada de Mayanavo.

Jurisdicción de Bayamo

Nuevas Grandes, estero.

Departamento Oriental***Límite de jurisdicción***

Manatí, puerto.

Jurisdicción de Holguín

Malagueta, puerto.

Puerto del Padre, con buen fondo.

Jibara, puerto habilitado para Holguín.

Bariay, puerto para embarcaciones pequeñas.¹⁷

Naranjo, buen puerto.

Samá, puerto pequeño.

Banes, hermoso puerto.

Límite de jurisdicción

Nipe, bahía, la mayor de toda la Isla.

Jurisdicción de Cuba

Levisa y Cabonico, buenos y grandes puertos, con entrada común.

Tánamo, puerto grande y con buen fondo.¹⁸

Jurisdicción de Moa

Moa, buen fondeadero entre el islote y la costa.¹⁹

¹⁷ *Jururú y Vita*, son dos puertos chicos, antes y después de Bariay.

¹⁸ Siguen tres puertos menores para embarcaciones pequeñas; *Cebollas, Casanova, y Yaguaneque o Yaguanique*.

¹⁹ Siguen los puertos menores para pequeñas embarcaciones: *Juraguá, Taco, Cayaguaneque, Surgidero y Marví*.

Jurisdicción de Baracoa

Baracoa, puerto abierto a la brisa, con anclaje en la playa de *Miel*.
Mata, pequeño puerto, el más oriental.

& 2**Costa del sur*****Departamento Oriental******Jurisdicción de Cuba***

Baitíqueri, *Puerto Escondido*, pequeños puertos.
Guantánamo, bahía, una de las mayores de la Isla, con varias ense-
nadas, la del fondo llamada de *Joa*.
Cuba, puerto con un morro.²⁰

Jurisdicción de Manzanillo

Manzanillo, fondeadero y puerto habilitado,

Jurisdicción de Bayamo

Virámas, ensenada.

Departamento Central***Jurisdicción de Puerto Príncipe***

Junco, estero, límite de jurisdicción marítima.
Santa Cruz o Santa Clara, estero.
Santa María, corta bahía.
Vertientes, estero.

Jurisdicción de Sancti Spíritus

Sabanalamar; embarcadero, cerca de la línea episcopal.
El Goleto o Caney, puerto habilitado.

Jurisdicción de Trinidad

<i>La Ceiba</i> , embarcadero	}	Inmediatos a Trinidad
<i>Jobabo</i> , ensenada		
<i>El Masío</i> , puerto		

Casilda, puerto habilitado para la ciudad de Trinidad.

Jurisdicción de Jagua

Jagua, hermosísima bahía y puerto seguro, fortificado; habilitado para el comercio; tiene tres leguas de superficie.

²⁰ Está a los 69° 38' 56" de longitud oeste de Cádiz, según Cevallos y Bauzá; 69° 39' 30", según el cuadro estadístico.

Cochinos, ensenada, al principio oriental de la ciénaga de Zapata.
Cazones, ensenada.
Matahambre, estero, junto a la Punta Gorda.

Departamento Occidental

La Broa, vasta ensenada con fondos para costeros.
El Caimito } embarcadero al sur de
El Rosario } Güines
Batabanó, surgidero al sur de La Habana; con batería, habilitado para el comercio.
Guanímar, embarcadero para costeros.
Majana, ensenada.
Sabanalamar, estero.
El Gato, estero junto a la punta de la Fisga.
Cortés, ensenada para buques mayores.
 Corrientes, lo mismo.

NOTA: Los ríos forman otros muchos surgideros, no mencionados en este capítulo; algunos navegables por largo trecho, como se verá más adelante.

Capítulo VIII. Islas, cayos y bajos

La mayor parte de los cayos septentrionales se encuentran en la parte más estrecha del canal viejo de Bahama, desde el Sabinal hasta la punta de Hicacos, y también en el extremo occidental de la Isla, hasta Bahía Honda. Las inmediaciones de La Habana y el extremo oriental son al contrario despejados. En la costa del sur, son muchos los cayos esparcidos desde el cabo de Cruz hasta la ensenada de Corrientes, sobre todo en los grupos llamados *Jardín de la Reina* y *Jardinillos*. El cayo *Romano*, después de la isla de Pinos, es el mayor de todos.

Costa del Norte

Los *Colorados* o *Bajos de Santa Isabel*, arrecifes peligrosos, desde el cabo de San Antonio hasta Bahía Honda, dejan boquerones o quebradas que dan entrada a los cayos de *Buenavista*, *Rapado*, *San Diego*, *Jutías*, *Inés de Soto*, *Leviza*, *Alacranes* y *Cayo Blanco*.

Cayos de *Piedras*, del *Mono* y del *Monillo*, cerca de punta de Hicacos, importantes para señalar la entrada del canal viejo de Bahama, lo mismo que los tres siguientes.

Cruz del Padre, *Mégano del Este* y bajos de *Nicolao*.
 Cayos de *Marillanes*.

Cayos *Francés*, de *Cobos*, de *Ensenachos* y de *Santa María*, que forman grupo.

Cayo *Romano* dividido transversalmente tiene al norte los cayos de *Cruz*, del *Barril* y *Paredón Grande*; al oeste, cayo *Guillermo* y la *Balaza*; al este, cayo de *Guajaba* en las *Caravelas del Príncipe*; al sur, los cayuelos de *Curunucú*, al extremo oriental de *Jagüey*. Dan paso a la isla de *Turiguanó*, inmediata a la costa y a la ensenada de *Morón*.

Cayo de *Moa*.

Costa del Sur

Banco de *Buena Esperanza*, al oeste del cabo de *Cruz*.

Cabos de *Manzanillo*.

Laberinto de las Doce Leguas o *Jardín de la Reina*. Las *Jamaicanas* forman el grupo oriental; luego siguen los *Caballones*, cayo *Grande* y cayo *Bretón*. Al norte *Rabihorcado* y cabos de *Ana María*; y en el extremo occidental, *Saza Afuera*.

Placeres de *la Paz* y de *Jagua*.

Banco y cayos de los *Jardines* y *Jardinillos*, que tienen al noroeste el *Rabihorcado*; al suroeste el *Rosario* y al sur el cayo *Largo*.

Más al norte: de ese banco se hallan cayo de *Piedras*, y cayos de *Diego Pérez* y de *Don Cristóbal* o de *Juan Luis*.

Cayos de las *Gordas*.

Cayos de *Rabihorcado* y cayo *Dios*, inmediatos a la isla de *Pinos*.

Cayos de los *Indios* y de *San Felipe*, al oeste de la misma.

Isla de Pinos

Con el pueblo de *Nueva Gerona*, capital de la colonia de la *Reina Amalia*, fundada en tiempo del gobernador don *Francisco Dionisio Vives*, a la orilla occidental del río *Casas*. Forma ahora una comandancia militar y política. Tiene además el pueblo de *Santa Fe*, con el río del mismo nombre, y el río de las *Nuevas*. Los montes, puestos por orden de altura, son *Cañada*, *Daguilla*, *Casas* y *Caballos*. Tiene al oeste la ensenada de *Siguanea*, que termina al suroeste con el cabo *Francés*, donde se halla el puerto del mismo nombre; los otros cabos son: la punta de los *Barcos*, la de *Santa Fe* y la del *Este*. La Isla tiene en el medio una ciénaga que la divide longitudinalmente, y da paso en un solo punto. La superficie es de 68 leguas.²¹

²¹ 8¼ leguas, según las nuevas medidas y cálculos de Lanier: véase su trabajo sobre la isla de *Pinos*, impreso en las *Memorias de la Sociedad Patriótica de la Habana*, año de 1836. Los mapas antiguos daban demasiada extensión a esta isla, por lo que *Bauzá* y el cuadro estadístico contaban 95 leguas de superficie.

Capítulo IX. Estrechos y canales

La Isla tiene al norte el *canal viejo de Bahama*, cuya parte más estrecha empieza al este en la punta de Maternillos, y al oeste en la de Hicacos; el canal de *Santarem*, entre el Banco de Bahama y el placer de los Roques; y el *nuevo canal de Bahama o de la Florida*. Los demás que se encuentran entre los cayos de la costa son pasos estrechos, la mayor parte sobre bancos.

Costa del norte

Los boquerones que dejan al oeste los colorados toman el nombre de los cayos a los cuales conducen, y han sido referidos en el capítulo anterior.

En el canal viejo de Bahama se hallan los siguientes:

Canal del *Pargo*, frente a la roca del río de la Palma.

C. de *Sagua la Grande*.

C. de *Marillanes*, por medio de los cayos de este nombre.

C. de *Sagua la Chica*.

C. de *San Juan de los Remedios*, al oeste del cayo Cobos.

Paso de la *Mamuy*, entre la Baliza y Turiguanó.

C. del *Perro*, al oeste del cayo Coco.

Paso de *Cunucucú*, al sur de cayo Romano.

Boca de las *carabelas del Príncipe*.

Costa del sur

Canal de *Balandras*, al este del Banco de Buena Esperanza.

C. de *los Cuatro Reales*.

C. del *Este*, al principio del laberinto de las Doce Leguas.

C. del *Pingüe*, más al norte, entrada para los cayos de Ana María.

Boca de los *Caballones* y *Boca Grande*, en medio del laberinto.

C. del *Rosario*.

C. de las *Gordas*.

C. de la *Hacha*, frente a Batabanó.

Capítulo X. Lagunas

Ciénagas, salinas

Las lagunas verdaderas se encuentran casi todas en el departamento occidental, a lo menos las que ofrecen alguna importancia y nombre conocido. No así las ciénagas que aniegan una proporción considerable de las costas del sur. En estos mismos terrenos se hallan lagunas numerosas, pero de corta extensión.

Ciénagas

La ciénaga principal que conocemos es la de *Zapata*, que está en el fondo de la ensenada de la Broa.

Los demás terremos de la costa anegados hasta la distancia de una legua, más o menos, son los siguientes:

Costa del norte. Desde el río de Jatibonico hasta el puerto de Jibara, por espacio de 45 leguas; sobre todo en Nuevitas.

Costa del sur. Está anegada en toda la longitud que media desde el río Cauto, que corre por la ciénaga del Buey, hasta la ensenada de Cortés; principalmente en el departamento central, a excepción del trozo firme que está entre el límite oriental de Trinidad y la bahía de Jagua.

El centro de la Isla ofrece terrenos pantanosos, al sur de Morón, y en la línea episcopal.

Lagunas

En la lengua de tierra occidental que estrechan las ensenadas de Guadiana, de Cortés, y más adelante la de Corrientes, se hallan varias lagunas mayores, cuya principal se llama de *Siguanea*, inmediata al cerro de Cuyaguaje.

Las otras del departamento occidental y de algunos otros puntos de la Isla son las siguientes:

L. de *Piedras*, al oeste de la ensenada de Majana.

L. de *Fuente Paloma*, al este de la boca de la Ortigosa.

L. de *Ariguanabo*, que tiene como 2 leguas de superficie y 8 varas en el punto más profundo.

L. de *Berroa*, al oeste de Bacuranao.

Lagunas de *Guanamón* al sur de los Palos, y principio occidental de la ciénaga de Zapata.

L. del *Tesoro*, al norte de la ensenada de Cochinos, y principio oriental de la misma ciénaga.

L. de *Caobillas*, cerca de este pueblo.

L. *Nueva*, al sureste de Guamutas.

L. de *Guanaroca*, formada por un brazo del río Arimao, comunicando con la bahía de Jagua.

L. *Grande*, cerca de Guantánamo, al norte de la ensenada de Joa.

Salinas

Las hay en varios puntos de la Isla. Principalmente en los siguientes:

Al norte de punta de Hicacos, puertos de Malagueta, del Padre, de Nipe, y río Sagua; al sur, ensenadas de Majana y de Cochinos.

Capítulo XI. Ríos

Los ríos de la isla de Cuba son generalmente cortos por causa de la poca latitud del terreno y de la dirección de los montes, que vierten en las costas de norte y del sur. Algunos que toman su origen en sierras inmediatas a la costa, ganan en rapidez lo que pierden en extensión; como sucede en el departamento oriental, en las vertientes meridionales de la Sierra Maestra, y en la costa de Jagua a Trinidad, donde son más los torrentes que los verdaderos ríos. El mayor de todos es el Cauto que corre de oriente a poniente y recibe los desagües de la Sierra Maestra y de las de Holguín; los otros más considerables son Sagua la Grande y Sagua la Chica, Jatibonico del norte y del sur, Saza, Agabama, Hanábana y Cuyaguaje. La estación de las aguas hace crecer considerablemente los ríos de la Isla, y muchos causan inundaciones por los campos. La costa sur, casi toda cenagosa, no permite a otros el llegar hasta el mar, siendo crecido el número de los que se pierden derramados por sus inmediaciones. Varios se sumergen en la mitad de su curso y vuelven a salir a grandes distancias del sumidero, como Jatibonico del norte y otros ríos menores que se hallan de La Habana a los baños de San Juan. Los ríos que bajan de las Sierras de Trinidad producen frecuentes cascadas, y tienen las aguas más potables, por su limpieza y buena calidad que les comunica el aire y el terreno. El Agabama es uno de los que tiene más limpio caudal de agua; y el Ay, uno de sus afluentes descende de sierra en sierra, formando hermosísimas cascadas en sitios sumamente pintorescos. El Moa, en el departamento oriental según se refiere en el cuadro estadístico, tiene una cascada de unas cien varas de alto.

El número de ríos es considerable: se podrá juzgar por los siguientes que me han parecido tener bastante importancia para entrar en este compendio, y llegan a 110. Casi todos tienen surgideros para buques costeros, aunque solamente se indican los principales.

& 1

Departamento Occidental

Gobierno de La Habana

Guadiana. Corto río en la bahía de su nombre.

Mantua, pasa al sur de este pueblo y desemboca al norte de la punta de los Órganos.

Maniman, corto río; nace en las sierras de Aguacate y desemboca más al oeste de Bahía Honda.

La *Ortigosa,* entre Bahía Honda y Cabañas.

La *Dominica,* pequeño; entre Cabañas y Mariel.

Mosquitos, pequeño río, al este de Mariel.

Guajabón, pequeño, y formando un surgidero con torreón.

Banes, pequeño, pero concurrido por causa de su buen surgidero, defendido por un torreón; nace en la sierra de Anafe.

Baracoa, corto río, con torreón.

Jaimanitas, muy corto río.

Marianao, pequeño; pasa por el pueblo de su nombre y recibe a Arroyo Arenas.

La *Chorrera*, en su origen Almendares, con un castillo en la boca. Nace en Tapaste, pasa por la ermita de Santa Catalina, Calabazal, Puentes Grandes, y entra en el mar al oeste de La Habana. Una zanja, que empieza en el lugar llamado Lucillo, conduce el agua a la ciudad de La Habana, y corre hoy por un hermoso acueducto.

Luyanó, cortísimo río que servía de aguada a los primeros habitantes de La Habana, en cuya bahía desemboca.

Cojímar, corto río con castillo.

Bacuranao, corto río con castillo.

Guanabo, pequeño; pasa por el pueblo de su nombre.

Jaruco, surgidero notable y concurrido, con una batería en la boca.

Santa Cruz, pequeño río; tiene en la boca la población de su nombre.

Gobierno de Matanzas

Canasí, en los arcos de su nombre.

Puerto Escondido.

Yumurí, navegable media legua con lanchones; entra en la bahía de Matanzas, al oeste de la ciudad.

San Juan, navegable como el anterior, entra en la misma bahía, al este de la ciudad.

Canímar, navegable cerca de dos leguas con buque de vapor que llega hasta una corta población llamada el *Embarcadero*. Entra en la misma bahía.

Camarioca, corto río.

Sigue la jurisdicción de La Habana.

Siguagua, pequeño río que entra en la ensenada de Cárdenas.

La Palma, desemboca frente al canal del Pargo.

Límite de jurisdicción

Sierra Morena, muy corto.

Departamento Central

Jurisdicción de Santa Clara

Sagua la Grande. Grande río; nace al sur de esta villa, en las sierras del Escambray, pasa por Santo Domingo y el embarcadero, y desembo-

ca frente a los cayos de Marillanes. Surgidero notable y navegable por espacio de cinco leguas.

Límite de jurisdicción

Sagua la Chica, grande río que nace en la sierra del Escambray, al este de Santa Clara; forma buen surgidero. Límite de Santa Clara y San Juan de los Remedios.

Jatibonico del Norte, límite de San Juan de los Remedios y Sancti Spiritus. Nace al sur de la sierra de Matahambre, de una laguna que también da nacimiento a Jatibonico del sur; atraviesa en su curso dicha sierra interiormente, corriendo una legua por debajo de tierra y forma al salir unas cascadas cortas, pero ruidosas.

Jurisdicción de Sancti Spiritus

Los Perros, en su origen las *Chambas*; nace al norte de la sierra de Matahambre, pasa por camagüeyano, y entra en el mar cerca del anterior.

Nauyú, desemboca en la laguna de Morón, formando el embarcadero de su nombre.

Límite de jurisdicción

La llana, en su origen Pablos, límite de Sancti Spiritus y Puerto Príncipe.

Jurisdicción de Puerto Príncipe

Caunao, desagua más al este del embarcadero de Sabanalamar.

Jigüe, forma puerto al este de la punta Curiana.

La Guanaja, forma puerto al sur de cayo Romano, cerca de Punta Brava; corre por el sur de la sierra de Cubitas con dirección al este y forma codo al extremo para volver al norte.

Máximo, al este del meridiano de Puerto Príncipe; entra en la bahía del Sabinal.

Saramaguacán, caudaloso y navegable; entra en la bahía de Nuevitas.

Departamento Oriental

Jurisdicción de Bayamo

Las *Cabrerías*, límite del departamento militar; se pierde en la ciénaga de la costa, con dirección a Nuevas Grandes.

Límite de jurisdicción

Yariguá, límite en su boca de Bayamo y de Holguín; entra en el puerto de Manatí.

Jurisdicción de Holguín

Jibara, entra por el pueblo y en el puerto de su nombre.

Tocayó, recibe, orilla izquierda, al Bijarrú; orilla derecha del Baguano, y entra en la bahía de Nipe.

Jurisdicción de Cuba

Nipe, cuya boca sirve de límite entre Holguín y Cuba. Corre por el norte de la sierra de su nombre.

Mayarí, nace al sur de la sierra Cristal, y entra en la bahía de Nipe.

Beita, corto río que entra en el puerto de Tánamo.

Sagua Oriental,²² caudaloso y navegable con lanchones; pasa, la orilla derecha por Sagua y desemboca entre Tánamo y Cebollas.

Cabañas, corto río, antiguo límite de Baracoa.

Jurisdicción de Moa

Moa, nace en las cuchillas de Toar; desciende de salto en salto y se sumerge en la sierra de su nombre; a la salida forma una cascada de 100 varas de altura y desemboca frente al cayo de Moa.

& 2**Costa del sur*****Departamento Oriental******Límite de jurisdicción***

Sabanalamar, entre Baracoa y Cuba; al principio nace y corre por la sierra de Vela.

Jurisdicción de Cuba

Bactíqueri, corto río; entra en el puerto de este nombre.

Yateras, grande, con caleta.

Guantánamo, grande, corre de oeste a este; entra en la bahía de su nombre: recibe, orilla izquierda al *Tiguabo*, en su origen *Jaiba*, y forma puerto en su boca.

Bacanao, corto y con surgidero.

Aguadores, muy corto, con surgidero y batería; recibe al Lagunas, aguada de Santiago de Cuba.

Yarayo, entra en la bahía de Cuba.

Tarquino, cortísimo, con surgidero; límite en su origen entre Manzanillo y Bayamo.

²² Le llamo oriental para diferenciarlo de las otras dos *Saguas*.

Jurisdicción de Manzanillo

Vicana, corto, pasa por Vicana.

Yara, corto, pasa por Yara y desemboca al norte de Manzanillo.

Límite de jurisdicción

Jicotea, entre Manzanillo y Bayamo, nace en la Sierra Maestra.

Jurisdicción de Bayamo

Buey, corto río con estero.

Cauto, caudaloso, el mayor de toda la Isla, recorriendo 50 leguas en su curso; navegable unas 20 leguas en su curso, pero obstruido en la boca que no da entrada con la marea baja. Nace en la sierra del Cobre, sirve de límites a Holguín y a Jiguaní, y pasa por Cauto del Embarcadero. Recibe, orilla izquierda, al *Yarayabo*, al *Contramaestre*, que separa a Cuba de Jiguaní, y al *Bayamo*; recibe, orilla derecha, al *Salado*, que recibe a otros muchos ríos, y confluye más arriba de Cauto, llamado el Embarcadero.

Tana, al principio Jobabo; en la última parte de su curso sirve de límite departamental.

Límite de jurisdicción

Sevilla, límite civil y de real hacienda, y al mismo tiempo entre Puerto Príncipe y Bayamo.

Departamento Central***Jurisdicción de Puerto Príncipe***

San Juan o Najaza, entra en el mar formando esteros.

Santa Clara, en su origen San Pedro, con surgidero al oeste de la punta de Macurijes.

Altamira o Durán, con dirección a la bahía de Santa María.

El Caney, entra en este último puerto.

Jurisdicción de Sancti Spíritus

Jatibonico del sur; tiene el mismo origen que Jatibonico del norte. Pasa por Jíbaro.

Saza, caudaloso y de hermosas aguas; nace en los Remedios, pasa tres leguas este de la villa de Sancti Spíritus, por Algodonal, y forma buen surgidero en su boca.

Límite de jurisdicción

Iguanojo, entre Sancti Spíritus y Trinidad.

Jurisdicción de Trinidad.

Agabama, en su origen Manatí, hermoso río y navegable. Nace en las sierras del Escambray, jurisdicción de Santa Clara y corre por la de Trinidad. Recibe orilla derecha al *Ay*, que nace con el nombre de río de los Negros, en las trancas de Gálvez; corre por sierra del Yaguanay y baja con varios saltaderos y sumideros hasta el pueblo de su nombre.

Guaaurabo o Tallaba, al oeste de Trinidad, navegable. Nace en sierra de San Juan de Letrán.

Guanayara, corto, baja de la hacienda de Aguacate.

Río Hondo, corto y rápido; navegable media legua.

Límite de jurisdicción

San Juan, corto río; nace al este de la Cabeza del Muerto. Sirve en su boca de límite entre Jagua y Trinidad.

Jurisdicción de Jagua

Gavilán, corto río.

Arimao, nace en las sierras del Escambray; pasa por Camarones, deja a la derecha el pueblo de su nombre y entra en la bahía de Jagua.

Caunao, nace en las mismas sierras; pasa por Camarones, deja a la derecha el pueblo de su nombre y entra en la bahía de Jagua.

El *Salado*, navegable tres leguas, entra en la misma bahía; al este de Cienfuegos.

Damují, límite de real hacienda; entra en la misma bahía; navegable seis leguas.

Límite de jurisdicción

Hanábana, nace al sur de Álvarez; toma en su curso el nombre de las haciendas que recorre, pasa por Caimito y Hanábana y se pierde en la laguna del Tesoro que está en el principio oriental de la ciénaga de Zapata. Recibe al *arroyo Mayabón*, con el cual forma los límites del departamento occidental.

Hatiguanico, continúa los mismos límites; pasa por medio de la ensenada de Zapata y entra en la ensenada de la Broa.

Departamento Occidental ***Gobierno de La Habana***

Güines, sale en la Catalina de un ojo de agua copioso y limpio, con bastante caudal para fertilizar una vasta llanura por medio de cañerías, entre las cuales algunas dan movimiento a los trapiches; pasa a corta distancia de la villa de Güines, y toma en la boca el nombre de *Mayabeque*, con buen surgidero. El llano de Bainoa, terreno anegado entre las lomas de Madruga y de Jaruco, alimenta el ojo de agua y

hace crecer los arroyos que entran en el río de Güines, causando inundaciones en la Catalina, por lo que se ha trasladado la iglesia en Corral Nuevo. El *Marpotón*, es un torrente seco en lo restante del año, y en aquellas circunstancias muy impetuoso, pues basta a contener en gran parte el curso de las aguas que bajan de la Catalina y del arroyo *Culebra*.

Govea, nace en las inmediaciones de Managua y entra en la laguna de Ariguanabo.

San Antonio, sale de la laguna de Ariguanabo y se sumerge a poca distancia de la villa.

Capellanías, pasa por Guajay y se sumerge antes de llegar al camino de San Marcos.²³

San Juan, nace entre las sierras de San Salvador y del Cuzco, pasa por los baños de su nombre, por Guanacaje, y se derrama en la costa frente a la punta de Salinas.

Bayate, tiene el mismo nacimiento; deja, orilla derecha a Candelaria y entra en el mar cerca de la ensenada de Majana.

Sabanalamar, nace en las sierras del Aguacate, y entra en el estero de su nombre.

Santa Cruz, nace en la misma sierra, deja a la izquierda a San Cristóbal y a los Pinos, y forma el estero de Santa Cruz.

Bacunaguas, baja de la sierra del Rosario.

Palacios, nace en dicha sierra; pasa por el pueblo de su nombre y desemboca al este de la punta de Media Casa.

San Diego, forma los famosos baños de su nombre.

Río Hondo, nace en los Órganos, pasa por el sur de Consolación, y forma en su boca el estero del Gato.

La *Coloma*, corto río con surgidero.

La *Llanada*, nace en los Órganos, pasa por las vegas de Pinar del Río y deja al oeste este pueblo.

Guamá, nace al este del cerro de las Cabras, y desemboca muy cerca del anterior.

San Juan y Martínez, corto río; pasa por el pueblo de San Juan y desemboca en la ensenada de Cortés.

Galafre, corto, entra en la misma ensenada.

Cuyaguateteje, caudaloso, el mayor de Vuelta Abajo, con buen surgidero. Nace en los Órganos, entra en un sumidero al principio de su curso y vuelve a salir por otro boquerón; pasa por Guanes, al pie del cerro de su nombre, y desagua en la ensenada de Cortés.

²³ Otro arroyo se sumerge en San Marcos. Otro río, se sumerge y vuelve a salir; entre Callajabos y las Mangas, perdiéndose después en las inmediaciones de la ensenada de Majana.

Capítulo XII. Caminos reales

Fuera de la calzada de Marianao inmediata a La Habana, entretenida por la Junta de Fomento, los demás caminos son generalmente malos, sobre todo en tiempos de aguas en que se ponen a veces intransitables; su descomposición proviene principalmente de las carretas que tienen los camones de las ruedas muy delgadas.

En el capítulo III, adoptando el nombre de los caminos para dar cuenta de los pueblos de la Vuelta Abajo, he señalado los que se encuentran desde La Habana hasta San Diego. En este compendio daré razones solamente de los dos caminos siguientes:

De La Habana a Cuba

HABANA, Jesús del Monte, Luyanó, San Miguel, Santa María del Rosario, Tapaste, Aguacate, Ceiba Mocha, MATANZAS, ríos de San Juan y de Canímar, Limonal, Cimarrones, Guamutas, Ceja de Pablo, Álvarez, Río de Sagua la Grande, Esperanza o Puerta de Golpe; VILLA CLARA, taberna del Escambray, Sagua la Chica, Guaracabulla, SANCTI SPÍRITUS, río Saza, Jicotea, Ciego de Ávila, San Gerónimo, Arroyo Tíñima, PUERTO PRÍNCIPE, Guáimaro, río Jobabo, las Tunas, paso del Salado, río Cauto, Bayamo, río Cautillo, Jiguaní, ríos Baire y Contramaestre, Palma Soriano, ríos Yarabo y Yarayo; CUBA.

De La Habana a Trinidad

HABANA, San Francisco de Paula, taberna del Dique, lomas de Camoa, San José de las Lajas, sitio y lomas de Candela, GÜINES, Pipián, Bermeja, Alacranes, Caimito, río Hanabana, río Damují en el paso de los Abreus, pueblo y río de Caunao, río Arimao y otros varios entre los cuales los principales son el Gavilán, San Juan y Guarabo.

Capítulo XIII. Caminos de hierro

Las nuevas empresas sobre caminos de hierro, antes desconocidas en el país, se deben al celo de la Junta de Fomento presidida por el Excmo. Sr. Conde de Villanueva, intendente de Ejército.

En noviembre de 1835 se dio principio al camino de La Habana al Rincón, población distante una legua suroeste de Santiago. El terreno ofrece mucha dificultad, sobre todo en el tránsito de Almendares al Rincón, donde hay muchas rocas que partir, y un camino subterráneo que practicar, de 112 varas de largo. Por otra parte, es necesario elevarse a 75 varas sobre el nivel del mar, y terraplenar mucho terreno. El presupuesto de los gastos es de 600 000 pesos.

Se ha contratado la continuación de este camino hasta la villa de Güines que presenta una nivelación más favorable. Se formaran proyectos costeados por la Junta de Fomento para estímulos de nuevos empresarios, acerca de los ramales del Rincon a San Antonio y a Batabanó, y de Güines a los Palos.

Al este de Matanzas hay dos proyectos para caminos de hierro; debiendo uno empezar en el embarcadero de Cárdenas y otro en el de Canímar; el primero irá hasta la taberna de Bemba, 6 leguas norte sur, y el segundo hasta la del Coliseo, que se halla entre Guamutas y Cimarrones.

CUARTA PARTE
**RELACIONES CON CIENTÍFICOS
EXTRANJEROS**



Relaciones con algunos naturalistas españoles

Uno de los primeros zoólogos españoles que se puso en contacto con Felipe Poey fue Laureano Pérez Arcas, profesor de la Universidad Central de Madrid y del Gabinete de Historia Natural en esa ciudad, quien estaba interesado en el intercambio de insectos de España por moluscos de Estados Unidos, y en obtener para su colección malacológica caracoles cubanos, de los cuales nuestro naturalista le hizo llegar, en varias ocasiones, y por diferentes vías, algunos ejemplares.

Jaime Morales, un amigo de don Felipe, le entregó en 1855 a Pérez Arcas varios especímenes de caracoles terrestres y fluviales de la Isla; y Juan Orús, un pariente de Poey, casado con su prima Mercedes Presno, le llevó en 1856, desde Cuba, una caja con 80 especies de caracoles terrestres formada por 200 individuos de diferentes localidades, así como también un índice impreso de su colección de moluscos, con el que el

español podría nombrarlos sin dificultad alguna. Poey aprovechó el viaje a Madrid que su hijo Andrés realizó en 1860, cuando cumplía una misión científica como director del Observatorio Físico-Meteorico de La Habana, para enviarle a Pérez Arcas una caja con caracoles cubanos. Don Felipe recibió a cambio varios ejemplares de coleópteros y el ofrecimiento de continuar en el futuro las relaciones científicas, sobre la base de la colaboración y el intercambio de material zoológico.

Con los años, el intercambio dio paso a una gran amistad, cuya continuidad quedó unida a mutuos intereses de trabajo, tan así es que, ambos, con el tiempo, se presentaron amigos y reciprocaron amistades.

Poey le informó acerca de los trabajos que su colega, el naturalista alemán residente en Cuba Juan Cristóbal Gundlach, estaba haciendo en relación con los estudios zoológicos, y le envió algo de lo que éste colectara durante un viaje de exploración por la Isla, que duró desde 1855 a 1858. “U[sted] ve aquí —escribió Poey a Pérez Arcas, cuando le remitió cierta cantidad de ejemplares de moluscos— el fruto del viaje del Dr. Gundlach por el departamento oriental, y eso sin haber salido de Trinidad. Ya partió para Santiago de Cuba, Baracoa, etc. Ya verá U[sted] de ahí maravillas”.¹

Laureano Pérez Arcas, por su parte, lo puso en contacto con Mariano de la Paz Graells, director del Museo de Ciencias Naturales de Madrid, y una de las figuras claves para que nuestro naturalista, desde Cuba, pudiera hacer sus anotaciones ictiológicas, tomando como base los ejemplares de la colección de peces de Antonio Parra, depositada desde 1791 en el antiguo Gabinete de Historia Natural. Graells, por otra parte, poseía conocimientos sobre la fauna pisícola y era autor de un *Catálogo de las especies de peces que frecuentan el litoral de Valencia y Cataluña*, una pequeña obra donde enumeró los nombres científicos y vulgares de 102 especies de peces.

Unas veces Graells, otras el propio Pérez Arcas, en ocasiones ambos conjuntamente, dilucidaron varias de las interrogantes que a Poey le surgieron cuando estaba preparando, para los Proceedings of the Academy of Natural Sciences of Philadelphia, su artículo “Enumeration of the fish described and figured by Parra, scientifically named by Felipe Poey”, el cual vio la luz en 1863.

Dos años antes de publicarse su artículo, el naturalista cubano le comunicaba a su corresponsal español: “Escribo al Sr. Graells p[ara] pedirle algunos informes sobre ciertos peces de la colección de Parra”.²

¹ Carta de Felipe Poey a Laureano Pérez Arcas, fechada el 19 de enero de 1859. Correspondencia de Felipe Poey a Pérez Arcas, en: A. H. M. H. N. Madrid.

² Carta de Felipe Poey a Laureano Pérez Arcas, fechada el 25 de mayo de 1861. Correspondencia de Felipe Poey a Pérez Arcas, en: A. H. M. H. N. Madrid.

Y, en 1862, cuando ya había elaborado una lista manuscrita³ con las denominaciones científicas que él proponía para los peces nombrados comúnmente por el portugués, señalaba:

“El Sr. Graells tuvo la bondad de mandarme hace tiempo la respuesta a varias consultas mías sobre los peces de D. Antonio Parra, conservados en el Museo de Madrid. Volví a hacer otras consultas que el Sr. Graells no ha satisfecho, por lo cual me dirijo a U[sted], para conseguir mi objetivo”.⁴

Era interés del naturalista precisar ciertos detalles morfológicos, como por ejemplo, si el “Chapín de cuernos en la frente”,⁵ representado en la figura número dos de la lámina 17, en la obra del portugués, tenía la aleta caudal trunca o redondeada; si la guavina tenía dientes en el vómer y presentaba la mandíbula inferior adelantada; quería saber, además, si la aleta caudal de la lija trompa —como apuntaba Parra— era más ancha que larga, y en el caso del “Pez de espada” cuan ahilada era su arma.

Las respuestas que recibió satisficieron a medias sus dudas, pues en cartas posteriores reformuló algunas, e incluyó otras nuevas, no

³ El original de este documento está anexo a las últimas páginas del libro: *Descripción de diferentes piezas de historia natural las más del ramo marítimo, representadas en setenta y cinco láminas* del autor Antonio Parra, perteneciente a la Biblioteca Nacional “José Martí”. El manuscrito tiene por título: “Peces de Parra, nombrados por D. Felipe Poey en enero de 1862; corrigiendo las determinaciones de Bloch, Cuvier, Valenciennes, Guichenot y Saco”. Una reproducción de su contenido puede verse además en Armando García González: *Antonio Parra en la ciencia hispanoamericana del siglo XVIII*, Editorial Academia, La Habana, 1989.

⁴ Carta de Felipe Poey a Laureano Pérez Arcas, fechada el 18 de mayo de 1862. Correspondencia de Felipe Poey a Pérez Arcas, en: A. H. M. H. N. Madrid.

⁵ Felipe Poey, en la carta que escribió a Laureano Pérez Arcas el 18 de mayo de 1862, utilizó la expresión “Chapín de cuernos en la frente” ajustándose a las descripciones que bajo el nombre común de “chapín” hizo Antonio Parra. En realidad, el portugués figuró como macho y hembra de una misma especie, dos especies diferentes. Poey rectificó el error en el trabajo “Synopsis Piscium Cubensium”, publicado en el tomo II del *Repertorio físico natural de la isla de Cuba*, al nombrarlos como *Ostracion undulatus* (equivalente a la figura 1 de Parra) y *Ostracion quadricorne* (equivalente a la figura 2 de Parra). Al señalar las características de estos peces, escribía en la página 439 del referido trabajo:

“Las especies de esta familia (ostracionida) tienen el cuerpo encerrado en una caja sólida, compuesta de piezas escamosas hexagonales a manera de mosaico, carecen de ventrales; cola libre. Las especies del subgénero tienen cuernos arbitrarios, y el carapacho termina posteriormente por otra espina de cada lado”.

Actualmente, las especies se denominan *Lactophrys trigonus* (L) o chapín de lunares blancos, y *Acanthostracion polygonius* (Poey), conocida comúnmente como torito exagonal. Las descripciones de estas especies pueden verse en: Darío Guitart Manday: *Sinopsis de los peces marinos de Cuba*, Editorial Científico-Técnica, Ciudad de La Habana, 1985, t. II, pp. 366 y 369.

sólo para aclarar ciertos detalles en el análisis de los peces de Parra, sino también para precisar otros que surgieron posteriormente, en el momento de escribir sus artículos sobre la fauna marina y fluvial.

El 30 de marzo de 1868, escribía Poey a Pérez Arcas:

“El Sr. Graells y U[sted] han tenido ya la bondad de informarme sobre algunos particulares. Me quedan dudas acerca de los radios flexibles (no punzantes), indicados por el Sr. Graells en algunas especies de *Scarus*, que son las *Viejas* de Parra; temo que los haya dado por no punzantes por haberles encontrado cierta flexibilidad. En resumen, suplico nuevamente a U[sted] me conteste los particulares que siguen; me alegrará mucho que llegue la contestación antes del mes de junio para imprimir lo que corresponda en un Apéndice del Repertorio”.⁶

En los renglones siguientes, después de mostrarse interesado por la obra que su colega español preparaba sobre los peces de España,⁷ insistía en preguntarle —quizás confiando más en sus informes, que en las notas de Graells— acerca de las características del primero de los dos “chapines” que figuraba en el libro de Antonio Parra. Al respecto escribía Poey: “No tiene cuernos delante de los ojos. El Sr. Graells dice que mide 430 mil[ímetros] diám[etro] de la base 110. Cuatro chapas en el tronco caudal, una delante, otra detrás, y dos apartadas en el intermedio. Parra no figura más que una (por delante); así mismo en el texto. ¿Acaso no será el original de la lám[ina] de Parra?”⁸

Pérez Arcas no contestó la carta hasta el 11 de julio de 1869, y Poey no pudo reflejar en su *Synopsis*, como deseaba, los pormenores descriptivos. No obstante esto, por los estudios que venía realizando, llegó a la conclusión que, en el caso de los peces llamados comúnmente *viejas*, el penúltimo y último de los individuos figurados en el libro del portugués, eran de la misma especie, razón por la cual en su resumen sobre estos peces publicado en el *Repertorio*, los nombró *Pseudoscarus*

⁶ Carta de Felipe Poey a Laureano Pérez Arcas, fechada el 30 de marzo de 1868. Correspondencia de Felipe Poey a Pérez Arcas, en: A. H. M. H. N. Madrid.

⁷ Es muy probable que Poey se refiera en su carta a la *Ictiología ibérica; o sea, Catálogo de los peces marinos y de agua dulce que habitan o frecuentan las costas de la Península Ibérica*. Esta obra, según señala Alberto Gomis Blanco en su tesis doctoral: *Las ciencias naturales en España en el siglo XIX (1833-1874), morfología, fisiología y sistemática*, Madrid, 1988, fue terminada por su autor Laureano Pérez Arcas en 1865, y en ese mismo año depositada en la Biblioteca de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. No se publicó hasta medio siglo después y, en opinión de Gomis Blanco, la cantidad de especies que se citan en ella supera a las de otras obras españolas escritas con anterioridad.

⁸ Carta de Felipe Poey a Laureano Pérez Arcas, fechada el 30 de marzo de 1868. Correspondencia de Felipe Poey a Pérez Arcas, en: A. H. M. H. N. Madrid.

psittacus, también *Pseudoscarus superbus* o loro, *Pseudoscarus coccíoneus* y *Scarus lateralis*.⁹

Muy enriquecedora fue para la obra ictiológica poeyana las notas suministradas por sus colegas Pérez Arcas y Graells; pero para el Museo de Ciencias Naturales de Madrid, institución a la cual se encontraban vinculados los dos españoles, debió ser también de inapreciable valor recibir los materiales que el naturalista cubano les hizo llegar.

Según consta en una carta que la Dirección Administrativa del Gobierno Superior Civil de la isla de Cuba enviara a Felipe Poey el 21 de noviembre de 1863,¹⁰ a él se le había concedido —con fecha de 5 de junio de 1863— la comisión de 500 pesos, que el Gobierno de la Metrópoli, por Real Orden del 5 de abril de 1861, asignara al presupuesto anual de Cuba, para que con ellos se adquiriesen y remitieran al Museo de Ciencias Naturales de Madrid objetos de historia natural. Poey renunció a la comisión un año después de habersele concedido;¹¹ pero

⁹ En la actualidad, estas especies se nombran *Scarus vetula*, conocido vulgarmente como loro reina; *Sparisoma viride* o loro y *Sparisoma chrysopterum*, llamado comúnmente loro colirrojo.

¹⁰ La referida carta tiene el membrete del Gobierno Superior civil de la isla de Cuba. Dirección de Administración. Sección de Gracia y Justicia e Instrucción Pública, y aparece firmada por Juan de Arias. El original se conserva entre los papeles de Felipe Poey, en: A. H. Museo Finlay, carpeta 1, documento 91.

¹¹ Entre las causas que provocaron su renuncia quizás influyeron las de índole burocrática. La siguiente comunicación hecha a Felipe Poey el 14 de julio de 1863 por la Intendencia General de Ejército y Real Hacienda de la Siempre Fiel Isla de Cuba, pudiera interpretarse como una de ellas, aquí se dice:

“Enterado de la comunicación de U. S. de 25 del mes próximo pasado, en q[ue] solicita se le entreguen los quinientos pesos q[ue] figuran en el presupuesto del año p[róximo] p[asado], pa[ra] la adquisición en esta Isla de los objetos de historia natural q[ue] deben remitirse al Museo de Ciencias de Madrid, he acordado contestar a U. S., de conformidad con lo informado en el asunto por la Contad[uría] G[eneral] de Hacienda, q[ue] estando terminantemente prohibido toda clase de anticipaciones, se hace necesario presente U. S. la cuenta respectiva de la inversión de los citados quinientos pesos, a fin de proceder a la expedición del oportuno libramiento.

La carta es copia del original depositado entre los papeles de Felipe Poey, en: A. H. Museo Finlay, carpeta 1, documento 81.

Más información acerca del asunto de la comisión creada para remitir al Museo de Ciencias Naturales de Madrid objetos de historia natural nos la ofrece Felipe Poey en la carta que escribiera a su amigo Laureano Pérez Arcas.

En ésta plantea que “La Real Orden que manda asignar en el presupuesto de esta isla 500 pesos anuales p[ara] enriquecer el Museo de Madrid, propiam[ente] p[ara] mandar objetos de hist[oria] nat[ural] al Gabinete de Madrid es del 5 de abril de 1861; fue pedida y obtenida por el Sr. Graells y más tarde obtuvo sus efectos en el presupuesto. No creó comisión para esto.

”Yo me ofrecí cumplirla en 1863, y renuncié en D. Juan Antonio Fabre en 1864. Muerto Fabre pasó la comisión a D. Rafael Arango, q[ue] U[sted] conoce. La tal comisión nos ha sido dada aquí por el Cap[itán] General en virtud de la Real Orden. El Sr. Graells llevaba

independientemente de su temprana renuncia, pudo hacer algunas remesas de materiales a España.

Mariano de la Paz Graells, en calidad de director del Museo, el 25 de octubre de 1864 dejó constancia en un acuse de recibo¹² remitido a Poey, de aquellos objetos que éste envió a la institución. La relación contenía dos tiburones grandes disecados, dos colecciones de moluscos terrestres, un herbario con cien plantas, veinte y dos peces disecados, seiscientos setenta y dos insectos, un modelo de cráneo de indio caribe y varios crustáceos, todos, como se especificaba en el recibo, en perfecto estado de conservación.

En remesas posteriores, el Museo pudo contar con una colección de aves representada por un cuervo, el llamado sabanero, dos individuos de especies diferentes del pájaro carpintero, el churroso y el verde, y por un arriero; algunos minerales entre los que incluyó la llamada serpentina de Regla, de la cual ya Alejandro Humboldt había hablado en su *Ensayo político sobre la isla de Cuba*; varios moluscos terrestres y fluviales; un cocodrilo y una “tortuga de agua dulce”.

principalmente la mira de procurarse objetos vivos p[ara] el Jardín de Aclimatación; pero nos era imposible procurar lo que más deseaba, unos bizontes, llamas, etc., y así hemos mandado cosas propias más bien de un gabinete. Ignoro si Arango ha seguido mandando con puntualidad. Él vive en la Hab[ana], calle del Sol No. 70. No tengo la Real Orden, tal vez la he dado a Arango, o no la he visto nunca; me bastó ver la cantidad asignada en el presupuesto p[ara] pedir la autorización al Cap[itán] G[eneral] ó llámese Comisión.

”Es cuanto puedo decir con la premura del tiempo. Creo que la verdadera Comisión dada al Cap[itán] G[eneral], y pasó a nosotros por delegación”.

Carta de Felipe Poey a Laureano Pérez Arcas, fechada el 14 de agosto de 1871. Correspondencia de Felipe Poey a Pérez Arcas, en: A. H. M. H. N. Madrid.

Por la información que se suministra acerca de la “comisión” de enviar al Museo de Ciencias Naturales de Madrid objetos de historia natural, otorgada en una época a Poey, haremos referencia también, a la contestación que Laureano Pérez Arcas dio a una de las cartas que nuestro naturalista le enviara. Al dorso de la misiva que Poey escribiera a su corresponsal en la península el 28 de febrero de 1873, aparece la siguiente nota:

“[...] nos hemos alegrado mucho de que haya renunciado Arango la comisión, y que es indispensable que la tome él o Gundlach; quizás a éste si no cumple, que si va Gundlach a Puerto Rico querríamos para el Museo la primera colección, si no una de las primeras, y emplear en ella una o más anualidades de los 500 {\$} que si no va Gundlach o sobra dinero, me ha dicho Colmeiro que convendría al Jardín una colección de frutas, y de semillas de tamaño; Martínez que de mamíferos solo hay tres murciélagos y una jutía; que mandará lista de lo que haya de aves y reptiles; los peces vinieron muy bien preparados pero convendría en espíritu de vino los que se pudieran remitir [...]”

Carta de Felipe Poey a Laureano Pérez Arcas fechada el 28 de febrero de 1873. Correspondencia de Felipe Poey a Pérez Arcas, en: A. H. M. H. N. Madrid.

¹² La fecha de este acuse de recibo es de 25 de octubre de 1864, tiene el membrete del Museo de Ciencias Naturales de Madrid y está firmado por Mariano de la Paz Graells. Papeles de Felipe Poey, en: A. H. Museo Finlay, carpeta 2, documento 3.

Esta última relación, aunque no muy extensa en ejemplares, sí tuvo sus particularidades, pues el cocodrilo y la tortuga Poey los “crió” con verdadero empeño para enviarlos vivos a España. Las atenciones que en el futuro debían tenerse con el cocodrilo no le preocuparon mucho, ya que, según testimonio, “comía bien en su batea”, y “esperando el día del embarque había crecido tres pulgadas”, pero la tortuga o “jamao”, sí requería de ciertos cuidados, y por ello aclaraba: “[...] está siempre renuente a tomar alimentos; el Sr. Graells tendrá que amansarlo”.¹³

Poey continuó haciendo de vez en cuando algunas remesas de peces disecados, fomentando al cabo de varios años una gran colección ictiológica que estuvo representada por más de medio centenar de individuos, muchos de los cuales se expusieron como muestras de las producciones de los mares tropicales en las vitrinas del Museo madrileño.¹⁴

¹³ Comunicación de Felipe Poey al Museo de Ciencias Naturales de Madrid. Documentación del Archivo de Ciencias Naturales. Carpeta. Correspondencia, Museo, año 1871, en: A. H. M. H. N. Madrid.

¹⁴ La cantidad de peces disecados enviados por Felipe Poey al Museo de Ciencias Naturales de Madrid ascendió a la cifra de 53. La lista de éstos con los nombres científicos y vulgares, tal y como aparecen escritos en el fichero de la colección general de peces (peces enviados por Felipe Poey) al Museo de Ciencias Naturales de Madrid, revisado por mí en noviembre de 1988, se ofrece a continuación.

	Nombre científico	Nombre vulgar
1.	<i>Holocanthus tricolor</i> (Bl)	¿?
2.	<i>Seriola lalandi</i> (C y V)	Coronado
3.	<i>Scoliodon porosus</i> (Poey)	Cazón de playa
4.	<i>Pomacanthus paru</i> (Bloch)	Chivirita o chivirica
5.	<i>Neomaenis vivanus</i> (C y V)	Pargo de lo alto
6.	<i>Lachnolaimus maximus</i> (Wallaum)	Perro
7.	<i>Haemulon album</i> (C y V)	Tallao
8.	<i>Gymnosarda alleterata</i> (Rafinesque)	Albacora, bonito
9.	<i>Etelis oculatus</i> (C y V)	Cachucho
10.	<i>Epinephelus striatus</i> (Bloch)	Cherna criolla
11.	<i>Chylomycterus schoepfi</i> (Wallaum)	¿?
12.	<i>Caranx hippos</i> (L)	Jiguagua
13.	<i>Apsilus dentatus</i> (Guichenot)	Arnillo
14.	<i>Anisotremus surinamensis</i> (Bloch)	Ponpon
15.	<i>Albula vulpes</i> (L)	Macabí
16.	<i>Platophrys lunulatus</i> (L)	Lenguado
17.	<i>Tarpon atlanticus</i> (C y V)	Sábalo, tarpón
18.	<i>Neomaenis analis</i> (C y V)	Pargo criollo
19.	<i>Neomaenis apodus</i> (Wallaum)	Cají

Pero no fueron sólo ejemplares zoológicos los que él remitió a sus amigos y colaboradores en la Península, también compartió información de sus estudios en otros campos de las ciencias naturales.

Miguel Rodríguez Ferrer, su colega español, comunicó sus criterios acerca de los restos fósiles encontrados por éste en Cuba en la década

20.	<i>Bathystoma striatum</i> (L)	Boga
21.	<i>Neomaenis bucanella</i> (C y V)	Seis, seis de lo alto
22.	<i>Priacanthus arenatus</i> (C y V)	Catalufa
23.	<i>Haemulon parra</i> (Desmarest)	Ronco, ronco blanco, ronco prieto
24.	<i>Anisotremus virginicus</i> (L)	Catalineta
25.	<i>Haemulon sciurus</i>	Ronco amarillo
26.	<i>Centropristes striatus</i> (L)	¿?
27.	<i>Ocyurus chrysurus</i> (Bloch)	Rabirrubia
28.	<i>Sparisoma flavescens</i> (Bloch y Schneider)	Vieja colorada, vieja mugre
29.	<i>Angelichthys ciliaris</i> (L)	Isabelita
30.	<i>Upeneus maculatus</i> (Bloch)	Salmonete
31.	<i>Kyphosus incisor</i> (C y V)	Chopa amarilla
32.	<i>Diplodus argenteus</i> (C y V)	Sargo
33.	<i>Xystaema cionereum</i> (Wallaum)	Mojarra de carta, mojarra blanca
34.	<i>Alectis ciliaris</i> (Bloch)	Pámpano
35.	<i>Sphyaena guaguancho</i> (Poey)	Guaguanche, guaguanche pelón
36.	<i>Sphyaena picudilla</i> (Poey)	Picudilla
37.	<i>Clepticus parrae</i> (Bloch y Schneider)	Rabirrubia, genizara
38.	<i>Scarus caeruleus</i> (Bloch)	Loro
39.	<i>Sparisoma viride</i> (Bonnaterre)	Vieja, loro
40.	<i>Scarus vetula</i> (Bloch y Schneider)	Vieja
41.	<i>Caranx bartholomaei</i> (C y V)	Cibí amarillo
42.	<i>Scarus croicensis</i> (Bloch)	Bullón
43.	<i>Myriopristis trachypoma</i> (Gunther)	Candil
44.	<i>Serranus capra</i> (Poey)	Cabra mora
45.	<i>Mycteroperca venenosa apua</i> (Bloch)	Bonaci cardenal
46.	<i>Sparisoma abildgardii</i> (Bloch)	Vieja
47.	<i>Centropomus undecimalis</i> (Bloch)	Róbaló
48.	<i>Neomaenis mahogonix</i> (C y V)	Ojanco
49.	<i>Mugil braziliensis</i> (Agassiz)	Lisa, lebranco
50.	<i>Megalops atlanticus</i> (Val)	Sábalo
51.	<i>Hamulon luteum</i> (Poey)	Ronco amarillo
52.	<i>Hamulon acutum</i> (Poey)	Ronco
53.	<i>Hamulon obtusum</i> (Poey)	Pompon

de los 40, y que luego donara al Museo de Ciencias Naturales de Madrid en 1850. Poey, quien después de reconocer las piezas halladas en la isla no dudó en catalogarlas como de restos humanos, opinó que ellas correspondían a cráneos de indios caribes, y a una mandíbula inferior humana de gran antigüedad. Las observaciones y los dibujos que de la última pieza hiciera, fueron evaluados por Mariano de la Paz Graells en estos términos:

“Infería pues que un descubrimiento más decisivo no venga a disipar todas las razones que hemos aducido, creemos muy aventurado y aun sin verdadero fundamento atribuir al hombre unos restos que podrán haber pertenecido a otro animal menos elevado en la serie zoológica”.¹⁵

No obstante el controvertido parecer de Graells, a solicitud del propio Rodríguez Ferrer, el Museo español creó una comisión para estudiar la mandíbula procedente de Cuba. Las palabras con las cuales cierra el informe dicha comisión, las hemos tomado del libro *Naturaleza y civilización de la grandiosa isla de Cuba* publicada por Miguel Rodríguez Ferrer cinco años después de haberse emitido el veredicto científico; con ellas, aunque no de manera explícita quedaba reconocida la veracidad de lo expresado por Poey algunos años antes:

“En vista de todo lo cual, y sin dejar de respetar las mencionadas dudas del Sr. Graells, la comisión no vacila un momento en considerar como humana la mandíbula fósil de Puerto Príncipe. Antes de terminar este escrito la comisión quiere expresar a la Junta el deseo de que se signifique al I[ustrísimo] Sr. D. Miguel Rodríguez el aprecio con que ha recibido los mencionados objetos cuya significación es acusado encarecer, pues tanto los cráneos por su forma y aspecto singular y anómalo, cuanto la mandíbula por ser humana y además fósil, con la circunstancia de haberse hallado 14 años antes que la de Moulin Quignon, que tanta fama dio al Sr. Boucher de Perthes, merecen se le den gracias y se inscriba el nombre del donador al pie de los mencionados objetos”.¹⁶

¹⁵ Documento que se refiere a la mandíbula encontrada por Miguel Rodríguez Ferrer en un cayo al sur de Puerto Príncipe y reconocida por Poey como humana, en: A. H. M. H. N. Madrid.

¹⁶ Miguel Rodríguez Ferrer: *Naturaleza y civilización de la grandiosa isla de Cuba*. Primera parte: naturaleza, Madrid, 1876, p. 164.

POEY Y LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HISTORIA NATURAL



En 1871 se constituyó en Madrid la Sociedad Española de Historia Natural, institución a la cual perteneció, desde los primeros momentos, el profesor Laureano Pérez Arcas. Entusiasmado con el trabajo que desplegaría en el futuro la Sociedad, en la sesión preparatoria del 8 de febrero manifestó que, entre los objetivos de la proyectada organización, estaba el dar a conocer los trabajos de los naturalistas españoles; intención que rápidamente le dio a conocer a su amigo Don Felipe. Enterado éste, contestó a Pérez Arcas con las siguientes palabras:

“Alabo el proyecto de formar una sociedad para la publicación de un periódico científico y nacional. Desde luego me suscribo y buscaré otros suscriptores en la Isla. También procuraré mandar un trabajo original pa[ra] la primera entrega. Con este motivo espero que los lazos de amistad, que nos han unido hasta ahora, se estrechen un poco más”.¹

Antes de finalizar el año, sin pérdida de tiempo, Poey remitió a la Sociedad Española su primer trabajo, una Plantilla descriptiva ictiológica, cuyo texto leyó el profesor Pérez Arcas en la sesión del 6 de diciembre de 1871. Las impresiones de esta pequeña obra, en la cual se señalaban los puntos básicos para el estudio y descripción de los peces, acompañada de varias explicaciones de términos técnicos, quedaron recogidas en la carta que el naturalista español escribió el 14 de febrero de 1872:

“Recibí su estimada del 15 de octubre último y con ella la planilla descriptiva, etc.; la leí en la Sociedad y gustó mucho, irá en la primera entrega con la ortografía y epígrafe que tiene, y se tendrán presentes las advertencias que U[sted] hace [...]”²

¹ Carta de Felipe Poey a Laureano Pérez Arcas, fechada el 14 de agosto de 1871. Correspondencia de Felipe Poey a Pérez Arcas, en: A. H. M. H. N. Madrid.

² Carta de Laureano Pérez Arcas a Felipe Poey, fechada el 14 de febrero de 1872. Papeles de Felipe Poey, en: Archivo del Departamento de Antropología, Facultad de Biología de la Universidad de La Habana.

Pérez Arcas no compartía algunos de los criterios ortográficos que Poey proponía en su Plantilla para denominar algunas familias de peces: “Mucho siento que continúe U[sted] con las denominaciones de las familias percidios, tríglicos, escardios, etc., en vez de pércidios, tríglicos escárdios, más eufóricas y más análogas a las latinas”;³ pero como la comisión de publicación había establecido, por principio, que cada autor era responsable de sus escritos, él se limitó a señalar sus discrepancias a través de la correspondencia.

Una de las rectificaciones que se atrevió hacerle Pérez Arcas tuvo que ver con el aforismo escogido por el naturalista cubano para enfatizar la idea central de su texto. Poey atribuía la frase: *Nomina, si pereunt, perit et cognitio rerum*, a Fabricius, pero al parecer, la locución ya aparecía en el libro *Etymologiarum*, de San Isidoro de Sevilla. Al publicar el trabajo, Pérez Arcas aclaró la antigüedad de la sentencia latina a pie de página, y con la mayor cortesía se excusó con Poey por lo que él consideraba un gazapo.

“Su plantilla descriptiva va a la cabeza del número y he puesto por nota al aforismo de Fabricio lo que dice Linneo y San Isidoro, yendo además una nota firmada por una (P), que puede decir Poey, si U[sted] la admite y Pérez si la rechaza”.⁴

Felipe Poey ingresó oficialmente a la institución española como socio numerario en la sesión de 17 de agosto de 1872, aunque ya desde antes cooperaba con la realización de las actividades que se trazó la Sociedad. El mismo Pérez Arcas lo había instado a participar desde los primeros momentos:

“El miércoles principió en nuestra Sociedad la presentación de socios y quedaron presentados por mí U[sted], D. Manuel Presas, D. Fran[cisco] Gimeno, D. Manuel Aguilera y D. José María Campos; y no lo hice de D. Rafael de Cárdenas porque se le olvidó a U[sted] decirme en donde vivía; pero lo será tan pronto como sepamos donde vive. ¿Tendría U[sted] inconveniente en ser ahí el recaudador de fondos de la Sociedad? U[sted] no tendría más incomodidad que la de llevar una lista en que apuntara los que pagaban, recibir el dinero, y bien girar U[sted] a nosotros. Una dificultad nos ha ocurrido: hemos señalado una cuota fija para los de Madrid, de provincias y del extranjero, pero no hemos contado con que el descuento por giro sobre Cuba es tan crecido que llega al 25 %, y como la cotización es tan sólo el corte y costos del periódico, quedaríamos perjudicados en una cuarta parte.

³ *Ibidem*.

⁴ Carta de Laureano Pérez Arcas a Felipe Poey, fechada el 28 de julio de 1872. Papeles de Felipe Poey, en: Archivo del Departamento de Antropología, Facultad de Biología de la Universidad de La Habana.

”Si se le podría decir, puesto que hay obligación de poner ese valor en poder del Tesorero, que los que prefieran pagar en esa deben abonar una cuarta parte por giro. U[sted] me dirá si se puede hacer esto, o si se le ocurre algun otro medio mejor.

”De D. José María Campos no dice U[sted] más sino que vive en La Habana, mas ni pone las señas, y como para evitarle incomodidades sería preferible el remitir desde aquí directamente los ejemplares, sería bueno que U[sted] me lo escriba [...]”⁵

Al recibir Poey la comunicación de su colega, le envió a Madrid de vuelta la siguiente respuesta:

“Recibí su carta del 28 de julio.

”Quedo enterado de que están presentados como socios los Sr. Presas, Jimeno (no Gimeno), Aguilera y Campos. Agregue U[sted] mi nombre.

”Aún no he podido averiguar donde vive Cárdenas. Espero el prospecto p[ara] publicarlo en el *Diario de la Marina* de la Haba[na]: agregaré un apéndice; y creo con esto que acudirán otros suscriptores; ignoro por qué U[sted] los llama socios. Necesito saber si se ha de cobrar adelantado la suscripción de un año entero: sería prudente hacerlo así. Me encargo de buena gana de la recaudación y remisión de fondos. Para fijar las cuota, tendrá U[sted] presente el importe del giro, que no extraño llegue, como U[sted] dice a 25 % porque se paga aquí en papel de banco español, que comparado con el oro, pierde mucho. Anunciaré pues \$ 3.00 en Madrid o \$ 4.00 en La Hab[ana]. Y aun así puede la redacción salir perjudicada, porque como agente tendré que reembolsarme de mis gastos de Correo. Me parece bien que a cada suscriptor remita a U[sted] directamente la entrega correspondiente, porque de lo contrario tendría que franquear la remisión. ¿Si era franqueo, que hará U[sted] desde Madrid, no se ha de tomar en cuenta? No basta pues \$ 4.00 pa[ra] [la] suscripción en La Habana. Yo no puedo dar calor a todo esto, sin recibir sus últimas instrucciones. Mucho honor me hace la Sociedad al poner mi Plantilla a la cabeza con el número 1. Creo que mi nombre y el de Gundlach le valdrán suscriptores en la Haba[na].”⁶

La Sociedad Española de Historia Natural determinó cobrar a los suscriptores residentes en Cuba⁷ una cuota de 4 pesos fuertes, o su equi-

⁵ *Ibidem*.

⁶ Carta de Felipe Poey a Laureano Pérez Arcas, fechada el 28 de agosto de 1872. Correspondencia de Felipe Poey a Pérez Arcas, en: A. H. M. H. N. Madrid.

⁷ Contó la Sociedad Española de Historia Natural en Cuba, entre los años 1872 y 1888, con más de veinticuatro socios. A continuación ofrecemos la lista de sus nombres.

Aguilera, Cayetano (doctor en Farmacia, catedrático y decano de la Facultad de Farmacia en La Habana. Ingresó el 7 de mayo de 1879).

Aguilera, Manuel Antonio (médico y especialista en botánica. Ingresó el 5 de febrero de 1873).

valente en papel moneda; y en la sesión del 2 de octubre de 1872, aceptó y agradeció a Poe y su ofrecimiento de ser, en la Isla, quien desempeñara la labor de recaudar las cotizaciones. A partir de estos momentos estuvo a cargo del cobro y diseminación de los números de los *Anales de la Sociedad*, así como también, del envío al banquero español Uhagon, miembro de la institución, de las libranzas por concepto de cobro.

-
- Botillo, Luis Carlos (farmacéutico. Ingresó el 1 de septiembre de 1886).
- Cabrera Martínez, José (especialista en lepidópteros. Ingresó el 4 de junio de 1879. Renunció en 1884).
- Campo, José María (ingresó el 7 de agosto de 1872).
- Caravallo, José F. (ingresó el 5 de febrero de 1873).
- Delmas, Luis H. (médico, fue secretario de la Sociedad Antropológica de la isla de Cuba. Ingresó en 1877).
- Fernández, Juan Santos (médico. Ingresó el 2 de diciembre de 1874. Renunció en 1882).
- Gordon, Antonio María de (médico. Ingresó en 1881).
- Gundlach, Juan Cristóbal (naturalista. Ingresó el 4 de febrero de 1872).
- Jimeno, Francisco (naturalista. Ingresó el 7 de agosto de 1872).
- Martín, Ángel (militar, comandante de infantería. Ingresó en 1882).
- Pichardo y Pichardo, Gabriel (renunció a la Sociedad en 1875).
- Poe, Felipe (naturalista. Ingresó el 7 de agosto de 1872).
- Presas, Manuel (médico y naturalista. Ingresó el 7 de agosto de 1872).
- Reinoso, Fernando (catedrático de retórica y de literatura, fue director del Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana. Ingresó el 7 de mayo de 1879).
- Ruiz Melo, Ernesto (ingeniero en Montes. Ingresó en 1874).
- Ruiz de Luzurianga, Vicente (ingresó en 1888).
- Salazar, Enrique Amado (militar, coronel de ingeniero. Ingresó en 1874. Renunció en 1889).
- Auvalle, Francisco (botánico. Ingresó el 5 de febrero de 1873).
- Vilaró Díaz, Juan (naturalista, catedrático de zoología en la Universidad de la Habana. Ingresó en 1880).
- Zayas Jiménez, Francisco (médico. Ingresó el 8 de enero de 1873).
- Pueden haber sido socios también:
- Gallardo, Serafín (médico y catedrático de clínica en la Universidad de La Habana. Asistió a la sesión del 5 de junio de 1878).
- Gómez de la Maza, Manuel (botánico. Publicó el trabajo “Catálogo de las periantias cubanas, espontáneas y cultivadas”, *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, 1890-1891, No. 19, pp. 231-268).
- Guardia y Madan, Vicente (médico).
- Reynoso, Álvaro (químico y agrónomo. La Sociedad poseía obras de este químico, entre ellas sus “Documentos relativos al cultivo del tabaco”).
- Yero y Buden, Eduardo (¿médico?).

Incentivado Poey por las palabras de Pérez Arcas: “sino un artículo mensual para los *Anales*, esperamos de U[sted] uno por lo menos en cada año”,⁸ siguió enviando a la redacción de la Sociedad Española sus estudios ictiológicos, y algunas notas sobre otros órdenes zoológicos de interés para los investigadores y aficionados.

Enumeratum Piscium Cubensium fue uno de los trabajos más extensos que escribió el naturalista cubano para ser publicado en los *Anales* de la Sociedad Española de Historia Natural. Él mismo reconocía en el “Prólogo” que su “estimado corresponsal y amigo D. Laureano Pérez Arcas” era quien lo había animado a preparar el material, cuyo objetivo se encontraba, fundamentalmente, en rectificar y enriquecer la *Synopsis Piscium Cubensium*, editada en el segundo tomo del *Repertorio*.

Dos años después de publicarse la *Enumeratum*, incluyó Poey en la misma revista, una rectificación al mismo, cuyo título fue “Revisio Piscium Cubensium”; y en 1881, un año más tarde, un importante estudio dedicado a los peces de la isla de Puerto Rico, inserto en la obra de Juan Cristóbal Gundlach “Apuntes para la fauna puertorriqueña”, capítulo que Poey pudo realizar gracias a las relaciones científicas y a la cooperación que existía entre el autor alemán y el naturalista borinqueño Agustín Stahl, quien gestionó y pagó la remesa de los peces que llegaron a Cuba para ser estudiados por él aquí.

Relaciones con zoólogos norteamericanos

En los primeros meses de 1854 Poey manifestó a las autoridades universitarias su deseo de hacer un viaje a Estados Unidos. Era la época en que se preparaba para comenzar la publicación del segundo tomo de las *Memorias*, y su propósito era consultar las bibliotecas norteamericanas.

La petición fue aceptada y elevada por la administración del alto centro docente —en abril del mismo año— al Capitán General de la Isla para su aprobación. Éste no objetó la solicitud y le concedió una licencia de cuatro meses, dos de los cuales debían ser tomados de sus vacaciones universitarias.

El proyectado viaje finalmente no se realizó, y para cumplir sus propósitos tuvo que auxiliarse de su hijo Enrique, residente entonces en Nueva York.

⁸ Carta de Laureano Pérez Arcas a Felipe Poey, fechada el 13 de octubre de 1873. Papeles de Felipe Poey, en: Archivo del Departamento de Antropología, Facultad de Biología de la Universidad de La Habana.

Enrique esperaba colocarse en una fábrica de la ciudad, y mientras aguardaba la oportunidad recibía, por mediación del hacendado azucarero Gonzalo Alfonso, la mesada que su padre le hacía llegar para gastos personales y aquellos que eventualmente le ocasionaron sus encargos científicos:

“Querido papá, recibí [...] tu cacho de papel en el cual me dabas las señas del banquero. Estuve en casa de esos señores y cobré tres meses que se me debía [...] El mes pasado cuando estuve en N.[ueva] Y.[ork] pedí a Gonzalo Alfonso el dinero que Andrés había adelantado por mí y además la correspondiente a este mes, esto es \$ 75.00 o tres meses, pues Andrés poco tiene y ignora cuando llegarás tú con ésta [...]

”Así me alegro de la noticia que me das de que Crawford hablará por mí en la fábrica de Morris, pues aunque en mi última de New York, a mis hermanas le decía que había hallado una colocación aquí, he sido engañado, no quisieron cumplir lo que habían dicho, de modo que no estoy más adelantado de lo que estaba al irme a N.[ueva] Y.[ork].⁹

La falta de empleo no menguó, empero, los esfuerzos que Enrique debía hacer para satisfacer los anhelos científicos de su padre.

“Las páginas 1, 2, 3 [se refiere aquí Enrique a un catálogo sobre moluscos] contienen los mismos números que te he enviado, solamente esta vez he copiado todo lo contenido en cada uno de ellos (desde 1 al 40). Nada me has dicho si deseabas los títulos de cada uno de los números, bien todo el contenido”.¹⁰

Al envío del material bibliográfico siguió el intercambio de colecciones zoológicas, pero en este último particular, las gestiones hechas por Enrique con algunos corresponsales norteamericanos, como en el caso del malacólogo John H. Redfield, no fueron lo suficientemente diligentes.

En la carta que Redfield escribió a Poey, con fecha 2 de octubre de 1854, se deja entrever la situación:

“La caja que usted envió para el señor Cunningham, así como la carta para él, fueron enviadas hace muchos meses. Él las ha recibido hace tiempo. No se incurrió en gasto alguno. Un pequeño lote de conchas del que usted habla en su carta conteniendo como usted lo menciona —su especie *Stenogyra Goodalli*, *ad effectum videnda* no ha llegado a mí y yo supongo que era una caja pequeña que su hijo de usted dice que desapareció de su habitación y yo la he buscado en vano. Cuando él mencionó esa circunstancia yo temí que el paquete también contuviera

⁹ Carta de Enrique Poey a Felipe Poey (sin fecha), en: A. H. Museo Finlay, carpeta 1, documento 51.

¹⁰ Carta de Enrique Poey a Felipe Poey (sin fecha), en: A. H. Museo Finlay, carpeta 3, documento 4.

su Mayinelida, pero esta última llegó después a mis manos a través del señor Bland”.¹¹

Redfield, además de interesarse por la malacología, fue quien asumió los preparativos de impresión del primer trabajo sobre peces que Poey publicó en Estados Unidos. También puso a Poey en contacto con otros especialistas de este país, entre ellos, el ingeniero James Carson Brevoort, ictiólogo que prestó al naturalista cubano “generosos auxilios bibliográficos”, como el mismo Poey señalara al cerrar el prólogo de su obra inédita *Ictiología cubana*.

Redfield comunicó a Poey, por carta, los pormenores previos al proceso de impresión:

“Su artículo sobre peces fue debidamente recibido y es de mucho interés. Nosotros esperamos publicar otro número de los *Anales* antes de diciembre o enero y solamente esperamos los arreglos financieros. Nos gustaría que su artículo apareciera en los *Anales*, pero si encontramos que la demora es mucha lo enviaré a la revista de Sulliman.

”El idioma inglés utilizado, aunque correcto en general, necesita una pequeña revisión y como el señor Brevoort es nuestro mejor ictiólogo, he colocado el artículo en sus manos para ese propósito”.¹²

El artículo se publicó en el volumen 6 del año 1855 en los *Annals of the Lyceum of Natural History of New York*, bajo el título de “Observations of Different Points of the Natural History of the Island of Cuba with Reference to the Ichthyology of the United States”. Las notas del trabajo se referían a aquellas peculiaridades que, en opinión del autor, presentaban la aleta anal modificada de los guajacones y la estructura de la vejiga natatoria del manjuarí. En ambos, casos las especies cubanas fueron comparadas por Poey con las de Estados Unidos; llamó particularmente la atención hacia los estudios que el profesor Luis Agassiz realizó sobre la última de las especies señalada.

Este primer trabajo, y los que en años posteriores publicó Poey en Norteamérica, le valieron el reconocimiento de los especialistas de esa

¹¹ Carta de John H. Redfield a Felipe Poey, fechada en New York, 2 de octubre de 1854, en: A. H. Museo Finlay, carpeta 1, documento 64.

En relación con la pérdida de la caja que contenía este ejemplar, el propio Redfield, en carta fechada en Nueva York, el 21 de febrero de 1855, le comunica a Poey que ésta ya había sido encontrada por Enrique, y que en esos momentos estaba en sus manos; por otra parte, es interesante señalar que, en el artículo “Observaciones diversas acerca de moluscos terrestres y fluviales de la isla de Cuba”, publicado por Poey en el segundo tomo de sus *Memorias*, aparecen unas breves notas en las que explica haber comparado sus ejemplares de *Stenogyra Goodalli* con los individuos remitidos por su colaborador el señor Cuning, colectados en las cercanías de Bristol.

¹² *Ibidem*.

nación, quienes lo consideraban como uno de los científicos más versados en el conocimiento de los peces antillanos.

El ictiólogo Brevoort, por ejemplo, elaboró para el estudio “Review of the Fish of Cuba Belonging to the Genus *Trisotropis*”, de 1870, publicado en la ya señalada revista del Liceo de Historia Natural de Nueva York, unas notas y la introducción. Theodore Gill tomó a su cargo, en 1863, la edición en los *Proceedings of the Academy of Natural Science of Philadelphia* del artículo “Synopsis of the Family Lepturoids, and Description of a Remarkable New Generic Type”; y G. Brown Goode, interesado por las “Notas sobre las especies americanas del género *Cybiium*” (Notes on the American Species of the Genus *Cybiium*) en 1878, lo tradujo al inglés imprimiéndolo en los *Proceedings of the United States National Museum*.

Es interesante señalar que diez años después de haber publicado el profesor Gill el artículo de Poey, nuestro naturalista hizo un reconocimiento a su labor en los *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, al referirse en esta revista a la especie *Evoxymetopon taeniñatus*. Después de hacer la historia de este pez llamado vulgarmente “tiríante” por la forma de su cuerpo acintado, muy alargado y estrecho, expresó:

“Después de haber sacado un dibujo del tamaño natural y tomado algunas notas, pareciéndome este pez nuevo en la ciencia, y deseando darlo a conocer en los *Proceedings* de la Academia de Ciencias de Filadelfia, lo remití al inteligente profesor D. Teodoro Gill, con copias del dibujo y notas descriptivas, rogándole que completase mi trabajo con sus propias observaciones y estudios. Así lo practicó en el artículo citado, poniendo por generosidad toda la redacción bajo mi nombre. Y como tuvo el pez a la vista, pudo hacer una descripción completa, a la cual remito, tomando por mi parte solamente el nombre del género y de la especie”.¹³

F. M. Putnam, conservador del Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology de la Universidad de Harvard, al analizar la especie *Euleptorhamphus longirostris*, según Poey, conocida —como varias otras especies— con el nombre común de “escribano”, encontrada en las costas de Massachusetts, expresó lo siguiente en relación con los estudios de Poey:

“[...] el valioso *Zoological Records* del Dr. Gunther, de 1868 (recibido hace poco en este país) ha llamado mi atención al *Repertorio físico-natural de la isla de Cuba* del prof.[esor] Poey, en el cual, p. 383, él describe como nueva *Euleptorhamphus velox*, de Cuba.

¹³ Felipe Poey: “Evoxymetopom taeniatus”, *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, 1873, t. II, pp. 77-78.

”El prof.[esor] Poey compara su especie con la figura y descripción de *Hemirhamphus longirostris* de Valenciennes, con el cual él lo declara vinculado. Ofrece la profundidad del cuerpo como contenida diez veces y un tercio en el largo, y el diámetro del ojo tres veces y media en la cabeza. Dorsal 19, anal 21. Dientes tricúspides.

”Estos puntos de la descripción de Poey indican que sus especímenes son o están en un punto intermedio, entre los que yo he considerado, más arriba, como *E. longirostris* y *E. macrorhynchus*, reforzando mi creencia de que existe solo una especie conocida del género”.¹⁴

Seth E. Meek y David K. Goos, al examinar varios ejemplares del género *Hemirhamphus* pertenecientes a las colecciones de la Universidad de Indiana y del Museo Nacional de Estados Unidos, colectados por el profesor David S. Jordan en las costas de la Florida y La Habana, consideraban que existía una gran confusión en las especies americanas del género, razón por la cual señalaron en su estudio los datos que por el análisis de los caracteres específicos parecían ser válidos.

Al referirse a las investigaciones del alemán Albert Gunther, director de la sección zoológica del Museo Británico, autor de un *Catálogo de peces*, preparado en 1859, y del libro *Introduction to the Study of Fishes*, publicado en 1880, y a lo escrito por Poey en las páginas de sus *Memorias* y en el *Repertorio* reconocieron:

“Nuestros especímenes de La Habana no dejan duda que *H. fasciatus* y su sinónimo *H. poeyi*, están basados en esta especie.¹⁵ Sin embargo, su mandíbula inferior es más larga de lo que Poey describe, y debido a esto el doctor Gunther evidentemente haría referencia a la descripción de Poey de *H. unifasciatus*.¹⁶ Especímenes colectados por el capitán Dow, en La Habana, muestran que esta es una de las especies encontradas en ambos lados del istmo”.¹⁷

Otro de los especialistas norteamericanos, Spencer F. Baird, el sucesor de Joseph Herry en la Secretaría del Instituto Smithsonian, organizador del sistema de intercambio internacional de las publicaciones científicas de este establecimiento, y promotor de la United States Fish Commission y la estación de Biología Marina de Wood Hole, en

¹⁴ F. M. Putnam: “Notes on the Occurrence of *Euleptorhamphus Longirostris* on the coast of Massachusetts”, *Proceedings of the Boston Society of Natural History*, 1870, vol. XIII, p. 4.

¹⁵ Se refieren aquí los autores del artículo a *Hemirhamphus brasiliensis* clasificado por Davis Starr Jordan y Charles Gilbert en su “Synopsis of the Fishes of North American”, publicado en *Bulletin of the United States National Museum*, 1882.

¹⁶ Hoy colocado en el género *Hyporhamphus*.

¹⁷ S. E. Meek, y David R. Goos: “A Review of the American Species of the Genus *Hemirhamphus*”, *Proceedings of the Academy of Natural Sciences of Philadelphia*, 1884, p. 223.

Massachusetts, desempeñó un papel importantísimo al dar a conocer, en su país, la obra ictiológica de Felipe Poey. Nuestro naturalista, al recordar la ayuda que al respecto él le brindó, escribió: “son muchos los favores que he recibido de Spencer Baird, director del Smithsonian Institution, en Washington”;¹⁸ pero no fue él, sino el ictiólogo David Starr Jordan autor de “List of Fishes Collected at Havana, Cuba, in December, 1883, with Notes and Descriptions”, publicado en los *Proceedings of the United States National Museum* de 1886, miembro de la United States Fish Commission, institución que Baird concibió para el estudio y las investigaciones pesqueras, quien se mostró como uno de los máximos conocedores de la obra poeyana.

Este especialista norteamericano tuvo la oportunidad de visitar Cuba en los primeros años de la década de los ochenta del siglo XIX, y aquí conoció a Poey. Su primera impresión al llegar al puerto de La Habana, donde según su testimonio, la profusión y variedad de peces era grande, y el suministro de ellos al mercado, casi inagotable, dice a continuación:

“Ah, pero Ud. debe ver a Don Felipe, él conoce todo acerca de los peces, es la primera recomendación que el naturalista recibe cuando comienza a coleccionar pescados en los mercados de La Habana. El autor una vez tuvo la ocasión de realizar tal recolección, y pronto encontró que entre los pescadores y comerciantes de pescado, la frase amigo de Don Felipe era siempre un pasaporte para un trato honesto, y para un verdadero deseo de ayudar en su trabajo. Porque cada pescador en La Habana conoce a Don Felipe, y lo considera como amigo personal [...]

” [...] y ahora que Don Felipe ya no visita los mercados, no ha sido olvidado allí, y más de una especie rara, todavía, ha seguido el camino de la pescadería¹⁹ al estudio de Don Felipe en la calle San Nicolás”.²⁰

¹⁸ *Ictiología cubana*, transcrita y comentada por Mario Sánchez Roig y Federico Gómez de la Maza, Editorial Ministerio de Educación, La Habana, 1955, t. I, p. 73.

¹⁹ Se refiere D. S. Jordan a la pescadería del negrero catalán Francisco Marty Torrens (Pancho Marty), ubicada al comienzo de la calle Mercaderes, al fondo del Seminario de San Carlos. Fue este uno de los establecimientos que más interés despertó entre aquellas personas que visitaron La Habana durante el siglo XIX, como se aprecia en la siguiente cita del viajero B. M. Norman:

“La pescadería tiene ciento cincuenta pies de largo, con una mesa de mármol de una punta a la otra; el techo está sostenido por una serie de arcos apoyados en pilares. Está abierta, por un lado, hacia la calle, y, por el otro, hacia la bahía. Por consiguiente está bien ventilada y aireada. Es el más propio y más invitante establecimiento de su clase que jamás haya visto en ningún país, y nadie debe venir a la Habana sin hacerle una visita”.

B. M. Norman. *Rambles by land and water; or notes of travel in Cuba and Mexico*. Citado por: Gustavo Euguren: *La Fidelísima Habana*, Editorial Letras Cubanas, Ciudad de La Habana, 1986, p. 278.

²⁰ David S. Jordan: “Sketch of Professor Felipe Poey”, *The Popular Science Monthly*, agosto, 1884, pp. 547-548.

Jordan se mostró particularmente docto en las materias que conformaban el contenido de las *Memorias* y del *Repertorio*, aspecto que evidenció cuando en dos de sus artículos sobre la clasificación ictiológica, los titulados: “A Review of the Species of the Genus *Haemulon*”, elaborado conjuntamente con Joseph Swain, y “On the Nomenclature of the Genus of *Ophichthys* Gunther”, este último en colaboración con Charles H. Gilbert, demostró el conocimiento que tenía de aquellos trabajos donde Felipe Poey describía nuevas especies de peces.

Al referirse críticamente a las investigaciones de Poey en este campo, expresó que, no obstante presentar éstas “evidencias de las desventajas que surgen de un trabajo solitario, sin la ayuda de la asociación y la crítica de otros”,²¹ el conocimiento de ellas era, según había indicado anteriormente el profesor Edward D. Cope, naturalista prominente de Filadelfia, autor de varios trabajos sobre paleontología y de una “Contribución a la ictiología de las Antillas Menores”, una condición *sine qua non* para los estudiosos de los peces de la América tropical.

Respetuoso al valorar la labor de clasificación ictiológica que Poey realizó, y su quehacer científico en esta dirección, expresó las siguientes palabras:

“Es moda en algunos medios desacreditar el trabajo de quien describe una fauna nueva. Todo estudio honesto ocupa el mismo lugar, y hasta que el estudio pionero de la determinación exacta de especies es realizado, no hay oportunidad para el embriólogo y el anatomista. No es usual registrar la estructura o el desarrollo de un animal mientras que el animal en sí permanece desconocido.”²²

Jordan admiró en Poey la disposición para aprender y rectificar errores: “No hay ninguna característica del trabajo del profesor Poey más asombrosa que su total falta de prejuicio [...] no tiene teoría que no esté preparado a desechar cuando aparece una referencia mejor”;²³ y cautivado por el dinamismo del hombre que —ya octogenario— conoció, agregó:

“Su trabajo no muestra señas de disminuir en cuanto a calidad. La claridad de su juicio y la precisión de su memoria parecen intactos. Es difícil, cuando se conversa con él, darse cuenta que nació en el siglo pasado y que en sus estudios tempranos era contemporáneo de Cuvier y Valenciennes, y de Geoffroy-Saint Hilaire. La mayoría de los hombres son más viejos a los cincuenta que Poey a los ochenta y cinco.”²⁴

²¹ *Ibídem*, p. 550.

²² *Ibídem*, p. 552.

²³ *Ibídem*.

²⁴ *Ibídem*.

En lo que a Poey se refiere, agradeció el gesto que Jordan tuvo cuando le hizo llegar, desde Estados Unidos, sus publicaciones ictiológicas, y lamentó recibir las cuando ya se disponía a remitir su *Ictiología cubana* a Madrid, por lo que prometió incluir en un apéndice algunas de las denominaciones que el “distinguido ictiólogo de Bloomington”²⁵ recogía en sus trabajos. Otros detalles propios de la clasificación del norteamericano, con los cuales se mostraba en desacuerdo, los estudiaría detenidamente, y los discutiría en futuras comunicaciones.

Jordan, por su parte, combinó las actividades científicas con las políticas, y con los años, devino en antibelicista decidido y en uno de los intelectuales norteamericanos que con mayor tenacidad se opuso, desde las aulas universitarias, a la política expansionista de su país.²⁶ Poey no alcanzó a vivir la última década del siglo XIX, y con ello los cambios sufridos en la Isla, pero desde temprana fecha preconizó, entre sus alumnos que, mientras existían hombres dedicados a estudiar la naturaleza y encontrar en ello la “felicidad para todos”, existían otros, “una parte de la humanidad, desviada de sus altos destinos”, que se complacían en hacer “la guerra a la mitad del género humano”.²⁷

²⁵ Así llamó Poey a David Starr Jordan. *Ictiología cubana*, transcrita y comentada por Mario Sánchez Roig y Federico Gómez de la Maza, ob. cit., p. 72.

²⁶ Las intervenciones de David S. Jordan a favor de la paz lo convirtieron en una de las figuras más atacadas por los círculos militaristas de Estados Unidos. Escribió varias obras de carácter antibelicista, entre las que se encuentran: *The Blood of the Nation*, Boston, 1899; *The Human Harvest*, Boston, 1907; *War and Waste*, New York, 1912; *Wars after match*, New York, 1914; y *War and the Breed*, Boston, 1915.

²⁷ Felipe Poey: *Obras literarias*, ed. cit., p. 17.

**ENUMERATION OF THE FISH DESCRIBED AND
FIGURED BY PARRA, SCIENTIFICALLY NAMED
BY FELIPE POEY**



Antonio Parra was born in Portugal, and I believe resided in Havana for a long time, where he was probably naturalized, for he dedicates his work to the King of Spain, and sent the objects he described to the Museum of Natural History of Madrid. He printed in this last city, in 1799, at the printing office of the Viuda de Ibarra, a pamphlet in 8vo. entitled: *Discurso sobre los medios de connaturalizar y propagar en España los cedros de la Habana y otros árboles, así de construcción como de maderas curiosas y frutales*. At page 21 is “an account of the different trees of the Island of Cuba, which contains 267 species and 20 Palms”, and at page 30 a “notice of some kinds of hard wood which are in the Island, their colors, the localities where they are found and their uses”. The author describes them in popular terms only.

The first important work of Parra is the one printed at Havana in 1787, at the printing office of the Capitanía General, in square 8vo., under the title *Descripción de diferentes piezas de historia natural, las más del ramo marítimo, representadas en setenta y cinco láminas*. This number of plates includes two of ornamental stands and two of a negro suffering from a greatly developed hernia. In some copies there is a second title, engraved, containing the words *Peces y crustáceos de la isla de Cuba*.¹ It contains 40 plates of Fishes, representing 71 species, of which 3 belong to Florida; there are 17 plates of crustacea, the rest representing turtles, zoophytes and minerals.

The figures were probably drawn by the son of Antonio Parra; he also engraved them and colored some of the copies. The edition has

¹ My copy has *and* engraved frontispiece representing two tritons raising a net full of fish near a rock, with a label inscribed, *Labore, et Constantia*.—J. C. Brevoort.

In the United States, copies are known to be in the libraries of the Boston Society of Natural History, in the late Dr. Dekay's, in the Astor Library in my own.—this last colored one.—J. C. B.

long since been exhausted. One copy is in the library of the Economic Society, another is owned by M. Domingo de Arozarena, and M. Leonardo del Monte has the third. All the objects figured, including the negro with the hernia, are deposited in the Museum of Madrid, and have been of help in settling some serious doubts by the assistance of the present director of the Museum, M. Mariano de la Paz Graells.

The work cites no authors, contains no classification, no scientific terms, and the names are all popular ones. It is easily seen that Parra has studied no books except the great book of nature; by his own natural gifts he has succeeded in describing and figuring objects as correctly as his cotemporaries, and even surpasses Bloch in the exactness of his figures. Cuvier says: "it is one of the most useful works in the study of the fishes of the Gulf of Mexico, not only on account of the text, but also on account of the very exact figures representing them".

Parra does not omit describing the teeth of the jaws, the asperities of the scales, nor even the spinous raya of the dorsal fin and the furrow in which they can be hidden. He dwells more especially on the number and the peculiarities of the fins, and he cannot be reproached for omitting in his descriptions details that are shown in his figures. He observed, very properly, that the colors are less important than the rest of the organism, for he only treats of them last. To be sure he neglects the palatine teeth, the apines of the operculum, the denticulations of the preoperculum, the exact number of the spinous and soft raya, but this is not surprising in one who preceded Cuvier and Valenciennes, and who probably was not acquainted with the works of Artedi, Linnaeus or Gronovius.

He often gives the size of the fish, but he may be found fault with for having sometimes given measurements of parts without that of the whole.

Whatever may be the merits and defects of Parra, it is not the less true that his work has become indispensable, for Bloch has established several species on the sole authority of his figures and because Cuvier and Valenciennes have often quoted him, as well as M. Hollard.

I propose to put scientific names to Parra's figures, with some necessary remarks, and shall use the labors of my predecessors while often correcting them. The chief writers who have cited Parra, are Bloch, Cornide, Cuvier, Valenciennes, Guichenot, Müller and Henle, and Hollard.

Bloch has named almost all the figures of Parra in his posthumous work entitled *Systema Ichthyologiae iconibus CX, illustratum*, published by Schneider in 1801. When the species appeared to be a new one he kept the vulgar name of the author, even in doubtful cases. He was often mistaken, and was corrected by Cuvier and Valenciennes, to whom he repeatedly serves as a guide.

Cornide, author of an *Ensayo de una historia de los peces y otras producciones marinas de la costa de Galicia*, 1788, names Parra's fish in a confidential letter addressed to M. Casimiro Gómez Ortega, Director of the Botanical Garden in Madrid; which letter is published in the first volume of his work, printed at Paris in 1818, under the title of *Colección de papeles científicos, históricos y políticos sobre la isla de Cuba*. Cornide was not very successful in his determinations; he constantly refers the American species to others he had observed in Europe. He recognized but four Linnaean species, and these the most striking ones, namely a *Fistularia*, a *Diodon*, and two *Squali*. He did not even notice the *Balistes vetula*, nor the *Lophius vespertilio*. He often gives only the genus, and not always correctly, so far as to confound a *Chaetodon* with a *Sparus* and a *Serranus* with a *Labrus*.

Cuvier, in his notes to the *Règne animal*, second edition, t. 2, 1817, has named several of Parra's figures, and also in his *Histoire generale et particulière des Poissons*, which began to appear in 1829, with the assistance of Valenciennes, and stopped in 1849 with the 22 volume, at the end of the Abdominal Malacopterygians. The opinion of these celebrated ichthyologists is of the greatest weight, from their known scientific attainments, and because they had at their disposal almost all the fish described in the work of Parra; some having been given by myself, together with my own drawings; the others by M. Desmarest, who received them from M. Fournier.

M. Guichenot undertook the part relating to Fish in the *Historie politique, physique et naturelle* of M. Ramón de la Sagra. He had not omitted to quote Parra's work, but he seems to have taken small pains while doing so, and to have relied on Cuvier and Valenciennes, whose correct determinations and whose errors he reproduces. In the families not treated of by these naturalists he generally determines his species from Hollard.

M. Saco has corrected the nomenclature of Cornide, with the assistance of M. Guichenot's work, and without studying Parra's work. This distinguished author, having no knowledge of Ichthyology, and not being familiar with what is known as Synonymy, has not made the best use of his model.

Parra Is quoted in Müller and Henle's work on Plagiostomes, in the Monograph of the Gymnodonts of Hollard, in the Fishes of New York, by Dr. Dekay, and by Dr. Bleeker in several of his articles.

As for myself, it will be seen on examination how much I have added to and corrected all that has hitherto been done. The opinion of authors has not been given without care. I have compared their descriptions with those of Parra, and with actual specimens, having the advantage of working in Havana, and of knowing the fish by their popular names.

My authority is therefore of some weight, even where my names are the same as those given by others; in which case it may be looked upon as a confirmation rather than a repetition. If I did not believe it to be so, I should not have taken the pains to write.

The reader must understand that my object is not to give a complete synonymy of the fishes figured by Parra, but to name them in the best possible manner; quoting author who have quoted Parra, so that each may get his due. Thus I shall quote Bloch, Cuvier, Valenciennes, and Hollard. As for M. Guichenot, I shall often quote him, because he had Parra's work under his eyes, and in some cases his opinion is well founded. If not quoted in all cases, it is for reasons above given. It is useless to notice Cornide and M. Saco.

In my nomenclature, I practice the aphorism which I thus enunciate: *nomen auctoris ad speciem perpetuam refertur nec ad variabile genus.*

Nomenclature

N.B. The first figure after the name refers to the page of Parra's work, the second to the plate, and the third to the figure.

1. PESCADOR. (1, 1.) *Antennarius ocellatus* Bl.

Named by Bloch, 142, *Lophius histrio* L., var. *ocellatus*, upon the simple inspection of Parra's figure. By Val. 12, 419, *Chironecta ocellatus*. By *Guich.* Chir. *biocellatus*, C. V., erroneously.

2. SERRANA. (2, 2, sup.) *Eques lanceolatus* L.

Quoted by Cuvier, 5,165, Eq. *balteatus*, as a synonym of *Chaetodon lanceolatus*, L. Linneaus has the priority. The vulgar name is now *Vaqueta*, which is, however, but little used, and is also applied to the next species.

3. SERRANA. (2, 2, inf.) *Eques punctatus* Bl.

Quoted by Bloch, 106, upon the Inspection of Parra's figure. He confounds it, like Parra, with the preceding species.

4. PERRO COLORADO. (3, 3, 1.) *Cossyphus Bodianus* Bl.

Quoted by Bloch, 329, *Lutianus Perro*, being the same which he had named in his large work, tab. 255, *Lutjanus Verres*, and tab. 223, *Bodianus bodianus*. Quoted by Val., 13, 103.

5. PERRO. (4, 3, 2.) *Lachnolaimus caninus* Cuv.

Quoted by Cuvier, Règne An. 257, *Lachnolaimus*.

6. DIABLO. (5, 4.) *Malthe vespertilio* L.

Quoted by Val., 12, 440.

7. GUATIVERE. (7, 5, 1.) *Serranus Guativere* Val.

Quoted by Bloch, 336, *Bodianus guativere*, which he confounds with the next species of Val., 2, 283.

8. GUATIVERE. (8, 5, 2.) *Serranus outalibi* Val.
Quoted by Val., 2, 381.
9. CHIRIVITA. (9, 6, 1.) *Chaetodon paru* Bl.
Bloch, 217, confounds it with the next species. *Pomacanthus paru* Cuv., 7, 205. Following Mr. Gill, I suppress the genus *Pomacanthus* of Cuvier, and adopt *Sarothrodus* Gill, instead of *Chaetodon* Cuv. The popular name is now Chirivica.
10. CHIRIVITA. (10, 6, 9.) *Chaetodon aureus* Bl.
Pomacanthus aureus Cuv., 7, 202.
11. ISABELITA. (11, 7, 1.) *Holacanthus ciliaris* L.
Quoted by Bloch, 335, under the name of *Chaetodon Parrae*; but it is the same as the *C. ciliaris* L., to which Cuv., 7, 154, refers it.
12. CATALINETA. (12, 7, 2.) *Holacanthus tricolor* Bl.
Chaetodon tricolor, Bl. 319; Cuv. 7, 162.
13. BAJONADO. (13, 8, 1.) *Pagellus bajonado* Bl.
Cited by Bl., 284, *Sparus b•Bajonado*, doubtful species; by Guich. P. Penna, C. V., with doubt.
14. CAXIS. (14, 8, 2.) *Mesoprion caxis* Bl.
Cited by Bl. 284, *Sparus caxis*, doubtful species. It is the *Mesoprion griseus* Cuv., 2, 469. The letter *x* being pronounced *j* in the old Spanish, it should be written now *Cajis*, or rather *Caji*.
15. COCHINO. (16, 9.) *Balistes vetula* L.
Cited by Bl. , 470; by Holl. and Guich.
16. SOBACO. (17, 10.) *Balistes macrops* Poey.
Cited by Bl., 465, as a variety of *Bal. maculatus* L., and by Holl. under the name of *Balistes longissimus* Holl. Mr. Guichenot, who has fallowed for the *Balistides* the unpublished monograph of Holl., calls it also *B. longissimus* without naming the author. It appears that he has forgotten to name Hollard, he refers, also, the species to Bl. Syst. 464, no. 2, which is the *B. hispidus* L., probably by a misprint, instead of, no. 3, cited by Blkr., *Balistes maculatus* L. See Poey, Mem. 2, 326.
17. GALAFATE. (18, 11, 1.) *Balistes piceus* Poey (1.)
Cited *B. ringens* L. by Bl., 473, Holl., Guich. Blkr. The vulgar name *Galafate* is a corruption of *Calafate*, which means *Calfateur* (*calker*.)
18. CUCOYO. (19, 11, 2.) *Balistes cicatricous* Poey (2.)
Cited by Bl., 475, *B. Brasiliensis* var.; by Holl. and Guich., *B. calolepis* Holl. Later Hollard referred it to his *B. lineo-punctatus*, which appears to be the same as the *B. curassavicus* Gm. It is now written *cocuyo*.
19. CATALUFA. (20, 12, 1.) *Priacanthus catalufa* Poey (3.)
Cited by Bl., 304, *Anthias macrophthalmus*, a species of the East Indies; by Cuv., 397, *Priac. macrophthalmus*, the male of which, says he, is the *Pr. cepedianus* Desm., in which he is mistaken.
20. QUIEBRA HACHA. (21, 12, 2.) *Chorinemus quiebra* Cuv.

Cited by Cuv. 8, 396; by Bl., 25, *Scomber aculeatus* var.

21. MATEJUELO BLANCO. (22, 13, 1.) *Malacanthus Plumieri* Bl. Cited by Bl. *Sparus oblongus*, p. 283; but it is the same as his *Coryphaena plumieri*, p. 298; cited by Cuv., R. An. p. 264; by Val. 13, 319.

22. MATEJUELO COLORADO. (23, 13, 2.) *Holocentrum matejuelo* Bl.

Cited by Bl., 206, *Amphiprion matejuelo*, doubtful species; by Cuv., 3, 186, *Hol. longipinne*, a species very nearly allied, if it is not the same; in any case Bloch has the priority.

23. MORCIÉLAGO. (25, 14.) *Dactylopterus volitans* L.

Cited by Cuv., 4, 117. This vulgar name, so written, is a corruption of the Spanish word Murciélago (Bat..)

24. VOLADOR. (28, 15.) *Exocaetus mesogaster* Bl.

Cited by Bl. 430; by Val. 19, 120.

25. BONACI CARDENAL. (29, 16, 1.) *Serranus cardinalis* Val.

Cited by Val. 2, 379. Bl., 77, has confounded, under the name of *Johnius guttatus*, this species with the following; his name should not be preserved, because it had been previously employed by Linnaeus.

26. BONACI ARARA. (30, 16, 2.) *Serranus bonaci* Poey.

Cited by Poey, Mem. 2, 129, 352, instead of Ser. Arara Val. 2, 377; *Johnius guttatus* var.

27. CHAPÍN (hembra.) (31, 17, 1.) *Ostracion* (4).

Cited by Bl., 499, *Ostr. bicaudalis* L., as well as by Holl.

28. CHAPÍN (macho.) (31, 17, 2.) *Ostracion* (4 a.) Cited erroneously by Bl., 499, 583, *Ostr. quadricornis* L., as well as by Guich.

29. RASCACIO. (34, 18, 1.) *Scorpaena Rascacio* Poey.

Bl., 192, refers it to *Sc. Scrofa* L.; and Cuv. to *Sc. Bufo*, 4, 306. See Poey Mem. 2, 169.

30. LAGARTO. (36, 18, 2.) *Synodus*.

Cited *Saurus myops* by Val., 22, 485; referred to the *salmo faetens* L. by Bl., 404. It is to me a new or very doubtful species.

31. TAMBORIL. (37, 19.) *Tetrodon laevigatus* L.

Cited by Bl., 503, *Ter. lagocephalus* L.; by Guich., *Tetraodon lisse*, and in the synonymy *Ter. laevigatus* L.

32. RABIRRUBIA. (42, 20, 1.) *Mesoprion chrysurus* Bl.

Cited by Bl., 309, *Anthias rabirrubia*; but it is the same as his *Sparus chrysurus* Bl., Ichth. tab. 262. Cited by Cuv. 2, 459. It should be written in Spanish *rabirrubia*.

33. RABIRRUBIA DE LO ALTO. (43, 20, 2.) *Serranus creolus* Val.

Cited by Val. 2, 265. Bl. makes a doubtful variety of the preceding species, Syst. p. 309.

34. RABIRRUBIA GENÍZARA. (14, 21, 1.) *Cleptitus genizarra* Val.

Cited by Val., 13, 260. The word *genízaro*, in the feminine *genízara*, means Janissary. Has M. Vnl. correctly latinized it?

35. BARBERO. (45, 21, 2.) *Acanthurus phlebotomus* C. V

Cited by C. V., 10, 176. Bl. refers it to his *Ac. caeruleus*, p. 214.

36. LIJA TROMPA. (46, 22, 21, 1.) *Alutera picturata* Poey (5.)

Cited erroneously *Monacanthus longirostris* by Holl., as well as by Guich.

37. LIJA BARBUDA. (49, 22, 2.) *Alutera Güntheriana* Poey (6.)

Cited with doubt by Bl., 462, as *Balistes monoceros* L. Cited by Guich. *Monacanthus anginosus* Holl.; and by Holl. *Aluterus anginosus*. It is by a misprint that Guich. has written *lija trompa*.

38. LIJA COLORADA. (49, 22, 23.) *Afonacanthw Parraianua* Poey (7.)

Cited *Mon. macrocerus* Holl. by Guichenot.

39. CHERNA. (50, 24, 1.) *Serranus striatus* Bl.

Cited by Bl., 310, with doubt, *Anthias Cherna*, but it is the same as his *Anth. striatus*. Cited by Cuv. R. An. 141, and by Val. 2, 288.

40. JABONSILLO. (51, 24, 2.) *Rhypticus saponaceus* Bl.

Cited by Bl., 310, *Anthias saponaceus*. Cited by Cuv. 3, 60, *Rypticus*.

41. CABALLEROTE. (52, 25, 1.) *Mesoprion caballerote* Bl. (8.)

Cited by Bl., 310, *Anthias caballerote?* Cuv., 2, 465, *Mesoprion cynodon* Cuv; a distinct species.

42. JOCU. (53, 25, 2.) *Mesoprion Jocu* Bl.

Cited by Bl., 410, *Anthias Jocu*; by Cuv. 2, 466.

43. GUACAMAYA. (54, 26.) *Scarus Guacamaiia* Cuv.

Cited by Cuv., R. An. 265. Val. describes under this name another species which I name in my Mem., 2, 393, *Sc. Pleianus*.

44. LORO. (57, 27, 1.) *Scarus caruleus* Bl.

Cited by Bl., 288, *Sc. loro*, which is the same as the following; by Val. 14, 186.

45. TROMPA. (57, 27, 2.) *Scarus careleus* Bl.

Cited by Val. 14, 186; the preceding species.

46. VIEJA. (58, 28 1.) *Scarus superbus* Poey.

Cited erroneously by Bl., 289, *Sc. Vetula* L., as well as by Cuv., R. An. 266, and by Val., 14, 193. See Poey, Mem. 2, 218.

47. VIEJA. (58, 28, 2.) *Scarus Abildgaardii* Bl.

Cited by Bl., 289, *Sc. coccineus*, doubtful species, but it is the same which he names *Sc. Abildgaardii* in his Ichthyologie, pl. 259.

48. VIEJA. (59, 28, 3.) *Scarus Chloris* Bl.

Cited by Bl., 289, doubtful species; by Cuv. R. An. 266; by Val., 14, 203, *Sc. vivens*.

49. VIEJA (59, 28, 4.) *Scarus flavescens* Bl.

Cited by Bl., 290, doubtful species; by Val., 14, 289, *Callyodon flavescens*. It is not a *Calliodon*.

50. ERIZO. (60, 29, 1.) *Diodon Atinga* L.
Cited by Guich. *Diodon Hystri* L.
51. GUANÁBANA. (62, 29, 3.) *Diodon*.
Cited by Bl., 612, *D. Hystrix* L., variety; by Guich., *D. orbicularis* Bl.
52. TROMPETERO. (63, 30, 1.) *Solenostomus tabacarius* L.
Cited by Bl., 114, *Fistularia tabacaria* L., as well as by Guich.
53. TROMPETERO COLORADO. (65 30, 2.) *Aulostoma coloratum*
M. and Tr.
Cited by Guich. *Aul. Chinense* Lac. (*Fistularia chinensis* L.)
54. RARO. (66, 30, 3.) *Muraena fasciata* Thunb.
Cited by Bl., 529, *Gymnothorax fasciatus*, which he refers to *Mur fasciata* Thunb.
55. BAGRE. (68, 31, 1.) *Galeichthys marinus* Mitch.
Bl., 378, cites it, referring it to the *Silurus Bagrus* L. Cited by Val., 15, 33, *Gal. Parrae*. The species is from Florida, as Parra indicates.
56. BROTULA. (70, 31, 2.) *Brotula barbata* Bl.
Cited by Bl., 152, *Enchelyopus barbatus*; by Cuv. R. An. 335.
57. CORNUDA. (71, 32.) *Sphyrna Zygaena* L.
Cited by M. H.; by Guich. *Zyg. malleus* Val.; by Blkr. *Zyg. malleus* Risso.
58. PEZ DE ESPADA. (75, 33.) *Pristis antiquorut*, Lath.
Cited by Bl., 3 52, Pr. *granulosa*, on the simple inspection of Parra; cited by M. H. The popular name is *Pez Sierra*. Its saw has 97 pairs of teeth, in which respect it is rather related to the *Pristis cuspidata* Latham.
59. GALLUDO. (84, 34, 1.) *Acanthias*.
Cited by Guich. *Acanthias vulgaris* Risso.
60. GATA. (86, 34, 2.) *Ginglymostoma cirratum* Gm.
Cited by Bl., 134, *Squalus punctatus*, which is the same; by M. H. and Guich.
61. MACABÍ. (88 35, 1.) *Conorhynchus macrophthalmus* Lac.
Cited by Cuv., R. An. 325, under the genus *Butirinus*; by Val., 19, 339, *Abula parrae*. It is probable that the two species are identical.
62. PICUDA. (90, 35, 2.) *Sphyraena Picuda* Poey. (9.)
Cited by Bl., 110, under the name of *Sp. Picuda*, which he gives as a variety of *Esox sphyransa* L. Cuv., 3, 340, refers it erroneously to the *Sph. Becuna* Lac.
63. CABRILLA. (93, 36, 1.) *Serranus lunulahtus*, Bl.
Cited by Bl., 329, under the genus *Lutianus*; by Val. 2, 379.
64. PEGADOR. (94, 36, 2.) *Echeneis Guaican* Poey.
Cited by Guich. *Ech. naucrates* L. see Poey Mem. 2, 248.
65. DONCELLA. (95, 37, 1.) *Julis paxatus* Val.
Cited by *Julis crotaphus* by Cuv., R. an. 258; *Julis principis* by Val., 13, 402; *Julis patatus* Val., by Guichenot.

66. INNOMINADO. (96, 37, 2.) *Ophisurus Havanensis* Bl.
Cited by Bl., 491, under the genus *Muraena*.
67. RUBIO VOLADOR. (98, 38.) *Prionotus punctatus* Bl.
Bloch. 13, doubtfully refers it to the *Trigla carolinensis* L. Cited by Cuv. 4, 93.
68. GUAVINA. (105, 39, 1.) *Philypnus dormitator* Bl.
Cited erroneously by Val., 12, 223, under the name of *Eleotris guavina*.
69. ESTURIÓN. (106, 39, 2.) *Acipenser*.
This species is from Florida; I leave its Identification to the Ichthyologists of the Unite States.
70. CHIFIS. (109, 40, 1.) *Lepidosteus osseus* L.
Cited by Bl. in the genus *Esox*, p. 392; cited bt Guinch. *Lep gavalis* Lac.
This species is from Florida.
71. MANJUARÍ. (111, 40, 2.) *Lepidosteus tristoechus* Bl.
Cited by Bl., 395 under the genus *Esox*; by Guich. *Lep. spatula* Lac.; by Poey, Mem, *Lep. manjuarí*.

QUINTA PARTE
PRIMEROS TRABAJOS ICTIOLÓGICOS



PRIMERAS INVESTIGACIONES

Sin lugar a dudas, la labor más fecunda que Felipe Poey desarrolló en el vasto campo de las ciencias naturales fue en las investigaciones ictiológicas; escribió en una ocasión:

“[...] todo hombre tiene una misión, ya humilde, ya gloriosa, que cumplir en la tierra [...]”,¹ y él escogió, precisamente, esta disciplina como terreno de acción. Su vida, como señalara en el “Prólogo” de su magna obra *Ictiología cubana*, fue consagrada casi por entero, a excepción del tiempo que sus obligaciones universitarias le tomaban, al estudio de los peces de la isla de Cuba.

¹ Felipe Poey: “Discurso de apertura leído en la Universidad de la Habana el año de 1884”, *Obras literarias*, ed. cit., p. 47.

Se enfrascó por vez primera en los trabajos ictiológicos —según su testimonio— en la década de los años veinte, época en que influenciado por Félix Varela y Justo Vélez, sus maestros del Seminario de San Carlos, comenzó a preocuparse por la utilidad de la ciencia.

“[...] es el año de 1820, desde cuya fecha corrieron demasiado breves para mí las horas consagradas al cultivo de la literatura, habiéndome dominado tiránicamente la historia natural con interminables dibujos de peces [...]”²

Algunos de los dibujos, hechos como aficionado y sin estudios previos, pintados a la aguada, y otros sin iluminar —aún se conservan varios de ellos—³ contenían esquemáticamente las figuras de varios peces de nuestra fauna fluvial y marítima: la doncella, la lisa, el ronco, la biajaca, la rabirrubia y el pargo fueron, entre una enorme lista, sus primeras muestras y el objeto de sus observaciones y notas; con ellos —85 dibujos en total, más 35 individuos conservados en un barril de aguardiente— viajó Poey a Francia en 1826. (Véase Apéndice 4)

“Era el tiempo en que el ilustre Cuvier ordenaba sus primeros trabajos para la publicación de su grande obra titulada *Historia general y particular de los peces*. Todo le fue entregado; y tuve el honor de ser citado por él y por su colaborador Valenciennes, más frecuentemente que Don Antonio Parra”.⁴

² *Ibidem*.

³ Felipe Poey: Cuadernos manuscritos, en: Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba, t. IV. Ictiología y Miscelánea.

En este tomo aparecen los siguientes dibujos, bajo el título de: “Copias dadas a Cuvier en 1827 o 1826”.

- | | |
|--------------------------------|------------------------|
| 1. No. 5. Barbero | 16. No. 37. Chicharro |
| 2. No. 6. Agujón (2 dibujos) | 17. No. 38. Corvina |
| 3. No. 7. Salmonete colorado | 18. No. 47. Condenada |
| 4. No. 9. Geníguano | 19. No. 50. Escribano |
| 5. No. 10. Ronco | 20. No. 51. Robalo |
| 6. No. 11. Doncella | 21. No. 52. Lisa |
| 7. No. 14. Pargo | 22. No. 54. Rabirrubia |
| 8. No. 15. Biajaiba | 23. No. 55. Zapatero |
| 9. No. 18. Cajís | 24. No. 59. Catalineta |
| 10. No. 21. Casavilla | 25. No. 63. Sierra |
| 11. No. 26. Matejuelo | 26. No. 64. Cojenudo |
| 12. No. 28. Pargo del Alto | 27. No. 77. Palometa |
| 13. No. 30. Rascacio | 28. No. 80. Biajaca |
| 14. No. 32. Catalineta | 29. No. 89. Cabrilla |
| 15. No. 33. Picuda (3 dibujos) | |

⁴ *Ictiología cubana*, transcrita y comentada por Mario Sánchez Roig y Federico Gómez de la Maza, ob. cit., p. 64.

El famoso naturalista francés Georges Cuvier, quien iniciaba el estudio de una de las clases más numerosas y menos conocidas, agradeció la donación, y recibió gustoso aquellos apuntes, dibujos y ejemplares conservados.⁵ No estaríamos lejos de la realidad si supusiéramos que el profesor del Jardín de las Plantas acogió con simpatías el gesto del joven abogado cubano, ya fuera porque con los materiales enriquecería una parte de su obra, o tal vez porque la actitud del nuevo colaborador despertaba en él viejos recuerdos, cuando aún siendo él un adolescente de 19 años, preceptor en la casa del Conde de Hericy en Normandía, hacía llegar a manos del científico Esteban Geoffroy Saint-Hilaire sus primeros dibujos y manuscritos sobre moluscos.

Cuando comenzaron a salir de imprenta los primeros tomos de la *Historia natural de los peces* (22 volúmenes, el primero salió en 1828 y el último en 1849) escritos por Cuvier y su asociado Aquiles Valenciennes, todavía Poey se encontraba en París. Aquí pudo valorar la utilidad de sus observaciones, pues varias de ellas se incluyeron en algunos de los primeros volúmenes.

En el tercer tomo aparece el nombre de Poey vinculado con los de Plée, estudioso de la fauna marina de Martinica, y de Marcgrave, quien trabajó los peces de los mares brasileños. Ambos especialistas detallaron el pez conocido como salmonete en sus respectivas investigaciones, y a ellas Cuvier y Valenciennes sumaron lo siguiente:

“Acerca del dibujo del Sr. Poey que hemos recibido de Cuba, hemos visto tres manchas, como las que Bloch ha publicado: una cerca del ojo, la otra a la derecha de la punta de la pectoral; la tercera entre el nacimiento de la segunda dorsal y de la anal. El Sr. Poey dice en una nota que su color es de un rojo anaranjado más oscuro en la parte superior, y muy claro en la inferior”.⁶

Al estudiar las características morfológicas de la *Corvina ronchus*, tomando como modelo un ejemplar del Gabinete del Rey en París, los autores acudieron a las observaciones hechas en Cuba, agregando: “Creemos además haberlo reconocido en un dibujo hecho en La Habana que nos ha sido comunicado por el Sr. Poey bajo el nombre de *berruato*”.⁷ Otras informaciones dudosas sobre peces cubanos, prove-

⁵ Es conocida la anécdota de que Felipe Poey fue invitado por el Barón y la baronesa de Cuvier a una comida de honor a raíz de estos acontecimientos. Carlos de la Torre, en su biografía sobre el naturalista cubano, publicada por el Ateneo de La Habana en el tomo segundo (1942) de *Figuras cubanas de la investigación científica*, páginas 325 y 326, hace mención al hecho, agregando que la distinción con que fue recibido en casa de sus anfitriones jamás fue olvidada por Poey, quien consideró a Cuvier como el genio científico más digno de ser imitado.

⁶ Georges Cuvier y A. Valenciennes: *Histoire Naturelle des poissons*, París, 1829, t. III, p. 480.

⁷ *Ibidem*, t. IV, p. 107.

nientes de la primera *Década ictiológica* y del *Diccionario de historia natural* de Eugenio Desmarest, fueron confrontadas por Cuvier y Valenciennes con los apuntes de Poey, logrando detectar, por ejemplo, que el dibujo representativo de la especie *Umbrina fournieri* era —según los de Poey— una de nuestras corvinas, sólo que en el diccionario clásico se omitían detalles morfológicos tan importantes como la mancha del opérculo y la barbilla de la sínfisis.

“Vuelto a la Habana, en 1833 —escribía al recordar esta etapa de su vida en el “Prólogo“ de la *Ictiología cubana*— reanudé mis primitivas tareas; pero ya preparado con estudios ictiológicos que me permitieron dibujar con más inteligencia y corrección”.⁸ Cinco años después, ahora con los conocimientos científicos adquiridos en Francia, el 4 de abril de 1838, presentaba a la Sociedad Patriótica su proyecto para establecer en la ciudad el gabinete de historia natural.

Al argumentar en su *Memoria* la utilidad de los museos planteaba que debían investigarse, en el caso particular de los peces, todas las especies propensas a transmitir la enfermedad conocida como ciguatera. Transcurridos varios años, en 1843, elaboraba en su obra impresa: “Curso de zoología profesado en la Real Universidad de La Habana”, unas lecciones en forma de cuadros sinópticos cuya confección se basaba, precisamente, en el estudio de los primeros 16 tomos de la *Historia natural de los peces* de Cuvier y Valenciennes.

Armado de la teoría necesaria, cuyos antecedentes los encontró Poey en la obra de los autores franceses Cuvier, Valenciennes y Desmarest, así como también en el libro del portugués Antonio Parra, impreso en Cuba en 1787, *Descripción de diferentes piezas de historia natural las más del ramo marítimo*, y en el *Diccionario provincial casi razonado de voces y frases cubanas* de Esteban Pichardo, donde se distinguían por su nombre vulgar 50 peces cubanos. También la experiencia práctica, que entre otros le transmitieron el agrimensor Tranquilino Sandalio de Noda y sus amigos pescadores Cecilio Jácome y José Ignacio Hernández, en 1849, editó en la publicación seriada habanera *El Artista* la “Revista zoológica de la Isla de Cuba”, título en el cual incluyó su primer opúsculo científico relativo a los peces cubanos.

El artículo está dividido en cuatro partes conexas: generalidades sobre los peces, gastronomía, ciguatera y arribazones. Comenzaba planteando, a manera de introducción, que la clase de los peces, entre todos los vertebrados, era en Cuba la más abundante e importante, si se valoraba como medio de subsistencia; pero era, a la vez, la menos investigada, por lo cual su estudio brindaba un amplio campo, al estar en él reunidas numerosas especies desconocidas y no descritas.

⁸ *Ictiología cubana*, ed. cit. en la nota 4.

En el acápite de generalidades, consideró como una ley admisible de la naturaleza, aunque sujeta a excepción, que cada región conservaba sus propias producciones animales y vegetales, especificando, en el caso de su interés, que los “habitantes del mar”, a pesar de la franca comunicación en que se hallaban, no estaban excluidos de la norma. A estos razonamientos, siguieron otros sobre el color, las formas y las dimensiones de estos vertebrados.

En su opinión, los peces de mares tropicales estaban, en cuanto al colorido, más favorecidos que los de las aguas templadas y frías, porque: “La luz que quita los colores a las obras de arte y a los despojos animales y vegetales, aumenta su intensidad en los seres vivos”;⁹ sin embargo, al referirse a las dimensiones expresó que éstos, al ser comparados con las especies de regiones frías, se quedaban atrás en tamaño.

Entró en otros detalles al tratar las bondades alimentarias de algunos peces. Al explicar por qué se presentaban en un artículo científico pormenores gastronómicos, argumentó:

“Si no fuera una necesidad el alimentarse, si para ello no trabajásemos sin cesar, me hubiera limitado al pasto del alma, a quien satisface más la descripción de costumbres, formas y colores que las cualidades que contentan el sentido del gusto y aplacan una necesidad del cuerpo”.¹⁰

Con esta temática, enlazó sus ideas sobre la enfermedad llamada ciguatera, e hizo un llamado a las autoridades para financiar a escala experimental los estudios necesarios en viveros especialmente acondicionados para este fin, y analizó, en un último acápite, las llamadas “arribazones”; es decir, la afluencia de “peces de lo alto” o de profundidad a zonas costeras o bajas.

Por ser las arribazones, a la par de instructivo, un tema útil a todas las personas dedicadas a las labores pesqueras, Poey señalaba que debía realizarse un verdadero estudio del fenómeno que era tomado en cuenta desde las peculiaridades geográficas de las costas, y las épocas en que a ellas acudían en avalancha los peces, hasta el tiempo de su duración. Insistía en averiguar, además, la incidencia de los elementos climáticos y todo lo relacionado con las especies que se presentan en cada época, especialmente su orden de aparición, tamaño, la madurez sexual de hembras y machos, así como el régimen alimentario y la apariencia exterior.

Algunas de sus observaciones finales sobre el tema fueron, por ejemplo, que las arribazones más numerosas se presentaban en Cuba des-

⁹ Felipe Poey: “Revista zoológica de la isla de Cuba”, *El Artista*, 1849, t. II, p. 126.

¹⁰ *Ibidem*, p. 145.

pués de los primeros vientos del norte, y que era frecuente en este tiempo encontrar un elevado número de los llamados peces de fondo; o que en épocas de lluvia llegaban a las costas los pargos grandes o “lombri-ceros”, así como en los meses de junio y julio la de los “sanjuaneros”. Estos fenómenos, al ser analizados de manera científica, quizás por primera vez en el país, repercutieron en el desarrollo de las pesquerías de plataforma y acrecentaron el prestigio de Poey entre los sencillos trabajadores del mar.

A partir de estos momentos, “pescadores experimentados e instruidos” y “hombres de buena fe”,¹¹ como Cecilio Jácome, Eligio Martínez, los dos del poblado pesquero de Cojímar, y José Ignacio Hernández, del puerto de Cienfuegos, entre otros tantos colaboradores de igual procedencia, enriquecieron con sus conocimientos empíricos la obra científica del ictiólogo cubano. (Véase Apéndice 3.)

Varios años después de elaboradas sus primeras ideas sobre las arribazones, en 1884, Felipe Poey abordaba nuevamente el tema; pero esta vez en el discurso de contestación para la recepción de un catedrático numerario en la Universidad de La Habana.

El futuro profesor de la asignatura de Historia Natural, doctor Juan Vilaró Díaz, exponía en esta oportunidad, ante el claustro general del alto centro docente un estudio titulado “Corrida y arribazón de algunos peces cubanos”. Este informe, acompañado de cuatro tablas con observaciones científicas sobre el pargo, la lisa, la cherna criolla y la biajaiba, incluyó las fechas de sus arribazones y corridas y los desovaderos en los diferentes puntos de las costas, con el objetivo práctico de sentar sobre bases técnicas la industria pesquera del país.¹²

¹¹ Manuscrito de Felipe Poey sobre los pescadores. Se encuentra entre los Papeles de Felipe Poey, en el Archivo del Departamento de Antropología, Facultad de Biología de la Universidad de La Habana.

En este mismo manuscrito aparecen otros nombres, a continuación se relacionan con las notas que lo acompañan:

1. Miguel Arriaga. Muchos años de práctica en el mar y en la venta de la pescadera, hombre veraz.
2. Manuel Muñoz. Aficionado muy inteligente.
3. Franco. Vende, no pesca, medianamente instruido. Boquete.
4. Santos. Pescador instruido según Hernández. Bacuranao.
5. Pepe. Pescador de Banes, poca fe.
6. Monterino. Pescador de Banes, regularmente instruido.
7. Duarte. Vendedor del Boquete, honrado, poca experiencia.
- 8). Lindian. De Cojímar.
9. Guacan. De Cojímar.
10. Pancho Ramos. De Cojímar.
11. Narciso Dulzaida. Aficionado instruido.
12. Pablo Lesmes.

¹² Para que se tenga una idea del nivel que la industria pesquera del país alcanzó en esta época, daremos a continuación algunos datos extraídos del artículo “Comercio de pescado en La Habana”, publicado en la revista *El Museo*, 1883.

Según esta fuente, el negocio de pescado vivo en la capital ascendía a la suma de 15 000 a 16 000 libras diarias, incluyendo en ella el peso de 4 500 a 5 000 libras de cherna traídas desde zonas cercanas a la Florida y Yucatán. Para el comercio de la cherna viva existían

Al reflexionar Poey en su alocución acerca de las concepciones de Vilaró y los méritos de su obra, previó algunos de los derroteros por donde debería transitar la ciencia ictiológica en la resolución de nuevos problemas. El reconocimiento a la actitud de su discípulo, cuando éste manifestó su gratitud ante el apoyo que los pescadores le ofrecieron, quedó expresado en las palabras finales del discurso:

“El Dr. Vilaró ha tenido la feliz idea de ponerse en relación con pescadores experimentados, que enseñan más que los libros; valiosa, como él la llama. No ha desdeñado tomar en su mano pulida las manos callosas del hombre de mar: para la ciencia no hay aristocracia”.¹³

Piscicultura

Uno de los proyectos promovidos en Cuba durante la segunda mitad del siglo XIX fue la cría y reproducción artificial de peces de agua dulce; pero este propósito, salvo en casos muy contados, provenientes siempre de particulares interesados, nunca de autoridades oficiales, no obtuvo el necesario respaldo. Sin embargo, la importancia comercial en ascen-

tres grandes empresas cuyos depósitos estaban situados en Casa Blanca, las cuales disponían de un tren de “cachuchas” capaces de contener vivos 100 toneladas de pescado.

Un total de 19 buques cubanos y 14 norteamericanos realizaban la actividad que surtía de pescado a La Habana.

Existían 34 pequeños viveros para el comercio del pescado conocido como “peje santo”, especie que se capturaba con nasas desde la zona de Mantua en Pinar del Río, hasta los cayos de Sagua.

La pesca de la costa norte dedicada al consumo diario se practicaba con las artes del chinchorro y la nasa; llegaron a capturarse hasta 1 200 y 1 500 libras; en épocas de arribazones ascendía a un total de 2 000 libras. El precio de esta venta al por mayor era de 0, 30 a 0, 40 centavos la libra. El punto más importante del comercio de pescado en la costa sur estaba localizado en Batabanó; allí existían tres grandes compañías propietarias de 150 viveros. El arte de pesca más generalizado para las capturas, en esta zona, fue la nasa. De este punto llegaban a La Habana diariamente 300 arrobas de pescado conservado en hielo.

La pesca de la lisa —especie que reemplazaba al bacalao cuando se consumía salada— se practicaba fundamentalmente en la costa occidental de la Florida. El precio de venta del quintal en La Habana era de \$ 3.00 a \$ 4.00.

Otros renglones de pesca señalados en la publicación fueron los de carne de tortuga y el de las esponjas; pero éstos estaban ceñidos a un comercio más limitado.

¹³ Felipe Poey: “Contestación del Sr. D. Felipe Poey y Aloy”, *Corrida y arribazón de algunos peces cubanos*. Discurso del Sr. D. Juan Vilaró Díaz en el acto de su recepción en el claustro general, como catedrático numerario por oposición de la asignatura de Historia Natural (primero y segundos cursos) de la Universidad de La Habana el 21 de enero de 1884, Imprenta El Adelante, La Habana, 1844, p. 6.

so de esta actividad científico-productiva en el extranjero, fue entonces avizorada por algunos criollos y peninsulares en la Isla, a los cuales llegaban obras afines a la agricultura y sobre sus aplicaciones.

Álvaro Reynoso, desde las páginas de una publicación española titulada: *Los progresos de las ciencias*, mostraba en 1856 su interés por este ramo, al escribir su artículo “Piscicultura. Sobre la cría artificial de los peces de agua dulce para poblar los ríos, lagos y lagunas”. Por su parte, el autor español, doctor en medicina y cirugía, y director general de las Escuelas Profesionales de La Habana, Antonio Blanco Fernández, llamaba la atención sobre el tema al dedicar a este “arte” de criar y reproducir peces todo un capítulo de su libro *Ensayo de zoología agrícola y forestal, sea tratado de los animales útiles y perjudiciales a la agricultura, a los montes y al arbolado*, el cual, aunque editado en Madrid, se vendió en la imprenta y Librería Habanera La Intrépida, en la farmacia del doctor Luis Le Riverend, y en la portería de los padres Escolapios de Guanabacoa.

No se puede afirmar categóricamente que Poey leyera estos escritos; pero sí que estaba enterado, por medio de la bibliografía que su hijo Andrés le remitía desde Francia, de la importancia creciente que en el orden científico y económico iba adquiriendo en el viejo continente la llamada “industria piscícola”.

En una carta escrita en 1856 desde París, Andrés trataba de interesar al hacendado Juan Poey en el asunto de la “producción artificial y aclimatación de un vivero indefinido de peces y sanguijuelas”,¹⁴ y le recomendaba que, para su información, viera la obra que sobre este particular poseía su padre, y que él mismo le había enviado; pero parece que al tío hacendado, ocupado como estaba en la producción azucarera, la idea le resultó poco atractiva, pues en una de las cartas que Andrés dirigiera a su padre, se encuentra la siguiente nota:

“Por último, si ni Juan Poey ni la Junta de Fomento o cualquier otro individuo no quieren entrar en esta empresa, te aconsejo fuertemente que me autorices tus costos para hacer un viaje a Huningue, etc., para visitar y tomar lecciones prácticas sobre la producción artificial de los peces y de las sanguijuelas, con el fin de organizar en pequeño estos [experimentos] en un *bassin* de algún jardín o en las inmediaciones de La Habana en casa de algún particular o en algún jardín del Gobierno”.¹⁵

¹⁴ Felipe Poey: Cuaderno manuscrito, documentos y cartas, en: Instituto de Literatura y Lingüística, Academia de Ciencias de Cuba. (Carta de A. Poey a F. Poey, fechada en París, 1856.)

¹⁵ Poey, Felipe: Cuaderno manuscrito, documentos y cartas en el Instituto de Literatura y Lingüística. (Carta de A. Poey a F. Poey, sin fecha.) Huningue era un establecimiento de piscicultura en Francia, creado a iniciativa del Sr. Coste, profesor de Embríogenia del Colegio de Francia, y dirigido por los ingenieros Berthot y Detzen. Fue uno de los primeros establecimientos de este tipo en los que se practicó con buenos resultados la fecundación artificial.

Era evidente que a Andrés le escaseaba el dinero en Europa, y ante la frialdad con que fue recibido su loable proyecto en Cuba, con el cual pretendía hacer productiva hasta la misma Ciénaga de Zapata, “que no da —según su expresión— producto alguno en el día”,¹⁶ se veía obligado a buscar en su padre —quien gozaba de un gran prestigio científico— el apoyo financiero que con anterioridad había recabado de Juan Poey, uno de los hacendados más ricos del país. Por esto en esa carta, se vio precisado a aclarar:

“Se entiende que haré ese viaje con economía y que no te hago pagar un trabajo, porque los conocimientos que adquiriera en esa parte me serán tal vez útil para ponerme mañana al frente de algún grande establecimiento de piscicultura que pueda establecerse en Cuba. Hasta ahora, no he hecho más que cosechar para sembrar mañana, pero labro en un terreno muy ingrato, que es el de la ciencia, sin embargo, ésta unida a la industria puede producir algo”.¹⁷

El deseado viaje a Huningue probablemente nunca llegó a efectuarlo Andrés, ya que tal y como se le presentaron los acontecimientos, a partir de la aprobación en 1855 de su viejo anhelo, la fundación de un observatorio físico-meteorológico en La Habana, recibió en julio de 1857 la orden de regresar a Cuba, pasando antes por Alemania e Inglaterra. Su lugar de residencia, Francia, también se incluía en el periplo. En estos países debía comprar los instrumentos necesarios para el futuro instituto.

Andrés Poey regresó a Cuba en 1858, y se dedicó a las nuevas tareas organizativas de la actividad meteorológica; al año siguiente tuvo que viajar nuevamente a Europa, en esta oportunidad a España.

En lo que a don Felipe corresponde, sus esfuerzos se encaminaron a indicar cuáles eran las especies fluviales existentes en el país, con las cuales se podían iniciar los trabajos de cría y reproducción artificial. Así propuso la guavina (*Philypnus dormitator*), sobre la cual aconsejó: “Esta es la especie más común en nuestros ríos, y la que más crece, por cuya razón debe llamar la atención de los amigos de la piscicultura”.¹⁸

En otros casos, al no ser las especies oriundas de nuestras aguas interiores como el gurami (*Ospromenus Olfax* con ese nombre científico aparece señalado por Poey), hizo un llamado al gobierno a través de la prensa,¹⁹ para que se preocupara por introducirlos y propagarlos en las lagunas y los ríos del país. Poey conocía que en la Guayana Francesa se habían importado con algún éxito estos peces, cuyo régimen alimen-

¹⁶ *Ibidem*.

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ Felipe Poey: “Revista de los tipos Cuverianos y Valenciennianos correspondientes a los peces de la isla de Cuba”, *Repertorio físico-natural de la isla de Cuba*, ed. cit., t. I, p. 337.

¹⁹ Felipe Poey: “Gurami”, *Revista Habanera*, 1861, t. II, pp. 383-384.

se basaba en plantas acuáticas; él se basaba en la experiencia de Cayena —puerto al cual llegaron vivos setenta y siete individuos de un centenar adquirido— y consideró beneficioso aclimatarlos en Cuba, por ser, además, de fácil cultivo en estanques de agua dulce y ríos. Otro pez que aconsejó propagar en agua dulce fue la mojarra (en Cuba se conocen dos especies de mojarra, *Eucinostomus argenteus*, y *Eucinostomus guea*), pues —según afirmaría— se acostumbraba fácilmente a vivir en este medio, no obstante ser propia de aguas salobres.

Transcurridos algunos años, en 1874, el hacendado Francisco Calderón y Kessel, dueño del potrero Almirante, y uno de los más grandes cosechadores de cítricos en la región occidental del país, se proponía introducir en sus predios dos nuevas especies de peces de agua dulce, la carpa (*Cyprinus carpio*) y la tenca (*Tinca, tinca*), traídas por él desde Europa, especialmente para este fin.

Felipe Poey, al enterarse de las tentativas de su amigo, hizo pública la noticia en la revista habanera *El Genio Científico*:

“Dignos de elogio son los hombres de ciencia que recomiendan, en diversos países, la introducción de peces, principalmente de agua dulce, que ponen al alcance del mayor número de personas un alimento agradable y sano. El Excmo. Sr. D. Francisco Calderón y Kessel ha hecho una cosa mejor: ha traído los peces. Su afición a la zoología aplicada, su viaje, su feliz arribada a nuestro puerto nos proporciona este provecho. El Sr. Calderón se propone aclimatarlos, multiplicarlos y repartirlos a los hacendados y agricultores de la isla de Cuba”.²⁰

Las carpas desafortunadamente murieron en la travesía y no pudieron ser estudiadas por Poey, pero las tencas llegaron vivas a La Habana y aquí pudo el naturalista observarlas en perfecto estado. Su descripción sigue a continuación:

“La tenca tiene corta la aleta dorsal: su primer radio en poco se diferencia de los demás; las escamas son pequeñas, y las barbillas que rodean la boca son muy cortas. El color va con la mayor o menor pureza de las aguas; de ordinario es verde intenso a lo largo del lomo, amarilloso de lado y blanquecino por debajo”.²¹

Agregó otras explicaciones sobre su rápido crecimiento y reproducción y señaló que por permanecer a veces en aguas estancadas su carne adquiriría “sabor a cieno, que le quita gran parte de su estimación”.²²

²⁰ Felipe Poey: “Piscicultura”, *El Genio Científico*, 1874, t. II, año 2, p. 20.

²¹ *Ibidem*.

²² Hoy se conoce que el “sabor a cieno”, del cual hablara el naturalista cubano en su artículo “Piscicultura” (véase referencias 15 y 16), no lo produce el agua estancada, sino la inclusión, en los lípidos de los peces, de una sustancia liposoluble conocida como geosmin, que es un producto de excreción de algunos actinomicetos (hongos) y algas verde azules que viven en el agua dulce.

En el caso de la carpa, recordó, que aunque se le consideraba originaria de Europa, el ictiólogo inglés Albert Gunther, la daba por nativa de Asia, principalmente de China, desde donde había sido trasladada a Japón, la isla de Java y a ciertos puntos de América, conociéndose la especie en Francia con el nombre de carpa del Japón. Al hablar de sus bondades, afirmó que era un pez de carne muy apetecida y de fácil propagación.

Desafortunadamente, son pocos los datos conocidos sobre la empresa iniciada por Calderón y Kessel a mediados del siglo XIX, y no sabemos a ciencia cierta si tuvo el éxito deseado con las tencas que llegaron vivas a La Habana —las mismas que Poey observó— o incluso, si insistió en traer nuevas carpas como era su voluntad. De hecho, sólo podemos agregar que las especies exóticas de las cuales se trata, no fueron notificadas como existentes en los ríos y lagunas de Cuba en varias obras sobre piscicultura que con posterioridad se escribieron en el país, por lo que es posible no llegaron a adaptarse a las condiciones de la isla.

Juan Vilaró, por ejemplo, al estudiar las especies de agua dulce en su libro *Algo sobre peces de Cuba*, impreso en 1893, no las incluyó en sus reportes; y el ingeniero director de montes y minas José Isaac del Corral, al tratar el asunto en un proyecto de 1925 para fomentar la industria piscícola,²³ propuso precisamente a la carpa y a la tenca como peces que podían importarse, aclimatarse y reproducirse artificialmente en los futuros laboratorios piscícolas cubanos.

El manjuarí y otros peces de agua dulce

Entre los peces de agua dulce observados por Poey se encontraba el designado científicamente por él como *Lepidosteus manjuarí* (actualmente *Atractosteus tristoechus*), cuya memoria —en realidad un estudio detallado de la morfología externa e interna de esta especie ganoidea de nuestra fauna fluvial— titulada “El manjuarí” fue motivo del análisis detallado de Carlos de la Torre en su discurso de ingreso a la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana en 1889.

Al exponer De la Torre su tesis “Algunas consideraciones acerca de los manjuaríes”, fijó su atención en los entonces controvertidos criterios acerca de la bóveda craneal de este pez, rectificando las opiniones de su maestro, y las de Luis Agassiz, otro de los estudiosos de esta espe-

²³ El proyecto de José Isaac del Corral se editó como folleto en 1928 por la Secretaría de Agricultura, Comercio y Trabajo, bajo el título de: *Una nueva industria que puede establecerse en Cuba*.

cie arcaica, comprobando, a diferencia de lo sustentado por ellos, que las placas que recubrían exteriormente el cráneo no eran huesos como se decía, sino escamas modificadas, independientes de la masa craneana, la cual realmente se encontraba en el casco osificado situado en la parte posterior de la cabeza.

Poey, quien debía responder a la enmienda de su alumno, pronunció un discurso exento de toda vanidad científica, acorde con los principios éticos manifestados en sus largos años de actividad creadora, y se refirió a Carlos de la Torre, en su nueva condición de miembro de la institución, con las siguientes palabras de bienvenida:

“Mucha satisfacción me ha causado ver de esta suerte rectificada por mi discípulo mi opinión personal y la del profesor Agassiz, en la determinación de seis huesos de la cabeza del manjuarí. El acierto con que aplica a esta cuestión los conocimientos adquiridos en filosofía zoológica, lo ponen tan alto en mi concepto, que no temo ser tachado de adulación diciendo que se ha labrado a sí mismo una corona, donde el coro de los naturalistas inscriba su nombre. ¡Joven atleta, noble soldado de la ciencia, yo, humilde veterano te saludo, y de tú me despido. Sea tu vida larga; sean tus días prósperos; brilla con el astro que nos ilumina; calienta con tus rayos mi tumba fría!”²⁴

Es interesante señalar que en este mismo discurso de ingreso se plantearon otros criterios del naturalista cubano relacionados con los problemas filosóficos de las ciencias naturales. Carlos de la Torre, al comentar las interrogantes que Poey, en 1854, formulara en relación con la curiosa morfología del manjuarí, caracterizada por la estructura romboidal de sus duras escamas, y sus suposiciones de que fuera la especie una de las sobrevivientes de épocas remotas, le dio cierta connotación transformista, conclusión que De la Torre comenta con la exclamación: “¡Sorprendente interpretación transformista, escrita algunos años antes de la exposición del darwinismo!”²⁵

En realidad lo que don Felipe había escrito era que

“[los] ecos antdiluvianos proclamados por el Sr. Agassiz, y las lúcidas notas que cayeron de su docta pluma, han despertado en mí algunas ideas que me han dejado satisfecho acerca de las causas finales que encubrían estos peces y que mi razón no acertaba a demostrar”.²⁶

²⁴ Felipe Poey: Contestación al discurso del Dr. La Torre, *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas Físicas y Naturales de La Habana*, t. XXVI, p. 293. [Sesión del 12 de mayo de 1889].

²⁵ Carlos de la Torre: Algunas consideraciones acerca de los manjuaríes, *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas Físicas y Naturales de La Habana*, 1889, t. XXVI, p. 285.

²⁶ Felipe Poey: “El manjuarí. *Lepidosteus manjuarí*, Poey”, *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*, 1851, t. I, p. 276.

Expresión que lo identificaba, como en efecto en esa época de su vida lo estaba, con posiciones creacionistas. El interés científico suscitado con su estudio sobre los manjuaríes, muchos años antes de ser objeto de la evaluación de Carlos de la Torre, atrajo la atención de José Manuel Mestre, otro intelectual cubano destacado, quien años más tarde defendería el evolucionismo, afirmando —tal vez sin advertir su débil posición intermedia— que “la verdadera ciencia no puede ser materialista ni espiritualista”.²⁷ Mestre, al escribir un artículo crítico acerca de las *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*, tocó el asunto en los términos siguientes:

“[...] más de una vez le vemos [a Poey] apartar la vista del microscopio, abandonar el escalpelo para filosofar con tino sobre los fenómenos que observa, y remontando, y no en alas de Ícaro, por los espacios de las especulaciones en pos de las causas finales”.²⁸

Otras investigaciones de Poey sobre los peces de agua dulce no fueron debatidas en las sesiones de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, como es el caso de los estudios que hiciera sobre los peces ciegos, aunque motivaron la reflexión filosófica. Debido a su importancia científica y comercial, estos trabajos sí acapararon el interés de los lectores.

Dedicó, por ejemplo, al estudio de esos minúsculos pececillos de ríos y estanques, llamados vulgarmente guajacones, una extensa monografía, en la cual describió cuatro nuevas especies con los nombres: *Gambusia punctolata*, *G. punctata*, *Girardinus metallicus* y *Limia cubensis*.²⁹ Su motivación, en este caso, no era sólo la búsqueda de datos científicos acerca de estas especies vivíparas de peces de rápida reproducción, cuyo valor biológico indiscutible ya reconocía el

²⁷ La cita está tomada de Carlos Rafael Rodríguez: “José Manuel Mestre: la filosofía en La Habana”, *Cuadernos de Historia Habanera*, 1938, p. 69, quien a su vez reproduce las palabras de José Manuel Mestre.

²⁸ José Manuel Mestre: *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*, por D. Felipe Poey, *Revista de la Habana*, 1853, t. I, p. 173.

²⁹ Otras descripciones sobre guajacones hechas por Poey pueden leerse en:

Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba, 1856-1858, t. II, p. 308, aparece descrita *Rivulus cylindraceus*.

Anales de la Sociedad Española de Historia Natural, 1880, t. IX, p. 248, se describe *Rivulus marmoratus*.

La descripción del género *Rivulus*, pertenece a Felipe Poey y puede verse en sus *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*, 1856-1858, t. II, p. 307.

³⁰ La importancia científica de este trabajo fue analizada por Luis Howell Rivera en su discurso de recepción como miembro de número de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana el 1º de abril de 1953.

naturalista,³⁰ sino también ordenar la fauna íctica cubana y señalar el placer que el hombre encontraba cuando contemplaba las variadas formas y colores existentes en la naturaleza. En este sentido se admiraba y decía: “Dichoso el que adorna con ellos sus fuentes, sus cristales, y olvida en su compañía los pesares de la vida”.³¹ Con la monografía “Los guajacones”, rectificó el error cometido por el naturalista francés Guichenot, en la obra sobre reptiles y peces de Ramón de la Sagra, cuando clasificó como de agua dulce una especie de agua salada;³² y el aparecido en una de las primeras ediciones del *Diccionario de voces provinciales* de Esteban Pichardo, este autor estaba equivocado en la descripción que hizo de la cola de *Gambusia punctata*, pues publicó las características morfológicas correspondientes al pez conocido comúnmente como dajao (*Agonostomus monticola*).

Un estudio sobre la aleta anal modificada de estos pececillos (guajacones), conjuntamente con otro sobre la estructura de la vejiga natatoria del manjuarí, donde comparó los resultados de los exámenes practicados en especies cubanas con los realizados sobre ejemplares de los Estados Unidos, y con el cual venía a completar algunos detalles inconclusos de sus trabajos anteriores, fue publicado por don Felipe Poey en 1855 en los *Anales del Liceo de Historia Natural de Nueva York* bajo el título de “Observations of Different Points of the Natural History of the Island of Cuba, with reference to the Ichthyology of the United States”.

Al disertar en aquella ocasión sobre los guajacones y su esqueleto sexual, reconocía, en estos términos, la labor desplegada por Poey en este campo de la investigación:

“Nuestro gran naturalista, don Felipe Poey, fue el primero en emplear el carácter gonopoidal como diagnóstico diferencial en los poecilidos, habiendo ilustrado los géneros *Gambusia*, *Girardinus* y *Limia*”.

Luis Howell Rivero: Discurso de recepción como académico de número, el 1º de abril de 1953, *Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, 1953, t. XCI, p. 299.

³¹ Felipe Poey: “Los guajacones. Pececillos de agua dulce”, *Memorias sobre la Historia Natural de la isla de Cuba*, 1851, t. I, p. 375.

³² En la obra de Ramón de la Sagra se describía con el nombre común de mapo a *Gobios soporator*. En la página 21 de la *Historia física-política y natural de la isla de Cuba*, París, 1843, t. IV, se puede leer sobre la especie: “Péscase también en la Martinica, lo que prueba que se halla esparcida por el mar de las Antillas. En esta isla le llaman *Endormeur*. Es pescada chico, y los mayores individuos no exceden de 1 centímetro. No es comestible”. En el *Diccionario de especies marinas* (Editorial Científico-Técnica, La Habana, 1985), de los autores Leonardo Depestre y Eladio Blanco, aparecen tres especies con el nombre vulgar de mapo: mapo guajacón (*Lophogobius cyprinoides*), mapo (*Dormitator maculatus*) y mapo (*Bathygobius soporator*); esta última corresponde, presumiblemente, a la descrita en la obra de La Sagra.

Otros peces de habitat más amplio fueron también objeto de sus estudios e investigaciones. Las notas que escribió sobre la lisa (*Mugil lisa*), especie localizada geográficamente en aguas salobres de esteros, desembocaduras de ríos y lagunas costeras, a bajas y altas salinidades, trascendieron la observación científica. Esta especie, de cuerpo “casi cilíndrico, grandes escamas, cabeza deprimida, ojos cubiertos en gran parte por un velo adiposo”³³ era analizada por Poey en otros de sus apuntes manuscritos, atendiendo a las bondades gastronómicas que pudiera reportar su consumo. Al respecto recetaba:

“Los huevos de lisas se conservan con azúcar y nitro [nitrato de potasa] pulverizados, mezclados cinco partes de mascabado y un litro de nitro, y usando después una cortísima cantidad de sal común. Esta preparación les da un sabor superior —azúcar y nitro y ligeramente salado y ahumado y secado al sol— tendría tanta salida en Europa como los huevos del botarga o mugil del Mediterráneo”.³⁴

³³ Felipe Poey: “Revista zoológica de la isla de Cuba”, ed. cit., p. 81.

³⁴ Carpeta “Diccionario”, con notas sobre gastronomía. Papeles de Felipe Poey en el Archivo del Departamento de Antropología, Facultad de Biología de la Universidad de La Habana.

LOS ESTUDIOS SOBRE LA CIGUATERA



Al envenenamiento producido por la ingestión de pescado esporádicamente tóxico,¹ le dedica Poey gran parte de su atención y de sus investigaciones ictiológicas.

El resultado de sus primeros estudios lo dio a conocer, en 1841, en un artículo sobre el tema, incluido en su *Revista zoológica de la isla de Cuba*, y en 1867, cuando publica en el *Repertorio físico-natural de la isla de Cuba* el trabajo: “Ciguatera. Memoria sobre la enfermedad ocasionada por los peces venenosos”.

Varios fueron los puntos que se propuso, si no esclarecer, por lo menos interpretar en términos científicos, a saber: determinar cuáles eran los peces sospechosos de transmitir al hombre la enfermedad; averiguar seguidamente las causas que ocasionaban la misma en el pez, además de definir los síntomas característicos del mal, para así poder adoptar las precauciones necesarias, e idear, conociendo sus efectos, el método curativo más eficaz.

La propia ortografía de la palabra ciguatera, que designaba la enfermedad, resultó un problema a aclarar. Poey refería que los “literatos de la isla, entre ellos Esteban Pichardo —autor de un *Diccionario de voces y frases cubanas*— solían escribirla con “s” por ser una voz empleada por los indios en tiempos del descubrimiento; pero él, que no tenía la prueba “de que los indios la cecearan”,² como señalaba con iro-

¹ En un reciente artículo que resume el estado actual de las investigaciones sobre la ciguatera: Anderson, D.H. y P.S. Lobel: “The continuing enigma of ciguatera”, *Biological Bulletin*, 1987, vol. CLXXII, pp. 89-107, se admite que esta es una intoxicación causada por peces que ingieren “ciguatoxinas” con su alimento. Aunque no hay todavía una certeza absoluta al respecto, parece ser que estas toxinas son producidos por varios dinoflagelados bentónicos —el primero estudiado desde 1970 fue *Gambierdiscus toxicus*. Al ser ingeridos por peces, la toxina se conserva en éstos y se transmite al hombre que los consume. La ciguatoxina en sí parece ser un ácido graso de cadena larga altamente oxigenada, y está asociada en algunas especies con otras toxinas que, en algunos casos, producen síntomas similares a los de la ciguatera.

² Felipe Poey: “Ciguatera, Memoria sobre la enfermedad ocasionada por los peces venenosos”, ec. cit., p. 1.

nía, prefería utilizar la ortografía del *Diccionario de la Real Academia de la Lengua*, aunque a la hora de designar la enfermedad en el hombre empleara la expresión provincial cubana enciguatado, en vez de “aciguatado”, como proponía la asociación lingüística.

Otra de las razones que lo inclinaron a escribir la palabra ciguatera con “c” tuvo que ver con la ortografía con que se escribía el nombre de un molusco llamada vulgarmente cigua (*Cittariui pica*), cuya ingestión ocasionaba en el hombre ciertos malestares y trastornos estomacales. Las personas que eran afectadas por consumir la cigua se decían ciguatas o enciguatadas; con posterioridad se generalizó la palabra a los casos de indigestión, por así llamarlos, producidos por otros moluscos y por el pescado.

Como conclusión de sus observaciones, dedujo que los peces de por sí no eran animales venenosos, aunque el hecho de que algunos de ellos, ingeridos como alimento, causaran intoxicación, lo indujo a realizar una revisión de las obras de otros especialistas y entendidos en la materia, que de una forma u otra se referían ocasionalmente a las especies venenosas.

Poey analizó con detenimiento los criterios de Antonio Parra —posiblemente el primer autor que escribía en Cuba acerca de la enfermedad—, incluidos en su libro *Descripción de diferentes piezas de historia natural, las más del ramo marítimo*, impresa en 1787; examinó la *Historia general de los peces* de Cuvier y Valenciennes, las investigaciones de Moreau de Jones³ y Richard Hill,⁴ así como los estudios de toxicología del franco-español Mateo Orfila.⁵ También utilizó una lista manuscrita de posibles peces ciguatos, elaborada por Pablo Lesmes, pescador de oficio y alcalde de mar del barrio de San Lázaro, “hombre íntegro y honrado”, al decir de Poey, y llegó a la conclusión de que las “especies” indicadas como venenosas eran unas 69, sólo de peces, pues también otros mariscos (quelonios, crustáceos y moluscos) podían, aparentemente, provocar ocasionales envenenamientos al ser ingeridos.

Poey, sin embargo, redujo a diez las especies de peces propensos a transmitir la enfermedad, incluyendo entre ellos los siguientes: coronada (*Seriola dumerili*), picuda (*Sphyraena barracuda*), jurel (*Caranó latus*), jocú (*Lutjanus jocu*), cebrá amarilla (*Caran bartholomaei*),

³ El trabajo de este autor al cual Poey hace mención fue: “Recherches sur les Poissons toxicophères des Indes occidentales”, *Nouveau Journal de Médecine*, París, 1822, t. XI.

⁴ Consultó el trabajo “Poisonous Fishes”, publicada por este autor en *Journal of Spanish Town*, Jamaica, 1857.

⁵ Para una biografía de Mateo Orfila, acompañada de una antología de sus libros de texto, véase la obra de Rafael Alejo Huertas García: *Orfila, saber y poder médico*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1988.

morena verde (*Gymnothorax funebris*), erizo o puerco espín (*Diodon hystrix*), tambor (*Lagocephalus laevigatus*), diablo (*Ogcocephalus verspetilio*) y jabón (*Rypticus saponaceus*).

Ya en el campo de la etiología de la dolencia, Poey señaló que no todos los peces enciguataban, ni todos los individuos catalogados como ciguatos causaban la muerte a quienes los ingirieran. Aunque el tamaño de los ejemplares no parecía relacionarse con el grado de su toxicidad, Poey advirtió que la mayoría de los peces ciguatos alcanzaban gran tamaño. El habitat, por otra parte, no parecía determinante, pues en un mismo sitio había tantos ejemplares “sospechosos” como sanos, aunque —en términos generales— la patología estaba circunscrita al mar de las Antillas y a otras zonas intertropicales.

Descartó totalmente que ciertos rasgos morfológicos fueran peculiares a los peces afectados; la presencia de la ciguatera no podía determinarse por el tamaño de la cabeza, la abertura bucal o la forma de los dientes,⁶ como pretendían algunos.

Durante el siglo XIX, los conocimientos que se tenían sobre el origen de la ciguatera señalaban posibles estados de envenenamiento o toxicidad del pescado. Se explicaba que la morbilidad provenía, unas veces, de que el pez hubiese comido los frutos de una planta llamada comúnmente manzanilla (*Hippomane mancinella*),⁷ a cierta cantidad del co-

⁶ Sobre esta opinión, Felipe Poey hizo una rectificación importante en: “Ciguatera. Memoria sobre la enfermedad ocasionada por los peces venenosos”, ed. cit., p. 33. Refiriéndose al pez conocido vulgarmente como picuda escribió:

“Algunos creen que la base de los dientes ennegrece en dicho pez [...] está última opinión la da Cuvier como mía en su *Historia de los peces*, t. III, p. 341; pero yo no se la he afirmado; le he referido solamente el modo de pensar de algunos pescadores. Las investigaciones recientes confirman que no hay caracteres morfológicos que identifiquen inequívocamente que un pez ‘está ciguato’. Entre los rasgos que el folklore ha atribuido a los peces enfermos están, entre otros: coloración diferente a los peces normales, sabor agrio de la carne, olor característico, estómagos dilatados, secreción mucosa en las agallas, carne verdosa, etc.” (D. W. Nellis y G. W. Barnard: “Ciguatera. A legal and Social Overview, *Marine Fisheries Review*, 1986, vol. 48, No. 4, pp. 2-5.)

⁷ La opinión sobre los efectos venenosos del llamado manzanillo pudiera atribuirse a José Martín Félix de Arrate, quien en una ocasión escribió:

“[...]en cierta estación del año es preciso no usar de los pargos grandes por el peligro de las ciguateras, que son muy nocivas y se originan de haber comido una fruta llamada manzanilla que tiene calidad tan venenosa que aun después de muerto, cocido y compuesto, el pez ocasiona al que toma su carne, vómitos, evacuaciones y otros accidentes muy temibles [...]

José Martín Félix de Arrate: “Llave del Nuevo Mundo y antemural de las Indias Occidentales, La Habana descriptiva: noticias de su fundación, aumento y estado”, en: Rafael Cowley: *Los tres primeros historiadores de la isla de Cuba*, Edición Rafael Cowley y José Pego, La Habana, 1876, p. 148.

bre existente en los fondos marinos, así como también del que recubría en forma de láminas los cascos de algunos buques. Los moluscos, zoófitos y las plantas marinas que figuraban en la dieta de varias especies, y la indisposición del pez, provocada por factores contaminantes del medio, como la turbulencia de las aguas en las bahías y fondos fangosos, se citaban a veces como causas del mal.

El naturalista, después de valorar y objetar algunas de ellas, que se consideraban como verdades categóricas, entre la que se encontraba la atribuida al fruto del manzanillo, agregó sus propias conclusiones: estimaba que el origen de la enfermedad debía buscarse en las lesiones que algunos helmintos podían ocasionar en las vísceras del animal, en sus necesidades insatisfechas en épocas de reproducción y en la falta de alimentos.

Una vez señaladas las causas que, en su opinión, provocaban la patología, hizo mención de aquellos signos que en el pez se revelaban, aparentemente, como resultado del trastorno funcional.

Entre los indicios mencionados por él se incluían los criterios que los pescadores de más experiencia le comunicaron. Señaló el enflaquecimiento del pez, la poca resistencia al curricán o para desprenderse del anzuelo una vez capturado, y la muerte rápida fuera del agua. Poey estaba tan convencido de la primera de estas observaciones, que llegó hasta recomendar a los consumidores no comer el pescado que a la vista se mostrara flaco, aunque fuera la especie de mayor confianza; reafirmando su parecer recordaba, además, el recurrido refrán cubano que decía “Estando la picuda flaca, el que la come larga el pelo”.⁸

Parece que entre la población de la época se acostumbraba comprobar la toxicidad de un pescado —si este se mostraba sospechoso— dándola primero “a probar” a un animal. A esta práctica, recomendada como precaución ante la incertidumbre, se refería ya Antonio Parra. El doctor en farmacia Cayetano Aguilera, profesor de la asignatura de Química General en la Universidad de La Habana refería a Poey sus experiencias de dar a comer huevas de manjuarí, supuestamente venenosas, a una gallina.⁹

Poey, por su lado, practicó en varias ocasiones y con distintas especies marinas experimentos similares:

⁸ Felipe Poey: “Ciguatera. Memoria sobre la enfermedad ocasionada por los peces venenosos”, ed. cit., p. 11.

⁹ Sobre este particular escribía Poey en “Ciguatera...”, p. 23: “Ya yo sabía por el Sr. Pbro. D. Ramón de la Paz y Morejón que las huevas de este pescado [manjuarí] son venenosas, sin embargo, de ser su carne buena y sana. El Dr. D. Cayetano Aguilera me ha confiado este dato: di a comer las huevas a dos gallinas; las cuales a las dos horas cayeron muertas, como invadidas de estupor o borrachera”.

“El gato es muy aficionado a esta clase de alimento, tanto que es aforismo jocoso que si le pagan un salario en dinero, lo gasta en pescado, por lo que lo come de buena gana, crudo y cocido, y como sus jugos gástricos no han sido creados para digerir la carne de estos animales, sino carne y huesos de ratas y conejos, sienten prontamente los efectos del envenenamiento, se enferman en alto grado y lo manifiestan con quejidos dolorosos que suelen terminar con la muerte”.¹⁰

Otras precauciones que recomendó a los gastrónomos fueron: quitar las vísceras y limpiar bien el pescado antes de comerlo, ponerlo en salmuera con limón y vinagre antes de cocinarlo e ingerirlo; era indispensable procesarlo para el consumo en estado fresco, pues refería —citando a Moquín-Tandon, uno de los autores por él leído— que “se ha dado el caso de que la mitad fresca de un pescado ha sido comida sin novedad, y la otra mitad, comida al otro día, ha dado funestos resultados”.¹¹ Hecho nada extraño si se admitía, con Poey, que la enfermedad de los peces ciguatos tal vez estaba determinada por un principio de descomposición de las sustancias que en la vida sana aparecían íntimamente unidas.

En otra parte de su *Memoria*, al comentar los efectos que la ciguatera causaba en el hombre, afirmaba desconfiar de las descripciones de la enfermedad que daban algunos autores, porque en su criterio, muy pocas habían sido recogidas por facultativos a la cabecera de los enfermos. No obstante ello, Poey se refería a los síntomas que se admitían como más o menos generalizados entre los afectados de esta enfermedad: evacuaciones frecuentes, vómitos acompañados de náuseas con dolores de cabeza y articulaciones, fuertes cólicos, calambres, picazón sobre todo durante el período de convalecencia, y en algunos casos la caída del cabello y de las uñas.

Por último, sin ir más allá de los límites del conocimiento científico y de lo popular, recomendó como método terapéutico el zumo del limón, uno de los remedios más empleados en su época, “acreditado” muchos años antes por el portugués Antonio Parra, quien padeció la enfermedad, y aconsejado igualmente por los pescadores. También prescribió, tal y como lo recetaba el médico Mateo Orfila, un trozo de azúcar con diez a veinticinco gotas de éter sulfúrico.

¹⁰ *Ibidem*, p. 5.

¹¹ *Ibidem*, p. 35.

Las regulaciones pesqueras y la intoxicación conocida por ciguatera

La eficacia de las regulaciones pesqueras que regían en la Isla fue uno de los aspectos que Poey analizó en un artículo publicado en el tomo segundo del *Repertorio físico-natural de la isla de Cuba*, bajo el título de “Policía de la pesca”, el cual ya había anunciado en su estudio acerca de los peces ciguatos, como otro de los asuntos importantes que se desprendían de las investigaciones sobre el tema.

Su opinión favorecía el equilibrio entre la regulación administrativa, y el conocimiento general que la población debía tener sobre los peces propensos a transmitir la enfermedad. Su intención era velar, ante todo, por la salud de los consumidores, sin afectar el desarrollo de la industria pesquera del país.

“No se me oculta —escribía— que del abuso no hay argumento contra el uso, ni de la infracción contra la ley, y que menor número de pescados sospechosos se introducirán con la prohibición que sin ella. Pero ya que el bien público es el fin propuesto, las cosas se han de considerar de otra manera. Mientras que la autoridad tome a su cargo el vigilar por la salud de todos, nadie cuida de sí mismo, ni aprende el vulgo a conocer los pescados ni trata de comerlos con las precauciones que aconseja la prudencia. La prohibición engendra la confianza ciega y el envenenamiento seguro. La economía política nos enseña a cada rato que las leyes prohibitivas producen casi siempre un efecto contrario al que se proponen los legisladores”.¹²

Históricamente, las regulaciones de 1848, 1854 y 1855, esta última en su artículo 103, prohibían comercializar un elevado número de especies. La lista en vigor en ese último año incluía unas veinte especies de peces. El análisis retrospectivo de estas ordenanzas hecha por Poey lo llevó a exponer —en mayo de 1856— una “Memoria sobre la ciguatera y los peces ciguatos” en la Sociedad Económica de Amigos del País. Este trabajo fue valorado favorablemente por el claustro de profesores de la Facultad de Medicina de la Universidad de La Habana, en un informe redactado por el prestigioso galeno Ángel Cowley, muy ejercitada en los trabajos de salud pública por haber formado parte de las Juntas de Sanidad en la ciudad.

En septiembre de 1865, retomaba Poey el tema al solicitar al director de la administración pública que fuera revisada la lista de peces cuya expendio se prohibía y que se redujera su número a la mitad. El expediente confeccionado por las autoridades fue trasladado, para ser discutido en

¹² Felipe Poey: “Policía de la pesca”, *Repertorio físico-natural de la isla de Cuba*, 1866, t. II, p. 63.

ese mismo año, a la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, la cual debía emitir un juicio al respecto, en su condición de órgano de consulta para las cuestiones en las que se precisaban criterios científicos; pero dicha corporación no emitió dictamen alguno sobre este asunto hasta 1875, cuando un grupo de pescadores de la ciudad de Matanzas reclamó al gobierno colonial la modificación de las ordenanzas vigentes desde 1854 para el ramo de la pesca.

Sólo hubo en estos años un intento aislado de discutir la propuesta de Poey. Uno de los miembros de número de la Real Academia, Marcos de Jesús Melero, trató de romper el silencio en el cual, quizás intencionalmente, la institución científica había dejado la petición del naturalista. Melero, por iniciativa propia, elaboró en marzo de 1869 un juicio crítico acerca del trabajo “Memoria sobre la enfermedad ocasionada por los peces venenosos”, impugnación que quedó recogida en el trabajo “Ideas peregrinas”, el cual nunca llegó a publicarse en los *Anales* de la corporación, pues encerraba severas críticas a la obra del ictiólogo cubano.

Cuando Poey escribía la *Memoria* y el trabajo denominado “Policía de la pesca”, pretendía obviamente dar a conocer sus criterios científicos sobre el delicado asunto de los peces ciguatos; pero en su ánimo se hallaba, además, el propósito de liberar a los consumidores de restricciones que estimaba excesivas, y a la vez defender a quienes ganaban su sustento en las faenas de la pesca. Esto no fue pasado por alto en la impugnación de Melero, opuesta a cualquier “mediatización” con fines sociales de los hechos que consideraba estrictamente científicos.

Era evidente la simpatía de Poey por los pescadores, trabajadores que vivían en la mayor pobreza, a quienes llamaba “hombres esforzados y de manos callosas”, que se lanzaban en socorro de los náufragos, con más “garbo que los elegantes en los salones iluminados por el gas y regocijados por la orquesta”.¹³

Estas simpatías las interpretaba Melero como la causa de que Poey fuera “propenso a incurrir en equivocaciones, suposiciones, errores científicos y de apreciación, a pesar de sus 40 años de experiencia”.¹⁴

Sin embargo, tan gratuita acusación no pudo ser adecuadamente sustentada por Melero. Para afirmar que Poey tergiversaba los datos en favor de los pescadores, debía demostrar inequívocamente no que Poey simpatizara con ellos, sino que sus datos eran incorrectos; pero en su trabajo no había nada que intentara siquiera un estudio de las especies en cuestión, y las conclusiones de su impugnación partían del argu-

¹³ Felipe Poey: “Policía de la pesca”, ed. cit., pp. 65-66.

¹⁴ Marcos de Jesús Melero: “Ideas peregrinas”, manuscrito fechado el 2 de marzo de 1866. (Papeles de Marcos de Jesús Melero en el A. H. Museo Finlay.)

mento de que —a falta de conocimientos seguros— era preferible conservar las prohibiciones de expendio tal cual aparecían en las ordenanzas. Melero se manifestó como defensor de la autoridad del gobierno en materias de salud pública, presuntamente amenazadas por los partidarios del *laissez faire*. Al respecto escribía Melero:

“[...] digan lo que quieran los que interpretando erróneamente las sanas doctrinas económicas piensan que la economía política es capaz de negar la intervención de la autoridad para impedir el comercio de artículos de consumo necesarios a la salud [...]”¹⁵

Casi había transcurrido una década entre la refutación de Melero y la constitución oficial de una comisión académica que debía estudiar y realizar experimentalmente las investigaciones sobre la ciguatera y los peces propensos a trasmitirla. El 29 de septiembre de 1875, Poey, Francisco Adolfo Sauvalle, Joaquín Lastres, Fernando González del Valle, Rafael Cowley y el propio Melero eran los miembros propuestos para emprender los estudios y aconsejar al gobierno si procedía hacer la reforma solicitada por los pescadores matanceros. Las investigaciones a escala experimental nunca se hicieron, y aun debían transcurrir cinco años más para que la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana emitiera su veredicto definitivo.

El 1º de mayo de 1880, en sesión ordinaria de trabajo, era leído un informe de Juan Vilaró, el cual coincidía en muchos de los puntos con los trabajos de Poey. Sus propuestas se concretaban a indicar cómo debía quedar redactado el artículo 103 de las Ordenanzas Municipales. Propuso la prohibición de 14 peces¹⁶ de los 20 contenidos en la lista de 1855, y la destrucción de éstos si eran localizados en los mercados públicos, con la consiguiente multa al infractor. Su informe, empero, fue cuestionado por una de los médicos asistentes a la reunión académica en estos términos:

“[...] es muy importante —decía Rafael Cowley—, pero bajo otro punto de vista, no el de la higiene, que reclama observaciones que no existen allí, observaciones recogidas con todas las garantías científicas, toda vez que la opinión de los profanos no es capaz de constituir dictamen académico”.¹⁷

El 14 de julio, después de largas horas de análisis, en las que intervinieron, entre otros, los doctores Carlos J. Finlay, Antonio Mestre,

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ Los peces propuestos por Juan Vilaró fueron: joeté, jurel, tiñosa, cibí amarillo, coronado, y picuda, cuando pasaran de tres libras; aguají, bonací gato, bonací cardenal y cubera, cuando pasaran de seis libras: morena verde, erizo, tamboril, jabón y diablo, en todas sus edades.

¹⁷ “Rectificación a la lista de los peces ciguatos”, *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*, 1880, t. XVII, p. 115.

José Rafael Montalvo, José Pantaleón Machado y el propio Rafael Cowley, la corporación emitía su fallo:

“[...] no habiendo datos científicos suficientes, ni observaciones ni experimentos bastantes para decidir acerca de la naturaleza de la ciguatera y de cuáles sean los peces realmente ciguatos, la Academia no cree que deba por hoy alterarse la lista de dichos peces formada por el Municipio”.¹⁸

Aunque, en efecto, en aquella época la naturaleza de la ciguatera estaba envuelta en la mayor bruma, hay que reconocer hoy la perspicacia científica de Poey y el valor que él le atribuyó a las observaciones realizadas de los propios pescadores. Durante los últimos años del siglo XIX, los conocimientos sobre la intoxicación producida por el llamado “pescado ciguato”, apenas variaron en Cuba. Las investigaciones, a escala de laboratorio, comenzaron en realidad en 1900, con los estudios del destacado bacteriólogo Juan Nicolás Dávalos.

En cuanto a la regulación pesquera se refiere, la prohibición de venta se limitó, en 1921, a cuatro especies de peces: coronado, picúa —de más de tres libras—, jurel y bonací; en 1939 la lista se redujo a una sola: la picúa; y en 1959 se dispuso prohibir la venta y transporte de las especies conocidas como picúa, coronado, bonací gato, tambor y morena prieta. La regulación vigente prohíbe consumir como alimento un total de 10 especies, de las cuales, a juicio de los especialistas,¹⁹ sólo ocho son indudablemente causantes circunstanciales de ciguatera en Cuba. Éstas son: aguají, arigua, bonací gato, tiñosa, coronada de ley, jurel o gallego, picúa (llamada Picuda por Poey) y morena verde. Las subrayadas fueron mencionadas por Poey.

¹⁸ *Ibídem*, p. 121.

¹⁹ Comunicación personal brindada por el licenciado Emilio Valdés quien nos informó la existencia de una Carta Circular (No. 14) con fecha 24 de mayo de 1980 del Ministerio de la Pesca de Cuba, en la cual se regula para el consumo de la población una serie de especies de peces por considerarlas ciguatas.

HISTORIA DE LA *HISTORIA NATURAL DE LOS PECES* DE LA ISLA DE CUBA O ICTIOLOGÍA CUBANA



TRABAJOS PREVIOS

Varios fueron los artículos escritos por Felipe Poey en los cuales aparecen señalados, metodológicamente, los aspectos que tomó en consideración para clasificar, describir y figurar los peces. En unos hace referencias a los términos anatómicos y osteológicos empleados por los clásicos, en otros explicó las modificaciones que él mismo practicó, pues como expresara repetidas veces, sus trabajos no sólo eran dirigidos a los investigadores que hacían de la historia natural su objeto de estudio, sino también a la generalidad de los lectores, mucho de ellos aficionados, en quienes deseaba arraigar el amor a la ciencia.

Para facilitar los estudios ictiológicos, en los primeros trabajos publicados en sus *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*, se vio precisado a dar las explicaciones necesarias sobre los órganos que con mayor frecuencia iban a ser mencionados en los mismos. Insertó, en los dos artículos que escribió a manera de introducción a los peces, un glosario de términos morfológicos y otros detalles explicativos útiles para describirlos.

Para lograr sus objetivos, sin apartarse de la clásica nomenclatura propuesta por Cuvier, una de sus autoridades, introdujo Poey ciertos cambios en las denominaciones creadas por el científico francés. Señaló y nombró algunas estructuras, o sea, modificando por ejemplo, los nombres de las crestas parietales, intermedias y externas dadas por Cuvier a los puntos salientes que estos vertebrados presentan en la parte occipital del cráneo, y las llamó crestas intermedias, parietales y mastoideas respectivamente. Otro tanto hizo al castellanizar varios términos científicos del idioma francés.

“Traduzco del francés las vertebras upsiloidiennes por upsiloideas”, escribió Poey en el tomo I de sus *Memorias*; y más adelante, viendo la necesidad de aclarar aún más la ortografía de esta dudosa palabra señalaba:

“No ignoro que conforme muchas buenas autoridades españolas debiera traducir ipsiloideas; pero está aún en discusión si la letra vigésima del alfabeto griego, se debe pronunciar upsilon u ipsilon, y he querido uniformar el lenguaje, puesto que los franceses escriben con *u*. El *Diccionario de la Academia* no decide la cuestión, pero Domínguez en su *Diccionario nacional* escribe upsilon. Con todo, no puedo menos que decir que los franceses incurren en una contradicción dando dicha letra el sonido de u en el alfabeto, y el de i, o y, en la composición”.¹

Trató sobre el lenguaje científico —una de sus preocupaciones como investigador en historia natural— y no dejó pasar la oportunidad de hacer otra explicación, aclarando que no escribía las palabras griegas en su idioma original, porque las imprentas habaneras carecían de los tipos correspondientes.

En sus artículos sobre sistemática ictiológica descubrió seis nuevas especies de peces del género *Serranus*, palabra derivada del latín *serra* —según Poey—, aplicada correctamente a los miembros de la familia de los Percoideos [con posterioridad este término fue modificado por él en su obra *Ictiología cubana*, allí se lee *Percidae*], por presentar éstos, como característica distintiva, las piezas operculares en forma de sierra. Un gesto de reconocimiento lo tuvo el naturalista en este trabajo, al dedicar una de las nuevas persona de grandes conocimientos prácticos y a quien le debe Poey muchos de los datos sobre los peces de la isla. La especie nombrada científicamente como *Serranus Jácome* fue dibujada por el propio Poey en las láminas que conformaron el Atlas que acompaña la publicación; la impresión litográfica corrió por cuenta de Luis Marquier, de cuyas prensas impresoras años antes había salido el *Atlas de geografía moderna*, confeccionado por Andrés Poey para ser utilizado como complemento al libro sobre geografía escrito por su padre.

Poey nombró la especie *Serranus Jácome* con el nombre vulgar de Jácome; pero esta práctica un tanto generalizada en sus primeros estudios de asignar a los peces que aún no lo tenían un nombre común, fue rectificadada rápidamente por él en el II tomo de las *Memorias*, pues fue censurado por su colaborador español Laureano Pérez Arcas. “Al principio del tomo I —aclaró al respecto el naturalista— dio nombres vulgares marcados con * a varios peces que carecen de denominaciones especiales entre los pescadores: suprimanse todos”.² Años después, en su magna obra *Ictiología cubana*, insistió en enmendar el error:

¹ Felipe Poey: “Segunda introducción a los peces”, *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*, 1851, t. I, p. 48.

² Felipe Poey: “Apéndice”, *Memoria sobre la historia natural de la isla de Cuba*, 1856-1858, t. II, p. 415.

“Advierto que en los primeros pliegos de mis *Memorias*, tuve la idea de crear nombres vulgares para los peces que carecían de ellos; idea desgraciada, pronto atajada por mi amigo Don Laureano Pérez Arcas, catedrático de la Universidad Central de Madrid. Estos nombres son poco más de 12 y deben ser anulados”.³

Entre otros estudios sobre la familia Percoideos, clasificó 10 especies del género *Plectropoma* y en otras familias a 9 especies de individuos vulgarmente llamados pescadores y salmonetes. Los “pescadores” despertaron grandemente su interés y trató de explicar el por qué de la existencia del apéndice en forma de vara flexible —semejante a una lombriz— que éstos poseen encima del radio espinoso anterior y que utilizan para procurarse el alimento. Al comentar este fenómeno mimético, su opinión estuvo a favor de las causas finales: aquí Poey mencionó a Dios como “el supremo hacedor de tantas maravillas”.⁴

En el tomo II de sus *Memorias* insertó el trabajo “Poissons de Cuba” y describió 212 especies de peces de la fauna cubana. Esta obra, a diferencia de otras anteriores sobre peces, la escribió y publicó en francés; él explicó lo siguiente:

“La corta suscripción que he obtenido para la costosa publicación de mis *Memorias* me obliga a dar estas descripciones en una lengua generalmente esparcida, y no desconocida de los españoles que cultivan la literatura y las ciencias [...]”⁵

Esta causa, ajena a su voluntad, fue la razón por la cual Poey redactó su obra en idioma francés. Su trabajo, no obstante estar escrito en una lengua diferente a la vernácula, lo dedicó, a manera de dispensa, a sus amigos pescadores Luis Barreto, Cecilio Jácome, José Ignacio Hernández, Cirilo Dulzaides, Manuel Muñoz, Marcelino de Briñas, y otros que practicaban el oficio en el pueblo de Cojímar, o en el Boquete de La Habana, hombres de poca instrucción, pero de sólidos conocimientos prácticos.

A “Poissons de Cuba” siguió otra obra, “*Conspectus Piscium cubensium*”, en cuya elaboración participó como mentor el conocido ictiólogo Teodoro Gill, autor de un catálogo de los peces de Jamaica. En este “*Conspectus*”, describió Poey más de 600 especies cubanas de peces, distribuidas en 3 subclases, 5 órdenes, 6 subórdenes, 58 familias y 180 géneros; señaló como dato, que de éstas sólo habían sido tratadas

³ Felipe Poey: *Ictiología cubana*, ed. cit., t. I, p. 70.

⁴ Felipe Poey: “Quironectos cubanos. Género de peces llamados vulgarmente pescadores”, *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*, 1851, t. I, p. 216.

⁵ Felipe Poey: “Poissons de Cuba”, *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*, 1856-1858, t. II, p. 115.

con anterioridad a él por distintos especialistas europeos y norteamericanos, un aproximado de 150.

En sus descripciones agregó notas sobre la distribución geográfica; señaló como rasgo notable la de las familias Siluridae y Salmonidae, no representadas en Cuba, pero abundantes en especies en otras regiones marinas. Sobre las notas que incluyó en el acápite “Distribución geográfica”, y otras que escribió acerca de los peces cubanos de agua dulce, explicó, a manera de colofón, que ellas recogían solo hechos, los cuales debían someterse a una rigurosa investigación.

En muchos casos acompañó la sinonimia y las notas críticas, noticias históricas y descripciones con láminas en las que figuraba el pez estudiado. En esta actividad había logrado gran maestría y estaba bien preparado, pues había recibido, en París, las nociones de dibujo que le permitían representar científicamente las especies de peces.

El estilo para realizar sus dibujos, como el mismo Poey reconocía, era el utilizado en la *Osteografía* de Enrique María Ducrotay de Blainville, el naturalista francés que en 1832 reemplazó a Cuvier en la cátedra de anatomía comparada, pero quien años antes, en 1796, había llegado a París con el propósito de estudiar pintura. Con él, Poey debió entablar amistad, y hasta quizás recibir alguna que otra indicación cuando elaboraba sus diseños científicos.

Al confeccionar sus ilustraciones, Poey siempre dibujó el pez del mismo lado; guardó sólo la perspectiva en la cabeza, esto lo hacía con el objetivo de facilitar las comparaciones y de hacer más inteligible la representación de los dientes y otros detalles de interés. Por otra parte, en sus dibujos no fue usual que cubriera todo el cuerpo del pez con escamas, daba únicamente muestra de ellas en los puntos que así lo requerían, fundamentalmente en la cabeza, donde ordinariamente no existen.

Desde luego que Poey no fue un pintor, ni siquiera en el sentido lato de la palabra, y tampoco fue dibujante de profesión, pero sí disfrutó el placer que la pintura le proporcionaba; por ello, al analizar críticamente el porqué de su propio estilo, un tanto esquemático en el trazado de los diseños científicos, tomó en cuenta su gusto estético, e hizo la siguiente aclaración:

“No por eso dejar de representar en otras ocasiones los objetos del modo más pintoresco que me permitan mis aspiraciones dirigidas por la naturaleza”.⁶

Sin dudas, nuestro naturalista también se sintió motivado por esta misma afición cuando comentó la maestría con que el notable paisajista francés y director de la Escuela de Pintura de San Alejandro, Guillermo

⁶ Felipe Poey: “Introducción”, *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*, 1851, t. I, p. 4.

Colson, había representado en un cuadro la naturaleza del valle de Yumurí. A esto se refirió cuando dijo:

“Como hombre entendido, no se sentó al borde del valle, sino más atrás; alcanzando con la vista la mitad más apartada de su extensión. Y como las palmas reales forman un adorno exigido en todo paisaje cubano, acertó representar con ellas el hundimiento del valle; unas ostentaban su gallardo talle por entero, otras se iban sepultando más y más, según la distancia: ya ocultaban el pie, ya medio cuerpo; ya enseñaban solamente la cabeza. Lo demás no pertenecía al primer plano.

”De paso diré que las vistas más afamadas de la isla de Cuba no son las que más apetece a un pintor de paisajes. La más hermosa para el vulgo es la que descubre más lejano horizonte, la mayor extensión de terreno que se mira de lo alto; por ejemplo, la llanura de Güines vista desde la loma de Candela. Los pintores de profesión descienden a los valles para pintar las alturas. Hay monotonía en la extensión plana; hay variedad en los cortes y accidentes de las montañas. Por lo que decía Colson: *tout pays plat est un plat pays*. No me hallo con fuerza para traducir este concepto y apelo a un luchador más robusto.

”El valle de Yumurí, visto desde la cumbre, hace excepciones al anatemático de los pintores; gracias al hundimiento, si se representa como está dicho, y al majestuoso Pan”.⁷

Poey escribió el fragmento anterior cuando regresó de un viaje de exploración y colecta realizado a varios cayos cercanos al litoral de Cárdenas, en Matanzas, a donde se hizo acompañar por otro pintor, el francés Federico Mialhe,⁸ el mismo artista que ilustró con litografías (el almiquí y la jutía) varios de los artículos que aparecen en las *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*.

Como en las *Memorias*, varios fueron los trabajos sobre peces que Poey insertó en su revista *Repertorio físico-natural de la isla de Cuba*. Esta publicación fue dirigida por él con el objetivo capital de nuclear a científicos interesados en las investigaciones sobre las riquezas naturales del país. Desde las páginas del *Repertorio* vieron la luz importantes estudios ictiológicos, algunos de ellos indispensables como complemento al texto de su magna obra *Ictiología cubana*, en ella aparecieron “Revista de los tipos Cuvierianos y Valenciennianos correspondientes a los peces de la isla de Cuba”, donde recogió la revisión que hizo de la obra

⁷ Felipe Poey: “Obras literarias”, ed. cit., pp. 233-234.

⁸ Federico Mialhe, pintor y litógrafo francés, llega a Cuba en el año 1838. En La Habana trabaja para la Imprenta Litográfica de la Real Sociedad Patriótica. Su relación de amistad con Poey hace que ambos participen, en la década de los 50, en una excursión a la cayería norte del litoral matancero. El relato de lo sucedido al visitar cayo Galindo, uno de los puntos del recorrido, lo refiere Don Felipe en la página 241 de sus *Obras literarias*.

de los ictiólogos franceses. En el *Repertorio* publicó también su *Cubensium Genera Piscium*, y señaló, retomando una de sus hipótesis esbozada con anterioridad, que la necesidad de desovar, la abundancia de alimentos, las corrientes marinas y la temperatura de las aguas, eran factores que influían en las llamadas “peregrinaciones” de los peces haciéndolos mantenerse en las cercanías de las costas. El opúsculo “Synopsis Piscium Cubensium” cerró las páginas del *Repertorio* en junio de 1868.

Felipe Poey, al concluir la serie de obras que sobre los peces venía publicando, explicaba:

“En esta *Synopsis catálogo de los peces de la isla de Cuba*, dar la sinonimia más importante, el nombre vulgar, el número de mi colección, los rasgos descriptivos más notables, notas críticas y noticias históricas.

”Espero más tarde dar con el título de *Historia de los peces de la isla de Cuba*, en el orden metódico observado en el catálogo, una descripción extensa del animal, y una sinonimia completa, cerrando el artículo correspondiente cada especie con notas críticas y relación prolija de las costumbres y tamaño, utilidad, etc. Esta es obra que debe ir acompañada de láminas delineadas, y que por su magnitud sale de los límites del presente *Repertorio* [...]”⁹

Así anunciaba Felipe Poey la preparación de su magna obra, la historia misma de su elaboración, como veremos, parece estar ligada, en sus inicios, a la idea de vender el manuscrito, y a los intentos de publicación por parte de algunas instituciones en el país.

⁹ Felipe Poey: “Synopsis Piscium Cubensium”, *Repertorio físico-natural de la isla de Cuba*, 1868, t. II, p. 279.

ELABORACIÓN Y CARACTERÍSTICAS DE LA OBRA. EN TORNO A LA ADQUISICIÓN DEL MANUSCRITO



Tres años después de impreso el segundo y último volumen del *Repertorio*, ya tenía Poey terminada la primera versión del texto de su *Ictiología* y uno de los volúmenes de las ilustraciones, por esto, con fecha 10 de febrero de 1871, redactó un documento con el cual intentaba promover la venta de toda la obra. El contenido de dicho documento, escrito originalmente en francés, se reproduce a continuación:

“Ictiología de la isla de Cuba

”por Felipe Poey

”Profesor de historia natural en La Habana, autor de dos volúmenes titulados *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba* y una *Synopsis Piscium Cubensium*.

”Esta obra comprende un gran volumen de texto y de un Atlas en cinco volúmenes, de los cuales el último trata de los elasmobranquios.

”El texto está escrito en papel español de primera calidad, hecho de lino sin mezcla de algodón, en formato de 320 x 218 milímetros.

”El Atlas está en papel español sin algodón, fuerte y doblado en dos, en un formato de 450 x 324 milímetros. La hoja completa es de doble extensión y si es necesario se le pega a otras para representar mejor los individuos de mayor tamaño; el total puede doblarse para que coincida con el formato original.

”Las ilustraciones son dibujos a líneas con las marcas indicadas suavemente. Los colores, así como todos los detalles que no se notan en las ilustraciones, se describen en el texto. La tinta usada, tanto en el texto como en los dibujos de acuerdo con la receta de [...], publicada en una revista farmacéutica cuyo nombre he olvidado. No contiene hierro y sin embargo siempre está negra. Estas cuatro líneas han sido escritas con la susodicha tinta.

”En esta obra se halla la descripción y la ilustración de 700 especies de peces de La Habana y sus alrededores (siempre en Cuba), dibujados por mí a partir del modelo natural fresco; cerca de 300 fueron descritos y denominados por mí y solo una pequeña cantidad de los mismos ha-

bían aparecido previamente ilustrados. Los tipos de especímenes de mis descripciones son los mismos que se hallan en mi Atlas. De las otras especies, descritas fundamentalmente en la obra de Cuvier y Valenciennes y en el *Catálogo* del Dr. Gunther, apenas podían encontrarse 120 figuradas —aun si se consideran las figuras de Bloch, Parra y Lacépède que dejan mucho que desear. Todos los peces se han dibujado en tamaño natural, a distintas edades y en todas sus variedades. Habrá cerca de 1 200 dibujos de peces, en lo que respecta a sus detalles, en el Atlas se hallaran escalas aumentadas, el esqueleto completo de una gran cantidad de peces —siempre que sea posible uno para cada género— y muchas ilustraciones de las vísceras. Con frecuencia indico en el texto las diferencias de colores después de la muerte y otras condiciones alteradas cuando se conservan en alcoholes o se disecan.

”El texto está en francés, lo he hecho lo más completo posible desde el punto de vista descriptivo, sinonímico, crítico e histórico. Los caracteres de la clase, subclase, orden, suborden, familia y género [de cada especie] se han expresado muy cuidadosamente. He añadido los nombres vulgares.

”Puedo enviar un volumen por año que se pagan cuando sea recibido. De los cinco volúmenes, el primero está a punto de terminarse. Cada volumen cuesta \$ 500.00, y comprende alrededor de 140 especies de peces, representadas por 240 dibujos de peces y de esqueletos completos: de los cuales, una gran cantidad ocuparon una hoja completa (doble tamaño), y a veces dos, tres o más. Cada volumen de ilustraciones ocupa alrededor de 200 páginas. Al calcular un valor monetario razonable para cada volumen, debe considerarse que la sola adquisición de peces en el mercado costara \$ 100.00; el tiempo empleado en dibujarlos y tomar notas para el texto \$ 200.00; el tiempo empleado para editar el Atlas \$ 100.00; el tiempo empleado para editar el texto \$ 500.00; el papel \$ 10.00. Pero esto es solo la parte material, y una obra de esta naturaleza no debe valorarse de esa manera. El tiempo que el autor empleo en estudios preliminares y en infinitas investigaciones para establecer una sólida sinonimia, sumado a sus méritos de composición y ejecución valen bien \$ 140.00. Lo cual hace un valor de \$ 600.00 por cada volumen —por consiguiente \$ 500.00 es un buen negocio.

”Espero que mi manuscrito sea depositado en alguna biblioteca de primera clase donde pueda ser consultada por científicos y citada por los autores que he precedido: no será este el primer caso. Cuvier y Valenciennes nunca dejaron de mencionar los manuscritos y dibujos del Príncipe Mauricio [de Nassau], del Padre Plumier, Commerson, Aubriet, Mocigno, y mis primeros dibujos demasiados defectuosos para ser reproducidos en mi Atlas actual. Mr. Guichenot siempre cita el Atlas de Mr. de la Sagra. Lo mismo ocurre en otras ramas de la historia natural

—como, por ejemplo entre las obras sobre insectos Fabricius cita siempre el manuscrito de Jones.

”Teniendo en cuenta mis ocupaciones en la Universidad de La Habana y mi edad avanzada, no creo poder producir otra edición manuscrita de esta obra después que termine la primera. Sin embargo, me reservo el derecho de hacerlo así. En este caso, reproducía necesariamente la primera edición sin introducir cambios de correcciones ni en el texto ni en el Atlas. Si hallo que hay errores que corregir, cambios que hacer, o especies que añadir, todo ello aparecerá en un suplemento, una copia del cual se enviará gratuitamente a los que hallan adquirido la primera edición”.¹

La noticia sobre la obra *Ictiología cubana* que proyectaba Poey, llegó a España junto con los fascículos del *Repertorio* y los trabajos que éste envió a la Sociedad de Historia Natural de Madrid para ser impresos en los *Anales*. Laureano Pérez Arcas, su asiduo corresponsal, le hizo una propuesta de publicación a finales de 1873. En la carta que le escribió al naturalista cubano interesándose por sus estudios le preguntaba:

“[...] ¿tiene U[sted] ya comprometida su obra? ¿La quiere publicar desde luego en un tomo separado, o la publicará por partes en un periódico? En este último caso, ¿por qué no elige U[sted] los *Anales*? Tendría U[sted] la ventaja de ir publicando por trozos, aprovecharíamos el final de un cuaderno y el principio de otro, por manera que en cada tomo de los *Anales* irían 8 pliegos, o sea, 128 pág.[inas] de la *Ictiología* de U[sted], y al cuarto año, que es cuando según U[sted] piensa principiar la publicación, se encontraría con que tenían ya publicadas 500 pág[inas]. Podría U[sted] hacer la tirada aparte y si las láminas no podrían salir bien aquí mandaríamos los dibujos a París. U[sted] tiene en las cubiertas los precios de las tiradas aparte, y verá que son lo más módicas posibles, pues solo recuenta el papel y la tirada.

”En tal caso podría insertarse un catálogo ictiológico o lista de los peces de Cuba con su sinonimia y nada más. Piense U[sted] acerca de esto y hábleme con franqueza; debe U[sted] tener ya concluidos algunos grupos o tendrá que principiar, y conforme los concluya se podrán ir publicando”.²

¹ El manuscrito original de este documento está depositado en M. C. Z.: archives (archivos del Museo de Zoología Comparada de la Universidad de Harvard, EE.UU.), bm 2227.41.1. Una copia del mismo, y su traducción al inglés nos fue atentamente remitido por el Dr. Michael L. Smith del departamento de Ictiología del Museo Americano de Historia Natural de Nueva York, quien nos informó que este documento había sido enviado por F. Poey a Louis Agassiz. La traducción al español es de Aníbal Pentón.

² Carta de Laureano Pérez Arcas a Felipe Poey, fechada el 13 de octubre de 1873. Papeles de Felipe Poey, en: Archivo del Departamento de Antropología, Facultad de Biología de la Universidad de La Habana.

El tiempo transcurrió y Poey no hizo en sus cartas alusión inmediata a la propuesta que su amigo le hiciera para publicar su obra ictiológica, aunque aceptó sin reparos el ofrecimiento de editar en la revista de la Sociedad trabajos pequeños sobre los peces cubanos.

El silencio debió ser ex profeso, pues tal y como se puede deducir de la correspondencia que Juan C. Gundlach sostuvo con Poey, ya se había gestionado, por mediación del zoólogo Wilhelm Peters, la adquisición del manuscrito para Alemania. La carta en la cual Gundlach le informa de las malogradas diligencias al respecto tiene fecha de 1 de abril de 1872. En ella se transfiere la siguiente noticia.

“Recibí carta del Dr. Peters. Él dice:

”Diga a nuestro mutuo amigo Poey: en varias ocasiones he hablado con las respectivas personas para pedir en unión la compra del manuscrito ictiológico por la Academia nuestra. Pero nuestros esfuerzos han sido infructuosos hasta ahora. Una parte no tiene el interés necesario para esta parte de la zoología, y otra parte se asustó por el precio. ¿No será posible al fin, que Poey publicase la obra misma por suscripciones?

”Yo buscaría un gran número de suscriptores y en Norteamérica y en Inglaterra se encontraría también muchos interesados, bastantes para pagar los gastos de la impresión. Yo mismo siento tanto darle esta noticia que no he podido lograr la compra, que no me atrevo escribirle [yo] mismo sino valerme de U[sted]. Aunque no le conozco personalmente le estimo sobremanera por sus obras, por su correspondencia y por lo que U[sted] me ha dicho”.³

Entretanto, en Cuba, la noticia de que la obra también contendría láminas, fue una de las razones por la cual un dibujante nombrado Carlos Batista se ofreciera para trabajarla. Batista era conservador de un gabinete de historia natural, y al enterarse de los proyectos de Poey, le remitió en 1874 una carta comunicándole lo que sigue:

”Se me ha dicho que actualmente trabaja U[sted] en preparar para la prensa su obra *Ichthyologia cubana*. Recuerdo que en el *Repertorio* publicó U[sted] estas palabras: ‘Esta obra debe ir acompañada de láminas delineadas, etc.’ y suponiendo que para esa parte de su trabajo puede serle útil el concurso de un lápiz dócil, me he atrevido a dirigirme a U[sted] ofreciéndole la poca habilidad que tengo en el dibujo. U[sted] me honrará altamente si tiene a bien aceptar mi ofrecimiento, y la satisfacción de contribuir en algo, la pronta publicación de su obra recompensará sobradamente el trabajo que U[sted] pueda recomendarme”.⁴

³ Carta de Juan Cristóbal Gundlach a Felipe Poey, fechada el 1 de abril de 1872. Papeles de Juan Cristóbal Gundlach, en: A. H. Museo Finlay. Este documento al cual nos referimos es una copia mecanografiada de la señalada carta.

⁴ Carta de Carlos Batista a Felipe Poey, fechada el 18 de febrero de 1874. Papeles de Felipe Poey, en: A. H. Museo Finlay, carpeta 1, documento 10.

Es difícil determinar a ciencia cierta si Poey utilizó o no los servicios que tan espontáneamente le ofreció el dibujante; aunque por el cuidado extremo a la hora de representar gráficamente las especies —uno de los elementos más importantes para las descripciones— nos inclinamos a pensar que fue el propio naturalista quien debió realizar los dibujos. Tan así es que en la copia de la *Ictiología cubana* o *Historia natural de los peces de la isla de Cuba*, enviada a Madrid con la esperanza de su “futura” publicación, agregara don Felipe esta aclaración:

“Recomiendo la corrección al hombre de ciencia a quien se confíe la dirección de la impresión de la obra. Para vigilar la impresión del Atlas es indispensable la dirección de un hombre entendido en ictiología; del contrario, el artista más hábil cometerá adefesios; *v. g.* dibujará mal las escamas, por no haberlos estudiado en el natural, no las hará más ligeras en los cachetes creyendo que no es necesario. Pongo para la dirección toda mi confianza en D. Laureano Pérez Arcas, catedrático de Zoología de la Universidad Central, y bien en el Sr. D. Francisco Martínez Saenz, de la misma Universidad [...]”⁵

Carlos Batista viajó al extranjero, en 1883, en busca de mejores condiciones de vida. Su partida coincidió con la salida, para la exposición colonial de Amsterdam, del manuscrito de la *Ictiología cubana*. Poey tuvo conocimiento del viaje a través de Javier Batista, quien le hizo llegar como regalo la colección de caracoles, el mueble donde ésta se hallaba y otros materiales pertenecientes a su hermano el dibujante.

En 1878, José Antonio Cortina, director de *la Revista de Cuba*, por mediación de Vidal Morales y Morales invitó a Poey a publicar, para los lectores de su revista, una noticia relacionada con su obra.

“Mucho le agradeceremos que cuanto antes nos envíe su artículo relativo a su grande *Ictiología cubana*,⁶ había escrito el 13 de agosto Vidal Morales a Poey; a lo cual, nuestro naturalista respondió insertando en el número del mes de septiembre una breve referencia bajo el título de *Ictiología cubana o historia natural de los peces de la isla de Cuba*.⁷

La noticia contenía la descripción de la obra y en ésta se decía estar compuesta de un tomo grueso en folio y de un Atlas, en folio mayor, de nueve tomos, más un suplemento. Como se observa, entre 1871 y 1878, la obra creció al menos en cuatro tomos y un suplemento. Las figuras

⁵ Tomado del manuscrito inédito de la *Ictiología cubana* o *Historia natural de los peces de la isla de Cuba*, depositado en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid, pp. 1299 y 1300.

⁶ Carta de Vidal Morales y Morales a Felipe Poey, fechada el 13 de agosto de 1878. Papeles de Felipe Poey, en: A. H. Museo Finlay, carpeta 1, documento 49.

⁷ Este artículo de Felipe Poey puede verse en la *Revista de Cuba*, 1878, t. IV, pp. 293-294.

del Atlas —según Poey— se encontraban delineadas con exactitud, indicando ligeramente, “a la pluma”, el lugar de los colores descritos en el texto. Los dibujos hechos en papel de hilo —como explicó su autor— no sufrirían alteraciones con el tiempo porque la tinta utilizada, al ser vegetal, no contenía óxido de hierro.

Los lectores de la *Revista de Cuba* conocieron, además, el número de láminas, unas 1 000, de especies, que fueron 630; y de la cantidad de individuos representados, un total de 1 160.

Después de ofrecer éstos y otros detalles, entre los cuales señaló que la composición de su obra sobre los peces de los mares y aguas interiores de Cuba le había costado “años de estudio, y de trabajos y de desembolsos constantes”,⁸ cerró la información diciendo que, la adquisición de ésta le daría derecho a las corporaciones científicas a obtener como complemento sus otros trabajos ictiológicos impresos. Al mes y medio de publicarse el artículo, en la sesión celebrada el 24 de noviembre de 1878, en la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, se propuso llevar a cabo la adquisición y publicación de la obra.

Uno de los miembros numerarios, el doctor Manuel Vargas Machuca y González del Valle, al fundamentar la propuesta expresó que la ciencia agradecería a la Academia su empeño, y el país no pasaría por el “sonrojo de verse arrancar por manos extrañas un tesoro que le pertenecía”.⁹

Nicolás José Gutiérrez, presidente de la corporación, por la índole del asunto, decidió trasladar la sugerencia de su compañero a la sesión de gobierno. Una vez incluido el punto para discutir en el orden del día, manifestó Gutiérrez la conveniencia de abrir, entre todos los miembros, una suscripción “para que, cualquiera que fuese la cantidad recolectada, tuviesen todos el gusto de figurar en ella”;¹⁰ propuso también nombrar una comisión encargada de esta labor, la cual quedó integrada por Juan Vilaró, Carlos Donosos, Manuel Antonio Aguilera, Felipe Francisco Rodríguez, José Pantalen Machado, y desde luego, quien había elevado la moción, Manuel Vargas Machuca.

Enterado Poey de las intenciones de esa institución —de la cual recordemos era miembro de mérito—, dirigió al secretario general, doc-

⁸ Felipe Poey: “Ictiología cubana o Historia natural de los peces de la isla de Cuba”, *Revista de Cuba*, 1878, t. IV, p. 294.

⁹ Sesión pública ordinaria del 24 de noviembre de 1878. Libro de las Minutas de Actas de la Secretaría de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, en: A. H. Museo Finlay.

¹⁰ Sesión de gobierno del 24 de noviembre de 1878. Libro de las Minutas de Actas de la Secretaría de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, en: A. H. Museo Finlay.

tor Antonio Mestre, una extensa carta fechada en La Habana el 14 de diciembre de 1878, la cual, por la importancia de la información que contiene copiamos íntegramente:

“Sr. Secretario General de la Real Academia de Ciencias.

”Ruego a U[sted] ponga en conocimiento de la Academia que computado los costos necesarios para la publicación de mi *Ictiología cubana*, ascendente próximamente a 36 000 pesos incluida la parte del autor, y tirando 300 ejemplares, me he convencido de que la empresa es difícil, por no decir de imposible realización, porque las obras de esta clase se venden poco; y aun suponiendo que se logre en toda la Isla cien suscriptores que paguen adelantados 200 pesos por un ejemplar, salvo devolver el dinero si la impresión no se lleva efecto, vendríamos a tener un déficit de 16 000 pesos; que en las circunstancias actuales no espero obtener del gobierno de la nación, que tanto ha favorecido a D. Ramón de la Sagra en tiempos de menores estrecheces.

”Con este convencimiento no quisiera echar mi nombre al público, como un hombre que se lanza a la victoria y se retira después de vencido y derrotado.

”Aquí viene bien un dicho muy conocido: ‘Del Capitolio a la Roca Tarpeya no hay más que un paso’. La victoria se hace más difícil de alcanzar, porque no puedo determinarme a usar ciertas armas, por más que sean de práctica corriente; y son las que se enderezan no diré al pecho sino al bolsillo de mis amigos, perdóneseme esta expresión trivial. Desde luego, declaro que no acepto por suscriptores los que procedan movidos por un impulso de amistad: a no ser que sus recursos pecuniarios les permita estimar en tanto una onza de oro como un óbolo de Atenas.

”Comprenderá U[sted], señor Secretario, que me ha sido sensible la noticia de que por acuerdo de nuestra Academia de Ciencias se tienda la mano a los dignísimos vocales que la componen, ejerciendo una fuerza moral sobre mis mejores amigos. Deseo evitar toda presión, incluida la que en este caso pudieran ejercer los gobernantes sobre los gobernados. Acuerdos semejantes se han prohibido hace años a petición mía, en la Real Sociedad Económica de La Habana; testigo D. Marcos de J. Melero, que presente estaba. ¿Cómo es posible que yo los acepte ahora?

”La Academia de Ciencias quedará admirada, escandalizada tal vez, de tamaña ingratitud de mi parte. ¡Ella que espontáneamente hace ya tanto por mí, tener yo la temeridad de tacharla! Bien puede estar segura la Academia, Señor Secretario, que si en esto voy en contra, es en medio de una efusión de agradecimiento que no se borrará mientras viva”.¹¹

¹¹ Carta de Felipe Poey al doctor Antonio Mestre, fechada el 14 de diciembre de 1878. Papeles de Felipe Poey, en: A. H. Museo Finlay.

El doctor Mestre recibió la carta, y en la sesión del 15 de diciembre le dio pública lectura. Enterados los académicos del contenido de la misiva, y después de haber realizado el secretario general una explicación del contenido de la *Ictiología*, donde señaló que ésta incluía 1 270 individuos y las descripciones de 670 especies, recordó a los asistentes el acuerdo de la reunión anterior, referente a las gestiones de impresión.

Varios fueron los académicos que, no obstante conocer el parecer del naturalista respecto a la impresión de su *Ictiología*, manifestaron en esa sesión una opinión a favor de la publicación.

El doctor Joaquín F. Lastres y Ruiz propuso dirigirse al gobierno en nombre de la institución, como se había hecho en la península con la obra del impresor español Manuel Rivadeneyra, pues en el caso discutido no se trataba de “una cuestión puramente provincial, sino de honra nacional”.¹²

Por su parte, el doctor José Rafael Montalvo y Covarrubia expuso el criterio de que, en lugar del Estado, fuesen “para mayor gloria” las corporaciones populares de la Isla quienes contribuyeran a costear la obra.

Felipe Francisco Rodríguez señaló, como miembro de la Comisión, que ésta tendría presente las opiniones de los doctores Lastres y Montalvo, pero que aun no correspondía a la Academia tomar resolución alguna.

Juan Vilaró intervino para decir que Felipe Poey le había demostrado un gran empeño porque los originales pertenecieran a la Real Academia, institución a la cual pensaba dedicarlos. Vilaró también se refirió al auxilio que el gobierno de la metrópoli dio en otros tiempos a Ramón de La Sagra para imprimir su *Historia física política y natural de la isla de Cuba*, “apoyo que dio aún cuando se trataba de una obra que no era suya, sino traducida de otros autores”.¹³

Marcos de Jesús Melero, con el objetivo de “no gastar el tiempo en una discusión inútil”,¹⁴ puesto que existía una comisión *ad hoc*, propuso remitirle a ésta la carta de Poey y las opiniones manifestadas por todos sus colegas académicos.

Después de estas intervenciones, la comisión constituida con el fin de tratar el asunto de la publicación de la *Ictiología cubana* no volvió a reunirse, o al menos, no existe información alguna de los trámites que

¹² Sesión pública ordinaria del 15 de diciembre de 1878. Libro de las Minutas de Actas de la Secretaría de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, en: A. H. Museo Finlay.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ *Ibidem*.

ésta debió realizar en las actas de las reuniones de la Real Academia. Años después se volvió a tocar el asunto superficialmente, cuando en la sesión de gobierno del 10 de diciembre de 1882, los doctores José Rafael Montalvo y Juan Orús notificaron:

“[...] por iniciativa del socio numerario Sr. Sáenz Yáñez, S[ecretario] de la Subcomision de Cuba, e intervención del L[icenciado] D. José Ma. Gálvez, Director de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, el Gobierno G[eneral] de la Isla había pedido al supremo de la nación la cantidad necesaria para adquirir la obra de *Ictiología* de don Felipe Poey y enviarla a la exposición de Amsterdam”.¹⁵

Mientras en la Real Academia se hacían oír las propuestas de sus miembros a favor de la publicación de la *Ictiología cubana*, en la Sociedad Antropológica de la isla de Cuba, institución de la cual Poey había sido presidente fundador,¹⁶ otras similares se escuchaban. La moción tuvo lugar en dicha Sociedad en la sesión del 1 de diciembre de 1878, y fue el doctor Eduardo Pla quien en esa ocasión elevó la proposición.

El doctor Pla se manifestó a favor de la publicación alegando que la cooperación de la Sociedad Antropológica ayudaría a levantar un “verdadero monumento científico” que daría gloria a Cuba e inmortalizaría “al más ilustre de sus socios”;¹⁷ agregando también su preocupación en relación con el hecho de que Felipe Poey, por lo costoso de la tipografía en el país, no pudiera, por sí solo, darla a la imprenta. De no tomar tal decisión, alertaba Pla, se podía correr el riesgo de que la *Ictiología cubana* fuera publicada en el extranjero.

Luego de algunas intervenciones se decidió, por unanimidad de votos, nombrar una Comisión, la cual, junto con la Real Academia, se encargaría de reunir por suscripción los fondos necesarios para hacer una tirada de lujo, de tan importante obra científica.

¹⁵ Sesión de gobierno del 10 de diciembre de 1882. Libro de Actas de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, correspondiente al año 1882, en: A. H. Museo Finlay.

¹⁶ Felipe Poey fue propuesto como miembro de número de la Sociedad Antropológica de la isla de Cuba el 4 de septiembre de 1877, y elegido como su presidente el 16 del mismo mes y año. El 14 de septiembre de 1878, el secretario general Antonio Mestre expuso a la junta de gobierno reunida ese día, con motivo de las renovaciones de los cargos de la sociedad, que Poey le había manifestado lo reemplazaran de sus funciones directivas ya “que se hallaba realmente imposibilitado de continuar con la Presidencia a causa de su edad avanzada, de sus repetidos achaques, y de que todo el tiempo le parece poco para terminar su obra *Ictiología cubana*”. *Actas Sociedad Antropológica de la isla de Cuba*, compilación, prólogo e índices por Manuel Rivero de la Calle, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana, 1966, p. 63.

¹⁷ Sociedad Antropológica, oficio del Dr. Eduardo Pla, *Gaceta Médica de la Habana*, 1879, año 1, no. 3, p. 39.

Igual disposición respecto a la obra de Poey manifestó tener la redacción de la *Crónica Médico Quirúrgica de La Habana*, revista fundada en 1875 por el médico oftalmólogo Juan Santos Fernández y Hernández, el órgano oficial de la Sociedad Antropológica de la isla de Cuba desde agosto de 1877. La *Crónica* resumió los criterios manejados en la Real Academia y en la Sociedad Antropológica en el artículo titulado “Ictiología cubana”, en éste, a continuación de la descripción del manuscrito se expresaba:

”[...] la obra de nuestro sabio naturalista es de aquellas que dan gloria no solo a quien las lleva a feliz término, sino también al país en que se publican, en este concepto, nosotros, amantes de las ciencias y más amantes de las glorias de nuestra patria, no podemos permanecer indiferentes a la terminación de una obra que se ha de aplaudir por do quiera que la civilización extienda sus refulgentes resplandores [...]

”[...] La Universidad, la Real Academia de Ciencias, la Sociedad Económica y la Sociedad Antropológica, que se honran con tener en su seno al sabio Poey, deben tomar la iniciativa en el medio que proponemos; la prensa de la capital y de la Isla le corresponde dar vida al pensamiento, seguros de que si la obra se llegara a realizar como desearíamos y como ha pensado su autor, nuestro orgullo se verá satisfecho y cesarán de echarnos al rostro, que nada hemos hecho en pro de la ciencia y de su adelantamiento”.¹⁸

La redacción de la revista concluyó su artículo con una exhortación a las antes aludidas instituciones, para que, sumándose a la lista encabezada por ella, con el abono de \$ 25. 00 (oro) ayudaran a sufragar el costo de publicación, el cual, como aseguraba, “no tardaría en verse cubierto por los que amen de corazón el progreso de la patria”.¹⁹

¹⁸ “Ictiología cubana”, *Crónica Médico Quirúrgica de la Habana*, 1878, t. IV, pp. 523-524.

¹⁹ *Ibidem*.

LA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE AMSTERDAM Y EL DESTINO ULTERIOR DE LA ICTIOLOGÍA CUBANA



A mediados del año 1882 se comenzaron a dar en las llamadas provincias españolas de Ultramar los primeros pasos organizativos para la participación en la Exposición Internacional Colonial y de Exportación General que tendría lugar, entre mayo y octubre de 1883, en la ciudad holandesa de Amsterdam.

El objetivo principal del evento —primero de su tipo a celebrarse en el mundo—, según el programa y reglamento, era favorecer los intereses de los Estados colonizadores, mediante la competencia de los diferentes productos agrícolas e industriales de las colonias, así como también, exponer los logros alcanzados en las diferentes ramas del comercio, las ciencias y las artes. En Cuba, Puerto Rico y Filipinas, como era de esperarse, quedaron constituidas, a instancias del gobierno metropolitano, las subcomisiones encargadas de llevar a cabo las coordinaciones necesarias.

La subcomisión cubana, integrada por personalidades del gobierno y de los diferentes establecimientos educacionales, científicos y socioeconómicos de la isla,¹ llevó entre sus proposiciones, a los organi-

¹ La Subcomisión cubana estuvo integrada por un presidente, cargo que ocupó el Gobernador General de la isla, Luis Prendergast, Marqués de las Tunas; el de vicepresidente lo representó el Gobernador civil de la Provincia de La Habana, Mariscal de Campo Tomás de Reyna; y por varios vocales: Pedro Balboa, Marqués de Balboa y Alcalde Municipal de La Habana; Francisco Feliciano Ibáñez, Conde de Galarza; Julian Álvarez, Leonardo de Tejada, Inspector General de Obras Públicas, Jefe Superior de Administración; Francisco de P. Portuondo, Inspector General de Montes, Jefe Superior de Administración; Fernando González del Valle, Rector de la Real Universidad de La Habana; Nicolás J. Gutiérrez, Presidente de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana; Pedro Salterain, Inspector General de Minas, Jefe de Administración de 1.ª clase; Salvador Guerrero, Inspector General de Telégrafos, Jefe de Administración de 2.ª clase; Pastor de Elizalde, Síndico primero del Ayuntamiento de La Habana; Coronel Federico de Molins, Director de la Maestranza de Artillería; José Ma. Gálvez, Director de la Real Sociedad Económica de la Habana; Miguel Melero, director de la Academia de Pintura de San Alejandro; José López Trigo, Director de la Escuela Profesional; Felipe Poey, Decano de la Facultad de Ciencias de la Real Universidad de la Habana; José García

zadores peninsulares, participar en la Exposición,² con la obra manuscrita *Ictiología cubana*.

Al tomar la subcomisión esta decisión, lo hizo con el propósito de que ese sería “el medio mejor de dar a conocer los adelantos de las ciencias naturales en la gran Antilla”;³ este criterio, expuesto en el diario *Gaceta de la Habana* el viernes 9 de enero de 1883, formó parte de la información que la prensa oficial debía dar a los lectores sobre las reuniones celebradas en Madrid, desde finales de 1882, bajo la presidencia del señor Rodríguez Correa. Otras de las ideas implícitas en el artículo dejó entrever la posibilidad de lograr, a partir de las gestiones de la subcomisión cubana con la comisión española que, a través del gobierno se adquiriese la obra por la cual ya habían mostrado interés, pero sin éxito alguno, varias de las más importantes instituciones en la Isla.

Ya finalizaba el año 1882, y la Sociedad Económica de Amigos del País, tal vez previendo la oportunidad de adquirir el manuscrito ictiológico por las vías del Ministerio de Ultramar, pues se manejaba por los miembros de la subcomisión cubana la posibilidad de que el gobierno, con vistas a participar en el evento, auxiliara a los centros y corporaciones oficiales, con una cifra en dinero calculada alrededor de

Barbón, Director del Banco de J. Barbón y Cía.; Rafael Pérez Santamaría, comerciante; y Adolfo Sáenz Yáñez, Arquitecto del Estado, Jefe de Administración de 2ª clase, quien fue el Secretario de la subcomisión cubana.

(La presente lista fue tomada de: Exposición Colonial de Amsterdam (1883), Sociedad Económica de Amigos del País. Documentos relativos a la subcomisión de Cuba para la Exposición. Fondos manuscritos de la Biblioteca Nacional “José Martí”).

² La Exposición Colonial de Amsterdam, además de tener un amplio programa competitivo para los productos industriales, agrícolas, y en lo referente al desarrollo del comercio, las ciencias y las artes, contó con otro el cual, como parte de las propuestas de la asociación holandesa para el progreso de las ciencias médicas, centró sus objetivos en promover el aumento de los conocimientos en esta rama particular; y en el mejoramiento del estado sanitario de las colonias y sus llamadas posesiones ultramarinas.

El médico Carlos J. Finlay, vocal por la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana en la subcomisión cubana, al explicar la importancia que para esta institución representaba participar en la Exposición, en la sesión pública ordinaria celebrada el 26 de noviembre de 1882, expuso:

“[...] Esta representación se hace tanto más deseable cuanto que la quinta división de la exposición estará consagrada a conferencias y reuniones científicas sobre la enseñanza, las artes, las ciencias, la higiene, etc.; en las cuales podría figurar muy dignamente la Academia de Ciencias de La Habana, en vista de los grandes intereses internacionales y comerciales relacionados con nuestra higiene insular, y de la competencia que en estos asuntos han manifestado algunos de nuestros colegas”. (Sesión pública ordinaria del 26 de noviembre de 1882, en: *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*, t. XIX, pp. 309-311.)

³ Exposición de Amsterdam, *Gaceta de la Habana*, viernes 9 de enero de 1883.

los \$ 5 000⁴ mostró su interés por la obra, y comenzó a hacer, en este sentido, las gestiones de su compra.

Consta en el acta de la junta de la Sociedad Económica, celebrada el 2 de diciembre, la propuesta para comprar el manuscrito de la *Ictiología cubana*, la descripción de su contenido, y la elección de una comisión, la cual, al igual que se había planteado en la Real Academia años antes, se ocuparía de estudiar los medios idóneos para adquirirla.

Juan Vilaró se encargó de hacer la propuesta, e integró la Comisión compuesta además por Antonio E. Ecay, Leopoldo Berriel, A. Mesa Domínguez, y Vidal Morales. Vilaró dio a conocer entre los “Amigos” el contenido del trabajo de Poey, y manifestó tener la certeza de que otras instituciones extranjeras como la Smithsonian de Estados Unidos y la Real Sociedad Zoológica inglesa, se mostrarían interesados en comprarlo. En su opinión, estas instituciones la hallarían útil, pues estaban representados en ella los peces de las Antillas.

Pocos días después, en la junta general del 13 de diciembre, el secretario de la Sociedad Económica, José Bruzón, dio lectura a una comunicación del mes en curso firmada por el vicepresidente de la subcomisión cubana para la Exposición de Amsterdam y Gobernador civil de la Provincia de La Habana, el Mariscal de Campo Tomas de Reyna; en dicha comunicación se decía:

“La subcomisión de Cuba para la exposición de Amsterdam, en sesión extraordinaria, celebrada el día de la fecha, con asistencia de representantes de la prensa de esta capital, ha acordado por unanimidad,

⁴ En el Archivo Nacional de Cuba, fondo: Donativos y Remisiones, legajo 459, número 19, existe una comunicación dirigida al doctor Antonio Mestre, secretario general de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, por la cual el representante de esa institución, en la subcomisión cubana para la exposición de Amsterdam, doctor Carlos J. Finlay, le comunica el 3 de diciembre de 1882, lo que sigue:

“En contestación al atento oficio de U[sted], fecha del 30 de noviembre, tengo el gusto de manifestarle que el Sr. Vocal Secretario de la subcomisión de Cuba para la Exposición de Amsterdam, consultado sobre el particular, me comunica, con fecha de ayer, lo siguiente: que la subcomisión ha hecho una consulta al Ministerio de Ultramar, por conducto del Gobernador General, para saber a ciencia cierta la cantidad con que puede auxiliar a los centros y corporaciones oficiales; pues si bien calculamos que la cifra de dicha cantidad sea la de 5 000 pesos que figura para el expresado objeto, en el proyecto que la subcomisión presentó en junio último y se remitió a Madrid para su adopción hemos acordado no considerarnos autorizados para invertirla hasta tanto que sea evacuada la consulta, lo que no se hará esperar ya muchos días.

”Entretanto será muy conveniente que la Real Academia fijase la suma que necesita a fin de dar conocimiento de ella a la subcomisión y tenerla acordada desde luego para cuando llegue el momento de hacer la distribución de fondos con arreglo a las instrucciones que dicte el gobierno de S[u] M[ajestad].

”Carlos J. Finlay”.

en vista de una moción verbal presentada por el Sr. vocal Secretario D. Adolfo Sáenz Yáñez que se dirija a V[uestra] S.[eñoría] I.[lustrísima], atenta invitación para que a nombre de esa Real Sociedad Económica, de su digna presidencia eleve al Ex[celentísimo] Sr. Gobernador General la proposición de que se adquiriera por cuenta del Estado la obra intitulada *Ictiología cubana*, inédita aún, compuesta por el Sr. Decano de la Facultad de Ciencias de la Real Universidad de La Habana y sabio naturalista D. Felipe Poey, a fin de remitirla en original a la exposición, como muestra del cultivo de las ciencias naturales en la Isla.- Al comunicar a V[uestra] S.[eñoría] I.[lustrísima] el indicado acuerdo que en mi concepto es tan honroso para la ‘subcomisión’ como para el eminente y modesto profesor de que se trata, me complazco en expresar a V[uestra] S.[eñoría] I.[lustrísima] mi creencia de que el proyecto alcanzará el valioso apoyo del Ex[celentísimo] Sr. Gobernador General y la más benévola acogida del Gobierno de S.[u] M.[ajestad]; siendo además de suponer que dicha obra, hija de largos años de trabajos, está llamada cual ninguna otra a contribuir a nuestro buen nombre nacional en el certamen”.⁵

Concluida la lectura, Juan Vilaró, Antonio E. Ecay y Juan González hicieron uso de la palabra para coincidir finalmente en los planteamientos de que fuera la Sociedad Económica la que tomara la iniciativa, y adquiriera e imprimiera la obra. Adolfo Sáenz Yáñez, respaldado por su doble condición de miembro de la Sociedad y secretario vocal de la subcomisión de Cuba, expresó su seguridad de que el gobierno general de la isla resolvería favorablemente el asunto.

Luego de discutirse cada una de las mociones, la opinión de Yáñez prevaleció al inclinarse a su favor el presidente de la institución, José María Gálvez. Gálvez tenía el criterio de no perder la oportunidad brindada por la subcomisión de adquirir, con fondos del Gobierno, la propiedad de la obra; no obstante el acuerdo, agregó que posteriormente se podría poner en ejecución la propuesta hecha por González, de arbitrar recursos por medio de suscripciones, a fin de proceder a la publicación. Finalizó el presidente sus palabras proponiendo que se crease una comisión encabezada por González, la cual, “Sin levantar mano”, se ocupara en el particular.

La revista capitalina *El Museo*, especializada en temas literarios, artísticos y científicos, al tanto de los acontecimientos ocurridos en la Sociedad Económica de Amigos del País, dio por sentado la participa-

⁵ Junta General del 13 de diciembre de 1882. Real Sociedad Económica de Amigos del País de la Habana, en: *Memorias de la Real Sociedad Económica de Amigos del País*, 1882, Serie IX, tomo IV, pp. 3-4. El manuscrito original puede verse también en: Archivo Nacional, fondo: Asuntos Políticos, legajo 77, No. 24.

ción de la obra de Poey en la exposición, y con un artículo impreso en diciembre, en cuyo encabezamiento se leía: “La obra monumental del Sr. Poey, cuya adquisición y exhibición en Amsterdam es ya cosa segura, se llama *Ictiología cubana. Historia natural de los peces de la isla de Cuba*”,⁶ hacía pública la noticia.

Unos días después de darse a conocer la noticia, Felipe Poey recibía una carta del arquitecto Adolfo Sáenz Yáñez en la que éste le comunicaba:

“Mi distinguido y respetable amigo: El mismo día q[ue] se tuvo aquí la noticia de la crisis ministerial, estuve hablando con el General acerca de la moción para q[ue] se adquiriera por el Gobierno la obra de U[sted], y él, espontáneamente, manifestó el más vivo deseo de q[ue] llegara la resolución del Ministerio.

”En cuanto ésta llegue, le comunicaré a U[sted] sin pérdida del momento.

”U[sted] en ningún caso debe desprenderse de la obra si no le entregan la exigua suma convenida”.⁷

La advertencia hecha a Poey, de no deshacerse de su *Ictiología*, sin antes recibir el dinero conveniado, estaba plenamente justificada, pues desde hacía varios días, la comisión organizadora en Cuba para la exposición internacional había elevado a Madrid —a través de la autoridad del Capitán General— un expediente completo referido a dicha obra. Poey conocía personalmente de estas gestiones, y así se lo hizo saber a su asiduo corresponsal en la península, Laureano Pérez Arcas:

“El 15 del mes de dic[iembre] fue a Madrid un expediente bien informado por la Subcomisión de Cuba para Amsterdam. Y por el Gob[ernador] General, pidiendo al Ministro que adquiriese mi obra de peces de Cuba (el Atlas es de 10 tomos de doble folio y 1 040 láminas de todos tamaños delineados, sacados por mí del natural) en \$4 000.00; p[ara] enviarla a la exposición; y después a Madrid o a la Soc[iedad] Eco[nómica] de La Habana. La respuesta se pidió por telegrama: parece que la crisis ministerial no ha permitido ocuparse en este asunto. Por otra parte, la Socied[ad] Econó[mica] se mueve p[ara] que la obra no salga de la Haba[na] pero *operibum credite non verbis*.⁸ Oro o plata es la mejor razón”.⁹

⁶ Anónimo: “Sobre ictiología cubana”, *El Museo*, 17 de diciembre de 1882, Vol. I, No. 3, pp. 17-18.

⁷ Carta de Adolfo Sáenz Yáñez a Felipe Poey fechada el 27 de enero de 1883. (Tiene membrete de la subcomisión de Cuba para la exposición de Amsterdam.) Papeles de Felipe Poey, en: A. H. Museo Finlay, carpeta 1, documento 76.

⁸ Cree en las obras y no en las palabras.

⁹ Carta de Felipe Poey a Laureano Pérez Arcas, fechada el 25 de enero de 1883. Correspondencia de Felipe Poey a Pérez Arcas, en: A. H. H. N. Madrid.

La crisis ministerial debió influir tremendamente en la demora de los trámites, ya que, a mediados de febrero, Poey aún no había recibido respuesta alguna de la metrópoli. Esto lo dejó entrever en una carta fechada el día 15 del propio mes enviada a Pérez Arcas:

“Mi estimado amigo.

”Tengo el gusto de remitirle por este correo un ejemplar (un No.) del *Diario de la Marina* en que he firmado un artículo que da a conocer lo que es mi *Ictiología cubana* [...] la cual de un día a otro estamos esperando que el Gobierno de Madrid la compre para remitirla a Amsterdam. Y como lo hará con fondos del Estado, es probable que la obra vuelva a Madrid, ya sea para conservarla U[stedes] ya p[ara] imprimirla [...]”¹⁰

El artículo aludido en la carta se publicó el 11 de febrero de 1883 en el *Diario de la Marina*. Contenía varias notas del prólogo de la *Ictiología cubana*, acompañadas por una introducción elaborada por la redacción del periódico, en la cual se expresaba:

“Nuestros lectores recordaran que el Sr. Poey, rechazando cuantos ofrecimientos se han hecho del extranjero para la adquisición de esa obra, la cede por una módica cantidad al gobierno de la nación, que no dudamos la aceptará”.¹¹

Pero, si por la redacción del *Diario de la Marina* se manejaba, como se desprende del párrafo antes citado, la idea de que el naturalista cubano había rechazado proposiciones del extranjero, éste empero, no hizo en su artículo alusión alguna a ello. Sólo una pequeña aclaración dio Poey a todo lo que parece se pensaba entre los medios interesados en la adquisición y publicación de su obra. A ello se refirió con las siguientes palabras:

“[...] Agregó que el Dr. D. Albert Gunther, autor de un catálogo magistral de los peces del Museo Británico, me ha escrito que si el Atlas llega a darse al público, puedo contar con una subvención del mismo Museo por la necesidad en que están de dejar bien nombrados los peces de su valiosa colección”.¹²

Las dudas al respecto debieron continuar, pues dos días después de publicarse en el *Diario de la Marina* el referido artículo, el periódico liberal capitalino *El Triunfo* informaba:

“[...] El modesto catedrático de la Universidad de La Habana no ha querido aceptar hasta ahora ninguna proposición porque prefiere que sea su patria la que goce inmediatamente los beneficios de su obra y la primera en premiar sus esfuerzos”.¹³

¹⁰ Carta de Felipe Poey a Laureano Pérez Arcas, fechada el 15 de febrero de 1883. Correspondencia de Felipe Poey a Pérez Arcas, en: A. H. M. H. N. Madrid.

¹¹ “Ictiología cubana”, *Diario de la Marina*, 11 de febrero de 1883.

¹² *Ibidem*.

¹³ “Don Felipe Poey”, *El Triunfo*, 13 de febrero de 1883.

La conjetura partía esta vez del propio director del diario, Ricardo del Monte. Felipe Poey, quizás esperanzado con la idea de publicar su *Ictiología* en España, reaccionó inmediatamente enviando a Del Monte una carta de respuesta, la cual, bajo el título de “Rectificación”, se incluyó en las páginas del periódico el 14 de febrero:

“Sr. Director de *El Triunfo*.

”Muy señor mío:

”En el periódico que U[sted] dignamente dirige, correspondiente al día de hoy, he leído la noticia, tomada de un diario madrileño, relativo a que una sociedad científica de los Estados Unidos ha pretendido y pretende adquirir mi obra a todo trance, llegando a ofrecermme que pagaría al contado todos los miles de pesos que quiera pedir por ella, obligándome, además, a pagar el sueldo que me señale por la dirección de la traducción al inglés y de la corrección y publicación de toda la obra, que ha de hacerse como yo disponga.

”Cumple mi deber manifestar que dicha noticia carece de fundamento.

”Ruego a U[sted] se sirva dar publicidad a estas líneas, por lo que le da las gracias su [...]¹⁴

Poey, con la intención de aclarar supuestos malentendidos en Madrid, dirigió a su corresponsal en la península, Laureano Pérez Arcas, sin dudas la persona idónea a la cual podía confiar el proceso de impresión de su obra, la siguiente explicación comentando lo ocurrido:

“Ayer salió un art[ículo] en *El Triunfo*, reproduciendo uno de Madrid, en el que se dice que he rehusado proposiciones de los Estados Unidos en que se me pide una traducción en inglés del texto y ofreciendo pagar la obra en todo los miles de pesos que pueda yo proponer, etc. Hoy he escrito a *El Tiempo*,¹⁵ para discutir esa noticia.

”Si la obra va a Amsterdam y vuelve a Madrid ¿a dónde se depositará? El amigo P[érez] A.[rcas] dará tal vez algunos pasos para que vaya a parar a donde más convenga”.¹⁶

Suponemos que la respuesta del Ministerio de Ultramar, que autorizaba la compra de la *Ictiología*, llegó a Cuba en los últimos días de febrero de 1883 porque en la revista *El Museo*, el mismo semanario que unos meses antes daba por sentada la participación de la obra en la exposición de Amsterdam, se informó:

“Como consecuencia de la acertada proposición hecha el 9 de diciembre en la subcomisión para la exposición de Amsterdam, por el

¹⁴ “Rectificación”, *El Triunfo*, 14 de febrero de 1883.

¹⁵ Poey debió escribir equivocadamente el título del periódico, debe leerse *El Triunfo*.

¹⁶ Carta de Felipe Poey a Laureano Pérez Arcas, fechada el 15 de febrero de 1883. Correspondencia de Felipe Poey a Pérez Arcas, en: A. H. M. H. N. Madrid.

inteligente y laborioso arquitecto de Estado D. Adolfo Sáenz, secretario de dicha subcomisión, ha sido adquirida con fondos del Gobierno y por la reducida cantidad de 4 000 pesos en oro, la obra monumental sobre *Ictiología cubana*, con que completa las labores de su gloriosa carrera, el sabio naturalista habanero D. Felipe Poey”.¹⁷

Por último, la obra manuscrita *Ictiología cubana o Historia natural de los peces de la isla de Cuba*, compuesta por 80 páginas de texto¹⁸ y diez tomos de Atlas, cuya importancia, entre otros aspectos, recaía en la presentación de una gran colección de 1 040 láminas, en las que se hallaban 758 especies de los peces cubanos representados en 1 300 individuos de todas las edades,¹⁹ salió de La Habana, con destino a Holanda,

¹⁷ Anónimo: “Sobre ictiología cubana”, *El Museo*, p. 3, 4 de marzo de 1883, Vol. 1, No. XIV.

¹⁸ Es importante señalar que Felipe Poey, en la posdata a la carta del 25 de febrero de 1883, dirigida a su asiduo corresponsal español Laureano Pérez Arcas, agregó la siguiente información en relación con el texto de su obra ictiológica enviada a la exposición de Amsterdam:

“Habrás que agregar un índice de materias y un índice alfabético (texto y Atlas). Dar al finalizar el texto que estoy poniendo en limpio. Fueron 80 pág[inas] Holanda”. Tomado de Carta de Felipe Poey a Laureano Pérez Arcas, fechada el 25 de febrero de 1883. Correspondencia de Felipe Poey a Pérez Arcas, en: A. H. M. H. N. Madrid.

¹⁹ En el *Diario de la Marina* correspondiente al 11 de febrero de 1883, Felipe Poey publicó una descripción pormenorizada de su “Ictiología cubana”. La información que origina esta nota se basa en ella, al igual que los datos suministrados a continuación:

“El número total de láminas, contando algunas repetidas fue de 1 040, de las cuales son: 674 de una hoja simple, 192 de hoja doble, 75 de hoja doble, más una hoja simple, 74 de dos hojas dobles, 2 de hojas dobles más una hoja simple, 14 de tres hojas dobles, 1 de cuatro hojas dobles, 1 de cinco hojas dobles, y 2 de seis hojas dobles.

“Las 1 040 láminas contienen: 758 especies de peces cubanos representados en 1 300 individuos de todas edades, 90 escamas, 94 cortes verticales, 87 esqueletos completos, 51 medio esqueletos, 43 pormenores de esqueletos, 85 vísceras completas, 32 pormenores de vísceras, 8 helmintos, y 120 otros detalles consistentes en el pez visto por encima o por debajo, cabezas ampliadas, y aletas de escualos y cada uno de sus detalles”.

A esta información debe agregarse también que el Atlas presentó —según su autor y de ahí la importancia que le da a su trabajo— los tipos de más de 360 especies nuevas de peces dados a conocer por él en descripciones hechas con anterioridad, pero pocas veces acompañadas de láminas; y los tratados en las obras de Cuvier y Valenciennes, Bloch, Lacépède y Parra, en las cuales solo aparecían 120 figuradas, pero con algunas deficiencias en su representación.

Es interesante referir aquí también la descripción que sobre la obra de nuestro biografiado hace el doctor Darío Guitart Manday, otro destacado ictiólogo cubano, quien ha tenido la oportunidad de estudiar a fondo los manuscritos de la *Ictiología cubana*. El doctor Guitart, en un trabajo titulado “Felipe Poey Aloy. En el 180 aniversario de su nacimiento”, publicado en la serie *Conferencias y Estudios de Historia y Organización de la Ciencia*, número 19 de 1980, expresa en la página 12:

“Con respecto a su obra cumbre, la *Ictiología cubana*, podemos decir que contiene en el texto una detallada descripción de cada una de las especies tratadas, 758 en total, más 24

el 25 de febrero de 1883. Poey agregó al manuscrito ictiológico algunos ejemplares del libro impreso *Curso elemental de mineralogía* y varios volúmenes repetidos de las *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*, del *Repertorio físico-natural de la isla de Cuba*, y otros de sus trabajos zoológicos, ya publicados.

Felipe Poey, quien por lo visto no quiso vincular la venta de su obra con la Sociedad Económica de Amigos del País, dirigió al presidente de esta institución, el 5 de marzo de 1883, una carta en la cual aclaraba su posición en estos términos:

“Tengo el honor de participar a U[sted] que mi *Ictiología cubana* con Atlas, compuesto de 10 tomos en folio mayor y texto, principiado a poner en limpio, ha salido de La Habana el cinco de este mes para ser remitida a la exposición de Amsterdam.

”Tengo también la satisfacción de decirle para su gobierno que he estipulado con la subcomisión de Cuba, que a mi fallecimiento los borradores del texto y de las láminas serán depositados en la Biblioteca de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, con la condición de no poderse imprimir por ser derecho reservado al Estado que ha adquirido la propiedad de la obra.²⁰

El oficio se leyó en la junta ordinaria del 20 de marzo y motivó un debate en el que tomaron parte varios de sus miembros.

El director de la Sociedad Económica, José María Gálvez, leyó la comunicación acerca de la adquisición de la obra de Poey que había sido dirigida por la institución al Gobernador General, y manifestó su sorpresa ante la resolución final de Poey, pues en definitiva, se daba al Estado la propiedad, a pesar de haberse acordado, por la Comisión de Madrid, fuera ésta de la Sociedad Económica.

Otros socios opinaron que la institución se encontraba en actitud de retrotraer la compra, pero después de discutirse otras intervenciones —de Fernando Freyre de Andrade, José Bruzón y Juan González, este último aseguró que el Gobierno no la daría a la imprenta—, se llegó al

que aparecen en el Apéndice adjunto. También queremos significar que de las especies válidas que se reconocen en la actualidad como pertenecientes a la ictiofauna de Cuba y que sobrepasan la cifra de 600, ya Poey había tratado en su magna obra 465 de ellas y también descrito como nuevas para la ciencia 125 especies que aún hoy conservan toda su validez, así como 15 de los 27 géneros por él establecidos y que 3 de ellos han servido de base para la denominación de otras tantas familias de peces.

”No sólo se limita Poey a la descripción sistemática de las especies, sino que en cada una se refiere a tópicos que van desde el habitat a su utilización como alimento, pasando por la cuantificación, los métodos de pesca, y las costumbres de los peces cuando esto es necesario [...]”

²⁰ *Memorias de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de la Habana*, 1883, t. IV, pp. 108-110.

acuerdo de comunicarle a Felipe Poey la satisfacción con que la Sociedad veía la deferencia de que su Biblioteca fuera el centro conservador de los borradores, pero también se llegó al consenso de explicarle al naturalista, en la carta que al efecto se le hiciera llegar; el sentimiento de ese colectivo al ver enajenada la obra.²¹

Apenas se tuvo conocimiento que la *Ictiología cubana* se encontraba entre las muestras concursantes de la exposición de Amsterdam, como uno de los exponentes de mayor significación del desarrollo científico alcanzado en un país colonial, en la revista mensual *La América* —publicación dedicada al fomento de la agricultura, la industria y el comercio de los países hispanos—, editada en Nueva York, no tardó en aparecer un artículo que comentaba el suceso:

“Ya ha salvado los mares la noticia del libro monumental que se prepara a presentar al público el naturalista cubano don Felipe Poey. No hay periódico de Europa que no alabe afectuosamente al sabio ictiólogo. Por los Estados Unidos corre ahora, con igual celebración, un extracto de esta obra mayor de análisis y paciencia, que ha requerido para llevarse a cabo todo el rigor de clasificación de un severo filósofo, y toda la bondad que atesora el alma de un sabio.

”A una se maravillan todos los periódicos, de la riqueza del mar antillano que rivaliza con la de la tierra de las Antillas, del número sorprendente de averiguaciones propias, y de especies descubiertas por el observador cubano”.²²

No es puro accidente periodístico que el artículo “El libro de un cubano” esté firmado por la pluma de uno de los más grandes luchadores independentistas de todos los tiempos. La coyuntura en la cual se produce el reconocimiento de la obra de un científico de un país colonizado, en un evento de tal carácter, y la trascendencia del trabajo para el resto de los pueblos americanos, fueron en este caso, los hechos por los que José Martí se sintió motivado a escribir las antes expresadas palabras. El comentario de Martí concluía con esta significativa valoración:

“Cuando descansa al fin de sus convulsiones —necesarias todas, pero de término seguro— la América que habla castellano ¡que semillero de maravillas no va a salir a la luz del sol! Nuestras tierras son tan fecundas en oradores y en poetas, como en sabios. Ya va siendo notabilísimo en los poetas y oradores de nuestra raza el afán de hacerse hombres de ciencia. ¡Y hacen bien! Heredia debe estar templado de Caldeas”.²³

²¹ Para ampliar los detalles de las intervenciones véase la referencia anterior.

²² José Martí: “El libro de un cubano”, *La América*, marzo, 1883, en: José Martí: *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 96-97.

²³ *Ibidem*.

En Cuba, sin embargo, las expresadas muestras del reconocimiento internacional, y la noticia misma, de la distinción del autor de tan importante obra científica —por la *Ictiología cubana* Poey recibió del rey de los Países Bajos, Guillermo III, la condecoración del León Holandés— en los medios oficiales no tuvo gran repercusión.

El gobierno colonial español, en definitiva, se llevaba los honores otorgados a Poey en la exposición de Amsterdam, y concluía, en el mes de junio, las labores de los miembros de la subcomisión cubana al evento con esta fría comunicación:

“El Ex[celentísimo] Sr. Ministro de Ultramar ha dispuesto que dándose por terminadas las funciones que desempeñaba esa subcomisión se expresen a la misma las gracias en nombre del Gobierno de S[u] M[ajestad] por el celo y patriotismo con que ha llenado su contenido.

”Y habiendo la subcomisión acordado disolverse, al terminar la sesión terminada el día 18 del actual, disponiendo entre otras cosas, que se traslade el oficio que precede, a todos los señores vocales, de la misma, para su debida satisfacción, lo verifico con tanta mayor complacencia cuanto he tenido la ocasión, de apreciar en mi calidad de Vicepresidente de la corporación los servicios que en su seno han prestado U[stede]s al país”.²⁴

Poey, por su parte, al cierre de todas las actividades del evento, se mantuvo trabajando en su *Ictiología cubana*; pasó en limpio las páginas del texto, corrigió los errores, y le agregó los detalles del acabado final del manuscrito para una futura publicación. A esta etapa bien pudo referirse el norteamericano David S. Jordan, cuando en 1884 escribió:

“El gran trabajo de la vida de Poey es la todavía inédita *Ictiología cubana* [...]”

”Los manuscritos de este gran trabajo existen ahora en duplicado. Una copia es guardada por el profesor Poey; la otra ha sido comprada por el gobierno español en \$ 5 000 [en realidad fueron \$ 4 000]. El profesor Poey y sus amigos esperan y desean fervientemente que el Gobierno disponga pronto su publicación, pero desgraciadamente no parece haber seguridad en esto”.²⁵

Un año después de haber expresado Jordan sus opiniones, el doctor Juan Vilaró hacía el siguiente comentario:

“Ni los buenos deseos de la Sociedad Antropológica, ni los de la Academia de Ciencias han podido traducirse en hechos, porque lo grandio-

²⁴ Comunicación del Gobernador General a los miembros vocales de la subcomisión de Cuba para la Exposición colonial de Amsterdam, fechada en la Habana el 23 de junio de 1883, en: Archivo Nacional de Cuba, Fondo: asuntos Políticos, Legajo 77, No. 24.

²⁵ David S. Jordan: “Sketch of professor Felipe Poey”, *The Popular Science Monthly*, agosto de 1884, p. 551.

so de la obra superaba por mucho sus contados recursos. Igualmente cupo a la iniciativa de la Sociedad Económica [...]

"[...] Adquirida por nuestro Gobierno, la obra no menos grandiosa de D. Felipe Poey, acaba de glorificar el nombre de España en la exposición de Amsterdam, conquistando el ictiólogo cubano una medalla de oro y un diploma de honor, y del Gobierno de Holanda la Cruz del León Neerlandés. La obra que se trata acaba de ser depositada, por el Gobierno, en la Biblioteca de Ciencias Naturales de Madrid".²⁶

En efecto, tal y como dijo Vilaró a los lectores de la *Revista Cubana*, el manuscrito comprado por el gobierno español en 1883 quedó depositado —a petición del propio autor— en la biblioteca del Museo de Ciencias Naturales de Madrid.

La solicitud por la cual la *Ictiología cubana* y los otros materiales que la acompañaban quedaron a la custodia de la referida biblioteca fue hecha por Felipe Poey a las autoridades pertinentes a través de una carta fechada en La Habana el 23 de junio de 1885. A esta solicitud siguieron las gestiones del senador del reino por la Universidad habanera, José Silverio Jorrín.

Al conocer Jorrín la petición de Poey, por entonces decano de la Facultad de Ciencias, y que además había entregado en la Secretaría del Gobierno General de Cuba, los últimos pliegos de su monumental obra, intervino remitiendo al Ministro de Ultramar, Conde de Tejada y Valdosera, la siguiente instancia:

"Muy señor mío y distinguido amigo:

"Vengo a pedir a usted algo tan justo, que no dudo obtenerlo en el acto.

"El señor don Felipe Poey, decano de la Facultad de Ciencias en la Universidad de La Habana, entregó el 23 de junio al jefe del Negociado de Fomento en la Secretaría del Gobierno General de la Isla, los últimos pliegos de su monumental obra titulada *Ictiología cubana*, para que fuesen remitidas a ese Ministerio.

"Debe, pues, encontrarse ya completo en poder de usted aquel inestimable trabajo original, compuesto del texto con 1 290 páginas, y un Atlas formado por diez tomos de láminas; éstas y aquellas en papel de folio mayor.

"Sin duda recordará usted que dicha obra figuró en la novísima exposición colonial de Amsterdam, donde su autor obtuvo el premio de honor, amen de haber sido condecorado por el monarca de Holanda.

"¿En qué lugar va a quedarse esta científica descripción de los peces antillanos, teniendo en cuenta que se halla manuscrita en su mayor parte, pues nada más que cinco volúmenes han sido dados a la estampa?²⁷

²⁶ Juan Vilaró: "Felipe Poey. Apuntes para su biografía", *Revista Cubana*, 1885, t. II, p. 489.

²⁷ Es de suponer que Jorrín se haya equivocado, dando como parte de la *Ictiología cubana*, las otras obras impresas sobre peces, anotadas por Felipe Poey.

”Si se regala al Archivo Ultramarino, irá al sitio menos a propósito. Estará entre legajos de documentos administrativos y financieros: el público no sospechará que allí pueda existir algo que no se roce con hacienda o gobernación de tierras trasatlánticas, y ni siquiera cabe prometerse buena custodia de parte de funcionarios a quienes preocupan [asuntos] de muy diversa índole.

”¿Cómo salvar estos inconvenientes?

”¿De qué manera impedir que el manuscrito caiga en absoluto olvido, o que la polilla lo devore? De un modo muy sencillo: ordenando que se traslade íntegro a la Biblioteca del Museo de Historia Natural en esa corte. Allí se encontrará en medio de sus congéneres y cuidado hasta con amor por ser el bibliotecario catedrático de aquella ciencia. Allí solicitarán los estudiosos del ictiólogo cubano, cuantos deseen adquirir datos y noticias sobre la fauna intertropical.

”Escríbeme el señor Poey, que si su obra llega a darse en guarda a la referida Biblioteca, propondrá un plan poco oneroso para completar en breve una impresión; e importa tener presente que las corporaciones científicas de Europa y América esperan con ansia aquel acontecimiento, y que el señor Poey ha cumplido ochenta años de edad.

”En la reciente campaña parlamentaria, han salido tan mal libradas la causa de la instrucción pública en Cuba, y cuanto en ella concurre a robustecer la vida intelectual, que la denegación de esta solicitud será poner el colmo a tales desdichas. Atrévome por tanto, a anticipar a usted las gracias por su favorable respuesta, que sin pérdida de momento telegrafiará al interesado [...]”²⁸

El efecto que produjo la instancia del senador por Cuba, y representante del Partido Liberal Autonomista en los medios gubernamentales, tuvo el éxito deseado, pues de hecho, el Ministro de Ultramar dio el “visto bueno” y se firmó al efecto la correspondiente Real Orden. Hoy día ignoramos a ciencia cierta, si la resolución final fue motivada por la petición de consignar la gran obra en la biblioteca del Museo de Ciencias Naturales de Madrid, o por el supuesto descontento que, según afirma Jorrín en su misiva, provocaría una respuesta negativa entre los intelectuales del país, por lo cual se vería afectada también la instrucción pública en éste.

Poey no desaprovechó la oportunidad de agradecer a Jorrín sus empeños, y con una carta fechada el 14 de septiembre, publicada en *El País*, tres días después, reconoció las gestiones realizadas en estos términos:

²⁸ La carta que José Silverio Jorrín enviara al Ministro de Ultramar, Conde de Tejada y Valdosera desde París el 8 de agosto de 1885, se reprodujo en *El País* el domingo 18 de septiembre de 1885, con una nota introductoria en la cual se explicaba que el citado ministro, pocos días después, accedía a favor de lo solicitado.

“La carta del Sr. D. José Jorrín, publicada en *El País* el 13 del corriente, ha tenido el efecto que se deseaba; porque he sabido que el Ex[celentísimo] Sr. Ministro de Ultramar ha dado la orden para que mi *Ictiología cubana*, compuesta de diez tomos de Atlas, folio mayor, y dos tomos más de texto, folio ordinario, se deposite en la Biblioteca del Museo de Historia Natural de Madrid, de que es digno Bibliotecario el Sr. Francisco Martínez Sáenz. Acompañan la obra cinco tomos anteriormente impresos, que no pertenecen a la *Ictiología cubana*, pero que juzgo indispensables para la completa inteligencia del texto. Doy gracias al Sr. Jorrín por lo que ha hecho por mí, y por haberme quitado seis años de encima: yo creía que tenía 86 y no 80, como él dice. Ahora me encuentro más ligero”.²⁹

En Cuba, se obtuvo la confirmación oficial de las noticias ya avizoradas por José Silverio Jorrín en su carta, cuando a manos del Rector de la Universidad de la Habana, llegó con fecha del 5 de diciembre de 1885, el siguiente documento firmado por Hipólito Ros Regré:

“Por el Ministerio de Ultramar se comunica al Ex[celentísimo] Sr. Gobernador General, bajo el No. 1482 con fecha 30 de octubre pr[óximo] p[asado] la R[eal] O[rden] siguiente: Ex[celentísimo] Sr. Don. Felipe Poey, entre los Apéndices y restos de la obra *Ictiología cubana*, que V[uestra] Ex[celencia] remitió a este Ministerio en carta No. 1 334 de 23 de junio último, acompañaba una comunicación manifestando su deseo de que dicha obra fuese depositada en la Biblioteca del Museo de Ciencias Naturales de Madrid, y S[u] M[ajestad] el Rey q[ue] D[ios] g[uarde]) se ha dignado acceder en 27 del que cursa, en calidad de depósito y hasta tanto que este centro tenga por conveniente su reclamación.

”Y puesto el cúmplase por S[u] Ex[celencia] con fecha 28 de noviembre último de orden la traslado a U[sted] y para su conocimiento”.³⁰

Poey le había dicho a Jorrín, y así éste se lo comunicó al Conde de Tejada y Valdosera que, llegado el caso, propondría un “plan poco oneroso” para imprimir su *Ictiología*; pero el aludido plan ya había sido elaborado por el naturalista bajo los siguientes criterios:

“[...] se podría reducir el número de volúmenes que compone el Atlas, tomando un papel fino y al mismo tiempo firme. El número de láminas se puede reducir haciendo entrar mayor número de individuos en una sola lámina.

”En este caso es forzoso mudar en el texto la citación de las figuras, en cada especie.

²⁹ Carta de Felipe Poey publicada en *El País*, jueves 17 de septiembre de 1885.

³⁰ Expediente de Felipe Poey. Cátedra de Zoología, Botánica, Mineralogía, en: Archivo Nacional de Cuba. Fondo: Secretaría General, año 1863; Número: 2, 114.

”Al poner en práctica lo que expresa el párrafo anterior, se aprovechará la oportunidad para poner metódicamente en su lugar algunos individuos que no ocupan su verdadero puesto.

”No conviene reducir a menos tamaño las figuras, para no quitar a la obra su valor adquirido, y evitar una reducción defectuosa. Si se hace la reducción en la calidad del papel y en la condensación de las figuras, los diez tomos del Atlas pueden reducirse a la mitad, principalmente por causa del papel; porque la necesidad de conservar el orden metódico se opondrá gradualmente a mayor condensación de las figuras.

”El tamaño del Atlas no debe variar; pues está acomodado a las dimensiones de los peces, en general, y ahorra muchas dobleces en dirección vertical.

”La paginación del Atlas debe ir seguida hasta el fin, no renovada en cada tomo: así hago para el resto; lo que significa las citas, al estilo de Gmelin para el texto, y de Cuvier para las láminas.

”La impresión de las láminas por transposiciones a la piedra es el más barato; pero no permite correcciones, y las pequeñas especies corren riesgo de encharcarse, puede tener aplicación en los grandes individuos.

”Para vigilar la impresión del Atlas y corregir las pruebas, es indispensable un hombre de ciencia, de lo contrario el artista más hábil cometerá adesios *v[erbi] g[ratia]*, debe [dibujar] mal las escamas, por no haberlas estudiado en lo natural; no las hará más ligeras en los cachetes, creyendo que no es necesario; no distinguirá bien los radios espinosos de los blandos, que son articulados y ramosos. Sin conocer lo que se expresa, no puede haber acierto. Pongo para la dirección, toda mi confianza en Dn. Laureano Pérez Arcas, catedrático de Zoología en la Universidad Central. De otra manera, quisiera yo corregir las pruebas del Atlas en La Habana. Se entiende que el trabajo es arduo y habrá de exigir una remuneración pecuniaria, proporcionada al tiempo que invierta el Sr. Pérez Arcas y a su reconocida inteligencia”.³¹

Por último, en la sesión del 7 de abril de 1886, Francisco Martínez Sáenz, informó a los miembros de la Sociedad Española de Historia Natural que en la biblioteca del Museo existía consignada la *Ictiología cubana* del socio corresponsal Felipe Poey; pero, con anterioridad, exactamente un mes antes de hacer pública la noticia a los asistentes y miembros de la institución, el propio Martínez Sáenz dirigió al naturalista cubano una carta, con la cual damos término a cuanto, hasta el momento, hemos podido averiguar acerca de la elaboración primero, y el curso posterior que siguieron los manuscritos de una de las obras más impor-

³¹ Carta de Felipe Poey a Laureano Pérez Arcas, fechada el 25 de febrero de 1883. Correspondencia de Felipe Poey a Pérez Arcas, en: A. H. M. H. N. Madrid.

tantes que se hayan escrito sobre el estudio de los peces antillanos. Por su valor documental publicamos íntegramente su contenido:

“Muy señor mío y muy respetable amigo:

”Con muchísimo gusto he recibido su favorecida del 9 de febrero, aunque con atraso, sin duda por no haber venido a mis señas. En la Biblioteca del Gabinete de Historia Natural está depositada su valiosa y admirable obra de *Ictiología cubana*, o sea los 2 tomos de texto en fo[lio] con apéndice y los 10 tomos en fo[lio] mayor del Atlas; y antes de pasar a otra cosa debo decir que he tenido suma complacencia en verla depositada pues puede perder por tantos accidentes inherentes a nuestra transitoria vida humana; pero me asaltó el temor de que no se imprimiese acaso y pudiera quedar con el tiempo tan solo como un admirable modelo de ciencia y de paciencia de su reputado autor.

”Por consiguiente, los 5 tomos en 4to. impresos no están ni en dicha Biblioteca, ni en el Ministerio de Ultramar, aunque consta como existentes en la exposición de Amsterdam, puesto que figuran en el catálogo de la misma. Como fue autorizada para hacer donaciones y cambios la comisaría de dicha exposición no se puede calcular donde estarán, y cree el Sr. Rodríguez Ferrer, que es también amigo mío, que será lo mejor rehacerlos, supuesto que se trata de trabajos impresos y juzga casi imposible el buscarlo.

”Hablando yo con dicho señor de la importancia de la obra, me dijo que por ahora cree imposible su impresión, pues no hay presupuesto para ello, ni lo habrá hasta que empiece el nuevo en 1^o. de julio próximo venidero. Pero cree y también creo yo que nada se perderá en que U[sted] hiciese un plan de impresión, pues en la oficina es todo largo y así se podría hacer esa cosa que llaman expediente y tenerlo listo para cuando empezase el nuevo presupuesto e interesar a los diputados, y es casi seguro para entonces un buen resultado.

”Ya sé yo que U[sted] no necesita consejos, pero como me anima buen deseo, yo creo que no llevará mal le dé mi humilde parecer en este asunto.

”Sería lo mejor para hacer la impresión fijarse en el método o sistema, dentro de la bondad, más económico de hacer el Atlas, supuesto que la impresión del texto no puede ofrecer en esto grandes dificultades. Los grabados en cobre serán costoso y acaso inexactos, así como las litografías, supuesto que es grande el tamaño y los grabadores o litógrafos desprecian pequeños detalles, que es lo principal que se conserven en estas láminas científicas.

”Pudieran hacerse éstas por fotolitografía o zinconografía, y aunque a decir verdad resultarían algo toscas, comprende U[sted] que habiéndolos de sus verdaderos retratos de sus dibujos, respecto a exactitud no se podrían pedir más. En el cuad[erno] 2^o. del año pasado de los *Anales* verá

U[sted] una lámina (la VI) y así también están hechas las II, III y IV de 1883. Ni una ni otra están hechas tan bien como acaso se podría hacer; pero admirablemente exactas a los dibujos que representan. Por este sistema la economía es grande. He oído que U[sted] aconsejó en su advertencia al gobierno se dé a un editor la obra para imprimirla, pero esto no puede hacerse, ni nunca será decoroso el hacerlo para el Estado y habría que acudir a un editor extranjero, lo que hace más bochornoso para nosotros el medio. Me dicen en el Ministerio que en esto no se puede, ni debe pensar.

”Lo mejor será que U[sted] se viniese para acá para hacer la impresión perfectamente, pero ya comprendo que espera U[ted] duro vivir en este invierno de 9 meses, pues puede decirse que solo tenemos de verano julio y agosto.

”Ha pensado U[sted] muy bien en que le supla una persona tan apreciable en todos conceptos como el Sr. Pérez Arcas, tanto por el respeto que debidamente merece en los círculos científicos y en las regiones oficiales, cuanto por ser un caballero, y si U[sted] no viene podría vigilar la impresión con todas las garantías del acierto.

”No creo que U[sted] tenga muchas relaciones con el Sr. Graells, pero no piense U[sted] en él para nada, en este concepto, pues es un verdadero mercader, dispuesto a sacar partido para sí de todo, es claro que si no se hacen estas cosas por entusiasmo científico, como lo tiene acreditadísimo el Sr. Pérez Arcas, se puede hacer por codicia y producen malos resultados para el autor de la obra y para el Estado. Es el Sr. Graells un mal educado y codicioso catalán con todas sus consecuencias, y creo no es murmurar referir a U[sted] (que está tan lejos) lo que saben aquí hasta los adoquines de las calles. Pero veo que lo molesto con estas consideraciones tan largas y acaso inútiles, pues de seguro ya tendrá U[sted] en su mente el modo de hacer la impresión de tan valioso monumento y que se lo propondrá pronto al Gobierno.

”Por desgracia, la edición de mi pobre engendro sobre vertebrados no está agotada, ni pienso se agote en los años que viva. Si quiere podrá mandar por el correo algunos ejemplares o de la manera que a U[sted] parezca o entendiéndome con algún librero de La Habana a cuyo fin suplico a U[sted] me dé sus referencias solo alguno que no sea muy judío, si es que esto puede suceder en librerías. Es lo cierto que como yo no lo he hecho por codicia, ni mucho menos, y no soy intrigante, ni tengo tiempo de serlo, no se vende gran cosa, ni tampoco me preocupo del trabajo, como dicen, la venta de mi obra.

”Mil felicidades le desea y mucho gusto he tenido en hallar ocasión de conversar, aunque sea por escrito, con persona tan cariñosa y respetable como lo es U[sted], y rogándole me considere agradecido, a sus bondades, me tomo la libertad de servirme de U[sted] [...]”³²

³² Felipe Poey: *Documentos y cartas*, Cuadernos Manuscritos No. 4, en: Biblioteca del Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba.

INTENTOS DE PUBLICACIÓN DE LA ICTIOLOGÍA CUBANA



En 1910 Carlos de la Torre y Huerta acudió, en representación de Cuba, a dos importantes eventos científicos celebrados en Europa, el XI Congreso Geológico Internacional de Estocolmo, en Suecia, y el VIII Congreso Zoológico en Gratz, Austria. De regreso hizo escala en Madrid, y allí fue nombrado, por la Sociedad Española de Historia Natural, miembro correspondiente de esa institución.

La estancia en España le dio la oportunidad a De la Torre de estudiar y revisar la obra inédita de su maestro, cuyos manuscritos halló —según refirió Gonzalo Martínez Fortún en la sesión celebrada por la Sociedad Cubana de Historia Natural Felipe Poey el 26 de mayo de 1922—,¹ con grandes trabajos, pues se encontraban en el sótano del Museo de Historia Natural de Madrid. Al relatar el doctor Martínez Fortún los hechos, basándose en el testimonio de Carlos de la Torre, agregó la información —y en esto se equivocaba— de que dichos manuscritos se encontraban depositados en el Museo madrileño a la espera de una Real Orden, la cual indicara a quien correspondería guardarlos. La Real Orden referida, como se ha visto ya, en otra parte de esta biografía, fue firmada por el monarca español en 1885.

No obstante las imprecisiones en el comentario de Martínez Fortún, en él se reconoció que Carlos de la Torre contó, en ocasión de su visita a la institución, con la ayuda del entomólogo español Ignacio Bolívar, quien gestionó el acceso a los manuscritos, y posteriormente facilitó, para realizar los trabajos de transcripción, a tres de sus alumnos, un dibujante y dos copistas.

Las labores relacionadas con la publicación de la *Ictiología* comenzaron en Cuba cuando, por decreto presidencial del 19 de julio de 1911 (ratificado por el poder legislativo), se encomendó a Carlos de la Torre y Felipe García Cañizares la compilación de los materiales, escritos des-

¹ Gonzalo Martínez Fortún: Sesión solemne del 26 de mayo de 1922, *Memorias de la Sociedad de Historia Natural Felipe Poey*, 1922, vol. V, pp. 6-7.

pués de 1840 que guardaran relación con las ciencias naturales del país. El decreto firmado por José Miguel Gómez, presidente de la República, y por Mario García Kohly, secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, creaba la Comisión para la Recopilación de la Historia Natural de Cuba y en especial de Felipe Poey, la cual quedó integrada por los profesores De la Torre y García Cañizares, liberados parcialmente de sus actividades docentes. A cada uno se les fijó una asignación mensual de \$ 600.00 para poder llevar a cabo los trabajos compilatorios y cubrir los gastos ocasionados por la Comisión.

Por el propio doctor Carlos de la Torre sabemos que el trabajo de copia en España de los manuscritos ictiológicos pudo concluirse, pues al pronunciar una conferencia sobre Felipe Poey en el ciclo conmemorativo dedicado por el Ateneo de La Habana a las figuras cubanas de la investigación científica, dijo haber obtenido, después de hacer diversos viajes a España, y con el auxilio del doctor Bolívar “una copia puntual del vastísimo manuscrito”.²

Luis Howel Rivero, autor de una bibliografía de los trabajos ictiológicos de Poey, y discípulo de Carlos de la Torre, hizo por su parte referencias al quehacer de su maestro, señalando que éste había logrado preparar todos los clisés de las láminas del Atlas, llegando inclusive a corregir pruebas de galera.³

Pasaban los años y la obra de Poey no se entregaba a la imprenta. Carlos de la Torre atribuyó la demora —por la cual no podría cumplir con esa “deuda de conciencia” contraída con el maestro— a “crisis económicas sucesivas”.⁴ Howel Rivero caracterizó la apatía y desidia de los gobiernos de turno con la expresión “azares inexplicables”,⁵ que condenaban a quedar, entre las obras inéditas, a la monumental *Ictiología*.

Carlos de la Torre murió en 1950, y Felipe García Cañizares tres años después; la *Ictiología cubana*, a la muerte de ambos, aún seguía en la categoría de obra inédita.

En 1955, Mario Sánchez Roig, asesor técnico de Pesca del Ministerio de Agricultura, quien había sustituido a García Cañizares como miembro de la Comisión para la Recopilación de los Materiales sobre la Historia Natural de Cuba y en especial de Felipe Poey, editó en 1955,

² Carlos de la Torre: “Don Felipe Poey”, *Figuras cubanas de la investigación científica*, Publicaciones del Ateneo de La Habana, 1942, t. II, p. 345.

³ Luis Howel Rivero: “Discurso de recepción como académico de número. Los guajacones y su esqueleto sexual”, *Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, 1953, t. XCI, pp. 294-295.

⁴ Carlos de la Torre: “Don Felipe Poey”, *Figuras cubanas de la investigación científica*, ed. cit., p. 345.

⁵ Luis Howel Rivero: “Discurso de recepción como académico de número...”, ed. cit., p. 295.

conjuntamente con Federico Gómez de la Maza, con el título: “La monumental obra de don Felipe Poey y Aloy, *Ictiología cubana*”, el volumen I de la *Publicación No. 1* de los trabajos de dicha Comisión.

En el volumen preparado se publicó una parte reducida del manuscrito ictiológico del naturalista cubano, se incluyó el “Prólogo” de la *Ictiología*, redactado por Poey en enero de 1883, con la pequeña nota que le adicionó un año después, su “Introducción” aclaratoria con la explicación sobre la clase de los peces y la lista de los principales autores citados con abreviatura en el texto, y una *Clavis Familiarum* y la lista *Familiae et Genera*, equivalentes al método o sistema de clasificación, al parecer, seguido en el manuscrito.

Este sistema de clasificación constaba —según la referida lista de familias y géneros— de 90 familias, 45 subfamilias, 271 géneros y 730 especies. En el volumen editado en 1955 se incluían 7 familias, 9 subfamilias, 44 géneros y 158 especies, y la división en subfamilias y el orden en que se presentaron los géneros no son los mismos que en la mencionada lista.

Sánchez Roig y Gómez de la Maza habían elaborado un plan para ir publicando a la par la *Ictiología cubana*, y poner al país al día en los estudios sobre ictiofauna. Dicho plan lo dieron a conocer en la “Introducción” que escribieron conjuntamente para el volumen I de 1955; pero este programa, tal y como lo concibieron, no llegó a cumplirse en su totalidad, pues iniciaron la revisión de las especies descritas por Poey, pero el trabajo no fue terminado. Por otra parte, no publicaron otros de los aspectos previstos sobre las descripciones e ilustraciones de las especies nuevas para Cuba y para la ciencia estudiada después de Poey, al igual que no realizaron la impresión del Atlas con los mejores dibujos del naturalista cubano, al cual —según plantearon— agregarían un índice general y una introducción explicativa.

De acuerdo con el doctor Darío Guitart Manday, bajo cuya custodia se encuentra hoy día el manuscrito que estuvo depositado en la Sociedad Económica (que pasó después al Instituto de Segunda Enseñanza), la revisión publicada por Sánchez Roig y su colaborador Gómez de la Maza, se basó, en lo fundamental, en la copia realizada por Carlos de la Torre del manuscrito existente en España. El paradero actual de esta copia, según nos informó el doctor Guitart, se desconoce.

En 1962 el antiguo Instituto de Biología, adscrito a la entonces recién creada Comisión Nacional de la Academia de Ciencias de Cuba, imprimió un primer volumen con parte del texto manuscrito de la *Ictiología cubana*, y otro con varias láminas de su Atlas; ambos formaron un único volumen (en dos partes) titulado *Ictiología cubana*.

La nueva transcripción impresa se basó en el original escrito indistintamente en francés y español que se hallaba en Cuba, el cual, a dife-

rencia del existente en España, no contenía el “Prólogo” y la “Introducción” que su autor hizo, pero sí muchas modificaciones y adiciones en cuanto al contenido.

El “Prólogo” y la “Introducción”, por su importancia y utilidad, aparecieron en el volumen publicado, pues el doctor Pedro P. Duarte Bello, especialista encargado de trasuntar el manuscrito para impresión, los agregó, tomándolos directamente de las pruebas de galeras que sobre la base de la copia de Carlos de la Torre se habían hecho.

En el volumen del Atlas impreso se incluyeron los dibujos originales de Poey correspondientes a las especies incluidas en el texto. Estos dibujos se tomaron —según Duarte Bello— de los 20 tomos complementarios a los 9 de texto existentes, con el cuidado de reunir todos los individuos representativos de las especies descritas —en total fueron 80 especies las incluidas— para facilitar así las comparaciones.

Las representaciones de láminas las realizó el dibujante Orlando Jambu con el método de la calcografía, y en los casos donde la reducción de la dimensión del original se hizo necesario, se usó el pantógrafo de precisión.

Todas las anotaciones hechas por el ictiólogo cubano, escritas en el Atlas, fueron respetadas, así como también se hicieron constar, a pie de grabado, otros detalles referentes al tamaño de los peces representados.

APÉNDICE¹



1. UNIDAD DE LA ESPECIE HUMANA²

Voy a disertar sobre la unidad ó pluralidad de especie en el género humano, y formulo la cuestión en estos términos: ¿Las diferentes razas

¹ Todo el “Apéndice” se reproduce fiel al original. *N. del E.*

² En el margen superior del manuscrito aparecen tachadas las denominaciones de *Revista Hab. Anuario, Ciencias Naturales*, de lo cual pudiéramos suponer que su autor pretendió imprimirlo en aquella publicación, tal vez con un título más amplio. Comoquiera que haya sido, a continuación escribió: *Unidad de la especie humana, por Felipe Poey*, nominación con la que reproducimos este documento.

El texto que aquí se reproduce constituye el contenido íntegro del discurso pronunciado por Felipe Poey en el Liceo de Guanabacoa en el año 1861. El manuscrito original se conserva entre los papeles del naturalista depositados en el Departamento de Antropología de la Facultad de Ciencias Biológicas de la Universidad de La Habana. De la extensa disertación su autor sólo publicó un fragmento: “Dispersión de la especie humana”, el cual apareció impreso en su libro *Obras literarias*.

humanas esparcidas sobre [en]³ el globo terrestre, deben ser considerados como variedades de una sola especie o como especies distintas de un mismo género?

Pide la lógica que antes de discutir una materia, se definan los términos. Digamos pues qué es especie, y que se entiende por variedad: [conocida la especie] se sabría [fácilmente] después lo que es el género.

La *especie* es un[a serie] conjunto [colección] de individuos de distinto sexo, aptos para reproducirse y propagarse indefinidamente, ofrecen *variedades* los individuos que se apartan del tipo primitivo, sin perder la aptitud á la fecundación indefinida. El género contiene la especie: la extensión de este término es arbitraria; no así el de la especie, que es la unidad zoológica, procediendo de generación. Llámase *híbrido* el producto del cruzamiento de dos especies: este producto es infecundo, o tiene una fecundación limitada a pocas generaciones; por lo [por lo] que no pueden los híbridos perpetuar su tipo.

Conforme a estos principios, todos los animales que vulgarmente llamamos *caballos* son de una misma especie, *Equus Caballos* de Linneo; todos los asnos que existen en la tierra forman otros tantos individuos de otra especie, aunque del mismo género, *Equus Asinus*. El caballo andaluz, el normando, el inglés son variedades del tipo primitivo que produjo la tartaria; y son fecundados indefinidamente entre sí y con el tipo primordial. La unión de las dos especies que hemos llamado asno y Caballo, da lugar al nacimiento de un híbrido conocido con el nombre de Mulo o Mula; estos son incapaces de perpetuar su tipo por generación, bien que se cuenta de algunas que han tenido producto cruzándose con el tipo primitivo sea el caballo ó el asno, pero no con Mula, y entonces no tarda en restablecerse completamente el tipo.

[Los hombres han hecho los mayores esfuerzos] Buffon, Federico, Cuvier, Flourens han hecho experimentos para obtener una sucesión indefinida de generaciones entre los híbridos abandonados a si mismos, después de haberlos puesto en circunstancias favorables; y no lo han podido conseguir. No siempre hay producto entre dos especies de un mismo género; el híbrido, si se obtiene, ordinariamente es infecundo; alguno es por rareza fecundado en primera generación, como es la Mula, por lo que, cuando esto sucede se anuncia en los Diarios; pero esto mismo prueba que las mulas no paren; por que si pariese[n] no se haría saber al público que alguna ha parido: esto equivale á decir que la excepción confirma la regla. El mayor triunfo de los esfuerzos humanos ha sido conseguir dos generaciones de híbridos nacidos de perros y lobos y tres de híbridos nacidos de perros y chacales.

³ Aparecen entre corchetes [] las partes del manuscrito tachadas en el original. (Nota de R. M. G.)

No está [demás] de más el decir que en el estado Natural, los animales generalmente se apartan de estos ayuntamientos adúlteros que solamente se observan /bajo la mano del hombre/⁴ entre especies de un mismo género, como entre Perros y Lobos, Liebres y Conejos, Camellos y Dromedarios y aun entre individuos de dos géneros muy cercanos, como son el Carnero y la Cabra; pero si los géneros son algo distantes, no solamente no se verifica la unión de sexos, /sino que, dado/ [y en el] caso que esta hubiere lugar por artificio o por una grande aberración de la Naturaleza, el producto sería nulo. Debemos por lo tanto, inscribir en el catálogo de las fábulas extravagantes la existencia del /llamado/ onotauro que dicen proceder del cruzamiento del asno y de la Vaca; y con mayor razón la del Minotauro de Creta que murió á manos de Teseo y que la crédula antigüedad achacó á la esposa de Minos la célebre madre de Ariana y de Fedra, la calumniada Pasifae. [(D) En esto voy conforme con los libros sagrados y no dejará de extrañarse que se haya [pensado en poner] puesto en discusión esta materia, ya resuelta por tan docta y respetable autoridad, que presenta todos los hombres como hermanos hijos de Adan y Eva. Pero no es la primera vez que se trata filosóficamente /en la isla de Cuba/, una cuestión científica con beneplácito de los poderes civiles y religiosos; porque no estamos en [el] los tiempos [?]/ en bárbaros/ que se acusaba á Copérnico de observar al Sol para trastornar la tierra; porque la prisión de Galileo ha contribuido á aumentar el número de los incrédulos; y porque se ha notado que la verdadera ciencia está de acuerdo con los admirables capítulos del Génesis, pues cuando parece que no lo está es porque se ha querido tomar al pie de la letra una figura ó un mito encubierto, de una sublime verdad. Con esta manifestación sigo tratando, con razones filosóficas el tema de mi disertación].

En el estado Natural, libres de la influencia humana, los animales varían poco; la variedad es accidental y desaparece en la próxima generación. Así es que el menor carácter, siendo constante, basta á constituir una especie, siempre que esté confirmada por la fecundación indefinida. El *Feliz tigris* tigre real del Indostan se distinguirá siempre por sus fajas oscuras verticales del Leopardo y del Jaguar, que tienen manchas oculares: cada una de estas especies conserva su librea; diferenciándose estos dos últimos por la longitud de la cola, que es menor en el Jaguar. Pero sometidos al hombre por domesticidad ó por amansamien-

⁴ Aparecen entre chelines // las partes agregadas en el original. (Nota de R. M. G.)

^(D) Aplicando esta doctrina á la existencia del hombre, y rotando en la tierra muchas y muy diversas razas, unas blancas, otras negras, otras aceitunadas, decimos que todas son variedades de una misma especie; porque todas son fecundas entre sí indefinidamente: entran, como digo, en la definición de la especie [porque todas son fecundas] formando todas una serie de individuos que provienen de un común origen ó de un primer par [conforme] de conformidad con los Libros Sagrados, bien que aquí examinamos la cuestión filosóficamente.

to, las especies de animales, ya sociables, ya de instinto solitarias, han sufrido grandes alteraciones, debidas sin intento al régimen alimenticio, y a las mudanzas del clima y de las costumbres. Estas alteraciones han recaído por lo pronto sobre el color, lo que prueba que este carácter es de menor importancia: esto se vé á las claras en los caballos, los bueyes y los perros; también en el gato, animal solitario, que rara vez presenta su color barcino y su toga adornada con fajas verticales. Lo mas chocante en estos cambios de colores es la falta frecuente de simetría, la que nunca se pierde en el estado Natural. Variando los alimentos, dando al perro y al gato la comida preparada con el fuego, ha aumentado el hombre la longitud de los instintos; variando las costumbres del torvo jabalí, ha disminuido los colmillos. Y cuando se ha puesto de intento modificar una raza, por conveniencia propia, ha convertido un buey ó un cochino en una masa informe y grasienta, ha estirado el caballo, ha de tal suerte abultado la cola del carnero, que ha dividido el animal en cinco cuartas partes, según la expresión de Cervantes; ha fabricado los perros a su antojo, dando á unos un crecido pelo, rapando los otros, quitando las carnes y alzando las patas del que ha de correr tras de la liebre, trabando el cuerpo y las mandíbulas del que destina á ser portero, perfeccionando el instinto y la inteligencia del que ha de descubrir y [abrazar] alzar las perdices, reduciendo en un puño y suavizando la lana del degenerado falderillo.

[Pero] Mas si bien se considera, todas estas variaciones quedan encerradas en ciertos límites; son toques secundarios, que no atañen á los caracteres de importancia genérica, puesto que no alteran el carácter de (A) la dentadura ni de las uñas, ni convierten una especie diurna en nocturna. Se reducen 1o. al tamaño, 2o. al color de la piel, 3o. la longitud del pelo, 4o. la forma del Cráneo, 5o. las proporciones del cuerpo. Las dos primeras modificaciones parecen de poca importancia; las dos últimas solo recaen sobre el sistema huesoso, la parte pasiva de la vida de relación. Esto se consigue pareando los individuos que presentan más pronunciadas ciertas cualidades, al principio accidentales, y continuando el esfuerzo de generación en generación, por espacio de mayor o menor número de años; lo mismo que en horticultura se mejoran los

^(A) Ahora se comprenderá porque no he incluido la semejanza en los caracteres de la especie, sino la fecundidad. "El parentesco de los seres, dice Buffon, es el misterio mas profundo de la Naturaleza. Es tan oculto, que existe á pesar de todas las diferencias; y puede no existir en medio de todas las semejanzas". En comprobación de esta verdad recuerda Flourens que el asno y el Caballo son semejantes y son parientes en el género solamente; el Perro y la Zorra son semejantes, y no son parientes, porque no son del mismo género: el Perro de Terra-nova y el Perro turco no son semejantes, y son parientes; no solo en el género sino también en la especie:

árboles frutales eligiendo siempre la semilla entre las mejores frutas que produce el árbol (B).

Pero si todas las variedades se abandonan á si mismas, vuelven poco a poco al tipo primitivo; cruzándose unas con otras; predominando la influencia de las variedades más antiguas sobre las nuevas [en que se hallaban], por hallarse en aquellas más profundamente arraigadas las modificaciones heredadas. Es lo que se ha visto en el interior de la América del Sud en que los caballos han adquirido su antigua libertad y se van uniformando cada vez más con el tipo tártaro. Los puercos jíbaros no tardan muchos años en cobrar sus colmillos; los perros jíbaros, al cabo de algunas generaciones toman las formas del lobo del chacal [los gatos], aproximándose al perro dicho del pastor; los gatos revisten su toga Barcina.

(A) En la especie se encuentran dos tendencias: 1o. la de variar dentro de ciertos límites, pues no hay en rigor dos individuos iguales; 2o. la de transmitir á los descendientes como herencia las modificaciones adquiridas. De estas dos tendencias, a saber, las variaciones de la especie y la transmisión de las variaciones proceden las razas; de suerte que se puede decir con Flourens que la especie es un conjunto de razas. A la transmisión de los caracteres pudiéramos añadir la tenacidad ó persistencia de los mismos, cuando no mudan las circunstancias.

Estas preliminares eran de asentar necesariamente antes de entrar más adelante en la cuestión complicada que nos ocupa; la cual ha ejercitado muchas doctas cabezas, á saber en pro /de la unidad/: Linneo, Buffon, Cuvier, Blainville, Hollard, Pallas, Soemmering, Camper, Prichard, Blumenbach, Wagner, Humboldt, D'Orbigny, Duvernoy, Lereboullet, [Manuel], Marcel de Serres, Flourens; en contra: Lamarck, Bory de St. Vicent, Virey, Desmoulius, Bérard, Morton, Agassiz, Broca, Nott y Gliddon.

No pretendo, después de tan ilustres varones, distinguirme con ideas nuevas; sin embargo de que me lisongeo de haber puesto algo de mi propio caudal. Me daré por satisfecho si puedo coordinar los datos de mis predecesores en pro y en contra con la debida claridad, y del examen de todas las opiniones queda triunfante la que juzgo sea la verdadera. Bien que la santa hermandad de los pueblos parezca interesada en la cuestión, creo que la novedad solo puede producir bienes constantes á la humanidad; que todo error es un mal; y que debemos decir como cierto filósofo antiguo: "Amigo es Platon, pero más amiga es la verdad".

^(B) Escogiendo y juntando los carneros del rosellon con las ovejas de Borgota, obtuvo Daubeton resultados bellísimos. Los carneros tenían la lana seis pulgadas de longitud, y las ovejas de tres; el vellon pesaba dos libras. Al cabo de ocho generaciones obtuvo una lana de veinte y dos pulgadas, y un peso de doce libras: al mismo tiempo limpió el pelo lanudo de todo el pelo sedoso que conservaban los primeros.

Ya que se trata de razas humanas, examinemos cuales son, y cuantas son. Cuvier admite tres: la caucásica, la mongólica, la etiópica. Blumenbach añade otras dos: la malaya y la americana; pero la primera parece una mezcla de la etiópica con la mongólica, la Segunda parece /ser/ una modificación de la mongólica.

La caucásica se distingue por la belleza del óvalo que forma su cabeza, en la cual tienen los pómulos poco desarrollo, la frente prominente, la nariz saliente, poco ancha, los labios finos, los ojos horizontales, los párpados bien rasgados, la piel generalmente blanca, cabello tendido, barba larga, ángulo facial de 80 á 85 grados. Comprende la familia semítica, que se compone de Sirios y de Arabes; la familia Ariana que abraza la Persia y da un ramo al Indostan, y la familia Egipcia. Se ha extendido en toda la Europa, si exceptuamos los Sajones que algunos refieren á la raza que sigue.

La Mongólica tiene los pómulos salientes, el rostro ancho y chato, los ojos estrechos y oblicuos, la nariz chata, el prognatismo ó prolongación de la mandíbula algo pronunciado, los cabellos rectos y negros, la barba corta, la tez olivácea; ángulo facial de 75 á 80 grados. Comprende la Gran tartaria ó Manchuria, la China y el Japón, y se ha modificado mucho en América.

La etiópica tiene el Cráneo comprimido en las sienas, corto el pómulo; gran prognatismo que da a los dientes una dirección oblicua, el maxilar superior se ensancha también lateralmente, la boca es grande, los labios gruesos, la nariz muy ancha y chata; cabellos cortos encrespados [como lanudos], pelvis /poco/ ancha, brazos largos, piernas estevadas, pantorrillas altas. La piel es negra. Ocupa principalmente el centro de África.

El tipo Oceánico es demasiado vario para ser único. Corresponde al mongólico los habitantes de las islas Marianas y Carolinas; y la etiópica /gran/ parte de los que habitan la Nueva Guinea, la Australia y el Van-Diémen. Otras islas del gran Océano ofrecen en su población grande afinidades con los Indios.

Cualquiera que Estudie el hombre en estos tres tipos que contrastan por tantos extremos, sobre todo comparando la raza Caucásica con la etiópica, se encuentra fuertemente inclinado a formar tres especies; [sobre todo] principalmente si se considera que la menor de las diferencias ya expuestas, comprobada por los Naturalistas en cualquier género de animales, bastaría para establecer una especie. Pero mayores diferencias ofrecen los animales domésticos entre sí, y los mismos Naturalistas saben muy bien distinguir; dejando tan [variados-diferentes] diversos tipos en el número de las variedades. Todas las diferencias que las razas extremadas del hombre muestran al Naturalista filósofo, no alcanzan á las que se notan en los animales domésticos. No pasan de

modificaciones en el tamaño, en el color, en la forma y en las proporciones del sistema huesoso. El hombre que [pierde] por la flexibilidad de su organización y por la actividad de su espíritu, es esencialmente cosmopolita, el hombre que ha acortado, estirado, pintado de todos colores, y fabricado á su antojo á los animales que ha hecho entrar en su sociedad, y ha dominado por la superioridad de su inteligencia, el hombre pudo modificarse á si mismo, ya en progreso, por medio de una influencia civilizadora, ya en retrogradación, por las tiranas influencias de otros hombres, ó por la fatalidad del clima que ha buscado en sus peregrinaciones, en medio de las arenas encendidas por el sol, en las sabanas inundadas de incultos continentes, en la cima enrarecida de las altas cordilleras.

Desde que Cuvier dió en su Reino animal los caracteres de las tres razas humanas, ha progresado la Geografía, gracias á los intrépidos viajeros que han dado la vuelta al mundo, á las relaciones comerciales y á los escritos de doctos partidarios; de tal suerte han mudado considerablemente nuestras ideas sobre [la] su restricta división. El resultado ha sido que nos vemos obligados a admitir no tres razas, sino veinte y cinco; no veinte y cinco sino cincuenta y aun mas. ¿Formarán todas [ellas] estas razas otras tantas especies distintas?

Cuvier señala tres razas; Buffon cuatro; pues no cuenta con la malaya; Blumenbach cinco, pues añade á la malaya la Americana; Prichard siete, Agassiz ocho, Desmoulius once, Bory de St Vicent veinte y cinco, sin contar las subdivisiones; y todo esto no es bastante.

Ese mismo progreso de la Geografía nos ha enseñado que los caracteres indicados por Cuvier y otros autores como descriptivos de las tres razas no son exclusivamente propios de ninguna de ellas. Dejemos á parte para abreviar la raza mongólica que no es mas que un término medio entre la caucásica y la etiópica y fijemos nuestra atención sobre esta última, que ofrece la dificultad al aparecer más [indispensable] indisoluble.

Ya sabemos que todos los Africanos no son de raza etiópica: no lo son los de Egipto, la Nubia y la Abisinia, ni los de Berbería, ni los de Marruecos ni los que cruzan el Sahara ó gran Desierto. Tomando por guía á Balli, digo que son etiópicos los habitantes del Bahr-el-Abiad, afluente occidental del Nilo, donde está el reino de Kordofan. Este autor no cuenta en la Nigracia, la Cimbebasia, la Hotentocia ni la Caferia; ni tampoco el Mozambique de donde han venido á la isla de Cuba en otros tiempos tantos negros, entre ellos los Macuá, ni las costas de Zaquebar, de Ajan y de Abel. Nos avenimos [que] con Balli en limitar la Región de los negros, sin contar el centro meridional del África, al Sudan, la Senagambia, la Guinea superior y la Guinea inferior. Los habitantes de estas regiones son verdaderos negros; pero veamos en que se difieren

del tipo dado por Cuvier. No se crea que los que viven en las mesetas elevadas tengan la fisonomía desgraciada de los que habitan el litoral, los montañeses de Sierra Leona, en la Guinea superior, tienen un color más bien trigüeño que negro. así son los de Kordofan en Bahr-el-Abiad, y la mayor parte de los del Sudan. Tres naciones se dividen la Senegambia: los Mandingas, los Yolofas y los Feletas ó Pulos. Los Mandingas son mahometanos, gastan turbante y tienen una civilización algo adelantada; son activos traficantes en oro y marfil. Los Yolofas son muy negros [y], de pelo retorcido y lanudo; pero son grandes, bien proporcionados, nariz prominente y labios no abultados.

Los Feletas según otros autores pertenecen a la raza caucásica.

Después de haber señalado [de] en la Nigricia, negros que parecen caucásicos, señalaremos en otros puntos, caucásicos y Mongoles que parecen negros. Los habitantes de la Nubia, la Abisinia y el Senaar, de raza caucásica, tipo semítico, son de tez bastante oscurecida; lo mismo que el tipo Indo de la India, ramo desprendido del antiguo Iran . Entre los Gulas de la Abisinia, unos tienen el cabello liso con fisonomía etiópica; otros el cabello crespo con cara de la India. Los Somaulis, en la costa de Adel, tienen piel negra, el cabello lanudo, con nariz saliente y bellas facciones. El Hotentote por su forma es etiópico, pero su color [es] oscuro es poco pronunciado. Los Namaguas, en la Hotentocia, tienen los pómulos salientes, como los Mongoles. El pelo encrespado, que desaparece en muchos puntos del África, aparece de nuevo en varias islas del inmenso archipiélago oceánico. Los insulares de Vito, Salomon, Nuevas-Híbridas tienen el color ahumado; pero no los de Tonga, O-Taití; Nuca-Hiva; el ramo Cafro-madecasio, procede de la raza negra. Hay en muchas de esas islas hombres, de piel negra; pero no son de raza negra; los franceses tienen la ventaja de explicar esta idea con dos palabras felices: *il sont noirs mais ils ne sont pas negre* (+)./(+) Tampoco parecen razas mixtas, á lo menos en totalidad: las diferencias dependen principalmente de las mismas circunstancias que pudieron mudar primitivamente la raza blanca en la etiópica, la cual no hemos aun manifestado./ En general parece que las grandes islas oceánicas, á saber la Australia, Nueva-Guinea, Van-Diémen y otras han sido primitivamente habitadas por negros, los cuales —aniquilados en lo litoral por pueblos conquistadores— han buscado un refugio en las montañas, donde llevan el nombre de Alfuras. También hay negros en las montañas de la península de Malacas. Un observador atento no confundirá jamás los negros Alfuros con los de Benin ó del Mozambique.

El tiempo me falta para acumular mayor copia de hechos: basta lo dicho para conocer que las razas no están bien circunscritas. Podemos afirmar que /en/ el color de la piel humana se encuentran todas las transiciones del negro, el blanco, pasando por el amarillo aceitunado; así como

podemos también asegurar que la disposición del pelo varía mucho en la raza caucásica, por lo que Cuvier no lo toma en consideración. El ángulo facial, la prominencia nasal, los labios, los pómulos varían igualmente.

¿Cuáles han sido las causas poderosas que han [dado lugar] producido todas estas variaciones? Unas dependen del clima, otras dependen del hombre, algunas son accidentales de nacimiento.

El clima obra con la presión [de la] atmosférica, la humedad, el grado de temperatura, la intensidad de la luz. Por causa de la temperatura se cubre de un pelo largo el perro de Terranova, y se colora la piel [de] con la producción del pigmento. El calor y la luz, obrando conjuntamente, son causas de este fenómeno; por lo que ha escrito Buffon las siguientes palabras: “El hombre, blanco en Europa, negro en África, amarillo en Asia; rojo en América; es el mismo hombre teñido con el color del clima”. La luz, que quita los colores á los despojos animales y vegetales, los aviva en los seres animados; por esto son más intensamente coloreadas y más brillantes en las regiones intertropicales [las escamas de los peces y] las plumas de las aves. El género alimenticio tiene también su influencia, y aun más las costumbres. Los accidentes pueden entrar en cuenta, porque es posible que en ciertas circunstancias hayan sido más frecuentes, como si en lugar de nacer un elefante blanco, una pantera negra, una cotorra amarilla, lo que sucede algunas veces, naciesen seres humanos de distinto color que sus padres. Uno de los ejemplos mas evidentes de la influencia del clima, se nota en el país de Angora, situado en la Anatolia, parte del Asia menor. La influencia de esta localidad es muy circunscrita, porque tiene por límites el río Halys. Del otro lado del río, las cabras no tienen la misma cualidad de pelo. Sucede a veces en Angora que una enfermedad contagiosa acaba con el ganado, los ganaderos compran entonces cabras comunes; las cuales /han/ en compañía del macho cabra de Angora, al cabo de tres generaciones, la raza de cabras extinguida.

Busquemos con Hollard los efectos de estos modificadores externos en el pequeño teatro de nuestras observaciones diarias. En qualquiera nación del mundo, compárense los habitantes de las ciudades con las del campo, los ricos con los pobres, los ociosos con los que la necesidad condena á un trabajo corporal constante, en diversas circunstancias y profesiones, los que pasan la vida en llanuras pantanosas, los que habitan las cimas elevadas; cuantas diferencias notaremos entre ellos, no solo en el color, sino en la forma y proporciones del cuerpo.

Pongámonos bajo de otro aspecto, siempre de pequeña escala un padre de familia; no ya Noe ni Abraham, sino uno de los muchos que hemos conocido tiene tres hijos, cada uno marcado con sello común que les da nacimiento, ninguno con todo igual al otro; cada uno empieza a su turno y perpetúa su tipo individual; vienen después las alianzas entre

los nietos y visnietos y la gran familia se vuelve un tipo de raza. En una escala un poco mayor no se distingue generalmente bastante bien un inglés, un francés, un alemán, un español. Llamo la atención de los literatos sobre la edición del Quixote que lleva el nombre de Ibarra, alto honor de las prensas españoles: compárense las láminas con la edición imitada que se ha hecho en Londres. El texto se aproxima, pero las figuras grabadas no son copias del original, y tienen todas la fisonomía inglesa [no así en la edición española. Por otra parte véase las láminas que adornan una bella edición de las comedias de Mosafin hechas en Francia; todas las caras son francesas]. No sucede así en la admirable pintura de Velasquez que representa Vulcano en su herrería: está bien litografiada en la colección del Sr. Madrazo. ¿No hay razgos comunes en ciertas dinastías de príncipes, conservados por la generación? ¿Y que mejor ejemplo que el de la familia de Abraham? ¿Diremos por eso que los Judíos son de especie distinta de los Griegos?

Volviendo al pequeño teatro de nuestras observaciones diarias vemos, comprendemos [y] sin esfuerzo /y/, quedamos convencidos. “Pero (son palabras de Hollard, esclarecido discípulo de Blainville) si se trata de dar mayores dimensiones á la escena, de sustituir á la diversidad que se produce en el seno de un mismo pueblo la que se manifiesta en el seno de la humanidad, vacilamos en nuestra convicción, la magnitud de las diferencias nos parece desproporcionada /a la influencia/ de las causas. Y sin embargo, si la diversidad de los tipos aumenta cuando de los límites estrechos de una nación pasamos al vasto desarrollo de la humanidad, ¿la diversidad de las causas modificadoras presenta acaso menores proporciones? Si hay mucha distancia del tipo caucásico al tipo negro ¿dista menos el clima de zona templada del que ofrece el África ecuatorial? tanto en el seno de una familia y de una nación como en el seno de la humanidad, los hechos son los mismos: mudan en magnitud; pero en su Naturaleza, no mudan”.

El trozo de Hollard llama oportunamente este otro de Buffon “Cuando el hombre empezó a vivir bajo de otro cielo, trasladándose de uno a otro clima, su Naturaleza se vio sometida a muchas alteraciones: fueron ligeras en las comarcas templadas, que suponemos próximas al punto de partida, y fueron en aumento al paso que de esta se apartaba; y cuando después de siglos transcurridos, de continentes superados y de generaciones batidas por la influencia del suelo, quiso establecerse en climas extremados, y poblar las arenas del medio día [uno menos que las arenas] y los yelos del norte, las alteraciones se hicieron tan grandes y tan sensibles, que dieron [lugar] motivo á creer que hombres tan diferentes como el Lapon, el Blanco y el Negro forman especies diferentes; [sino] sí, no viéramos que pueden unirse y propagar su comunidad la grande y única familia de nuestro género humano”.

Para concebir los efectos del clima no debemos considerarlo como causa directa, sino como causa provocadora de nuestra actividad fisiológica. [No es el sol que quema.] El Sol no quema directamente la piel, es el agente que excita las secreciones y [exala] exhalaciones, activa la producción y fija un exceso de materia colorante. Los agentes exteriores nos ponen en disposición de modificarnos a nosotros mismos.

Esto admitido no será difícil comprender como obra la más poderosa de todas las causas modificadoras, causa interna que solo ha bastado á Gaidan y á Marcel de Servés para dar razón de todos los grados de transición entre el hombre blanco y el etiópico y vice-versa. Esta causa, este instrumento poderoso es la inteligencia. El trabajo intelectual convierte la cabeza en un centro de afluencia donde predomina la energía vital. El resultado viene a ser el desarrollo del sistema fanérico productor del pelo: el exceso sanguíneo, consecuencia del trabajo prolongado, nutre, ablanda, alarga la lana grosera que cubría el casco del etiope; con el desarrollo del pelo la materia colorante, negra, concentrada, se liquida y se aclara, puesto que la sustancia pigmentaria es la misma que la del pelo. Al mismo tiempo, los hemisferios cerebrales, órganos de la inteligencia crecen y traen consigo la prominencia frontal, que dá mayor abertura al ángulo facial. El hábito de los más nobles instintos retira el hueso de la barba, cuyo prognatismo acusaba apetitos voraces; y disminuye el tamaño de la boca. El pelo de la barba crece con la variada expresión de la cara puesta en movimiento con todos sus músculos; el sentido del tacto sique[rá] en su perfección el progreso de la piel. Hay pues una causa de variación[es] superior al clima, y es el órgano de la inteligencia; el conjunto de caracteres está en armonía con la civilización; los rasgos de la cara y el ángulo facial están subordinados al estado intelectual; los progresos humanos se leen en las formas exteriores: permítaseme repetir esta idea bajo todos estos aspectos.

Comprobada la unidad de la especie, parece forzoso admitir la unidad de origen. Esta parece haber tenido su asiento en el centro del Asia, que contiene las montañas, mesetas y crestas más elevadas [en] del orbe terrestre [lo que primero salieron del seno de las aguas], comarca admirablemente dispuesta á favorecer la dispersión de la especie humana / a lejanos climas y/ en todas direcciones. La vida errante de la humanidad, en sus edades primeras, favoreció [la] esta dispersión [a lejanos climas]. La robustez de [estos] los primeros hombres [debió ser] era indudablemente superior a la nuestra: llenos de juventud y de vida, osados, confiados en sus fuerzas corporales, unos levantan torres que se pierden en la vista, otros alzan el monte Oso sobre Pelion para [alcanzar] derrocar al Olimpo; ¿quieren abarcar la tierra, quieren apoderarse del cielo. [/Será el estrecho de Bering obstáculo á las empresas de Sem que bajo de sus alturas/ *Sem* significa *lugar alto*. ¿Quién podrá medir la vasta

extensión de territorio recorrido por Japhe? *Japhet* significa *extensión*. ¿Qué tierra abrazada por el sol, qué desiertos arenosos contendrán el ímpetu de Cham? *Cham* quiere decir *calor*. [No se confunda con] *Chemi* en lengua egipcia significa negro, color de la tierra, cuando se retiran las inundaciones]. ¿Será el estrecho de Behring obstáculo á la empresa de Sem, que bajo de las alturas? ¿Quién podrá medir la vasta extensión de [los] territorios recorridos por Japeto X tierra abrazada por el sol?, qué desierto arenoso contendrá el ímpetu de Cham? Los hijos de Cham pasaron los trabajos mayores: [no se detuvieron en construir muros X] el istmo de Suez, inundado antes de la formación del Delta, les negó el paso, defendido por el monstruo *Typhon* [que] se alimentaba de miasmaz palúdeas; dieron vuelta á la Arabia, y pasaron el estrecho del mar rojo; los montes de la Luna los recibieron y fueron testigos de sus gigantes esfuerzos. En vano lucharon con las fieras y metieron el brazo en la boca del Leon, arrancando la lengua de sus fauces sangrientas. La tierra que los sustentaba era joven también y vigorosa; los robustos vejetales que la cubrían acumulaban [los] densos vapores en sus cimas, los ríos salían de madre y [arrastraban] volcando en su corriente [sus] las chozas /primitivas, los hombres fuertes/. Las mugeres y sus hijos; el trueno /espantoso del creador /cenador/ los amenazaba retumbando en ecos prolongados; el rayo los aniquiló al pie del árbol donde /en su ignorancia/ buscaban un refugio. El clima por fin los enfermó; los rindió, les rompió las fuerzas corporales y las del alma. Las familias cazadoras se esparcieron, porque necesitaban un dominio [bastante] extenso para poderse alimentar; las que pasaron al estado agrícola se vieron invadidas y saqueadas por las [otras] tribus errantes. Entre tanto el feticismo, primera religión de la infancia intelectual, [había] sembraba los ánimos de supersticiones; el Sacerdocio pidió víctimas humanas /al pie de una boa de piedra/. Las guerras de fetizos vs fetizos, de hombres contra hombres, trajeron la esclavitud; los esclavos se degradaron, se corrompieron; y esa corrupción, esa degradación subió hasta los amos, y pe-netró en sus huesos.

(C) Que el Asia sea la cuna del género humano, lo dicen todos los que han escrito sobre historia universal; y basta la opinión del alemán Heeren, el primer historiador de este siglo, para que no nos quede duda sobre este particular. Pongo aquí sus palabras: “De las tres partes del antiguo mundo, ninguna hay mas digna que el Asia de fijar la atención del historiador-filósofo, que quiere abrazar en sus investigaciones la

(C) En tanto [que] los hijos de [Japhet] Japeto, siguiendo las orillas templadas del Ponto-Euximo, del mar Egeo y de la Liguria hasta las costas Ibéricas, fundaban ciudades y reunían los elementos de las dos lenguas más perfectas que los hombres han hablado sobre la tierra; la griega y la latina.

totalidad del género humano. De allí parten en la historia los primeros puntos luminosos; y en el transcurso de los siglos posteriores en que el África permanece envuelta casi de un todo en una oscuridad profunda, y en que la Europa hartamente ahuyenta sus propias tinieblas, se levanta en el Asia un resplandor que alumbraba las grandes revoluciones que han agitado sus pueblos. Mientras mas subimos al origen histórico, nos vemos conducidos constantemente al Asia, y mas se confirma la tradición de que fué la cuna del género humano. La historia misma de las ciencias nos traslada con igual constancia al Oriente, á pesar de todos los esfuerzos del Occidente, para enriquecerlas he imprimirlas el sello original. Allí se encuentra la patria, no solo de nuestra religión, pero también de todas aquellas que propagándose en el mundo, se han elevado á la altura de religiones dominantes”.

Las naciones más antiguamente civilizadas en la tierra son las que habitan las orillas del Ganges y aquellas que producen en sus bosques el gusano de la seda. Algunos creen que el Egipto es mas antiguo, pero en esto se engañan, porque el primer núcleo que se formó en Meroe, entre los afluentes de la Nubia, se componía de sacerdotes de la India. Cuando bajaron el curso del Nilo, constituyéndose geológicamente, esto es, por medio de terraplenes conquistados sobre el río en una y otra orilla, primero en Tebas, la ciudad de las cien puertas, luego en Menfis célebre por sus pirámides, sus laberintos y sus templos, crearon un orden de arquitectura en armonía con el cielo que los alumbraba y el desierto que les servían de límite; formaron nuevas instituciones, una religión y una ciencia nueva, olvidaron su primer origen, pero conservaron de él algún vestigio. El Zodíaco de Denderah no es el de Benares, pero siempre es un Zodíaco; la división de la nación en costas [de], la inmutabilidad del principio Sacerdotal reflejada en la arquitectura, son copias de la civilización Bramina; la adoración del Loto y el dogma de la Metempsicosis no tienen explicación en Egipto; es menester buscarla en el Indostan. Aquí en el Indostan, el Loto fué la cuna de un Dios, aquí la metempsicosis fué establecida como una expiación; habiendo sido creados los cuerpos humanos para servir de habitación a los ángeles rebeldes que debían permanecer en cada planeta un tiempo determinado; y por ser demasiado corta la existencia de todos los cuerpos, pasaban de unos á otros, hasta la conclusión del termino señalado: de suerte que el hombre venía á ser un ángel caído, con aspiraciones á su morada primitiva.

L'homme est un Dieu tombé, qui se souvient des cieux.

Lamartine

Si este bosquejo pareciese á algunos menos real que imaginario, trasladese á las diferentes partes del mundo habitado por tantas y tan

diferentes naciones, y sepa descubrir en ellas los vestigios de las emigraciones del gran tronco Yraniano; lea esta historia, no en libros que pueden errar; sino en el rostro de los habitantes, en sus momentos, en sus usos y costumbres. Los Indios de la América Setentrional conservan los caracteres Físicos de la raza mongólica. Según todos los navegantes que /han/ dado la vuelta a la tierra, la Oceanía presenta cruzamientos de la raza negra con la mongólica, a veces la caucásica por medio de los Arabes y los Indios. Hemos visto que los Coralinenses son mongoles; las momias mejicanas y las ruinas del Palenque ofrecen semejanza con las momias y monumentos de Egipto; también las de Perú, según las describe Balbi. “Los calendarios astronómicos de los Peruanos, dice este acreditado geógrafo, sus almanaques astrológicos tan complicados, los templos piramidales de Méjico, las construcciones mazisas y las esculturas colosales de Guatemala, del Yucatán, recuerdan los monumentos inmortales del antiguo Egipto; mientras que las momias descubiertas en muchas partes de América nos trasladan las unas a Sandwich en medio de la Oceanía [se encuentra el tambor de los tangos usados en muchas regiones del África. Se ha encontrado en la Nueva Holanda el uso de la flauta de Pan], por los tejidos que sirven de envoltura, las otras á Canarias por su relación con las momias de los Guanchos”. En algunas islas de la Oceanía se encuentra el tambor de los tangos usados en muchas regiones del África. Se ha encontrado en la Nueva Holanda el uso de la flauta de Pan, como este Dios la fabricó en el clima de la Grecia en memoria de la ninfa Siringa, convertida en caña entre sus brazos: la invención de esta flauta asciende a los tiempos mas remotos: Los Oceánicos, como /hacían/ los Indios de Cuba, cocinaban la carne en hornos subterráneos, calentados con piedras calientes. Los habitantes de la Nueva Bretaña, de la Nueva Holanda, de la Nueva Galia y de la Nueva Guinea tienen la costumbre de atravesarse las narices con palos de varias pulgadas de longitud. El uso de los adornos en las narices, las orejas, y los labios, se renueva en muchas tribus americanas; lo mismo que las costumbres de cortarse una falange en ciertas circunstancias, como sucede en Australia, en Tonga y en Sandwich. El uso de rayarse la cara; el pecho y los brazos es general en toda la Oceanía, a pesar de la distancia que separa a los insulares. Los [Peruanos] Papuanos construyen almohadas de madera para dormir; las cuales no difieren de la que se han encontrado en las momias de Egipto, labradas en ellas las figuras de las Esfinges y otros atributos egipcios. De suerte que a pesar de la distancia inmensa que separa los pueblos unos de otros, todos han peregrinado, todos han sembrado en su trayecto los comprobantes de sus peregrinaciones.

Están pues de acuerdo los Naturalistas, los navegantes, los geógrafos, la historia, la tradición, los monumentos, las costumbres, para dar testimonio de que los tipos humanos específicos no son tres, ni cinco ni

ocho, sino innumerables y que todos no conducen al Asia en busca del tipo primitivo, por que todos del Asia han bajado. Conduce á la misma conclusión el estado de las lenguas.

“Conservando la unidad de la especie humana, dice el venerable sabio [O.] Alejandro Humboldt, desechamos como consecuencia forzosa, la dolorosa distribución de razas superiores y de razas inferiores. Hay sin duda pueblos susceptibles de mayor cultura, mas adelantados en la civilización, mas ilustrados; pero ninguno es mas noble que otro: todos han nacido para la libertad”.

La medida del ángulo facial, tal como la propone Camper, es muy engañosa, y por lo tanto no está siempre en relación con los grados de inteligencia, á no ser que se comparen los Cráneos de una misma raza; y aun así hay casos en que es impracticable. En la raza etiópica está modificada por la prognación ú oblicuidad de la mandíbula superior que no tiene que ver con la caja craneal. Así es que Liedeman se ha visto obligado a tomar otra norma mucho mas segura, y es la de medir la capacidad interna de los Cráneos, que pesaba antes y después de haberlos llenados de granos de alpiste. Sus experimentos sobre 430 Cráneos de varias razas han demostrado el Cráneo del negro en término medio igual al de la raza caucásica, contando todos los ramos de esta ultima: cuyos extremos se encuentran en Europa y en el Indostan.

La diferencia corporal no es lo que mas debe distinguir al hombre. Si no hay diferencia psíquica, no hay [ninguna] diferencia importante lo que distingue [Liebre] la liebre del conejo, no es el color de la piel ni la longitud de la oreja; es el instinto. A pesar de la gran semejanza que hay entre el Perro, el Lobo y el Chacal, son tres especies; no así á la Zorra, que tiene la pupila hendida como animal nocturno. El Chacal vive en sociedad, como el Perro, pero no es tan perfectible; el lobo es solitario. La diferencia es psíquica; si podemos usar aquí esta expresión. La Liebre es solitaria, el Conejo vive en sociedad; el primero no vive en madrigueras como el segundo. Sigamos a Flourens. “El Cráneo y la piel no contituye al hombre; su esencia es el alma, esta alma es la misma en todos los hombres, los sentimientos son iguales, el pensamiento es el mismo, servido por el don de la palabra: Es cierto que la raza etiópica ha quedado inferior en las ciencias y en las artes, pero esta inferioridad es accidental y temporaria, y puesta en mas felices circunstancias, licito es creer que llegará al nivel intelectual de los pueblos civilizados”.

El ángulo facial del Orangutan ha dado a [Owen] creer á algunos que del hombre negro al mono la transición es corta, pero es menester indicar un hecho muy notable en la historia de estos monos. Los jóvenes tienen la frente prominente, la mandíbula inferior corta y retirada, el ángulo facial de 60 grados; sus movimientos son graciosos, su inteligencia parece bastante adelantada; pero en la edad adulta según se van

desarrollando los apetitos brutales adictos á su Naturaleza, la desfiguran de tal suerte que ha sido preciso emplear la sagacidad de los [mayores] mejores Naturalistas para distinguir el joven orangután del Pongo ó Orangután adulto, pues hay contraste completo de uno con otro.

Esa idea de aproximar un hombre á un mono es en extremo impía falsa y abominable; y sin embargo no ha faltado quien haciendo en una columna el retrato de las diferentes razas humanas, haya encabezado la escala con [bello] el divino rostro [de un Dios] de Apolo de Belveder, /y terminado/ con la efigie de mono Orangutan, precedida del negro Africano. No hay transición entre el hombre y el bruto, hay un abismo intelectual [[El animal no abstrae, no generaliza, no reflexiona, no sale de lo Físico] el perro castigado por haber comido la perdiz, no hace á solas propósitos saludables de no volverla á comer; pero cuando vuelve á ver la perdiz, se acuerda y se abstiene: su memoria es una reminiscencia en presencia del objeto, no en ausencia. El animal no se juzga á si mismo, no es moral, no es responsable, porque no tiene mérito ni demérito en sus acciones; no remonta a lo pasado, no se lanza á lo futuro, no tiene vida intelectual. El mono no habla, bien que tenga el órgano de la palabra; no *comprende el lenguaje convencional del hombre*. Esto dice cuanto se puede decir, y prueba cuanto se [puede probar] desea probar. No hablan; porque no abstraen; puesto que no hay ninguna oración que no contenga un sugeto [el] y un atributo, y ese atributo es una abstracción. Jamás sabrá un mono lo que significan estas sencillas expresiones: *la mesa es redonda, Pedro es justo*; porque las ideas abstractas de redondez y de justicia no se encuentran en su limitada inteligencia.

]]El hombre al contrario, dotado “de un espíritu racional, conocedor de sí mismo, capaz de abstraer, generalizar y moralizar, estudia con atenta curiosidad los fenómenos de la Naturaleza; busca á todo efecto una causa, refiere todo atributo a una sustancia; se eleva á lo absoluto en las ideas de espacio y de tiempo, en las nociones de lo bello, lo verdadero, lo justo: su mundo intelectual se extiende á lo pasado, á lo presente, á lo futuro. El hombre es el único de los animales que hace uso del fuego, primitivamente lo sacó del pedernal ó de un leño en frotación; hoy lo arrebató a la atmósfera. Es el único ser religioso: ve a Dios en sus obras, lo siente en sí y fuera de sí sin esfuerzo alguno; mientras que el Orangután, lo mismo que el buey ve el cielo y no lo comprende.

]]Estas últimas palabras son sacadas de mi Discurso, impreso por la Real Universidad en 1856: allí mismo digo lo que sigue: “El mas atrasado de los hombres, el Bosquiman del Cabo de Buena-Esperanza, el Australio que vive sobre los árboles, y que asiste de cluquillas con aparente indiferencia al espectáculo de la civilización inglesa en Sidney, el Australio, digo, cuyo ángulo facial es aproximadamente de

60 como el de los jóvenes orangutanes, tiene el don de la palabra, enciende fuego, teme la muerte, la sonrisa asoma á sus labios, la tristeza altera su semblante, la conciencia habla á su corazón la Divinidad se revela á su mente]]⁵

En resumen la fecundidad indefinida entre las razas humanas, los límites de variedad que presentan los [ani] males domésticos y las otras razones enumeradas, prueban la unidad de la especie humana. [Ya se había dicho “los negros son hombres”. Ahora diremos: “los negros son hermanos” y antes que nosotros lo había proclamado la Iglesia Católica. X Tal vez no tanto]. Esto no tiene importancia para las personas generosas y sensatas, dotadas de sentimientos de *humanidad*: pero esto importa mucho [al lado de] con respecto á hombres que viven en la ignorancia y en la necesidad de sacar el mayor provecho de las fatigas y trabajos de otro, dígase á estas que el hombre sujeto al trabajo no es de su especie, y no estará muy lejos de considerarlo como [un perro. ¡Ojalá tuvieran todos los hombres los sentimientos desinteresados y afectuosos que distinguen este noble animal!] fuera de la humanidad.

¿No vemos los hombres de una misma raza, ha apartarse unos de otros y hacerse la guerra por levísimas diferencias? El inglés llama al francés *perro francés*; el francés llama al inglés, *perro inglés*. El Catalán, el Andaluz, el asturiano, el Gallego son indudablemente españoles; pero esto no quita un carácter pronunciado de provincialismo, que se opone a la unidad apetecida. No haya ingleses, no haya franceses; no haya hombres de esta o de aquella provincia. La patria del hombre es el orbe que habitamos. Nuestro padre único está en el cielo, nuestra patria es toda la tierra. Esa grande idea de la *humanidad* y de fraternidad universal, es la condición necesaria, para que el hombre alcance el grado de civilización y de felicidad que le es dado disfrutar en este suelo.

Habana y septiembre de 1861.

Felipe Poey.

⁵ Se encuentran entre dos corchetes [[]] las partes tachadas (párrafos completos). (*Nota de R. M. G.*)

2. CURSO DE GEOLOGÍA¹



Geología. Índice del Curso

1. Introducción
2. Geografía física
3. Causas actuales
- Temperatura
4. Atmósfera
5. Clima
6. Aguas
7. Costera terrestre
8. Electricidad y magnetismo
- Vulcanismo
9. Calor central
10. Volcanes
11. Terremotos
12. Oscilaciones
13. Islas madreporicas
14. Levantamientos
15. Fuentes termales
16. Cavernas
17. Causas del vulcanismo
18. Acción de la atmósfera
19. Acción de las aguas
20. Causas fisiológicas
21. Generalidades sobre las rocas
22. Cuerpos simples más importantes en la composición de la tierra
23. Sustancias compuestas que más importa conocer como elementos constitutivos de las rocas
24. Metamorfosis
25. Clasificación de las rocas. Consideraciones generales

¹ Entre la papelería de Felipe Poey que hoy se conserva en el Departamento de Antropología de la Facultad de Biología de la Universidad de La Habana hallamos un manuscrito (sin fecha) escrito por el naturalista, el cual contiene los puntos de su curso de geología.

26. Clasificación mineralógica de las rocas, por Omalius de Halloy
27. Clasificación mineralógica de las rocas por Vilanova
28. Descripción de las rocas principales
29. Terrenos en general
30. Estratigrafía
31. Geografía fisiológica en general
32. Distribución de los vegetales
33. Distribución de los animales
34. Leyes paleontológicas
35. Fossilización
[En el original aparecen tachadas las siguientes palabras: “de conformidad con las doctrinas de Agassiz”]
36. Origen y desarrollo de las especies²
37. Clasificación general de los terrenos y épocas paleontológicas
38. Terrenos de la serie ígnea
39. Terrenos primarios
40. Terrenos intermedios o de transición
41. Terrenos secundarios
42. Terrenos terciarios
43. Terrenos cuaternarios
44. Terrenos modernos
45. Antigüedad de la especie humana
46. Precisión de los equinoccios
47. [?]
48. Época glacial
49. Fenómeno errático
50. Geogenia
51. Revoluciones del globo
52. Cosmogonía de Moisés
53. Opiniones varias: Lyell, Beaumont
54. Geotecnia en general
55. Geotecnia industrial
56. Geotecnia agrícola
57. Historia de la geología
58. Biblioteca geológica

² El asunto es tan vasto, que merece formar un tratado especial aparte; bien que perteneciente a la paleontología. Comprende la definición y el origen de la especie y su permanencia o mutabilidad, conforme a la especie y las teorías de Linneo, Cuvier, Lamarck, Geoffroy Saint Hilaire, Agassiz, Darwin, [?], etc.

3. CARTA ENVIADA A POEY POR JOSÉ IGNACIO HERNÁNDEZ¹



[...] Los Pargos en la costa del N[orte] corren en tres lunas sucesivas esto es los llamados San Juaneros y Lombriceros y ya ve V. que estos vienen con el dedalillo y la lombriz. Dice V. que es bueno saber si la entrada de los peces en los puertos coincide con la aparición de sardinias que entren: no es preciso que sea en las bahías y ensenadas, los Pargos lombriceros vienen a la costa del N[orte] de la Isla al mismo tiempo que aparece el dedalillo, cada especie de sardina tiene su tiempo y será bueno saber ¿En que tiempo aparece cada especie? y ¿el tiempo que dura la precencia respectiva de cada especie en las costas? Su primera aparición marcando un día del año *v. g.* el día que entra la primavera ¿q[ue] especie de sardina es la mas abundante en la Habana? ¿que peces se encuentran al mismo tiempo? ¿que zoófitos, Moluscos, anulosos y crustáceos vienen al mismo tiempo, ¿Cuales son las especies fijas? ¿Cuales las mas estables de las fijas? ¿Cuales son las que son mas transitorias ó sean de menos duración por cualquier causa? y desde ahora preveo [que] el desove y el desarrojo de los nuevos individuos de cada especie viene acompañado del alimento [que] les conviene [...]

[...] Ya tiene V. quinientas y setenta especies y todavía hay que hacer muchas preguntas a los pescadores, yo quisiera estar allí para alludarle y bueno será q[ue] le ayude alguno de los buenos Estudiantes q[ue] debe haber.

La arribazon que viene con los temporales del equinoccio puede no tener por causa el desobe; pero no me atrevo a afirmarlo ni a negarlo y si puedo decir que viene con el primer temporal de otoño antes = q[ue] hay años sin arribazon de otoño = q[ue] hay años en q[ue] un pequeño temporal en Agosto ha hecho aparecer arribazones de pargos y otros peces = que hay años de dos arribazones, q[ue] por cosa rara se cuentan años de tres = aquí se pescan pargos por el mismo tiempo q[ue] allí

¹ Carta fechada el 17 de febrero de 1860. Actualmente se conserva depositada en el Archivo Histórico del CEHOC Carlos J. Finlay (Papeles de Felipe Poey).

en verano nada sé de su pesca aquí en otoño = Es menester ver el tiempo de los otros peces la profundidad a que vive cada especie = si vive en pozas = si en mar abierto = si es de bahías mas q[ue] de mar abierto = si de ríos hasta donde llega la marea = si mas arriba de la marea en agua dulce = si de mar y de agua dulce = si de agua dulce y de mar = si palidinos de entre piedras = si de corzo = si diurnos o nocturnos ver todo lo q[ue] pueda, averiguarse de costumbres respectivas de cada especie y ver si están arregladas su organización = ver lo que no parezca verdad para arrimarlo a un apartado hasta tener el conocimiento de si es o no verdad = esto sé yo q[ue] lo hace V. con todo rigor; pero ya V. sabe q[ue] siempre se cuenta algo inverosímil; pero también hay cosas ciertas que parecen mentira que podemos llamar misterios de los abismos, cuidado con Cecilio.

Bueno será consultar a los Naturalistas N[orte] americanos para ver el órden en q[ue] están establecidas las especies q[ue] han descrito esto es con respecto á latitud, y yo dudo que haya habido Naturalistas que hallan hecho todavía con intención este trabajo = esto se lo digo por ver hasta donde llegan algunas especies de nuestras costas porque lo demás será trabajo de una obra diferente a la q[ue] V. hace ahora, y si hay luego que se acabe la q[ue] está haciendo ahora tiempo y gusto para hacerla se puede emprender la de todo el mundo porq[ue] ya se encuentra V. fuerte en la materia con el trabajo q[ue] esta haciendo, y el otro trabajo, se facilitara mucho poniéndose en relación con los Naturalistas q/ue/ Estudian peces en todas partes q[ue] los haya = y para esto no me acuerdo de los pocos recursos q[ue] tenemos en la isla de Cuba = yo no pierdo nunca la maña de tomar arrancada y no sugetar la estrepada: pero vale mas decir algo que estarse callado porq[ue] de lo q[ue] se comunica algo se saca y sin discución no hay adelanto, y que tuerto ó derecho algo sale.

[...] Yo no sé el plan q[ue] V. se propone llevar en su obra de peces; pero me parece q[ue] en el cuerpo de la obra no debe V. cargarse con el inmenso trabajo de tanta menudencia y si solo limitarse a la clasificación de especies, sus dibujos su anatomía en lo mas interesante y todo lo q[ue] V. sabe mejor q[ue] yo porque con lo q[ue] le digo solo quisiera q[ue] V. se desviara de ese recargo de trabajo dejándolo para el final de la obra con referencia á cada especie si es posible.

Es menester ver si el Pargo lombricero q[ue] alcanza hasta 17 libras (yo los he visto) y los de otoño son las mismas especies ver cuantas especies son las q[ue] hay = cuales son las de ellos q[ue] vienen un tiempo, si los del seboruco q[ue] se cojen por Agosto en Cojimar son de otra especie y las especies q[ue] hay es interesante el pargo. Ver por q[ue] causa es porq[ue] pican los peces con el órden de lunas (fuera de las arribazones de otoño y por que siendo los peses tan abundantes no pican siempre en

donde se los ve con abundancia, serán tan desconfiados como son vorases será presiso q[ue] el agua este algo turbia para q[ue] no viendo ellos los avios cojan los anzuelos dando la luz de cierto modo en el agua veran las carnadas y no los avios = tendrán inteligencia para conocer las trampas = yo no se que decir = aquello de a río revuelto ganancia de pescadores es verdad hasta cierto punto, con el agua muy clara no se pesca fácilmente al anzuelo con un poco de revoltura en el agua es bueno en los rios = en el mar con mucha después de un gran temporal y también con poca, hé pescado con el agua lo mas claro q[ue] es dable ver = en otras ocaciones hé visto q[ue] ha habido un temporal de Agosto en adelante y han aparecido los peces en abundancia, se han estado cojiendo por muchos días seguidos, luego se ha presentado otro temporal y desaparecido la abundancia pero se cojían algunas otras veces he visto casi desaparecer una especie por la misma causa y aparecer otra ú otras especies.

Infórmese si se ha sondeado lo q[ue] hay de la Habana a Cayo Hueso ó la punta de la Florida ¿Que habrá descrito en lo del placer treinta brazas tres leguas N[orte] E[ste] del Morro = no creo lo de Dulsaide q[ue] sita para esto al patrón Almeida y á otros, y no lo creo por la gran corriente que hay afuera y p[or] lo que V. me ha dicho de la profundidad tan grande q[ue] dio la zonda entre Cabo San A[Antonio] y Yucatán.

No hay pormenor inútil en hidrografía y cuantos mas datos pueda V. adquirir de la Costa será mejor porque los bajos los esteros las bahías las bocas de los rios los canales y los placeres son otros tantos jardines zoolójicos.

He encontrado un focil de una madrepora cristalizado si le sirve se lo mandaré.

Le mandé con los Curbelo solo dos caracoles de los grandes por q[ue] no encontré mas y varios de los chicos.

Todavía no he podido ir a buscar los guajacones [...]

[...] P.D. En el diccionario de la pesca tratando la de la Ballena dice q[ue] sigue unos gusanos q[ue] los pescadores conocen por gusanos de Ballena no se lo que será puede V. ver el diccionario.

No se olvide del dedalillo y la lombriz y Eligio, Cecilio y otros de allí pueden satisfacer las preguntas q[ue] se le hagan, y ¿cuantos animales q[ue] viven de alimento a los grandes peces pasaran desapercibidos como los nautilios y otros pequeños moluscos [...]

4. LISTA DE PECES DE LOS MARES CUBANOS¹



1. *Antennarius multiocellatus* (Antenneriidae)
2. *Caranx chrysos* (Carangidae)
3. *Caranx latus* (“)
4. *Oligoplites saurus* (“)
5. *Selene setapinnis* (“)
6. *Chaetodon capistratus* (Chaetodontidae)
7. *Chaetodon ocellatus* (“)
8. *Erotelis smaragdus* (Eleotrididae)
9. *Eucinostomus gula* (Gerreidae)
10. *Gobionellus smaragdus* (Gobiidae)
11. *Gobionellus oceanicus* (“)
12. *Lophogobius cyprinoides* (“)
13. *Halichoeres radiatus* (Labridae)
14. *Scorpaena grandicornis* (Scorpaenidae)
15. *Diplectrum radiale* (Serranidae)
16. *Sphyraena barracuda* (Sphyraenidae)

¹ Lista con los nombres (género, especie y familia) de los peces de los mares cubanos llevados por Felipe Poey a Francia en 1826. En la actualidad forman parte de las colecciones del Museo Nacional de Historia Natural de París. La localización de esta información se debe a la labor de Marie-Louise Bauchot, del Laboratorio de Ictiología General y Aplicada de dicha institución, quien amablemente nos la envió con fecha 10 de marzo de 1992.

5. INSTITUCIONES NORTEAMERICANAS A LAS CUALES PERTENECIÓ FELIPE POEY



- Miembro corresponsal del Liceo de Historia Natural de New York (12 de mayo de 1851).
- Miembro de honor de la Sociedad de Ciencias Naturales de Buffalo (6 de junio de 1863).
- Miembro corresponsal de la Sociedad Entomológica de Filadelfia (11 de enero de 1864).
- Miembro corresponsal de la Sociedad de Historia Natural de Boston (16 de marzo de 1864).
- Miembro corresponsal de la Sociedad de Historia Natural y Horticultura de Essex, Massachusetts (26 de diciembre de 1864).
- Miembro corresponsal de la Academia de Ciencias Naturales de Filadelfia y de la Sección de Concología de la misma (5 de septiembre de 1873).
- Miembro de la Sociedad Histórica de Trinity, en Dallas, Texas (29 de noviembre de 1888).

Para la elaboración de la lista de los títulos de Felipe Poey en instituciones norteamericanas fueron consultados los siguientes documentos:

Hoja de Servicios del catedrático D. Felipe Poey, 31 de agosto de 1874, y Pliego de honores presentado por el Ldo. D. Felipe Poey y Aloy, con hoja de servicio, 8 de noviembre de 1878, en: Archivo Histórico, CEHOC, carpeta 2, doc. 29.

Carta del 20 de noviembre de 1888 por la cual Pen W. Austin, secretario de la Trinity Historical Society, Dallas, Texas, le comunica a Felipe Poey su nombramiento como miembro de dicha institución, en: Archivo Histórico CEHOC, carpeta 2, doc. 1.

Juan Vilaró: "Felipe Poey. Apuntes para su biografía", *Revista Cubana*, 1855, t. II, pp. 481-490.

Carlos de la Torre: "Don Felipe Poey", *Figuras cubanas de la investigación científica*, Publicaciones del Ateneo de La Habana, La Habana, 1942, t. II, pp. 313-345.

6. RELACIÓN DE MADERAS CUBANAS



Esta relación proviene del análisis de un pequeño legajo ordenado alfabéticamente de forma minuciosa por nuestro gran sabio don Felipe Poey y Aloy. La labor de compilación y estudio fue realizada por el licenciado Roberto Rodríguez, profesor del Departamento de Antropología de la Facultad de Ciencias Biológicas de la Universidad de La Habana, quien halló dicho material entre la papelería del naturalista depositada y conservada en el mencionado Departamento.

Está encabezado por la denominación *maderas*, que de acuerdo con sus características, nos sugiere la posibilidad de que el científico estuviese compilando los nombres vulgares de éstas, con el fin de confeccionar un catálogo, o más bien una colección de muestras de los árboles maderables de nuestro país u ordenando su propia colección.

El legajo en cuestión, está conformado por pequeñas hojas de 54 por 79 milímetros, en las que aparecen 242 nombres vulgares de plantas, reflejando además, un número que no guarda un orden regular con el agrupamiento alfabético y que probablemente corresponda al ordenamiento de las colecciones particulares de donde se obtuvo la muestra. Se indica también si se trata de un trozo bruto (“tronquito con corteza” [Poey]) o en forma de rueda o tablilla, y si ha sido labrado o no; en la mayoría de los casos se refleja el grueso en milímetros, a veces el ancho y si el fragmento contiene mucho o poco corazón. Con frecuencia aparecen los términos: “Otro pa[ra] peq[ueña] col[ección]”, o sea, que se ha tomado más de una muestra para organizar otra colección más pequeña.

Otras acotaciones indican el lugar de donde se tomó la muestra; así por ejemplo, en una de las hojas se lee: *caoba*, y más abajo “[...] de la Alameda”; al pie dice *Nobal*. Es decir, que el fragmento de caoba que recibe Poey es tomado por *Nobal* de la Alameda.

La belleza de las maderas es puntualizada en otra oportunidad por el sabio: “[...] bonita madera”.

Al pie de la generalidad de estas fichas de catalogación, aparecen los apellidos: Paz, Noval o *Nobal* (indistintamente, aunque consideramos sea la misma persona y solo se trate de error ortográfico), Fabre, Curbelo, Villate, Echeverría, Sauvalle y Sagebien. Estos dos últimos

son los más frecuentemente nombrados, debido, al parecer, a que contribuyeron en mayor medida con las donaciones de muestras para enriquecer la colección del sabio.

El apellido Sauvalle, a no dudar, corresponde a Francisco Adolfo Sauvalle (1807-1879), quien fue el autor de una de las primeras floras de Cuba. Este naturalista de origen francés, se estableció en Cuba a los 17 años.

Curbelo, por su parte, pudiera corresponder, en nuestra apreciación, a un asiduo coleccionista de maderas. Juan Tomás Roig, en su obra *Arboles maderables cubanos*, cita a Maximiliano Curbelo, colono del Central Chaparra, que

“[...] exploró toda la zona norte, principalmente los términos de Puerto Padre y Holguín” y quien “[...] reunió más de 500 muestras colectadas personalmente”. Es posible se trate de la misma persona o un familiar que heredó la colección de su ancestro. Poey refiere a Curbelo ubicado en Cienfuegos.

Del resto de las personas citadas no hemos podido hallar información.

Este catálogo de nombres vulgares confeccionado por don Felipe, contiene a veces un nombre repetido en más de una ocasión, pero estableciéndose una diferenciación en algún rasgo: por ejemplo, en la intensidad de la coloración, que pudiera sugerir la existencia de una variedad de la misma planta. En él están representadas 50 familias.

Es de destacar que algunas nominaciones no están reflejadas en ninguno de los catálogos consultados, aunque en muchos casos nos parecen coincidentes con otras ya conocidas, como es el caso de:

Según Poey

Smil en catálogos

Granadillo amarillo
Ébano con albura

Granadillo macho o de Cuba
Ébano blanco

En otros casos será aventurado afiliar los nombres con otros ubicados en los catálogos. Más adelante se da una relación de los mismos.

Relación de nombres vulgares no registrados en catálogo

- | | |
|----------------------------|-------------------------------|
| 1. Acana real | 7. Carne de doncella de costa |
| 2. Ají blanco | 8. Cedro nuevo |
| 3. Alamo amarillo | 9. Ciobana |
| 4. Almendro manso | 10. Guabá blanco |
| 5. Araba blanca de corazón | 11. Guairaje escamoso |
| 6. Araba de ingenio | 12. Guara del ley |

- | | |
|---------------------|--------------------|
| 13. Hachote | 19. Suviana |
| 14. Hicaco Blanco | 20. Tenguece |
| 15. Jequí de ley | 21. Vara carbonera |
| 16. Manguiva | 22. Vivona |
| 17. Nogal silvestre | 23. Yaití hembra |
| 18. Palo mantequero | 24. Yaya amarilla |

Familias representadas en el catálogo de Poey

- | | |
|--------------------|---------------------|
| 1. Anacardiáceas | 25. Melastomatáceas |
| 2. Anonáceas | 26. Meliceas |
| 3. Apocináceas | 27. Menispermáceas |
| 4. Berberidáceas | 28. Mimosáceas |
| 5. Bignonáceas | 29. Mirsináceas |
| 6. Bombacáceas | 30. Mirtáceas |
| 7. Borragináceas | 31. Moráceas |
| 8. Burseráceas | 32. Nictagináceas |
| 9. Casuarináceas | 33. Oleáceas |
| 10. Celastráceas | 34. Palmas |
| 11. Cesalpínáceas | 35. Papilonáceas |
| 12. Clusiáceas | 36. Pasifloráceas |
| 13. Combretáceas | 37. Piñáceas |
| 15. Ebenáceas | 38. Ramnáceas |
| 16. Eritroxíáceas | 39. Rizoforáceas |
| 17. Esterculiáceas | 40. Rosáceas |
| 18. Euforbiáceas | 41. Rubiáceas |
| 19. Flacurciáceas | 42. Rutáceas |
| 20. Juglandáceas | 44. Sapindáceas |
| 21. Lauráceas | 45. Simarubáceas |
| 22. Magnolináceas | 46. Solanáceas |
| 23. Malváceas | 49. Ulmáceas |
| 24. Malpignáceas | 50. Verbenáceas |

Relación de especies (nombres vulgares) de árboles maderables (Según Poey)

- | | |
|--------------------|----------------------|
| 1. Abey macho | 6. Aguacate cimarron |
| 2. Abrojo Amarillo | 7. Ají blanco |
| 3. Acana | 8. Alamo |
| 4. Acana real | 9. Algarrobo |
| 5. Aceytero | 10. Almendro |

11. Almendro manso 11.5 Almiquí
12. Arabo
13. Araba amarilla
14. Araba blanca
15. Araba blanca de corazon
16. Araba de Ingenio
17. Ateje
18. Ausuba
19. Ayuda
20. Ayuda amarilla
21. Ayuda blanca
22. Azulejo
23. Bayúa
24. Bijaguara
25. Bijaguara
26. Brasil negro
27. Brasilete
28. Buniato
29. Buniato blanco
30. Cabo de hacha
31. Caimito
32. Caimitilo
33. Camaguira
34. Caoba
35. Caoba
36. Caobilla
37. Carey
38. Carey
39. Carey
40. Carne de doncella
41. Carne de doncella de costa
42. Caumao
43. Cedro
44. Cedro hembra
45. Cedro nuevo
46. Ceiba
47. Ceibon
48. Cera amarila
49. Cerillo
50. Cerillo de loma
51. Cigua
52. Cocuyo
53. Cocuyo de sabana
54. Copal
55. Cuajani
56. Cirobana
57. Cuy
58. Chaparro
59. Chicharron
60. Chicharron amarillo
61. Dagame
62. Doble uña
63. Ebano
64. Ebano con albura
65. Ebano real
66. Espino amarillo
67. Espuela de caballero
68. Flor de San Juan
69. Frijolillo
70. Frijolillo
71. Fruto de perro
72. Galan de costa
73. Gallina
74. Gateado amarillo
75. Gateado negro
76. Granadillo
77. Granadillo amarillo
78. Guabá blanco
79. Guaban
80. Guaguasí
81. Guaguasí
82. Guaimaro
83. Guairaje
84. Guairaje escamoso
85. Guamá blanco
86. Guamá de costa
87. Guamá de costa
88. Guano blanco
89. Guano cano
90. Guao
91. Guao de costa
92. Guara
93. Guara de ley
94. Guásima
94. Guayabo
95. Guayabo del Perú

- | | |
|----------------------------|-----------------------|
| 96. Guayabillo | 139. Júcaro prieto |
| 97. Guayabito de costa | 140. Laurel |
| 98. Guayacan | 141. Laurel de sabana |
| 99. Guayacan | 142. Levisa |
| 100. Guayacan | 143. Lirio blanco |
| 101. Guayacan blanco | 144. Llaigua |
| 102. Guayacan blanco | 145. Llamas |
| 103. Guiro cimarron | 146. Llorón |
| 104. Guara | 147. Maboá |
| 105. Guao | 148. Maboá |
| 106. Humo | 149. Macagua |
| 107. Hachote | 150. Majagua |
| 108. Hicaco blanco | 151. Majagua de Cuba |
| 109. Hicaco de montaña | 152. Majaguilla |
| 110. Hoja menuda | 153. Malagueta |
| 111. Huesillo | 154. Malagueta brava |
| 112. Hueso de tortuga | 155. Mamoá |
| 113. Incienso | 156. Mamon |
| 114. Jabillo | 157. Manajú |
| 115. Jagua | 158. Mangle |
| 116. Jagua | 159. Mangle de uña |
| 117. Jagua | 160. Mangle macho |
| 118. Jaguey | 161. Mangle prieto |
| 119. Jaimiquí | 162. Manguiva |
| 120. Jazmin de la sierpe | 163. Manzanillo |
| 121. Jazmin de Punta Gorda | 164. Manzanillo |
| 122. Jata | 165. Marañón |
| 123. Jatía | 166. Matecillo |
| 124. Jaya | 167. Mije mora |
| 125. Jayajabico | 168. Mora |
| 126. Jayajabico | 169. Moruro |
| 127. Jequí de ley | 170. Moruro |
| 128. Jequicillo de costa | 171. Naranja agrio |
| 129. Jiaquillo | 172. Naranja agrio |
| 130. Jibá | 173. Naranja de china |
| 131. Jigue | 174. Nazareno |
| 132. Jiquí | 175. Nogal silvestre |
| 133. Jiquicillo | 176. Ocuje |
| 134. Jobo | 177. Palma espinosa |
| 135. Jocuma | 178. Palo bronco |
| 136. Jocuma | 179. Palo bronco |
| 137. Júcaro | 180. Palo carbonero |
| 138. Júcaro mastelero | 181. Palo de caja |

- | | |
|-------------------------|------------------------|
| 182. Palo mantequero | 212. Soplillo |
| 183. Palo de verraco | 213. Sapote de culebra |
| 184. Panetela | 214. Suviana |
| 185. Paraiso | 215. Tamarindillo |
| 186. Pico de gallo | 216. Tapa-camino |
| 187. Pimiento | 217. Tengue |
| 188. Pino | 218. Tenguece |
| 189. Pino blanco | 219. Tornillo |
| 190. Pino de tea | 220. Varia |
| 191. Pino de tea | 221. Varia Carbonera |
| 192. Piñi-piñi | 222. Vera |
| 193. Piñon botija | 223. Vigueta |
| 194. Pitajoni | 224. Vigueta peluda |
| 195. Ponacé | 225. Vivona |
| 196. Pulga | 226. Yaba |
| 197. Queiebra hacha | 227. Yaba |
| 198. Ramon | 228. Yagruma macho |
| 199. Ramon de costa | 229. Yagua |
| 200. Roble | 230. Yaicuaje |
| 201. Roble blanco | 231. Yaití |
| 202. Roble de costa | 232. Yaití hembra |
| 203. Roble de olor | 233. Yamaquey |
| 204. Roble de olor | 234. Yamaquey |
| 205. Roble de sabana | 235. Yamaquey |
| 206. Roble guayo | 236. Yanilla |
| 207. Roble real de olor | 237. Yaya |
| 208. Sobicú | 238. Yaya |
| 209. Sabina | 239. Yaya amarilla |
| 210. Sabina | 240. Yaya cimarrona |
| 211. Siguaraya | 241. Zarza común |

(Aparecen otras cuatro fichas con los números: 355, 342, 215 y 356, sin el nombre de la madera).

Bibliografía consultada

- Mary Cruz: *El ingenioso naturalista don Felipe de La Habana*, Editorial Gente Nueva, 1979.
- Alberto J. Fors: *Las maderas cubanas*; Secretaría de Agricultura, Comercio y Trabajo. Dirección de Montes y Minas, La Habana, 1929, pp. 3-98.

Pedro M. Pruna: “La recepción de las ideas de Darwin en Cuba durante el siglo XIX”, *Conferencias y estudios de historia y organización de la ciencia*, 1983, No. 32, pp. 1-29.

Juan Tomás Roig y Mesa: *Compendio de las obras de Juan Tomás Roig*, Editorial Científico-Técnica, 1983, t. I y II.

7. TESTAMENTO NUNCUPATIVO¹



En la Ciudad de la Habana a catorce de Noviembre de mil ochocientos ochenta y ocho: ante mí D. Juan Francisco Rodríguez Guillén, vecino de la misma y Notario Público de ella y su Colegio y de la Real Hacienda comparece en la casa de su morada Calzada del Cerro número cuatrocientos diez y seis, el Sr. Ldo.

D. Felipe Poey y Aloy de esta Naturalidad y vecindad en la casa expresada, viudo, Decano de la Facultad de Ciencias de esta Real y Literaria Universidad y de ochenta y nueve años de edad, hijo legítimo de D. Juan Andrés y Da. María del Rosario, ya difuntos: tiene cédula personal de cuarta clase número cuatrocientos catorce, espedida en veinte y uno de Octubre del año último por el Alcalde del BARRRIO de Guadalupe. A cuyo Sr. compareciente doy fé de conocer y de constarme su profesión posición y vecindad y asegurando hallarse en el pleno goce de sus derechos civiles y con la capacidad legal necesaria, como a mi juicio lo cita para solemnizar su testamento y última voluntad, llamándolo a efecto libre y espontaneamente lo ordena como sigue.

Primero: Declara que profesa la Religión Cristiana, Católica Apostólica y Romana, queriendo ser enterrado en sagrado y dejando lo demás de su funeral y entierro a voluntad de su Albacea.

Segundo: Declara haber sido casado legítimamente con la Sra. Da. Ma. Tranquilina Aguirre, hoy difunta y tener por sus hijos legitimos habidos en dicho matrimonio a D. Andrés Faustino, D. Enrique, D. Federico y Da. Virginia Poey y Aguirre.

Tercero: Declara por sus bienes: -Una parte en la casa calle de la Reina numero siete, que posee en unión de sus hijos D. Enrique y

¹ El testamento de Felipe Poey se publica por primera vez. Fue encontrado por la autora de esta biografía en el Archivo Nacional de Cuba, a partir de una búsqueda que comprendió la revisión del fondo: “Índice de Protocolos” de la notaría de Juan Francisco Rodríguez Guillén. Dicho documento aparece referido entre las escrituras autorizadas que durante el año 1888 tuvieron su asiento en el “Libro de Protocolo Testamentario” (protocolo reservado) del mencionado notario. Su número de orden corresponde al 97 y su fecha es del 14 de noviembre de 1888.

Da. Virginia: -La sexta parte de la casa numero treinta y nueve de la calle del Obispo: -Novecientos ocho pesos, oro, en la casa numero cincuenta y nueve de la calle de las Damas: -La mitad de una caballería de tierra situada en Güines y poseída en unión de Da. Sofía Havá de Villaverde: -La parte que representa como heredero de sus difuntos hijos Da. Amalia y Da. Palmira en la testamentara de Da. Francisca Aguirre con hipoteca de los potreros que dicha Sra. poseía en el Limonar: -Seis mil doscientos cincuenta pesos nominales, Bonos de cuatro por ciento de los Estados Unidos, mas un bono de Quinientos pesos que su nieto D. Rodolfo Poey esta obligado á contribuir á nombre del que dice. Treinta y tres acciones nominales de Caminos de Hierro de la Habana: -Adelantos de herencia paterna hechos con documentos justificativos a sus hijos varones a saber: -A D. Andrés dos mil trescientos once pesos veinte y dos centavos. A. D. Enrique novecientos veinte y ocho pesos, setenta y tres y medio centavos: A. D. Federico dos mil ciento ochenta y nueve pesos noventa y dos centavos. Varios pagares conservados entre sus papeles y todo lo demás que se conozca de su propiedad al tiempo de su fallecimiento.

Cuarto: Declara no adeudar cantidad alguna a nadie.

Quinto: Nombra de albacea, administrador, contador partididor de sus bienes con revelación de fianza y todo el tiempo que necesite al Sr. Enrique Poey y Aguirre.

Sesto: Instituye y nombra por sus únicos y universales herederos de todos los bienes, deudas, derechos y acciones que por cualesquiera título o razón lo toquen y pertenezcan ahora o en lo adelante á sus legítimos hijos los nombrados D. Andrés Faustino, D. Enrique, D. Federico y Da. Virginia Poey y Aguirre, para que lo que fuere lo gocen con la bendición de Dios y la del otorgante.

Setimo: Se revoca y anula otro cualquiera testamento, codicilo, poder para testamentos legado u otra disposición testamentaria que de palabra, por escrito o de otra manera haya hecho u otorgado que si quiere que valgan ni hagan fé excepto este testamento que manda se guarde, cumpla y ejecute en aquella va y forma que mas haya lugar por derecho.

Se lo otorga siendo testigos el Esmo. Sr. D. Joaquín Guell y Renté, Dn. Delfin Huguet y Vigil y Dn.. Miguel Andux y Jimeno, vecinos presentes llamados y rogados y sin impedimentos para serlo según aseguran. Enterados de su derechos para leer el presente, lo leyeron todos ratifica el Sr. testador y firma con los testigos de todo lo cual y de cuanto refiero en este testamento, doy fe.

[Rubricado:]

Felipe Poey

Joaquín Guell

Delfin Huguet

Miguel Andux

Juan Francisco Rodríguez Guillen

En el margen de la primera hoja:

En esta fecha se me presentó por el albacea una certificación suscrita por el Señor Juez Municipal del Distrito de Belén y Secretario del mismo juzgado en donde consta que el testador falleció á las seis de la mañana del día veinte y ocho de Enero último. Habana catorce de Marzo de 1891

doy fé. [Rubrica.]

En esta fecha y para el Señor Dn. Enrique Poey y Aguirre espedí copia de la del pte. en dos pliegos uno del sello primero y el otro del [?] cinco por manifestar este que los bienes dejados por el testador no pasan de la cantidad de cincuenta mil pesos si accediese a esta suma está pronto á reintegrar el papel usado. Habana 14 de marzo de 1891 doy fé [Rubricado]

8. EL ARTISAVIS



En Cuba no faltaron las propuestas y los intentos que tuvieron como objetivos la construcción de aparatos o artefactos «voladores», las concepciones teóricas, o si se quiere, especulativas, en los terrenos del lenguaje de las ciencias y la tecnología. Tal fue el caso del proyecto *Artisavis* para la locomoción aérea del señor R. D. Davidson, personaje del que pudiéramos deducir una extraordinaria vocación por alcanzar en vuelo las alturas, una tenaz disposición para la observación de las aves, su colosal imaginación, y estar dotado de algunos conocimientos de mecánica y diseño tácitamente expresados en una memoria de 13 páginas escrita en idioma inglés con algunos diagramas ilustrativos que no hemos podido encontrar, pero de la que sí tenemos el minucioso dictamen de una competente comisión evaluadora.

Transcurría el año 1865 cuando la Sociedad Económica de Amigos del País de la Habana se vio en la urgencia de emitir juicio acerca de un proyecto de aviación presentado al Gobierno Superior Civil de la isla con el objetivo de recabar de este su intervención y apoyo. La institución, a la cual tal vez nunca antes se le había dirigido semejante solicitud, designó a los socios Antonio Caro y Cerecio y Felipe Poey y Aloy para opinar sobre las posibilidades de llevar a la práctica artificialmente el vuelo de las aves, idea concebida desde 1838 por el señor Davidson luego de estudiar los movimientos de una de las especies mayores de patos silvestres. La memoria en cuestión se componía de dos partes: una exposición sobre la teoría del vuelo, y la descripción y funcionamiento del artefacto que mecánicamente ejecutaría la acción aérea.

Los examinadores del proyecto deberían intercambiar criterios y experiencias, y evaluar la memoria desde sus respectivas especialidades, pero sobre todo, manifestarse a favor o en contra de su factibilidad.

El médico Antonio Caro desde 1864 ejercía en calidad de profesor la Cátedra de Física Experimental en la Real y Literaria Universidad de la Habana, donde explicaba un programa que comprendía lecciones de mecánica, electricidad y meteorología, y se le consideraba el discí-

pulo por excelencia del químico español José Luís Casaseca. El doctor Caro era además uno de los pocos que en Cuba podía contar la experiencia de una ascensión en globo, pues en 1856 había servido de copiloto a un aeronauta francés en una de sus demostraciones públicas desde el capitalino Campo de Marte. Felipe Poey también era profesor universitario, pero de la Cátedra de Zoología y Anatomía Comparada. Poseía, por su condición de naturalista, los conocimientos necesarios para abordar y hasta adelantar, juicios sobre la teoría del vuelo enunciada en la memoria. Por otra parte, sus estudios sobre el sistema alario de los insectos lo convertían en la persona idónea y de mayor competencia para discernir sobre algunos de los aspectos vinculados con el desplazamiento aéreo.

Para los analistas Caro y Poey fue obvio que el autor de la propuesta simplificaba su hipótesis del vuelo a los espontáneos movimientos de ascender, mantenerse en plano horizontal y descender, subordinando el desplazamiento, sin mayores esfuerzos deductivos, a la aplicación de una muy confusa fórmula donde el número de aletazos que efectuaría el pájaro —para Davidson el pato silvestre— determinaría su velocidad, o sea, que la dirección del vuelo se efectuaba en progresión horizontal debido a las acciones combinadas de las alas en su batir vertical, a la velocidad adquirida por esta razón y a la fuerza de gravedad.

En mejor comprensión, Caro y Poey avistaron varias especies voladoras y estudiaron particularmente el comportamiento de las auras tiñosas, cernícalos y golondrinas. Consultaron bibliografía especializada sobre el tema y dedujeron que el vuelo normal o progresivo se verificaba gracias a los movimientos oblicuos de las alas combinados con otras acciones, y no solamente al vertical, como se indicaba en la tesis. Para el caso constataron e hicieron constar la coincidencia de sus resultados con las opiniones de Giranld Teulon, una de las autoridades en la materia y autor del libro *Principios de mecánica animal*, publicado en París en el año 1858.

Otro de los aspectos susceptible a la evaluación fue el diseño del *Artisavis* —así bautizó Davidson su aparato, aunque Caro y Poey, por razones etimológicas, prefirieron la palabra *Aviarte*—, el cual imitaría a un águila en cuyo cuerpo iba encerrado el conductor. El suministro de aire y la visibilidad estaban en la cabeza del pájaro simulado. A esta águila artificial —en realidad un bastidor de varillas de hierro forrado de cartón y goma elástica—, se adosaban las alas y otras piezas facilitadoras de movimientos. Al piloto llegarían unas cuerdas metálicas que harían accionar unas placas, también de metal, que trabajarían como timón. Mediría el aparato volador unos 12 pies de largo, más tres de alto, y cada una de sus alas 15 pies, por lo tanto, tendría más de 30 pies de envergadura. El tamaño, unido al peso total del artefacto, in-

cluido conductor, equipaje y motor, fue calculado por Davidson en unas 350 libras. Esta correspondencia presentada sin mayor especificación, le pareció a los evaluadores, más que un diseño mecánico, una obra digna del ingenio de un pintor.

Del motor impulsor se hablaba poco, porque no quería su inventor soltar prenda, no obstante tuvo a bien decir que se sustentaría en el principio del aire caliente de las llamadas *máquinas calóricas*, que generaría la potencia suficiente para dar movimiento a las alas y que trabajaría con alcohol. Omitir detalles a cambio de la injustificada discreción por razones de patente, fue más que suficiente para que los científicos, bien informados sobre inventos y maquinarias, hicieran gala de sus conocimientos en asuntos de teoría dinámica. A modo de ejemplos explicaron los resultados referidos en los libros sobre aviación y aviadores, de autores como Saveney; o sobre los principios mecánicos desarrollados en la máquina de Ericsson o en el motor de Lenoir.

A riesgo de contradecir las intenciones del mismísimo gobernador superior civil de la isla, posiblemente interesado en financiar la empresa; o incluso, de pecar en el oficio como «abogados del diablo» desilusionando a los demandantes, los profesores Caro y Poey, como era de suponer, concluyeron su informe manifestando lo inapropiado de llevar a vías de hecho la fabricación del susodicho artefacto. La valoración quedó expresada con mucha locuacidad en las palabras siguientes: *...El que pretenda imitar en todo las obras de la naturaleza, para poner en movimiento un peso de catorce arrobas, lo hará correr por las líneas ferrocarrileras; y no aspirará a hacerlo volar por los aires... Equiparar la máquina al pato, es suponer que recorra como este cien millas por hora, esto es, que deje atrás al huracán.*

El binomio científico concluyó prometiendo componer un raudal de poesía dado el caso de obrarse el milagro de la ascensión, y con el desenfado que el caso requería dada las pretensiones del innovador, pusieron su punto final, deseándole al conductor del *Aviarte* el mejor de los viajes.

Las 18 páginas escritas por Antonio Caro y Felipe Poey dando respuesta a la solicitud del Gobierno insular a través del presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País y sus miembros de la sección de ciencias, fueron recogidas y publicadas íntegramente por el doctor Antonio Mestre y Domínguez en el segundo tomo de los *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana* del año 1865, bajo el título de «Informe sobre el proyecto de aviación presentado por el Sr. R. O. Davidson». El Dr. Mestre, director fundador de esta revista —la más importante que existió en la isla durante el siglo XIX, cuyos objetivos estaban consagrados a la divulgación del conocimiento—, colocó al pie del impreso una nota declarando:

... Este informe, presentado a la real Sociedad Económica, nos ha parecido digno de ocupar un lugar en las páginas de los Anales, que, según explicamos en el Prospecto, están destinados no solamente a trabajos de los Señores Académicos, sino de cuantos profesan las ciencias con algún acierto. La forma que lo abona justifica además esa preferencia.

Sin lugar a dudas, al dar Antonio Mestre preferencia al informe de sus colegas Caro y Poey en las páginas de la revista, dejaba claro también una cosa, que la Ciencia, más allá de cualquier compromiso, encuentra razones y se desempeña conforme a principios éticos.

En relación con R. O Davidson, como aparece referido en la literatura cubana, tal vez Roderik Davidson, o quizás Richar Osglesby Davidson, fue sin lugar a dudas el persistente y tenaz personaje que buscando materializar su ingenio, tocó las puertas del Capitán General de la siempre fiel isla de Cuba, como antes lo había hecho pidiendo financiamiento para ejecutar su proyecto aéreo a las tropas de la Unión durante la Guerra Civil de los Estados Unidos que había dado inicio en el año 1861.

9. LA ENFERMEDAD DE LOS COCOTEROS EN CUBA DURANTE EL SIGLO XIX. UN PROBLEMA SOCIAL SOMETIDO AL DEBATE CIENTÍFICO EN ÉPOCA DE FELIPE POEY



La enfermedad de los cocoteros, también llamada pudrición del cogollo de esta planta, hoy reconocida como amarillamiento letal de los cocoteros se convirtió, en el último tercio del siglo xix en Cuba, en uno de los problemas ambientales de mayor interés para la prensa periódica y los sectores rurales y urbanos de la administración colonial. Esta enfermedad que afectó un renglón económico de peso en la isla y conspiró contra finanzas de comerciantes y hacendados, pasó a ser tema del debate científico el 12 de septiembre de 1880 cuando el médico José Eduardo Ramos solicitó a la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana —institución a la que pertenecía en calidad de miembro numerario— el apoyo moral y material para emprender con toda urgencia los estudios que condujeran a detener, lo que a todas luces parecía ser una plaga.

A esta petición se sumó la del zoólogo Juan Vilaró, quién sugirió la creación de una comisión que se ocupara del estudio del tema.

No es difícil imaginar el efecto que los comentarios de los dos académicos causaron cuando, explicando el peligro de propagación de la enfermedad, apuntaron que podían verse afectados también los cañaverales del país.

Ese mismo día quedó constituida por los naturalistas Juan C. Gundlach y Felipe Poey, el médico Sebastián Alfredo Morales y, por supuesto, Ramos y Vilaró, una comisión académica que de oficio realizaría las averiguaciones.

Juan Vilaró, interesándose en el fenómeno, reconoció gran cantidad de larvas en hojas de cocoteros, al parecer enfermos, y Ramos sospechó de un parásito vegetal alojado en el centro vital de las plantas que observó.

El naturalista Felipe Poey se encargó de reproducir las larvas encontradas por Vilaró sin avanzar mucho en la clasificación posterior del insecto, al solo poder indicar su semejanza con moscas desarrolladas en los quesos de importación, y Gundlach achacó las causas a “animalitos pequeños” y a las malas condiciones del terreno, coincidiendo en este último particular, con el versado jardinero francés Julio Lachaume consultado al efecto.

Morales, por residir en Matanzas, pudo reportar argumentos de interés geográficos dado el supuesto criterio de que la enfermedad había empezado por los años de 1870 a 1871 muy cerca de aquella ciudad, en fincas colindantes con la playa.

Transcurrido poco más de un año, el 8 de enero de 1882, la comisión dio a conocer su veredicto¹.

El informe, suscrito por cada uno de los miembros —aunque la idea original correspondía a Ramos²—, abundaba en detalles sobre los parásitos vegetales y se particularizaba en los que, al entender del grupo autorizado, producían la destrucción de los cocoteros en el país. Se llegaba a conclusiones sobre el modo de actuar con el agente patógeno, y se instrumentaba el tratamiento más eficaz.

Precedida de una larga introducción, si se quiere histórica, y por el exergo Linneano: *Natura maxime miranda in minimis*, el informe contenía abundantes referencias sobre los avances técnicos que promovieron notables conquistas científicas durante el siglo XIX, y fundamentaba a través de un erudito análisis bibliográfico sobre Hongos y Nosología Vegetal.

CONCLUSIONES DEL INFORME Y DESCRIPCIÓN DE LA ENFERMEDAD

Para describir la enfermedad se habían examinado cocoteros en localidades de Marianao, Calabazar y Guanabacoa, observándose en algunas plantas —aparentemente sanas— un punteado negruzco situado sobre la cara inferior de las hojas.

De los 35 cocoteros revisados, tres no habían perdido sus frutos y ocho los estaban perdiendo. Según la inspección, todas las plantas presentaban puntos negros en número considerable, así como unas man-

¹ “Historia del *Uredo cocívoro*. Informe de la comisión nombrada por la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana para investigar la causa de la enfermedad de los cocoteros de la Isla de Cuba y buscar remedio oportuno”. *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*, año 1882, t. XVIII, pp. 357-367, 384-387, 412-429 y 472-480.

² En el periódico *El Triunfo*, del 2 de septiembre de 1880, José Eduardo Ramos publicó con el título: “Otra opinión”, un extracto de su teoría sobre el origen fungoso de la enfermedad de los cocoteros.

chas de color amarillo-anaranjado, suaves al tacto, como de 15 cm. de circunferencia, ubicadas de tramo en tramo sobre la cara inferior de las hojas abiertas, en la parte media del cogollo.

La observación arrojó como dato que, donde el punteado era más abundante, se encontraba un polvo amarillo-rojizo, el cual, presentado al microscopio, denotaba la presencia de esporas enteras a las que se atribuyó el verdadero origen parasitario de la dolencia.

El examen se repitió en varias plantaciones, en diferentes momentos de su crecimiento, y localizadas geográficamente en terrenos de características distintas. En todas aparecieron las mismas esporas.

No fue posible desarrollar la experiencia en cocoteros sanos, por hallarse generalizada la enfermedad a zonas inmediatas a la capital, y por haberse propagado al occidente y centro de la Isla.

Según el informe, se pudo comprobar también, que en los cocales donde la patología era avanzada, las manchas a la altura de las yemas inferiores de las pencas desaparecían, encontrándose en su lugar, un área de fermentación reconocida por su fetidez. En la parte superior de la planta ya muerta, se detectaron varios tipos de larvas y de insectos, entre ellos *Strategus anachoreta* (sic) y *Strategus titanes* (sic), los vulgarmente llamados cucarachones; otros del género *Aspidiotus* (sic) y *Mitilaspis* (sic), conocidos como cochinillas; *Forficula* (sic), identificado por los campesinos como tijeretas o muerde y huye, más el coleóptero clasificado *Prionus damicornis* (sic).

ORIGEN DE LA ENFERMEDAD

Al analizar el origen de la enfermedad, varias fueron las hipótesis que se plantearon los miembros de la comisión.

Se manejó como posibles, los parásitos procedentes de plantas exóticas o indígenas; si los gérmenes mórbidos existían en la Isla o se desarrollaban a partir de condiciones meteorológicas; si los agentes patógenos eran transportados por los vientos o por insectos, o inclusive, a partir del traslado de mercancías. Pero el informe refirió como la más probable el juicio que asoció la aparición de la enfermedad con el paso de un huracán que en octubre de 1870 azotó la Isla. El vórtice del meteoro había penetrado por la jurisdicción de Cienfuegos, afectando a Matanzas, y todos los datos concurrían en señalar estas regiones como las más afectadas por la enfermedad. La Habana y Guanajay, muy abatidas por la acción de los vientos, igualmente se reportaban entre las más fustigadas por la enfermedad.

RESULTADOS DE LA INVESTIGACIÓN

Como conclusión de lo observado en el terreno, y el análisis de 12 preparaciones microscópicas, la comisión dictaminó que los puntos en-

contrados en las partes blandas del vegetal, se debían a la presencia de un hongo, cuya clasificación el Dr. Ramos hizo corresponder con *Uredo cocivoro* (sic), al cual se asociaban otros del género *Puccin* (sic).

En relación con las manchas amarillas sobre las cuales se hallaban distintas *Mucedineas*, se llegó al acuerdo de que estas precipitaban la podredumbre de las partes blandas y más delicadas del cocotero, o sea, sus yemas terminales, donde existía un exceso de humedad, ocasionándole con toda certeza la muerte.

En cuanto a las bacterias, coincidieron en el criterio de que haciendo las veces de fermento, ayudaban a la descomposición del vegetal, proceso al cual se unían las larvas e insectos y las condiciones meteorológicas del clima de Cuba.

TRATAMIENTO

Tras ensayar infructuosamente con algunos remedios químicos, y dadas las características etiológicas determinadas, la comisión aconsejó quemar todos los cocoteros muertos o sospechosos de estar afectados y así evitar la propagación del mal.

Para instrumentar la campaña la comisión aconsejó la intervención de la Real Academia como órgano científico divulgativo, e involucrar a las autoridades insulares con vistas a viabilizar las acciones.

Presentado el informe, se procedió a su discusión, y aunque de momento no hubo una fuerte oposición, tampoco fue aprobado definitivamente.

Discusión académica del Informa de la comisión.

El médico Juan Orús y Presno aceptó la enérgica solución de cortar y quemar las plantas sugerido por Ramos y el resto de sus compañeros, pero a la vez, partidario del principio de la “lucha por la vida entre las especies” —como llegó a señalar—, dirigió su atención hacia el mejoramiento de las variedades del vegetal a partir de lograr, mediante el empleo de las técnicas de injerto, cocoteros más resistentes.

También intervinieron José Rafael Montalvo y José de la Luz Hernández, el primero para hacer constar su preocupación y alarma al no sancionado asunto de la posible extensión de la enfermedad a los campos de caña, y el segundo para señalar, de meras suposiciones, el hecho de considerar la epifitía como una patología introducida en el país.

El médico Carlos J. Finlay estuvo de acuerdo con los criterios del informe en relación con el organismo causante de la enfermedad, y hasta con la violencia del método para detener el mal; pero discrepó con la afirmación, en términos categóricos, de que el hongo únicamente hallado en plantas afectadas fuera el agente patógeno, si antes no se procedía al análisis de cocoteros sanos de zonas invadidas y de otros proce-

dentes de plantaciones donde aún el mal no había hecho aparición. En resumen, exigía, en aras de la verdad científica, una rigurosa comprobación experimental donde se hiciera presente la intervención directa del Estado, y se materializara el apoyo de los municipios interesados, así como la participación orientadora de la propia Real Academia.

Fue en la sesión pública ordinaria del 12 de febrero del año 1882, donde con mayor vehemencia Ramos tuvo que defender la teoría del origen micótico de la enfermedad de los cicales.

Ese día explicó a los asistentes la nomenclatura seguida en la clasificación del hongo encontrado en los cocoteros, puesta en duda por algunos colegas.

Sobre el porqué de la denominación *Uredo cocivoro*, dijo obedecía al hecho de que aún las especies criptógamas no estaban debidamente identificadas, pero era consenso entre los autores modernos el llamarlas *Uredo*, agregándole a continuación el nombre del individuo en el cual estas se desarrollaban.

En cuanto al tratamiento controlador, dejó saber que, al ser el hongo identificado un agente mórbido cuya evolución transcurría debajo de la epidermis de determinadas partes del organismo parasitado, el empleo de azufre, cal, e inclusive ácido fénico —tres de los antiparasitarios más socorridos por su comprobada eficacia—, serían inadecuados.

También hizo alusión al riesgo de reproducir empíricamente la enfermedad inoculando cicales sanos fuera de las zonas infectadas, pues significaría trasladar la anomalía a lugares donde todavía no existía. Esta explicación iba encaminada a satisfacer la inquietud del Dr. Finlay, quien quizás pensando en su método de reproducir experimentalmente la fiebre amarilla, sugirió se probara el procedimiento para el caso de la patología vegetal investigada.

Otros juicios que conllevaron a interpretaciones científicas diferentes del asunto tratado en la Real Academia

A los argumentos del Dr. Ramos se opuso otro juicio, sumándose de esta manera, otra interpretación sobre el mismo fenómeno.

Fue también en la sesión científica del 12 de febrero de 1882 —la reunión académica más dilatada de las celebradas ese año— donde el médico Federico Gálvez y Alonso presentó un conjunto de pruebas encaminadas a demostrar que la enfermedad se debía a la “voracidad” de las larvas de una especie de díptero, para la cual proponía el nombre de *Coccivoro vandalicus* (sic).

Ofrecía Gálvez algunas especificaciones de la nomenclatura del insecto, aconsejando como medida profiláctica, limpiar con escurpulosidad todas las partes secas del vegetal, aplicándole seguidamente sobre el ca-

ñamazo, diversas soluciones químicas, entre las cuales ponderó el arseniato de cobre, la esencia de trementina y el aceite de carbón.

Como es de pensar, Ramos no estuvo de acuerdo con el nuevo supuesto. Tampoco lo compartió el Dr. Juan Orús. Sin embargo, ambos concordaron en manifestar conformidad con la propuesta del ponente en verificar los hechos, dejando a un lado cualquier punto de vista teórico.

Tan consecuentemente interesado se manifestó Orús que hizo traer a colación un artículo sobre el cultivo del coco en Ceilán, publicado en *Fergusson's Directory* de ese año, cuyo enfoque diferente al de sus propias apreciaciones, reconocía a un escarabajo como al enemigo más dañino.

La traducción fue leída para ilustrar con opiniones foráneas —según manifestó Orús— la de los miembros académicos allí presentes, y en particular, a los de la comisión encargada de dilucidar en Cuba el problema.

Transcurridos unos pocos días, se replanteaba el tema, pero esta vez la iniciativa corría a cargo del camagüeyano Manuel Montejo Borrero, miembro de la sección de Ciencia, quien realizó en la sesión pública del día 26 de febrero un pormenorizado resumen de los diferentes criterios analizados hasta ese momento en la corporación.

Describió algunas de las acciones en la búsqueda de soluciones entre los particulares afectados económicamente por la destrucción del cultivo, y las operaciones para combatir el mal llevadas a la práctica por el personal capacitado de la Escuela de Agricultura de Ciénaga, en la capital. En definitiva, intentos fallidos y maniobras fitosanitarias que, en el mejor de los casos, resultaron inocuas o paliativos temporales; pero con las cuales introducía en la discusión un nuevo elemento para el análisis científico del tema.

Señaló entre otros asuntos la trascendencia de los cambios meteorológicos en la transformación del medio, y la necesidad de estudiar en su particularidad la especie botánica afectada. Concluyó apuntando la importancia de dirigir las averiguaciones sobre los factores causantes de desequilibrios orgánicos en las plantas, pues ellos, por analogía, podrían esclarecer el origen de otras tantas epidemias actuantes directamente en la salud humana.

Llegado a estos límites, la Real Academia no pudo asumir con sus exiguas finanzas las investigaciones que, a mayor escala, le hubiesen correspondido por ser la primera institución científica en la Isla; tampoco pudo desempeñar el papel de directora de la campaña combativa contra la enfermedad al faltarle el auxilio reclamado desde un inicio a las autoridades gobernantes. Tuvo, por lo tanto, que plegarse a las circunstancias, y con los medios a su alcance, difundir, a través de la publicación de los resúmenes de sus actas de sesiones, los resultados más relevantes y las conclusiones de los debates sobre el tema.

El Dr. Antonio Mestre, director de los *Anales de la Real Academia*, apeló a las posibilidades informativas de esta revista y a las de sus corresponsales científicos de la prensa periódica capitalina para dar a conocer lo relacionado con la plaga. También, haciendo valer su condición de Secretario General de la corporación, se comunicó con algunos miembros corresponsales para que estos expresaran sus opiniones sobre los más recientes planteamientos.

Desconocemos en qué términos concretos Mestre se dirigió a Juan C. Gundlach para consultarle el problema botánico, pero cualesquiera que estos hayan sido, la respuesta del naturalista alemán da constancia del interés por el asunto. En una carta fechada en el ingenio Fermina, en Jovellanos, Matanzas, el 10 de junio de 1882, Gundlach le explica a Mestre:

“Recibí a su tiempo el pliego y los 2 ejemplares de la Memoria del Dr. Ramos. Doy las gracias debidas.

“UD. pide mi opinión sobre la Memoria del Dr. Ramos. Confieso mi insuficiencia en el asunto pues no he estudiado la botánica en tantos detalles. Yo he dicho desde el principio cuando Vilaró echaba la culpa á moscas, que la enfermedad era de buscarse en lo más mínimo, y ahí me incliné a la opinión del Dr. Ramos, pero quedé aún en duda si no fuese un animalito microscópico. Después me daba Don Felipe Poey cuenta de todas investigaciones y me mandó también un pedacito de hoja con los puntos negros. Entonces registré mis cocoteros y vi también puntos negros hasta en las pencas de los cocoteros de 1 año, es decir, en sus primeras hojas. Poey y Ramos me profetizan una muerte pronta de los cocoteros, pero en esto dudo.

“Yo creo más bien sin poder probarlo, que los puntos siendo aislados y en distancias iguales que no sean parásitos, pues estos debían formar á veces manchas con los átomos más aglomerados.

“Como yo tengo cocoteros de varias edades aún bien verdes tendré cuidado observar si los puntos negros aumentan en número, y acaso viviré aún algunos años para poder saber si esos puntos han matado mis cocoteros.

“El estado de mi mano no me ha permitido poner tales pedacitos de hojas con manchitas debajo del microscopio. Hasta ahora no he visto más que las manchitas y ningún cocus o guagua.

“Sobre otra cosa en que no estoy conforme con el Dr. Ramos he escrito a Poey Vg. Ramos cree que la enfermedad empezó en 1870. Yo la vi en un cocal grande en 1857 en Manzanillo. Las otras advertencias más pertenecen á la utilidad del cocotero pues Dr. Ramos dice pag. 21 su cogollo comestible —se come el cogollo de la palma real, lo mismo como se usa el tronco de la palma real

para tablas, canales, etc. y no el tronco del cocotero—. Tampoco sirven las hojas para techos pues son sencillas y las hojuelas muy separadas.

“Se usan las hojas de la palma real y cana. Pero estas equivocaciones no pertenecen al asunto sobre la enfermedad.”...³

Como se puede inferir de la anterior carta, Poey y Mestre mantuvieron informado al naturalista alemán radicado en Jovellanos de las deliberaciones que sobre el tema tenían lugar en la Real Academia; pero a pesar de las diligencias y otros empeños, a los cuales se sumaron Federico Gálvez, Carlos J. Finlay y Juan Orús, como nuevos integrantes de la comisión⁴, esta no pudo consagrarse por mucho más tiempo al cometido para el cual había sido creada.

Las investigaciones y los resultados que de ella se esperaban se malograron no precisamente por la falta de interés e ingenio del colectivo científico, sino por la escasez de recursos para emprender investigaciones más rigurosas.

El asunto de los cocales enfermos, sin dejar de tener vigencia y urgencia para la economía agrícola del país, fue tácitamente relegado del plano de las discusiones académicas, para aparecer esporádicamente como noticia en algún que otro periódico de la capital.

Así sucedió en febrero de 1886 cuando el naturalista Carlos de la Torre, el discípulo por antonomasia de Poey, se vio precisado a rectificar, desde las páginas de *La Enciclopedia*⁵, a Francisco José Balmaseda, un reconocido autor de temas agrícolas, quien resucitaba la idea —un tanto desconceptuada—, de atribuir la devastadora epidemia al escarabajo *Strategus anachoreta* (para Balmaseda el recién descubierto *Scarabeus tricornius*), huésped no solo en cocales enfermos, sino en casi todos los árboles donde se iniciaba un proceso patológico.

Alarmado De la torre por la falta de rigor al nombrarse como nueva una especie ya identificada en la fauna entomológica cubana y equivocar detalles morfológicos y de su conducta, recomendó solicitar, a quien en su opinión catalogaba como intruso, los auxilios de un especialista, y para no crear más confusión, encaminar los pasos a confirmar o desmentir, con métodos experimentales, la teoría sustentada por Ramos, entonces la de más rigor científico.

³ Carta de Juan C. Gundlach a Antonio Mestre. Papeles de J.C.Gundlach en el archivo histórico del Museo Nacional de Historia de las Ciencias Carlos J. Finlay.

⁴ Estos tres nuevos miembros ingresaron a la comisión en la sesión pública ordinaria de la Real Academia celebrada el 12 de febrero de 1882.

⁵ La enfermedad de los cocoteros, en: *Enciclopedia*, T.II, No.2, febrero, 1886, pp. 103-104.

SE REANUDA EN LA REAL ACADEMIA LA POLÉMICA EN TORNO A LA ENFERMEDAD DE LOS COCALES

Casi siete años transcurrieron para que en la Real Academia se abordara nuevamente el tema de los cicales enfermos.

Esta vez se retomaba el asunto a petición del Gobierno insular, preocupado por unos telegramas llegados a su Secretaría donde se hacía referencia a una plaga aparecida en los cicales de Baracoa.

El botánico José Eduardo Ramos aprovechó la sesión del 8 de septiembre de 1889 para hacer un recuento de los trabajos de la comisión académica dedicada a resolver el problema desde los primeros años de esa década, e informar que apenas enterado por la prensa de los estragos de la enfermedad en la región oriental, el Dr. Juan Santos Fernández, director del Instituto Histobacteriológico y de Vacunación Antirrábica de la Habana, puso a disposición parte del personal de su laboratorio y los medios técnicos necesarios con los cuales se había podido aislar un microbio y realizar los trabajos experimentales para su cultivo.⁶

Ramos acudió a la reunión obviamente preparado para reanudar los debates, pues allí mismo, montó un microscopio e invitó a sus colegas a observar una preparación que contenía muestras de cicales de las cercanías de La Habana, destinadas a compararse con otras provenientes de plantas enfermas de Baracoa, ya solicitadas a las autoridades de aquella localidad.

El académico Diego Tamayo, integrante del equipo de investigaciones del laboratorio, expuso ese día sus impresiones y señaló, como resultado de sus experiencias, la existencia del punteado característico de las hojas, que tanto él como Ramos, atribuían a la existencia de un hongo de color amarillo-rojizo, cuya forma recordaba la figura de un cangrejo.

Agregó otros datos de carácter químico asociados con la decadencia de la planta y enfatizó la necesidad de indagar si el hongo de los cocoteros afectados pertenecía a alguna especie cuyas esporas se desarrollaban en otros árboles, para buscar en dicho caso, cuál o cuáles eran y adoptar medidas preventivas de resultados prácticos.

Agotadas por el momento las intervenciones y llevado el punto al terreno de las soluciones de aplicación, los miembros asistentes, conscientes de pertenecer a una corporación científica cuya condición se había probado en los límites de “cuerpo consultivo”, dieron sus votos de confianza al veterano presidente Nicolás José Gutiérrez para que él

⁶ Ver la monografía de Nancy Díaz-Arguelles titulada “Breve bosquejo histórico del Laboratorio Histobacteriológico e Instituto de Vacunación Antirrábica de La Habana”, publicada en el *Anuario* del Centro de Estudios de Historia y Organización de la Ciencia, No.1, año 1998, pp. 170-199, donde la autora refiere el envío que esta institución hizo al Instituto Pasteur de París de unas muestras de plantas atacadas por la enfermedad.

propusiera al Gobierno general en la Isla la creación de una nueva comisión subvencionada por el propio Estado, la cual tendría entre sus obligaciones estudiar *in situ* una patología que de no detenerse, traería irremediablemente la pérdida de “algunos millones de pesos a la renta anual de la isla”.⁷

Mientras en la capital, la Real Academia se reunía para concretar sus acciones en relación con la plaga de los cocoteros en el extremo de la Isla, uno de los miembros de la institución, el alemán Juan C. Gundalch, de recorrido por la región oriental, era interrogado por particulares afectados por la invasión de la enfermedad en sus propiedades.

Los detalles de estas consultas quedaron en el contenido de una carta fechada el 10 de septiembre de 1889, dirigida a Branet y Compañía, en la que Gundlach escribió:

“Recibí hoy al oscurecer su carta de Don Santiago Mac Kinley [y] el telegrama de Baracoa que uds. me envían.

“Debo contestar pronto y diré lo que yo sé sobre este asunto.

“Muchas personas y entre ellas el Sr. Balmaseda han dicho que la muerte de los cocoteros provenía de un insecto grande y indican algunas especies. Esta opinión es enteramente falsa porque la muerte no es causada por haber sido comido el corazón del tallo, y tampoco proviene de haber causado daño a las raíces.

“Unos daban la culpa á unos Escarabajos (en la ciencia nombrados *Arategus anachoreta*, y otro *Arategus titanio*) porque vieron al pie del cocotero un hoyito y escarbando se encontró un insecto.

“... Mientras no me indiquen otra causa, quedo en la convicción de que esta planta microscópica de la familia de los hongos es la verdadera. Se ha visto como la enfermedad va progresando de punta a punta; porque las esporas van con los vientos y una vez podrido uno, se propaga rápidamente. Hace ya 4 años no he estado donde había la enfermedad y no tengo hecho más observación. Acaso podrá saber el Dr. Ramos ya algo sobre salvación de los cocoteros y será bueno preguntarle por una carta.”⁸

Cierto es que en aquellos momentos pudo aceptarse la teoría de Ramos por consenso, pero como aún de ella quedaban por confirmar algunos supuestos, y los estragos de la epifitía no controlada, resultaban inquietantes, las deliberaciones continuaron, citándose al efecto en *petit comité* en el Museo de Historia Natural de la Universidad de la

⁷ Sesión pública ordinaria del 8 de septiembre de 1889. *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*, año 1889, t. XXVI, pp. 263-270.

⁸ La autora del presente trabajo trasuntó estos fragmentos de una copia que de esta carta existe en el archivo particular de Luís Sánchez Varona.

Habana fundado por Poey, su discípulo Carlos de la Torre, Juan Vilaró y el propio José Eduardo Ramos.

Tenían ante sí una comunicación de la junta de vecinos de Baracoa, suscrita por el Dr. Fermín Valdés Domínguez, donde se sugería que, a consecuencia de la acción de un microorganismo animal, los cocales de allí enfermaban e irremediablemente morían.

El grupo de profesores reunidos en el edificio universitario hizo derribar las pencas de unos cocoteros plantados en el patio, encontrándolas dañadas y con huellas de un himenóptero parásito.

De la Torre se dispuso a estudiar en detalles las evidencias, y después de juntar material durante varios días de trabajo, se dirigió a la corporación científica con la instancia siguiente:

“Tengo el gusto de participar a VE. que nombrado en comisión por esta Real Academia para informar acerca de la memoria remitida a este centro por la junta de vecinos de Baracoa e inscrita por el Dr. Fermín Valdés Domínguez referente a la plaga que desde hace dieciocho años viene destruyendo nuestros cocoteros me he dedicado sin descanso a la investigación directa de los hechos, habiendo visto coronados mis esfuerzos con la determinación científica y el conocimiento perfecto del insecto á que en dicha memoria se alude, que es el mismo descubierto hace siete años por el inolvidable académico Dr. Don Federico Gálvez.

“Suplico á VE. que en vista de la importancia del caso y de la completa oposición que existe entre la teoría hasta ahora aceptada y la que resulta de mis conclusiones, se sirva declarar de preferencia este asunto para la sesión que ha de celebrarse el día de hoy. Habana y octubre 27 de 1889.”⁹

Admitida la petición e incluida dentro del orden del día de la reunión, el secretario José Torralbas leyó una nota de Felipe Poey llegada a la Real Academia en términos de última hora.

Partidario desde el principio de la teoría micótica, pero ahora puesto al tanto de las recientes investigaciones de su discípulo De la Torre, se sintió Don Felipe en el deber de informar al colectivo científico su cambio de criterio en relación con el nuevo agente hallado como causante de la enfermedad, un insecto *Hemíptero* perteneciente a la familia de los *Coccidos*.

Carlos de la Torre esperó su turno expositivo concedido para después que tuviera lugar la presentación de Diego Tamayo, quien leyó un trabajo

⁹ Expediente académico de Carlos de la Torre. Carpeta No. 1, documento No. 8. Archivo Histórico del Museo Nacional de Historia de las Ciencias Carlos J. Finlay.

¹⁰ El trabajo aparece publicado en: *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*, año 1889, t. XXVI, pp. 327-340.

titulado *Investigaciones sobre los parásitos de las palmeras y la enfermedad de los cocoteros*¹⁰, donde disintió de sus propias opiniones manifestadas en la asamblea del 8 de septiembre y también de las del Dr. Ramos.

Su investigación, en realidad el resultado de la experimentación y el análisis de una amplia muestra de cicales y palmeras localizados en zonas infectadas de La Habana y en otras donde, al parecer, nunca se había manifestado la enfermedad, resumían las labores realizadas en el laboratorio del Instituto Histobactereológico y las de algunos otros colaboradores no asociados directamente a esa institución.

Como consecuencia del estudio practicado se determinó que el punteado característico de las hojas, al cual se atribuía razones patológicas, se hacía presente lo mismo en los lugares afectados, que donde la enfermedad era desconocida, agregando como singularidad, no encontrarse este en especies de la palma cana, el corajo, la latania espinosa y la latania rubla (sic).

La conclusión propuesta por el ponente a partir de los exámenes de laboratorio, de orientar las pesquisas hacia la raíz de la planta para averiguar las causas que la ponían en condiciones de sufrir infecciones secundarias, ocasionándole la fermentación de su yema terminal, en definitiva, abundaba en nuevos datos y recopilaba información, añadiendo otro punto de vista a los ya debatidos en la corporación científica.

Llegado el momento y sujeto De la Torre a la atención de los académicos, presentó en sucesión cronológica cada una de las opiniones manifestadas desde que se hizo inminente la epifitia.¹¹

En esencia, coincidió con el Dr. Federico Gálvez a la hora de darle por origen a la enfermedad la existencia de un hexápodo, y aunque este fue erróneamente clasificado por el médico, pidió para el colega fallecido a principios del año,¹² la paternidad del descubrimiento.

Ilustró con dibujos hechos en una pizarra y copiados del microscopio la morfología del insecto y explicó la forma de su reproducción, catalogándolo dentro del orden de los *Hemípteros*, del género *Diaspis*, manteniendo, de acuerdo con la propuesta de Gálvez, el término *Vandalicus* para la especie.

Reconoció la naturaleza parasitaria de la patología y relacionó su aparición con la ocurrencia de fenómenos meteorológicos. Dio como posible causa predisponente la secuela dejada por huracanes, y sospe-

¹¹ La intervención se reprodujo en los *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*, año 1889, t. XXVI, pp. 355-371. El manuscrito de esta presentación para publicación fue ordenado por el Dr. Aristides Mestre y Hevia. Actualmente se conservan fragmentos entre la papelería de Carlos de la Torre archivada en el Museo Nacional de Historia de las Ciencias Carlos J. Finlay.

¹² El Dr. Federico Gálvez y Alonso falleció en La Habana el 21 de enero de 1889.

chó de la dirección de los vientos como factor de incidencia en la propagación.

Partidario de Ramos, recomendó para combatir la epidemia, derribar y quemar a tiempo todas las plantas cuyas yemas ofrecieran señales de alteración, y como medida profiláctica, no sembrar frutos procedentes de cocoteros afectados; puso tal énfasis en estas recomendaciones que aconsejó emplear como semilla, variedades de plantas traídas de otros países donde la enfermedad nunca hubiera existido.

Por último concluyó planteando lo urgente de activar la comisión, pero esta vez, exigiendo del Gobierno colonial responsabilidad y respaldo monetario.

Involucrado De la Torre en la investigación, e interesado en los resultados de Diego Tamayo, realizó un estudio particularizado de sus deducciones presentando en la sesión del 10 de noviembre¹³ las conclusiones a las que arribaba tras analizar cuidadosamente lo expuesto por este días antes.

Empezó reconociendo el mérito de Tamayo en negar, con fundamentos sólidos, la naturaleza uredinia del parásito, pero se separó de la hipótesis en lo concerniente a fijar la raíz como el órgano más afectado del vegetal.

Para De la Torre quedaba muy claro que, en vez de en las raíces, era en las hojas y en las yemas donde debía buscarse el microbio patógeno, planteamiento con el cual congeniaron tanto Finlay como Ramos. Este último fue más allá, y sorprendió al auditorio cuando, despojado de toda presunción, relató las condiciones de sus anteriores investigaciones, realizadas con un “microscopio barato”, y con la confesión del cambio radical de su juicio, resuelto a partir de los nuevos hechos, a favor de las comprobaciones del Dr. Carlos de la Torre.

El académico Claudio Delgado agregó a las consideraciones científicas de sus compañeros un estudio estadístico sobre la importancia económica del cultivo del coco en la región de Baracoa.¹⁴

El novedoso enfoque, introducido por vez primera en las investigaciones sobre el tema, fue atendido sin cuestionamientos. Las cifras de dos y medio millones de unidades del fruto exportadas a Estados Unidos semestralmente y el importe de cien mil pesos al año ingresados en

¹³ El análisis de Carlos de la Torre titulado “Observaciones al trabajo del Dr. Tamayo sobre parásitos de las palmeras y la enfermedad de los cocoteros” se reprodujo en: *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*, año 1889, t. XXVI, pp. 438-448.

¹⁴ Moción relativa a la enfermedad de los cocoteros. Sesión del 24 de noviembre de 1889. *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*, año 1889, t. XXVI, pp. 396-406.

la localidad por este concepto, resultaban cálculos capaces de estimular el interés de las autoridades coloniales y decidir las maniobras de financiamiento que el grupo científico estaba prácticamente exigiendo.

El Dr. Delgado, a claras luces preocupado, hizo alusión a los rumores existentes de que el Gobierno de Washington, movido por el temor de algunos agricultores de su país de introducir en el territorio la enfermedad, había pedido a su Cónsul General en la Isla un informe sobre la plaga de los cocales de Baracoa; acto seguido, puso fin a su intervención pidiendo proceder con determinación ante el poder competente, agregando la suma de mil pesos oro con cargo al Capítulo de Calamidades Públicas, destinada a sufragar los gastos de los comisionados y de las investigaciones.

La moción, redactada en términos científicos muy concretos, y sobre los fundamentos de proteger el desarrollo de una industria volcada al consumo interno y al comercio de exportación, se discutió, fue sometida a votación y se aprobó por unanimidad.

Motivado por el interés que la academia ponía nuevamente sobre el asunto, De la Torre prosiguió sus averiguaciones apelando, una vez más, a la opinión autorizada de Gundlach, todavía de recorrido en la región oriental. La carta que el naturalista alemán le dirigió el 30 de noviembre de 1889, así comprueba los propósitos de Carlos de la Torre:

“Mi muy querido amigo: Recibí tu muy grata del 16 nov. y la agradezco pues ella me prueba, que no me has olvidado sino comunicado las novedades sobre la enfermedad de los cocoteros.

“Tu habrás notado que yo sin esta carta (recibida después) te escribí y expliqué lo que yo sabía. Habrás notado que tanto el amigo Bonzón en 1884 y yo en 1885 en el ingenio nos hemos convencido que el *Diaspis* sería la causa. Es decir ambos hemos cumplido con nuestro deber de instruir en lo que es posible, uno a otro.

“Bonzón es suizo relojero, pero también sabe química, analizando metales etc., dorando y plateando objetos, etc., etc., y sabe también física poniendo teléfonos, reparando instrumentos de física etc. Y se ocupa con gusto de historia natural. Así fue que él observó con su microscopio al *Diaspis* en 1884 (yo sin conocer aún a Bonzón tuve los mismos resultados en 1885).

“En el año pasado observó él en una estancia al lado del primer paradero del ferrocarril de Cuba a San Luis un cocotero de 3 ó 4 años con *Diaspis*, y ese animalito cubrió pronto también las hojas de los árboles vecinos, Anón, Flamboyán, Paraíso. Era menester cortar las ramas delgadas del Anón y luego volvió a retoñar sin novedad.

“Ahora enseñándole tu carta dijo que el *Diaspis* del Anón era el mismo del cocotero porque le había observado con su microscopio. Ayer me trajo un preparado con dos machos que él reconoció como no enteramen-

te iguales. El sabe trabajar también con vidrio y sopló de un pedacito del tubo de un termómetro un pomito como este dibujo [en el original el dibujo] en el cual están los dos machos en alcohol. El pomito está cerrado en la punta con el soplete. Yo te lo mandaré pero Bonzón va á hacer otras preparaciones, que mandaríamos con los trozos de penca.

“Ya ves que aquí tuvimos el resultado como tú en la Habana solamente que tu microscopio será de más potencia.

“... Pedimos informe al ingenio las cañas de los Sres. Brooks, ver si de los centenares de cocoteros que había en un mismo terreno como arboleda han quedado muchos o pocos vivos. Bonzón empleado en 1884 en este ingenio como químico, mandó desmochar las pencas viejas atacadas y quemarlas. En el momento se sabe que aún existen allí cocoteros que ya tienen cocos, señal que no han muerto todos. El administrador contestará a los Brooks y luego te diremos el resultado...”¹⁵

Gundlach y Poey apoyaron las observaciones de Carlos de la Torre; también la expresó por carta el entomólogo Comstock, de la Universidad Cornell, de Nueva York, quien a una solicitud del cubano comunicó las experiencias en relación con una plaga invasora de los naranjos en varias zonas citricolas de Estados Unidos. Los datos que hizo llegar a finales de 1889 coincidieron, en buena medida, con los resultados logrados en La Habana en las plantaciones cocoteras.¹⁶

Mientras Carlos de la Torre mantenía a título personal estos contactos, la Real Academia aguardaba por la aprobación de la ayuda solicitada. Fue el mismo De la Torre quien, con mucho desaliento, reveló en la sesión del 26 de enero de 1890 la noticia del Gobierno negando el financiamiento. La institución científica, decepcionada por la desidia de las autoridades, invitó al naturalista a proseguir los estudios sobre la enfermedad a cuenta de una suma menor, ajustada al exiguo presupuesto que ella disponía.

Tanto se había comprometido De la Torre con el tema que en su afán por recopilar y relacionar todos los datos posibles, se dio a la tarea de investigar la presencia de un gran número de insectos aparecidos en los parques y paseos de La Habana después de unas copiosas lluvias del mes de mayo.

Luego de identificar varios individuos del curioso enjambre aglomerado alrededor de las lámparas del alumbrado eléctrico —fenómeno que algunos capitalinos dieron por signo de mal agüero—, llegó a la

¹⁵ El original de esta carta se encuentra en el Museo Provincial Palacio de Junco, Matanzas. Colección Sala de Cultura.

¹⁶ Acta de la sesión pública ordinaria del 26 de enero de 1890, *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*, año 1890, t. XXVII, pp. 595-605.

conclusión de que eran especies con hábitos acuáticos e inofensivos para la agricultura, y es de señalarse su insistencia en rectificar, otra vez, el error de Francisco José Balmaseda referido en el texto *Agricultor cubano*, donde atribuyó al *Hemíptero Belostoma colossicum* la destrucción de los cocales.

De la Torre reportó las anteriores apreciaciones a la Real Academia en la reunión del 8 de junio de 1890¹⁷, y días más tarde el Secretario de la corporación le informó que lo habían designado para viajar a la región oriental y llevar a cabo allí un conjunto de estudios de mucho interés para la ciencia.

Por lo contradictorio de las fuentes¹⁸ no conocemos con exactitud si Carlos de la Torre recibió de la Real Academia, como esta le había prometido, algún estipendio con el cual enfrentar los gastos del viaje; pero sí sabemos que el recorrido por el Levante se verificó en el verano de 1890.

Las intenciones que estuvieron presentes y sirvieron de motivación en la jornada científica, nos las da a conocer el mismo De la Torre:

“El primero de julio del presente año se me comunicó por la Secretaría un oficio participándome que en sesión extraordinaria celebrada la noche del 27 de junio, se acordaba por unanimidad, nombrarme en Comisión para que pasara al extremo oriental de la Isla con el objeto de llevar a cabo las investigaciones convenientes para aclarar algunas dudas acerca de la Etnología del Caney, así como para recoger datos y objetos arqueológicos de aquellas comarcas, e informar á esta Academia del estado en que se encuentra la plaga de los cocoteros en Baracoa.

¹⁷ La intervención se recogió en los *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*, año 1890, TXXVII, pp. 135-136.

¹⁸ Según un documento hallado entre los papeles de académico de Carlos de la Torre en el Archivo Histórico del Museo de Historia de las Ciencias Carlos J. Finlay (carpeta No.3, documento No.4), en la sesión extraordinaria de la noche del 27 de junio de 1890 se decidió adjudicarle 200 pesos oro para las investigaciones en la región de Baracoa, o sea, la entrega de un dinero previo al viaje. Pero esta cifra también se corresponde con otra que le debía facilitar la diputación provincial de Santiago de Cuba, a su llegada a esa ciudad, y nunca lo hizo por no existir allí los fondos.

Las dudas se incrementan al conocer que, de regreso del viaje, De la Torre reclamó a la institución científica una ayuda compensatoria de 150 pesos oro para equilibrar las afectaciones que a su economía personal este le había ocasionado, y por otra parte, la decisión que tomó de entregarle al Museo académico algunos de los materiales antropológicos y etnográficos colectados en su excursión.

La corporación acordó acceder a la suma tan pronto dispusiera del dinero que ella recibiría por concepto de sus censos.

Más información sobre este particular puede verse en el acta de la sesión pública ordinaria del 12 de octubre de 1890, publicada en los *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*, año 1890, TXXVII, pp. 323-324.

“Respondía dicha comisión al ofrecimiento que espontáneamente hice á la Academia con motivo de tener que formar parte de una Comisión Universitaria que tenía que trasladarse á Puerto Rico; de este modo podría comenzar allí mis observaciones y realizaría á la vez la excursión a Baracoa, que completaría mis estudios emprendidos hace un año, sobre la enfermedad de los cocoteros. Aumentaba el interés de esta Comisión, mis aficiones naturalistas, el deseo de visitar las cuevas exploradas hace cuarenta años por el Dr. D. Miguel Rodríguez Ferrer, y la noticia comunicada por el Dr. Santos Fernández acerca de la celebración de un Congreso, en el próximo centenario del descubrimiento de América, y la conveniencia de preparar algunos trabajos locales para ese objeto.”¹⁹

La expedición tuvo como primera estación el pueblo de El Caney, próximo a la ciudad de Santiago de Cuba. De la Torre y su acompañante, el profesor Juan de Michelena, del Instituto de Segunda Enseñanza de Matanzas, se sentían atraídos por las referencias al *tipo indio* de los habitantes de aquella vecindad y pretendían hallar material para complementar sus estudios arqueológicos, antropológicos y etnográficos.

Michelena iba en busca de evidencias científicas para su tesis doctoral, y De la Torre, deseaba tener en mano piezas y objetos precolombinos con los cuales poder establecer puntos de contacto con Puerto Rico y Santo Domingo.²⁰

Al principio la realidad les fue bastante desconcertante, ya que, en vez de un pueblo de *indios* o descendientes de ellos, encontraron una población “a la moderna”, donde la mayoría de sus habitantes, desde hacía más de 50 años, resultaban ser familias santiagueras, que se asentaban allí temporalmente para veranear.²¹

El 25 de agosto lo recibió en Baracoa el médico Fermín Valdés Domínguez, a partir de esos momentos, el práctico de la expedición.

¹⁹ Tomado de la conferencia científica que pronunciara Carlos de la Torre en la Real Academia el 26 de octubre de 1890. *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*, año 1890, t. XXVII, p. 325.

²⁰ El viaje incluyó estancias muy cortas en las islas de Puerto Rico y La Española (Santo Domingo). En la primera De la Torre contactó con el naturalista puertorriqueño Agustín Stahl, que había logrado reunir, además de colecciones botánicas y zoológicas, otra con objetos aborígenes; en la segunda, con un librero de apellido García (¿Fundación García Arévalo?), quien poseía excelentes piezas arqueológicas del área antillana.

²¹ Excepto los clásicos “guayos” —una tabla gruesa a la cual se le clavaban piedras duras y puntiagudas para rallar la yuca en la fabricación del casabe— no encontraron allí evidencias de los primeros pobladores; sin embargo visitaron el Museo de Julián Parreño y fotografiaron los objetos más interesantes de su colección de piezas indígenas. *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*, año 1890, t. XVII, pp. 325-343.

Este, establecido en la villa para el ejercicio de su profesión, se había encargado, además, de reunir objetos precolombinos, y, a partir de sus observaciones en plantaciones de la zona, muchos datos sobre la enfermedad de los cocales.

Sus primeros pasos se dirigieron hacia el oeste de Baracoa, recorriendo las fincas más invadidas por el mal en Jaitesico, Duaba, Toa, Cayojuín, y otras comprendidas desde Guanamón hasta el Yunque; pero también visitaron varias cuevas, algunas de ellas reconocidas por Miguel Rodríguez Ferrer 40 años antes.

Descendieron y escalaron farallones, llegaron hasta el Faro de Maisí, pasaron por Palo Viejo, lugar de interés por las tantas versiones conocidas y comentadas sobre el origen de unos paredones que, a manera de “muralla natural”, parecían contruidos por la mano del hombre.

Transitaron pasos angostos a caballo o a pie, e hicieron alto en algunas estancias, donde, acogidos por sus dueños con “mesa abierta”, lograron información y hasta alguna donación de objetos primitivos o de la naturaleza.²²

Finalizada la expedición, De la Torre regresó a La Habana con una extraordinaria colecta osteológica de 11 cráneos y numerosos huesos procedentes de las cuevas exploradas. Varias piezas representativas de figuras antropomorfas y zoomorfas realizadas por los aborígenes, con utensilios de diferentes materiales, entre los cuales existían los confeccionados a partir de las conchas de *Strombus gigas* y los clásicos de pedernal, y sobre todo con abundantes testimonios y muestras de los coleccionistas privados. Las evidencias materiales fueron entregadas a la Real Academia, institución que las reconoció como los hallazgos científicos más importantes realizados en Cuba en la disciplina antropológica.²³

Al transferir lo colectado al Museo de la institución en la sesión del 26 de octubre de 1890, Carlos de la Torre anunció que, en reuniones posteriores, se ocuparía de informar sus observaciones sobre la fauna de los lugares recorridos, otras relacionadas con la mineralogía y la minería en Santiago de Cuba, y las referentes al estado de la enfermedad de los cocoteros en Baracoa; pero estos reportes —al menos hasta donde hemos podido averiguar— nunca llegaron a realizarse.

²² Fermín Valdés Domínguez relató los detalles de este viaje en un artículo publicado en *El País* el día 23 de octubre de 1890, bajo el título de “Excursión científica del Dr. Carlos de la Torre”. José Álvarez Conde, en su biografía sobre Carlos de la Torre, editada por la imprenta El siglo XX en 1951, página 46 y siguientes, reprodujo parcialmente este mismo artículo.

²³ Sesión pública ordinaria del 26 de octubre de 1890. *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*, año 1890, T. XVII, pp. 361-368.

La Real Academia, atendida al éxito de la expedición en sus aspectos antropológicos y etnológicos, promovió a De la Torre como conservador del Museo, labor que desempeñó con más o menos estabilidad, hasta la década de los años 30 del siglo XX.²⁴

La enfermedad de los cocoteros, protagonista de debates científicos en tiempos de Felipe Poej, en época de su discípulo De la Torre también demandó atención, pero para entonces el maestro había fallecido y el entramado socio cultural cubano se definía bajo otras circunstancias y en el contexto de una historia diferente.

LA ENFERMEDAD DE LOS COCOTEROS EN TIEMPOS DE CARLOS DE LA TORRE

Fue en 1901 cuando el Departamento de Agricultura de Estados Unidos envió a Cuba al entomólogo August Busck para investigar en Baracoa las causas de la enfermedad de los cocoteros. Los resultados de su trabajo —en esencia atribuyó la plaga a la acción del hongo *Pestalozzia palmarum*— fueron controlados por el propio Departamento y publicados en el *Boletín* No. 381 de su División Entomológica.

Tres años después de la misión del Dr. Busck, en 1904, el mismo Departamento apoyó las labores del bacteriólogo Erwin F. Smith, quien realizó observaciones en Baracoa y en otras zonas afectadas de la Isla, repitiendo sus visitas en 1907 y 1908. Este especialista llegó a la conclusión de que la enfermedad tenía un origen bacteriano.

También en 1904 la Estación Central Agronómica de Santiago de las Vegas, en La Habana, ajustó un programa de investigaciones cuyos resultados los dio a conocer en 1908 William Titus Horne, jefe del Departamento de Patología Vegetal de la Estación, en un extenso trabajo, bien documentado e ilustrado, donde se resumió el estado de esos estudios en Cuba, y algunas otras experiencias en el área caribeña.

De acuerdo con lo planteado en el informe²⁵, a principios de 1900, existía un consenso en reconocer la enfermedad por tres síntomas prin-

²⁴ En el expediente académico de Carlos de la Torre (carpeta 1, documento 51, en el Archivo Histórico del Museo Nacional de Historia de las Ciencias Carlos J. Finlay) aparece nombrado conservador del Museo el 10 de mayo de 1891. En este mismo documento se hace referencia a otras dos fechas anteriores, la del 2 de abril de 1889 (Director de la sección de Paleontología del Museo) y 22 de mayo de 1889 (Director del Museo). Si nos atenemos al hecho de que Carlos de la Torre aún en estas fechas no formaba parte de la institución, ambas pudieran constituir un error; pero si se toma en consideración que antes de su elección como numerario ya colaboraba con la corporación, pudieran tenerse en cuenta como caso singular en el movimiento interno del personal de la institución.

cipales: la caída de los frutos, la amarillez de las hojas, y la pudrición del cogollo o corazón; de ahí el nombre de pudrición del cogollo o del palmito, con el cual se empezó a identificar la patología vegetal.

Se siguió asociando la enfermedad con varios hongos y con la acción destructora de insectos, y aunque la relación aún estaba por comprobarse, la tendencia más generalizada suponía que algunas especies, servían como vectores de la infección en la transmisión del árbol enfermo al sano.

Todavía se seguía empleando como remedio la destrucción de todas las plantas enfermas o muertas por medio del fuego, agregándose como método para atenuar el contagio las llamadas barreras rompevientos.

Se llegó definitivamente a la conclusión de que los árboles apiñados resultaban los más propicios en la propagación del mal, recomendándose sembrar los cocoteros a distancia prudencial, con lo cual se dejaba atrás la práctica común de épocas anteriores, resumida en el dicho popular “donde muere un coco, plantar dos”.

La pudrición del cogollo se reconoció como la patología de mayor afectación a ese fruto en Cuba, y como el obstáculo más grande para su industria, sobre todo, en Baracoa, donde la producción anual ascendía a 200 000 pesos, aunque otras producciones de mediana importancia económica, localizadas entre La Habana y Artemisa, en Cárdenas, Cienfuegos, Manzanillo, Banes y puntos costeros comprendidos desde Santiago de Cuba a Cabo Cruz, se reportaron también en crisis.

Fue revisada la bibliografía cubana e internacional sobre el tema, distinguiéndose como las figuras más destacadas el director de los Jardines y Plantaciones de Jamaica, Dr. W. Fawcett, cuya experiencia en el control de la enfermedad en Montego Bay, se había comprobado en 1891; el norteamericano August Busck, cuyos conocimientos no solo se circunscribían a Cuba, sino a otras zonas tropicales, y Carlos de la Torre, quien, sin ser el iniciador de los estudios en la Isla, era considerado por el conjunto de su obra, y por su más reciente trabajo, publicado en la *Revista de la Universidad de La Habana*²⁶, el clásico cubano en la materia.

El informe propuso como estrategia para mejorar los cultivos, el estudio de variedades exóticas y la siembra de semillas resistentes, independientemente de que los resultados se obtuvieran a largo plazo; y fue terminante al precisar en sus conclusiones que, para dominar la enfermedad y

²⁵ Horne, William Titus: “Pudrición del cogollo del cocotero y otras enfermedades del cocotero en Cuba”. *Boletín* No.15 de la Estación Central Agronómica de Santiago de las Vegas, La Habana, julio de 1908.

²⁶ Torre, Carlos de la: “Enfermedad de los cocoteros”. *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, Universidad de La Habana, vol. II, No.3, mayo de 1906, página 269 y siguientes.

proteger la valiosa industria, debían emprenderse acciones estatales y exigirse la cooperación y los esfuerzos de los gobiernos de las áreas afectadas.

Las recomendaciones de la Estación Central, unidas al interés del Departamento de Agricultura de Estados Unidos al instrumentar un programa de investigaciones que comprendía el patrocinio de misiones científicas a Cuba, debieron tener alguna repercusión en las esferas administrativas, pues, entre 1908 y 1909, se pretendió enfrentar la situación generada por la patología, mediante la aprobación de un crédito con el cual se asumieran los gastos de una Comisión especializada para atender las investigaciones.

Sin embargo, la iniciativa que había partido de los doctores Manuel Lores y Luis Marcané, representantes de la provincia de Oriente ante el Gobierno, y por lo tanto, más vinculados con la política que con la ciencia, fue juzgada improcedente en un artículo de prensa suscrito por el renombrado autor de temas agrícolas Francisco Zayas, al cual se enfrentó Carlos de la Torre desde la tribuna académica.

De la Torre, propuesto por la institución científica para formar parte de la Comisión que con ribetes estatales se encargaría de llevar a efecto las investigaciones²⁷, en la sesión del 12 de marzo de 1909, y ante la presencia del propio Zayas, lo criticó por el hecho de influir negativamente en el ánimo de los legisladores proclives a retrasar o anular las posibilidades de los ensayos.

En la reunión de ese día se encontraba como invitado especial el Dr. Lores, quien haciéndose de la ocasión que el grupo de científicos le proporcionaba, expuso las experiencias obtenidas en Baracoa a partir del mejoramiento de semillas y la explotación de terrenos vírgenes. De los académicos asistentes, fue Felipe García Cañizales, responsable de los experimentos en el Jardín Botánico del Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana, el que hizo hincapié en la necesidad de combatir el estado de abandono y atraso de los sectores rurales y agrarios del país.

Transcurrido algún tiempo, el 13 de diciembre de 1910, el poder legislativo elaboró una ley relativa a la enfermedad de los cocoteros, aprobada el 24 de junio de 1913 por Decreto Presidencial No. 383.

En esencia, esta consistió en la propuesta de un premio de 30 000 pesos al que descubriera el origen de la enfermedad, la causa de la

²⁷ Con fecha del 14 de abril de 1908, el Presidente de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, se dirigió a la Secretaría de Agricultura, Comercio y Trabajo, proponiendo a Carlos de la Torre para formar parte de la Comisión que el Gobierno nombraría para enfrentar la plaga de los cocoteros. En la carta se hace constar la experiencia del Dr. De la Torre en las investigaciones sobre la enfermedad. Expediente académico de Carlos de la Torre, en el Archivo Histórico del Museo Nacional de Historia de las Ciencias Carlos J. Finlay. Carpeta 5, documento 19.

muerte de los cocoteros, y prescribiera los medios para evitarla y erradicarla.

El papel de la Academia de Ciencias, por la acción del artículo III de la Ley, quedaba reducido al acto de nominar los integrantes del tribunal encargado de examinar las pruebas presentadas por los aspirantes al premio; decisión que tomó en la sesión del 19 de enero de 1914, al delegar en los miembros Felipe García Cañizales, Arístides Agramonte, José Cadenas, F. S. Earle, todos bajo la responsabilidad de Carlos de la Torre.²⁸

Pocos días antes, la corporación científica había recibido procedente de la Secretaría de Agricultura, Comercio y Trabajo, el expediente de C. H. Gould, de Seattle, Washington, donde se incluían 12 copias de un informe relativo a la enfermedad de los cocoteros en Baracoa, acompañados del Decreto Presidencial.

El 9 de enero, en una sesión que debió tener carácter de ordinaria, pero que, sospechosamente por falta de quórum, fue transferida a científica, se hizo una brevísima referencia al asunto, dando preferencia a la lectura y discusión del trabajo enviado por Bernardo González, propietario de la finca El Tamarindo, en el término de San Miguel del Padrón, en La Habana, donde exponía sus propias experiencias en relación con el control de la enfermedad, el sistema de siembra y las atenciones culturales que practicaba en los coteles atacados por un insecto llamado vulgarmente cotorrita.

El texto fue valorado de “iconoclastico” para entendidos en entomología, pero a pesar de ello, y excepcionalmente, fue impreso en la publicación científica de la corporación.²⁹

La noticia del sustancioso premio estipulado por el presidente Mario G. Menocal, a la persona, nacional o extranjera, que pusiera término a la devastadora enfermedad, se difundió rápidamente, sumando muchos aspirantes, tantos, que los encargados de realizar las evaluaciones, al poco tiempo, fueron incapaces de satisfacer los requerimientos para los cuales habían sido virtualmente designados.

Agobiados por el cúmulo de memorias presentadas y al borde de una crisis por carecer del financiamiento y los viáticos requeridos para trasladarse a los lugares donde los interesados sugerían se verificaran las pruebas, los miembros del tribunal en pleno, presentaron sus re-

²⁸ El borrador de la carta dirigida por el Presidente de la Academia de Ciencias a la Secretaría de Agricultura, Comercio y Trabajo, que contiene el nombramiento de los cinco integrantes del tribunal, tiene fecha 20 de enero de 1914, y se halla en el Expediente de académico de Carlos de la Torre, Archivo Histórico del Museo Nacional de Historia de las Ciencias Carlos J. Finlay, Carpeta 4, documento 13.

²⁹ Sobre la enfermedad de los cocoteros y su profilaxis. *Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, T.L, 1914, pp. 804-810.

nuncias. Carlos de la Torre, en representación de todos, había elevado las quejas al presidente Mario García Menocal por conducto de su Consejo de Secretarios.

Desatendido el trámite, no quedó otra opción que hacer pública la dimisión en la sesión del 22 de enero de 1915 de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana.³⁰ Los académicos, luego de valorar las razones presentadas, acordaron hacerlas llegar por escrito al Presidente de la República, para así, salvar responsabilidades.

Los años pasaron y la necesidad de acabar con la pudrición del cogollo o amarillamiento letal del cocotero, el otro nombre con el cual empezó a identificarse el mal, no desapareció, puesto que la enfermedad misma siguió existiendo.

La Academia de Ciencias, a la que los rejugos políticos negaron el derecho a investigar y a aconsejar en los procesos fitosanitarios, durante algún tiempo más, siguió recibiendo las memorias que cosecheros y productores del fruto enviaban a Carlos de la Torre en su antigua condición de presidente de un tribunal, sin saber que este, a causa de la desidia estatal, había renunciado a sus funciones.³¹

En cuanto al premio, concebido durante el mandato presidencial de José Miguel Gómez y oficializado durante la gestión de gobierno de Mario G. Menocal, podemos asegurar que nunca llegó a entregarse, aunque todavía en época de Alfredo Zayas, se mantuvo vigente.

El hecho lo corrobora un documento fechado el 27 de agosto de 1926, por el cual, un súbdito inglés nombrado A. Daniel, a través de su representante en La Habana, y siguiendo las desacertadas instrucciones de la Secretaría de Agricultura, Comercio y Trabajo, se dirigió a la Academia de Ciencias, reclamándole el veredicto de un trabajo con el que aspiraba a ganar los prometidos, pero nunca adjudicados 30 mil pesos.³²

³⁰ Al respecto ver las sesiones del 8 y 22 de enero de 1915. *Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, t. LI, año 1915, pp. 566 y 589-591.

³¹ En el Expediente de académico de Carlos de la Torre, Archivo Histórico del Museo Nacional de Historia de las Ciencias Carlos J. Finlay, Carpeta 1, documentos 17, 18 y 19, existen varios manuscritos reclamando el veredicto del tribunal examinador. En realidad son cartas de particulares exponiendo sus experiencias, muchas de ellas sin rigor científico.

³² Expediente de académico de Carlos de la Torre, Archivo Histórico del Museo Nacional de Historia de las Ciencias Carlos J. Finlay, Carpeta 1, documento 20.

BIBLIOGRAFÍA ACTIVA¹



Colección de fábulas escogidas de Samaniego, La Fontaine, Florian, Iriarte y Fedro, La Habana, 1816 (compiladas en manuscritos por Felipe Poey).

“Rebuscos de Fr. Luis de Granada (1504-1588)”, *Libro de la oración y meditación*, La Habana, 1818 (compilado en manuscrito por Felipe Poey).

“¿Cuáles son los verdaderos límites de los crímenes o delitos públicos y cuáles su punto de contacto con los delitos o crímenes privados?”, *Memorias de la clase de derecho patrio del Real y Conciliar Seminario de La Habana*, Imprenta de Marina, por la viuda e hijo de D. Esteban José Boloña, 1819.

“Discurso sobre una cuestión propuesta en la clase de Economía Política para los exámenes del año 1820”, premiados por la Sociedad Patriótica de Amigos del País, Imprenta Oficina de Arazoza y Soler, La Habana, 1820.

Centurie de Lepidopteres de Lile de Cuba, contenant la description et les figures coloriées de cent especes de papillons nouveaux du peu cennus, reprsents d'après nature, souvent avec la chenille, la chysalide, et plusieurs détails microscopióques, Libraire Grecque-Latine Allemande et Anglaise de J. Albert Mercklein, Paris, 1832.

“Observations sur le crin des Lepidépteres de la tribu des crepulaires et des nocturnes”, *Annales de la Sociéte Entomologique de France*, Paris, 1832, t.1, pp. 91-94, Argynne Argynnis Lat. Decembre 1831, *Magasin de Zoologie*, Paris.

“Poesías inéditas compuestas en el año de 1824 y dedicadas a su esposa doña María de Jesús Aguirre”, *Revista Bimestre*, 1834, t. III, No. 9, pp. 310-320.

Compendio de la geografía de la Isla de Cuba. Parte I. Topografía, Imprenta del Gobierno y Capitanía General, La Habana, 1836.

“Materiales para la historia del descubrimiento de América y en particular de la Isla de Cuba (pasajes sacados de un manuscrito inédito existente en la Biblioteca Real de Madrid, relativo a los viajes de Colón)”, *Memorias de la Real Sociedad Patriótica de La Habana*, 1837, t. III, p. 122.

“Materiales para la historia del descubrimiento de la América, y en particular de la Isla de Cuba, comunicados por Don Felipe Poey. Descripción de la isla de Cuba y de sus primeros habitantes copiados del tercer volumen manuscrito de la historia general de las Indias por Fr. Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapas”, *Memorias de la Real Sociedad Patriótica de La Habana*, 1837, t. IV, p. 208.

“Memorias sobre el establecimiento de un museo de historia natural en La Habana”, *Memorias de la Sociedad Patriótica de La Habana*, 1838, t. VI, p. 2.

“Museo de Historia Natural. Sobre escrito aparecido en el No. 31 de las Memorias de la Sociedad Patriótica de La Habana; sobre los medios de establecer en La Habana un gabinete de Historia Natural por Felipe Poey”, *Diario de La Habana*, Habana, 20 de julio. Breve reseña sobre el modo de hallar, de conservar y de remitir los objetos de historia natural de la isla de Cuba, *El Plantel*, Habana, 1838, pp. 43-50.

“Solenodon Paradojo”, *El Plantel*, Habana, 1838, pp. 80-82.

Compendio de la geografía de la isla de Cuba para los colegios y escuelas secundarias, Imprenta del Gobierno, La Habana, 1839, tercera edición.

Cartilla geográfica para las escuelas primarias, Imprenta del Gobierno y Capitanía General, La Habana, 1839.

Compendio de geografía moderna, para colegios y escuelas secundarias, Parte topográfica, a la cual sigue por cuadernos separados un apéndice de geografía política, Imprenta del Gobierno y Capitanía General, La Habana. 1840.

“Relación de los trabajos del Museo de la Real Sociedad Patriótica y noticia de su estado presente, leída por su director D. Felipe Poey, en la junta general del 12 de diciembre de 1840”, *Memorias de la Sociedad Patriótica de La Habana*, 1840, t. XI, p. 201.

“Comunicación de D. Felipe Poey sobre el regalo de objetos de historia natural que ha hecho al Museo D. Alejo Helvecio Lanier, de Trinidad”, *Memorias de la Sociedad Patriótica de La Habana*, 1840, t. II, p. 238.

Reglamento que debe observarse en la biblioteca establecida por la Real Sociedad Patriótica de La Habana, *Memorias de la Sociedad Patriótica de La Habana*, 1841, t. XIII, p. 239.

Compendio de la geografía de la isla de Cuba, Imprenta del Gobierno y Capitanía General, La Habana, 1842, tercera edición.

Curso de Zoología profesado en la Real Universidad de La Habana, Imprenta del Gobierno y Capitanía General, La Habana, 1843.

“Nota del Sr. F. Poey, Director del Museo de La Habana sobre los pájaros carpinteros”, *Diario de La Habana*, Habana, 27 de agosto de 1843.

[José de la Luz Hernández y]: Cochinilla, criptógama, insecto destructor de los naranjos. Informe de la Sociedad Económica de La Habana”, *Diario de La Habana*, Habana, 24 y 30 de noviembre de 1843.

Delafosse, Gabriel. Nociones elementales de historia natural, Imprenta Soler y Gelada, La Habana, 1844 (traducción de Felipe Poey y Rafael Navarro).

Compendio de la geografía de la isla de Cuba, Imprenta de la oficina del Gobierno y Capitanía General por S. M., La Habana, 1844, cuarta edición.

Compendio de la geografía de la isla de Cuba, Imprenta del Gobierno, La Habana, 1844, quinta edición.

Compendio de la geografía de la isla de Cuba, Imprenta de M. Soler, La Habana, 1844, séptima edición.

[y Pedro Martín Romay]: “Informe de la Comisión que estuvo encargada de reparar el convento de S. Felipe en que se ha establecido la Real Sociedad con todas sus dependencias”, *Memorias de la Sociedad Económica de La Habana*, 1844, t. XIX, pp. 379, 383.

“Catálogo metódico y descriptivo de las mariposas de la Isla de Cuba”, *Memorias de la Real Sociedad Económica de La Habana*, Segunda Serie, 1846, t. II, pp. 174, 297, 383; 1846-1847, t. II, pp. 44, 121, 175, 243.

“Discurso sobre las ciencias en general”, *El Colibrí*, Habana, Serie Primera, 1846-1847, t. I, pp. 16-19, 33-38, 65-67.

Historia de los imperios de Asiria por Burette Thodose, Imprenta del Gobierno y Capitanía General por S. M., La Habana, 1846-1847 (compendiada por Felipe Poey).

“Discurso pronunciado en la Sociedad Habanera, Instituto Científico-Artístico-Literario, por Don Felipe Poey, director de la Sección de Ciencias, el 26 de agosto de 1848”, *El Artista*, septiembre de 1848, t. I, No. 4, pp. 45-47.

Compendio de la geografía de la isla de Cuba, acompañada de un apéndice de la geografía antigua, Imprenta El Artista, La Habana, 1849, novena edición.

“Égloga primera de Virgilio”, *El Artista*, marzo de 1849, tomo II, No. 1, pp. 12-14 (traducción por Felipe Poey).

“Revista Zoológica de la Isla de Cuba”, *El Artista*, 1849, tomo II, no. 2, pp. 27-29; no. 3, pp. 42-45; no. 4, pp. 61-63; no. 5, pp. 78-82; no. 6, pp. 93-95; no. 7, pp. 107-110; no. 8, pp. 125-127; no. 9, pp. 145-147; no. 10, pp. 163-169; no. 12, pp. 194-196.

“A Don Narciso Foxá. En su viaje a España (Soneto)”, *El Artista*, 1849, t. II, no. 3, p. 39.

“Ilusiones ópticas en el cementerio de La Habana”, *El Artista*, junio de 1849, t. II, no. 5, p. 87.

“A Sabaneque sobre la lengua marítima”, *El Faro Industrial de La Habana*, Habana, 10 de julio de 1850.

Cartilla geográfica, Imprenta de la viuda de Barcina, La Habana, 1855.

Geografía física y política de la isla de Cuba, Imprenta y papelera de Barcina, La Habana, 1855, 15^a edición.

[Antonio Zambrana y]: “Escuela General Preparatoria. Informe de los Inspectores”, *Anales y Memorias de la Real Junta de Fomento y de la Real Sociedad Económica de La Habana*. 1855, t. II, p. 609.

“Observations of Different Points of the Natural History of the Island of Cuba, with reference to the Ichthyology of the United States”, *Annals of the Lyceum of Natural History of New York*, October 1855, vol. VI, no. 5, pp. 133-136.

“El Tiempo. Canción de Beranger”, *La floresta cubana*, 1855-1856, pp. 12-13 (traducción por Felipe Poey).

[J. C. Aguilera, E. Auber y]: “Fuerza vital”, *La floresta cubana*, 1855-1856, pp. 50-51.

“Égloga: A Silvia”, *La floresta cubana*, 1855-1856, pp. 87-89.

“Episodio de Aristeo”, *La floresta cubana*, 1855-1856, pp. 209-212.

“Observaciones filológicas”, *La floresta cubana*, 1855-1856, pp. 271, 347-348.

“Peces cubanos” (artículo) “Lo que hay en el mar”, *La floresta cubana*, 1855-1856, pp. 313-314.

“Las catacumbas”, *La floresta cubana*, 1855-1856, pp. 323-324 (traducción de F. Poey de Chateaubriand).

Geografía física y política de la Isla de Cuba, Imprenta de Barcina, La Habana, 1856, 16^a edición.

“La culebrita de la crin”, *La floresta cubana*, 1856, pp. 29-30.

“La avispa de la jía”, *La floresta cubana*, 1856, pp. 61, 94-95, 115-117, 152-154.

“Prosodia”, *La Piragua*, 1856, pp. 19-21.

“Acentos”, *La Piragua*, 1856, pp. 37.

“Carácter eufónico de la lengua española”, *La Piragua*, 1856, pp. 33-36.

“Observaciones gramaticales”, *La Piragua*, 1856, pp. 49-50, 65-67.

“La hija y la madre. Relaciones filológicas”, *La Piragua*, 1856, pp. 113-117.

“Galicismo”, *La Piragua*, 1856, pp. 246-248.

“Traducciones en general, y particularmente del francés”, *La Piragua*, 1856, pp. 309-313, 357-364.

“Juicio crítico sobre las obras de don Antonio Vinageras”, *Brisas de Cuba*, 1856, t. II, pp. 217-227, 259-278, 289-314.

Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba, acompañadas de sumarios latinos y extractos en francés, Imprenta de la Vda. de Barcina, La Habana, 1851; 1856-1858, 2 vol.

Volumen 1, 1851, contiene:

- “Introducción general”, p. 1.
- “Introducción a los peces”, p. 7.
- “Introducción a los moluscos univalvios terrestres”, p.15.
- “El almiquí, *Solenodon paradoxus* Brandt”, p. 23.
- “Segunda introducción a los peces”, p. 42.
- “Especies nuevas de serranos, género de peces de la familia de los percoideos”, p. 49.
- “Introducción a los ciclóstomas, con generalidades sobre los moluscos gastrópodos y particularmente sobre los terrestres operculados”, p. 77.
- “Nuevas especies de ciclóstomas de la isla de Cuba”, p. 96
- “Especies nuevas de helicinas, género de moluscos univalvios, terrestres, operculados”, p. 107.
- “Historia de la abeja de la tierra, *Trigona fulvipes* Gurin”, p. 122.
- “El tachonado, astronestes Richardson, Poey. Pez malacopterigio abdominal de la familia de los salmonoideos”, p. 176.
- “Sistema alario de los insectos, o nomenclatura de las nervaduras y células”, p. 180.
- “Centuria de lepidópteros y catálogo de las mariposas de la isla de Cuba”, p. 194.
- “Especies nuevas de helceas, moluscos terrestres inoperculados”, p. 201.
- “Quironectos cubanos. Género de peces llamados vulgarmente pescadores”, p. 214.
- “Salmonetes cubanos”, p. 221.
- “El anobio de las bibliotecas, insecto destructor”, p. 228.
- “El jején, *Oeacta furens* Poey, insecto díptero, furibundo habitador de playas”, p. 236.

- “Tériades cubanas, género de mariposas diurnas”, p. 243.
- “Historia de un ofidio que vivió en un estómago humano”, p. 255.
- “Circulación del cocodrilo”, p. 258.
- “Régimen alimenticio, sirviendo de base a la nomenclatura de los insectos”, p. 270.
- “El manjuarí, *Lepidosteus manjuari*, Poey”, p. 273.
- “*Conspectus familiarum coleopterorum*, o aspecto de las familias de los insectos coleópteros”, p. 302.
- “*Conspectus molluscorum*, o tipo de los moluscos divididos en clases”, p. 337.
- “*Conspectus gastropodorum*, o moluscos gastrópodos divididos en órdenes”, p. 348.
- “De la especie en general, y con relación a los moluscos”, p. 355.
- “Aforismo. *Descriptio manca*, etc.”, p. 367.
- “Nuevo género de peces escombroides”, p. 369.
- “El escolar, *Thyrsites scholaris*, Poey”, p. 372.
- “Los guajacones, pececillos de agua dulce”, p. 374.
- “*Index Molluscorum terrestrium et aquae dulcis insulae Cubae*”, p. 392.
- “Megalomástomas cubanos, moluscos de la familia de los cyclóstomas”, p. 400.
- “*Hlice sagemon* y otras especies cubanas del mismo grupo”, p. 407.
- “*Heliciona* submarginada y especies cubanas del mismo grupo”, p. 412.
- “Especies nuevas de moluscos terrestres y fluviales”, p. 419.
- “Apuntes sobre la fauna de la Isla de Pinos”, p. 424.
- “Apéndice”, p. 438.

Volumen II, 1856-1858, contiene:

- “*Index Molluscorum*”, p. 3.
- “*Molluscorum species novae*, J. Gundlach”, p. 13.
- “*Molluscorum species novae*”, p. 23.
- “Observations sur les mollusques”, p. 40.

- “Apéndice sobre los lepidosteos y cocodrilos”, p. 68.
- “Apéndice sobre la abeja de la tierra”, p. 72.
- “*Gordius aquaticus*”, p. 73.
- “La avispa de la jía”, p. 78.
- “*Mollusca cubana*”, p. 87.
- “Peces ciegos”, p. 95.
- “Poissons de Cuba”, p. 115.
- “*Conspectus piscium cubensium*”, p. 357.
- “*Mollusca*”, p. 404.
- “Los colores”, p. 408.
- “Apéndice”, p. 415.
- “Discurso del Sr. Felipe Poey pronunciado en la Real Universidad el 15 de septiembre de 1856”, *El Liceo de La Habana*, 1857, t. I, no. 14, pp. 117-118, 128-129, 135-136, 144-146, 154-157.
- “Descripción de las pirámides de Egipto por Valvaj (viaje a Siria)”, *El Liceo de La Habana*, 1857, t. I, no. 24, pp. 201-202 [traducción de Felipe Poey].
- “Oda a Rosina”, *El Liceo de La Habana*, 1857, t. I, no. 28, pp. 230-231.
- “Memoria sobre la utilidad del trabajo de la mujer pobre en la isla de Cuba. Por el Sr. Coronel José M. Gómez Colón”, *El Liceo de La Habana*, 1857, t. I, no. 33, pp. 272-2747 [crítica de Felipe Poey].
- Geografía física y política de la Isla de Cuba*”, Imprenta y papelera de la viuda de Barcina, La Habana, 1857, 17ma edición.
- “Siguatera. Extracto de un trabajo de Mr. Guillon”, *Memoria de la Sociedad Patriótica de la isla de Cuba*, 1857, t. XLVI, p. 35.
- “El roble y la caña. Fábula de La Fontaine”, *El Liceo de La Habana*, 1858, t. II, no. 16, p. 128 [traducción de Felipe Poey].
- “Correspondencia científica del señor Don Felipe Poey sobre un pez ciego en la isla de Cuba”, *El Liceo de La Habana*, 1858, t. II, no. 33, p. 260.
- “Historia natural”, *El Liceo de La Habana*, 1858, t. II, no. 39, p. 308.
- “Contestación de D. Felipe Poey al folleto publicado por D. Antonio Vinageras, con el título de *Elogio de Poey*”, *El Liceo de La Habana*, 1858, t. II, no. 42, pp. 334-337.

“Discurso de Poey”, *El Liceo de La Habana*, 1858, t. II, no.45, pp. 356-358.

“Lluvia de gusanos”, *El Liceo de La Habana*, 1858, t. II, no.50, p. 400.
Geografía física y política de la isla de Cuba, Imprenta de la viuda de Barcina, La Habana, 1858, 18va edición.

“Informe sobre las odas al cable subatlántico presentadas al Liceo de La Habana, con motivo de los juegos florales celebrados en 1858”, 1859, t. III, no. 4, pp. 28-31.

“Ayes del corazón”, *El Liceo de La Habana*, 1859, t. III, no. 8, pp. 60-62 [crítica literaria de Felipe Poey con motivo de la publicación del libro de igual título].

Geografía física y política de la isla de Cuba, Imprenta y papelera de la viuda de Barcina, La Habana, 1860, 19ma edición.

“Review of the fish of Cuba belonging to the genus *Trisotropis*; with aún introductory note by J. Carson Brevoort”, *Annals of the Lyceum of Natural History*, 1860, vol. IX.

“Gurami”, *Revista Habanera*, 1861, t. II, pp. 383-384.

“Viaje a Rangel”, *Cuba Literaria*, 1861, no. 1, pp. 159-161.

Synopsis Piscium Cubensium. Catálogo razonado de los peces de la isla de Cuba, extractado del Repertorio Físico-Natural de la isla de Cuba, Imprenta de la viuda de Barcina y Comp., La Habana, 1862.

“Viaje a Santa Fe”, *Cuba Literaria*, 1862, t. I, pp. 243-255.

“Pedro Martyr de Angleria, décadas sobre el Nuevo Mundo”, *Cuba Literaria*, 1862, t. II, pp. 27-29, 55-56.

“Pedro Martyr de Angleria, décadas sobre el Nuevo Mundo”, *Revista Habanera*, 1862, t. IV, pp. 26-33.

[Francisco Caldern y]: “Introducción de las alpacas y llamas en la isla de Cuba”, *Anales y Memorias de la Real Junta de Fomento y de la Real Sociedad Económica*, Serie Cuarta, 1862, t. VII, p. 260.

“Enumeration of the fish described and figured by Parra scientifically narred by Felipe Poey”, *Proceedings of the Academy of Natural Science of Philadelphia*, 1863, vol. VII, pp. 174-180.

“Descriptions des Poissons nouvelles ou peu connues”, *Proceedings of the Academy of Natural Science of Philadelphia*, 1863, vol. XV, pp. 180-188.

“Synopsis of the family Lepturoids, and description of a remarkable new generic type”, *Proceedings of the Academy of Natural Science of Philadelphia*, 1863, vol. XV, pp. 224-229.

“Género Evoxymetopon; especie Evoxymetopon taeniatum. *Proceedings of the Academy of Natural Science of Philadelphia*, 1863, vol. XV, pp. 227-229.

Oración inaugural sobre la composición y elocución pronunciada en la apertura del año académico de 1864 a 1865 en la Real Universidad de La Habana, Imprenta del Gobierno y Capitanía General, La Habana, 1864

“Donación de Felipe Poey al Museo Español de Historia Natural”, *Aurora del Yumurí*, 20 de julio de 1864, p. 3.

“Informe (sobre el proyecto) de aviación presentado por el Sr. R. O. Davidson”, *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, 1865, t. II, pp. 298-316.

[Antonio Caro y]: “De la aviación”, *Memorias de la Real Sociedad Económica y Anales de Fomento*, Serie Quinta, 1865, t. X, pp. 529, 535.

“Los ojos de Lidia (juicio crítico sobre la novela de Teodoro Guerrero: *La Perla en el Fango*)”, *Aurora del Yumurí*, 9 de agosto de 1865, p. 2.

Moluscos. Noches literarias en casa de Nicolás Azcárate, Imprenta La Antilla, La Habana, 1866, t. II, pp. 239-247.

“Chimaera monstrosa”, *Anuario de la Sección de Ciencias Físicas y Naturales del Liceo de Matanzas*, 1866, pp. 227-228.

“Sistematización biológica”, *Anuario de la Sección de Ciencias Físicas y Naturales del Liceo de Matanzas*, Matanzas, 1866, pp. 73-122.

Repertorio Físico-Natural de la Isla de Cuba, tomo I (abril 1865-septiembre 1866); tomo II (septiembre 1866-junio 1868). [Editado por Felipe Poey, se relacionan los artículos de los cuales es autor], 1866-1868.

Tomo I, abril 1865-septiembre 1866. Editado en Imprenta del Gobierno y Capitanía General por S. M. 1866-1868. Contiene:

“Prólogo”, p. 1.

“*Gordius aquaticus*, culebrita de la crin”, p. 65-66.

“Informe sobre el hormiguero (leído en la Sección de Agricultura de la Real Sociedad Económica de La Habana, en 7 de octubre de 1855)”, pp. 66-68.

“Descripción de tres moluscos terrestres de la isla de Cuba”, pp. 69-70.

“Introducción y notas a Arango, Rafael: Catálogo de los moluscos terrestres y fluviales de la isla de Cuba”, pp. 71-75, 142-149.

“Peces ciegos”, pp. 113-116.

“Cráneo de un indio caribe”, pp. 150-158 (láminas).

“Peces nuevos de la isla de Cuba”, pp. 181-192.

“Revista de los tipos Cuvierianos y Valenciennianos correspondientes a los peces de la isla de Cuba”, pp. 193-203, 265-278, 308-338, 369-383.

“Chimaera monstrosa”, p. 242.

“Revista de *Notes on the Sphingidae of Cuba* by Augustus Radcliffe Grote”, pp. 243-263.

“Remarks on the Sphingidae of Cuba, and Description of a New Species of *Ambulix* from Brazil, by Ang. R. Grote”, p. 338.

“A synonymical Catalogue of North American Sphingidae, with notes and descriptions, by Ang. R. Grote et Coleman T. Robinson”, pp. 363-364.

“Destrucción de las bibijaguas”, pp. 365-368.

“Arbolado”, pp. 404-406.

“Notes upon some Odonata from the Isle of Pines, by Samuel H. Scudder”, pp. 406-407.

“Apéndice”, pp. 408-412.

Tomo II (septiembre 1866-junio 1868). Editado en Imprenta de la viuda de Barcina. Contiene:

“Ciguatera. Memoria sobre le enfermedad ocasionada por los peces venenosos”, pp. 1-39.

“Policía de la pesca”, pp. 57-69.

“Revista de los peces descritos por Poey”, pp. 153-174.

“*Cubensium Genera piscium*”, pp. 205-216.

“Peces cubanos. Especies nuevas”, pp. 229-268.

“Synopsis *Piscium cubensium*”, pp. 279-465.

“Apéndice”, pp. 466-468.

- “Discurso de contestación de ingreso en la Academia de Ciencias de La Habana, del Sr. Conde de Pozos Dulces (la variabilidad de las especies en plantas y animales), octubre 11 de 1868”, *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, 1868, t. V, pp. 234-237.
- Synopsis piscium cubensium. Catálogo razonado de los peces de la isla de Cuba, extractado del Repertorio Físico-Natural de la isla de Cuba*, Director Felipe Poey, Habana, Imprenta de la viuda de Barcina, 1868, t. XX, pp. 279 y ss.
- “José Martín Félix de Arrate, historiador cubano”, *El Ateneo*, febrero de 1869, pp. 235-236.
- “Nomenclatura geológica”, *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, 24 de enero de 1869, t. V, pp. 413-414.
- “Entozoario (clasificación). Observación de los Dres. Mirian y Mestre, febrero 14 de 1869”, *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, 1870, t. VI, p. 259.
- “Review of the fish of Cuba belonging to the genus trisothopis, with an Introductory note by J. Carson Brevoort”, *Annals of the Lyceum of Natural History of New York*, 1870, vol. IX, pp. 301-309.
- “Note on the Hermaphroditism of Fish”, *Annals of the Lyceum of Natural History of New York*, 1870, vol. IX, pp. 309-310.
- “New Species of Cuban fish”, *Annals of the Lyceum of Natural History of New York*, 1870, vol. IX, pp. 317-322.
- “Mamíferos fósiles de la Isla de Cuba”, *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, 1871, t. VIII, pp. 124, 163.
- “Indagación acerca de ciertos fósiles de Cuba”, *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, 1871, t. VII, pp. 656, 698.
- “Genere des Poissons de la fauna de Cuba apparteniant a la famille percidae, avec une note d'introduction par J. Carson Brevoort”, *Annals of the Lyceum of Natural History of New York*, 1871, vol. X, pp. 27-79.
- “Lecciones de zoología a las damas, moluscos”, *El Nuevo Mundo*, Nueva York, 10 de julio de 1872.
- “Curso elemental de mineralogía”, Librería e Imprenta de Andrés Pego, La Habana, 1872, primera edición.

- “Plantilla descriptiva ictiológica”, *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, 1872, vol. 1, pp. 1-34.
- “Monographie des Poissons de Cuba compris dans la sousfamille des Sparini”, *Annals of the Lyceum of Natural History of New York*, 1872, vol. X, pp. 170-184.
- “Evoxymetopon Teaniatos”, *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, 1873, t. II, pp. 77-80.
- “Grammicolepis brachivsculus, tipo de una nueva familia en la clase de los peces”, *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, 1873, vol. II, pp. 403-406.
- “Jorge Cuvier”, *El genio científico*, 1873, t. I, pp. 12-16.
- “Preocupaciones populares. Remedios caseros. Diálogo entre una madre y su hija”, *El genio científico*, 1873, t. I, pp. 35-36.
- “Los pescadores”, *El genio científico*, 1873, t. I, pp. 58-60.
- “Mordedura de un jubo”, *El genio científico*, 1873, t. I, pp. 94-98.
- “Jardines, podas y puchas”, *El genio científico*, 1873, t. I, pp. 144-145.
- “De todo hay en el mar”, *El genio científico*, 1873, t. I, pp. 179-181.
- “Piscicultura”, *El genio científico*, 1874, t. II, pp. 20-30.
- “Lengua castellana científica”, *El genio científico*, 1874, t. II, pp. 114-117.
- “Necrologa. Manuel J. Presas”, *El genio científico*, 1874, t. II, pp. 193-198.
- “Poissons de l’île de Cuba. Espèces nouvelles”, *Annals of the Lyceum of Natural History of New York*, 1875, vol. XI, pp. 58-70.
- “Blain (sesión del 28 de enero de 1877)”, *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas y Naturales de La Habana*, 1876, t. XIII, pp. 465-468, 476-477.
- “Discurso al inaugurarse la Sociedad Antropológica, en el salón de sesiones de la Academia de Ciencias el 7 de octubre de 1877”, *Revista de Cuba*, 1877, t. II, pp. 379-380.
- “Égloga primera de Virgilio, Títero y Melibeeo”, *Revista de Cuba*, 1877, t. II, pp. 503-505.
- “La serpiente marina”, *Memorias de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana*, Serie Octava, 1877, t. I, p. 68.
- “Enumeratio Piscium Cubensium”, *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, 1875, vol. IV, pp. 75-112, 113-161; 1876, vol. V, pp. 131-176, 177-218, 373-404; 1877, vol. VI, pp. 139-154.

Curso elemental de mineralogía, Librería e Imprenta de Andrés Pego, La Habana, 1878, segunda edición, muy corregida y aumentada.

[y Tranquilino S. Noda]: “Historia natural. Cartas”, *Revista de Cuba*, 1878, t. III, pp. 23-33.

“Geórgicas. Libro IV. Episodio de Aristeo”, *Revista de Cuba*, 1878, t. IV, pp. 71-76 (traducción de Felipe Poe y).

“Ictiología cubana o historia natural de los peces en la isla de Cuba”, *Revista de Cuba*, 1878, t. IV, pp. 293-294.

“Notes on the American species of the genus *Cybius*”, *Proceedings of the United States National Museum*, 1878, vol. I, pp. 3-5.

“Discurso del Sr. D. Felipe Poe y, presidente de la Sociedad Antropológica de la isla de Cuba”, *Boletín de la Sociedad Antropológica de la isla de Cuba*, 1879, t. I, no. 1, pp. 8-9.

Discurso pronunciado en el acto solemne universitario en la investidura del Ldo. Antonio de Gordon para el grado de doctor en Ciencias Físicas, Imp. El Cosmopolita, La Habana, 1880.

“Artículo inédito de D. Felipe Poe y, escrito en 1831 sobre algunos historiadores de la isla de Cuba”, *Revista de Cuba*, 1880, t. VII, pp. 201-209.

“Revisio *Piscium cubensium*”, *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, 1880, vol. IX, pp. 243-261.

“La vista de los murciélagos”, *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, 1881, t. X, p. 23.

“Apuntes para la fauna Puerto Riqueña. Peces”, *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, 1881, vol. X, pp. 317-350.

Prólogo en: Bachiller y Morales, Antonio: *Prontuario de agricultura general para el uso de los labradores, hacendados y estudiantes de la Isla de Cuba*, La Habana, 1882, editor Miguel de Villa, Librería, nueva edición corregida y ampliada.

“List of food-fishes brought from Key West, Fla, into the markets of Havana”, *Bulletin of the United States Fish Commission*, 1882, vol. II, p. 118.

“Inteligencia del perro”, *El Album*, 15 de julio de 1882, año I, no. 1, p. 9.

“El gato pensador”, *El Album*, 15 de agosto de 1882, año I, no. 3, pp. 38-39.

Curso elemental de mineralogía, Imprenta del Gobierno y Capitanía General, La Habana, 1883, tercera edición reformada.

[y Juan Vilaró]: “Corrida y arribazón de algunos peces cubanos. Discurso en el acto solemne de su recepción en el claustro general de la Universidad de La Habana, 31 de enero de 1884. Publicado por Manuel Gómez de la Maza, Ofrenda al Hospital de Nuestra Sra. de las Mercedes”, Imprenta El Adelanto, La Habana, 1884.

“La foca de los trópicos”, *Revista Enciclopédica*, 1886-1887, p. 44

“Tabla sinóptica de los animales divididos en tipo y clase”, *Revista Enciclopédica*, 1886-1887, p. 180.

“*Phocoena grampus* (foca)”, *Revista Enciclopédica*, 1886-1887, p. 220.

“Un cetáceo en Cojímar (*Phocoena Grampus*)”, *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, 1887, t. XXIII, pp. 555-556.

“Ictiología. De todo hay en el mar”, *La Enciclopedia*, 1887, t. II, pp. 462-464.

“Los colores”, *La Enciclopedia*, 1887, t. III, no. 6, pp. 296-299.

“Rectificación”, *La Enciclopedia*, 1887, t. III, no. 7, p. 369 (sobre los colores).

Obras literarias, Imp. La Propaganda Literaria, La Habana, 1888. Contiene:

Del “Discurso de apertura leído en la Universidad de La Habana el año de 1856”, los siguientes fragmentos:

“La ciencia”, pp. 3-4.

“Temporales de agua en medio de las tierras cultivadas”, pp. 4-5.

“Instinto de las abejas en la construcción de los panales”, pp. 5-6.

“El *Pelopoëus cementarios*”, pp.6-7.

“Instinto de la inmortalidad”, pp. 7-8.

“La Divinidad”, pp. 8-14.

“El jagüey y la palma real”, pp. 14-15.

“El reino vegetal”, pp. 16-17

“La felicidad en las ciencias”, pp. 17-19.

“Alocución a los alumnos”, pp. 19-20.

“Notas”, p. 21.

“Discurso de apertura leído en la Universidad de La Habana el año de 1884”, pp. 23-50.

De *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba*, 1888, los siguientes artículos y fragmentos:

- “Los pinares y las auras”, pp. 51-53.
- “Los pescadores”, p. 53.
- “Los guajacones. Pecesillos de agua dulce”, p. 54.
- “El anobio de las bibliotecas”, pp. 54-59.
- “El jején (*oecacta furens*). Insecto dóptero, furibundo habitador de playas”, pp. 59-63.
- “La culebrita de la crin (*Gordius aquaticus*)”, pp. 64-67.
- “La avispa de la jía”, pp. 67-71.
- “La abeja (*Apis mellifica*, Linn)”, pp. 71-72.
- “Historia de las abejas en la formación de una colonia”, pp. 72-74.
- “Las tériades”, p. 75.
- “Policía de la pesca. Introducción (tomada del *Repertorio físico-natural de la isla de Cuba*, p. 76).
- “Discurso leído en el Liceo de La Habana el año de 1858 en la distribución de los premios en los juegos florales”, pp. 77-81.
- “Informe sobre las odas al cable subatlántico. Presentadas al Liceo de La Habana, con motivo de los juegos florales celebrados en 1858 (fragmentos)”, pp. 82-86.
- “Discurso pronunciado en la investidura del Ldo. D. Antonio de Gordon y de Acosta para el grado de doctor en Ciencias Físicas”, pp. 87-90.
- “Discurso pronunciado en la Real Universidad de La Habana en la presentación del Ldo. D. Juan Vilaró, para la investidura del grado de Dr. en Ciencias Naturales (fragmento)”, pp. 91-92.
- “El hombre intelectual y moral, comparado con el bruto”, pp. 93-95.
- “El gato pensador. *Oculi viderunt*”, pp. 95-96.
- “Las Mariposas”, p. 96.
- “Juicio crítico de las obras de D. Antonio Vinageras”, pp. 97-151.
- “Pintura original de D. Guillermo Colson”, p. 152.
- “Baltasar Gracián”, pp. 153-168.
- “Prólogo a una memoria del Coronel Don José M. Gómez Colón sobre el trabajo de la mujer pobre en la isla de Cuba”, pp. 169-172.

- “Prólogo a las poesías de la señora doña Catalina Rodríguez”, pp. 173-179.
- “Los ojos de Lidia”, pp. 180-182.
- “La Ristori en La Habana”, pp. 183-184.
- “Cartas de D. Tranquilino Sandalio de Noda y de D. Felipe Poey, acerca de un pez ciego de la isla de Cuba”, año de 1858, pp. 185-196.
- “Conversaciones”, pp. 197-200.
- “Conferencia dada en el Nuevo Liceo de La Habana el 9 de enero de 1885”, pp. 201-204.
- “Un incendio”, pp. 205-206.
- “El favor de un soneto”, pp. 207-208.
- “Viaje a Escauriza”, pp. 209-210.
- “Remedios caseros. Diálogo entre una madre y su hija”, pp. 211-212.
- “Los escrúpulos”, p. 213.
- “Protección a los animales”, p. 213.
- “De todo hay en el mar”, pp. 214-215.
- “Oficio jocoso”, pp. 216-217.
- “Anuncios”, pp. 218-219.
- “Se acabaron los hombres y las mujeres”, p. 219.
- “Lo útil y lo bello. Discurso leído en el Liceo de Guanabacoa” (fragmentos).
- “Definición de lo bello”, pp. 220-222.
- “Valeria”, p. 222.
- “La flecha gótica”, p. 223.
- “Cinturas de moda”, pp. 223-224.
- “Conclusión”, pp. 224-225.
- “Dispersión de la especie humana (fragmento de un discurso sobre la unidad de la especie humana, leído en el Liceo de Guanabacoa)”, pp. 226-227.
- “Manuel J. Presas”, pp. 228-232.
- “Viaje a los cayos”, pp. 233-243.

“Viaje a Santa Fe”, pp. 244-252.

“Viaje a Rangel”, pp. 253-256.

“Viaje del Dr. D. Juan Gundlach”, pp. 257-258.

“Miscelánea (historias, costumbres, pensamientos varios, dichos agudos y vulgares. La mayor parte son oídos en conversación e inéditos; algunos propios)”, pp. 259-264.

“Fray Bartolomé de las Casas, Obispo de Chiapas”, pp. 265-267.

“Reconocer y apereibir”, pp. 268-269.

Apéndice:

“Carta del Sr. Oidor D. Felix Erenchun”, p. 270.

“Artículo publicado en el periódico *La Prensa* el 8 de diciembre de 1865, por el corresponsal en Barcelona D. Antonio Ferrer y Feli”, p. 271.

“Égloga. A Silvia”, pp. 275-281.

“Idilio. El Arroyo”, pp. 282-286.

“Despedida de Guanabacoa (canción bellamente puesta en música por el Sr. Casatmijana)”, p. 287.

“Oda. A Riosina”, pp. 288-289.

“Letrilla. A Luz B.”, pp. 290-291.

“Redondillas”, pp. 292-293.

“A la puerta del Arsenal”, p. 294.

“A Mirta”, p. 295.

“A Panchita. En al baile”, p. 296.

“El suspiro”, p. 297.

“Un nada”, p. 298.

“Luchar y vencer”, p. 299.

“A Elena”, p. 300.

“A otra”, p. 300.

“A la niña, en el día de su santo”, p. 300.

“Amistad y amor. Décimas”, pp. 301-303.

“Égloga primera de Virgilio. Títiro y Melibeo”, pp. 307-310 (traducción).

- “Episodio de Aristeo en el cual se halla contenido el suceso trágico de Orfeo y Euridice; sacado del libro IV de las Geórgicas de Virgilio”, pp. 311-318 (traducción).
- “Traducción de Horacio. Libro Primero. Oda Segunda”, pp. 319-320 (traducción).
- “Viaje de Virgilio. Traducido de Horacio. Libro Primero. Oda Segunda”, pp. 321-322 (traducción).
- “El Molinero Sans-Souci, escrito en versos franceses por Andrieux”, pp. 323-325 (traducción).
- “Destrucción de Sennaquerib por Lord Byron”, p. 326 (traducción).
- “Cesación de la fuerza vital y fenómenos subsecuentes por J. Cuvier”, p. 327 (traducción).
- “La noche, por Dupuis”, p. 328 (traducción).
- “Desiertos de la Arabia, por Buffon”, p. 329 (traducción).
- “Las catacumbas por Chateaubriand”, pp. 330-331 (traducción).
- “Las pirámides de Egipto por Volney”, pp. 332-333 (traducción).
- “El roble y la caña. Fábula de La Fontaine”, pp. 334-335 (traducción).
- Contestación al discurso del Dr. de la Torre, sobre “Consideraciones anatómicas de los manjuaríes”, *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, 1889, t. XXVI, pp. 291-293.
- “Carta inédita de Don Felipe Poey”, *Revista de la Biblioteca Nacional*, marzo-junio, 1910, año III, t. III, no. 3-6, pp. 114-117.
- “Prólogo” de la *Ictiología cubana*, *La ciencia en Cuba*, tomo único, Evolución de la cultura cubana (1608-1927) vol. XVII. (Recopilación dirigida, prologada y anotada por José Manuel Carbonell y Rivero), Imprenta Montalvo y Cárdenas, La Habana, 1928, pp. 11-19.
- Los guajacones pececillos de agua dulce, en: *La ciencia en Cuba*, ed. cit., pp. 21-36.
- “La abeja maléfica”, en: Guerra Sánchez, Ramiro y Arturo Montori: *Libro quinto de lectura*, La Habana Cultural, 1947, p. 195.
- “El jején”, en: Guerra Sánchez, Ramiro y Arturo Montori: *Libro quinto de lectura*, La Habana Cultural, 1947, p. 369.

“Felipe Poey. Reproducción de 17 láminas de sus *Memorias*”, *Anales de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, 1952--1953, tomo XCI, p. 338.

Ictiología cubana (transcrita y comentada por Mario Sánchez Roig y Federico Gómez de la Maza), Editora Ministerio de Educación, La Habana, 1955, t. I, pp. 1-372.

Artículo inédito de D. Felipe Poey, escrito en 1831 sobre algunos historiadores de la isla de Cuba, en: Álvarez Conde, José: *Historia de la geografía de Cuba*, Publicaciones de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología, La Habana, 1961, pp. 68-76.

Ictiología cubana (transcrita y ordenada según el manuscrito por el Dr. Pedro P. Duarte Bello), Instituto de Biología, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, 1962, t. I (texto), pp. 1-106, t. II (atlas).

Poey y Aloy, Felipe: *Centurie de lepidopteres de l'Ile de Cuba* [Hompton], E. W. Classey (fascísmil de la edición de París, 1832), 1970.

Relación de ediciones de la *Geografía de Cuba*

1. *Compendio de la geografía de la isla de Cuba*. Parte I. Topográfica, Imprenta del Gobierno y Capitanía General por S. M., La Habana, 1836 (53 p.).
2. *Compendio de la geografía de la isla de Cuba para los colegios y escuelas secundarias*, Imprenta del Gobierno por S. M., La Habana, 1839, segunda edición, muy corregida, aumentada con la correspondencia de nombres antiguos y noticias históricas, varias notas y Apéndices (53 p.).
3. *Compendio de la geografía de la isla de Cuba*, Imprenta del Gobierno por S. M., La Habana, 1842, tercera edición corregida y limitada a las notas más precisas (28 p.).
4. *Compendio de la geografía de la isla de Cuba*, Oficina del Gobierno y Capitanía General por S. M., La Habana, 1844, cuarta edición, corregida y arregladas a las nuevas jurisdicciones establecidas por el Gobierno (26 p.).
5. *Compendio de la geografía de la isla de Cuba*. Imprenta del Gobierno y Capitanía General por S. M., La Habana, 1844 (28 p.).

6. No ha sido revisada por mí, Carlos M. Trelles¹ no señala año de edición.
7. *Compendio de la geografía de la isla de Cuba*, Imprenta de M. Soler, La Habana, 1847, séptima edición.
8. No ha sido revisada por mí, según Carlos M. Trelles: *Geografía de la isla de Cuba acompañada de dos mapas y un Apéndice*. No señala imprenta, La Habana, 1848, octava edición.
9. *Compendio de la geografía de la isla de Cuba*, acompañado de un apéndice sobre la geografía antigua, Imprenta El Artista, La Habana, 1849 (31 p.).
10. Según Carlos M. Trelles, se publicó la décima edición en La Habana en el año 1849 [no ha sido revisada por mí].
11. Carlos M. Trelles no ofrece información sobre la decimoprimer edición [no ha sido revisada por mí].
12. Según Carlos M. Trelles se publicó la decimosegunda edición en La Habana en el año 1852 [no ha sido revisada por mí].
13. Carlos M. Trelles no ofrece información sobre la decimotercera edición [no ha sido revisada por mí].
14. Carlos M. Trelles no ofrece información sobre la decimocuarta edición [no ha sido revisada por mí].
15. *Geografía física y política de la isla de Cuba*, Imprenta y papelería de Barcina, La Habana, 1855, decimoquinta edición (44 p.).
16. *Geografía física y política de la isla de Cuba*, Imprenta y papelería de Barcina, La Habana, 1856, decimosexta edición (44 p.).
17. *Geografía física y política de la isla de Cuba*, Imprenta y papelería de la viuda de Barcina, La Habana, 1857, decimoséptima edición (44 p.).
18. *Geografía física y política de la isla de Cuba*, Imprenta y papelería de la viuda de Barcina, 1858, decimoctava edición (44 p.).
19. *Geografía física y política de la isla de Cuba*, Imprenta y papelería de la viuda de Barcina, La Habana, 1858, decimonovena edición (44 p.).

¹ En la presente relación, en todos los casos en que se señala al autor Carlos M. Trelles, se trata de su obra *Bibliografía cubana del siglo XIX*, editada en la imprenta matancera de Quirós y Estrada, entre los años de 1911 a 1915.

BIBLIOGRAFÍA PASIVA



AGUAYO, CARLOS GUILLERMO: "Museo Poey de la Universidad de La Habana, informe al Rector", *Revista Universidad de La Habana*, sep.-dic. de 1938, p. 287.

ALPÍZAR, RODOLFO: *Felipe Poey lingüista*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984.

ÁLVAREZ CONDE, JOSÉ: "Felipe Poey", *Historia de la zoología en Cuba*, Publicaciones de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología, Talleres Tipográficos de Editorial Lex, La Habana, 1958, pp. 213-248.

BUENO, SALVADOR: "Felipe Poey", *Figuras cubanas del siglo XIX*, Ediciones Unión, La Habana, 1980, pp. 281-288.

CALCAGNO, FRANCISCO: *Diccionario biográfico cubano*, Imprenta y Librería de N. Ponce de León, New York, 1878, p. 512.

- —: “Felipe Poey y Aloy. Insigne naturalista y sabio cubano”, *La Ilustración de Cuba*, año III, no. 1.
- CARBÓN SIERRA, AMAURY B.: “Felipe Poey: traductor de Virgilio y Horacio”, *Universidad de La Habana*, La Habana, 1991, no. 240, pp. 105-140.
- CHINCHILLA, CARLOS M.: *El amarillamiento letal del cocotero*. www.tripod.com.
- COSTALES Y GOVANTES, MANUEL: “Reflexiones sobre la égloga a Silvia de D. Felipe Poey”, *Flores cubanas*, 1856.
- CRUZ, MARY: *El ingenioso naturalista don Felipe de La Habana*, Editorial Gente Nueva, La Habana, 1979.
- CRUZ, MANUEL DE LA: “Álvaro Reinoso y Felipe Poey”, *La Nación*, Buenos Aires, 5 de junio de 1891, en: “Sobre literatura cubana. Selección y prólogo de Ana Cairo”, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981, pp. 206-218.
- CUETO, J. y COLECTIVO DE AUTORES DE IIFT, INICA, CIRAD, IACR, MPIZ: *Experiencia cubana en el diagnóstico y control del amarillamiento letal del cocotero*. Power Point.
- DEPESTRE CATONY, LEONARDO Y ELADIO BLANCO CABRERA: “Humorada de un sabio cubano”, *Granma*, 6 de enero de 1990.
- DÍAZ BARREIRO, FRANCISCO: *Miembros Fundadores de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, Editorial Academia, La Habana, 1983.
- DIHIGO, JUAN M.: “Poey en su aspecto literario y lingüístico”, *Memorias de la Sociedad Cubana de Historia Natural “Felipe Poey”*, 1915, vol. 1, pp. 111-131.
- EL OBSERVADOR DE BARLOVENTO [seudónimo?]: *El amarillamiento letal y los países cocoteros de Caribe*. InfoAgro.com, 2002.
- FIGAROLA CANEDA, DOMINGO: “Felipe Poey” [extracto de nuestra obra inédita “Diccionario de la revolución cubana”] *La Lucha*, 29 de enero de 1891.
- FONTENLA, JORGE L. y NAYLA GARCÍA: *Parásitos maestros de la evolución*. Editorial Científico-Técnica. La Habana, 2009.
- GARCÍA OSUNA, JOSÉ: “A Don Felipe Poey, en el potrero de Palmasola”, *Aurora del Yumurí*, Matanzas, 19 de julio de 1865.
- GONZÁLEZ DEL VALLE, FRANCISCO: “Las ideas filosóficas y religiosas de Felipe Poey”, *Social*, La Habana, julio de 1926, no. 7, pp. 30-65.

- GONZÁLEZ LÓPEZ, ROSA M.: “Felipe Poey y los obstáculos de la dependencia económica para el desarrollo de la ciencia en Cuba”, *Nuestra común historia. Cuba-España*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1995, pp. 58-68.
- GUITART MANDAY, DARÍO: “Felipe Poey y Aloy en el 180 Aniversario de su nacimiento”, *Conferencias y Estudios del CEHOC “Carlos J. Finlay”*, 1979, no. 19, La Habana.
- HARÁ, JUAN GUALBERTO: *Consideraciones al Sr. Don Antonio Vinageras sobre su respuesta al juicio crítico del Sr. Don Felipe Poey*, Impreso por E. Thunot y Cía, París, 1858.
- HOWELL RIVERO, LUIS: “Bibliografía de los trabajos sobre peces publicados por Felipe Poey”, *Memorias de la Sociedad Cubana de Historia Natural “Felipe Poey”*, mayo de 1936, no. 1, vol. X, pp. 43-50, 1936.
- JAUME, MIGUEL L.: “Poey, padre espiritual de los naturalistas cubanos”, *Memorias de la Sociedad Cubana de Historia Natural “Felipe Poey”*, noviembre de 1955, no. 2, vol. XXII, pp. 93-96.
- JORDAN, DAVID S.: “Sketch of Professor Felipe Poey”, *The Popular Science Monthly*, agosto de 1884, pp. 547-552.
- LE ROY, LUIS FELIPE: “En el sexagésimo tercer aniversario de la muerte de Felipe Poey”, *Vida Universitaria*, abril de 1954, no. 45, año V, pp. 3-4.
- LÓPEZ SÁNCHEZ, JOSÉ: “Aniversario de Felipe Poey”, *Revista Médica Cubana*, abril de 1960, no. 4, t. LXXI, pp. 171-176.
- LUDWIG, EMIL: [Felipe Poey] en: “Biografía de una isla”, Editorial Centauro, México, 1948, p. 282 y 355.
- MARTÍ, JOSÉ: “El libro de un cubano”, *La América*, marzo de 1883, en: José Martí, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 96-97.
- MESTRE, ARÍSTIDES: “Elogio del Sr. Felipe Poey”, *Revista Cubana*, 1891, t. XIII, pp. 169-182.
- _____: “Donativo Poey”, *Revista de la Facultad de Letras y Ciencia*, La Habana, 1907, vol. 5.
- _____: “Homenaje a Poey”, *Memorias de la Sociedad Cubana de Historia Natural “Felipe Poey”*, 1915, no. 1, vol. 1, pp. 3-8.
- _____: “Poey en la historia de la antropología cubana”, *Memorias de la Sociedad Cubana de Historia Natural “Felipe Poey”*, 1921-1922, no. 1, vol. 4, pp. 15-28.

- _____: “La enseñanza de la anatomía comparada, desde Poey hasta nuestros días”, *Memorias de la Sociedad Cubana de Historia Natural “Felipe Poey”*, 1987, no. 2, vol. II, pp. 77-92.
- _____: “Felipe Poey: sus reliquias. *Ad acternitaten meritum*”, *Memorias de la Sociedad Cubana de Historia Natural “Felipe Poey”*, 1937, no. 4, vol. II, pp. 289-291.
- MESTRE, JOSÉ MANUEL: “Memorias sobre la Historia Natural de la isla de Cuba, por D. Felipe Poey”, *Revista de la Habana*, 1853, t. I, p. 173.
- MONTANÉ, LUIS: “Alrededor de la psicología de Poey”, *Memorias de la Sociedad Cubana de Historia Natural “Felipe Poey”*, 1917, no. 1, vol. III, pp. 21-29.
- NUÑEZ JIMÉNEZ, ANTONIO: “Felipe Poey: nuestro más grande naturalista” [manuscrito], en: Archivo Histórico del C.E.H.O.C. Carlos J. Finlay, 6 páginas.
- PONCET, CAROLINA: *Investigaciones y apuntes literarios* [selección y prólogo de Mirta Aguirre], Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1985, p. 119 y 375.
- PRUNA GOODGALL, PEDRO M.: “Don Felipe y las nuevas ideas biológicas”, *Momentos y figuras de la ciencia en Cuba*, Editorial Academia, La Habana, 1994, pp. 35-37.
- PRUNA GOODGAL y PEDRO M.: *La Real Academia de Ciencias de La Habana 1861-1898*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas Madrid. Madrid, 2002.
- ROSA CORSO, GABINO DE LA: “Felipe Poey, su evolución hacia el materialismo científico natural”, en: *Jornada Científica Internacional por el 30 Aniversario del asalto al Cuartel Moncada*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1986, pp. 563-576.
- SÁNCHEZ, GUILLERMO: “Felipe Poey”, *Boletín Mensual del Jardín Zoológico de La Habana*, Consejo Nacional de Cultura, La Habana,, 15 de julio de 1966, año 1, pp. 7-8.
- SÁNCHEZ ROIG, MARIO: “Felipe Poey, el máximo naturalista de Hispanoamérica” [conferencia leída el 20 de enero de 1937 en el Palacio Municipal, correspondiente a la serie Habaneros Ilustres], *Cuadernos de Historia Habanera*, Imprenta Molina y Cía, La Habana, 1937, no. 11.
- _____ Y FEDERICO GÓMEZ DE LA MAZA: “Ictiología cubana (transcrita y comentada por Mario Sánchez Roig y Federico Gómez de la Maza), Editorial del Ministerio de Educación, La Habana, 1955, t. I.

- TORRE, CARLOS DE LA: “D. Felipe Poey”, *Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, 1890, t. XXVII, pp. 534-537.
- _____: “Don Felipe Poey”, en *Figuras cubanas de la investigación científica*, Publicaciones del Ateneo de La Habana, La Habana, 1942, t. II, pp. 313-345.
- VALDÉS RODRÍGUEZ, PEDRO: “Biografía de Don Felipe Poey”. *Crónica Médico-Quirúrgica de La Habana*, 1876, t. II, pp. 62-63.
- VILARÓ, J.: “Felipe Poey. Apuntes para su biografía”, *Revista Cubana*, 1885, t. II, pp. 481-490.
- VINAGERAS, ANTONIO: *Elogio de Poey*, Imprenta D’Aubusson y Kugelman, París, 1858.
- VITIER, CINTIO: *Lo cubano en la poesía*, Departamento de Relaciones Culturales, Universidad Central de Las Villas, 1958, pp. 11, 14, 44-47.
- VIVANCO DÍAZ, JULIÁN: “Don Felipe Poey, su vida y su obra”, Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1951.
- [ANÓNIMO]: “Noticias sobre las clases de Poey”, *El Liceo de La Habana*, 20 de marzo de 1858, no. 11, p. 84.
- [ANÓNIMO]: “Sr. D. Felipe Poey”, *Liceo de Matanzas*, marzo 17 de 1889, no. 7, año 1, p. 50.
- [ANÓNIMO]: “Homenaje a Poey”, *Revista de Ciencias Médicas*, 1891, t. VI, La Habana, pp. 31-32.
- [ANÓNIMO]: “Prof. Felipe Poey”, *Entomologits Monthly Magazine*, 27, may 1891, p. 134.
- [ANÓNIMO]: “Necrología de Felipe Poey”, *Crónica Médico-Quirúrgica de la Habana*, 1891, año XVIII, t. XVII, no. 2, pp. 82-83.
- [ANÓNIMO]: “Homenaje a Poey”, *Revista Cubana*, 1891, t. XIII, pp. 187-189.
- [ANÓNIMO]: “Los restos de Poey”, *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, 1907, vol. 5, p. 105.
- [ANÓNIMO]: “Errónea interpretación de un texto de Poey”, *Revista de la Biblioteca Nacional*, 1911, t. V, La Habana.

Se utilizó como fuentes de consulta además, los documentos entregados por los profesores del curso *Problemas Sociales del Conocimiento, la Ciencia, la Tecnología y la Innovación*:

DR. JORGE NÚÑEZ JOVER, materiales bibliográficos sobre *Política y Función Social del Conocimiento*:

El conocimiento entre nosotros; reflexiones desde una epistemología social. Documento de Word.

De la ciencia a la tecnología; pongamos los conceptos en orden. Documento de Word.

Conocimiento y Sociedad. Documento de Word.

La ciencia y la tecnología como procesos sociales. Tratando de conectar las dos culturas. Editorial Félix Varela, La Habana, 2002. Documento de Word.

DR. FRANCISCO FIGAREDO CURIEL, materiales bibliográficos sobre *Patrimonio y Política Social del Conocimiento*:

Cuadro sobre Funciones sociales del conocimiento. Documento de Word.

Tradición-Patrimonio. Power Point.

DR. LUÍS FÉLIX MONTALVO, materiales bibliográficos sobre *Conceptos de Innovación Tecnológica*:

La estrategia, la política y sus instrumentos. Power Point.

DRA. ISARELIS PÉREZ, materiales bibliográficos sobre *Conocimiento y Sociedad y las tendencias actuales*:

Indicadores y tendencias del desarrollo, ¿cifras o políticas?. Power Point

ÍNDICE ONOMÁSTICO



- Abelardo: 202
Abraham: 511, 512
Abril, Simón de: 74
Adams: 243
Adán: 177, 202, 505
Adriano, emperador romano: 170
Agar: 225
Agassiz, Luis: 19, 371, 419, 427, 452, 453, 474, 507, 509, 521
Agramonte, Arístides: 562
Aguilar: 200
Aguilera, Cayetano: 365, 372, 374, 375, 423, 460
Aguilera, Manuel Antonio: 230, 422, 423, 477
Aguirre, Francisca: 535
Aguirre y Hornillos, María Tranquilina de Jesús: 9, 23, 31, 534
Alayo, Pastor: 310
Alejandro Magno, rey de Macedonia: 92
Alfarache, Guzmán de: 76
Alfonso, Gonzalo Luis: 241, 426
Alfonso, José Luis: 335
Alfonso Poey, Serafina: 19

592\ OBRAS

Almeida: 524
Aloy, Francisca: 3
Aloy, Juana: 3
Aloy, María del Rosario: 3
Aloy y Aloy, Felipe: 2
Aloy y Rivera, María del Rosario: 23, 534
Alpízar, Rodolfo: 16
Altísimo: 134, 153, 155
Álvarez, Julián: 482
Álvarez Conde, José: 365
Álvarez de Cienfuegos, Nicasio: 38, 77, 168
Amarilis: 287, 288
Amenofis Memnon: 224
Amphitrite: 51
Anacreontes: 158
Anderson, D. H.: 457
Andrieux: 299
Andrómada: 61
Andux Jimeno, Miguel: 535, 536
Angelucci: 4
Aníbal: 133
Apolo de Belveder: 518
Apolo: 26, 45, 50, 75, 96, 102, 104, 131, 133, 153, 160, 186, 203, 224, 297
Aquiles, rey de los mirmidones: 59, 106
Aquilón: 298
Arango, Rafael: 230, 382, 416, 417
Arango y Castillo, María de: 2
Arcángel Gabriel: 143
Aretusa: 290, 291
Argens, Marqués de: 299
Argensola, Bartolomé Leonardo de: 76, 164, 182
Argensola, Lupercio: 76, 164
Armas y Céspedes, José de: 16
Armona, Miguel: 10
Ariana: 505
Arias, Juan de: : 416
Aristeo: 96, 290, 292, 295
Aristóteles: 158, 229

Arozarena, Domingo de: 433
Arquímedes: 53
Arrate, José Martín Félix de: 459
Arria: 60
Arriaga, Miguel: 447
Arriaza, Juan Bautista: 69, 118, 119
Artedi: 434
Asirio: 301
Aspasia: 61
Astarbe: 260
Asur: 301
Atabe: 242
Atalaya: 78, 79
Atila: 46, 123
Atlas: 45
Auber, Emilio: 13
Aubert, Pedro Alejandro: 332, 334
Aubriet: 473
Audouin, Juan Víctor: 367
Audubon, Juan Jacobo: 81
Augusto, César Octavio: 94, 159, 296
Austin, Pen W.: 526
Austro: 298
Auvallé, Francisco: 424
Ayala: 10
Azárate, Nicolás de: 32, 221
Babel: 69
Baco: 186, 255, 294
Bachiller y Morales, Antonio: 85, 317, 318, 348
Baer: 20
Baird, Spencer F.: 429, 430
Balbí, Adrián: (véase Balbí, Adriano)
Balbí, Adriano: 338, 346, 380, 382, 516
Balboa, Pedro Marqués de: 482
Balbuena, obispo Bernardo de: 63, 77, 164
Balmaseda, Francisco José: 548, 556
Balzac, Honorato de: 153, 167
Balli: 509

Baralt y Peoli, Luis A.: 41, 74, 171, 260
Barbón, J.; 483
Barnard, G. W.: 459
Barnet, Joaquín: 230
Baró, Agustín: 340
Barreto, Luis: 468
Batista, Carlos: 475, 476
Batista, Javier: 476
Bauchot, Marie-Louise: 525
Baudry: 127, 143
Baus, Esteban: 348
Bauzá: 398, 400
Beaumes: 32
Beaumont, Elías de: 129, 521
Beecher Stowe, Ana: 35
Beecher Stowe, Harriet: 35
Belerofonte: 69
Belisario: 222
Belo: 135
Bello, Andrés: 74
Beranger, Pedro Juan de: 32, 106, 135, 158
Bérard: 507
Bernáldez, padre Andrés: 38
Béroé: 290
Berriel, Leopoldo: 484
Berthot: 449
Bichat, Javier: 111, 229
Blain, José: 248
Blainville: 359, 507, 512
Blanco Fernández, Antonio: 376, 449
Blanco, Eladio: 455
Blanchet, Emilio: 69
Bland, Tomás: 244, 427
Bleeker: 435
Bloch: 414, 418, 419, 434, 436, 437, 438, 444, 473, 489
Blumenbach: 507, 509
Boileau-Despreaux, Nicolás: 67, 68, 207, 281
Boisduval: 313

Bolívar, Ignacio: 499, 500
 Bonnaterre: 419
 Bonzón: 554, 555
 Bory de Saint Vicent, Juan Bautista Marcelino: 367
 Bossuet, Jacques-Benignes: 64, 168
 Botillo, Luis Carlos: 424
 Boube, Nereo: 360
 Boucher de Perthes: 420
 Bourke Lambert, Aylmer: 371
 Bravo Murillo, Juan: 366
 Bremer, Fredrika: 12
 Brevoort, James Carson: 427, 428, 433
 Bridaine, padre: 58
 Briñas, Marcelino de: 468
 Broca, Pablo: 507
 Brougniart: 357
 Broussais, Francisco: 20
 Brown Goode, G.: 428
 Brun: 111
 Bruyere: 249
 Bruzón, José: 484, José: 490
 Buffon, Conde de: 43, 63, 68, 92, 176, 203, 243, 304, 331, 332, 367, 504,
 506, 507, 509, 511, 512
 Burette, Teodoro: 39
 Busck, August: 559, 560
 Byron, Lord: 121, 301
 Cabrera Martínez, José: 424
 Cadenas, José: 562
 Cadmo: 60
 Cafa, Rosa: 10
 Calcagno, Francisco: 21, 23, 36, 41, 341
 Calderón de la Barca, Pedro: 76, 124, 128, 149, 164, 168, 179, 259
 Calderón y Kessel, Francisco: 317, 451, 452
 Calígula, emperador romano: 60
 Cam: 226
 Cambises, príncipe persa: 134, 135
 Campazas, fray Gerundio de: 165
 Camper: 507, 517

Campomanes, conde de: 77, 176
Campos, José María: 422, 423, 424
Candolle, Augusto P. de: 6
Canova, Antonio: 104
Cañada, Conde de la: 77
Capmany: 15, 65, 74, 75, 77, 119, 163, 164, 165, 169, 171, 260
Caravallo, José F.: 424
Cárdenas, Nicolás de: 31
Cárdenas, Rafael de: 422, 423
Cárdenas de Montehermoso, Marqués de: 387
Caribdis: 58
Carlos II, rey de Francia: 75
Carlos III, rey de Francia: 75, 77
Carlos V, el Sabio, rey de Francia: 75, 77
Carlos X, rey de Francia: 16, 145
Carlos XII, rey de Suecia: 60
Caro, Antonio: 256, 537, 538
Casa-Bayona, Conde de: 386
Casamitjana, Juan: 33, 274
Casandra: 61
Casas, Bartolomé de las: 258
Casas, Luis de las: 377
Casaseca, Luis de: 332, 538
Cassey, E. W.: 311
Castelar: 167
Castor: 298
Catalina: 60, 133, 257
Catón: 133
Cay, Ricardo James: 13
Cayetano: 193, 195, 197
Cecilio: 524
Centurión: 209
Cepero, Belén: 34
Ceres: 186
Cervantes, Miguel de: 76, 164, 259, 506
César, Cayo Julio: 60, 135, 157, 158, 163, 251, 297
Céspedes, Emilio de: 243
Céspedes, José María: 40, 41, 163

Cetina, Gutierre de: 75, 169
Cevallos: 398
Cicerón, Marco Tulio: 59, 60, 65, 133, 158, 257
Cidipe: 290
Cimódoce: 290
Cirene: 96, 291, 295
Ciriaco: 217
Ciro, el Joven: 66
Ciscar, Gabriel: 382, 383
Claus, Carlos Federico Guillermo: 321
Cleopatra, reina: 60
Climene: 290
Clío: 290
Clodio, Publio Apio: 60, 65
Cloe: 169
Colmeiro: 417
Colón, Cristóbal: 23, 53, 61, 68, 105, 106, 108, 130, 135, 147, 258
Colson, Guillermo: 162, 232, 233, 470
Commerson: 473
Comte, Augusto: 26, 49, 59, 225, 370
Condillac: 64
Cope, Edward D.: 244, 431
Copérnico, Nicolás: 505
Córdova, Federico: 19, 20
Corina: 286
Cornelia: 60
Cornide: 434, 435, 436
Coroliano: 60
Coronado, Francisco J.: 13
Corral, José Isaac del: 452
Cortés, Hernán: 259
Cortina, José Antonio: 476
Costales y Govantes, Manuel: 32
Coste: 449
Covarrubias y Orozco, Sebastián de: 74, 77
Cowley, Ángel: 462
Cowley, Rafael: 459, 464, 465
Crawford: 426

- Creso: 57
Cristo: (véase Jesucristo)
Cruz, Manuel de la: 326
Cruz, Mary: 8, 532
Cruz de Vinageras, Valentina: 138, 139, 140, 141, 142
Cubero: 16
Cuning: 427
Cunningham: 426
Cupido: 153, 275
Curbelo, Maximiliano: 524, 527, 528
Cuvier, Barón Jorge de: 9, 19, 27, 43, 45, 46, 59, 113, 203, 229, 302, 311, 312, 332, 367, 371, 414, 431, 434, 435, 436, 437, 443, 444, 445, 458, 459, 466, 469, 473, 489, 496, 504, 507, 509, 510, 521
Cuvier, Baronesa de: 444
Cham: 514
Charles, Alejandro: 110
Chateabriand, Francisco Renato, Vizconde de: 52, 68, 96, 118, 119, 135, 144, 154, 155
Chaussier: 363
Chavreul, Eugenio: 358
Chevrolat, Luis Alejandro: 312
D'Orbigny: 361, 507
Dafne: 51, 94
Daniel, A.: 563
Dante, Alighieri: 128
Darwin, Charles: 20, 25, 26, 41, 49, 111, 113, 371, 521, 533
Daubeton: 506
Dávalos, Juan Nicolás: 465
Davidson, R. D.: 537, 538, 539
Dédalo: 298
De Geer: 312
Dekay: 434, 435
Delafosse, Gabriel: 357, 366, 367
Delambre: 380, 381, 382
Delfina: 78, 79
Delgado, Claudio: 553, 554
Delille: 292
Delmas, Luis H.: 424

- Demóstenes: 68, 104, 158
 Dennison: 251
 Depestre, Leonardo: 455
 Desmarest, M. Eugenio: 435, 445
 Desmoulius: 507, 509
 Desvernine, Pedro: 340
 Desvoiduy, Robineau: 320
 Deterville: 87
 Detzen: 449
 Deyopea: 290
 Diafoirus, Tomás: 200
 Diana, diosa: 45, 51, 131
 Díaz, Gregorio: 195
 Díaz de Castro, J.: 127
 Díaz de Espada y Fernández de Landa, obispo Juan José: 168
 Diocleciano: 135
 Diógenes; 57
 Dios: 20, 21, 22, 24, 26, 49, 50, 51, 53, 107, 113, 119, 120, 122, 123, 125,
 130-137, 144, 146, 148, 149, 152, 153, 154, 155, 158, 160, 161, 167,
 168, 173, 177, 183, 193, 199, 206, 218, 223, 224, 225, 236, 245,
 254, 259, 300, 368, 369, 370, 468, 518
 Divinidad: 20, 25, 49, 50, 52, 369
 Domiciano, Tito Flavio: 60
 Domínguez: 467
 Donosos, Carlos: 477
 Dow: 429
 Drimo: 290
 Du Bois, Reymond: 20
 Duarte Bello, Pedro P: 447, 502
 Dubrocá: 196, 197
 Ducrotay de Blainville, Enrique María: 367, 469
 Dufrenoy, Pedro Alejandro: 357, 358, 359, 360
 Dujardin: 92
 Dulce, Domingo: 366
 Dulzaide, Narciso: 447, 524
 Dulzaides, Cirilo: 468
 Dupuis: 303
 Durán, Agustín: 74
 Duvernoy: 507

600\ OBRAS

Earle, F. S.: 562
Ecay, Antonio E.: 484, 485
Echániz y Landa, padre Juan Bautista: 2
Echeverría: 527
Edison: 110
Efire: 290
Ehrenberg: 111
Elena: 283, 298
Eligio: 524
Elizalde, Pastor de: 482
Eloísa: 202
Elliott, obispo: 194
Endimión: 51
Eneas: 45
Engelmann: 316
Enrique IV, rey de Francia: 76, 171
Epicuro: 299
Erenchun, Félix: 262, 368
Ericsson: 539
Erycina: (véase Venus)
Escipión: 66, 67
Escovedo, Antonio María: 241, 243
Esculapio: 58
Escusuray, Narciso de la: 376
Espada, obispo: (véase Díaz de Espada y Fernández de Landa, obispo Juan José)
Espanciata: 239
Esperanza: 107
Espio: 290
Espronceda, José de: 181
Esquilo: 158
Estévez, José: 356
Estrimón: 294
Eterno, el: 126, 153
Eurídice: 158, 290, 294, 295
Eva: 145, 202, 505
F. de V.: 350
Fabre, Juan Antonio: 13, 416, 527

Fabricio: 84, 88, 93, 422, 474
 Fabricius: (véase Fabricio)
 Fawcett, W.: 560
 Febles, Teresa: 228
 Federico II, el Grande: 299, 300
 Fedra: 136, 505
 Fedro: 37
 Felipe II, el Prudente, rey de España: 75, 382
 Felipe III, rey de España: 75
 Felipe IV, rey de España: 75, 77, 163
 Fenelón, François de la Salignac de la Mothe: 55, 119
 Ferchault de Reaumur, Renato Anton: 367
 Fernández, Carlota: 10
 Fernández, Isidoro: 10
 Fernández, Ramón: 74, 153
 Fernández de Castro, Manuel: 131, 230
 Fernández de Enciso, Martín: 38
 Fernández Moratín, Leandro: 38, 77
 Fernández Moratín, Nicolás: 77
 Fernández y Hernández, Juan Santos: 424, 481, 549, 557
 Fernando VII, rey de España: 8, 10
 Fernando el Católico, rey de España: 41, 65, 76, 164, 170, 171
 Ferrer y Feliú, Antonio: 262, 371
 Field, Cyrus Willis: 106, 107, 108
 Filodoce: 290
 Filomena: 294
 Finlay, Carlos J.: 319, 320, 321, 322, 464, 483, 484, 544, 545, 548
 Flérida: 78
 Florez: 381, 382
 Florian, Jean Pierre Claris de: 37
 Flourens: 113, 504, 506, 507, 507, 517
 Fornaris, José: 23, 34, 41, 69, 70, 106, 171
 Forner, Juan Pablo: 69, 118
 Forns, Ramón: 13, 230
 Fors, Alberto J.: 532
 Fourier, Antonio Francisco, conde de: 110
 Fournier, M.: 435
 Francia, José María: 241

602\ OBRAS

Franco: 447
Franklin, Benjamín: 53
Fresnel: 110
Freyre de Andrade, Fernando: 490
Frías, Joaquín de: 326
Frías y Jacotti, Francisco, Conde de Pozos Dulces: 27, 28
Fuentes Matous, Laureano: 33
Fulton: 105, 106, 108
Gabriel, arcángel: 158
Gaidan: 513
Galatea: 288
Galdo López, Manuel María José de: 371
Galileo: 146, 147, 505
Gálvez, José María: 480, 485, 490
Gálvez y Alonso, Federico: 545, 548, 551, 552
Gallardo, Bartolomé José: 38, 77
Gallardo, Serafín: 424
Gallego, Juan Nicasio: 77
Ganimedes, príncipe troyano: 153
Gannal: 47
Garcés, Gregorio: 74
García, Ezequiel: 10
García, Félix: 13, 230
García, Manuel: 195
García Barbón, José: 483
García Cañizales, Felipe: 499, 500, 561, 562
García Chávez, José: 16
García y Chávez, Félix: 13, 16, 217
García González, Armando: 27, 36, 327, 414
García Kohly, Mario: 500
García Menocal, Mario: 562, 563
Garcilaso de la Vega: 48, 75, 76, 164
Garriga: 195
Gengis Kan: 46, 135
Geoffroy Sain-Hilaire, Esteban: (véase Saint-Hilaire, Esteban Geoffroy)
Géurin-Méneville, Félix Eduardo: 312, 367
Gerión: 69
Gil: 201

- Gilbert, Charles: 429, 431
 Gill, Teodore: (véase Gill, Theodore)
 Gill, Theodore: 428, 437, 468
 Gimeno, Francisco: (véase Jimeno, Francisco de)
 Gioberti: 73, 221, 222
 Giralt Figarola, Félix: 376
 Gliddon: 507
 Gloria: 107
 Gmelin: 496
 Gómez, Joaquín: 327
 Gómez, José Miguel: 500, 562, 563
 Gómez Arias: 179
 Gómez Colón, José M.: 176, 177, 178
 Gómez de la Maza, Federico: 430, 432, 443, 501
 Gómez de la Maza, Manuel: 424
 Gómez Ortega, Casimiro: 435
 Gomis Blanco, Alberto: 415
 Góngora y Argote, Luis de: 76, 164, 165
 González, Bernardo: 562
 González, Fernando, conde de Castilla: 68
 González Curquejo, Antonio: 25
 González de Eslava, Fernando: 68
 González del Río, Pelayo: 343
 González del Valle y Carvajal, Emilio Martín: 21, 36
 González del Valle, Fernando: 464
 González del Valle, Francisco: 19, 21, 327
 González del Valle, José Zacarías: 40
 González López, Rosa María: 375
 Gonzé, Juan: 485, 490
 Goos, David K.: 429
 Gordon y de Acosta, Antonio María: 109, 110, 111, 424
 Gorordo, Luis: 20
 Gould, C. H.: 562
 Gracián, Baltasar: 41, 65, 68, 74, 76, 163, 164, 165, 169, 170, 171, 195, 199, 203
 Gracián, Lorenzo: 163
 Graells: (véase Paz Graells, Mariano de la)
 Granada, fray Luis de: 37, 63, 102, 164

604 OBRAS

- Grassi, Ángela: 281
Grateaubriand: 305
Grijalva: 259
Gronovius: 434
Guacan: 447
Guadalupe: 284
Guanatabemequena: 242
Guardia y Madan, Vicente: 424
Guell y Rente, Joaquín: 19, 21, 22, 535
Guérin de Thionville: 382, 383
Guérin-Méneville, Félix Eduardo: 312
Guerra: 233, 234, 235, 236, 237, 238, 239
Guerrero, Teodoro: 186
Guerrero, Salvador: 482
Guichenot, M.: 414, 434, 435, 436, 437, 439, 441, 455, 473
Guillermo III, rey de los Países Bajos: 492
Guitart Manday, Darío: 414, 489
Gundlach, Juan Cristóbal: 14, 16, 58, 88, 92, 194, 218, 230 244, 245, 247, 248, 251, 310, 311, 312, 315, 321, 322, 351, 375, 376, 417, 423, 424, 425, 475, 413, 541, 542, 546, 554, 554
Gunther, Albert: 419, 428, 429, 431, 452, 487
Gustavo: 187
Gutiérrez de Cetina: (véase Cetina, Gutierre de)
Gutiérrez, Nicolás José: 14, 229, 356, 477, 549
Haeckel, Ernesto: 25
Halloy, Omalius de: 371, 521
Harpe: 69
Hartzambuch: 71
Hauy, abate Renato Justo: 354, 358
Havá de Villaverde, Sofía 535
Havá, Juan Gualberto: 34, 35
Héctor: 61
Hécuba: 61
Heeren: 514
Helena de Troya: 61
Heliogábalo: 171
Henle: 434, 435
Hércules: 45, 51, 69, 169, 245, 298

Heredia, José María: 128, 491
 Hericy, Conde de: 444
 Hernández, Armando: 316
 Fernández, José de la Luz: 544
 Hernández, José Ignacio: 445, 447, 468, 522
 Hernández, Luis R.: 310
 Herodoto: 158
 Herrera, Fernando de: 74, 76, 118, 164, 381
 Herry, Joseph: 429
 Herschell: 111
 Hesiodo: 128
 Hill, Richard: 458
 Hipócrates: 229
 Hollard, M.: 434, 435, 436, 437, 507, 511, 512
 Homero: 59, 63, 133, 158
 Horacio: 32, 65, 67, 69, 101, 105, 121, 158, 296, 298
 Horne, William Titus: 559
 Horstmann Cantos, Jorge Federico: 375
 Houlbert, C.: 318
 Howell Rivera, Luis: 455, 455, 500
 Hubner, Jacob: 310
 Huertas García, Rafael Alejo: 458
 Hugo, Víctor: 39, 130, 153
 Huguet y Vigil, Delfin: 535
 Humboldt, Barón Alejandro de: 52, 128, 129, 130, 155, 316, 345, 347, 348,
 360, 380, 383, 417, 505, 517
 Hume: 154
 Huxley: 20, 25, 113
 Hydra: 69
 Ibáñez, Francisco Feliciano, conde de Galarza: 482
 Ille, Romé de: 358
 Ibarra: 163, 512
 Ilia: 296
 Infante, fray Pedro: 324
 Iriarte, Tomás de: 37, 69, 118
 Irving, Washington: 97
 Isaac: 140
 Isabel II, reina de España: 335, 366

- Isidoro, San: 422
Isla, padre: 165
Ismael: 225
Jácome, Cecilio: 445, 447, 467, 468
Jambu, Orlando: 502
Jamín: 364
Japeto: (véase Japhet)
Japhet: 226, 227, 298, 513, 514
Jaruco y Mompo, Conde de: 386, 388
Jasón: 69
Jeanneret, Carlos: 13
Jehová: 53
Jenofonte: 158
Jesucristo: 59, 130, 131, 158, 211, 253, 254
Jesús: (véase Jesucristo)
Jiménez: 229
Jimeno, Francisco de: 13, 16, 218, 230, 231, 422, 424
Jones: 474
Jordan, David Starr: 328, 329, 429, 430, 431, 432, 492
Jorge, Juan: 382
Jorrín, José Silveiro: 40, 221, 493, 494, 495
Jouvencel: 365
Jove: 297, 298
Jovellanos, Gaspar Melchor de: 60, 64, 77, 159, 168, 172, 259, 294
Juanillo: 190, 191, 192, 193, 197
Julio César: 60, 296
Júpiter: 45, 115, 131, 135, 153, 154, 296, 298
Juvenal: 158
Kant, Emmanuel: 20
Keplero: 53, 147
Koenig: 47
Lacepède, Esteban de: 250, 473, 489
Lacase, Ana María: 2, 3
Lachaume, Julio: 542
Ladillo, Francisco: 10
La Fontaine, Juan de: 37, 55, 158, 309
Lamarck, Juan Bautista de Monet, caballero de: 19, 20, 25, 26, 49, 92, 111, 113, 370, 371, 507, 521

- Lamartine, Alfonso: 39, 52, 54, 99, 121, 122, 128, 134, 135, 136, 154, 155, 157, 158, 196, 250, 515
- Lamennais, Felicité Robert: 107
- Lametrie: 299
- Lanier Alejo Helvecio: 337, 347, 377, 378, 381, 400
- Landaburo: 17
- Laocoonte: 104, 229
- Laplace, Pedro Simón, marqués de: 360
- Larrinaga, Pedro Esteban: 202
- Las Casas, Bartolomé de: 38
- Lasconte: 187
- Lastres y Ruiz, Joaquín F.: 464, 479
- Latona: 51
- Latreille, Pedro Andrés: 87, 89, 311, 313, 367
- Lavoisier, Antonio Lorenzo de: 53
- Le Riverend, Luis: 449
- Le Roy y Gálvez, Luis Felipe: 324
- Lefevre: 312
- Lenoir: 539
- León y Mora, Domingo de: 105, 222
- León, fray Luis de: 68, 76, 77, 164, 290
- Leonor: 200
- Lereboullet, Manuel: 507
- Lesmes, Pablo: 447, 458
- Letamendi, Aurelio: 243, 244
- Léucade: 61
- Levrault: 367
- Libertad: 287, 288
- Lícoris: 290
- Liedeman: 517
- Ligea: 290
- Lincoln, Abraham: 182
- Linnaeus: (véase Linneo)
- Linneaus: (véase Linneo)
- Linneo, Carlos de: 53, 57, 92, 93, 96, 113, 129, 182, 229, 313, 331, 332, 358, 371, 422, 438, 504, 507, 521
- Lista Aragón, Alberto: 39, 77
- Litré, Emilio: 370

608\ OBRAS

Livio: 158
Lobel, P. S.: 457
Lohmar: 382
Lola: 200
Lope de Vega: 76, 122, 164
López Sánchez, José: 321
López Trigo, José: 482
Lores, Manuel: 561
Luaces, Joaquín Lorenzo: 32, 35, 70, 106, 213
Luca, Conde de: 69
Lucina: 51, 290
Lucrecia: 60, 213
Lucrecio: 128
Luz B.: 276
Luz Hernández, José de la: 242, 246
Luz y Caballero, José de la: 40, 327, 341, 342, 343, 355, 356
Lyell, Carlos: 371, 521
Llorach: 229
M. R. F.: 95
Machado, José Pantaleón: 465, 477
Madrazo: 512
Magdalena: 185, 186
Mahoma: 135, 334
Maine de Biran, Francisco Pedro: 20
Manrique, Jorge: 181
Manzoni, Alejandro: 135
Maquiavelo, Nicolás: 18
Maraldi: 47
Marcelino: 306
Marcané, Luis: 561
Marcgrave: 444
Marco Tulio: (véase Cicerón, Marco Tulio)
Marchena: 74
María Cristina de Habsburgo, reina y regente de España: 10
María de la Luz: 33
María de la O: 33
Mariana, Juan de: 68, 164
Marina: 78

Mario: 68
Márquez, fray Juan: 76
Marquier, Luis: 316, 341, 342, 350, 467
Marso: 297
Marte: 290
Marte: 62, 297
Martí, José: 491
Martí, Carlos: 10
Martín, Ángel: 424
Martínez: 417
Martínez, Eligio: 447
Martínez, Marina: 77
Martínez Campo, Arsenio: 14
Martínez de la Rosa: 77
Martínez Fortún, Gonzalo: 499
Martínez Sáenz, Francisco: 476, 495, 496
Mártir de Anglería, Pedro: 38
Marty Torrens, Francisco: 430
Mauricio, Príncipe: 473
Maya: 296, 297
Mayans, Gregorio: 74
Mayolino de Torre, Luisa: 40
Mechain: 380, 381, 382
Medea: 187
Meek, Seth E.: 429
Mejías, Pedro: 79
Meléndez: 77
Melero, Marcos de Jesús: 462, 463, 464, 478, 479
Melero, Miguel: 482
Melibeo: 287, 288, 289
Mendívil: 74
Mercurio, dios: 51, 296
Mesa Domínguez, A.: 484
Mesalina: 61
Mestre, Antonio: 21, 22, 357, 370, 464, 478, 539, 540, 546, 548
Mestre, Arístides: 17, 310, 311, 357, 367
Mestre, José Manuel: 12, 203, 241, 305, 312, 322, 454, 479
Metela, Cecilia: 305

610\ OBRAS

Mialhe, Federico: 232, 236, 237, 238, 239, 240, 329, 470
Michaux: 87, 89
Michelena, Juan de: 557
Milanés, José Jacinto: 168
Milne-Edwards, Enrique: 367
Milón: 65
Millevoeye: 153
Minerva, diosa: 159, 224
Minos, rey de Creta: 505
Mirta: 274, 279
Misas Jiménez, Rolando: 328
Mitchell, Augusto: 342
Mocigno: 473
Mocho: 209
Moisés: 53, 111, 131, 168, 521
Molière, Juan Bautista Poquelin, llamado: 200
Monlau, Pedro Felipe: 74
Montalvo y Covarrubia, José Rafael: 465, 479, 480
Montané, Luis: 1, 9, 17, 18
Monte, Santiago: 15
Monte, Domingo del: 32, 301, 356
Monte, Leonardo del: 433
Monte, Ricardo del: 488
Montejo y Borrero, Manuel: 546
Montellano, Lidia de: 185, 186
Monterino: 447
Montfort, Simón de, conde de Leicester: 259
Moquín-Tandon: 461
Mora, José Joaquín de: 106
Morales y Morales, Vidal: 476, 484
Morales, Inés: 228
Morales, Jaime: 412
Morales, José: 200
Morales, Sebastián Alfredo de: 16, 71, 218, 230, 245, 541, 542
Moreau de Jones: 458
Morelet: 248
Moreno Fraginalls, Manuel: 2
Morris: 426

Morse, Samuel: 106
 Morton: 507
 Mosafín: 512
 Müller: 112, 434, 435
 Muñoz, Manuel: 447, 468
 Murillo, Bartolomé Esteban: 127, 160
 Nachet: 110
 Napoleón, Bonaparte: 68, 118, 123, 133, 134, 135, 157, 162, 200
 Naranjo y Garza, Felipe: 357, 361, 362
 Narciso: 51
 Navarro, Rafael: 348, 356
 Nellis, D. W.: 459
 Neptuno, dios: 51, 106, 115, 133, 291
 Nereo: 291
 Nerón, emperador romano: 60, 135, 171
 Nesea: 290
 Néstor: 103
 Newton, Isaac: 20, 53, 61, 132, 135, 147, 150, 151, 152, 153
 Nobal: 527
 Noda, Tranquilino Sandalio de: 6, 38, 189, 193, 197, 198, 197, 198, 352, 381, 382, 352, 381, 382, 445
 Noé: 511
 Norman, B. M.: 430
 Nott: 507
 Numa Pompilio: 296
 Océano: 290, 291
 Octavio César: 287, 296
 Ochoa, Eugenio de: 290
 O'Gavan, Juan Bernardo: 37
 Oliva, José de: 381, 382
 Oltmans: 383
 Omnipotente: (véase Dios)
 Opis: 290
 Orfeo: 68, 290, 293, 294, 295
 Orfila, Mateo: 458, 461
 Orléans, Luis Felipe, rey de Francia: 16
 Ortiz, Fernando: 352
 Orús, Juan: 412, 480, 544, 546, 548

Ossa, José antonio de la: 6
Ossián: 103, 197
Ovidio: 158
Oviedo: 363
Owen: 517
Pablo: 202
Palma: 106, 168
Palmer, Pedro N.: 354
Pallas: 507
Pan: 516
Pandora: 298
Parny: 39
Parra, Antonio: 413, 414, 415, 433, 434, 435, 436, 440, 443, 445, 458, 460.
461, 473, 489
Pasifae: 505
Paz Graells, Mariano de la: 413, 414, 416, 417, 418, 420, 434, 498
Paz y Morejón, Ramón de la: 13, 460
Paz, Patricio María: 232, 233, 234, 236, 238, 240, 329
Paz: 527
Pedroso, Margarita: 204
Pelletan: 115, 167, 168
Peneo: 291
Pentón, Aníbal: 474
Peñalver, José María: 193
Peñalver, Juan: 382
Perdomo y Cárdenas, Severa: 197
Pérez Arcas, Laureano: 361, 362, 412, 413, 415, 416, 417, 422, 423, 425,
467, 468, 474, 476, 486, 487, 488, 489, 496, 498
Pérez Santamaría, Rafael: 483
Pericles: 61
Perico: 199, 209
Perseo: 69
Peters, Wilhelm: 351, 375, 376, 475
Petit: 251
Peto: 60
Pichardo y Pichardo, Gabriel: 424
Pichardo, Esteban: 347, 350, 351, 445, 455, 457
Píndaro: 69, 151, 158

Pinto: 209, 229
 Piritoo: 45
 Pirra: 296
 Pitágoras: 51
 Pla, Eduardo: 480
 Planellas Llanes, José: 370
 Platón: 58, 60, 104, 114, 158, 507
 Plée: 444
 Plinio, el Viejo: 60, 109
 Plumier: 473
 Plutarco: 157, 158
 Plutón: 45, 293, 294
 Poey, Juan: 9, 16, 23, 449, 450
 Poey, Juan Andrés: 23, 534
 Poey, Rodolfo: 535
 Poey, Serafina: 21, 22
 Poey, Simón: 2
 Poey y Aguirre, Amalia: 9, 535
 Poey y Aguirre, Andrés Faustino: 2, 8, 13, 23, 341, 342, 350, 369, 413, 426, 449, 450, 467, 534, 535
 Poey y Aguirre, Enrique: 8, 23, 367, 425, 426, 427, 534, 535, 536
 Poey y Aguirre, Federico: 14, 16, 22, 23, 534, 535
 Poey y Aguirre, Palmira: 9, 535
 Poey y Aguirre, Virginia: 9, 23, 534, 535
 Poey y Aloy, Mercedes: 16
 Poey y Lacase, Juan Andrés: 3
 Pólux: 298
 Porto: 257
 Pozos Dulces, conde de: (véase Frías y Jacott, Francisco)
 Pradón: 136
 Prendergast, Luis, marqués de las Tunas: 482
 Presas, Manuel J.: 13, 16, 218, 228, 229, 230, 231, 329, 422, 423, 424
 Presas, Manuel J.: 218, 228, 229, 230, 231, 329, 422, 423, 424
 Presno, Mercedes: 412
 Prichard: 507, 509
 Prometeo: 298
 Proserpina: 294
 Proteo: 291, 292, 293, 295, 296

614 OBRAS

- Pruna, Pedro M.: 27, 36, 533
Putnam, F. M.: 428, 429
Quatrefages de Bréau, Armando de: 113
Quevedo, Francisco de: 76, 164, 204
Quintana, Emilio: 185, 186
Quintana, Manuel José: 37, 74, 77, 121, 128, 153, 159, 165, 259
Quintiliano: 158
Quijote, el: 512
Quixote: (véase Quijote, el)
Rabón: 209
Racine, Juan: 128, 136, 154
Rafael: 191
Ramírez, Alejandro: 6
Ramos, José Eduardo: 541, 542, 544, 546, 547, 549, 550, 551, 552
Ramos, Pancho: 447
Ranz Romanillo, Antonio: 38, 77
Réaumur: 47, 312, 319, 320
Redfield, John H.: 426, 427
Redondo, padre Anacleto: 23
Reglita: 316
Regueyra Mesa, Santiago: 365
Reinoso, Fernando: 424
Remirez: 86
Reyes Católicos: 38
Reyes, Eusebio: 37
Reyna, Tomás de: 484
Reynoso, Álvaro: 324, 326, 424, 449
Rioja, Francisco de: 76
Ristori: 187
Rivadeneira, Manuel: 479
Rivera, Andrés: 195
Rivera, María de las Mercedes: 2, 3
Rivero de la Calle, Manuel: 369, 480
Roa, Martín de: 68
Robin, Carlos: 96, 111, 357, 370
Robineau-Desvoisdy: 87
Rocamora, Barón de: 186
Rodríguez Correa: 483

- Rodríguez, Carlos Rafael: 454
 Rodríguez, Catalina: 179, 182, 183
 Rodríguez, Felipe Francisco: 382, 477, 479
 Rodríguez, Roberto: 527
 Rodríguez Ferrer, Miguel: 419, 420, 497, 557
 Rodríguez Guillén, Juan Francisco: 534, 536
 Rodríguez Monroy, Faustino: 8
 Roesel: 312
 Roig de Leuchsenring, Emilio: 19, 21
 Roig y Mesa, Juan Tomás: 528, 533
 Romanes: 20
 Rómulo: 296
 Ros Regré, Hipólito: 495
 Rosina: 274
 Rosse, Lord: 146, 147, 148, 154
 Rotger, Juan: 10
 Rotondo: 74
 Rousseau, Juan Bautista: 52, 55, 69, 71
 Rourreyre, Edouard: 318
 Ruiz de León, José: 13
 Ruiz de Luzurianga, Vicente: 424
 Ruiz Melo, Ernesto: 424
 Saavedra Fajardo, Diego de: 68, 76, 77, 96, 164, 165, 169, 259, 260
 Saco, José Antonio: 7, 11
 Saco, M.: 414, 435, 436
 Sáenz Yáñez, Adolfo: 480, 485, 486, 489
 Safo: 61, 158, 181
 Sagarra, Juan Bautista: 354
 Sagebien: 527
 Sagra, Ramón de la: 244, 248, 312, 323, 334, 435, 354, 355, 381, 382, 455, 473, 478, 479
 Saint, Guily: 4, 5
 Saint-Hilaire, Esteban Geoffroy: 19, 371, 431, 444, 521
 Saint Pierre, Bernardin de: 50, 55, 56, 135
 Saint Vicent, Bory: 118, 158, 507, 509
 Salas Barbadilla, Alonso Jerónimo de: 69, 119
 Salazar, Enrique Amado: 424
 Salterain, Pedro: 482

616\ OBRAS

Salustio: 158
Samaniego, Félix María: 37, 69
San Felipe y Santiago, Marqués de: 387
Sánchez, Francisco: 60
Sánchez Navarro, Bartolomé: 10
Sánchez Roig, Mario: 21, 430, 432, 443, 500, 501
Sancho: 172
Sanguily, Manuel: 326, 327
Sans Souci: 299, 300
Santa Bárbara: 254
Santa Cruz, Francisco Xavier: 3
Santa Fe, Ernesto de: 185, 186
Santa María: 254
Santos: 447
Sardanápalo: 171
Satán: (véase Satanás)
Satanás: 153
Saturno: 222
Sauvalle, Francisco Adolfo: 13, 230, 316, 464, 527, 528
Saveney: 539
Scila: 57
Scott, Walter: 151
Scheleiden: 110, 434
Schiller, Federico: 71, 128
Schneider: 419
Schwan: 110
Seidel, Jorge José: 365
Sem: 226, 513, 514
Semíramis, reina de Asiria y Babilonia: 61, 171
Señor: 56, 137, 146, 153, 158, 301
Serafina: 22
Serres, Marcel de: 507
Serves, Marcel de: 513
Sesostris: 135
Severita: 192, 193, 195, 197
Sevigné, María de Rabutin-Chantal, marquesa de: 136
Siebold: 367
Sigüenza, fray Luis: 76

Sigüenza, José de: 164
Silicate: 209, 210
Silvela, Francisco Agustín: 74
Silverio Jorrín, José: 494, 495
Silvia: 32, 36, 78, 79, 118, 264, 269
Simíramis: 135
Siringa: 51, 94, 516
Sirio: 158, 292
Smith, Edwin F.: 559
Smith, Michael L.: 474
Sobrado, Camilo: 180
Sócrates: 104, 158, 235
Soemmering: 507
Sófocles: 158
Solís, Antonio de: 76
Soto González, L.: 355
Spencer, Herbert: 25, 26, 49, 116
Stahl, Agustín: 425
Stannive: 367
Stenheil: 106
Suárez Romero, Anselmo: 40
Suárez, Isabel: 187
Sulliman: 427
Swain, Joseph: 431
Tácito, Cornelio: 60, 158, 259
Talía: 290
Tamayo, Diego: 549, 551, 552
Tapia, Eugenio de: 38, 77
Tarquino: 213
Tasso, Bernardo: 128
Tejeda, Leonardo de: 482
Tejeda y Valdosera, Conde de: 493, 494, 495
Telémaco: 118
Terencio: 158
Teresa, sor: 187
Teresita: 231
Teseas: 45
Teseo: 69, 505

618\ OBRAS

- Teulon, Giranld: 538
Tíber: 296
Tíbulo: 158
Tifón: 226
Tirteo: 158
Títiro: 287, 288, 289
Tito Livio: 107, 158
Tolmé: 12
Torquemada: 258
Torrallas, José: 551
Torre, Carlos de la: 8, 9, 16, 20, 21, 311, 356, 367, 444, 452, 453, 454, 499, 500, 501, 502, 526, 548, 551, 552, 553, 554, 555, 556, 557, 558, 559, 560, 561, 562, 563
Torre, Francisco de la: 76
Torre, José María de la: 347, 350
Torres de Villarroel, Diego de: 76, 208
Torres: 196, 197, 341, 342
Trajano, emperador romano: 170
Travieso, José Rafael: 40, 348
Trelles, Carlos M.: 350
Truan: 111
Tucídides: 158
Turnbull, David: 326, 327
Uhagon: 424
Ulises, rey de Itaca: 58, 106
Val Beneden: 367
Val: 419
Valcour, José: 347, José: 378
Valdés, Emilio: 465
Valdés, Juan: 74
Valdés, Nicolás: 13
Váldes Domínguez, Fermín: 551, 557
Valdés Noriega, Gerónimo: 327, 328, 366
Valenciennes, Aquiles: 414, 429, 431, 434, 435, 443, 445, 458, 473, 489, 436
Valero, Mercedes: 370
Valmaseda, Conde de: 373, 374
Varela, padre Félix: 8, 37, 168, 443
Vargas Machuca y González del Valle, Manuel: 477

- Varona, Enrique José: 21, 42, 43
 Vázquez, Vicente: 382
 Vegfía, Pablo José Bernardino: 39
 Velázquez, Diego: 209, 512
 Velázquez, José María: 232, 233, 234, 235, 236, 238, 239, 329
 Vélez, Justo: 168, 443
 Vélez Herrera, Ramón: 34, 73, 105, 106
 Ventura, Eloida: 10
 Venus de Médicis: 203, 223, 296, 297
 Venus, diosa: 104, 133, 153, 203, 255, 296, 298
 Veraz, Mansueto: 120, 136, 160
 Verdi, Giuseppe: 33
 Verdugo: 229
 Vespaciano: 170
 Vesta: 296
 Veturia: 60
 Vigilia: 255
 Vilanova y Piera, Juan: 361, 371, 357, 361, 362, 363
 Vilaró Díaz, Juan: 112, 311, 329, 344, 424, 447, 448, 452, 477, 479, 464,
 484, 485, 493, 526, 541, 542, 547, 551
 Villa, Miguel de: 318
 Villanueva, Conde de: 410
 Villate: 527
 Villaverde, Cirilo: 342
 Villaverde, José María: 203
 Vinageras, Antonio: 34, 35, 36, 119, 120, 121, 124, 127, 128, 129, 130,
 133, 135, 136, 138, 142, 143, 144, 145, 148, 150, 151, 153, 154,
 155, 156, 159, 161
 Virey: 507
 Virgen de la Fe: 107
 Virgilio Marón, Publio: 43, 55, 60, 67, 128, 158, 187, 231, 257, 287, 290,
 298
 Virginia: 202
 Vitelio: 170
 Vitier, Cintio: 32
 Vivanco, Ildelfonso: 348
 Vivanco, Díaz, Julián: 323
 Vives, Francisco Dionisio: 347, 378, 400
 Volney: 307

620\ OBRAS

Volta, Alejandro, conde de: 102

Voltaire: 45, 128, 154, 299

Vulcano: 59, 290, 512

Wagner: 507

Wallaum: 418, 419

Wheatstone, sir Charles: 106

Wright, Carlos: 230

Wundt: 20

Xanto: 290

Yero y Buden, Eduardo: 424

Zambrana Valdés, Antonio: 368

Zambrana, Ramón: 223

Zamora, José María: 323, 332, 350

Zancajo, Toribio: 324, 326

Zapaquilda: 201

Zaragoza, Justo: 361

Zayas, Alfredo: 563

Zayas Jiménez, Francisco: 424, 561

Zenobia: 61

Zorrilla y del Morel, José: 154

FELIPE POEY Y SU ÉPOCA



	VIDA Y OBRA	PANORAMA NACIONAL
1799	26 de mayo, nace Felipe Poey y Aloy en la ciudad de la Habana.	Muere en La Habana Manuel Baltasar Boldó, primer botánico de la Expedición a Cuba dirigida por el Conde de Santa Cruz de Mopox y Jaruco. Boldó catalogó parcialmente el herbario formado en esta expedición, y conjuntamente con José Estévez y Cantal es autor de la primera <i>Flora cubana</i> , publicada en Madrid en 1990.
1804	Viaja a Francia con sus padres y permanece interno en un colegio de este país durante algunos años.	12 de febrero, el médico cubano Tomás Romay y Chacón aplica por primera vez en La Habana la vacuna contra la viruela.

	VIDA Y OBRA	PANORAMA NACIONAL
1814		Se imprime es este año en la Ciudad de La Habana el cuarto tomo de las <i>Instituciones de filosofía ecléctica</i> del presbítero Félix Varela, primer texto dedicado a la enseñanza de la física moderna publicado en Cuba, y uno de los primeros en América.
1816	Realiza una compilación de varias fábulas de Samariago, La Fontaine, Florian, Iriarte y Fedro; las agrupó en un tomo manuscrito con el título <i>Colección de fábulas escogidas</i> .	
1817		30 de mayo, se inaugura en el terreno que actualmente ocupa el Capitolio Nacional, el primer Jardín Botánico que tuvo La Habana. Su director fundador fue el habanero José Antonio de la Ossa.
1818	Se incorpora a las clases de Derecho Patrio y asiste a los cursos requeridos para obtener el grado de Bachiller en Leyes. Escribe un año después <i>Memorias de la clase de Derecho Patrio del Real y Conciliar Seminario de la Habana</i> .	
1821	Concluye los cursos de Derecho Patrio y se gradúa en La Habana como Bachiller en Leyes.	
	Viaja a España para obtener el título de abogado. Asiste en Madrid a los cursos de Derecho Público Constitucional. Recibe un certificado acreditativo de profesor de la Nacional Academia de ambas jurisprudencias de la Purísima Concepción.	
1823	Procedente de España viaja a Cuba. Recide en la ciudad de La Habana.	Se inaugura en el Convento de San Agustín en La Habana, el Museo Anatómico del Hospital Militar de San Ambrosio en esta misma ciudad.

	VIDA Y OBRA	PANORAMA NACIONAL
1824	22 de abril, contrae matrimonio en la Parroquia de San Agustín de La Habana, con la criolla María de Jesús Aguirre y Hornillos.	
1826	Viaja de La Habana a Francia con su esposa María de Jesús Aguirre y Andrés, su primer hijo. En este viaje llevó a París sus primeros dibujos sobre peces cubanos —un total de 85— y 35 individuos de la misma especie conservados en aguardiente. Estos materiales fueron entregados al científico George Cuvier quien iniciaba el estudio de esta clase zoológica.	Se publica en París, en idioma francés, el <i>Ensayo político sobre la isla de Cuba</i> , obra del científico alemán Alejandro de Humboldt. En 1827, el Ayuntamiento de La Habana prohibió la circulación de este importante libro por los criterios que en él se emitían en relación con la esclavitud existente en la Isla.
1832	Junto con otros científicos franceses, de renombre en el continente europeo, funda en París la Sociedad Entomológica francesa.	
	Publica en París sus primeros trabajos sobre insectos. De estos se considera como el más importante la <i>Centuria de los lepidóteros de la isla de Cuba</i> , de la cual se llegaron a imprimir sólo dos décadas de las diez propuestas inicialmente por su autor. La primera década estuvo a la venta en la capital francesa en abril, la segunda en septiembre.	
1833	Regresa a Cuba procedente de Francia.	
1835	Integra el grupo de maestros y profesores del colegio San Cristóbal en la barriada habanera de Carraguao, donde imparte las asignaturas de Geografía de Cuba y Geografía Moderna, además de las de lengua francesa y latina.	
1836	Recibe la licencia otorgada por el gobierno para ejercer en la isla de Cuba como maestro de enseñanza primaria y secundaria.	
	La Sociedad Económica de Amigos	

	VIDA Y OBRA	PANORAMA NACIONAL
1837	del País de la Habana le encomienda la tarea de participar en un proyecto de reconocimiento geológico de la isla de Cuba.	Se inaugura el primer ferrocarril de Iberoamérica. Esta obra, promovida por el Intendente de Hacienda Claudio Martínez de Pinillos, Conde de Villa Nueva, comprendió en sus inicios 27 kilómetros de líneas férreas entre La Habana y el poblado de Bejucal.
		El español José Luis Casaseca y Silván inició en La Habana los cursos de enseñanza de química. Esta cátedra, promovida por la Real Junta de Fomento, contribuyó a que un grupo de cubanos adquirieran los conocimientos sobre química industrial azucarera, química agrícola, química farmacéutica y otras disciplinas.
1838	4 de abril, presentó a la Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana un proyecto para establecer en la ciudad un Gabinete de Historia Natural. En este mismo año imprime en la revista oficial de esta institución <i>Memorias sobre el establecimiento de un Museo de Historia Natural en la Habana</i> .	
	22 de diciembre, es nombrado miembro de mérito de la Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana.	
1839	Se edita en La Habana su libro de texto <i>Cartilla geográfica</i> , del cual se hizo en 1855 una segunda impresión.	
	Se publica en La Habana su <i>Compendio de la geografía de la isla de Cuba</i> , primera obra de su tipo escrita e impresa en el país. Alcanzó diecinueve ediciones.	
1840	Se imprime en La Habana, para ser utilizado en colegios y escuelas de enseñanza secundaria, el <i>Compendio de geografía moderna</i> .	

	VIDA Y OBRA	PANORAMA NACIONAL
1841	Por encargo de la Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana realizó el inventario de su biblioteca y elaboró el reglamento que debía observarse en ella.	
1842	24 de octubre, ocupa la primera cátedra de zoología y anatomía comparada inaugurada en la recién secularizada Universidad Literaria de La Habana.	19 de noviembre, comenzó sus funciones la Real y Literaria Universidad de La Habana, cuyo primer rector laico fue el español José María Sierra, oidor decano de la Real Audiencia de La Habana. Quedó ubicada en el convento de San Juan de Letrán, incautado a la orden religiosa de los dominicos.
1843	Imprime en La Habana su <i>Curso de Zoología</i> , el cual sirvió como libro de texto para esa asignatura en la Universidad Literaria.	
1844	Por encargo de la Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana realiza las labores de supervisión en las reparaciones que tuvieron lugar en el convento de San Felipe, donde se encontraban ubicadas algunas de las dependencias de esta institución.	
1848	Andrés Poe y confeccionó el <i>Atlas de Geografía Moderna para el uso de los colegios y escuelas primarias, arreglado a los cursos de geografía de D. Felipe Poe y</i> , el cual complementó en la práctica las clases teóricas de su padre.	Se crea, bajo la dirección del destacado químico José Luis Casaseca, del Instituto de Investigaciones Químicas de La Habana, una de las primeras instituciones de su tipo en el mundo. En 1859, el agrónomo cubano Álvaro Reynoso y Valdés, doctor en ciencias químicas de la universidad de París, pasó a ocupar la dirección de este establecimiento. El Instituto dejó de existir en 1869.
1849	Publica en la revista habanera <i>El Artista</i> el artículo titulado: "Revista zoológica de la isla de Cuba", donde incluye su primer opúsculo científico relativo a los peces cubanos.	
	12 de mayo, recibe el nombramiento	

	VIDA Y OBRA	PANORAMA NACIONAL
1851	<p>de Socio Corresponsal del Liceo de Historia Natural de Nueva York.</p> <p>Inicia la edición de las <i>Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba</i>, de la cual existen dos tomos: el primero de 1851, y el segundo de 1856 a 1858.</p>	
1855		<p>Julio, inicia el naturalista alemán radicado en Cuba, Juan Cristóbal Gundlach, su gran viaje de exploración por las provincias centrales y orientales de la Isla. Este extenso recorrido duró hasta el mes de agosto de 1858, fecha en que Gundlach arribó a la Habana con todo el material zoológico colectado, para empezar una temporada de estudios, composición y clasificación de las especies encontradas.</p>
1856	<p>Realiza una expedición científica a los cayos de la península de Hicacos. Esta excursión se llevó a cabo en un pailebote del gobierno español que capitaneaba Patricio María Paz, también interesado en los estudios de la fauna cubana. Se encontraban presentes además José María Velázquez y el pintor y litógrafo francés Federico Mialhe.</p> <p>Pronuncia el discurso inaugural del curso académico correspondiente a ese año en la Universidad de La Habana.</p> <p>Preside la sección de literatura del Liceo de La Habana. En 1862 también ocupó esta presidencia.</p>	<p>Se crea oficialmente en Cuba el primer observatorio meteorológico. Organizado y dirigido por Andrés Poey y Aguirre, este Observatorio Físico-Meteorológico de La Habana, adscrito a la Sociedad Económica de Amigos del País, comenzó a realizar sus observaciones regulares en 1862. En 1883 pasó a ser administrado por la Universidad de La Habana. Un año después de creado este observatorio fue fundado otro, el Observatorio del Colegio de Belén, del cual el padre jesuita Benito Viñes fue uno de sus directores.</p>
1861	<p>Integra el grupo de los 30 miembros fundadores de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana; por su condición de naturalista formó parte de la comisión de ciencias naturales a la cual también perteneció su hijo Andrés. En este</p>	<p>19 de mayo, se funda la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, la única Real Academia que existió en una colonia hispana, una de las</p>

	VIDA Y OBRA	PANORAMA NACIONAL
	<p>mismo año fue elegido Miembro de Mérito de esta prestigiosa corporación.</p> <p>Septiembre, pronuncia en el Liceo de Guanabacoa un importante discurso titulado “Unidad de la especie humana”. De esta extensa disertación, en la cual define términos como el de especie, da criterios sobre la unidad o pluralidad en cuanto al origen del género humano, su autor sólo publicó un fragmento en el libro <i>Obras literarias</i>, el cual apareció impreso como <i>Dispersión de la especie humana</i>.</p> <p>Es elegido Socio de Honor del Liceo de Guanabacoa.</p>	<p>primeras creadas en la América Latina. Su presidente fundador fue el distinguido médico cubano José Nicolás Gutiérrez.</p>
1863	<p>6 de junio, es elegido Miembro de Honor de la Sociedad de Ciencias Naturales de Buffalo, Estados Unidos.</p> <p>El Capitán General de la Isla le comisionó para realizar las labores de adquisición de objetos de historia natural de Cuba, que tendrían como finalidad engrosar las colecciones del Museo de Historia Natural de Madrid.</p>	<p>15 de julio. Se crea la Facultad de Ciencias de la Universidad de La Habana. Originalmente contó con tres cátedras: Química General, Física Experimental, y Zoología, Botánica y Mineralogía. Su primer decano fue el doctor en farmacia Cayetano Aguilera y Navarro.</p>
1864	<p>Interviene en la creación de la Facultad de Ciencias de la Universidad de La Habana, ocupa en ésta la cátedra de las asignaturas de Zoología, Botánica y Mineralogía con nociones de Geología.</p> <p>11 de enero, es elegido miembro corresponsal de la Sociedad Entomológica de Filadelfia, Estados Unidos.</p> <p>16 de marzo, es nombrado miembro corresponsal de la Sociedad de Historia Natural de Boston, Estados Unidos.</p> <p>26 de diciembre, es nombrado</p>	

miembro corresponsal de la Sociedad de Historia Natural y Horticultura de ESSEX, Massachusetts, Estados Unidos.

La Sociedad de Amigos de la Historia Natural berlinesa lo nombra Miembro de Honor:

Inaugura y pronuncia el discurso de apertura al curso académico de ese año en la Universidad de La Habana.

Sale de las prensas habaneras el tomo primero del *Repertorio físico natural de la isla de Cuba*. El segundo tomo se compuso y editó entre 1866 y 1868.

1865

Elabora y publica con el título de *Sistematización biológica*, un Plan de Biología, el cual quedó referido en el *Anuario de Sección de Ciencias Físicas y Naturales del Liceo de*

1866

Matanzas. Éste permitió, a los estudiantes de aquella época, la asimilación de algunas consideraciones sobre las ciencias naturales provenientes de los positivistas franceses.

1868

11 de octubre, Francisco de Frías y Jacott, Conde de Pozos Dulces, expuso públicamente, por primera vez en Cuba, algunos aspectos de la teoría evolucionista de Carlos Darwin. Esta exposición tuvo lugar en la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, donde el Conde de Pozos Dulces pronunció su discurso de ingreso a esa institución.

Asume, en calidad de profesor propietario, la cátedra de las asignaturas de Zoología, Botánica y Mineralogía con nociones de Geología.

	VIDA Y OBRA	PANORAMA NACIONAL
1871	<p>7 de agosto, ingresa como miembro numerario en la Sociedad Española de Historia Natural.</p>	
1872	<p>Integra la Comisión Universitaria para informar a las autoridades docentes de esta institución sobre el estado del Jardín Botánico de La Habana.</p>	
	<p>Publica su <i>Curso elemental de Mineralogía</i>, el cual tuvo otras dos ediciones correspondientes a 1878 y 1883.</p>	
	<p>5 de septiembre, es elegido miembro corresponsal de la Academia de Ciencias Naturales de Filadelfia, y de la Sección de Cronología de la misma, en Estados Unidos.</p>	
1873	<p>Es nombrado Decano de las Facultades de Filosofía y Letras, y la de Ciencias de la Universidad de La Habana.</p>	
	<p>4 de septiembre, fue propuesto como miembro de número de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba; el día 16 de este mismo mes y año fue elegido como presidente. En 1878 renunció al cargo manteniendo su condición de miembro.</p>	
1877	<p>El Círculo de Hacendados de la Isla de Cuba le confiere el título de Socio de Honor:</p>	<p>Debido a iniciativas de la Sociedad Antropológica de Madrid se organizó e inauguró en La Habana la Sociedad Antropológica de la isla de Cuba. Publicó esta asociación el <i>Boletín de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba</i>, cuyo primer número vio la luz entre 1879 y 1880. Se discutieron en el seno de esta asociación asuntos de diversa índole, pero fue uno de sus principales temas de debate lo constituyó el problema racial.</p>
1878		

	VIDA Y OBRA	PANORAMA NACIONAL
1879	Alcanza la condición de Catedrático de Término, máxima categoría otorgada en la Universidad de La Habana a sus profesores. Ejerció en calidad de catedrático propietario la Cátedra de Zoología de vertebrados, de moluscos zoofitos, además de la de articulados.	Se produce en el Liceo de Guanabacoa una interesante polémica en torno a la teoría del origen del hombre enunciada por Carlos Darwin. Participaron en ella destacados intelectuales entre los que se hallaban Antonio Mestre, Enrique José Varona, José Antonio Cortina y Esteban Borrero Echevarría. Algunos de los trabajos expuestos en estas discusiones en el Liceo sobre este tema quedaron recogidos en la <i>Revista de Cuba</i> , que dirigía el propio José Antonio Cortinas.
1880	La Sociedad Odontológica de la Habana lo nombra Socio de Número.	
1881	Solicita a las autoridades universitarias ser liberado de la docencia para algunas disciplinas. A partir de este año se encargó de impartir las de zoología de vertebrados vivientes y fósiles.	18 de febrero, el médico cubano Carlos J. Finlay expuso en Washington su teoría sobre el modo de transmisión de la fiebre amarilla; el 14 de agosto del mismo año se presentó en una sesión de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana con su trabajo titulado: <i>El mosquito hipotéticamente considerado como agente trasmisor de la fiebre amarilla</i> . Los estudios del doctor Finlay tienen la importancia de ser los primeros en proponer la teoría relacionada con la existencia del rector biológico de una enfermedad.
1882	Quedó constituida en La Habana la subcomisión cubana para la participación en la Exposición Internacional Colonial y de Exportación General en Ansterdam, en Holanda. Esta subcomisión,	

1882 integrada por personalidades del gobierno y de diferentes establecimientos educacionales, científicos y socioeconómicos de la Isla, llevó entre sus proposiciones a los organizadores peninsulares españoles del evento, la exhibición de la obra manuscrita de Felipe Poey, *Ictiología cubana* o *Historia natural de los peces de la isla de Cuba*.

25 de febrero, la obra manuscrita *Ictiología cubana* o *Historia natural de los peces de la isla de Cuba*, fue enviada por su autor a la exposición colonial de Holanda. A este manuscrito se agregaron otros impresos de Felipe Poey, entre ellos su

1883 *Curso elemental de mineralogía* y varios números de los volúmenes de las *Memorias sobre la historia natural de la isla de Cuba* y del *Repertorio físico-natural de la isla de Cuba*.

5 de marzo, de esta fecha data una carta que Felipe Poey dirigió a la Sociedad Económica de Amigos del País en la cual hacía constar que a su fallecimiento los borradores con el texto de su *Ictiología cubana*, así como también las láminas que lo acompañaban, pasaran a ser depositadas en la biblioteca de esa institución.

Fue premiada, con una medalla de oro y un diploma de honor, en la exposición colonial de Holanda, la obra manuscrita *Ictiología cubana*. Felipe Poey recibió de Guillermo III, rey de los Países Bajos, la condecoración del León Holandés.

Por Real Orden la obra *Ictiología cubana* premiada en la Exposición colonial de Holanda, quedó depositada, conjuntamente con otros títulos impresos de Felipe Poey, en la biblioteca del Museo de Historia

	VIDA Y OBRA	PANORAMA NACIONAL
1885	Natural de Madrid. Integra la Sección de Ciencias Naturales del Nuevo Liceo de la Habana.	
1887	29 de noviembre, es nombrado Miembro de la Sociedad Histórica de Trinity de Dallas, Texas, en Estados Unidos.	8 de mayo, se inaugura el Laboratorio Histobacteriológico e Instituto de Vacunación Antirrábica de La Habana, primera institución de su tipo creada en América. Este Instituto introdujo en Cuba diversas técnicas bacteriológicas y produjo, antes que en cualquier otro país del continente americano, un suero antirrábico. Fue creado por el médico Juan Santos Fernández y Hernández; durante muchos años este Instituto fue el único lugar del país donde los recién graduados de medicina podían aprender y ejercitarse en las técnicas bacteriológicas.
1888	Se imprime en La Habana su último libro bajo el título de: <i>Obras literarias de Felipe Poey</i> .	
1889	Pronuncia en la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana el discurso de bienvenida a esa corporación de Carlos de la Torre y Huerta, su discípulo en Ciencias Naturales.	
1890		15 de enero, se inicia en La Habana, teniendo como sede la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales, el Primer Congreso Médico Nacional. Asistieron al mismo médicos de la capital y del interior del país, de

VIDA Y OBRA	PANORAMA NACIONAL
1891	<p>28 de enero, muere en la casa de Prado No. 29, en la Ciudad de La Habana, a consecuencia de una congestión cerebral. Su exequias tuvieron lugar en el Aula Magna de la Universidad de La Habana. Fue enterrado en una bóveda propiedad de esta institución docente.</p> <p>Estados Unidos y Francia, y discutieron trabajos en once comisiones. Finalizó sus sesiones el 22 de enero.</p>
1905	<p>5 de junio, fueron exhumados los restos de Felipe Poey y trasladados, desde la Necrópolis de Cristóbal Colón a la Universidad de La Habana. El 15 de enero de 1909 fueron colocados en una urna de mármol sobre pedestal, en el antiguo gabinete zoológico. Actualmente se encuentra ubicada su urna funeraria en el antiguo edificio que albergó a la Facultad de Ciencias, en el recinto universitario habanero.</p>
1911	<p>Por decreto del Presidente de la República de Cuba, José Miguel Gómez, se creó una “Comisión para la recopilación de los trabajos sobre la Historia Natural de Cuba y en especial los de Felipe Poey”, la cual entre sus objetivos tenía la publicación de la obra <i>Ictiología cubana</i>; la comisión estuvo integrada por los profesores Carlos de la Torre y Felipe García Cañizares.</p>
1913	<p>26 de mayo, en conmemoración al 115 aniversario del nacimiento del naturalista cubano, se funda en la ciudad de La Habana la Sociedad Cubana de Historia Natural Felipe Poey, corporación que dejó de existir en 1961. Publicó unas <i>Memorias</i>, las cuales recogieron trabajos sobre mineralogía, geología, agronomía, paleontología, antropología, botánica y zoología.</p>

1955 Mario Sánchez Roig, conjuntamente con Federico Gómez de la Maza, editan bajo el título de *La monumental obra de Don Felipe Poey y Aloy, Ictiología cubana*, el volumen primero de la Publicación No.1 de los trabajos de la “Comisión para la recopilación de la Historia Natural de Cuba y en especial de Felipe Poey”. Contiene esta obra una reducida parte del manuscrito ictiológico del naturalista, no incluye los dibujos que aparecen en el Atlas de la versión original.

1962 Se imprime un volumen con parte del texto manuscrito de la *Ictiología cubana*, y otro con varias láminas de su Atlas. Ambas forman una única obra en dos partes titulada: *Ictiología cubana*. Los trabajos realizados para esta impresión corrieron a cargo del doctor Pedro Duarte Bello, especialista en los estudios sobre peces, y en el dibujante Orlando Jambú.

ÍNDICE



NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN	V
PRESENTACIÓN	XIII
GRATITUDES	XVI

Ensayo introductorio

FELIPE POEY Y ALOY: EL NATURALISTA POR EXCELENCIA.....	1
--	---

Primera Parte

Poey literato

POEY LITERATO	31
OBRAS LITERARIAS DE FELIPE POEY	44
PRÓLOGO	44
PROSA	45
DISCURSO DE APERTURA LEÍDO EN LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA EN 1856. Fragmentos	45
I. Las ciencias	45
II. Temporales de agua en medio de las tierras cultivadas	46

III. Instinto de las abejas en la construcción de los panales	46
IV. El <i>Pelopoeus comentarius</i>	47
V. Instinto de la inmortalidad	48
VI. La Divinidad	49
VII. El jagüey y la palma real	53
VIII. El reino vegetal	55
IX. La felicidad en las ciencias	56
X. Alocución a los alumnos	57
DISCURSO DE APERTURA LEÍDO EN LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA EN 1864	59
MEMORIAS SOBRE LA HISTORIA NATURAL DE LA ISLA DE CUBA. Artículos varios y fragmentos	81
I. Los pinares y las auras	81
II. El pescador	82
III. Los guajacones	83
IV. El anobio de las bibliotecas	83
V. El jején	87
VI. La culebrita de la crin	90
VII. La avispa de la jía	93
VIII. La abeja	96
IX. Historia de las abejas en la formación de una colonia	97
X. Las tériades	99
POLICÍA DE LA PESCA	100
DISCURSO LEÍDO EN EL LICEO DE LA HABANA EN 1858, EN LA DISTRIBUCIÓN DE LOS PREMIOS ADJUDICADOS EN LOS JUEGOS FLORALES	101
Informe sobre las Odas al Cable subatlántico	105
DISCURSO PRONUNCIADO EN LA INVESTIDURA DEL LICENCIADO DON ANTONIO DE GORDON COMO DOCTOR EN CIENCIAS FÍSICAS. Fragmento	109
DISCURSO PRONUNCIADO EN LA REAL UNIVERSIDAD DE LA HABANA EN LA INVESTIDURA DEL LICENCIADO DON JUAN VILARÓ COMO DOCTOR EN CIENCIAS NATURALES. Fragmento	112
EL HOMBRE INTELLECTUAL Y MORAL COMPARADO CON EL BRUTO	113
EL GATO PENSADOR	116
LAS MARIPOSAS	117
JUICIO CRÍTICO DE LAS OBRAS DE DON ANTONIO VINAGERAS	118

JUICIO ORIGINAL DE DON GUILLERMO COLSON	162
DISCURSO PRONUNCIADO EN HOMENAJE A BALTASAR GRACIÁN	163
PRÓLOGO A UNA MEMORIA DEL CORONEL DON JOSÉ M. GÓMEZ COLÓN SOBRE EL TRABAJO DE LA MUJER POBRE EN LA ISLA DE CUBA	176
PRÓLOGO A LAS POESÍAS DE LA SEÑORA DOÑA CATALINA RODRÍGUEZ	179
LOS OJOS DE LIDIA	185
LA RISTORI EN LA HABANA	187
CARTAS DE DON TRANQUILINO SANDALIO DE NODA A DON FELIPE POEY ACERCA DE UN PEZ CIEGO DE LA ISLA DE CUBA	189
CONVERSACIONES	199
CONFERENCIA REALIZADA EN EL NUEVO LICEO DE LA HABANA EL 9 DE ENERO DE 1885	202
UN INCENDIO	205
EL FAVOR DE UN SONETO	207
VIAJE A ESCAURIZA	209
REMEDIOS CASEROS	211
LOS ESCRÚPULOS	213
PROTECCIÓN A LOS ANIMALES	214
DE TODO HAY EN EL MAR	215
OFICIO JOCOSO	217
ANUNCIOS	219
SE ACABARON LOS HOMBRES Y LAS MUJERES	220
LO ÚTIL Y LO BELLO. FRAGMENTOS	221
DISPERSIÓN DE LA ESPECIE HUMANA	226
MANUEL J. PRESAS	228
VIAJE A LOS CAYOS	232
VIAJE A SANTA FE	241
VIAJE A RANGEL	248
VIAJE DEL DOCTOR DON JUAN GUNDLACH	251
MISCELÁNEA	253
FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, OBISPO DE CHIAPAS	258
RECONOCER Y APERCIBIR	260
APÉNDICE	262
I. Carta del señor oidor don Felix Erenchun	262
II. Carta del señor don Antonio Ferrer y Feliú	263

VERSOS	264
TRADUCCIONES	287
Égloga primera de Virgilio	287
Episodio de Aristeo	290
Traducción de Horacio	296
Viaje de Virgilio. Traducción de Horacio	298
El molinero Sans Souci	299
Destrucción de Sannaquerib (por Lord Byron)	301
Cesación de la fuerza vital y fenómenos subsecuentes (por J. Cuvier)..	302
La noche (por Dupuis)	303
Los Desiertos de la Arabia (por Buffón)	304
Las catacumbas (por Chateaubriand)	305
Las pirámides de Egipto (por Volney)	307
El roble y la caña (fábula de La Fontaine)	309

Segunda Parte

Primeros trabajos científicos y establecimiento del Museo de Historia Natural

LOS ESTUDIOS ENTOMOLÓGICOS	310
EL MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE LA HABANA	323
MEMORIAS SOBRE EL ESTABLECIMIENTO DE UN MUSEO DE HISTORIA NA- TURAL EN LA HABANA	331

Tercera parte

Labor pedagógica

LA GEOGRAFÍA UNIVERSAL	339
LA GEOGRAFÍA DE LA ISLA DE CUBA	344
LA MINERALOGÍA	354
POEY EN LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA	366
COMPENDIO DE LA GEOGRAFÍA DE LA ISLA DE CUBA	377

Cuarta parte

Relaciones con científicos extranjeros

RELACIONES CON ALGUNOS NATURALISTAS ESPAÑOLES	412
POEY Y LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HISTORIA NATURAL	421

Relaciones con zoólogos norteamericanos	429
ENUMERATION OF THE FISH DESCRIBED AND FIGURED BY PARRA, SCIENTIFICALLY NAMED BY FELIPE POEY	433

Quinta parte

Primeros trabajos ictiológicos

PRIMERAS INVESTIGACIONES	442
PISCICULTURA	448
LOS ESTUDIOS SOBRE LA CIGUATERA	457
HISTORIA DE LA <i>HISTORIA NATURAL DE LOS PECES DE LA ISLA DE CUBA O ICTIOLOGÍA CUBANA</i>	460
ELABORACIÓN Y CARACTERÍSTICAS DE LA OBRA. EN TORNO A LA ADQUI- SIÓN DEL MANUSCRITO	472
LA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE AMSTERDAM Y EL DESTINO ULTERIOR DE LA <i>ICTIOLOGÍA CUBANA</i>	482
INTENTOS DE PUBLICACIÓN DE LA <i>ICTIOLOGÍA CUBANA</i>	499

Apéndice

1. UNIDAD DE LA ESPECIE HUMANA	503
2. CURSO DE GEOLOGÍA	520
3. CARTA DE JOSÉ IGNACIO HERNÁNDEZ A FELIPE POEY	522
4. LISTA DE PECES DE LOS MARES CUBANOS	525
5. INSTITUCIONES NORTEAMERICANAS A LAS QUE PERTENECIÓ FELIPE POEY ..	526
6. RELACIÓN DE MADERAS CUBANAS	527
7. TESTAMENTO NUNCUPATIVO	534
8. EL ARTISAVIS	537
9. LA ENFERMEDAD DE LOS COCOTEROS EN CUBA DURANTE EL SIGLO XIX. UN PROBLEMA SOCIAL SOMETIDO AL DEBATE CIENTÍFICO EN ÉPOCA DE FELIPE POEY	541
 BIBLIOGRAFÍA ACTIVA	 564
Relación de ediciones de la <i>Geografía de Cuba</i>	583
BIBLIOGRAFÍA PASIVA	585
ÍNDICE ONOMÁSTICO	591
FELIPE POEY Y SU ÉPOCA	621

En el último año del siglo XVIII nace, en La Habana, Felipe Poey y Aloy, investigador riguroso que descubrió la naturaleza cubana y uno de los científicos más reconocidos del siglo XIX. Al cumplirse el bicentenario de su natalicio, la Biblioteca de Clásicos Cubanos se honra en rescatar y publicar la obra del eminente sabio. Este libro presenta una excelente biografía, temáticamente ordenada, resultado de una larga y seria investigación de la historiadora Rosa María González López, una vasta documentación, hasta ahora, en muchos casos inédita, procedente de variados archivos: cubanos, españoles, franceses y norteamericanos. Es, sin dudas, el más completo estudio biográfico de Poey escrito hasta nuestros días.

En estas páginas también se agrupan testimonios de los contemporáneos de Poey, su que-hacer como hombre de letras al exponer textos literarios impresos en 1888 y escritos que manifiestan el papel por él desempeñado como pedagogo en la enseñanza de diferentes materias, así como maestro de primeras letras, profesor universitario y su labor fundacional de las escuelas biológicas cubanas; sus ensayos sobre zoología, entomología, mineralogía y geografía, en la cual se destaca la primera edición en 1886 de su Compendio de la Geografía de Cuba, temática antes no escrita en la Isla, la cual alcanzó 19 ediciones.

FELIPE POEY Y ALOY



6

**BIBLIOTECA DE
CLÁSICOS CUBANOS**

ISBN 978-959-293-044-5



9 789592 930445